



CONQUISTA  
DEL PERU

2

F3442

P7

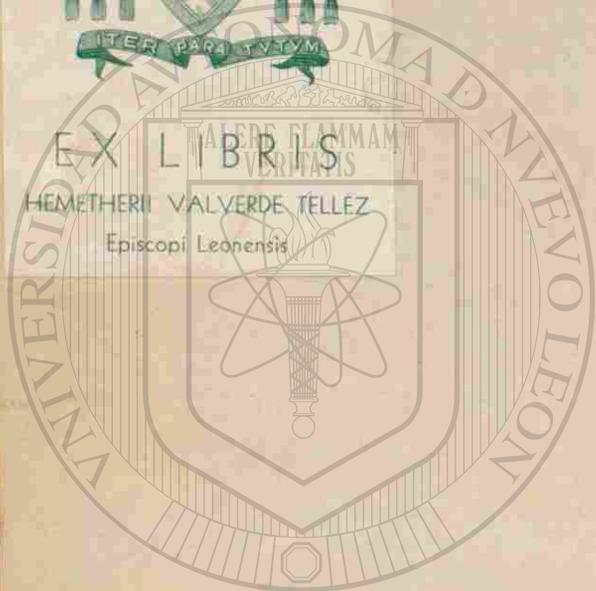
v. 2

1849

000075



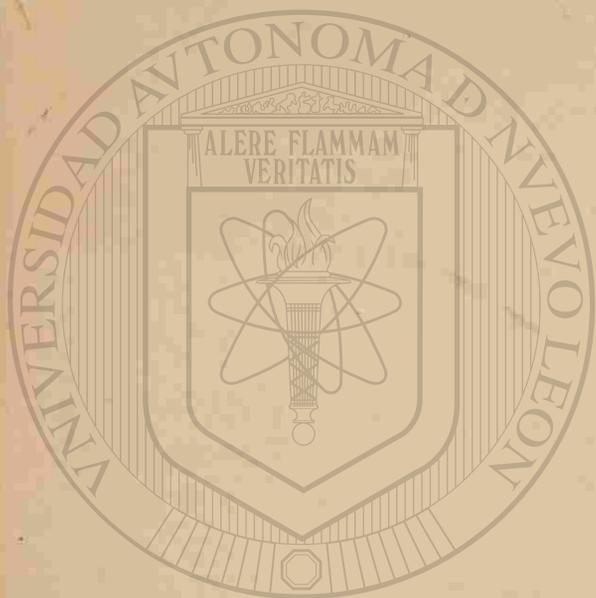
1080018355



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA

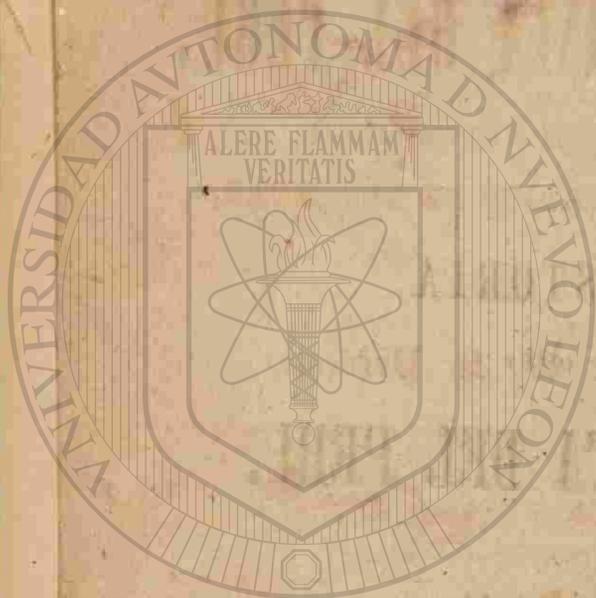
DE LA

CONQUISTA DEL PERU.

TOMO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA

DE LA

# CONQUISTA DEL PERÚ,

PRECEDIDA DE UNA OJEADA SOBRE LA  
CIVILIZACION DE LOS INCAS.

ESCRITA EN INGLES

Por W. H. Prescott,

SOCIO CORRESPONSAL DEL INSTITUTO DE FRANCIA; INDIVIDUO DE LA  
REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA DE MADRID, &c., &c.

Traducida al castellano por J. G. I.

Con un Apéndice del Traductor.

"Congesta cumulantur opes, orbisque rapinas  
Accipit"—CLAUDIANO, *In Ruf. lib. I. r. 194.*

"So color de religion  
Van a buscar plata y oro  
Del encubierto tesoro.

LOPE DE VEGA, *El Neco. Mada. 307. I.*



TOMO II.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
MEXICO. Biblioteca Universitaria

R. Rafael, editor, Calle de Cadena núm. 13.

1849.

006375  
43084

F3442

B7



FONDO DE INVENTARIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

### LIBRO IV.

[Guerras civiles de los Conquistadores.

#### CAPITULO PRIMERO.

	PAGE.
Jornada de Almagro á Chile.—Padecimientos de sus tropas.—Vuelve y se apodera del Cuzco.—Accion de Abancay.—Gaspar de Espinosa.—Sale Almagro del Cuzco.—Negociaciones con Pizarro, . . . . .	7
Sale Almagro para Chile, . . . . .	7
Asprezas de los Andes, . . . . .	8
Muchos perecen de frio y de hambre, . . . . .	8
Horribles padecimientos de su ejército, . . . . .	9
Crueldad con los indios aliados, . . . . .	9
Le alcanza Rodrigo de Orgoñez, . . . . .	11
Recibe malas noticias del Sur, . . . . .	13
Vuelve por el desierto de Atacama, . . . . .	13
Perecen muchos en los arenales, . . . . .	14
Llega cerca del Cuzco, . . . . .	15
Batalla con las tropas del Inca, . . . . .	15
Alega derechos al Cuzco, . . . . .	16
Se apodera de la ciudad, . . . . .	19
Prende á Hernando y Gonzalo Pizarro, . . . . .	19

F3442

B7



FONDO METEORIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

### LIBRO IV.

[Guerras civiles de los Conquistadores.

#### CAPITULO PRIMERO.

	PAGS.
Jornada de Almagro á Chile.—Padecimientos de sus tropas.—Vuelve y se apodera del Cuzco.—Accion de Abancay.—Gaspar de Espinosa.—Sale Almagro del Cuzco.—Negociaciones con Pizarro, . . . . .	7
Sale Almagro para Chile, . . . . .	7
Asperezas de los Andes, . . . . .	8
Muchos perecen de frio y de hambre, . . . . .	8
Horribles padecimientos de su ejército, . . . . .	9
Crueldad con los indios aliados, . . . . .	9
Le alcanza Rodrigo de Orgoñez, . . . . .	11
Recibe malas noticias del Sur, . . . . .	13
Vuelve por el desierto de Atacama, . . . . .	13
Perecen muchos en los arenales, . . . . .	14
Llega cerca del Cuzco, . . . . .	15
Batalla con las tropas del Inca, . . . . .	15
Alega derechos al Cuzco, . . . . .	16
Se apodera de la ciudad, . . . . .	19
Prende á Hernando y Gonzalo Pizarro, . . . . .	19

Orgoñez le aconseja que los mande matar.	21
Marcha contra Alonso de Alvarado.	22
Batalla de Abancay.	22
Almagro le derrota y le hace prisionero.	23
Vuelve al Cuzco.	23
Se alarman mucho Pizarro.	23
Envía á Espinosa á negociar.	25
Muerte de este enviado.	26
Crítica situación de los Pizarros.	28
Almagro sale del Cuzco para la costa.	29
Acalorada conferencia con Francisco Pizarro.	30
Irritación de Almagro.	32
Concesiones de Pizarro.	33
Se convienen ambos.	33
Hernando es puesto en libertad.	34

CAPITULO II.

Primera guerra civil.—Almagro se retira al Cuzco.—Batalla de las Salinas.—Crueidad de los vencedores.—Proceso y ejecución de Almagro.—Su carácter.	35
Pizarro se prepara para la guerra.	35
Rompe traidoramente el tratado.	36
Almagro imposibilitado por su enfermedad.	36
Se retira al Cuzco.	37
Orgoñez toma el mando de las tropas.	38
Hernando Pizarro marcha contra él.	39
Gente que componia su ejército.	41
Su órden de batalla.	42
Ataca á Orgoñez.	43
Sangrienta batalla de las Salinas.	44
Heroísmo y muerte de Orgoñez.	46
Derrota del ejército.	47
Almagro hecho prisionero.	47
Asesinato de Pedro de Lerma.	49

Hernando ocupa el Cuzco.	50
Enfermedades y apuros de Almagro.	51
Le forman causa.	52
Le sentencian á muerte.	53
Pide con instancia la vida.	54
Nombra sucesor á su hijo.	55
Le dan garrote en la cárcel.	57
Su carácter.	58
Su genio franco y liberal.	59
Males que le ocasionó su amistad con Pizarro.	61

CAPITULO III.

Pizarro va otra vez al Cuzco.—Hernando Pizarro vuelve á Castilla.—Su larga prision.—Va un comisionado al Perú.—Hostilidades con el Inca.—Activa administracion de Pizarro.—Gonzalo Pizarro.	63
Pizarro marcha al Cuzco.	63
Sabe la muerte de Almagro.	64
Parte que tuvo en ella.	65
Su altaneró porte.	67
Su manifiesta parcialidad en favor de su familia.	68
Hernando vuelve á España cargado de oro.	69
Consejos que dió á su hermano.	69
Le reciben con frialdad en la corte.	71
Le meten en la cárcel.	72
Pasa en ella muchos años.	72
Su carácter.	73
Desórden en el Perú.	75
Comisionado enviado por la corona.	76
Vaca de Castro llega al Perú.	78
Guerra con el Inca Manco.	79
Crueidad de Pizarro con una muger del Inca.	80
Pizarro funda colonias en el Perú.	81
Su viaje á Lima.	83

Su buen gobierno . . . . .	83
Gonzalo Pizarro es enviado á Quito . . . . .	84
Carácter de este gefe . . . . .	85

## CAPITULO IV.

Espedición de Gonzalo Pizarro.—Paso de las sierras.—Descubre el Napo.—Increíbles trabajos.—Orrellana baja por el río de las Amazonas.—Desesperación de los Españoles.—Vuelven á Quito los que quedaron vivos, . . . . .	86
Espedición á las Canelas . . . . .	86
Gonzalo la va mandando . . . . .	87
Tempestades en el camino . . . . .	88
Arboles gigantescos, . . . . .	90
Misericordias y padecimientos de los Españoles . . . . .	91
Llegan á las orillas del Napo . . . . .	91
Asombrosa catarata, . . . . .	92
Peligroso paso del río . . . . .	93
Construyen un bergautin, . . . . .	94
Orellana toma el mando de él, . . . . .	95
Llega á las orillas del Marañón . . . . .	97
Maravilloso viaje de Orellana, . . . . .	97
Suerte que tuvo despues . . . . .	100
Situación desesperada de los Españoles . . . . .	101
Valor de Gonzalo Pizarro, . . . . .	102
El regreso por los bosques, . . . . .	104
Espantosa mortandad . . . . .	105
Entran en Quito los que sobreviven, . . . . .	106

## CAPITULO V.

Los Almagristas.—Su situación desesperada.  
—Conspiración contra Francisco Pizarro.

—Asesinato de Pizarro.—Hechos de los conspiradores.—Carácter de Pizarro, . . . . .	107
Como trataba Pizarro á los de Chile . . . . .	108
Su pobreza, . . . . .	108
Desprecio con que los veía Pizarro, . . . . .	109
Ellos le odiaban . . . . .	110
Conspiración contra Pizarro, . . . . .	113
Se la denuncian, . . . . .	115
Su extraña indiferencia, . . . . .	116
Le acometen en su palacio . . . . .	117
Le abandonan sus amigos, . . . . .	119
Su serenidad y valor, . . . . .	120
Su defensa desesperada, . . . . .	121
Su muerte, . . . . .	122
Conducta de los conjurados . . . . .	123
Paradero de los restos de Pizarro . . . . .	124
Su familia . . . . .	126
Su aspecto, . . . . .	127
Su liberalidad, . . . . .	129
Su falta de educación . . . . .	130
Su valor y constancia . . . . .	132
Su ánimo inflexible, . . . . .	133
Paralelo con Cortes, . . . . .	134
Como trató á los Indios . . . . .	135
Su falta de religión, . . . . .	138
Su ambición y avaricia . . . . .	139
Circunstancias atenuantes, . . . . .	140

## CAPITULO VI.

Medidas de los conspiradores.—Se acerca Vaca de Castro.—Conducta de Almagro.—Marcha del gobernador.—Se aproximan ambos ejércitos.—Sangrientas llanuras de Chupas.—Conducta de Vaca de Castro, . . . . . 142

Llegada de Vaca de Castro . . . . .	143
Dificultades de su posición . . . . .	144
Toma las riendas del gobierno . . . . .	145
Almagro se fortifica en Lima . . . . .	147
Asesinato del obispo Valverde . . . . .	148
Su fanatismo . . . . .	149
Irresolucion de Almagro . . . . .	150
Muerte de Juan de Rada . . . . .	151
Almagro entra en el Cuzco . . . . .	153
Manda dar muerte á Garcia de Alvarado . . . . .	153
Sus activas operaciones . . . . .	154
Intenta en vano entrar en tratos . . . . .	156
Arenga á sus tropas . . . . .	157
Número de su gente . . . . .	158
Marcha contra Vaca de Castro . . . . .	159
Sigue adelante el gobernador . . . . .	159
Su conducta prudente . . . . .	160
Llega á Lima . . . . .	162
Reune su ejército en Xauxa . . . . .	163
Rechusa la ayuda de Gonzalo Pizarro . . . . .	165
Trata con Almagro . . . . .	166
Desechan sus proposiciones . . . . .	167
Ocupa el llano de Chupas . . . . .	168
Forma el gobernador su ejército en batalla . . . . .	169
Arenga á los soldados . . . . .	170
Disposiciones de Almagro . . . . .	171
Francisco de Carbajal . . . . .	172
Manda el ejército real . . . . .	172
Sangrienta batalla . . . . .	173
Arrojo de Carbajal . . . . .	176
Sorprende la noche á los combatientes . . . . .	177
Cede el ejército de Almagro . . . . .	178
Sus heroicos esfuerzos . . . . .	179
Almagro es hecho prisionero . . . . .	181
Número de muertos . . . . .	181
Suplicio de Almagro . . . . .	183

Su carácter . . . . .	184
Gonzalo Pizarro en el Cuzco . . . . .	185
Leyes para el gobierno de la colonia . . . . .	187
Sabia conducta de Vaca de Castro . . . . .	188

## CAPITULO VII.

Abusos de los conquistadores.—Código para las colonias.—Grande agitacion en el Perú.—El Virey Blasco Nuñez.—Su rigurosa política.—Se le opone Gonzalo Pizarro . . . . . 190

Miserable condicion de los Indios . . . . .	191
Conducta brutal de los conquistadores . . . . .	192
Sus devastaciones . . . . .	195
Reclamos del gobierno . . . . .	197
Caritativos esfuerzos de Las Casas . . . . .	198
Ordenanzas reales . . . . .	201
Virey y Audiencia para el Perú . . . . .	203
Gran conmocion en las colonias . . . . .	204
Inquietud de Vaca de Castro . . . . .	205
Los colonos acuden á Gonzalo Pizarro . . . . .	206
El virey Blasco Nuñez Vela . . . . .	207
Llega al Nuevo Mundo . . . . .	209
Sus medidas violentas . . . . .	210
El pais se llena de consternacion . . . . .	211
Gonzalo Pizarro pasa al Cuzco . . . . .	213
Toma el título de procurador . . . . .	213
Sus miras ambiciosas . . . . .	214

## CAPITULO VIII.

Llega el virey á Lima.—Gonzalo Pizarro sale del Cuzco.—Muerte del Inca Manco.—Conducta temeraria del virey.—La Audiencia le prende y le depone.—Gonzalo

Pizarro es proclamado gobernador del Perú, . . . . .	216
El virey Blasco Nuñez entra en Lima, . . . . .	217
Su conducta imprudente . . . . .	218
Descontento de los colonos . . . . .	218
Gonzalo Pizarro junta un ejército . . . . .	219
Sale del Cuzco . . . . .	220
Muerte del Inca Manco, . . . . .	221
Vacilacion de Gonzalo Pizarro . . . . .	223
Le tranquiliza el favor del pueblo . . . . .	224
Carácter suspicaz del virey . . . . .	225
Prende á Vaca de Castro . . . . .	226
Se prepara para la guerra, . . . . .	227
Llega la Audiencia á Lima . . . . .	228
Desaprueba los actos del virey . . . . .	228
Asesinato de Suarez de Carbajal . . . . .	229
Temerario proyecto del virey . . . . .	231
Lo desbarata la Audiencia, . . . . .	232
Le prenden en su palacio, . . . . .	234
Le envian á España, . . . . .	235
Gonzalo Pizarro pide el gobierno . . . . .	236
Crueldades de Carbajal, . . . . .	237
La Audiencia accede á las pretenciones de Gonzalo, . . . . .	238
Su entrada triunfal en Lima . . . . .	239
Es proclamado gobernador . . . . .	240
Regocijo del pueblo, . . . . .	240

## CAPITULO IX.

Medidas de Gonzalo Pizarro.—Fuga de Vaca de Castro.—Reaparicion del virey.—Su desastrosa retirada.—Derrota y muerte del virey.—Gonzalo Pizarro dueño del Perú, . . . . .	241
Gonzalo Pizarro afirma su autoridad . . . . .	242

Vaca de Castro se fuga á España. Allí le prenden, . . . . .	243
Ponen en tierra al virey Blasco Nuñez, . . . . .	246
Junta gente en San Miguel . . . . .	247
Gonzalo marcha contra él, . . . . .	248
Le sorprende de noche, . . . . .	249
Le persigue por los montes . . . . .	251
Terribles trabajos de ambos ejércitos . . . . .	252
Disgusto entre la gente del virey, . . . . .	253
Manda matar á varios caballeros . . . . .	253
Entra en Quito . . . . .	254
Tiene que seguir hasta Popayan, . . . . .	255
Unesele Benalcazar, . . . . .	257
Estratagema de Pizarro . . . . .	258
Blanco Nuñez se acerca á Quito . . . . .	259
Intenta sorprender á Gonzalo . . . . .	260
Determina darle batalla . . . . .	262
Arenga á sus tropas . . . . .	262
Inferioridad de sus fuerzas . . . . .	263
Batalla de Añaquito . . . . .	264
Derrota del virey . . . . .	266
Queda muerto en el campo . . . . .	267
Grande carnicería en sus tropas . . . . .	268
Carácter de Blasco Nuñez . . . . .	269
Dificultades de su posicion . . . . .	270
Moderacion de Gonzalo Pizarro . . . . .	272
Su marcha triunfal á Lima . . . . .	274
Dueño absoluto del Perú . . . . .	275
Carbajal persigue á Centeno . . . . .	276
Laborea las minas del Potosí . . . . .	277
Ostentacion de Pizarro . . . . .	278
Le aconsejan que se declare independiente, . . . . .	279
Su indecision . . . . .	280
Noticias críticas de Herrera y Gomara . . . . .	281
Vida y escritos de Oviedo . . . . .	284
Y de Cieza de Leon . . . . .	287

## LIBRO V.

## Pacificacion del pais.

## CAPITULO PRIMERO.

Grande sensacion en España.—Pedro de la Gasca.—Su juventud.—Su mision al Perú.—Su conducta prudente.—Sus ofrecimientos á Pizarro.—Gana la flota, . . . ,	293
Consternacion en España, . . . . .	293
Perplejidad del gobierno, . . . . .	295
Medidas conciliadoras, . . . . .	296
Pedro de la Gasca, . . . . .	297
Noticias de su juventud, . . . . .	297
Elegido para ir al Perú, . . . . .	301
Recibe instrucciones del gobierno, . . . . .	302
Pide poderes ilimitados, . . . . .	303
Se los concede el emperador, . . . . .	305
Rechusa una mitra, . . . . .	307
Da á la vela en San Lucar, . . . . .	308
Estado de las cosas del Perú, . . . . .	309
Llega Gasca á Nombre de Dios, . . . . .	310
Su humilde aspecto, . . . . .	311
Convence á Mejía, . . . . .	312
Hinojosa le recibe con precaucion, . . . . .	313
Gasca distribuye cartas en todo el pais, . . . . .	314
Entra en comunicacion con Gonzalo Pizarro, . . . . .	315
Cartas para él y para Cepeda, . . . . .	316
Gasca se ve detenido en Panamá, . . . . .	318
Se niega á emplear medidas violentas, . . . . .	319

Inquietud oculta de Pizarro, . . . . .	320
Envia á Aldana á España, . . . . .	321
Entrevista de Aldana y Gasca, . . . . .	324
Aldana abraza el partido del rey, . . . . .	324
Hinojosa entrega la flota á Gasca, . . . . .	326
Triunfa la política blanda de Gasca, . . . . .	326

## CAPITULO II.

Reune Gasca sus fuerzas.—Defecion de los compañeros de Pizarro.—Este junta su gente.—Agitacion en Lima.—Sale de la ciudad.—Gasca da á la vela de Panamá. Sangrienta batalla de Huarina, . . . ,	327
Gasca busca gente y dinero, . . . . .	327
Va Aldana con una escuadra á Lima, . . . . .	328
Influencia de las proclamas de Gasca, . . . . .	329
Cambio de la opinion, . . . . .	329
Carta de Gasca á Pizarro, . . . . .	330
Opiniones contrarias de Carbajal y Cepeda, . . . . .	331
Centeno gana el Cuzco para el rey, . . . . .	333
Medidas activas de Gonzalo, . . . . .	334
Lujoao equipo de su ejército, . . . . .	335
Se vuelve suspicaz y colérico, . . . . .	336
Insigne farsa de Cepeda, . . . . .	337
Llega Aldana á la vista de Lima, . . . . .	339
Desercion en las filas de Gonzalo, . . . . .	341
Insertidumbre de este, . . . . .	343
Sale de Lima, . . . . .	343
Tormentoso viaje de Gasca, . . . . .	345
Desembarca en Tumbes, . . . . .	346
Acampa en Janja, . . . . .	347
Gonzalo resuelve retirarse á Chile, . . . . .	348
Centeno se lo estorba, . . . . .	349
Pizarro va hasta la laguna de Titicaca, . . . . .	350

XII	INDICE	
Avístanse los dos ejércitos en Huarina, . . . . .		351
Inferioridad del ejército rebelde, . . . . .		352
Arcabuceros de Carbajal, . . . . .		353
Batalla de Huarina, . . . . .		355
Atropéllalo todo la caballería de Centeno, . . . . .		357
Crítica situación de Pizarro, . . . . .		358
Los arcabuceros de Carbajal cambian el aspecto de la batalla, . . . . .		359
Victoria decisiva de los rebeldes, . . . . .		360
Grande pérdida de ambas partes, . . . . .		361
Fuga de Centeno, . . . . .		363
Gonzalo Pizarro entra triunfante en el Cuzco, . . . . .		364

### CAPITULO III.

Consternación en el campamento de Gasca. —Sus cuarteles de invierno.—Continúa su marcha.—Paso del Apurímac.—Conducta de Pizarro en el Cuzco.—Acampa cerca de la ciudad.—Derrota de Xaquixaguana, . . . . .		366
Consternación en el campo real, . . . . .		367
Enérgicas medidas del presidente, . . . . .		367
Marcha á Andaguaylas, . . . . .		368
Viene Valdivia de Chile, . . . . .		369
Esceleste condición de las tropas de Gasca, . . . . .		371
Sale para el Cuzco, . . . . .		372
Difícil paso de los Andes, . . . . .		373
Echa un puente sobre el Apurímac, . . . . .		374
Riesgos del paso del río, . . . . .		375
Peligrosa subida de la sierra, . . . . .		377
Acampa en las alturas, . . . . .		378
Negligencia de Pizarro, . . . . .		378
Prudente censejo de Carbajal, . . . . .		380
Lo desecha Pizarro, . . . . .		381
Va Acosta á defender los desfiladeros, . . . . .		382
Sus tardanzas, . . . . .		383

INDICE.	XIII
Valle de Xaquixaguana, . . . . .	384
Pizarro le elige para campo de batalla, . . . . .	385
Escoje su posición allí, . . . . .	385
Se acerca el ejército real, . . . . .	386
Escaramuzas en las alturas, . . . . .	389
El presidente tiene un ataque nocturno, . . . . .	390
Se forman los ejércitos en batalla, . . . . .	391
Marcial continente de Gonzalo, . . . . .	392
Desercion de Cepeda, . . . . .	393
Otros siguen su ejemplo, . . . . .	394
El terror se apodera de los rebeldes, . . . . .	395
Huyen y se dispersan, . . . . .	396
Pizarro se rinde prisionero, . . . . .	397
Gasca le trata con aspereza, . . . . .	398
Captura de Carbajal, . . . . .	399
Grande botín para los vencedores, . . . . .	402

### CAPITULO IV.

Suplicio de Carbajal—Gonzalo Pizarro es de- capitado.—Despojos de la victoria.—Sa- bias reformas de Gasca.—Vuelve á Espa- ña.—Su muerte y su carácter, . . . . .		405
Sentencia de los prisioneros, . . . . .		405
Indiferencia de Carbajal, . . . . .		406
Su suplicio, . . . . .		407
Su juventud, . . . . .		408
Atrocidades que cometió en el Perú, . . . . .		410
Sus mordacos salidas, . . . . .		410
Sus conocimientos militares, . . . . .		411
Suplicio de Gonzalo Pizarro, . . . . .		413
Lo que hizo en el cadalso, . . . . .		414
Confiscación de sus bienes, . . . . .		415
Su juventud, . . . . .		416
Su gentil aspecto, . . . . .		417

Su falta de educacion . . . . .	419
Suerte de Cepeda, . . . . .	420
Y de los oficiales de Gonzalo, . . . . .	421
Entra Gasca en el Cuzco, . . . . .	421
Dificultad de repartir con equidad los premios . . . . .	422
Carta de Gasca al ejército . . . . .	424
Valor de los repartimientos . . . . .	425
Murmuraciones de los soldados . . . . .	427
El presidente se va para Lima, . . . . .	428
Su solicitud por el bien de los Indios . . . . .	430
Quita la esclavitud en las colonias . . . . .	431
Plantea saludables reformas . . . . .	432
El pais recobra su tranquilidad . . . . .	433
Rechusa Gasca muchos regalos . . . . .	435
Se embarca para Panamá . . . . .	437
Peligro que corrió allí . . . . .	437
Sale de Nombre de Dios . . . . .	438
Llega con su tesorero a Sevilla . . . . .	438
Benévola acogida del emperador . . . . .	438
Le nombra obispo de Sigüenza . . . . .	439
Muerte de Gasca, . . . . .	440
Su aspecto . . . . .	441
Admirable equilibrio de sus cualidades . . . . .	442
Su buenjuicio . . . . .	443
Su rectitud y entereza, . . . . .	445
Reflexiones finales, . . . . .	447
Noticia crítica de Zarate, . . . . .	449
Vida y escritos de Fernandez, . . . . .	453

### APENDICE DEL AUTOR.

#### Documentos originales.

Núm. 1.—Descripcion de los viages de los Incas. . . . .	459
Núm. 2.—Noticia de los caminos reales del Perú . . . . .	5

Núm. 3.—Poliica de los Incas en sus conquistas, . . . . .	464
Núm. 4.—Testamento de Mancio Serra Leguisamo . . . . .	468
Núm. 5.—Entrevista entre Pedrarias y Almagro . . . . .	470
Núm. 6.—Contrato de Pizarro con Almagro y Luque . . . . .	473
Núm. 7.—Capitulacion de Pizarro con la Reina . . . . .	479
Núm. 8.—Relaciones de la prision de Atahualpa . . . . .	491
Núm. 9.—Costumbres de Atahualpa . . . . .	499
Núm. 10.—Relaciones del suplicio de Atahualpa . . . . .	503
Núm. 11.—Contrato entre Pizarro y Almagro . . . . .	511
Núm. 12.—Carta de Almagro el jóven á la Audiencia, . . . . .	515
Núm. 13.—Carta del ayuntamiento de Arequipa á Carlos V, . . . . .	519
Núm. 14.—Sentencia contra Gonzalo Pizarro . . . . .	524

### APENDICE DEL TRADUCTOR

#### CAPITULO PRIMERO.

Causas de las revoluciones del Perú.—Encomiendas.—Alborotos en el Cuzco.—Regreso de Gasca.—Levantamiento de los Contreras.—Robo del tesoro.—Batalla de Panamá.—Fin de la sublevacion. . . . .

537

Politica del gobierno español . . . . .	538
Sistema de conquistas, . . . . .	538
Origen de las encomiendas . . . . .	540
Organizacion de ellas en el Perú . . . . .	541
Disgusto de los conquistadores . . . . .	542
Efecto de las leyes de 1542 . . . . .	542
Triste situacion de los conquistadores . . . . .	543
Causas de las rebeliones del Perú . . . . .	545
Comienzan desde antes de la partida de Gasca . . . . .	546
Francisco Hernandez Giron . . . . .	546

Juntanse los descontentos, . . . . .	547
Sale del Cuzco, . . . . .	547
Le alcanzan y le prenden . . . . .	549
Le forman causa, . . . . .	549
Le envian preso á Lima, . . . . .	549
Encárgale Gasca una nueva conquista . . . . .	550
Sale Gasca del Perú . . . . .	553
Llega á Panamá . . . . .	553
Pasa á Nombre de Dios . . . . .	555
Sublevacion de los hermanos Contreras . . . . .	557
Muerte del obispo de Nicaragua . . . . .	559
Plan de los sublevados . . . . .	561
Sorprenden á Panamá . . . . .	561
Sale de allí para ir á Nombre de Dios . . . . .	564
Toman las armas los de Panamá . . . . .	564
Vuelve Bermejo sobre ellos . . . . .	566
Batalla de Panamá . . . . .	598
Derrota de los sublevados . . . . .	569
Muerte de Hernando Contreras . . . . .	570
Fuga y muerte de su hermano Pedro . . . . .	571
Castiga Gasca á los prisioneros . . . . .	571

## CAPITULO II.

Nuevos desórdenes en el Cuzco.—Llegada del virey D. Antonio de Mendoza.—Descontento general.—Muerte del virey.—Asesinato de Hinojosa.—Desórdenes en la provincia de Charcas . . . . .	573
Se publica el segundo repartimiento . . . . .	573
Disgusto que ocasiona . . . . .	574
Comienzan de nuevo los alborotos, . . . . .	575
Los capitaneaba Hernandez . . . . .	576
El corregidor del Cuzco prende á Hernandez . . . . .	580
Le envia á Lima . . . . .	581
Donde le ponen en libertad . . . . .	581

Desórdenes en otras provincias . . . . .	582
Va Alvarade al Cuzco . . . . .	583
Nombramiento de D. Antonio de Mendoza . . . . .	584
Llega á Lima . . . . .	585
Sus providencias . . . . .	585
Imprudente conducta de la Audiencia . . . . .	587
Publica una cédula sobre el servicio personal, . . . . .	588
Irritacion general . . . . .	589
Conspiracion en Lima . . . . .	590
Muerte del virey . . . . .	591
Hinojosa nombrado corregidor de Charcas . . . . .	592
Estado de aquella provincia . . . . .	593
Sublevacion de Castilla . . . . .	594
Se finge amigo de Hinojosa . . . . .	595
Resuelve asesinarlo, . . . . .	595
Asesinato de Hinojoso . . . . .	596
Castilla asesinado por sus cómplices . . . . .	599
Llega el Mariscal Alvarado . . . . .	600
Severos castigos . . . . .	600

## CAPITULO III.

Levantamiento de Francisco Hernandez Giron.—La Audiencia reúne fuerzas.—Movimiento de Ambos ejércitos.—Derrota de Villacuri.—Batalla de Chuquiaguá.—Retirada de Hernandez.—Accion de Pucará.—Fuga de Hernandez.—Es preso y ajusticiado, . . . . .	601
La Audiencia insiste en sus reformas . . . . .	601
Los descontentos toman las armas . . . . .	603
Hernandez se pone al frente . . . . .	604
Prende al corregidor del Cuzco . . . . .	605
Se hace dueño de la ciudad . . . . .	606
Escribe á los ayuntamientos . . . . .	609

Y a la Audiencia , , , , ,	609
Prepárase esta para la guerra, , , , ,	609
Discordias entre los oidores , , , , ,	610
Alvarado reúne gente , , , , ,	611
Sale Hernandez del Cuzco , , , , ,	612
Se acerca á Lima , , , , ,	613
Se suspende la ejecucion de las nuevas leyes , , , , ,	614
Desercion en las filas de Hernandez , , , , ,	615
Se retira , , , , ,	616
Le persiguen los realistas, , , , ,	617
Accion de Vellacuri, , , , ,	618
Continúa Hernandez su retirada , , , , ,	619
Entra Alvarado en el Cuzco , , , , ,	620
Sale en persecucion de Hernandez , , , , ,	621
Le alcanza en Chuquinga , , , , ,	621
Obstinacion de Alvarado, , , , ,	622
Escaramuzas , , , , ,	622
Batalla de Chuquingo , , , , ,	624
Derrota y fuga de Alvarado , , , , ,	626
Consternacion de los oidores, , , , ,	628
El ejército real se mueve, , , , ,	629
Accion de Pucará , , , , ,	630
Fuga de Hernandez, , , , ,	631
Le alcanzan y prenden , , , , ,	632
Es ajusticiado , , , , ,	633
Noticias de su vida , , , , ,	634
Apuros de la Audiencia para premiar á los realistas , , , , ,	636
Consigue al fin aplacarlos , , , , ,	636

## CAPITULO IV.

Llega al Perú el nuevo virey.—Abdicacion del Inca Sayri Tupae.—Espedicion á Chile.—Muerte de algunos conquistadores.—La del virey.—El conde de Nieva.—Su desgraciada muerte.—El licenciado Cas-

tio.—Don Francisco de Toledo.—Suplicio del Inca Tupae Amarn.—Corsarios ingleses.—Vuelve el virey á España, y muere, 637	
Nombramiento del marqués de Cañete , , , , ,	638
Su llegada al Perú , , , , ,	639
Medidas fuertes , , , , ,	639
El principe Sayri Tupac, , , , ,	640
Le envia el virey embajadores , , , , ,	641
Desconfianza de los peruanos, , , , ,	641
Nueva embajada , , , , ,	642
Precauciones de los Indios , , , , ,	642
Envian ellos sus mensajeros , , , , ,	643
Convenios , , , , ,	643
Sale el principe de sus montañas , , , , ,	644
Anécdota, , , , ,	645
Se retira á Inca y muere , , , , ,	645
Espedicion á Chile y su mal éxito , , , , ,	646
Muerte de Alonso de Alvarado , , , , ,	646
Y de Garcilaso de la Vega , , , , ,	647
Quejas contra el virey , , , , ,	647
Disgustos que sufre y su muerte , , , , ,	648
Llega el conde de Nieva , , , , ,	649
Muere á poco desgraciadamente , , , , ,	649
El licenciado Lope Garcia de Castro , , , , ,	650
Su gobierno , , , , ,	651
Le sucede Don Francisco de Toledo , , , , ,	651
Sus acertadas providencias , , , , ,	652
Predicacion del evangelio en las sierras de Velcabamba , , , , ,	653
Sus vicisitudes, , , , ,	654
Muerte del Cusi Yupanqui, , , , ,	654
Martirio de P. Ortiz, , , , ,	654
Determinacion del virey, , , , ,	655
Guerra contra Tupac Amarn , , , , ,	656
Le prenden , , , , ,	657
Le forman causa , , , , ,	657
Le condenan á muerte , , , , ,	658

Piden en vano al virey que commute la sentencia	658
Se ejecuta esta	659
Corsarios ingleses	661
Llega el sucesor del virey	662
Marcha Toledo á España	662
Aspero recibimiento de Felipe 2º	662
Muerte de D. Francisco de Toledo	663
Noticia del P. Calancha	664
Id. de Alcedo	666

Relacion de la Conquista del Perú escrita

por Pedro Sanchuo	667
Advertencia	669
§. I,	679
II	685
III	690
IV	697
V	702
VI	706
VII	710
VIII	713
IX	716
X	721
XI	728
XII	730
XIII	734
XIV	740
XV	744
XVI	748
XVII	754
XVIII	758
XIX	762

NOTA.

No habiendo corregido el traductor mas que una parte de las pruebas de esta obra, no ha podido

evitar que se escapen muchas erratas, que con frecuencia alteran el sentido, siendo la mas notable la de la pág. 392, lin. 13, donde omitió el cajista dos líneas del manuscrito, y debe leerse así; Pues parece que el licenciado tuvo al último mas parte que Carbajal *en el manejo de sus asuntos ó á lo menos en estas operaciones militares.* Carbajal, fuese que le disgustara, &c.

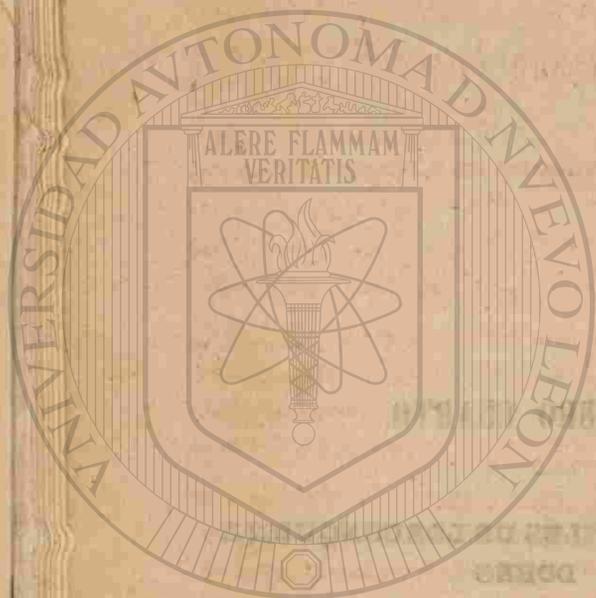


LIBRO CUARTO.

GUERRAS CIVILES DE LOS CONQUISTADORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LIBRO CUARTO.

Guerras civiles de los Conquistadores.

### CAPITULO I.

JORNADA DE ALMAGRO A CHILE.—PADECIMIENTOS DE SUS TROPAS.—VUELVE Y SE APODERA DEL CUZCO.—ACION DE ABANCAY.—GASPAR DE ESPINOSA.—SALE ALMAGRO DEL CUZCO.—NEGOCIACIONES CON PIZARRO.

1535.—1537.

Mientras pasaban los sucesos que dejamos referidos en el capítulo anterior, el Mariscal Almagro se hallaba empeñado en su memorable expedición á Chile. Púsose en marcha, como ya vimos, con solo una parte de sus fuerzas, dejando á su teniente encargado de seguirle con el resto. En las primeras jornadas se aprovechó del camino real de los Incas, que se extendía por las cumbres hasta una grande distancia hácia el rumbo del sur: mas conforme se fué acercando á Chile se halló enredado en los desfiladeros de las montañas, donde no se descubría rastro alguno de camino. Allí atajaban su mar-

cha todos los obstáculos propios de aquella region salvaje; barrancos profundísimos por cuyas ásperas pendientes subia dando vueltas una estrecha vereda, hasta llegar á una altura en que era imposible mirar abajo sin desvanecerse; rios que se despeñaban con furia desde las montañas, arrojándose en espantosos abismos, y formando estupendas cataratas: espesos bosques de pinos cuyo fin no se alcanzaba, y luego inmensos páramos sin una mata ni un arbusto siquiera para abrigar al aterido viagero contra la helada ventisca que soplaba de las nevadas cumbres de la sierra.

El frio era tan intenso que muchos perdieron las uñas, otros los dedos, y algunos miembros enteros. A otros cegó el resplandor insufrible de los rayos del sol reflejados en la nieve, y mas vivo aun en estas regiones elevadas á causa de la rarificacion de la atmósfera. El hambre vino como de costumbre en pos de las otras miserias: porque en estas horribles soledades no se hallaba planta alguna que sirviese para alimento del hombre, ni veian otro ser viviente que el pájaro gigante de los Andes, que revolaba sobre sus cabezas aguardando la hora del festin. Con frecuencia se lo proporcionaban los infelices Indios, que faltos de todo abrigo no podian resistir á la inclemencia del tiempo, y perecian en gran número por el camino. Llegó el ham-

bre á tal extremo, que los desdichados que aun sobrevivian se alimentaban con los cadáveres de sus compañeros, y los Españoles sostenian la vida con los esqueletos de sus caballos que morian helados en los puertos.<sup>1</sup> Tales eran los terribles castigos que la naturaleza imponia á los temerarios que osaban invadir sus mas recónditas soledades.

Pero los males propios no hicieron mas compasivos á los Españoles con los desventurados indigenas, sino que incendiaban y destruian cuantas aldeas encontraban en su marcha, obligando á sus infelices moradores á que les sirviesen de bestias carga. Atábanlos en cuerdas de diez ó doce, y ni las enfermedades, ni la falta de fuerzas, libraban al desdichado cautivo de tomar parte en el trabajo comun, hasta que á veces atado como estaba caia muerto de fatiga.<sup>2</sup> Se acusa á los soldados de Alvarado de haber sido

<sup>1</sup> Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 10, cap. 1-3.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 9, cap. 4.—Conq. i Pob. del Piru, MS.

<sup>2</sup> Conq. i Pob. del Piru, MS. Este escritor fué en la expedición, segun parece, porque habla como testigo ocular. Los pobres Indios tenian á lo menos un amigo en el campamento español. "1 si en el Real havia algun Español que era buen rancheador i cruel i matava muchos Indios te-

níanle por buen hombre i en grand reputacion i el que era inclinado á hacer bien i á hacer buenos tratamientos á los naturales i los favorecia, no era tenido en buena estima, *he apuntado esto que ví con mis ojos i en que por mis pecados anduve* porque entiendan los que esto leyeren que de la manera que aqui digo i con mayores crueldades harto se hizo esta jornada i descubrimiento de Chile."

mas crueles que los de Pizarro, y debe tenerse presente que la mayor parte de la tropa de Almagro se componia de aquella gente. Dicen que el gefe veia con desagrado tales excesos, é hizo cuanto pudo para evitarlos. No daba á la verdad, el mejor ejemplo con su propia conducta, si es cierto que en una ocasion, hizo quemar vivos treinta señores indios, por haber dado muerte á tres Españoles.<sup>3</sup> El corazon se horroriza al referir tales atrocidades cometidas con un pueblo inocente, ó á lo menos sin otro delito que el de defender su patria con demasiado valor.

Considerándolo bajo el aspecto moral, es sumamente peligroso el poseer mayor fuerza física. Cuando el Europeo con sus talentos y su poder tan infinitamente superiores, se pone á luchar con pueblos semicivilizados, les tiene en poco mas que brutos, y les considera criados como estos para su servicio. Cree que tiene un derecho natural, por decirlo así, á exigirles obe-

3 " Para castigarlos por la muerte de los tres Españoles juntos en un aposento donde estava aposentado i mandó cavalgar la jente de á caballo i la de á pié que guardasen las puertas i todos estuviesen apercebidos i los prendió i en conclusion hizo quemar mas de treinta Señores vivos atados cada uno á su palo." (Conq. i Feb. del Piru, MS.) Oviedo

que siempre manifiesta la insensibilidad de un colono, trata de disculpar esto con la vieja excusa de la necesidad: *fué necesario este castigo*. Añade que despues podian enviar los Españoles un mensagero de un extremo é otro del pais, sin temor de que recibiese daño. Hist. de las Indias, MS. Parte 3, lib. 9, cap. 4.

diencia, y que esta obediencia ha de medirse, no por las fuerzas del bárbaro, sino por la voluntad de su vencedor. Toda resistencia se convierte en un crimen, que solo puede lavarse con la sangre de la víctima. Los Españoles no son los únicos á quienes puede echarse en cara estas crueldades. Donde quiera que ha habido comunicacion entre el hombre civilizado y el salvaje, sea en el Oriente ó en el Occidente, su historia se ha escrito muchas veces con caracteres de sangre.

Del confuso caos de las sierras salieron los Españoles al frondoso valle de Coquimbo, situado hácia los treinta grados de latitud meridional. Allí se detuvieron para reparar las fuerzas en sus fértiles llanuras, despues de sus inauditas fatigas y padecimientos. Mientras tanto envió Almagro por delante á un oficial con un fuerte destacamento para que explorase la tierra hácia el Sur; y á poco tuvo el gusto de ver llegar el resto de sus fuerzas mandadas por su teniente Rodrigo de Orgoñez, personage notable que despues tuvo tanta influencia en la suerte de Almagro.

Era natural de Oropesa, sirvió en las guerras de Italia, y desempeñaba el empleo de alferez en el ejército del Condestable de Borbon cuando el famoso saco de Roma. Era aquella una excelente escuela para aprender su cruel oficio, y

para endurecer el corazon contra la compasion escesiva hácia las miserias de la humanidad. Era Orgoñez un escelente soldado: activo, intrépido, fiel á sus gefes é inflexible en la ejecucion de sus órdenes. Sus servicios llamaron la atencion de la corte y poco tiempo despues de los sucesos que referimos, le agraciaron con el titulo de Mariscal de la nueva Toledo. Pero acaso su carácter era mas apropósito para un puesto inferior en que solo se tratase de ejecutar ordenes ajenas, que para otro de mayor responsabilidad.

Almagro recibió igualmente los poderes reales para su nueva gobernacion. Los Pizarros detuvieron este documento hasta la última hora. Las tropas de Almagro disgustadas hacia tiempo con una marcha tan pesada é infructuosa, clamaban por regresar al momento. Decian que el Cuzco caia sin duda alguna dentro de su gobernacion, y era mejor ir á tomar posesion de sus cómodos cuarteles, que andar errantes y desterrados por aquellas horribles soledades. Hacian ver además á su gefe que solo así podria mirar por el bien de su hijo Diego. Era este un hijo natural de Almagro, y su padre le amaba con un exceso que rayaba con estravagancia, aunque el jóven justificaba mas de lo acostumbrado esta predileccion por las buenas cualidades que empezaba á manifestar.

Despues de una ausencia de cerca de dos meses regresó el oficial que salió á esplorar la tierra, trayendo malas noticias de las regiones meridionales de Chile. Para los Españoles solo era tierra de provision la que abundaba en oro.<sup>4</sup>

No habia penetrado el oficial como cien leguas, llegando probablemente hasta el límite de las conquistas de los Incas en el rio Maule.<sup>5</sup> Los Españoles se detuvieron por fortuna antes de llegar á la tierra de Arauco, donde despues habia de correr á torrentes la sangre de sus compatriotas, y que aun mantiene orgullosa su independencia en medio de la general humillacion de las naciones indias que la rodean.

Cedió entonces Almagro con poca repugnancia á las repetidas instancias de sus soldados, y volvió la espalda al sur. No es necesario que nos detengamos á referir los pormenores de su marcha. Desanimado con las dificultades de la travesia por la sierra, tomó el camino de la costa y de esa manera tuvo que pasar el gran desierto de Atacama. Al atravesar esta espantosa soledad, que se estiende de cerca de seis leguas hasta los confines septentrionales de Chile casi sin una

<sup>4</sup> Son palabras de un Español. (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 2, cap. 5.) No debe uno aguardar que los rudes soldados de América tuviesen

<sup>5</sup> Segun Oviedo, ciento cincuenta leguas, y como ellos le dijeron, muy cerca del fin del mundo.

oasis para alivio del desmayado viagero, Almagro y sus soldados pasaron trabajos tan grandes como los que padecieron en los pasos de las Cordilleras aunque de diversa especie. Sin duda que en nuestros días no se hallaria un capitan que quisiese atravesar con un ejército esta region desolada. Pero los Españoles del siglo diez y seis tenían una robustez y un entusiasmo que les hacían desafiarse todos los obstáculos, y casi justifican la jactancia del historiador, de que "combatían al mismo tiempo con los enemigos, con los elementos y con el hambre."<sup>6</sup>

Pasado el terrible desierto, llegó Almagro á la antigua ciudad de Arequipa, sesenta leguas distante del Cuzco. Allí supo con asombro la insurreccion de los Peruanos, y ademas que el jóven Inca Manco se mantenía aun con una fuerza respetable en las cercanías de la capital. Como en otro tiempo había tenido amistad con el príncipe peruano, resolvió antes de pasar adelante enviar una embajada á su campo, convidándole á una entrevista en las inmediaciones del Cuzco.

Los emisarios de Almagro fueron bien recibidos por el Inca, quien les espuso los motivos de queja que tenía contra los Pizarros, y señaló el valle de Yucay para la conferencia que debía te-

6 "Peleando en un tiempo con los Ene-  
migos, con los Ele-  
mentos, i con la Hambre." Her-

ner con el mariscal. El capitan español continuó, pues, su marcha, y tomando consigo la mitad de su gente, que por todo no llegaba á quinientos hombres, acudió en persona al lugar de la cita, dejando el resto acampado en Urcos, á seis leguas de la capital.<sup>7</sup>

Alarmados los Españoles del Cuzco al ver acercarse este nuevo cuerpo de tropas, dudaron, cuando supieron de donde venía, si su llegada les presagiaba mal ó bien. Hernando Pizarro salió de la ciudad con una corta fuerza, y acercándose á Urcos sintió no poca inquietud al saber que el objeto de Almagro era insistir en sus pretensiones al Cuzco. Aunque muy inferior en fuerzas á su contrario, determinó resistirle.

En este intermedio, los Peruanos que habían presenciado la conferencia entre los soldados de ambos campamentos, sospecharon que había entre ellos alguna combinacion secreta que podía comprometer la seguridad del Inca. Comunicaron á este sus sospechas, y él, ya fuese por haberlas creído fundadas, ó porque desde el principio pensó en sorprender á los Españoles, cayó de improviso sobre ellos en el valle de Yucay con una division de quince mil hombres. Pero los veteranos de Chile conocían demasiado bien el modo de pelear de los Indios para dejar-

7 Pedro Pizarro, Descub. y Piru, MS.—Oviedo, Hist. de las Conq., MS.—Conq. i Pob. del Indias, MS., Parte 3, lib. 9, c. 6.

se cojer de sorpresa. Y aunque no pudo evitarse un reñido combate que duró mas de una hora, y en el cual fué muerto el caballo que montaba Orgoñez, los Indios fueron al fin rechazados con grande pérdida, quedando las fuerzas del Inca tan debilitadas con este golpe, que ya no daban cuidado para lo necesario.<sup>8</sup>

Almagro entonces fué á reunirse con la division que dejó en Urcos, y se creyó en estado de pensar ya en apoderarse del Cuzco. Envió desde luego una embajada al ayuntamiento exigiéndole que le reconociese por legítimo gobernador, y acompañándole al mismo tiempo copia de las provisiones reales. Pero el punto de la jurisdiccion no era fácil de poner en claro, dependiendo, como dependia, de un conocimiento exacto de los paralelos de latitud, que no debía aguardarse en los ignorantes compañeros de Pizarro. La merced real le habia dado jurisdiccion sobre todo el territorio comprendido en doscientas y setenta leguas contadas hácia el sur desde el rio de Santiago, situado á un grado y veinte minutos al norte del ecuador. Midiendo nosotros doscientas y setenta de nuestras leguas en el meridiano, nos faltaria mas de un grado para llegar al Cuzco, y apenas pasaríamos de la ciudad

<sup>8</sup> Zárate, Cong. del Perú, Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. lib. 3, cap. 4.—Cong. i Pob. del 21.  
Pira, MS.—Oviedo, Hist. de las

de Lima. Pero contando por leguas españolas de solo diez y siete y media al grado,<sup>9</sup> el límite meridional vendria á caercasi medio grado mas allá de la capital de los Incas, la que de ese modo quedaria dentro de la gobernacion de Pizarro.<sup>10</sup> No obstante, la línea divisoria andaba tan cerca del terreno disputado, que habia motivos muy fudados para dudar de su verdadera posicion, cuando aun no se habian hecho con cuidado las observaciones científicas necesarias para averiguarla; y cada parte sostenia, como sucede siempre en tales casos, que sus derechos eran claros y fuera de toda duda.<sup>11</sup>

Recibida por las autoridades del Cuzco la intimacion de Almagro, y no queriendo disgustar á ninguno de los dos gefes, decidieron que de-

<sup>9</sup> "Contando diez i siete leguas i media por grado." Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 3, cap. 5.

<sup>10</sup> Desde el principio habia tratado el gobierno de tomar precauciones contra cualquiera disputa que pudiera originarse sobre los límites de las respectivas jurisdicciones. Las espresiones de las mercedes originales daban lugar á dudas, y ya desde 1536 fué enviado á Lima Fr. Tomas de Berlanga, obispo de Tierra Firme, con plenos poderes para decidir la cuestion de límites, fijando la verdadera latitud del rio de Santiago, y midiendo desde

allí hácia el Sur doscientas y setenta leguas en el meridiano. Pero habiendo conseguido Pizarro que Almagro se empeñase en la expedicion de Chile, no quiso revivir la cuestion y el obispo se volvió *re infectá* á su diócesis, muy disgustado con el gobernador. Ibid., dec. 6, lib. 3, cap. 1.

<sup>11</sup> "Todos dicen," afirma Oviedo en una carta al emperador, "que el Cuzco cae dentro de la gobernacion de Almagro." Oviedo era acaso el sugeto mas instruido de las colonias, y sin embargo, esto era un error. Carta desde Sto. Domingo, MS., 25 de Octubre de 1539.

bian aguardarse hasta tanto que se consultara la opinion de ciertos pilotos mejor impuestos que ellos de la verdadera posicion del Santiago, lo que ofrecieron hacer inmediatamente. En el entretanto se celebró una tregua entre ambos gefes, comprometiéndose los dos del modo mas solemne á abstenerse de todo paso hostil, y á permanecer quietos en sus respectivos cuarteles.

Cambió entonces el tiempo, y se volvió frío y lluvioso. Los soldados de Almagro, muy disgustados con la posicion que tenian, porque la inundaban las aguas, no tardaron en descubrir que Hernando Pizarro, faltando á lo convenido, se fortificaba á toda prisa dentro de la ciudad. Mas susto les causó cuando supieron que ya venia marchando para auxiliar el Cuzco una fuerza considerable mandada por Alonso de Alvarado, que enviaba desde Lima el gobernador. Clamaron entonces que les habían engañado, y que las treguas solo eran un artificio, discurrido para atarles las manos mientras venia el socorro que se aguardaba. Exaltados de este modo los ánimos, no fué difícil conseguir del general, quien solia sujetar con demasiada facilidad su propia opinion á la de los temerarios consejeros que le rodeaban, que violase el armisticio y se apoderase de la ciudad.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Segun Zárate, al entrar señales de los designios que se á Almagro en la capital no halló. atribuian á Hernando, y exclamó,

Aprovechando una noche oscura y tempestuosa, (Abril 8 de 1537), entró en el lugar sin oposicion, se apoderó de la iglesia mayor, apostó fuertes patrullas de caballeria á la entrada de las calles principales para evitar una sorpresa, y envió á Orgoñez con un trozo de infanteria para forzar la habitacion de Hernando Pizarro. Hallábase este alojado con su hermano Gonzalo en uno de los grandes salones edificados por los Incas para las diversiones públicas, con grandes puertas que caian á la plaza. Custodiábanle unos veinte soldados, los cuales así que vieron derribar las puertas, se mantuvieron firmes en defensa de su capitan. Trabóse un reñido combate en que se perdieron varias vidas, hasta que irritado Orgoñez por lo obstinado de la resistencia, puso fuego al inflamable techo del edificio. Pronto fué presa de las llamas, y cayendo los abrasados maderos sobre las cabezas de los defensores, hubo de ceder su caudillo, aunque con repugnancia, y se entregó á discrecion. Apenas salieron los Españoles del edificio, se desplomó el techo todo con espantoso estruendo.<sup>13</sup>

Ya tenemos á Almagro hecho dueño del Cuzco. Hizo prender á los Pizarros con otros quin-

“que le habian engañado.” Conq. 1539.—Conq. i Pob. del Piru del Perú, lib. 3, cap. 4.) Acaso MS.—Pedro Pizarro, Descub. y er. demasiado crédulo en estos Conq. MS.—Oviedo, Hist. de asuntos. las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 21.

<sup>13</sup> Carta de Espinal, Tesorero de N. Toledo, 15 de Junio de

ce ó veinte de los principales caballeros, y les puso bajo buena guarda. Parece que no molestó á los vecinos mas de lo preciso para afianzar su autoridad,<sup>14</sup> y entregó el gobierno de la ciudad á Gabriel de Rojas, uno de los mejores oficiales de Pizarro. El ayuntamiento entonces percibió mejor la validez de las pretensiones de Almagro, y no tubo ya escrúpulo en reconocer sus derechos al Cuzco.

El primer paso del Mariscal fué enviar un mensaje al campamento de Alonso de Alvarado, participando á aquel gefe la ocupacion de la ciudad, y exigiéndole que le prestase obediencia como á su legitimo superior. Alvarado con una fuerza de quinientos hombres, de á pié y de á caballo, se hallaba en Jauja á trece leguas de la capital. Ya hacia varios meses que le habian despachado á socorrer el Cuzco; pero sin un motivo fundado, y por desgracia para la capital peruana, se detuvo en Jauja, bajo el pretexto de proteger aquella colonia y sus cercanias contra los ataques de los insurgentes.<sup>15</sup> Mostróse

14 Por lo menos así lo encuentro en los autores; mas Pedro Pizarro, que pertenecía al partido contrario, y fué uno de los presos por Almagro, se queja de que este gefe les despojó de sus caballos y de otras cosas. Descub. y Conq., MS.

15 Picado, el secretario de Pizarro, tenía un encomienda en

aquellas cercanias, y dicen que á instancias suyas se detuvo allí Alvarado, porque le debía algunos favores. (Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 7.) Alvarado era un buen oficial en quien confiaron mucho los Pizarros, antes y despues; y podemos sospechar que él tendría otras razones para justificar su

ahora fiel á su comandante, y cuando los enviados de Almagro llegaron á su campo, les hizo echar grillos y envió á Lima noticia de lo que pasaba.

Ofendido Almagro por la detencion de sus emisarios, se dispuso á marchar inmediatamente contra Alonso de Alvarado, y á emplear arbitrios mas eficaces para reducirle á obediencia. Antes de partir le aconsejó con mucha instancia su teniente Orgoñez que hiciese cortar la cabeza á los Pizarros, asegurando, "que mientras ellos viviesen no estaria segura la vida de su comandante," y concluyendo con el proverbio español: "hombre muerto no muerde."<sup>16</sup> Pero aunque el Mariscal aborrecia en su interior á Hernando no se atrevió á dar un paso tan violento, porque, dejando aparte otras consideraciones, aun conservaba cierto afecto á su antiguo compañero Francisco Pizarro, y no queria cortar de un golpe y para siempre los lazos que aun les unian. Así fué que se contentó con dejar á sus prisioneros bajo buena guarda, en uno de los edificios de piedra pertenecientes á la casa del sol, y poniéndose á la cabeza de sus tropas, salió de la capital en busca de Alvarado.

Hallábase entonces este oficial al otro lado del rio de Abancay, donde se habia colocado con

conducta, que no han llegado á nuestra noticia. 16 "El muerto no mordia." Ibid., dec. 6, lib. 2, cap. 8.

el grueso de su pequeño ejército á la entrada de un puente que daba paso sobre la impetuosa corriente del río, y mas abajo habia apostado un fuerte destacamento para guardar un vado que caia hácia aquella parte. Pero en este destacamento se hallaba Pedro de Lerma, persona de importancia en el ejército, que por algun disgusto con el comandante habia entrado en correspondencia criminal con el enemigo. Por consejo suyo, así que llegó Almagro á la orilla del río se colocó frente á Alvarado, al otro lado del puente, como si tratase de pasarlo á viva fuerza, llamando de este modo hácia este punto toda la atencion de su contrario. Pero llegada la noche destacó á Orgóñez con un buen golpe de gente, para que pasase al vado y obrase de concierto con Lerma. Orgóñez desempeñó su comision con su acostumbrada celeridad. Pasó al vado, aunque la corriente era tan rápida que le llevó varios soldados, y él mismo recibió una grave herida en la boca al tomar tierra en la ribera opuesta; pero sin desanimarse por ello, alentó á sus soldados y cerró con el enemigo. Reuniósele al punto Lerma con los soldados que ya tenia ganados de antemano, y no pudiendo distinguir quién era amigo y quién contrario, la confusion del enemigo fué completa.

En el entretanto el ruido de este ataque avisó á Alvarado, y acudió á toda prisa al socorro de

su subalterno; pero Almagro, aprovechando la ocasion, se echó sobre el puente, dispersó á los pocos que quedaron guardándole, y cayó sobre la retaguardia de Alvarado, con lo que este general se vió envuelto por todos lados. El combate no duró mucho tiempo, y el desgraciado gefe no sabiendo ya de quien fiarse, se rindió con todos los suyos, salvo aquellos que ya se habian pasado al enemigo. Tal fué la accion de Abancay, llamada así por el nombre del río en cuyas orillas se dió el 12 de Julio de 1537. Nunca hubo victoria mas completa ni que costase menos sangre, y Almagro se volvió triunfante al Cuzco con tan gran número de prisioneros, que casi igualaba al de sus propios soldados.<sup>17</sup>

Mientras pasaban los sucesos referidos en las páginas anteriores Francisco Pizarro permanecia en Lima, esperando con ansia lo llegada de los refuerzos que habia solicitado, para poder ir al socorro de la sitiada capital de los Incas. Sus súplicas no fueron hechas en vano. Vino entre otros un refuerzo de doscientos cincuenta hombres mandados por el licenciado Gaspar de Espinosa, uno de los tres primeros asociados que emprendieron la conquista del Perú, segun recordará el lector. Habia dejado ahora su casa

17 Carta de Francisco Pizarro al obispo de Tierra Firme, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.—Conq. i MS., 28 de Agosto de 1539.—Pob. del Piru, MS.—Carta de Pedro Pizarro, Descub. y Conq. Espinal, MS.

de Panamá y venia en persona por primera vez como para reanimar la agonizante fortuna de sus compañeros. Pizarro recibió tambien un buque cargado de provisiones, pertrechos militares y otros efectos necesarios, y ademas un rico surtido de ropa para su propio uso; todo lo cual enviaba Cortés el conquistador de Méjico, que estendia generosamente su mano para aliviar á su pariente en la hora de la necesidad.<sup>18</sup>

Salió el gobernador de Lima con cuatrocientos cincuenta hombres, la mitad de caballeria, y emprendió su marcha hácia la capital india. No habia andado mucho cuando le llegaron nuevas de la vuelta de Almagro, de la toma del Cuzco y de la prision de sus hermanos, y antes que se hubiese recobrado de este golpe, supo la completa derrota y prision de Alvarado. Lleno de consternacion al ver la rapidez de las victorias de su rival, se volvió á toda prisa á Lima y se dedicó á ponerla en el mejor estado posible de defensa, porque temia que las hostilidades pudiesen dirigirse contra ella. Mientras tanto, en vez de entregarse á impotentes arranques de resentimiento, ó quejarse de su antiguo camarada, solo se lamentaba de que Almagro hubiese apelado á estas medidas violentas, para decidir

18 "Fernando Cortes embió con Rodrigo de Grijalva en vn propio Navio suio, desde la Nueva España, muchas Armas, Ti-

ros, Jaeces, Adereços Vestidos de Seda, i una ropa de Martas." Gomara, Hist. de las Indias, cap. 136.

la cuestion; y si hemos de darle crédito, no lo sentia tanto por lo que á él tocaba personalmente, como por el perjuicio que aquello podria ocasionar á la corona.<sup>19</sup>

Pero mientras andaba muy ocupado con estos preparativos militares, no descuidó tentar los efectos de la negociacion. Envió una embajada al Cuzco compuesta de varias personas, en cuya discrecion confiaba mucho, con Espinosa al frente, como la parte mas interesada en conseguir un arreglo amistoso.

A la llegada del licenciado, no encontró el ánimo de Almagro tan bien dispuesto para un acomodo como él hubiera deseado. Deslumbrado por sus recientes victorias, ya no se contentaba con la posesion del Cuzco, sino que aspiraba á la de Lima, por caer tambien dentro de los límites de su gobernacion. En vano se valió Espinosa de toda clase de argumentos que la prudencia puede sugerir, para convencerle de la conveniencia de moderar sus pretensiones. Defendia Almagro sobre todo sus derechos al Cuzco, y declaró que estaba pronto á sostenerlos con peligro de su vida. El licenciado le respondió friamente, repitiéndole el oportuno proverbio castellano, *el vencido vencido, y el vencedor perdido*.

No sabemos que impresion llegarían á hacer

19 Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 2, cap. 7.

las pacíficas razones del legista en la acalorada imaginación del soldado; pero desgraciadamente para la negociación vino á cortarla repentinamente la muerte de Espinosa, y lo mas extraño es, que apesar de haber ocurrido cuando menos se esperaba, nadie la atribuyó á veneno.<sup>20</sup> Fué grande pérdida para ambas partes, hallándose los ánimos tan exaltados; porque pensaba con aquella madurez que inclina á dar consejos sabios y prudentes, y nadie tenía mayor interés que él, en que fuesen seguidos.

El nombre de Espinosa es memorable en la historia por la parte que tomó desde el principio en la expedición al Perú, la que á no haber sido por el oportuno, aunque secreto auxilio de sus fondos, no habria podido entonces llevarse á efecto. Hacia mucho tiempo que vivia en las colonias españolas de Tierra Firme y Panamá, donde desempeñó diversos oficios, presidiendo á veces los tribunales como magistrado,<sup>21</sup> y no pocas dirigiendo como jefe inteligente las primeras expediciones de conquista y descubrimiento. En estas diferentes profesiones adqui-

<sup>20</sup> Carta de Pizarro al obispo de Tierra Firme, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 2, cap. 13.—Carta de Espinal, MS.

<sup>21</sup> Se atrajo algun odio por haber presidido el tribunal que procesó y condenó al desgraciado Vasco Nuñez de Balboa. Pe-

ro es preciso advertir que hizo grandes esfuerzos para oponerse á las despóticas medidas de Pedrarias, y que recomendó enca-recidamente que se tuviese piedad del preso. V. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 2, cap. 21, 22.

rió fama de probidad, inteligencia y valor; y su muerte en las circunstancias presentes, fué sin duda la mayor desgracia que pudo sobrevenir á aquel pais.

Ya no volvió á pensarse mas en negociaciones, y Almagro manifestó su designio de bajar á la costa para fundar en ella una colonia y formar un puerto para sí. Con esto conseguia una cosa tan importante como era el mantener espedita la comunicacion con la metrópoli, y desde allí podria luego entablar de nuevo las negociaciones para ajustar su disputa con Pizarro. Antes de salir del Cuzco envió á Orgoñez contra el Inca, con un buen trozo de gente, porque no le agradaba dejar espuesta su capital durante su ausencia, á ningun riesgo por este lado.

Pero el Inca, desanimado por su última derrota, y acaso incapaz de reunir la gente necesaria para prolongar la resistencia, abandonó sus atrincheramientos de Tambo, y se fué retirando por las sierras. Persiguióle con empeño Orgoñez por valles y cerros, hasta que abandonado de sus tropas y acompañado tan solo de una de sus mugeres, el real fugitivo fué á ocultarse en las recónditas guaridas de los Andes.<sup>22</sup>

Antes de salir de la capital volvió á importunar Orgoñez á su jefe para que mandase cor-

<sup>22</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.

tar la cabeza á los Pizarros, y despues se encaminase á Lima. Con este golpe decisivo pondria término á la guerra, y quedaria libre para siempre de las insidiosas maquinaciones de sus enemigos. Pero en el entretanto habian adquirido los hermanos prisioneros un nuevo amigo. Era este Diego de Alvarado, hermano de aquel Pedro, que segun vimos en el capítulo anterior vino mandando la desgraciada expedicion de Quito. Despues de la partida de su hermano, Diego siguió la suerte de Almagro, le acompañó á Chile, y como era persona de calidad y le adornaban escelentes prendas, ejercia con justicia grande influencia en el ánimo de su comandante. Alvarado visitaba con frecuencia á Hernando Pizarro en su encierro, y para disipar el fastidio de la cautividad se entretenia en jugar, inclinacion propia de un Español. Jugaban gordo, y Alvarado llegó á perder la enorme suma de ochenta mil castellanos de oro. Iba á pagar su deuda, pero Hernando Pizarro se negó absolutamente á recibir el dinero. Con esta oportuna generosidad ganó un importante voto en el consejo de Almagro, que le sirvió ahora de mucho. Alvarado hizo presente al Mariscal que la medida propuesta por Orgoñez, ademas de ser mirada con horror por sus compañeros, le acarrearía su desgracia por la indignacion que produciría en la corte. Cuando Almagro se

conformó con esta opinion, porque ciertamente era la mas conforme á sus propias inclinaciones, enfadado Orgoñez al ver que adoptaba este consejo, anunció que ya llegaria la hora en que se arrepintiese de su imprudente lenidad. “Jamás se ha visto que un Pizarro olvide un agravio,” dijo, “y el que Almagro les ha hecho es demasiado grave para que se lo perdonen.” Palabras que pueden calificarse de proféticas.

Al salir del Cuzco dió orden el Mariscal de que Gonzalo Pizarro y los demas prisioneros fuesen custodiados con todo esmero, y llevó consigo á Hernando muy bien guardado. Bajando con rapidez hácia la costa, llegó al hermoso valle de Chíncha hacia fines de Agosto. Allí se entretuvo en trazar la planta de una ciudad á la que dió su propio nombre, para que sirviese de equivalente á la ciudad de los Reyes, desafiando de esta manera á su rival, por decirlo así, en sus mismas fronteras. Mientras se entregaba á esta ocupacion recibió la desagradable noticia de que Gonzalo Pizarro, Alonso de Alvarado y los otros prisioneros, habian seducido á sus guardas y se habian fugado del Cuzco; y á poco supo que habian llegado sin novedad al campo de Pizarro.

Irritado el Mariscal por semejantes nuevas, ayudaban á encender su ánimo las razones de Orgoñez, quien le decia que aquello era el re-

sultado de su mal entendida lenidad; y Hernando lo habria pasado muy mal, si el haber propuesto Francisco Pizarro que se renovasen las negociaciones, no hubiese distraído la atencion de Almagro.

Después de escribirse mutuamente algunas cartas, convinieron ambas partes en que la decision de la disputa se pondria en manos de un solo individuo, el P. Fray Francisco de Bobadilla, fraile de la orden de la Merced. Aunque vivia en Lima, y por lo mismo podria créersele bajo la influencia de Pizarro, tenia tal fama de rectitud que Almagro no dudó en confiar á él solo el ajuste de las diferencias. Ordoñez mas cauto que su gefe, no tenia una confianza tan absoluta en la imparcialidad del fraile.<sup>23</sup>

Convinose al fin en que ambos rivales tendrían una entrevista, la que se verificó en Mala el 13 de Noviembre de 1537. En ella se condujeron los dos comandantes, de un modo muy diverso del que usaban antes cuando solian verse. Es verdad que Almagro quitándose la gorra se adelantó con su acostumbrada franqueza á saludar á su antiguo camarada; pero Pizarro dignándose apenas contestar su saludo, le pre-

23 Carta de Gutierrez al Emperador, MS., 10 de Febrero de 1539.—Carta de Espinal, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS.—Herrera, Hist. Gene-

ral, dec. 6, lib. 2, cap. 8-14.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. del Perú, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 3, cap. 8.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.

guntó con arrogancia, porque se habia atrevido á apoderarse de su ciudad del Cuzeo, y á prender á sus hermanos. Estas palabras provocaron una reconvenccion de parte de su asociado. La discusion fué tomando el aspecto de un vivo altercado, hasta que Almagro, entendiendo por el aviso, ó lo que á él le pareció tal, de uno de los presentes, que se le fraguaba una traicion, salió repentinamente del aposento, montó en su caballo, y se volvió á galope á sus cuarteles de Chíncha.<sup>24</sup> Segun podia esperarse de lo enconados que se hallaban los ánimos al comenzar la conferencia, esta no produjo otro resultado que el rasgar la herida que se trataba de cicatrizar. Quedó entonces el fraile abandonado á sí propio, y despues de pensarlo algun tiempo, pronunció su laudo. Decidió que se enviase un buque con un piloto inteligente para que determinase la verdadera latitud del rio de Santia-

24 Cuentan que Gonzalo se hallaba emboscado en los alrededores con una fuerza considerable para prender al Mariscal, y que un honrado caballero de los contrarios advirtió á éste el riesgo que corría poniéndose á cantar estos versos de un antiguo romance:

“Tiempo es el caballero  
Tiempo es de andar de aquí.”

(Herrera, Hist. General dec. 6,

lib. 3, cap. 4.) Pedro Pizarro confiesa ser cierto el designio atribuido á Gonzalo, que no llevó á efecto por habérselo impedido las órdenes del gobernador, el cual, dice el cronista con edificante candor ó confianza, era hombre que guardaba escrupulosamente su palabra. “Porque el marques Don Francisco Pizarro era hombre que guardaba mucho su palabra.” Descub. y Conq., MS.

go, límite septentrional de la gobernacion de Pizarro que debia servir de base para todas las demás medidas. En el entretanto, Almagro debia entregar el Cuzco, y poner en libertad á Hernando Pizarro, bajo condicion de que dentro de seis semanas partiese para España. Ambas partes debian retirarse dentro de los límites de sus respectivos territorios en que no cabia disputa, y se abstendrian de todo movimiento hostil.<sup>25</sup>

Esta sentencia, muy agradable para Pizarro, fué recibida por los de Almagro con indignacion y desprecio, como es de suponerse. Decian que su general les habia vendido, porque la edad y las enfermedades le tenia ya sin fuerzas, y que sus enemigos iban á posesionarse del Cuzco y de su amena comarca, mientras que ellos tendrían que volverse á los estériles desiertos de Charcas. Muy distantes estaban de creer que bajo un exterior tan humilde se ocultasen los ricos tesoros del Potosí. Acusaban al juez árbitro de haberse vendido al gobernador, y las tropas, incitadas por Orgoñez, comenzaron á pedir la cabeza de Pizarro. Nunca corrió mayor peligro la vida de este caballero. Pero su ángel de guarda bajo la forma de Alvarado, se presentó otra vez para protegerle. Durante su

<sup>25</sup> Pedro Pizarro Descub. y Conq., MS.—Carta de Espinal, MS.

cautividad estuvo siempre suspendida sobre su cuello el hacha de verdugo.<sup>26</sup>

Pero su hermano el gobernador no pensaba abandonarlo á su suerte, sino que por el contrario se disponia á ceder en todo con tal de conseguir su libertad. Aquel astuto gefe conocia muy bien que las concesiones cuestan muy poco al que no trata de cumplirlas. Despues de dar algunos pasos se pronunció otra sentencia mas equitativa, ó á lo menos mas satisfactoria para parte agraviada. Los principales artículos de ella fueron, que hasta tanto que viniesen de Castilla instrucciones mas detalladas, la ciudad del Cuzco con su territorio, continuaria en poder de Almagro, y que Hernando Pizarro seria puesto en libertad con la condicion arriba indicada de salir del pais dentro de seis semanas.— Cuando Orgoñez supo los términos de la transaccion, manifestó el juicio que formaba de ella pasándose la mano por el cuello y diciendo: "¿Qué caro me ha costado la fidelidad á mi gefe!"<sup>27</sup>

Deseando Almagro honrar mas señaladamen-

<sup>26</sup> Espinal, tesorero de Almagro, dice que al fraile probó mas injusta." Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 21.

<sup>27</sup> "I tomándola barba con la mano izquierda, con la derecha hizo señal de cortarse la cabeza, diciendo: "Orgoñez, Orgoñez, por el amistad de D. Diego de Almagro te han de cortar esta." Herrera, Hist. General dec. 6. lib. 3, cap. 9.

te á su prisionero, fué á verle en persona y le anunció que desde aquel momento quedaba libre. Le manifestó al mismo tiempo que esperaba que todas sus pasadas diferencias quedarían sepultadas en el olvido, y que de allí en adelante solo se acordarian de su antigua amistad. Hernando le replicó, con aparente cordialidad, que él por su parte no deseaba otra cosa. Juró luego del modo mas solemne, y empeñó su palabra de caballero, lazo quizá tan fuerte para él como el primero, de que cumpliría religiosamente lo estipulado en el convenio. Llevóle en seguida el Mariscal mismo á sus cuarteles, en donde se sentó á la mesa con los gefes principales, y algunos de ellos juntos con Diego de Almagro, hijo del general, acompañaron despues á Hernando al campamento de su hermano, que se había trasladado á la vecina ciudad de Mala. Allí les recibió á todos el gobernador con la mayor cordialidad, les obsequió cortesmente, y sobre todo prodigó mil atenciones al hijo de su antigua camarada. En una palabra, fué tal la descripción que hicieron á su vuelta de la acogida que hallaron en el gobernador, que ya no quedó duda á Almagro de que al fin se había arreglado todo amistosamente.<sup>28</sup> Mas no conocia á Pizarro.

<sup>28</sup> Ibid., loc. cit.—Carta de Descub. y Conq., MS.—Zárate. Gutierrez, MS.—Pedro Pizarro, Conq. del Perú, lib. 3, cap. 3.

## CAPITULO II.

PRIMERA GUERRA CIVIL.—ALMAGRO SE RETIRA AL CUZCO.—BATALLA DE LAS SALINAS.—CRUELDAD DE LOS VENCEDORES.—PROCESO Y EJECUCION DE ALMAGRO.—SU CARACTER.

1537—1538.

Apenas habían partido los oficiales de Almagro, cuando reuniendo el gobernador su pequeña tropa en derredor suyo, le hizo una breve reseña de los muchos agravios que había recibido de su rival; la ocupación de su capital, la prisión de sus hermanos, el ataque y derrota de sus tropas, y concluyó declarando que era llegada la hora de la venganza; declaración que recibió con aplauso su auditorio. Mientras duraron las negociaciones, no había cesado Pizarro de hacer preparativos para la guerra. Había reunido una fuerza mucho mayor que la de su rival, recojida en diversos lugares; pero com-

te á su prisionero, fué á verle en persona y le anunció que desde aquel momento quedaba libre. Le manifestó al mismo tiempo que esperaba que todas sus pasadas diferencias quedarían sepultadas en el olvido, y que de allí en adelante solo se acordarian de su antigua amistad. Hernando le replicó, con aparente cordialidad, que él por su parte no deseaba otra cosa. Juró luego del modo mas solemne, y empeñó su palabra de caballero, lazo quizá tan fuerte para él como el primero, de que cumpliría religiosamente lo estipulado en el convenio. Llevóle en seguida el Mariscal mismo á sus cuarteles, en donde se sentó á la mesa con los gefes principales, y algunos de ellos juntos con Diego de Almagro, hijo del general, acompañaron despues á Hernando al campamento de su hermano, que se había trasladado á la vecina ciudad de Mala. Allí les recibió á todos el gobernador con la mayor cordialidad, les obsequió cortesmente, y sobre todo prodigó mil atenciones al hijo de su antigua camarada. En una palabra, fué tal la descripción que hicieron á su vuelta de la acogida que hallaron en el gobernador, que ya no quedó duda á Almagro de que al fin se había arreglado todo amistosamente.<sup>28</sup> Mas no conocia á Pizarro.

<sup>28</sup> Ibid., loc. cit.—Carta de Descub. y Conq., MS.—Zárate. Gutierrez, MS.—Pedro Pizarro, Conq. del Perú, lib. 3, cap. 3.

## CAPITULO II.

PRIMERA GUERRA CIVIL.—ALMAGRO SE RETIRA AL CUZCO.—BATALLA DE LAS SALINAS.—CRUELDAD DE LOS VENCEDORES.—PROCESO Y EJECUCION DE ALMAGRO.—SU CARACTER.

1537—1538.

Apenas habían partido los oficiales de Almagro, cuando reuniendo el gobernador su pequeña tropa en derredor suyo, le hizo una breve reseña de los muchos agravios que había recibido de su rival; la ocupación de su capital, la prisión de sus hermanos, el ataque y derrota de sus tropas, y concluyó declarando que era llegada la hora de la venganza; declaración que recibió con aplauso su auditorio. Mientras duraron las negociaciones, no había cesado Pizarro de hacer preparativos para la guerra. Había reunido una fuerza mucho mayor que la de su rival, recojida en diversos lugares; pero com-

puesta en su mayor parte de hombres acostumbrados al servicio. Anunció en seguida que como ya era demasiado viejo para dirigir en persona la campaña, daría este encargo á sus hermanos, y relevó á Hernando de todos los compromisos contraídos con Almagro, porque la necesidad justificaba tal medida. Este caballero insistía con loable obstinación en cumplir la palabra dada; pero al cabo se sometió con repugnancia á las órdenes de su hermano, por exijírselo también así imperiosamente su fidelidad al soberano.<sup>1</sup>

El gobernador avisó en seguida á Almagro que el tratado quedaba roto. Al mismo tiempo le requirió que renunciase sus pretensiones al Cuzco, y se retirase á su territorio, haciéndole responsable de las consecuencias que pudieran seguirse si así no lo verificaba.

Almagro, que vivía tranquilo en su engaño, vió entonces claramente el error que había cometido, y acaso recordaría los prudentes avisos de su teniente. La primera parte de la profecía estaba cumplida ¿y porqué no se había de cumplir también la otra? Para colmo de su desgracia, le aquejaba entonces una penosa enfermedad, resultado de los excesos de la juventud, que había minado su constitución y no le permitía trabajo alguno mental ni corporal.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Herrera, Hist. General, dec. 1.<sup>o</sup> lib. 3, cap. 10.

<sup>2</sup> "Cayó enfermo i estuvo malo á punto de muerte de bu-

En tan triste estado confió el manejo de sus negocios á Orgoñez en cuya fidelidad y valor podía confiar ciegamente. Su primera medida fué guardar los pasos de la sierra de Guaitara, cadena de cerros que rodea el valle de Zangalla, donde se hallaba Almagro por entonces. Pero á causa de algun mal cálculo, no se ocuparon los pasos á tiempo, y el enemigo, mas activo que él, venciendo las peligrosas gargantas consiguió verse al otro lado de la sierra, donde una fuerza mucho menor que la suya podría haberle atacado con ventaja. La buena estrella de Almagro iba declinando á su ocaso.

Pensó entonces en el Cuzco, y ansiaba por tomar posesion de la ciudad antes que llegase á ella el enemigo. Como su debilidad no le permitía sostenerse á caballo, tuvo que dejarse conducir en una litera; y cuando llegó á la antigua ciudad de Vilcas, no lejos de Guamanga, su enfermedad se agravó tanto, que se vió precisado á detenerse allí tres semanas, antes de hallarse en estado de continuar su camino.

En el entretanto el gobernador y sus hermanos, despues de pasar la sierra de Guaitara bajaron al valle de Ica, donde Pizarro se detuvo

bas y doleres." (Carta de Espi- fué un castigo muy severo por nal, MS.) En semejante crisis los pecados de la juventud: pero

Justos los Dioses son, y de los vicios  
Que nos agradan mas, el instrumento  
Ferman con que severos nos flagelan.

bastante tiempo para poner en orden sus tropas y terminar los preparativos de la campaña. Hecho esto, se despidió del ejército y se volvió á Lima, dejando la continuacion de la guerra, como antes habia anunciado, al cuidado de sus hermanos, por ser mas jóvenes y mas activos. Hernando salió poco después del valle de Ica y se fué por la costa hasta Nasca pensando dar un rodeo al internarse para evitar un encuentro con el enemigo, que podria ponerle en apuro en algunos pasos de las cordilleras. Almagro por desgracia suya, no adoptó este plan de operaciones que le habria dado tantas ventajas sobre su contrario; y este, sin mas estorbos que las dificultades naturales de la marcha, llegó á las cercanías del Cuzco á fines de Abril de 1538.

Pero Almagro estaba ya posesionado de la capital, á donde habia llegado diez dias antes, y reunió un consejo de guerra para determinar el partido que debería tomarse. Algunos opinaron que debia defenderse la ciudad. Almagro habria tentado de buena gana el medio de las negociaciones; pero Orgoñez replicó bruscamente: "Es demasiado tarde; habeis dado libertad á Hernando Pizarro, y ya no queda otro recurso que venderle." La opinion de Orgoñez, de que saliesen á dar batalla al enemigo en los llanos, prevaleció al fin. El mariscal, á quien sus enfermedades impedian aun el encargarse del mando,

le encomendó á su fiel teniente, el cual reuniendo sus fuerzas salió de la ciudad, y eligió su posicion en las Salinas, á menos de una legua del Cuzco. Llamóse así aquel lugar por ciertos pozos ó estanques que habia en él para la fabricacion de la sal que sacaban de un manantial cercano. La eleccion de aquel terreno fué muy desafortunada, pues por hallarse cortado á cada paso era muy poco propósito para que trabajase la caballería, en la cual consistia la fuerza principal de Almagro. Pero aunque le instaron muchas veces sus oficiales para que saliese á campo abierto, Orgoñez insistia en considerar su posicion como la mas favorable para la defensa, porque la resguardaban por el frente una ciénega y un rio que corria por el llano. Su fuerza llegaria en todo á unos quinientos, hombres siendo mas de la mitad de caballería. Su infantería carecia de armas de fuego, las que se suplieron con lanzas largas. Tenia tambien seis cañones pequeños, llamados falconetes, los cuales con la caballería dividida en dos trozos, colocó en los flancos de la infantería. Preparado así todo, esperó tranquilamente la llegada del enemigo.

No tardaron en ver salir de los pasos de las sierras las relucientes armaduras y estandartes de los Españoles que traia Hernando. Las tropas venian en muy buen orden, y marchaban con el paso firme de hombres que no se han fatiga-

do en la jornada y se hallan listos para entrar en accion. Iban acercándose poco á poco al llano, é hicieron alto á la orilla opuesta del riachuelo que defendia por el frente el campo de Orgoñez. Como ya era puesto el sol, resolvió Hernando pasar allí la noche, suspendiendo el comenzar la accion hasta la luz del nuevo dia.<sup>3</sup>

Las noticias de la próxima batalla se habian estendido rápidamente por todo el pais, de manera que las montañas y las alturas se veian cubiertas de una multitud de indigenas ansiosos de recrear su vista en tan agradable espectáculo, puesto que cualquiera que fuese el partido á cuyo favor se declarase la victoria, siempre serian derrotados sus enemigos.<sup>4</sup> Tambien las familias de los Castellanos habian salido en tropel del Cuzco, llenas de congoja, para presenciar la mortal lucha en que hermanos y parientes iban á disputarse el mando.<sup>5</sup> El número total de los combatientes podria parecer insignificamente, aunque no lo era comparado con el que solia tomar parte en estas guerras de América. Mas no es el número de los jugadores, sino el valor de la apuesta que se disputa,

<sup>3</sup> Carta de Gutiérrez, MS.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, Pedro Pizarro, Descub. y Conq. lib. 2, cap. 36, 37.  
 MS.—Herrera, Hist. General, 4 Herrera, Hist. General, dec. dec. 6, lib. 4, cap. 1-5.—Carta 6, lib. 4, cap. 5, 6.  
 de Espinal, MS.—Zárate, Conq. 5 Ibid., ubi supra.  
 del Perú, lib. 3, cap. 10, 11.—

lo que dá importancia é interés al juego; y en esta sangrienta jornada se jugaba la posesion de un imperio.

Pasóse la noche sin que la innumerable multitud que cubria las alturas turbase para nada su silencio. Ni tampoco los soldados de los dos campamentos enemigos pensaron en tratar de una composicion, aunque corria por sus venas la misma sangre, y las respectivas avanzadas se hallaban tan próximas que podian conversar unas con otras. ¡Tan mortal era el odio que se encerraba en sus pechos!<sup>6</sup>

Amaneció al fin el sábado veinte y seis de Abril de 1538,<sup>7</sup> y apareció el sol tan despejado y brillante como acostumbra en este hermoso clima. Mucho antes que sus rayos bañasen el fondo del valle, ya el clarin de Hernando habia llamado su gente á las armas. Contaria en sus filas como setecientos hombres, recogidos de diversas partes. Allí estaban los veteranos de Pizarro, muchos soldados de Alonso de Alvarado

<sup>6</sup> "I fue cosa de notar, que se estuvieron toda la noche, sin que nadie de la una i otra parte pensase en mover tratos de Paz: tanta era la ira i aborrecimiento de ambas partes." Ibid., cap. 6.

<sup>7</sup> Edificóse despues en el campo de batalla una iglesia dedicada á San Lázaro, y los cadáveres de los que murieron en la accion fueron enterrados en su

recinto. Esta circunstancia ha hecho suponer á Garcilaso que la batalla se verificó el sábado 6, al otro día de la fiesta de San Lázaro, y no el 26 de Abril como dicen generalmente. Com. Real, Parte 2, lib. 2, cap. 33.—V. tambien Montesinos, (Anales, MS., año 1538,) autoridad despreciable en todo.

que despues de su derrota habian hallado modo de escaparse y volverse á Lima, y los últimos refuerzos llegados de las islas, compuestos en su mayor parte de hombres probados en mas de un reñido combate, y en las penosas jornadas de las guerras de Indias. Su caballería era inferior á la de Almagro; pero compensaba esta falta lo escelente de su infantería, entre la que contaba un cuerpo de diestros arcabuceros, cuyas armas eran de la nueva invencion traída últimamente de Flandes. Eran de grueso calibre y disparaban tiro doble, compuesto de dos balas encadenadas. Serian armas muy toscas comparándolas con nuestras armas de fuego; pero en manos acostumbradas á manejarlas causaron un espantoso estrago.<sup>8</sup>

Hernando Pizarro dispuso su gente en el mismo órden de batalla que presentaba el enemigo, reuniendo la infantería en el centro, y colocando la caballería en los flancos, dividida en dos trozos. Puso el uno á las órdenes de Alonso de Alvarado, y él se reservó para sí el mando del otro. Mandaba la infantería su hermano Gonzalo acompañado de Pedro de Valdivia, el futuro héroe de Arauco, cuya desastrosa historia ha dado materia para tantas novelas y crónicas.<sup>9</sup>

8 Zúrate. Conq. del Perú, lib. 3, cap. 8.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 2, cap. 36.

9 La Araucana de Ercilla, tie-

ne el mérito, si tal puede llamarse, de reunir en un conjunto la historia y la novela. Sin duda que la Musa jamas se atrevió á entrar

Dijose misa como si los Españoles fuesen á pelear por la propagacion de la fé, segun ellos creian otras veces, y no á empapar su manos en la sangre de sus compatriotas. Hernando Pizarro dirijió en seguida una breve arenga á su tropa. Hizo una enumeracion de los agravios personales que él y su familia habian recibido de Almagro; recordó á los veteranos del gobernador que se habian dejado arrebatár el Cuzco de las manos; hizo asomar la verguenza al rostro de los soldados de Alvarado hablándoles de la derrota de Abancay, y señalándoles la metrópoli inca que relucia á los primeros rayos del sol matutino, les dijo á todos que ella seria el galardón del vencedor. Respondióle la gente con aclamaciones, y dada la señal, Gonzalo Pizarro al frente de su batallon de infantería se encaminó en derechura al rio. La corriente no era ancha ni profunda, y los soldados no tuvieron dificultad en ganar la orilla opuesta, porque la caballería enemiga no podia acercarse al rio por lo pantanoso del terreno. Pero cuando iban atravesando por los cenagales, la artillería gruesa de Orgoñez jugó con tanto efecto contra las primeras filas que las puso en desórden. Gonzalo y Valdivia se metieron entre los soldados,

en tantos detalles no solo poéticos, sino políticos, geográficos y estadísticos, como se hallan en este famoso poema castellano. Es un diario militar puesto en verso.

amenazando á unos, animando á otros, y por último les hicieron avanzar con valentia hasta el terreno firme. Allí se apartaron los arcabuceros del resto de la infantería, ganaron una pequeña altura, y desde ella rompieron á su vez un fuego mortífero sobre la tropa de Orgoñez, dispersando su escuadron de piqueros y causando grave daño en la caballería de los flancos.

Reunió mientras tanto Hernando Pizarro sus dos escuadrones de caballería en una sola columna, atravesó el rio al abrigo del fuego granado, y llegando á terreno firme se arrojó de golpe sobre el enemigo. Orgoñez, cuya infantería habia padecido ya mucho, hizo avanzar su caballería, formó los dos escuadrones en un solo cuerpo á imitación de su contrario y se dirigió á todo galope sobre él. El choque fué terrible, y el enjambre de Indios que cubria las alturas vecinas, le saludó con un diabólico alarido de triunfo que sobrepujó al estruendo de la batalla y su eco fué á perderse á lo lejos entre las montañas.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 4, cap. 6.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Espinal, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 3, cap. II.

Todo lo relativo á esta batalla, la disposicion de las fuerzas, el carácter del terreno, y el orden del ataque, se encuentra referido

con tanta variedad y confusion, como si se tratase de un batalla entre dos grandes ejércitos, y no de un combate de un puñado de hombres por cada parte. Diríase que en ningun lugar es tan difícil encontrar la verdad como en un campo de batalla.

La lucha fué desesperada, porque ya no peleaban los blancos contra Indios desnudos, sino Españoles contra Españoles; ambos gefes animaban á sus soldados con sus gritos de guerra. “*El Rey y Almagro,*” decian unos: “*El Rey y Pizarro,*” gritaban otros, peleando al mismo tiempo con un furor, que no podia compararse con la simple antipatia nacional; con un ódio cuya intensidad era proporcionada á la fuerza de los lazos que habia roto.

Orgoñez se portó en esta sangrienta jornada, como un hombre para quien la batalla es su elemento. Eligió á un caballero, creyendo equivocadamente por el color de su ropa que era Hernando Pizarro; le acometió á carrera abierta, y le echó á tierra con su lanza. A otro atravesó de la misma manera, y á un tercero dió una cuchillada, cuando gritaba “victoria” antes de tiempo. Pero mientras se portaba de este modo como un paladin de novela, le alcanzaron las balas de un arcabuz, que atravesando las barras de su visera, le rozaron la frente y le dejaron por un rato sin sentido. Antes de que se recobrase enteramente, le mataron el caballo, y aunque el caido caballero consiguió desprenderse de los estribos, fué rodeado y vencido por un número considerable de enemigos. Rehusaba todavía entregar su espada, y preguntó “si no habia entre ellos algun caballero á quien pudie-

ra entregarse." Un tal Fuentes, criado de Pizarro, dijo que él lo era, y Orgoñez le puso en las manos su espada; pero sacando su daga aquel cobarde se la clavó en el corazón al indefenso prisionero! Cortáronle luego la cabeza, y clavada en una pica se colocó (¡horroroso trofeo!) en la plaza principal del Cuzco, como cabeza de un traidor.<sup>11</sup> Así pereció un caballero tan leal, tan resuelto en el consejo, y tan atrevido en la batalla, como pudo serlo cualquiera otro de los que arribaron á las costas del Nuevo Mundo.

Habia ya mas de una hora que se peleaba, y la fortuna se iba mostrando contraria al partido de Almagro. Muerto Orgoñez, la confusion fué en aumento. La infanteria, no pudiendo resistir el fuego de los arcabuceros, se dispersó y fué á refugiarse tras de las cercas que habia por aquellos campos. Pedro de Lerma, esforzándose en vano por rehacer su caballeria, embistió á Hernando Pizarro, con quien tenia enemistad personal. Pizarro no esquivó el encuentro, y las lanzas de ambos caballeros alcanzaron al adversario. La de Hernando atravesó el muslo de su contrario, y el arma de Lerma resbaló por el arzon de la silla, y chocó con tal fuerza contra la armadura de Hernando; que la rompió, hiriéndole ligeramente en la ingle, y haciendo sentar

<sup>11</sup> Pedro Pizarro, Descub. Gen., ubi supra.—Zárte, Conq. y Conq., MS.—Herrera, Hist. del Perú, ubi supra.

al caballo sobre las ancas. Pero la mucha gente que tambien peleaba, separó á los combatientes; y en la confusion que se siguió, Pedro de Lerma perdió la silla y quedó tendido en el campo cubierto de heridas.<sup>12</sup>

Acabó ya todo órden entre los soldados de Almagro, y casi no oponian resistencia. Huyeron todos hácia el Cuzco, cada uno como pudo, y se consideraba feliz el que lograba perdon cuando lo pedia. El mismo Almagro, no pudiendo mantenerse tanto tiempo á caballo, se recostó en una litera, y desde una altura cercana presencié la batalla, espiondo todas sus alternativas con la ansiedad de un hombre que sabia se interesaban en ella su honor, su fortuna y hasta su vida. Vió con agonía indescribible á sus fieles tropas arrolladas por los contrarios, despues de una encarnizada lucha; hasta que mirando que todo era perdido logró montar en una mula y huyó á refugiarse por lo pronto en la fortaleza del Cuzco. Mas á poco fueron á buscarle, le prendieron, y le llevaron en triunfo á la capital. Allí á pesar de sus enfermedades le cargaron de cade-

<sup>12</sup> Herrera, Hist. General, avisó á Orgoñez, para que este ubi supra.—Garcilaso, Com. pudiese distinguirlo en medio Real., Parte 2, lib. 2, cap. 36.— del combate. Pero otro caballero Segun Garcilaso, Hernando de la escolta de Hernando llevaba, segun parece, los mismos Pizarro llevaba una ropilla de tercipelo naranjado sobre la armadura, y antes de la batalla lo colores, y esto dió margen á la equivocacion de Orgoñez.

nas y le encerraron en el mismo aposento en que él había tenido presos á los Pizarros.

La accion duró apenas dos horas. Aunque apuntan con variedad los autores, el número de los muertos, probablemente llegaria á ciento cincuenta; (uno de los combatientes le hace subir á doscientos<sup>13</sup>); pérdida considerable si se atiende al poco tiempo que duró la accion y al corto número de soldados que tomó parte en ella. De los heridos nadie hace mencion, y á la verdad, las heridas eran los gages ordinarios de aquellos caballeros. Dicen que Pedro de Lerma recibió diez y siete, y con todo le sacaron vivo del campo. La mayor parte de la pérdida recayó sobre los de Almagro; pero la matanza no se redujo al calor de la accion, sino que era tal el mortal rencor de ambas partes, que muchos fueron muertos como Orgoñez á sangre fria despues de haberse rendido. A Pedro de Lerma, cuando yacia en el lecho del dolor en la casa de un amigo en el Cuzco, entró á verle un solda-

13 "Murieron en esta batalla de las Salinas casi doscientos hombres de una parte y de otra." (Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.) Casi todas las autoridades hacen menor la pérdida. El tesoroero Espinal, partidario de Almagro, dice que concluida la accion mataron ciento cincuenta hombres á sangre fria. "Siguiéron el alcance lo mas cruelmen-

te que en el mundo se ha visto, porque matavan á los hombres rendidos e desarmados, e por les quitar las armas los matavan si presto no se las quitaban, e trayendo a las ancas de un caballo a un Ruy Diaz viniendo rendido e desarmado le mataron, i desta manera mataron mas de ciento e cincuenta hombres." Carta, MS.

do llamado Samaniego á quien en otro tiempo dió de golpes por una desobediencia. Este individuo entró solo en el aposento del herido, se sentó á su cabecera, y echándole entonces en cara aquella injuria, le dijo que venia á lavarla con su sangre. En vano le aseguró Pedro de Lerma que cuando recobrase la salud le daria la satisfaccion que deseaba. Aquel malvado exclamó, "ha de ser ahora," y le hundió la espada en el pecho. Vivió todavia este soldado algunos años para vanagloriarse de aquel hecho atroz, que el consideraba como una reparacion de su honor ofendido; pero es satisfactorio el saber que tan insolente jaectancia le costó al fin la vida.<sup>14</sup> Tales anécdotas, por repugnantes que sean, sirven para dar á conocer no solo el espíritu del siglo, sino tambien aquel espíritu singularmente feroz que desarrollan las guerras civiles; las mas crueles de todas, esceptuando las guerras religiosas..

Empeñado un ejército en la fuga hácia el Cuzco, y el otro en el alcance, pronto quedó desierto el campo de batalla. Pero inmediatamente vino á ocuparle un enjambre de pilladores, porque los Indios, descolgándose de las montañas

14 Carta de Espinal, MS.—men el gobernador de Puerto Garcilaso, Com. Real., Parte 2. Viejo, pues este gefe y todo el vecindario, no pudieron sufrir la

Cosa de cinco años despues le insolencia y descaro con que se hizo ahorcar por este mismo crimen vanagloriaba de este hecho atroz.

como una bandada de buitres, se apoderaron de la ensangrentada llanura, y despojando á los muertos de toda su ropa, dejaron los cuerpos desnudos en el campo.<sup>15</sup> Se ha tenido por cosa estraña que los Indios no se aprovecharen de la superioridad de su número para caer sobre los vencedores, despues que habian perdido sus fuerzas en la batalla. Pero los trozos separados de las tropas peruanas no tenian un caudillo; los últimos reveses habian abatido su ánimo, y aunque la pelea habia debilitado por el momento á los Castellanos, nunca se habian reunido estos en tanto número como entonces en el Cuzco.

Las tropas encerradas dentro de las murallas de la ciudad pasaban de mil trescientos hombres; y por su número y por la estraña mezcla de gente de toda clase que se notaba en ellas, causaban grande inquietud á Hernando Pizarro. Habia allí enemigos que se miraban entre sí, y le miraban á él con odio mortal, aunque trataban de ocultarlo; y amigos, que si no tan peligrosos, no eran menos molestos con sus continuas y descabelladas peticiones. Habia entregado la capi-

<sup>15</sup> "Los Indios viendo la Batalla fenescida, ellos tambien se dejaron de la suia, iendo los vnos, i los otros á desnudar los Españoles muertos, i aun algunos vivos, que por sus heridas no se podian defender, por que como

pasó el tropel de la Gente, siguiendo la Victoria, no hubo quien se lo impidiese: de manera que dejaron en cueros á todos los caídos." Zárate, Conq. del Perú, lit. 3, cap. 11.

tal al saqueo, y sus soldados hallaron un buen botin en los alojamientos de los oficiales de Almagro. Pero esto no satisfacía á otros caballeros mas ambiciosos, y representaban con importunidad sus servicios, pidiendo que se les encargase alguna nueva expedicion, de la que no dudaban volver cargados de oro. Todos andaban en busca de un *El Dorado*. Hernando Pizarro satisfacía en cuanto le era posible á los deseos, ansioso de verse libre de tan importunos acreedores. Es verdad que estas expediciones tuvieron casi todas un fin desastroso; pero sirvieron para explorar aquellos paises. Era una loteria de aventuras; los premios eran pocos, pero magníficos, y en el acaloramiento del juego, pocos Españoles se detenian á calcular las probabilidades de buen éxito.

Uno de los que salieron de la capital fue Diego el hijo de Almagro. Cuidó Hernando de enviarle con la conveniente escolta á su hermano el gobernador, deseando apartarle de su padre en aquellos momentos críticos. En el entretanto el Mariscal gemia en su prision, padeciendo igualmente en el cuerpo y en el espíritu. Antes de la batalla de las Salinas dijeron á Hernando, que Almagro se hallaba próximo á morir. "No permita Dios que tal suceda," exclamó, "sin que antes le haya yo á las manos."<sup>16</sup>

<sup>16</sup> "Respondia Hernando Pizarro, que no le haria Dios tan

Mas parecia que el cielo solo queria concederle la mitad de su piadoso ruego, pues faltaba poco para que su cautivo se le escapase precisamente cuando acababa de apoderarse de él. Para consolar al desgraciado gefe fué Hernando á visitarle en la prision, y le animó asegurándole que solo aguardaba la llegada del gobernador para ponerle en libertad, añadiendo, "que si Pizarro no llegaba pronto á la capital, él tomara sobre sí la responsabilidad de soltarle, y dispondria lo necesario para que pudiera ir á ver á su hermano." Al mismo tiempo preguntó al Mariscal con delicada atencion, "de qué manera viajaria con mas comodidad." Desde entonces continuó enviándole de su mesa algunos platos regalados propios para despertar el apetito. Consolado Almagro con estas muestras de atencion, y con la esperanza de una próxima libertad, fué recobrando poco á poco la salud y el ánimo.<sup>17</sup>

Muy distante estaba de sospechar que mientras tanto no se perdia tiempo en formarle su proceso. Se habian comenzado tan luego como fué preso, y se convocó á toda persona por humilde que fuese su condicion, para que espusiera los motivos de queja que tuviese contra el desgraciado prisionero. Pronto hubo quien acu-

gran mal, que le dejase morir. <sup>17</sup> Ibid., dec. 6, lib. 4. c. sin que le hubiese á las manos." título 9.  
Herrera, Hist. General, dec. 6.  
ib. 4, cap. 5.

diese á la convocatoria; muchos enemigos aparecieron en la hora de la desgracia, como los asquerosos reptiles que salen á luz de entre las ruinas de un magestuoso edificio, y no faltó quien habiendo recibido mil beneficios de su mano, quiso alcanzar el favor de su enemigo volviéndose contra su bienhechor. Por estos repugnantes medios se reunió un cúmulo de acusaciones que cogia cuatro mil páginas en folio. ¡Y Almagro era el ídolo de sus soldados!<sup>18</sup>

Concluido el proceso, (8 de Julio de 1538), no fué difícil lograr una sentencia contra el preso. Los principales cargos de que le declararon reo fueron, el de haber movido guerra contra la corona, causando con ella la muerte de muchos vasallos de S. M; el de haber entrado en una conspiracion con el Inca; y por último, el de haber despojado de la ciudad del Cuzco al gobernador nombrado por el rey. Por estos cargos fué condenado á morir como traidor, decapitado públicamente en la plaza principal de la ciudad. No sabemos quienes fueron sus jueces, ni qué tribunal lo juzgó. A la verdad, todo el proceso no fué mas que una farsa; si puede decirse que hay proceso cuando las acusaciones no llegan siquiera á noticia del acusado.

18 "De tal manera que los MS.—Conq. i Pob. del Piru, Escrivanos no se davan manos, i MS.—Carta de Gutierrez. MS. iñ tenían escritas mas de dos mil —Pedro Pizarro, Desc. y Conq., hojas." Ibid., dec. 6, lib. 4, cap. 7. MS.—Carta de Espinal. MS.  
Naharro, Relacion Sumaria,

Un fraile comisionado al efecto pasó á notificar la sentencia á Almagro. Aquel desgraciado, que habia dormido hasta entonces descuidadamente al borde de un precipicio, no podia comprender al principio su verdadera situacion. Recobrado un poco del primer golpe, exclamó que era imposible se cometiese con él tal injusticia y que no queria creerlo. Pidió luego á Hernando Pizarro que le concediese una entrevista. Este, gozándose al parecer en presenciar la agonia de su victima, consintió en ello; y las desgracias habian rebajado tanto el ánimo de Almagro, que se abatió hasta pedir la vida con las mas rendidas súplicas. Recordó á Hernando la antigua amistad con su hermano, y los servicios que habia prestado á él y á su familia al comenzar su carrera. Mencionó tambien lo mucho que le debia su patria, y suplicó á su enemigo "que perdonase sus canas, y que no le privase de los pocos dias que le restaban de una existencia que ya no podia causarle temor." A esto replicó el otro friamente, "que le sorprendia al ver á Almagro manejarse de un modo tan indigno de un valiente caballero; que la misma suerte habian sufrido antes que él otros muchos capitanes; y que pues Dios le habia hecho la gracia de hacerle cristiano, aprovechase los momentos que le quedaban para ajustar sus cuentas con el cielo." <sup>19</sup>

19 "I que, pues tuvo tanta gracia de Dios, que le hizo Chris-

Pero no era fácil hacer callar á Almagro. Recordó á Hernando el servicio que le habia hecho, quejándose de la ingratitude con que pagaba el haberle perdonado la vida hacia tan poco tiempo en circunstancias semejantes, y eso cuando los que le rodeaban le instaban con tanto empeño para que se la quitase. Y concluyó amenazando á su enemigo con la venganza del emperador, quien no dejaria sin castigo el ultrage hecho á un hombre á quien la corona debia tan señalados servicios. Todo fué en vano, y Hernando cortó la conversacion repitiéndole, que "su suerte era inevitable y se preparase á sufrirla." <sup>20</sup>

Viendo Almagro que era imposible ablandar el corazon de hierro de su vencedor, pensó seriamente en arreglar sus negocios. Segun el tenor de la merced real, tenia facultad de nombrar sucesor, y por lo tanto legó sus títulos á su hijo, nombrando gobernador de la provincia du-

tiano, ordenase su alma, i temiese á Dios." Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 5, cap. 1.

20 Ibid., ubi supra.

El mariscal apeló á la corona de la sentencia de sus jueces, rogando á su vencedor (dice el tesoro Espinal, en su carta al emperador.) con palabras que á un infiel hubieran movido á piedad. "De la cual el dicho Adelantado apeló para ante V. M. i le rogó que por amor de Dios

hincado de rodillas le otorgase e apelacion, diciendole que mirase sus canas e vejez e quanto havia servido á V. M. i que el havia sido el primer escalón para que el i sus hermanos subiesen en el estado que estaban, i diciendole otras muchas palabras de dolor e compasion que despues de muerto supe que dixo, que á qualquier hombre, aunque fuera infiel moviera á piedad." Carta, MS.

006075

rante la menor edad de este, á Diego de Alvarado, en cuya honradez ponía grande confianza. Todos los bienes y posesiones que tenía en el Perú, de cualquiera clase que fuesen, los dejó al emperador su amo, asegurándole al mismo tiempo que los Pizarros le salían debiendo todavía una suma considerable en las cuentas que aun estaban por ajustar. Con esta astuta manda esperaba lograr que el emperador protegiese á su hijo, y al mismo tiempo examinase con mas rigor la conducta de su enemigo.

La noticia de la sentencia de Almagro causó grande sensacion en el vecindario del Cuzco. Todos se asombraban de la audacia con que una persona investida de una autoridad tan limitada y pasajera, se atrevía á juzgar á un hombre de tan alto carácter como Almagro. Pocos habia que no trajesen á la memoria alguna accion generosa ó humana del desgraciado veterano, y aun aquellos que habian contribuido con sus testimonios á formar la acusacion, asombrados ahora al ver el trágico resultado que iba producir, calificaban públicamente de cruel la conducta de Hernando. Algunos de los principales oficiales, y entre ellos Diego de Alvarado, á cuya intercesion debió Hernando la vida cuando estaba preso, como ya vimos, fueron á ver al comandante, y se empeñaron en apartarle de aquella determinacion tan atroz y violenta. Todo fué en va-

no; pero consiguieron á lo menos que se variase el lugar de la ejecucion, y que se hiciése en la cárcel en vez de verificarse en la plaza pública.<sup>21</sup>

El dia señalado se formó en la plaza un respetable cuerpo de arcabuceros, y se doblaron las guardias de las casas donde residian los principales partidarios de Almagro. El verdugo, acompañado de un sacerdote, entró secretamente en la prision, y allí la desgraciada victima despues de confesarse y recibir la comunión, pereció por medio del garrote, sin oponer resistencia. ¡Así acabó oscuramente en el lúgubre silencio de un calabozo, el héroe de cien batallas! En cumplimiento de la sentencia fué llevado su cadáver á la plaza principal y allí le cortaron la cabeza. El pregonero proclamó en alta voz los crímenes por los cuales habia sido condenado; sus restos, envueltos en su ensangrentada mortaja, fueron llevados á la casa de su amigo Hernan Ponce de Leon, y al dia siguiente enterrados con toda so-

<sup>21</sup> Carta de Espinal. MS.— Montesinos, Anales, MS., año 1533.

El obispo Valverde, (así lo dice él al Emperador), espuso en Lima fuertes razones á Francisco Pizarro para que no permitiese ninguna violencia contra el Mariscal, instándole para que cumpliese con su deber, marchando inmediatamente al Cuz-

co á ponerlo en libertad. Decía con justicia que el asunto era demasiado grave para fiarlo á una tercera persona. (Carta al Emperador, MS.) El tesorero Espinal que se hallaba en el Cuzco, hizo una tentativa semejante y con el mismo mal éxito, para disuadir á Hernando de su propósito.

lemnidad en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced. Los Pizarros se presentaron entre los principales dolientes, y no faltó quien observase que su hermano había honrado de la misma manera la memoria de Atahuallpa.<sup>22</sup>

Almagro al tiempo de su muerte no andaba probablemente lejos de los setenta años. Pero esto no es muy exacto, porque Almagro era un expósito, y la historia de sus primeros años está llena de oscuridad.<sup>23</sup> Poseía naturalmente muchas buenas cualidades, y sus defectos, que no eran pocos, podían disculparse mucho por las circunstancias particulares de su posición. Porque, ¿cuanto no debe perdonarse á un *expósito*, sin parientes, ni amigos, ni maestros que le dirijan; frágil barquilla lanzada en medio del océano para luchar contra los escollos y las encrespadas olas, sin una mano amiga que la gobierne ni la salve! El solo nombre de "expósito" basta para excusar muchos, muchísimos errores que se cometan en edad mas avanzada.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Carta de Espinal, MS.— inmediatamente después de dada la sentencia condenatoria.

—Carta de Valverde al Emperador, MS.—Carta de Gutiérrez,

MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1538.

No hay quien espere la fecha de la ejecución de Almagro: omisión extraña, pero de poco momento, porque debió verificarse

<sup>23</sup> Ante, tomo I. p. 231.

<sup>24</sup> Montesinos, á falta de mejor árbol genealógico, dice: "Era hijo de sus grandes hechos, y tales han sido los padres de muchos heroes famosos." (Anales, MS., año 1538.) Muy desdichado sería el Castellano que no pudiese fraguar alguna cosa pareci-

Era hombre de pasiones fuertes y no muy acostumbrado á dominarlas.<sup>25</sup> Pero no era vengativo ni habitualmente cruel. Ya he hablado del trato atroz que dió una vez á los indígenas; pero otros muchos Españoles mas ilustrados participaban de esta indiferencia hácia los derechos de los Indios. Estos, sin embargo, después de su sentencia dieron testimonio de la humanidad con que generalmente se conducía, declarando que no tenían mayor amigo entre los blancos.<sup>26</sup> Y ciertamente que lejos de ser vengativo, se aplacaba fácilmente y se sujetaba al parecer de otros. La facilidad con que cedía, resultado de una credulidad honrada, le hacía muchas veces víctima del fraude; y se mostró siempre falto de aquella confianza en sí mismo que es el patrimonio de un carácter enérgico. Mas la blandura de su carácter y su índole generosa, le dieron popularidad entre las tropas. No hubo nunca general mas querido de sus soldados. Su generosidad en dar, rayaba á veces en prodigalidad. Cuando salió á la jornada de Chile prestó cien mil ducados de oro á los hidalgos pobres para que se equipasen, y después les perdonó la deu-

da é genealogía, por vaga que sea. MS.—Este retrato es hecho por un enemigo.

<sup>25</sup> "Era un hombre muy profano, de muy mala lengua, que en enojándose trataba muy mal á todos los que con él andaban, aunque fuesen caballeros." Pedro Pizarro, Descub. y Conq.,

<sup>26</sup> "Los Indios lloraban amargamente, diciendo, que de él nunca recibieron mal tratamiento." Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 5, cap. 1.

da.<sup>27</sup> Era gastador hasta la ostentacion; pero este desarreglo no le perjudicaba entre las malas cabezas del campamento, á quienes suele ser mas agradable una loca prodigalidad, que una economia severa y bien ordenada.

Era un buen soldado, cuidadoso y sensato en sus planes, mesurado é intrépido en su ejecucion. Su cuerpo estaba tan lleno de las cicatrices de sus batallas, que su aspecto naturalmente vulgar casi llegó á convertirse en deforme. No debe juzgársele por su ultima campaña, en que abatido por las enfermedades cedió á la mayor inteligencia de su rival, sino por sus numerosas expediciones por mar y tierra, para la conquista del Perú y de las distantes tierras de Chile. Es dudoso, sin embargo, que como soldado ó como hombre, poseyese aquellas cualidades extraordinarias, que en tiempos comunes le hubieran grangeado distincion. Fué uno de los tres, ó para hablar con mas exactitud, uno de los dos asociados que tuvieron la fortuna y la gloria de hacer en el hemisferio occidental uno de los mas brillantes descubrimientos. Cábele á el una

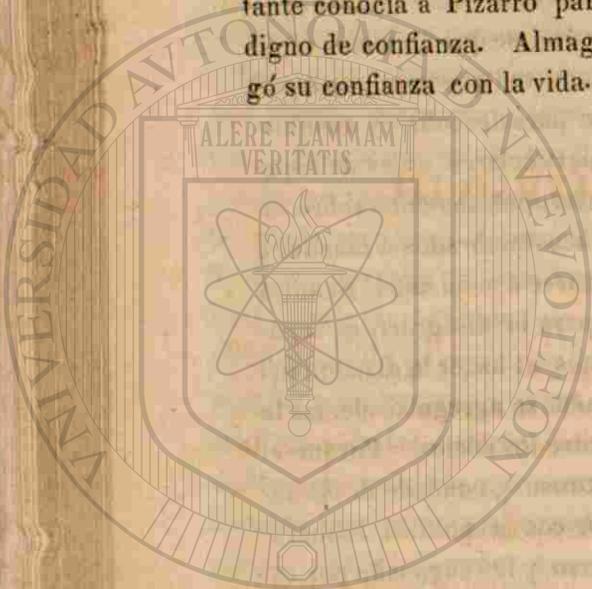
<sup>27</sup> Si hemos de creer á Herrera, repartió entre sus compañeros ciento ochenta cargas de plata y veinte de oro. "Mandó sacar de su Posada mas de ciento i ochenta cargas de Plata, i veinte de Oro, i las repartió." (Dec. 5, lib. 7, cap. 9.) Una carga era lo que un hombre podia llevar á cuestas con comodidad. Tal aseveracion agota nuestra credulidad; pero es difícil fijar los justos límites de la propia credulidad en todo lo que pertenece á esta tierra de oro.

buena parte de la gloria de Pizarro, porque cuando no acompañaba á este gefe en sus peligrosas expediciones, no contribuia menos al buen éxito con sus constantes esfuerzos en las colonias.

Con todo, no puede decirse que fuera un evento afortunado para él la amistad que trabó con aquel capitán. Un contrato para descubrir y conquistar celebrado entre particulares, no es de esperar que se observe escrupulosamente; sobre todo por hombres mas acostumbrados á mandar á los otros que á gobernarse á si mismos. Si antes no ha habido causas para la discordia, es seguro que brotarán despues al hacer la división del botin. En esta compañía se agregaba ademas la ninguna semejanza entre los sócios. Porque el carácter franco, impetuoso y confiado de Almagro, no podia competir con la política deliberada é insidiosa de Pizarro, y fué engañado por este siempre que sus intereses estuvieron en oposicion.

Pero la última ruina de Almagro puede imputársele con justicia á sí propio. Cometió dos faltas capitales. La primera fué el haber apelado á las armas para apoderarse del Cuzco. La determinacion de la línea divisoria no debia arreglarse por medio de las armas: era asunto que debia sujetarse á un arbitramento, y si no habia confianza en los árbitros debió encomendarse la decision á la corona. Pero una vez tomadas las

armas no anduvo acertado en ponerse á negociar, y sobre todo á negociar con Pizarro. Este fué el segundo error, y el mas grave. Bastante conocia á Pizarro para saber que no era digno de confianza. Almagro se fió de él, y pagó su confianza con la vida.



### CAPITULO III.

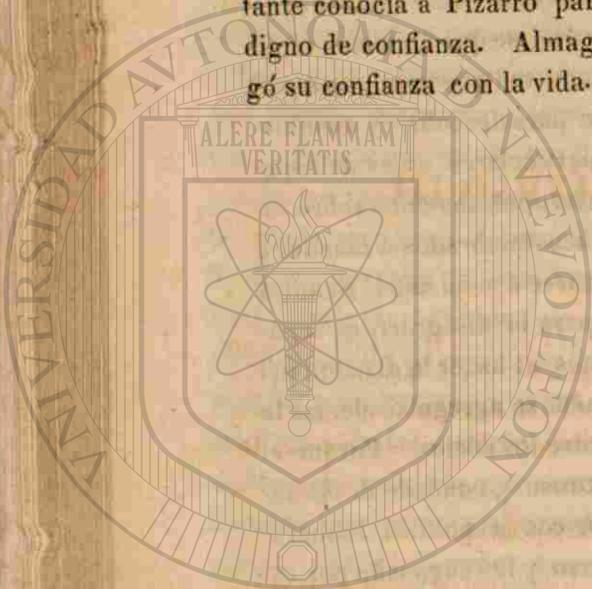
PIZARRO VA OTRA VEZ AL CUZCO.—HERNANDO PIZARRO VUELVE A CASTILLA.—SU LARGA PRISION.—VA UN COMISIONADO AL PERU.—HOSTILIDADES CON EL INCA. ACTIVA ADMINISTRACION DE PIZARRO.—GONZALO PIZARRO.

1539—1540,

Cuando salió su hermano en seguimiento de Almagro, el marqués D. Francisco Pizarro se volvió á Lima, como ya hemos visto. Allí aguardó con inquietud el resultado de la campaña, y al recibir las plausibles noticias de la victoria de las Salinas, se dispuso al punto á marchar para el Cuzco. En Jauja, sin embargo, le detuvo largo tiempo el estado de agitacion en que se hallaba el pais, y acaso mas el deseo de no entrar en la capital peruana, mientras estuviese pendiente el preso de Almagro.

En Jauja le encontró Diego el hijo del Maris-

armas no anduvo acertado en ponerse á negociar, y sobre todo á negociar con Pizarro. Este fué el segundo error, y el mas grave. Bastante conocia á Pizarro para saber que no era digno de confianza. Almagro se fió de él, y pagó su confianza con la vida.



### CAPITULO III.

PIZARRO VA OTRA VEZ AL CUZCO.—HERNANDO PIZARRO VUELVE A CASTILLA.—SU LARGA PRISION.—VA UN COMISIONADO AL PERU.—HOSTILIDADES CON EL INCA. ACTIVA ADMINISTRACION DE PIZARRO.—GONZALO PIZARRO.

1539—1540,

Cuando salió su hermano en seguimiento de Almagro, el marqués D. Francisco Pizarro se volvió á Lima, como ya hemos visto. Allí aguardó con inquietud el resultado de la campaña, y al recibir las plausibles noticias de la victoria de las Salinas, se dispuso al punto á marchar para el Cuzco. En Jauja, sin embargo, le detuvo largo tiempo el estado de agitacion en que se hallaba el pais, y acaso mas el deseo de no entrar en la capital peruana, mientras estuviese pendiente el preso de Almagro.

En Jauja le encontró Diego el hijo del Maris-

tal, á quien Hernando Pizarro habia despachado á la costa. El jóven estaba lleno de los mas sérios temores sobre la suerte de su padre, y suplicó al gobernador que no consintiese que le fuera hecho daño alguno por su hermano. Pizarro recibió al jóven Diego con mucha afabilidad al parecer, y le dijo que cobrase ánimo por nada le sucederia á su padre; <sup>1</sup> añadiendo que esperaba el que reviviria pronto su antigua amistad. Consolado el jóven con estas promesas, siguió su camino para Lima, en donde por orden de Pizarro le recibieron en la casa de este y le trataron como si fuese su hijo.

Las mismas promesas sobre la seguridad del Mariscal hizo el gobernador al obispo Valverde y á otros sujetos principales que se interesaron en favor del prisionero. <sup>2</sup> Apesar de eso Pizarro retardaba la marcha á la capital, y así que se resolvió á continuarla, apenas habia llegado al rio de Abancay cuando le llegaron las noticias de la muerte de su rival. Aparentó que le causaba grande impresion tal suceso; trastornóse todo, y se mantuvo largo tiempo con los ojos clavados en el suelo, dando muestras de grande emocion. <sup>3</sup>

1 "I dixo, que no tuviese ninguna pena, porque no consentiria, que su Padre fuese muerto." Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 6, cap. 23.

2 "Que lo haria así como lo

decia, i que su deseo no era otro sino ver el Reino en paz; y que en lo que tocaba al Adelantado, perdiesen cuidado, que bolveria á tener el antigua amistad con él." Ibid., dec. 6, lib. 4, cap. 9.

Esto es lo que nos refieren sus amigos. Hay otros que opinan con mas probabilidad, que estaba perfectamente impuesto de lo que pasaba en el Cuzco. Dicen que cuando se terminó el proceso, le envió Hernando un mensaje preguntándole qué habia de hacer con el prisionero, y él le respondió estas pocas palabras: "Haced con él de modo que no vuelva á molestarnos." <sup>4</sup> Afirman tambien que cuando mas adelante, Hernando cargaba con la indignacion que causó la muerte de Almagro, se defendia con las instrucciones que afirmaba haber recibido del gobernador. <sup>5</sup> No hay duda de que durante su permanencia en Jauja, estuvo este en constante comunicacion con el Cuzco; y que si hubiera apresurado su marcha á la capital, conforme Valverde se lo aconsejaba con instancia, <sup>6</sup> podria haber impedido facilmente el que se consumase la ragedia. Como general en gefe, la suerte de

Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. zarro á lo que mi juicio y el de otros que en ello quisieron mirar alcanzo." Carta de Espinal, MS.

Esta *derramó muchas lagrimas* como dice Herrera, quien desd luego se advierte que no las creyó muy sinceras. Ibid. dec. 6, lib. cap. 7.—Conf. lib. 5, cap. 1.

4 "Respondió, que hiciese de manera, ue el Adelantado no los pusie en mas alborotos." (Ibid. dec, lib. 6, cap. 7.) "De todo esto, dice Espinal, "fué sabidor el dho Governador Pi-

El testimonio de Herrera es apenas inferior al de un contemporáneo, puesto que él nos dice que sacó su relacion de las cartas de los conquistadores, y de lo que le refirieron los hijos de estos. Lib. 6, cap. 7.

5 Ibid., dec. 6, lib. 5, cap. 1.

6 Carta de Valverde al Emperador, MS.

Almagro estaba en sus manos, y por mas que digan sus partidarios para probar su inocencia, el juicio imparcial de la historia debe calificarle de igualmente responsable que su hermano Hernando, por la muerte de su compañero.

Ni tampoco manifestó en lo de adelante ningun remordimiento por aquella accion. Entró en el Cuzco, dice uno que estaba allí presente, entre el estruendo de trompetas y clarines, al frente de su marcial escolta, vestido el rico traje que le regaló Cortés, con el porte altivo y rostro alegre de un vencedor.<sup>7</sup> Cuando Diego de Alvarado se le presentó pidiéndole el gobierno de las provincias meridionales en nombre del jóven Almagro, de quien se habia hecho cargo por disposicion de su padre, le respondió Pizarro, "que el Mariscal por su rebelion habia perdido sus derechos al gobierno." Y cuando aquel caballero le siguió instando, cortó la conversacion diciéndole asperamente, "que su gobernacion no tenia término y que llegaba hasta Flandes;"<sup>8</sup> dando acaso á estender con esta fanfaronada, que no consentiria rival alguno de este lado de los mares.

7 "En este medio tiempo vino á la dicha cibdad del Cuzco el Governador Don Francisco Pizarro, el qual entró con trompetas i chirimias vestido con ropas de martas que fué el luto con que entro." Carta de Espinal, MS.

8 Carta de Espinal, MS. "Muy asperamente respondió el Governador, diciendo, que su Governacion no tenia término, i que llegaba hasta Flandes." Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 6, cap. 7.

Poseido de las mismas ideas, habia mandado relevar hacia poco á Benalcazar, el conquistador de Quito, por habérsele dicho que aspiraba á formar un gobierno independiente. El enviado de Pizarro llevaba órdenes de mandar á Lima al delincuente capitán; pero Benalcazar despues de penetrar con sus victoriosas armas por las regiones del norte, se habia vuelto á Castilla á pedir recompensa á su soberano.

Pizarro manifestó una estraña insensibilidad á las quejas de los agraviados indígenas que le pedian su proteccion, tratando el mismo tiempo á los Almagristas con el mas alto desprecio. Hizo confiscar los bienes de los principales gefes, y los repartió sin mas ceremonia entre los de su partido. Hernando habia tratado de ganar á algunos individuos de la faccion contraria, con ciertos actos de liberalidad; pero ellos se habian negado á recibir nada de un hombre cuyas manos estaban manchadas con la sangre de su gefe.<sup>9</sup> El gobernador no pensó en atraerselos de ese modo, y muchos se vieron reducidos á tal extremo de pobreza, que siendo demasiado altivos para esponer su miseria á los ojos de sus vencedores, se salieron de la ciudad y fueron á refugiarse en las montañas vecinas.<sup>10</sup>

9 "Habia querido hacer amigos de los principales de Chile y ofreciéndoles daria repartimientos."

10 "Viendolos oy en dia, y no lo habian aceptado ni muertos de hambre, fechos por el hambre." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Señaló á sus hermanos tan grandes repartimientos, que dieron origen á murmuraciones entre sus partidarios. Dió á Gonzalo el mando de una fuerza considerable destinada á operar contra los indios de Charcas; pueblo guerrero que ocupaba el territorio señalado por la corona á Almagro. Gonzalo encontró en ellos una obstinada resistencia; pero despues de reñidos combates, consiguió reducir á obediencia la provincia. Recibió en recompensa, junto con Hernando que le habia ayudado en la conquista, un estenso terreno en las cercanías de Porco, cuyas ricas minas algo se trabajaron en tiempo de los Incas. Este terreno comprendia una parte de esos cerros de plata de Potosí, que desde entónces han inundado la Europa de metales preciosos. Hernando conoció el partido que podia sacarse de aquel terreno, y comenzó á trabajar las minas mas en grande que hasta allí, aunque no aparece que entónces se hiciese ninguna tentativa para romper la rica corteza del Potosí. <sup>11</sup> Faltaban aun algunos años para que los Españoles

e adeudados, andando por los montes desesperados por no parecer ante gentes, porque no tienen otra cosa que se vestir sino ropa de los Indios, ni dineros con que lo comprar." Carta de Espinal, MS.

<sup>11</sup> "Con la quietud," escribe Hernando Pizarro al Empera-

dor, "questa tierra agora tiene han descubierto y descubren cada dia los vecinos muchas minas ricas de oro i plata, de que los quintos i rentas reales de V. M. cada dia se le ofrecen i hacer casa á todo el Mundo." Carta al Emperador, MS., de Puerto Viejo, 6 de Julio de 1539.

les descubriesen las ricas vetas que encierra en sus estrañas. <sup>12</sup>

El principal empeño de Hernando era por entónces el recoger una cantidad suficiente de oro, para llevarlo á Castilla. Cerca de un año habia trascurrido desde la muerte de Almagro, y ya era tiempo de que volviese y se presentase en la corte, donde Diego de Alvarado y otros amigos del Mariscal, que eran partidos del Peru mucho tiempo habia, sostenian con empeño los derechos de Almagro el jóven, y pedian al mismo tiempo reparacion de los agravios hechos á su padre. Pero Hernando ponía toda su confianza en su oro, para desvanecer las acusaciones de sus enemigos.

Antes de su partida aconsejó á su hermano que se guardase de "los de Chile," como llamaban á los Almagristas; gente desesperada, decia él, que no se pararia en los medios de vengarse. Suplicó al gobernador que no permitiera el que se reuniesen pocos ni muchos en cincuenta leguas á la redonda de donde él estuviese, y díjole que si lo consentia le habia de costar caro. Concluyó recomendándole que mantuviese siempre

<sup>12</sup> Carta de Carbajal al Emperador, MS., del Cuzco á 3 de Noviembre de 1539.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1539.

Es muy conocida la historia

del modo con que las minas del Potosí fueron descubiertas por un Indio, que arrancó una mata y en las raíces halló pegadas algunas partículas de plata. La mina no se registró hasta 1545. Todo lo refiere Acosta, lib. 4, cap. 6.

una fuerte escolta, "porque yo no estaré aquí para cuidaros," añadió. Pero el gobernador se rió de los temores de su hermano, que él calificaba de vanos, y le dijo que no tuviese cuidado por él, "porque las cabezas de los de Almagro guardarían la suya."<sup>13</sup> No conocía él tan bien como Hernando el carácter de sus enemigos.

Poco despues se embarcó este en Lima, en el verano de 1539. No tomó la via de Panamá, porque le dijeron que aquellas autoridades pensaban detenerle, sino que dió un rodeo para pasar por la Nueva-España. Desembarcó en el golfo de Tehuantepec, é iba atravesando la angosta faja de tierra que separa los dos océanos, cuando fué preso y conducido á la capital. Pero el virey Mendoza no se consideró autorizado para detenerle, y le dejó que se embarcase en Veracruz y continuase su viage. Apesar de eso no le pareció seguro el arribar á España, sin adquirir antes mas informes. Saltó, pues, á tierra en una de las Azores; y allí se estuvo hasta que pudo comunicarse con la península. Tenia en la corte amigos poderosos, y estos le animaron para que se presentase al emperador. Siguió

<sup>13</sup> Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 6, cap. 10.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 3, cap. 12.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 142.

"No consienta vuestra Señoría que se junten diez juntos en

cincuenta leguas al rededor de adonde vuestra Señoría estuviere, porque si los deja juntar le han de matar. Si á vuestra Señoría matan, yo negociaré mal, y de vuestra Señoría no quedará memoria. Estas palabras dijo

sú consejo, y poco despues llegó sin novedad á las costas de España.<sup>14</sup>

Hallábase la corta en Valladolid; pero Hernando que entró en aquella ciudad con gran pompa, ostentando sus tesoros de Indias, halló una acogida mas fria de lo que se figuraba.<sup>15</sup> Debióla principalmente á Diego de Alvarado, quien como persona de calidad y de buenas reacciones, tenia allí grande influencia. En otro tiempo salvó mas de una vez la vida de Hernando por su oportuna mediacion, como ya hemos visto, y habia consentido en quedarle obligado por el perdon de una grande deuda. Pero todo lo habia olvidado al recordar el agravio hecho á su gefe, y fiel á la confianza que en él habia depositado al morir, habia venido á España á revindicar los derechos del jóven Almagro.

Mas aunque al principio recibieron friamente á Hernando, su presencia y el modo con que él referia las discordias con Almagro, junto con el poderoso argumento del oro que derramaba á manos llenas, aplacaron algo la indignacion pública, y aun la opinion de sus jueces vaciló por algun tiempo. Irritado Alvarado al ver estas dilaciones, porque era hombre mas acostumbra-

Hernando Pizarro, altas que tomarro al Emperador, MS.—Herrera Hist. General, dec. 6, lib. 6, cap. 10.—Montesinos, Anales, Pizarro Descubrimiento y Conq. MS., año 1539.

<sup>15</sup> Gomara, Hist. de las Indias, cap. 143.

<sup>14</sup> Garta de Hernando Pi-

dias, cap. 143.

do á las medidas prontas y decisivas de un campamento que á las tortuosas intrigas de una corte, desafi6 á Hernando para que se decidiese la disputa en un combate singular. Pero su prudente adversario no queria fiar el resultado á un juicio de Dios, y el asunto termin6 muy en breve con la muerte de Alvarado, ocurrida á los cinco días de hecho el desafio. Un suceso tan oportuno dió naturalmente márgen á las sospechas de envenenamiento.<sup>16</sup>

Pero sus acusaciones no se habian desvanecido enteramente, y Hernando Pizarro se habia escedido demasiado en sus acciones, para que saliese indemnizado. Nunca le hicieron saber una sentencia formal; pero le encerraron en la fortaleza de Medina del Campo, y allí le dejaron olvidado veinte años, hasta que en 1560, cuando ya casi habia pasado una generacion, y el tiempo habia corrido en cierta manera un velo sobre lo pasado, le pusieron en libertad.<sup>17</sup> Salió ya anciano, agobiado por las enfermedades y con el ánimo abatido, para ser mas bien objeto de piedad que de indignacion. Pocas veces se ha aplicado tan rigurosamente la justicia retributiva á

16 "Pero todo lo atajó la repentina muerte de Diego de Alvarado, que sucedió luego en cinco dias, no sin sospecha de veneno." Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 8, cap. 9.

17 Quintana fija esta fecha deduciéndola de una informacion hecha el año de 1625, por el nieto de Hernando, en virtud de la creacion del título de Marques.

delinquentes de tan alto carácter, y mucho menos en Castilla.<sup>18</sup>

Hernando Pizarro sufrió su larga prision con una firmeza de ánimo, que merecia nuestra admiracion si la hubiese debido á sus principios. Vió ir desapareciendo uno tras otro á los hermanos y parientes que habrian podido ayudarle; fuéle confiscada una parte de su fortuna y al mismo tiempo tuvo que sostener un pleito dispendioso para salvar el resto;<sup>19</sup> vió su fama oscurecida, su carrera atajada prematuramente, y él mismo se encontró proscrito en su propia patria; mas todo lo sufrió con la constancia de un ánimo esforzado. Aunque era ya muy viejo cuando le soltaron, vivió aun mucho tiempo y llegó á la extraordinaria edad de cien años.<sup>20</sup> Vivió lo bas-

18 Nabarro, Relacion Sumaria, MS.—Pizarro y Orellana, Varones Ilustres, p. 341.—Montesinos, Anales, MS., año 1539.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 142.

19 Caro de Torres inserta una Real Cédula relativa al labo-rio de las minas de Porco, que aun poseia Hernando Pizarro en 1555; y otro documento casi de la misma fecha en que consta haber recibido Hernando diez mil ducados en la flota del Perú. (Historia de las Ordenes Militares, (Madrid, 1629, p. 144.) El nieto de Hernando fué creado Marqués de la Conquista por

Felipe IV, con una decente asignacion por el gobierno. Pizarro y Orellana, Varones Ilustres, p. 342, y Discurso, p. 72.

20 "Multos da Jupiter annos;" el don mas precioso que puede otorgar el cielo, á juicio de Pizarro y Orellana. "Dióle Dios, por todo, el premio mayor desta vida, pues fué tan larga, que excedió de cien años." (Varones Ilustres, p. 342.) Segun la misma autoridad, (un sí es no es parcial.) Hernando murió como habia vivido en olor de santidad. "Viviendo aprender á morir, y saber morir, quando llegó la muerte."

tante para ir viendo como sus amigos y sus rivales eran llamados antes que él á dar cuenta de sus acciones.”

Hernando Pizarro era bajo muchos aspectos un hombre notable. Era el mayor de los hermanos, con los cuales solo tenia parentesco por parte de padre, porque nació de legítimo matrimonio, y descendia de buenas familias por ambas partes. En su juventud recibió una buena educacion: buena para aquel tiempo. Era aun muy jóven cuando su padre lo llevó á Italia, y allí aprendió el arte de la guerra con el Gran Capitan. Poco se sabe de él despues que volvió á España, pero cuando su hermano se abrió la brillante carrera de los descubrimientos del Perú, quiso Hernando tomar parte en sus aventuras.

En el ánimo de Francisco eran de mucho peso sus opiniones, no solo por ser su hermano mayor, sino tambien por su mejor educacion y su práctica en los negocios. Era de comprension aguda, fecundo en arbitrios, enérgico y decidido para obrar. Aunque era valiente, no era temerario; y cuando no le estraviaban sus pasiones, sus consejos eran sabios y prudentes. Pero tenia otras cualidades que destruian el bien que pudiera resultar de las mejores prendas. Su ambicion y avaricia no conocian limite; era altanero hasta con sus iguales, y nada habia que

podiera contener su indole vengativa. De esta manera en vez de ayudar á su hermano en la conquista, fué para éste el genio del mal que torció siempre su camino. Desde los principios y sin causa alguna, miró á Almagro con el mayor desprecio, considerándole como rival de su hermano, en vez de tenerlo por lo que realmente era; el fiel partícipe de su suerte. Tratóle siempre desdeñosamente y con sus intrigas en la corte halló medio de hacerle graves perjuicios. Cayó en manos de Almagro, y estuvo á pique de pagar estos agravios con su vida. Jamás olvidó esto Hernando, y aguardó con paciencia la hora de la venganza. Con todo, la ejecucion de Almagro fué un paso muy impolítico; porque rara vez se sacia impunemente una pasion criminal. Hernando creyó que compraria la justicia con el oro del Perú. Habia estudiado la naturaleza humana por su lado débil y corrompido, y esperaba sacar partido de él; mas por fortuna se engañó. Logró, es cierto, su venganza; pero la hora de su venganza fué la de su ruina.

El desorden que reinaba en el Perú era tan grande, que exigia una intervencion directa del gobierno. En medio de la licencia general, eran igualmente hollados los derechos de los indios y los de los Españoles. Mas el asunto era muy delicado, porque la autoridad de Pizarro estaba sólidamente establecida en el pais, y este esta-

ba demasiado lejos de la metrópoli para que desde ella se le pudiese gobernar con facilidad. Pizarro era además un hombre de difícil acceso, confiado en su propia fuerza, celoso de cualquiera intervención ajena, y de un carácter fogoso que se exasperaba á la mas leve señal de desconfianza por parte del gobierno. No serviría de nada el dar poderes á alguno para que le suspendiese en el ejercicio de su autoridad mientras se examinaba su conducta, como se hizo con Cortés y otros empleados principales de las colonias, en cuya reconocida fidelidad podía confiar á ciegas la corona. Temíase que la fidelidad de Pizarro estuviese muy poco arraigada para que fuese en él un freno poderoso; y no faltaban entre sus inconsiderados compañeros algunos, que en un caso extremo, no vacilarían en aconsejarle que negase toda sumisión á la corona y formase para sí un gobierno independiente.

Era, pues, preciso el enviar á algun ministro investido de un poder en cierto modo superior, ó á lo menos igual al del temible gefe; pero que en la apariencia le estuviese subordinado. La persona escogida para esta delicada comision fué el licenciado Vaca de Castro, vedor de la Real Audiencia de Valladolid. Era un juez sabio, hombre garve é integro; y aunque no se educó para las armas, tenia la suficiente habilidad y conocimiento de los hombres para aprovechar los re-

cursos de otros, y hacerlos contribuir á sus fines.

Advertíase desde luego la perplegidad del gobierno en el modo con que estaban concebidos sus poderes. Debía presentarse á Pizarro bajo el carácter de juez real; consultar con él sobre el remedio de los agravios, en especial los de los infelices indígenas; concertar medidas para prevenir los males futuros, y sobre todo imponerse á fondo del estado del país, y dar cuenta de ello á la corte de Castilla. Pero en caso de que muriese Pizarro, debía presentar su título de gobernador real, y como tal exigir la obediencia de todas las autoridades de aquella tierra.—Los sucesos posteriores probaron la cordura con que se tuvo presente esta última contingencia. <sup>21</sup>

Provisto el licenciado de estos poderes, salió de su tranquila habitacion de Valladolid, se embarcó en Sevilla en el otoño de 1540, y despues de una larga travesia en el Atlántico, pasó el istmo; pero en el Pacífico le acosaron de tal modo las tempestades que faltó poco para que su frágil barca fuese á parar al fondo del abismo, y

<sup>21</sup> Pedro Pizarro, Descub y Conq. MS.—Gómara. Hist. de las Indias, cap. 146.—Herrera. Hist. General, dec. 6, lib. 8, cap. 9.—Montesinos, Anales, MS., año 1540.

Este último escritor ve nada

menos que "un misterio," en esta prevision del gobierno, que los sucesos justificaron de un modo tan extraño. "Prevencion del gran espíritu del Rey, no sin misterio" Ubi supra.

entró con ella muy estropeada en el puerto de San Buenaventura. <sup>22</sup> Los asuntos del país andaban de tal manera, que su presencia era allí muy necesaria.

La guerra civil que acababa de affigirlo, habia dejado todas las cosas tan trastornadas, que la agitacion continuó mucho despues de haber faltado la causa inmediata. Esto se verificaba principalmente entre los indígenas. En medio de las continuas mudanzas de los dueños de los repartimientos, los pobres indígenas apenas sabian á quien tener por amo. La sangrienta lucha entre los gefes rivales les ponía igualmente en duda sobre quien sería el verdadero gobernador de la tierra. Respecto á la autoridad de un soberano de entrambos capitanes, que residía del otro lado de los mares y mandaba sobre todos, la miraban con mayor desconfianza; porque ¿qué clase de soberano era aquel que no podía conseguir que le obedeciesen sus propios vasallos? <sup>23</sup> El Inca Manco no anduvo remiso en

<sup>22</sup> O *Mala Ventura*, como debia llamarse mejor el puerto, segun observa Pedro Pizarro, jugando del vocablo. "Tuvo tan mal viaje en la mar que hubo de desembarcar en la Buena Ventura, aunque yo la llamo Mala "porque el que viene al Perú y allí va á tomar puerto á su pesar como le sucedió á Vaca de Castro, harta mala ventura le viene al tal." Descub y Conq. MS.

<sup>23</sup> "Fiensan que les mienten los que acá les dicen que hay un gran señor en Castilla, viendo que acá pelean unos capitanes contra otros; y piensan que no ai otro Rei sino aquel que vence al otro, porque aca entrellos no se acostumbra que un capitan pelee contra otro, estando entrambos debaxo de un señor." Carta de Valverde al Emperador, MS.

aprovecharse de aquel estado de las ideas. Dejó sus tenebrosas guaridas del fondo los Andes, y se colocó con un cuerpo numeroso, en las montañas que se hallan entre el Cuzco y la costa. Desde este asilo hacia correrias en las haciendas vecinas, destruía las casas, se llevaba el ganado, y asesinaba á los moradores acometía á los pasajeros cuando venian de la costa, solos ó en caravanas, y sus enemigos cuentan que les daba muerte con crueles tormentos. De cuando en cuando enviaban contra él partidas sueltas; pero sin éxito. Huía de unas, derrotaba otras, y llegó á suceder que sorprendiese un destacamento de treinta hombres montados, sin que escapase uno solo. <sup>24</sup>

Por fin Pizarro vió que era necesario enviar contra el Inca una fuerza numerosa mandada por su hermano Gonzalo. El osado Indio hizo frente varias veces á su enemigo en los ásperos pasos de la sierra. Salía comunmente derrotado y á veces con grande pérdida, la que reparaba con admirable facilidad, porque siempre hallaba modo de escaparse, y tan fieles le eran sus soldados, que apesar de las persecuciones y de las emboscadas, siempre hallaba un asilo seguro en las entrañas de la sierra.

Viéndose Pizarro burlado de esta manera re-

<sup>24</sup> Herrera, Hist. General, dec. de Espinal, MS.—Carta de Valverde al Emperador, MS. Descub. y Conq. MS.—Carta

solvió tentar el efecto de las proposiciones pacíficas. Convidó al Inca á entrar en negociaciones, tanto de parte suya como á nombre del obispo del Cuzco, á quien el príncipe péruano respetaba mucho.<sup>25</sup> Manco convino en ello y señaló para lugar de la conferencia el valle de Yucay, como antes habia hecho con Almagro. Acudió allí el gobernador con buena guarda el día señalado, y para grangear al bárbaro monarca le envió un rico presente con un esclavo africano. El esclavo tropezó en el camino con una partida de Indios, quienes con órden de su amo ó sin ella, le asesinaron cruelmente, y se llevaron á sus cuarteles lo que traian. Pizarro vengó esta ofensa con otra aun mas atroz.

Entre los prisioneros indios habia una esposa del Inca, muger jóven y hermosa á quien tenia el un cariño estremado, segun decian. El gobernador mandó que se le desnudase, se le ata-

<sup>25</sup> El Inca robó la entrevista con el obispo, alegando que le habia visto hacer acatamiento á Pizarro quitándose el bonete. Decia que con esto se probaba que era inferior á él, y que así nunca podria defenderle contra el gobernador. Es curioso el pasaje en que esto se refiere. "Preguntando á indios del Inca que andaba alzado que si sabe el inca que yo soy venido á la tierra en nombre de S. M. para defenderlos, dixo que muy bien lo sabia; y preguntado que porque no se

benia á mi de paz, dixo el indio que daria el inca que porque yo cuando vine hizo la mocha al gobernador, que quiere dezir que le quitó el Bonete; que no queria venir á mi de paz, que él que no havia de venir de paz si no á una que viniese de Castilla que no hiziese la mocha al gobernador, porque le parece á él que este lo podrá defender por lo que ha hecho y no otro." Carta de Valverde al Emperador. MS.

se á un árbol, y en presencia de la tropa fuese azotada con varas y asaeteada hasta morir. La infeliz victima sufrió la ejecucion de la sentencia con asombrosa fortaleza. No buscó piedad donde no habia de hallarla. No se le escapó una queja, apenas un gemido, al sufrir tan crueles tormentos. Los feroces conquistadores se quedaron asombrados al ver tanto sufrimiento en una debil muger, y manifestaron su admiracion, condenando al mismo tiempo, aunque en su interior, la crueldad de su comandante.<sup>26</sup> Pero la constancia en sufrir las mas horribles torturas que puede discurrir la crueldad humana, es un rasgo característico de casi todos los Indios de América.

Trató entonces Pizarro de fundar poblaciones en el corazon de las provincias descontentas, por parecerle el mejor medio de contener tales desórdenes entre los indigenas. Estas poblaciones que recibieron el pomposo nombre de

<sup>26</sup> A lo menos podemos presumir que así lo hicieron, al ver que le condenan abiertamente cuando en sus relaciones llegan á referir este suceso. Citaré á Pedro Pizarro que no es muy inclinado á juzgar con demasiada dureza la conducta de su general. "Se tomó una muger de Mango Inga que le queria mucho, y se guardó creyendo que por ella saldria de paz. Esta muger mandó matar el Marqués despues en

Yucay haciéndola varear con varas y flechar con flechas, por una burla que Mango Inga le hizo que aquí contaré. Y entiendo yo que por esta crueldad, y otra hermana del Inga que mandó matar en Lima cuando los indios pusieron cerco sobrela, que se llamaba Azarpay, me parece á mí que nuestro señor le castigó con el fin que tuvo." Descub. y Conq. MS.

ciudades, podrian considerarse mas bien como colonias militares. Las casas eran comunmente de piedra, á las que se agregaban varios edificios públicos y á veces una fortaleza. Se organizaba un ayuntamiento, y se atraian colonos ofreciéndoles grandes terrenos en las cercanías, y un cierto número de indígenas para cada uno. Los soldados se reunian allí, acompañados á veces de sus mugeres y familias; porque las mugeres de Castilla olvidaban la delicadeza de su sexo, llevadas de su amor conyugal ó acaso de la afición á las aventuras. Pronto se formaba una populosa colonia en el desierto, que protegía el territorio vecino, era un nuevo mercado para el comercio y tenia siempre lista una fuerza armada para mantener el órden público.

Una de estas colonias se fundó en Guamanga, á la mitad del camino del Cuzco á Lima, que llenó muy bien su objeto de mantener espedita la comunicacion con la costa.<sup>27</sup> Otra ciudad se fundó en el distrito minero de las Charcas, con el apropiado nombre de Villa de la Plata. Y al ir caminando Pizarro por las costas del mar del Sur, dando un largo rodeo para ir á Lima, fundó allí la ciudad de Arequipa, tan famosa despues por su comercio.

<sup>27</sup> Ciera de Leon nota la rara belleza y solidez de los edificios de Guamanga. "La qual han edificado las mayores y mejores casas que ay en todo el Pe-

rú, todas de piedra, ladrillo, y teja, con grandes torres: de mánica que no falta aposentos. La plaza está llana y bien grande." Crónica. cap. 87.

Vuelto á su favorita capital de Lima, halló el gobernador bastante ocupacion en atender á los negocios municipales y en cuidar de lo que exigia el aumento del vecindario. No por eso olvidaba las otras poblaciones nuevas del Pacífico. Protegió el comercio con las colonias del Norte del Perú, y tomó medidas para facilitar las comunicaciones interiores. Fomentó todos los ramos de industria, cuidando mucho de los adelantos de la agricultura, é importantes semillas de los diversos granos europeos. Muy pronto tuvo el gusto de ver la facilidad con que todos se daban en un pais donde la variedad de climas y de terreno hacia que cada semilla se reprodujese como en su propio pais.<sup>28</sup> Atendió, sobre todo, al laborio de las minas, las que ya comenzaban á dar tales productos, que los objetos de uso mas comun subieron á precios exorbitantes, al mismo tiempo que los metales preciosos parecian ser allí la única cosa de poco valor. Pero pronto mudaron de dueño, y pasaron á la madre patria, donde recobraron su verdadero valor al mezclarse con la masa general de los metales de Europa. Los españoles vieron que que al fin habian llegado al pais que buscaban hacia tanto tiempo: el pais del oro y de la plata. Cada día llegaban nuevos emigrados, y esparcién-

<sup>28</sup> "I con que já comengaba chas cosas de Castilla." Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 10, cap. 2.

dose por todo el país, aumentaban la población que era la mejor barrera contra los legítimos dueños del terreno.<sup>29</sup>

Fortalecido Pizarro con la llegada de nuevos aventureros, dirigió su atención á otras provincias mas distantes. Pedro de Valdivia fué enviado á su memorable expedición de Chile, y el gobernador señaló á su hermano Gonzalo el territorio de Quito, previniéndole que explorase hacia el oriente aquel país desconocido, donde según decían se criaba el árbol de la canela. Como este capitán que hasta entonces solo había desempeñado un papel secundario en la conquista, va á tomar ahora el primer lugar, será conveniente dar de él algunas noticias.

Poco se sabe de su juventud porque su origen es tan oscuro como el de Francisco, y parece que debió tan poco como él al cuidado de sus padres. Desde muy temprano entró en la carrera de las armas; pues en aquella edad de hierro, esta era la carrera que todo hidalgo y todo vagabundo prefería si se le dejaba seguir su inclinación. Pronto se distinguió en ella por su destreza en los ejercicios marciales. Era gran gi-

<sup>29</sup> Carta de Carbajal al Emperador, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1539 y 1541.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 7, cap. 1.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 76, et alibi.

nete; y cuando pasó al Nuevo Mundo se le tenía por la mejor lanza del Perú.<sup>30</sup>

En talento y en extensión de ideas era inferior á sus hermanos. No desplegó la misma política insidiosa y deliberada que ellos; pero era igualmente esforzado, y no mas delicado que los otros en la ejecución de sus proyectos. Tenía una hermosa figura, con modales francos y agradables, un trato llano y militar, y un carácter confiado, que le hacía muy querido de la tropa. Poseía un espíritu elevado y aventurero, y lo que era igualmente importante, sabía comunicarlo á los otros, adelantando mucho de esta manera para el logro de sus empresas. Era un excelente guerrillero, y un jefe admirable para expediciones dudosas y difíciles; pero no tenía la capacidad que se necesita para ser un gran general, y mucho menos era apropiado para el gobierno civil. Fué para él una desgracia el ser llamado á ocupar entrambos puestos.

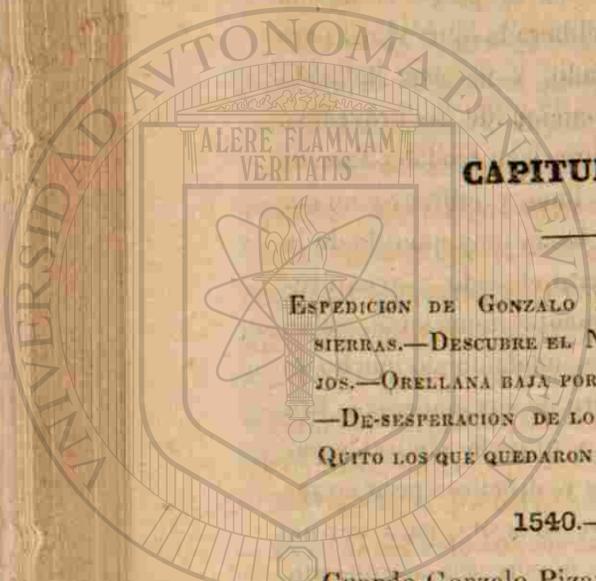
<sup>30</sup> Pizarro y Orellana han escrito las biografías de todos los hermanos. No es menester ser brujo para conocer que la sangre de los Pizarros corría por las venas del escritor hasta las yemas de los dedos. Con todo, los hechos que refiere son menos sospechosos que las consecuencias que saca.

el pecho de sus compañeros. En poco tiempo rennió trescientos cincuenta Españoles y cuatro mil Indios. Llevaba ciento cincuenta hombres de á caballo, y toda la gente iba perfectamente equipada y apercebida para la empresa. Para evitar los males de la hambre tomó consigo un crecido acopio de provisiones y una numerosa piara de cerdos, que caminaba á retaguardia. <sup>1</sup>

Comenzaba el año 1540 cuando salió á esta memorable espedicion. En el principio del viaje mientras estuvieron los Españoles en el territorio de los Incas hallaron comparativamente pocas dificultades, porque los desórdenes del Perú no habian llegado á estas provincias distantes, donde la sencilla gente vivia aun como si estaviese bajo el antiguo cetro de los hijos del Sol. Pero cambió la escena tan luego como entraron en el territorio de los Quixos, donde el carácter de los habitantes, y aun el clima, parecian ser muy diferentes. Atravesaban aquel pais las elevadas cordelliras de los Andes, y los aventureros se

<sup>1</sup> Herrera, Hist. General, caballos y en cerdos. Estos últimos, segun Herrera, eran nada menos que 5000; acopio muy regular de jamon para tan pequeña tropa, puesto que los Indios se mantendrian sin dada con maiz tostado y coca, que era de ordinario su único alimento en las mas largas jornadas.

Los historiadores discrepan en el número de las fuerzas de Gonzalo, tanto en hombres, como en



### CAPITULO IV.

ESPEDICION DE GONZALO PIZARRO.—PASO DE LAS SIERRAS.—DESCUBRE EL NAPO.—INCREIBLES TRABAJOS.—ORELLANA BAJA POR EL RIO DE LAS AMAZONAS.—DESESPERACION DE LOS ESPAÑOLES.—VUELVEN A QUITO LOS QUE QUEDARON VIVOS.

1540.—1542.

Cuando Gonzalo Pizarro recibió la noticia de su nombramiento para el gobierno de Quito, no pudo disimular el placer que le causaba; no tanto por el dominio que le daba sobre esta antigua provincia india, como por el nuevo campo que le abria para estender sus descubrimientos por el oriente, donde esperaba hallar la fabulosa tierra de las especias, que habia cautivado por tanto tiempo la imaginacion de los conquistadores. Sin pérdida de tiempo se encaminó á su gobierno, y no halló mucha dificultad en despertar un entusiasmo semejante al suyo en

vieron muy pronto enredados en sus hondos y tortuosos desfiladeros. Conforme iban subiendo á regiones mas elevadas, los vientos helados que bajaban de las cordilleras les entumían los miembros, y muchos indígenas encontraron su sepulcro en el desierto. Al atravesar esta formidable muralla, sintieron uno de esos tremendos terremotos, que en estas regiones volcánicas sacuden con tanta frecuencia las montañas hasta sus cimientos. En un lugar, las terribles convulsiones de la naturaleza hicieron abrir la tierra; de la abertura salieron bocanadas de un vapor sulfúreo, y un pueblo entero de varios centenares de casas se hundió en el espantoso abismo! <sup>2</sup>

Al descender por la vertiente oriental cambió la temperatura, y así que bajaron á las tierras llanas el agudo frio se convirtió en un calor sofocante, al mismo tiempo que de las gargantas de la sierra salían furiosas tempestades de truenos y rayos que dia y noche descargaban sin cesar torrentes de lluvia sobre sus cabezas, como si las ofendidas divinidades de aquellos sitios quisiesen tomar venganza de los que venían á

<sup>2</sup> Zárate fija precisamente el número en quinientas casas. "So- del Perú, lib. 4, cap. 2.) Nada brevino un tan gran Terremoto, con temblor, i tempestad de Agua, Relámpagos, i Raios, i grandes Truenos, que abriendoze la tierra por muchas partes, se hundie-

turbar el sosiego de sus soledades. Mas de seis semanas continuó en toda su fuerza el diluvio, y los miserables aventureros, empapados y rendidos del continuo trabajo, apenas podían arrastrar sus miembros por el suelo encharcado y desigual. Al cabo de algunos meses de penoso viage, en que tuvieron que pasar muchos pantanos y rios, llegaron al fin á *las Canelas*. Hallaron bosques enteros de los árboles que producen esta preciosa corteza; mas por apreciable que fuese como artículo de comercio, si se hallara en parages mas accesibles, en aquellas remotas regiones era de poco valor para ellos. Pero de las tribus errantes de salvages que solían encontrar en el camino, supieron que á diez jornadas de allí había una tierra rica, fértil y abundante en oro, ocupada por naciones muy numerosas. Gonzalo Pizarro había llegado ya á los límites que desde el principio tenía señalados á su expedicion; pero estas noticias revivieron sus esperanzas, y resolvió llevar mas adelante la aventura. Mejor les habria estado á él y á sus compañeros, el darse por contentos y volver sobre sus pasos.

Siguieron, pues, su marcha y hallaron inmensas sabanas terminadas por bosques, que conforme llegaron á ellos, parecían estenderse por todos lados hasta el horizonte. Allí encontraron árboles de aquella extraordinaria corpulencia

que solo se vé en estas regiones equinociales. Habia algunos tan gruesos, que diez y seis hombres con los brazos abiertos apenas alcanzaban á rodearlos. <sup>3</sup> Todo el bosque estaba entretegido de bojucos y enredaderas, que colgaban de unos árboles á otros como festones de mil colores, y formaban una brillante colgadura, muy hermosa por la vista; pero imposible de penetrar. A cada paso se veían obligados á abrirse camino con las hachas, al mismo tiempo que en los matorrales y espinos se les quedaban prendidas las ropas, podridas ya por efecto de las incesantes lluvias á que se habian visto espuestos, y solo llevaban sobre el cuerpo los aventureros algunos miserables andrajos. <sup>4</sup> Sus pro-

<sup>3</sup> Dando seis pies á la abertura de los brazos de un hombre, serán noventa y seis pies de circunferencia, ó treinta y dos pies de diámetro; grueso que excede sin duda al del mayor árbol de Europa. Con todo, no llega al del famoso gigante de las selvas mencionado por Humboldt y que aun existe en la provincia de Oajaca (\*), el cual segun la medida exacta de un viajero tomada en 1839, tenia ciento doce pies de circunferencia á la altura de cuatro pies del suelo, que sería pro-

(\*) Este es el famoso sabino de Santa Maria del Tule, á tres leguas de Oajaca. Puede verse un curioso artículo sobre este árbol extraordinario en el Mosaico Mexicano, tom. V. p. 73.—V. del T.

bablemente la misma á que tomaron su medida los Españoles. Véase un artículo curioso y crudo sobre árboles de bosque en el N.º 124 de la Revista Norteamericana.

<sup>4</sup> El poeta dramático Molna, en su comedia de "Las Amazonas en las Indias," ha destinado unas doce columnas de *redondillas*, (\*) á referir los trabajos de sus compatriotas en su expedición al río de las Amazonas. El poeta General de

(\*) El autor ha incurrido de nuevo en el descuido de confundir las redondillas con el romance; falta que ya le notó el traductor español de su "Historia de los Reyes Católicos." V. dicha obra trad. por Sabau y Larroya. (Madrid, 1818.) tom. 2.º p. 337.—V. del T.

visiones, echadas á perder por el temporal, se habian acabado mucho tiempo hacia, y el ganado que tomaron consigo se habia consumido tambien ó se habia perdido en los bosques y en los pasos de las sierras. Cuando salieron venian acompañados de cerca de mil perros; muchos de ellos de la raza feroz que se empleaba en cazar á los infelices Indios. Ahora llegó el caso de que se apresurasen á matarlos; pero sus miserables esqueletos eran alimento bien escaso para los hambrientos caminantes; y cuando por último se acabaron, ya no les quedó otro recurso para sostenerse que las yerbas y raíces dañosas que podian encontrar en el bosque. <sup>5</sup>

La fatigada cuadrilla llegó por último á una laguna formada por el Napo, uno de los principales tributarios del río de las Amazonas, que aunque en América solo se tiene por un río de

ta contaba de seguro con la paciencia de su auditorio. Los siguientes versos pintan la miserable condición á que se vieron reducidos los Españoles por las continuas lluvias.

"Sin que el sol en este tiempo  
Su cara ver nos permita.  
Ni las nubes taberneras  
Cesen de echarnos encima  
Diluvios inagotables,  
Que hasta el alma nos bautizan.  
Cayeron los mas enfermos,  
Porque las ropas podridas  
Con el eterno agua van.  
Nos dejó en las carutas vivas."

<sup>5</sup> Capitulación con Orellana, MS.—Pedro Pizarro, Descab. y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 143.—Zarate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 2.—Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 8, cap. 6, 7.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 2.

Este último escritor recibió sus noticias, segun dice, de algunos que fueron en la expedición. El lector puede estar seguro de que nada han perdido al pasar por sus manos.

tercera ó cuarta clase, en el mundo antiguo pasaria por de primera magnitud. Aquella vista alegró sus corazones, porque siguiendo su curso por la orilla esperaban encontrar un camino mas seguro y mas practicable. Despues de recorrer por largo trecho sus márgenes, enredados siempre entre espesos matorrales que solo vencian á costa de los mayores esfuerzos, alcanzaron á oír á lo lejos un ruido semejante á un trueno subterráneo. El terreno descendia rápidamente y la furiosa corriente se precipitaba por entre las peñas con espantosa velocidad, hasta que al fin llegaron los aventureros al borde de una magnífica catarata, donde quedaron asombrados al ver que las espumosas aguas del rio daban un enorme salto, de mil doscientos pies! <sup>6</sup> El senebre silencio de los bosques que les rodeaban, contribuia á aumentar el efecto de los

<sup>6</sup> "Al cabo de este largo camino hallaron que el rio hacia un salto de una peña de mas de do- zientas braças de alto: que hazia tan gran ruido, que lo oyeron mas de seys leguas antes que llegassen á él." (Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 3, cap. 3.) En las relaciones de los viajeros posteriores, no muy numerosos á la verdad en estas incultas regiones, no encuentro cosa alguna que sirva para confirmar ó desmentir la existencia de esta estupenda

catarata. La altura que dan al salto, doble de la que tiene, segun las medidas de Humboldt, la gran catarata de Tequendama en Bogotá, que pasa por la mas alta de América, no llega, sin embargo, á la de algunas cascadas que se arrojan en los precipicios de la Suiza. Mas no es seguro hacerse de los cálculos de los Españoles, que llenos de senebres ideas, eran muy susceptibles de recibir fuertes impresiones de todo lo terífico y sublime.

temerosos ruidos que habian comenzado á oír á seis leguas de distancia. Los insensibles guerreros no pudieron menos de sentir la influencia de tan imponente espectáculo. Aquellas aguas jamas sostuvieron el peso de ninguna barca: ningun serviente se descubria, mas que los salvajes habitantes de la selva, el robusto boa y el repugnante aligador que tomaban el sol en las orillas del agua. Los corpulentos árboles tendiendo su magnífico ramaje hasta los cielos; el rio corriendo por su pedregoso cauce, como habia corrido por tantos siglos; la soledad y el silencio de aquel sitio, interrumpido tan solo por el desapacible estruendo de la cascada ó por el suave murmullo de los bosques: todo parecia hallarse en derredor de ellos en el mismo estado inculto y primitivo, como cuando salió de las manos del Criador.

Antes y despues de la catarata, el lecho del rio se estrechaba tanto que su anchura no pasaba de veinte pies. Apurados por el hambre resolvieron los aventureros pasar al otro lado á todo riesgo, esperando hallar alguna tierra que les proporcionase el sustento necesario. Construyeron un frágil puente echando algunos gruesos troncos de árbol sobre una hendedura, donde las rocas, como si se hubiesen apartado por algun sacudimiento de la naturaleza, baja-

ban perpendicularmente hasta la profundidad de muchos centenares de piés. Por este camino aereo consiguieron pasar hombres y caballos sin mas desgracia que la pérdida de un Español, que desvanecido por haber mirado incautamente hacia abajo, perdió el pié y cayó á las olas que rugian en el fondo del abismo.

Pero muy poco ganaron con el cambio. El pais presentaba el mismo aspecto desconsolador, y las orillas del rio estaban cubiertas de árboles gigantescos, ó de matorrales impenetrables. Las tribus indias que solian encontrar en el desierto, eran feroces y enemigas, y tenian que sostener contra ellas continuas escaramuzas. Por su medio supieron que bajando el rio hallarian á unas cuantas jornadas una tierra abundante, y los Españoles continuaron su penoso camino, siempre esperando y siempre engañados, porque la tierra de promision parecia huir de ellos como una sombra, retirándose conforme se acercaban.

Abrumados al cabo, de trabajos y de padecimientos, resolvió Gonzalo construir una barca, bastante grande para que pudiesen caber en ella los soldados mas débiles y los bagajes. Los bosques le dieron madera en abundancia; se hicieron clavos de las herraduras de los caballos muertos ó que habian matado para alimentarse; á falta de brea usaron la resina que destilaban

los árboles, y en vez de estopa se sirvieron de los destrozados vestidos de los soldados. Era obra muy difícil, pero Gonzalo animaba la gente á trabajar, y daba el ejemplo tomando él mismo su parte en la tarea. Al cabo de dos meses se concluyó un bergantin, toscamente labrado, pero fuerte y de bastante capacidad para llevar la mitad de la gente: fué el primer buque europeo que navegó en estas aguas interiores.

Gonzalo dió el mando de él á Francisco de Orellana, caballero de Trujillo en cuya intrepidez y fidelidad creia poder confiar. Entonces las tropas continuaron su marcha, siguiendo siempre la corriente del rio, y llevando al lado el bergantin. Cuando llegaban á alguna montaña ó mal paso, servia muy bien para trasportar á los soldados mas débiles. De este modo fueron caminando penosamente muchas semanas por las espantosas soledades de las orillas del Napo. Hacia mucho tiempo que las provisiones se habian consumido del todo y ya habian devorado tambien el último caballo. Para satisfacer las exigencias del hambre se vieron obligados á roer el cuero de sus sillas y correajes. En el bosque hallaban muy poco que comer, y se alimentaban de lagartos, serpientes y demas reptiles que á veces solian hallar. <sup>7</sup>

<sup>7</sup> Yerbas y rayzes, y fruta otras malas sauandijas, si las auian silvestre, sapos, y culebras, y por aquellas montañas que todo

Dijéronles entonces que habia una provincia rica habitada por una nacion numerosa, donde el Napo entraba en otro rio mucho mayor, que corria hacia el oriente. Se hallaba esta tierra como siempre, á distancia de algunas jornadas, y Gonzalo Pizarro resolvió detenerse donde se hallaba, y enviar á Orellana con el bergantin á la confluencia de los dos rios para recoger algunas provisiones, con las cuales volveria á buscarlos para que de ese modo pudiesen continuar la marcha. Aquel capitán tomando consigo cincuenta aventureros, se apartó al medio del rio donde corria con mucha rapidez, y arrebatada su barca por la corriente, partió como una flecha y á poco rato se perdió de vista.

Pasaron dias y semanas y el buque no volvia. Nada divisaban los Españoles sobre la superficie de las aguas, aunque tendiesen la vista hasta el punto mas lejano, donde la corriente del rio se perdia entre el espeso follage de sus márgenes. Salieron varios destacamentos, y aunque tardaron muchos dias en volver, no trajeron ninguna noticia de los compañeros. No pudiendo permanecer por mas tiempo en esta duda, ni seguir viviendo en aquel lugar, Gonzalo

les habia buen estómago á los Españoles; que peor les yua con la falta de cosas tan viles." Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 4.—Capitulacion con Ore-

llana, MS.—Herrera Hist. General, dec. 6, lib. 8, cap. 7.—Zúñiga, Cong. del Perú, lib. 4, cap. 3, 4.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 143.

y sus hambrientos soldados resolvieron encaminarse á la confluencia de los rios. Aunque la distancia no pasaria seguramente de doscientas leguas, gastaron dos meses en vencer esta terrible jornada, los que no perecieron antes de tocar el fin de ella, y por último llegaron al lugar donde el Napo vacía el caudal de sus aguas en el Marañon; ese caudaloso rio, el mas magestuoso de los de América, que acrecentado en su curso por otros mil tributarios, corre muchos centenares de leguas hasta desaguar en el océano, atravesando por el centro del gran continente.

Pero los españoles no lograron noticias de Orellana: la tierra aunque mas poblada que la que dejaron, parecia tan mala como ella, y los habitantes eran aun mas feroces. Perdieron, pues, toda esperanza de recobrar á sus compañeros, á quienes creian muertos miserablemente de hambre ó á manos de los indigenas. Por fin se disiparon sus dudas al ver venir un hombre blanco, que andaba errante y medio desnudo por los bosques, en cuyo macilento rostro reconocieron las facciones de uno de sus compañeros. Era Sanchez de Vargas, hidalgo de buena familia y muy apreciado de toda el ejército, quien les refirió cosas espantosas.

Arrastrado Orellana por la corriente del Napo habia llegado á su confluencia con el Mara-

ñon en menos de tres dias, caminando en tan breve tiempo lo que habia costado dos meses al escuadron de Pizarro. Halló que el pais era muy distinto de lo que le habian informado, y lejos de encontrar alimentos que llevar á sus paisanos, apenas consiguió lo muy preciso para mantenerse. Tampoco le era posible el volver atras por donde habia venido, contra la corriente del rio y no eran menos formidables los obstáculos que presentaba la jornada por tierra. Viéndose en este dilema, cruzó por su mente una idea atrevida. Era el lanzar su barquilla al centro del Marañon, y bajar con su corriente hasta la embocadura. De esta manera visitaria las ricas y populosas naciones, que segun contaban, vivian en sus orillas, navegaria en el grande océano, pasaria á las islas vecinas, y volveria á España á reclamar la gloria y el premio del descubrimiento. Aquella idea fué inmediatamente acogida por sus inconsiderados compañeros, que adoptaban con gusto cualquier partido con tal de salir de la miseria presente, y se entusiasman al pensar en nuevas y estrañas aventuras; porque la inclinacion á estas era el último sentimiento que se estinguia en el pecho de un caballero castellano. Poco cuidado les daban sus desdichados compañeros que iban á dejar abandonados en el desierto <sup>8</sup>

<sup>8</sup> Esta relacion de Vargas fué se advierte por el tenor de la confirmada por Orellana, segun merced que se hizo á este último

No es este el lugar de referir los pormenores de la estraordinaria espedicion de Orellana. El logró su empeño; pero es casi un milagro que no naufragase en la peligrosa y desconocida navegacion de aquel rio. Mil veces se vió su bajel próximo á ser hecho pedazos contra las rocas ó por las furiosas corrientes; <sup>9</sup> y aun le pusieron en mayor peligro las tribus guerreras de las orillas, que acometian á su pequeña tropa siempre que trataba de desembarcar, y despues le iban persiguiendo muchas leguas en sus canoas. Al cabo salió del rio, y una vez en el océano, hizo rumbo Orellana para la isla de Cubagua; de allí pasó á España, se presentó en la corte y refirió los pormenores de su viage. Contaba que en las márgenes del rio habia encontrado naciones de Amazonas; hablaba de *el Dorado*, que segun le afirmaban existia en aquellas co-

á su vuelta á Castilla. El documento se conserva completo en a coleccion de MSS. de Muñoz.

“Habiendo voz ido con ciertos compañeros un rio abajo á buscar comida, con la corriente fuistes metidos por el dicho rio mas de 200 leguas donde no pudistes dar la buelta é por esta necesidad e por la mucha noticia que tuvistes de la grandeza e riqueza de la tierra, posponiendo vuestro peligro, sin interes ninguno por servir á S. M. os aventurastes á saber lo que havia en

aquellas provincias e así descubristes e hallastes grandes poblaciones.” Capitulacion con Orellana, MS.

<sup>9</sup> Condamine que bajó por el rio de las Amazonas en 1743, refiere muchas veces los peligros y dificultades en que se vió envuelto durante su navegacion por este rio, demasiado difícil, dice, para emprenderla sin el auxilio de un diestro piloto. V. su Relation abrégée d'un Voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique Meridionale. (Maestricht, 1778.)

marcas, y de otras maravillas, que una imaginacion crédula, mas bien abultaba que fingia. Sus oyentes escuchaban con gusto las relaciones del viagero, y en un siglo de maravillas en que se iban revelando todos los dias los misterios del Oriente y del Occidente, merecen excusa por no haber fijado con exactitud los verdaderos limites de la realidad y de la ficcion. <sup>10</sup>

No tuvo Orellana dificultad en conseguir licencia para conquistar y poblar los reinos que habia descubierto. Pronto se halló al frente de quinientos hombres, dispuestos á participar de los peligros y provechos de la expedición. Pero estos provechos no estaban destinados para él, ni para su patria. Murió en el viage de regreso á la América, y las tierras regadas por el rio de las Amazonas cayeron dentro de los territorios de Portugal. Ni aun siquiera alcanzó el desgraciado navegante el honor de dar su nombre á las aguas que habia descubierto. Logró tan solo la estéril gloria del descubrimiento, que ciertamente no basta á compensar las inleuas circunstancias de que fué acompañado. <sup>11</sup>

<sup>10</sup> No ha sido fácil fijar esta linea en tiempos posteriores, á pesar de las luces de los descubrimientos modernos. Condamine, despues de una cuidadosa averiguacion, considera que hay buenos fundamentos para creer en la existencia de una nacion de mugeres guerreras, que habitó e notro tiempo en algun lugar

cerca del rio de las Amazonas, bien que hoy hayan desaparecido. Seria cosa dura negar el hecho, pero mas duro seria el ererlo, considerando la dificultad de perpetuar una nacion semejante. *Voyage dans l'Amérique Meridionale*, p. 99, et seq.

<sup>11</sup> "Su crimen queda en cierta manera compensado con la

Uno de los compañeros de Orellana se opuso resueltamente á semejante proceder, tan contrario á las leyes de la humanidad y del honor, Este fué Sanchez de Vargas, y el cruel comandante se vengó de él abandonándole á su suerte en aquella region desolada, donde luego le hallaron sus compatriotas. <sup>12</sup>

Los Españoles escucharon con horror la relacion de Vargas y casi se les heló la sangre en las venas al verse abandonados de este modo en

gloria de haberse arrojado á una navegacion de mas de dos mil leguas, por entre naciones desconocidas, en un buque construido de prisa por manos muy poco prácticas, sin provisiones, sin brújula ni piloto." (*Robertson, América*, vol. III. p. 84.) El historiador de América no empuña la balanza moral con mano tan certera como de costumbre, al juzgar la brillante expedición de Orellana. Mas segun dice un moralista no muy severo, por brillante que sea el resultado,

Ni las malas acciones  
Puede ensalzar á fue rza de blasones  
Ni consagrar un crimen.

<sup>12</sup> Una delicada muger, Madama Godin, llevó á cabo una empresa, mas notable aun que la de Orellana. En 1769 trató de bajar por el rio de las Amazonas, hasta la embocadura, en un bote descubierto. Iba acompañada de siete personas, entre ellas dos hermanos suyos y dos criadas.

El bote zozobró, y Madama Godin, salvándose con dificultad, resolvió caminar á pié con sus compañeros, el resto de la jornada. Vióles ir pereciendo uno tras otro, de hambre y de enfermedades, hasta quedarse sola en el espantoso desierto. Mas como *The Lady* en el *Comus* de Milton, consiguió salir salva de tantos peligros y despues de inauditos padecimientos halló á unos Indios amigos que la condujeron á un establecimiento frances. Aunque era jóven no es de extrañar que los trabajos y sustos que sufrió, le pusieron el cabello enteramente blanco. Los pormenores de esta extraordinaria aventura se leen en una carta dirigida á Mr. de la Condamine por el esposo de dicha señora, quien los refirió con un entusiasmo y sencillez que ganó nuestra confianza. *Voyage dans l'Amérique Meridionale*, p. 329, et seq.

el corazon de un remoto desierto, y privados del único arbitrio que les restaba para salir de él. Hicieron un esfuerzo para continuar su viaje por las orillas; pero despues de algunas fatigosas jornadas, les faltaron las fuerzas y el ánimo, y llenos de desesperacion abandonaron la empresa.

Entonces fué cuando brillaron las cualidades que hacian á Gonzalo Pizarro un gefe tan apropiado para la hora del peligro y del desaliento. Con avanzar mas nada se conseguia, y el permanecer donde se hallaban, sin alimento, sin vestido, sin defensa contra las fieras del bosque ó contra los naturales, mas feroces todavia, era imposible. Solo un partido les quedaba, que era el volverse á Quito. Pero esto traia consigo el recuerdo de lo pasado; de trabajos que ya conocian muy bien, y eran demasiado duros aun para imaginados. Se hallaban por lo menos á cuatrocientas leguas de Quito, y ya habia pasado mas de un año desde que dieron principio á su penosa peregrinacion. ¿Cómo era posible que pensasen en arrostrar otra vez estos peligros? <sup>13</sup>

13 Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 5.—Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 8, cap. 8.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 5.—Gomara, Hist. de las Indias, eap 143.

De unos hombres que anda-

ban errantes en el desierto no debe esperarse un cómputo exacto del tiempo ni de las distancias, faltos como estaban de los medios de calcular con exactitud uno y otro.

Mas no quedaba otro recurso. Gonzalo trató de reanimar á sus compañeros insistiendo en la invencible constancia que habian manifestado hasta entonces, y conjurándoles que se mostrasen siempre dignos del nombre de Castellanos. Recordóles la gloria inmarcesible que ganarian con sus heróicas hazañas, cuando hubiesen regresado á su patria. Decia que él les volveria á Quito por otro camino, y no podrian menos de encontrar en alguna parte aquellas fértiles regiones de que tantas veces les habian dado noticia. A lo menos sabian y no era poco, que á cada paso que dieran se iban acercando al término de su viage, y puesto que de todas maneras aquel era el único partido que les restaba, debian disponerse á abrazarlos como hombres de valor. El espíritu sostendria el cuerpo, y las dificultades que se acometian con buen ánimo ya estaban medio vencidas.

Los soldados escucharon con ansia las palabras de consuelo y de esperanza que les dirigia. La confianza en el caudillo, infundió nueva vida á los desalentados. Conocieron la fuerza de su raciocinio, y al escuchar con gusto sus promesas, revivió en ellos el antiguo orgullo del honor castellano, y todos participaron algo del generoso entusiasmo del gefe. El á la verdad merecia el afecto de sus soldados. Desde que salió la espedicion, habia sufrido como todos

las mismas privaciones. Léjos de aprovecharse de las ventajas de su posición, había igualado su suerte con la del soldado mas pobre; atendía á las necesidades de los enfermos, animaba á los abatidos, dividía su escasaración con los hambrientos, tomaba parte como cualquier otro en los trabajos y fatigas de la marcha, y en suma, se mostraba siempre fiel amigo, no menos que capitán. Cuando llegó la hora de prueba recogió los frutos de su acertada conducta.

No cansaré al lector con la relación de los trabajos que sufrieron los Españoles en su vuelta á Quito. Tomaron por un camino mas hácia al norte del que trajeron á la venida, y si es verdad que tropezaron con menores dificultades, también eran menores las fuerzas para vencerlas, y así fueron mayores los apuros. Manteníanse únicamente de los escasos alimentos que podían encontrar en los bosques, ó con los que solían tener la fortuna de hallar en algun pueblo abandonado, ó bien quitaban por fuerza á los Indios. Muchos Españoles se enfermaron y murieron en el camino, porque no había quien les socorriese. El extremo de la miseria los había vuelto egoístas, y mas de un infeliz quedó abandonado á su suerte, para morir solo en el desierto, ó mas bien para ser devorado, vivo aun, por las fieras que abundaban en él.

Por fin, en el mes de Junio de 1542, después

de haber gastado mas de un año en la vuelta, llegó la fatigada tropa á las elevadas llanuras de las inmediaciones de Quito. ¡Pero cuán diferente era ahora su aspecto del que presentaban cuando salieron hacia dos años y medio, por las puertas de aquella misma capital, llenos de lisongeras esperanzas, y con todo el brillo y pompa marcial! Sus caballos eran muertos; sus armas venían rotas y enmohecidas; ellos medio envueltos en pieles de animales á falta de vestido, con sus caballos largos y enmarañados, cayendo en desorden sobre sus espaldas, sus rostros tostados y ennegrecidos por el sol de los trópicos, y sus cuerpos consumidos por el hambre y desfigurados por las heridas. Al verlos marchar lentamente con paso vacilante como una tropa de horribles espectuos, diríase que la fosa se había abierto y arrojado fuera sus cadáveres. Mas de la mitad de los cuatro mil Indios que salieron con la expedición, había perecido, y de los Españoles solo ochenta volvieron á Quito, y muchos de ellos con la salud arruinada para siempre.<sup>14</sup>

14 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 5.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 143.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 3, cap. 15.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 3, cap. 14.

Este último historiador al terminar su relato de esta expedición, hace un panegírico del valor y constancia de sus paisanos, que ciertamente es muy merecido. 'Finalmente, Gonçalo Pizarro entró en el Quito, triunfando del valor, i sufrimiento, i de la constancia, recto, è inmutable vigor del ánimo, pues Hombrés Humanos no se halla, haver tanto sufrido, ni padecido tantas desventuras.' Ibid., ubi supra.

Los pocos vecinos blancos del lugar con sus mugeres é hijos, salieron fuera de la ciudad para recibir á sus paisanos. Les suministraron cuantos auxilios estaban en su mano, y al escuchar la triste relacion de sus padecimientos, mezclaron sus lágrimas con las de los caminantes. Toda la tropa entró en seguida á la capital donde su primer cuidado fué, sea dicho en honor suyo, el ir en cuerpo á la iglesia y tributar solemnes acciones de gracias al Todopoderoso por haberlos conservado milagrosamente durante una jornada tan larga y peligrosa. <sup>15</sup> Tal fué el fin de la expedicion al rio de las Amazonas, que por sus trabajos y peligros, lo mucho que duraron, y la constancia con que lo sufrieron, permanece acaso sin paralelo en los anales del descubrimiento de la América.

<sup>15</sup> Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 5.

## CAPITULO .V

LOS ALMAGRISTAS.—SU SITUACION DESESPERADA.—  
CONSPIRACION CONTRA FRANCISCO PIZARRO.—ASELINATO  
DE PIZARRO.—HECHOS DE LOS CONSPIRADORES.—CA  
RACTER DE PIZARRO.

1541.

Cuando Gonzalo Pizarro llegó á Quito, recibió las nuevas de un suceso por el que vino á conocer que su expedicion al rio de las Amazonas habia sido mas fatal á sus intereses de lo que él se imaginaba. Durante su ausencia se verificó una revolucion que habia cambiado totalmente el estado de las cosas en el Perú.

Hemos visto ya en uno de los capítulos anteriores, que cuando Hernando Pizarro regresó á España, el marques su hermano se volvió á Lima, donde continuó dedicándose á levantar su uaciente capital, y á atender al bien general de todo el pais. Mientras se hallaba ocupado de

Los pocos vecinos blancos del lugar con sus mugeres é hijos, salieron fuera de la ciudad para recibir á sus paisanos. Les suministraron cuantos auxilios estaban en su mano, y al escuchar la triste relacion de sus padecimientos, mezclaron sus lágrimas con las de los caminantes. Toda la tropa entró en seguida á la capital donde su primer cuidado fué, sea dicho en honor suyo, el ir en cuerpo á la iglesia y tributar solemnes acciones de gracias al Todopoderoso por haberlos conservado milagrosamente durante una jornada tan larga y peligrosa. <sup>15</sup> Tal fué el fin de la expedicion al rio de las Amazonas, que por sus trabajos y peligros, lo mucho que duraron, y la constancia con que lo sufrieron, permanece acaso sin paralelo en los anales del descubrimiento de la América.

<sup>15</sup> Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 5.

## CAPITULO .V

LOS ALMAGRISTAS.—SU SITUACION DESESPERADA.—  
CONSPIRACION CONTRA FRANCISCO PIZARRO.—ASELINATO  
DE PIZARRO.—HECHOS DE LOS CONSPIRADORES.—CA  
RACTER DE PIZARRO.

1541.

Cuando Gonzalo Pizarro llegó á Quito, recibió las nuevas de un suceso por el que vino á conocer que su expedicion al rio de las Amazonas habia sido mas fatal á sus intereses de lo que él se imaginaba. Durante su ausencia se verificó una revolucion que habia cambiado totalmente el estado de las cosas en el Perú.

Hemos visto ya en uno de los capítulos anteriores, que cuando Hernando Pizarro regresó á España, el marques su hermano se volvió á Lima, donde continuó dedicándose á levantar su uaciente capital, y á atender al bien general de todo el pais. Mientras se hallaba ocupado de

esta manera, recelaba muy poco de un peligro que cada dia le amenazaba, y eso apesar de los avisos que recibia de algunos amigos mas prudentes.

Despues de la ejecucion de Almagro, sus soldados en número de algunos centenares se esparcieron por todo el pais; pero aunque vivian apartados les unia siempre un sentimiento comun de indignacion contra los Pizarros, á quienes miraban como á asesinos de su gefe. No odiaban tanto al gobernador como á su hermano Hernando, por no haber tenido aquel una parte tan inmediata en la perpetracion del hecho. Atendiendo á estas circunstancias era claro que Pizarro debia adoptar uno de estos dos caminos: ó tratar á los del partido contrario como á amigos, ó bien como á enemigos declarados. Podia ganar á los mas exaltados con muestras de blandura; borrar, si esto era posible, el recuerdo de los agravios pasados con los beneficios presentes, y en una palabra, hacerles ver que la contienda habia sido con su capitan, no con ellos, y que no podrian hacer cosa mejor que venir á alistarse otra vez en sus banderas. Este abría sido el medio mas acertado, y al mismo tiempo el mas generoso; y acreciendo el número de sus partidarios hubiera robustecido mucho su poder en aquel pais. Pero por desgracia no fué bastante magnánimo para tomar este partido. No estaba

en la naturaleza de Pizarro el perdonar un agravio, ni la persona á quien una vez ofendió. Mas puesto que no queria empeñarse en ganar á los Almagristas, es claro que debió mirarlos como á enemigos, no menos temibles por ser ocultos, y tomar las medidas convenientes para impedirles que causasen daño. Debió haber seguido el consejo que le dió con mas prudencia su hermano Hernando, y haberles distribuido en diferentes lugares, teniendo cuidado de que no se reuniesen muchos en un mismo punto, y mucho menos cerca de donde él se hallase.

Pero el gobernador miraba con tanto desprecio á los abatidos compañeros de Almagro, que tenia á menos el tomar precauciones contra ellos. Dejó que el hijo de su rival continuase viviendo en Lima, donde pronto comenzaron los descontentos á acudir á su casa. Casi todos los soldados de Almagro conocian muy bien al jóven, por haberse criado con ellos en el campamento, á la vista de su padre, y ahora que ya no existia este naturalmente siguieron siendo fieles al hijo que dejaba.

A fin de que el joven Almagro no pudiese mantener esta servidumbre de gente inútil, le quitó Almagro una gran parte de sus Indios y tierras, escluyéndole al mismo tiempo del gobierno de la Nueva Toledo, que le habia dejado su padre en el testamento. <sup>1</sup> Privados de todo

<sup>1</sup> Carta de Almagro, MS.

medio de subsistencia, sin oficio ni empleo de ninguna especie, *los de Chile*, que este nombre seguían dando á los partidarios de Almagro, se vieron reducidos á la última estremidad. Tan pobres llegaron á verse, segun refieren las crónicas de aquel tiempo, que doce caballeros que vivían en una misma casa, no tenían entre todos mas que una capa, y con la vanidad propia de hidalgos pobres, y no queriendo esponer al público su miseria, usaban la capa por turno, quedándose encerrados en la casa los que aquel dia no tenían derecho á usar de ella.<sup>2</sup> Esta anécdota, sea ó no cierta, explica bien la extremidad á que se vió reducida la faccion de Almagro. Y hacia aun mas amarga su miseria el descaro de sus enemigos, que enriquecidos con sus despojos, ostentaban á su vista y con el fin de ofenderlos el mas insolente lujo en sus personas y trenes.

Hombres provocados de esta manera con agravios é insultos, eran demasiado peligrosos para mirados con desprecio. Pero aunque Pizarro recibió varios avisos para que anduviese con cuidado, no quiso darles crédito. “¡Pobres cuitados!” solia decir hablando con desdeñosa compasion de los de Chile, “harta mala suerte les ha cabido; ya no les molestaremos mas.”<sup>3</sup> Y

<sup>2</sup> Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 8, cap. 6.

<sup>3</sup> Gomara, Hist. de las Indias, cap. 144.

entan poco les tenia, que salia á la calle como siempre, y andaba á caballo sin criado alguno por toda la ciudad y los alrededores.<sup>4</sup>

Llegaron entonces á la colonia las noticias de haber el emperador nombrado un juez para que se informase de los negocios del Perú. Aunque algo alarmó á Pizarro la noticia, dió órdenes para que se le obsequiase al desembarcar, y se le preparasen alojamientos convenientes por todo el camino. Con tales nuevas cobraron nuevo ánimo los Almagristas. Tenian plena confianza en que este poderoso juez repararia todos sus agravios y eligieron de entre ellos mismos dos comisionados para que vestidos de luto se dirigiesen al norte, donde se aguardaba que desembarcaria el juez, y le espusiesen sus motivos de queja.

Pero pasaban meses y nada se sabia de su llegada, hasta que al fin entró en el puerto un buque anunciando que la mayor parte de la flota se habia ido á pique en las terribles tormentas de la costa, y que probablemente habria perecido con ella el comisionado. Malísima noticia era aquella para los de Chile, cuyas miserias, segun dice su joven caudillo, “eran ya demasiadas para sufridas.”<sup>5</sup> Ya habian comenzado á manifes-

<sup>4</sup> Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 3, cap. 6. su carta á la Real Audiencia de Panamá, la que puede verse en

<sup>5</sup> “Sufría mas de lo que mi juicio bastaba.” dice Almagro en el *Apendice*, no. 12.

tarse públicamente síntomas de desafecto. Los orgullosos hidalgos no siempre se quitaban la gorra cuando encontraban al gobernador en las calles, y en una ocasion amanecieron colgadas de la horca tres sogas, y en ellas unos rótulos con los nombres de Pizarro, del juez Velazquez, y de Picado, el secretario del gobernador. <sup>6</sup> Este último era particularmente odiado de Almagro y de su gente. Como su amo no sabia leer ni escribir, todas sus comunicaciones pasaban por las manos de Picado, y como este era cruel y arrogante por naturaleza, ensoberbecido además por la importancia que le daba su posicion, ejercía una perniciosa influencia en todas las medidas del gobernador. Los miserables compañeros de Almagro eran el blanco de sus burlas, y se vengó del insulto que le hicieron, pasando á caballo por delante de la casa de su gefe, vestido con estravagante lujo, muy lleno de oro y plata, y con un letrado en la gorra que decia, "para los de Chile." Era una necia burla; pero

6 "Hizo Picado el secretario del Marques mucho daño á muchos, porque el Marques D. Francisco Pizarro como no sabia leer ni escribir fiábase dél y no hacia mas de lo que él le aconsejaba, y así hizo este mucho mal en estos reinos, porque el que no andaba á su voluntad sirviendole aunque tuviese méritos le destruía; y este Picado fué causa de

que los de Chile tomasen mas odio al Marques por donde le mataron, porque queria este que todos le reverenciasen y los de Chile no hacian caso dél, y por esta causa los perseguia este mucho, y así vinieron á hacer lo que hicieron los de Chile." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Tambien Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 6.

los pobres caballeros á quienes se dirigía, no tuvieron bastante filosofia para despreciarla, porque sus trabajos les habian hecho muy sensibles á cualquier insulto. <sup>7</sup>

Desaminados por último los del partido de Almagro al ver lo que se retardaba la venida de Vaca de Castro, mucho mas al escuchar las recientes noticias de su naufragio, y no esperando ya el obtener justicia de una autoridad legítima, resolvieron tomársela por su propia mano; y discutiendo sobre el asunto vinieron á parar á la desesperada resolucion de asesinar á Pizarro. Señalaron para el efecto el domingo 26 de Junio de 1541. Los conjurados, en número de diez y ocho ó veinte, debian reunirse en la casa de Almagro, que estaba en la plaza mayor cerca de la catedral, y cuando el gobernador saliese de misa debian salir ellos tambien y acometerle en la calle. Una bandera blanca enarbolada al mismo tiempo en una de las ventanas altas de la casa, debía servir de señal para que el resto de sus camaradas acudiese al auxilio de los que se encargaban de ejecutar el intento. <sup>8</sup>

Es difícil que Almagro no tuviese noticia de

7 "Sacó puesta en la gorra una medalla de oro muy rica, esmaltada en ella una higa, con una letra que decia. Para los de Chile." Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 6.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Her-

8 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1541.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 6.

estas maquinaciones, puesto que su casa era el punto de reunion de los conjurados; mas no hay una prueba clara de que tuviese parte en la conspiracion. <sup>9</sup> Era á la verdad demasiado jóven para que haya probabilidad de que tomase una parte principal en ella. Segun nos le pintan los escritores contemporáneos daba esperanzas de muchas buenas prendas, aunque por desgracia no se halló en una posicion favorable para mostrarlas. Era hijo de una India de Panamá, pero desde su tierna edad siguió la misma agitada vida de su padre, á quien se parecia mucho en su índole franca y generosa, y en la violencia de sus pasiones. Por su juventud e inexperiencia no era apropósito para tomar el mando en las difíciles circunstancias en que se halló, y era pocos mas que un maniquí manejado por los otros. <sup>10</sup>

<sup>9</sup> Parece no obstante que esto lo contradice la carta de Almagro á la Audiencia de Panamá en la cual espresa, que exasperado por tantas injurias intolerables resolvieron él y sus compañeros el poner remedio por sus propias manos entrando en la casa del gobernador y apoderándose de su persona. (Véase su carta en el *Apéndice*, No. 12). Es cierto, sin embargo, que las relaciones de todo el suceso que nos han dejado algunos escritores que debian saber muy bien como pasó, no atribuyen á Almagro el haber tomado una parte activa en

el sangriento drama. En su carta dice simplemente que pensó haber tomado parte en él agrediendo que solo trataba de prender á Pizarro y no de matarlo. Cualquiera que haya leído la historia del suceso, no estará muy dispuesto á dar crédito á esta declaración.

<sup>10</sup> "Mancebo Virtuoso, i de grande Animo, i bien enseñado: Y especialmente se havia exercitado mucho en cavalgar á Caballo, de ambas sillas, lo qual hacia con mucha gracia, i destreza, i tambien en escribir, i leer, lo qual hacia mas liberalmente, i mejor

El principal de sus consejeros era Juan de Herrada ó Rada, caballero de familia respetable, que habiéndose alistado muy jóven de soldado raso, habia ido subiendo á los puestos mas altos del ejército por sus talentos militares. En la época de que tratamos era ya de edad bastante avanzada; pero el fuego de la juventud no estaba aun apagado en su pecho, y ardia en deseos de vengar los agravios hechos á su antiguo camarada. La aficion que tuvo siempre al viejo Almagro la trasladó por entero al hijo, segun se vé, y al parecer fraguó esta atrevida trama y se prestó á hacer el papel principal en la ejecucion de ella, mas bien en provecho del jóven Almagro que en el suyo propio.

Hubo uno, sin embargo, en la reunion de conspiradores que sintió algunos remordimientos por la parte que tomaba, y alivió su pecho revelando toda la trama á su confesor. Este fué el punto á avisarlo á Picado, quien á su vez lo comunicó á Pizarro. Pero es cosa de admirarse que aquello hiciese en el ánimo del gobernador poca mas impresion que los avisos vagos que recibia con tanta frecuencia. "Ese clérigo obispado quiere," fué todo lo que dijo. "A pesar de

de lo que requería su Profesion. fué de noche y avisó á Picado el De este tenia cargo, como Aio, secretario y díjole: mañana domingo cuando el marques saliere á misa tienen concertado los

<sup>11</sup> "Pues un día antes un sacerdote clérigo llamado Henao á voz y á sus amigos: esto me

eso contó lo sucedido al juez Velazquez, quien en vez de disponer que se prendiese á los conspiradores, y se tomasen las medidas convenientes para averiguar la verdad de la acusacion, parecia tan infatuado como Pizarro, y dijo al gobernador que no temiese, "porque nada le habia de suceder mientras él tuviese en las manos la vara de la justicia."<sup>12</sup> Con todo, para alejar cualquiera posibilidad de riesgo, creyó prudente Pizarro el abstenerse de ir á misa el domingo y quedarse en casa so pretexto de indisposicion.

El dia señalado, Rada y sus compañeros se juntaron en la casa de Almagro y esperaron con ansiedad la hora de que el gobernador saliese de la iglesia. Pero grande fué su consternacion al saber que no estaba en ella, sino que se habia quedado en su casa por hallarse enfermo, segun todos decian. No dudando ya que sus designios estaban descubiertos, conocieron que su ruina era inevitable, y eso sin haber tenido el triste consuelo de descargar el golpe que los arrastraba á ella. En esta grave duda, algunos opinaban por dispersarse, esperando que al ca-  
ha dicho uno en confision para 12. "El Juan Blasquez le di- que os venga á avisar. Pues sabido esto Picado se fué luego y lo contó al marques, y él le respondió: ese clérigo obispado quiere." Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS.

bo podria suceder que Pizarro ignorase su proyecto: pero los mas estaban porque se pusiese al punto en ejecucion acometiéndole en su propia casa. Al fin uno de los presentes, conociendo que solo este arbitrio les quedaba para salvarse, quiso cortar de un golpe la disputa abria las puertas de par en par y salió á la calle diciendo á sus compañeros, al tiempo de salir, "que le siguiesen porque de otra manera publicaria el objeto de la reunion," Ya entonces no quedó lugar á la duda y salieron los conjurados con Rada á la cabeza sin cesar de gritar por el camino, "viva el Rey! muera el tirano!"<sup>13</sup>

Era la hora de la comida, que en aquellos primitivos tiempos de las colonias españolas se servia al mediodia. Mas apesar de eso, los gritos de los conjurados alarmaron á los vecinos y acudieron en gran número á la plaza, para averiguar la causa del alboroto. "Van á matar al Marques," decian unos con mucha indiferencia: "No sino á Picado," replicaban otros; pero no se alzó un solo brazo para defenderlos. El po-

13 Herrera, Hist. General, *bocudos de Segovia no nada valiente, sino hombre bien flaco, se le revistió el diablo y abrió la puerta que estaba cerrada, y salió á la calle armado con un rodela embrazada.* Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS.  
"Pues estando en este acuerdo dicen que un Sant Millan de los

der de Pizarro no se apoyaba en los corazones de sus súbditos.

Al atravesar la plaza los conspiradores, uno de ellos dió un rodeo para no meterse en un charco que encontró en el camino. "Cómo! "esclamó Rada "¿temeis mojaros los pies, cuando vamos á bañarnos en sangre humana?," E inmediatamente le mandó que abandonase la empresa y se volviese á sus cuarteles. La anécdota caracteriza á aquellos hombres.<sup>14</sup>

El palacio del gobernador estaba del otro lado de la plaza, y para llegar á él era preciso atravesar dos patios. Defendia la entrada del primero una maciza puerta, capaz de ser sostenida contra cien hombres ó mas. Pero estaba abierta, y los enemigos se arrojaron al patio interior continuando siempre sus horribles clamores, y allí encontraron dos criados. Pronto quedó tendido uno de ellos, y el otro se metió corriendo á la casa, gritando, "socorro! socorro! los de Chile vienen á matar al Marques!

Pizarro estaba á la sazón comiendo, ó segun es mas probable, habia acabado ya de comer. Le rodeaban varios amigos que habian entrado á lo que parece despues de misa á preguntar por

14 "Gomez Perez por haver allí agua derramada de una acequia, rodeó algun tanto por no mojarse; reparó en ello Juan de Kada, y ontrandose atrevido por el agua le dijo: ¿Vamos á bañar-

nos en sangre humana, y rehusais mojaros los pies en agua? Ea volveos. Hizolo volver y no asistió al hecho." Montesinos, Anales, MS., año 1541.

su salud, y algunos se habian quedado para acompañarlo á la mesa. Era uno de ellos Francisco Martin de Alcántara, medio hermano de Pizarro por parte de madre, el juez Velazquez, el obispo electo de Quito y varios de los vecinos principales del lugar, hasta el número de quince ó veinte personas. Alarmados algunos por el alboroto que se sentia en el patio, salieron á la sala y bajaron al descanso de la escalera á investir la causa de aquel desórden. Apenas la hubieron conocido por los gritos del criado, se retiraron precipitadamente al interior de la casa, y como no pensaban resistir la tormenta sin armas, ó tan solo á medio armar como estaban muchos de ellos, se dirigieron á un corredor que caia á un jardin, por donde se descolgaron facilmente y sin hacerse daño alguno. El juez Velazquez para tener mas espedito el uso de las manos en la bajada, agarró con los dientes la vara, insignia de su oficio, "ciudando de este modo," dice un mordaz cronista contemporáneo, "de no faltar á la palabra dada á Pizarro, de que nada habia de sucederle, mientras la vara de la justicia estuviese en sus manos."<sup>15</sup>

15 "En lo qual no paresco haber quebrantado su palabra, porque despues huyendo (como adelante se dirá) al tiempo que quisieron matar al Marques, se hechó de vna ventana abajo, á la Huerta, llevando la vara en la boca." Zárate, Conq. del Perú, lib. 4. cap. 7.

Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Carta del Muestro Martin de Aranco, MS.—Carta de Fray Vicente de Valverde á la Audiencia de Panamá, MS., desde Tumbes, 15 de Noviembre de 1541.—Gomara, Hist. de las Indias cap. 145.

En el entretanto, informado el Marqués del motivo del tumulto llamó á Francisco de Chaves, oficial que le merecia plena confianza y se hallaba en el aposento exterior que caia al descanso de la escalera, y le mandó que mantuviese la puerta, mientras él y su hermano Alcántara se ponian las armaduras. Si esta órden hubiese sido obedecida con la misma serenidad con que fué dada, les habria salvado á todos, porque la puerta podia defenderse contra una fuerza mucho mayor, hasta dar lugar á que los caballeros que habian huido diesen aviso de lo que pasaba, y viniesen algunos en auxilio de Pizarro. Pero por desgracia Chaves entreabrió la puerta contra la órden de su comandante, y trató de parlamentar con los conspiradores. Estos que habian llegado ya al fin de la escalera, cortaron las conferencias atravesando á Chaves de parte á parte y arrojando al patio su cadáver. Los compañeros del muerto caballero consiguieron detenerles un momento; pero muy pronto fueron despachados tambien, y Rada entró con los suyos en el aposento, y le atravesaron precipitadamente quitando: “¿Donde está el Marques? ¡Muera el tirano!”

Martin de Alcántara, que se hallaba en la pieza vecina ayudando á su hermano á ponerse la armadura, apenas vió que habian ganado la entrada en la antecámara, corrió á la puerta del cuar-

to y ayudado de dos jóvenes, pages de Pizarro, y de uno ó dos caballeros de servicio trató de impedir la entrada á los agresores. Trabóse una lucha desesperada en que se descargaban repetidos golpes por ambas partes, de los que se aprovecharon algunos por desgracia, pues fueron muertos dos de los conspiradores, y heridos varias veces Alcántara y sus valientes compañeros.

Al fin Pizarro, no pudiendo abrochar las correas de su coraza, por la precipitacion del momento, la arrojó á un lado y envolviéndose un brazo con su capa, agarró con el otro la espada y acudió á ayudar á su hermano. Pero era tarde, porque Alcántara vacilaba ya por la sangre que habia perdido, y á poco vino á tierra. Pizarro se arrojó entonces sobre sus adversarios como un leon acosado en su guarida, y repartia golpes con tanta fuerza y rapidez como si los años no tuviesen poder para paralizar sus miembros. “¡Cómo!” gritaba “traidores! venir á matarme en mi casa! “Los conspiradores retrocedieron al pronto, pues dos de ellos cayeron bajo la espada de Pizarro; pero en breve se reunieron y á causa de su mayor número tenian la ventaja de poderse relevar unos á otros en el ataque. Sin embargo, el paso era estrecho, y la lucha duró todavía algunos minutos hasta que los dos pages de Pizarro quedaron tendidos á su lado. Rada entonces impa-

ciente de la dilacion exclamó: “¿Porqué tardamos tanto? Muera el tirano!” y cojiendo en brazos á uno de sus compañeros, llamado Narvaez, se lo echó encima al Marques. Pizarro se trabó al punto con su adversario y le atravesó con la espada; pero al mismo tiempo recibió una herida en la garganta que le hizo vacilar y caer en tierra, en donde Rada y varios de los conspiradores le atravesaron al punto con sus espadas. “Jesus!” exclamó el moribundo, y trazando una cruz con el dedo en el ensangrentado pavimento, bajaba la cabeza para besarla cuando un golpe mas compasivo que los otros puso fin á su existencia.<sup>16</sup>

Cometido su sangriento atentado, salieron los

<sup>16</sup> Zárate, *Conq. del Perú*, lib. 4, cap. 8.—Naharro, *Relacion Sumaria*, MS.—Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.*, MS.—Herrera, *Hist. General*, dec. 6, lib. 10, cap. 6.—Carta de la Justicia y Regimiento de la Ciudad de los Reyes, MS., 15 de Julio de 1541.—Carta del Maestro Martín de Aranco, MS.—Carta de Fray Vicente de Valverde desde Tuníbez, MS.—Gomara, *Hist. de las Indias*, ubi supra.—Montesinos, *Anales*, MS., año 1541.

Pizarro y Orellana parece no dudar que su pariente murió en olor de santidad.—“Allí le acabaron los traidores enemigos, dándole cruellísimas heridas, con que acabó el Julio César Español,

estando tan en sí que pidiendo confesion con grau acto de contricion, haziendo la señal de la Cruz con su misma sangre, y besandola murió.” Varones Ilustres, p. 186.

Segun cierto autor el golpe mortal lo dió un soldado llamado Borregan, el qual cuando cayó Pizarro le dió un gran golpe en el rostro con un jarro que arrebató de la mesa. (Herrera, *Hist. General*, dec. 6, lib. 10, cap. 6.) Considerando la confusion y tumulto de la escena, es notable la conformidad de las diferentes narraciones de la catástrofe, aunque discrepan en algunos pequeños pormenores.

conspiradores á la calle blandiendo sus espadas enrojecidas y gritando, “¿Es muerto el tirano! ¿Póngase la tierra en justicia! ¿Viva el emperador y su gobernador Almagro!” Animados los de Chile con estas agradables voces, acudian de todas partes á las banderas de Rada, quien pronto se vió al frente de unos trescientos hombres, todos armados y dispuestos á sostener su autoridad. Pusieron guardias en las casas de los principales partidarios del difunto gobernador, y se aseguraron sus personas. La casa de Pizarro y la de su secretario Picado fueron entregadas al pillage, y en la primera se halló un crecido botin en oro y plata. Picado se refugió en la habitacion del tesorero Riquelme; pero descubrieron su escondite, por haberlo denunciado, con sus miradas ya que no con sus palabras el mismo tesorero, segun dicen algunos, le sacaron de allí y le guardaron en una cárcel segura.<sup>17</sup> La ciudad entera se llenó de consternacion, pues por todas partes andaban partidas armadas desempeñando diversas comisiones, y cuantos no pertenecian al partido de Almagro,

<sup>17</sup> “No se olvidaron de buscar á Antonio Picado, i iendo en casa del tesorero Alonso Riquelme, él mismo iba diciendo: No sé adonde está el Señor Picado, i con los ojos le mostraba, i le ballaron debaxo de la cama.” Herrera, *Hist. General*, dec. 6, lib. 10, cap. 7.

Poco despues vemos el nombre de Riquelme entre los individuos del ayuntamiento de Lima, por lo qual se vé que tuvo por conveniente el adherirse á Almagro, á lo menos temporalmente.—Carta de la Justicia y Regimiento de la Ciudad de los Reyes, MS.

temblaban temiendo ser envueltos en la proscripción. Tan grande fué el desorden que los frailes de la Merced salieron en comunidad y recorrieron las calles en procesion solemne con la hostia consagrada, esperando que la vista del Santísimo Sacramento calmara las pasiones de la multitud.

Pero Rada y sus compañeros no ejercieron mas actos de violencia que prender á unas cuantas personas sospechosas, y apoderarse de las armas y caballos donde quiera que se hallaron. Intimaron luego al Ayuntamiento que reconociese la autoridad de Almagro: los que se negaron á ello fueron ignominiosamente arrojados de sus puestos y remplazados por otros de la faccion de Chile. Los derechos del nuevo pretendiente fueron reconocidos llanamente, y el jóven Almagro recorrió la ciudad á caballo, escoltado por un respetable cuerpo de tropas, al mismo tiempo que al son de las trompetas le proclamaban gobernador y capitán general del Perú.

En el entretanto, los destrozados cadáveres de Pizarro y de sus fieles servidores, yacian envueltos en su sangre. Algunos querian sacar arastrando el cuerpo del gobernador hasta el mercado, y poner allí su cabeza en la picota. Pero se consiguió reservadamente que Almagro cediera á las instancias de los amigos de Pizarro y permitiera que se le enterrase. La ceremonia

se ejecutó de prisa y á escondidas, temiendo á cada momento que viniesen á interrumpirla. Un fiel criado y su esposa, ayudados de algunos negros, envolvieron el cuerpo en una manta de algodón y le llevaron á la catedral. Allí cavaron á toda prisa una sepultura en un oscuro rincon, se dijeron atropelladamente los oficios, y en secreto, alumbrados solo por la vacilante luz de algunos cirios que trajeron estos humildes criados, los restos de Pizarro envueltos en su ensangrentado sudario, fueron entregados á la madre comun. Este fué el miserable fin del conquistador del Perú; del hombre que pocas horas antes habia dominado toda aquella tierra con poder tan absoluto como el que tuvieron sus legítimos señores. Asesinado á la mitad del dia, en el centro de su propia capital mientras le rodeaban los que fueron sus compañeros de armas y participaron de sus triunfos y de sus despojos, pereció como un miserable proscrito. "No hubo uno siquiera," para usar de las espresivas palabras del cronista, "que dijese, Dios le perdone!"<sup>18</sup>

Pocos años despues, cuando ya el pais gozaba de tranquilidad, los restos de Pizarro se colocaron en un suntuoso ataud y se depositaron

<sup>18</sup> "Murió pidiendo confesion, Conq. del Perú, lib. 4 cap. 8. i haciendo la Cruz, sin que nadie dijese, Dios te perdone." Gomara, Hist. de las Indias, cap. 144. MS. de Caravantes.—Zárate, MS. —Carta del Maestro Martin de Arauco, MS.—Carta de Fray Vicente Valverde, desde Tumbes, MS.

en un sepulcro colocado en un lugar visible de la catedral. Y en 1607 cuando ya el tiempo habia corrido un velo amigo sobre lo pasado, y la memoria de sus errores y de sus crímenes se habia borrado al considerar los grandes servicios que le debia la corona por el imperio que añadió á sus posesiones ultramarinas, fueron trasladados sus huesos á la nueva catedral, y allí quedaron reposando al lado de los de Mendoza, aquel sabio y buen virey del Perú.<sup>19</sup>

Pizarro tenia probablemente unos sesenta y cinco años de edad al tiempo de su muerte, aunque es preciso advertir que esto no pasa de una conjetura vaga, pues la fecha de su nacimiento no consta de ningun documento auténtico.<sup>20</sup> Nunca fué casado; pero de una princesa india de la sangre inca, hija de Atahualpa y nieta del gran Huayna Capac, tuvo un hijo y una hija. Ambos le sobrevivieron, pero el hijo murió de corta edad. Despues de la muerte de Pizarro casó la princesa con un Español llamado Ampuero, y se fué con él á España. Su hija D.<sup>na</sup> Francisca la acompañó, y despues casó allí con su tío Hermandón, que se hallaba preso en la Mota de Medina. Ni el título ni los estados del Marques D. Francisco, pasaron á su descendencia ilegítima. Pero á la tercera generacion,

<sup>19</sup> "Sus huesos encerrados en una caja guarnecida de terciopelo morado con paramentos de o-

tro que yo he visto." MS. de Caravantes.

<sup>20</sup> Ante, lib. 2, cap. 2, nota 1.

reinando Felipe IV, se revivió el título en favor de D. Juan Hernando Pizarro, quien fué creado Marques de la Conquista, asignándole el gobierno una decente pension; todo en agradecimiento de los servicios de su antepasado. Dicen que aun existen sus descendientes con el mismo título en Trujillo, provincia de Estremadura, cuna de todos los Pizarros.<sup>21</sup>

Ya dejamos descrita en otro lugar la persona de Pizarro. Era alto, bien proporcionado y de fisonomia no desagradable. Criado en los campamentos sin el barniz de la corte, su porte era el de un soldado, y su aire el de quien está acostumbrado á mandar. Aunque sus modales no eran finos, no eran por eso rústicos ni encogidos, y cuando así convenia á sus fines sabia ser agradable y aun insinuante. Prueba de ello es la impresion favorable que produjo en la quisquillosa corte de Castilla, cuando despues de su segunda expedicion se presentó en ella, apesar de ser extraño á sus usos y etiqueta.

Apartándose en esto de la generalidad de sus

<sup>21</sup> MS. de Caravantes.—Quintana, Españoles Célebres, tom. II, p. 417.

Véase tambien el *Discurso, Legal y Político*, que añadió Pizarro y Orellana á su abultado volumen en el que espone aquel caballero los derechos de Pizarro. Está escrito en forma de un memorial á Felipe IV en favor de

los descendientes de Pizarro, y despues de especificar el autor los muchos servicios del conquistador, demuestra el poco provecho que habian sacado sus descendientes de las magnificas mercedes que le hizo la corona. El escrito del consejero de S. M. no dejó de producir su efecto.

compatriotas, no gustaba de vestidos suntuosos, y antes los miraba como un estorbo. El traje que solia usar en público con mas frecuencia era capa negra, sombrero blanco y zapatos del mismo color. Dicese que estos los usaba por imitar al Gran Capitan, á quien comenzó desde muy temprano á admirar en Italia, pero á quien ciertamente se parecia él muy poco.<sup>22</sup>

Era moderado en la comida, bebía poco, y comunmente se levantaba una hora antes de la alba. Fué puntualísimo en el desempeño de los negocios, y no le arredraba ningun trabajo, porque ciertamente era capaz de sufrir mucho. Era muy aficionado al juego, como lo son generalmente sus paisanos, y se cuidaba muy poco de la calidad de las personas con quienes jugaba; per odicen que cuando su contrario no se hallaba en estado de sufrir una pérdida, él perdía voluntariamente; modo de hacer un beneficio que

<sup>22</sup> Gomara, Hist. de las Indias, cap. 144.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 9.

El retrato de Pizarro que se halla en el palacio vireinal de Lima le representa en traje de paisano, con la capa y espada de humidalgo español. Cada entrecapño de la espaciosa sala de los Vireyes, estaba destinado para el retrato de uno de ellos. Toda la larga serie está completa desde Pizarro hasta Pezuela, y es un hecho curioso, observado por

Stevenson, que el último entrecapño se llenó precisamente cuando la revolución vino á terminar la dominacion de los vireyes. (Residence in South América vol. I. p. 228.) Es coincidencia singular que lo mismo sucediese en Venecia, en donde, si no me engaña mi memoria, el último nicho reservado para la efigie del Dux se acababa de llenar cuando fué derribada la antigua aristocracia.

recomienda mucho un escritor castellano por su delicadeza.<sup>23</sup>

Aunque deseaba adquirir oro, era para tener que gastar, y no para amontonar tesoros. Sus grandes riquezas, que acaso escedieron á las que jamas poseyó cualquier otro aventurero,<sup>24</sup> las gastó casi todas en sus empresas, en sus obras de arquitectura, y en sus proyectos de utilidad pública, que en un pais donde podia decirse que el oro y la plata habian perdido su valor á causa de su abundancia, absorbían sumas inmensas. Al mismo tiempo que en cierto modo miraba todo el pais como suyo y le repartía liberalmente entre sus capitanes, es cierto que la magnífica merced de un estado con veinte mil vasallos que le hizo la corona, jamas se llevó á efecto, ni sus herederos se aprovecharon nunca de ella.<sup>25</sup>

Para un hombre de la actividad y energía de Pizarro, la ociosidad era el mayor de los males. La escitacion del juego era en cierta manera necesaria para un espíritu acostumbrado á la continua agitacion de las guerras y las aventu-

<sup>23</sup> Garcilaso, Com. Real., Parte zarro y Orellana, Discurso Legal y Político, ap. Varones Ilustres.

<sup>24</sup> "Halló, y tuvo mas Oro, y Plata, que otro ningun Español de quantos han pasado á Indias, ni que ninguno de quantos capitanes han sido por el Mundo." Gomara, Hist. de las Indias, cap. 144.

<sup>25</sup> MS. de Caravantes.—Pi-

Part. 2, lib. 5, cap. 36. Cuando el Presidente Gasca hizo prisionero á Gonzalo Pizarro, este le desafió á que le señalase el lugar en que se habia llevado á efecto la merced real entregando las tierras á su hermano. V. Garcilaso, Com. Real.,

ras. Su mente inculta no sabia gustar de placeres mas finos é intelectuales. Nadie se tomó el trabajo de enseñar a leer y escribir al desamparado espósito, y aunque esto lo han negado algunos, consta del testimonio de autoridades irrecusables.<sup>26</sup> Montesinos dice en efecto que Pizarro en su primer viage trató de aprender á leer, pero que su viveza no le dió lugar para ello, y se contentó con aprender á firmar.<sup>27</sup> Pero Montesinos no es historiador contemporáneo. Pedro Pizarro, su compañero de armas, dice espresamente que no sabia leer ni escribir,<sup>28</sup> y Zárate, otro contemporáneo que conocia bien á los Conquistadores, lo confirma y añade que Pizarro no sabia siquiera firmar.<sup>29</sup> Su secreta-

26 Hasta una persona tan experimentada como Muñoz parece haber incurrido en este error. En una de las curias de Pizarro encuentro copiada la siguiente apostilla autógrafa de aquel distinguido libertador:—*Carta de Francisco Pizarro, su letra, á buena letra.*

27 "En este viage trató Pizarro de aprender á leer; no le dió su viveza lugar á ello: contentose solo con saber firmar, de lo que se veia Almagro, y decia que firmar sin saber leer era lo mismo que recibir herida sin poder darla. En adelante firmó siempre Pizarro por sí y por Almagro, su Secretario." Montesinos, Anales, MS., año 1535.

28 "Porque el marques D. Francisco Pizarro como no sabia leer ni escribir." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

29 "Siendo personas," dice el autor hablando de Pizarro y Almagro, "no solamente no leidas, pero que de todo punto no sabian leer, ni aun firmar, que en ellos fué cosa de gran defecto... Fué el Marques tan confiado de sus Criados, y Amigos, que todos los Despachos, que hacia, así de Governacion, como de Repartimientos de Indios, libraba haciendo él dos señales, en medio de las quales Antonio Picado, su Secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro." Zárate, Conq. del Perú, lib. 4. cap. 9,

rio, que en los últimos años de su vida lo fué Picado, escribía el nombre, y el gobernador solo hacia la rúbrica de costumbre á los dos lados de él. Asi se vé en los documentos que he examinado, en los cuales su nombre, escrito probablemente por su secretario, ó su título de *Marques* que usó mas adelante, tiene á ambos lados una rúbrica ejecutada de un modo tan grosero que parece hecha por un gañan. Mas no debemos dar á este defecto la importancia que tendria en este siglo de ilustracion general, á lo menos en nuestro afortunado pais. El leer y escribir, tan comun en nuestros dias, podria considerarse como un adorno á principios del siglo XVI; y todos los que hayan tenido ocasion de consultar los escritos autógrafos de aquel tiempo, habrán visto que aun los de personas de alto rango, están generalmente ejecutados de una manera que haria muy poco favor á un muchacho de escuela de nuestros dias.

Aunque atrevido para ejecutar y firme en sus propósitos, Pizarro era lento para tomar una determinacion. Esto le daba una apariencia de irresolucion muy agena de su carácter.<sup>30</sup> Acaso por esto adoptó la costumbre de decir desde lue-

30 Esta lentitud en resolver fué causa de que Herrera llegase á dudar de su resolucion; juicio que todo el tenor de su historia contradice. "Porque aunque era

astuto, i recatado, por la misma parte fué de ánimo suspenso, i no muy resolutivo." Hist. General, dec. 5, lib. 7. cap. 13.

go "no" á quien le pedia algo; y despues meditaba con detenimiento su respuesta y otorgaba lo que le parecia conveniente. Seguía rumbo opuesto al de su compañero Almagro, quien segun se observó decia generalmente "sí"; pero muchas veces dejaba de cumplir sus promesas. Esto indicaba claramente la indole descuidada y complaciente de este último que parecia ceder al impulso del momento mas bien que obrar por principios fijos.<sup>31</sup>

Es casi inútil el hablar del valor en un hombre que seguía una carrera como la de Pizarro. El valor era á la verdad una cualidad muy comun entre los aventureros españoles, porque el peligro era su elemento. Pero él poseía una cualidad de mas precio que el mero valor animal, y era la constancia en sus propósitos, que estaba demasiado arraigada en su naturaleza para que la hiciesen vacilar los mas violentos embates de la fortuna. Esta constancia inflexible era la esencia de su carácter, y el secreto de su buena fortuna. Una prueba notable de ella dió en la primera expedición, entre los manglares y horrosos pantanos de Choco. Vió en derredor suyo á sus compañeros irse consumiendo

<sup>31</sup> Tenia por costumbre de cuando algo le pedían decir siempre de no. Esto decia él que hacia por no faltar á su palabra; y no obstante que decia no, correspondia con hacer lo que le pe-

dian no habiendo inconveniente.... D. Diego de Almagro era á la contra, que á todos decia sí, y con pocos lo cumplía." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

lenamente con las enfermedades, y sucumbiendo á los golpes de un enemigo invisible contra el cual no habia defensa: pero su corazon no desmayó nunca ni dudó en llevar á cabo su empeño.

En esta lucha contra la naturaleza, hay cierta cosa que oprime la imaginacion. Cuando el hombre lucha contra el hombre, infunde valor el saber que se pelea con armas iguales; pero en la guerra contra los elementos, sabemos que por grande que sea el esfuerzo con que se combata, nuestro poder no alcanza á dominarlos. Ni nos anima tampoco la esperanza de alcanzar gloria en semejante lucha, porque segun la caprichosa medida de la gloria humana, el sufrir en silencio las mayores privaciones, por penoso que sea, es poco comparado con los brillantes trofeos de la victoria. Desgraciadamente para la humanidad, el laurel del héroe crece mas frondoso en el campo de batalla.

La firmeza de espíritu de Pizarro se mostró aun mas claramente cuando en la pequeña isla del Gallo trazó en la arena la línea que iba á separarle á él y á sus poco compañeros fieles, de su patria querida y del mundo civilizado. Confíaba en que su propia constancia daría fuerzas á los débiles, y reuniría en torno suyo todos los corazones esforzados para llevar adelante la empresa. Tenia confianza en el porvenir, y no er-

ró en sus cárculos. Esto fué heroico, y solo le faltó un motivo mas noble para que fuese el modelo de la sublimidad moral.

Este mismo rasgo de su carácter se manifestó, aunque de un modo algo menos notable, cuando al desembarcar en la costa y saber el verdadero poder y civilizacion de los Incas, persistió en marchar al interior, al frente de una tropa que no llegaba á doscientos hombres. En esto siguió sin duda el ejemplo de Cortés, tan contagioso para los espíritus aventureros de aquel siglo, y sobre todo para Pizarro, que andaba empeñado en una empresa semejante. Pero Pizarro aventuró mas que el conquistador de Méjico, cuya fuerza era casi triple de la suya, y el terror que infundia el nombre de los Incas, aunque luego no correspondiesen los resultados, se hallaba tan estendido como el que inspiraba el nombre de los Aztecas.

Pizarro discurrió sin duda la prision de Atahualpa para imitar tambien el mismo modelo. Pero la posicion de los dos capitanes españoles era tan distinta, como el modo con que ejecutaron sus actos de violencia. La bárbara matanza de los Peruanos se asemeja algo á la que ejecutó Alvarado en Méjico, y sus consecuencias podian haber sido igualmente desastrosas, si el carácter de los Peruanos hubiese sido tan feroz como el de los Aztecas.<sup>32</sup> Pero el golpe que

<sup>32</sup> Véase la "Conquista de Méjico," lib. 4. cap. 8.

enfureció á estos hasta el extremo, abatió el espíritu mas débil de los Peruanos. Fué un golpe atrevido, el cual dejaba tanto á la casualidad que no merece el nombre de política.

Cuando Pizarro abordó á aquella tierra la encontró dividida en bandos por los pretendientes que se disputaban la corona. Parece que era interes suyo el ayudar á un partido hasta destruir el otro, colocando su espada en la balanza del lado que mas le conviniese. En vez de esto prefirió acudir á un acto audaz de violencia que de un golpe echó por tierra á entrambos. Sus hechos posteriores no dieron lugar para que usase la profunda política que empleó Cortés cuando reunió bajo sus estandartes las naciones rivales, y las arrojó sobre el enemigo comun. Mucho menos tuvo ocasion de usar de la táctica y admirable estrategia de su rival. Cortés dirigió sus operaciones militares con arreglo á los principios científicos de un gran capitan que manda una poderosa hueste. Pizarro solo aparece como un aventurero, como un afortunado caballero andante. De un golpe atrevido rompió el encanto que por tanto tiempo mantuvo la tierra sujeta á los Incas. El encanto quedó roto y la aérea fábrica de su imperio, fundada en la supersticion de siglos, se desvaneció como el humo. Esto se llama buena fortuna mas bien que resultado de un buen plan.

Pizarro era pérfido en sumo grado, y nada hay mas opuesto á la buena política. Un solo acto de perfidia plenamente averiguado, basta para aruinar á su autor. El hombre que destruye la confianza en su buena fé, se despoja de la mejor base para sus futuras operaciones. ¿Quién á sabiendas quiere edificar sobre arena movediza? Por la perfidia con que trató á Almagro, se enagenó Pizarro el ánimo de los Españoles. Por la perfidia con que trató á Atahualpa, y despues al Inca Manco, disgustó á los Peruanos. El nombre de Pizarro se volvió sinónimo de perfidia. Almagro se vengó con una guerra civil: Manco con una insurrección que estuvo á pique de costar á Pizarro su poder. La guerra civil terminó en una conspiración que le costó la vida. Tales fueron los frutos de su política. Pizarro puede ser considerado como un hombre artero; pero no como un político, por mas que muchas veces se hayan complacido sus paisanos en pintarle como tal.

Cuando Pizarro se apoderó del Cuzco, halló un pais bastante adelantado en las artes de la civilización; leyes que aseguraban al pueblo la tranquilidad y la seguridad personal; las montañas y las llanuras altas pobladas de rebaños: los valles cubiertos de los frutos de un acertado cultivo: los graneros y almacenes llenos hasta los techos: toda la tierra regocijándose en su pros-

peridad, y el carácter del pueblo suavizado por la influencia de la mas benigna é inocente supersticion, muy bien dispuesto á recibir de los cristianos otra civilización mejor. Pero lejos de introducirla, Pizarro entregó las razas conquistadas á la soldadesca brutal: los claustros sagrados fueron abandonados á su desenfreno: las ciudades y aldeas entregadas al pillage, y los infelices naturales repartidos como esclavos para ir á trabajar en las minas, en provecho de sus conquistadores. Los rebaños se dispersaron ó fueron destruidos sin necesidad: los graneros quedaron vacios; dejáronse olvidar los acertados arbitrios para el mejor cultivo de la tierra, y el paraiso se convirtió en un desierto. En vez de aprovechar las antiguas formas de la civilización, prefirió Pizarro el borrar de la tierra todo vestigio de ella, y levantar sobre sus ruinas un gobierno semejante al de su pais. Mas este favorecia muy poco al pobre Indio, que gemia en la mas dura esclavitud. Poco le importaba que las riberas del Pacífico estuviesen cubiertas de prósperas villas y ciudades, emporios de un comercio floreciente. El no tenia parte en la herencia de los escogidos, y solo era un extranjero en la tierra de sus padres.

La religion del Peruano que le mandaba adorar el astro refulgente que el simbolo mas propio del poder y beneficencia del Criador, es es-

caso la forma mas sublime de supersticion que ha existido entre los hombre. Pero en el nuevo orden de cosas y eso merced al caritativo celo de los misioneros, apenas se cuidó de iluminar su entendimiento oscurecido con algunos destellos de una fe mas sublime. A Pizarro no se le puede atribuir el haber manifestado nunca una solicitud intempestiva por la propagacion de la fe. El no era un fanático como Cortés. El fanatismo es la perversion del principio religioso, y este principio no existia en Pizarro. La conversion de los infieles era el principal fin de Cortés en su espedicion, y no era una jactancia vana. Por ella hubiera dado su vida en cualquier tiempo, y por su celo indiscreto llegó á poner mas de una vez en peligro su propia vida y el éxito de su empresa. Su primer objeto era purificar la tierra de las horribles abominaciones de los Aztecas, é introducir en su lugar la religion de Jesucristo. Esto daba á su espedicion el carácter de una cruzada, y formaba la mejor apologia de la conquista, contribuyendo mas que cualquiera otra consideracion á inclinar nuestras simpatías del lado de los conquistadores.

Pero los motivos predominantes en Pizarro, hasta donde puede descubrirlos el juicio de los hombres, eran la ambicion y la avaricia. Es cierto que los buenos misioneros seguian al ejército para ir sembrando las semillas de la verdad,

del gobierno segun costumbre encaminaba sus benéficas leyes á la conversion de los naturales. Pero lo que principalmente impulsaba á Pizarro y á sus compañeros, era la sed del oro. Era este estímulo para el trabajo, el precio de la perfidia y el verdadero galardón de sus victorias. Esto daba un carácter vil y mercenario á su empresa; y cuando comparamos la feroz avaricia de los conquistadores con la conducta suave é inofensiva de los conquistados, nuestras simpatías, y hasta las simpatías de los mismos Españoles, se pasan naturalmente al lado de los Indios. <sup>33</sup>

33 Los enérgicos versos de Southey que van á continuación, reúnen en poco espacio los rasgos mas notables del carácter de Pizarro. El epitafio del poeta de-

be ser absuelto del cargo, generalmente bien merecido, de adular al personage para quien se destina.

“FOR A COLUMN AT TRUXILLO”

“Pizarro here was born: a greater name  
The list of glory boasts not. Toil and Pain,  
Famine, and hostile elements, and Hosts  
Embattled, failed to check him in his course,  
Not to be wearied, not to be deterred,  
Not to be overcome. A mighty realm  
He overran, and with relentless arm  
Slew or enslaved its unoffending sons,  
And wealth and power and fame were his rewards.

There is another world, beyond the grave,  
According to their deeds where men are judged.  
O Reader! if thy daily bread be earned  
By daily labor,—yea, however low,  
However wretched, be thy lot assigned,  
Thank thou, with deepest gratitude, the God  
Who made thee, that thou art not such as he.”

Mas como no hay pintura sin sus toques de luz, para hacer justicia á Pizarro, no debemos detenernos esclusivamente en la parte oscura de su retrato. A ninguno de sus hijos debió mas la España, por el ensanche que dió á sus dominios; porque ganó para ella con su espada la mas rica joya de las Indias que en otro tiempo brilló en su imperial diadema. Cuando consideramos los peligros que arrojó, los trabajos que hubo de resignarse á sufrir, los increíbles obstáculos que logró vencer y los magníficos resultados que alcanzó con solo el poder de su brazo, por decirlo así, y sin ningun auxilio del gobierno; aunque no era un hombre bueno ni grande, es imposible dejar de mirarlo como un hombre extraordinario.

TRADUCCION DEL EPITAFIO.

Pizarro aquí nació: nombre mas grande  
 No ilustra de la gloria los blasones.  
 Trabajos, penas, hambres descarnadas,  
 Elementos contrarios y legiones  
 En órden de batalla colocadas.  
 Detener no pudieron su carrera,  
 Cansarle, disuadirle ni vencerle.  
 Gran reino conquistó; con brazo crudo  
 Sus inocentes hijos sin defensa  
 Mató ó esclavizó, y alcanzar pudo  
 Oro, fama y poder en recompensa.  
 Mas allá de la tumba un mundo existe  
 Do se juzga á los hombres por sus obras:  
 Si el cotidiano pan, oh lector! cobras  
 Con tu diario trabajo,  
 Sí es tu destino miserable ó bajo,  
 Al Dios que te crió, mucho agradece  
 Que en nada á tí Pizarro se parece.

Ni para disculpa de sus yerros seria justo olvidar las circunstancias de su juventud; porque lo mismo que Almagro era hijo del pecado y de la afliccion, lanzado al mundo desde que nació para buscar fortuna como pudiese. En tan tierna edad era preciso que se amoldase á las costumbres de aquellos que le tocasen por compañeros. ¿Y cuando pudo esperar el infeliz proscrito el caer en manos de personas entendidas y virtuosas? Llevóle su suerte á la escuela de la rapiña entre la licenciosa soldadesca, cuya única ley era la espada, y que miraba á los infelices Indios y sus propiedades como despojos que legalmente le pertenecian.

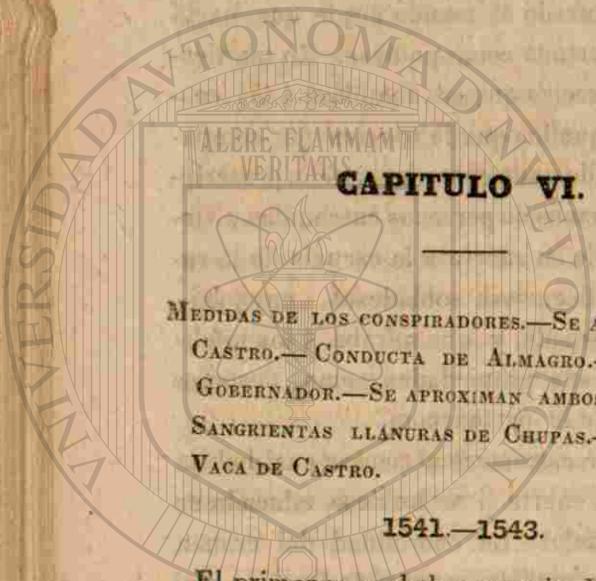
¿Quién no se estremece al pensar cual habria sido su propia suerte si se hubiese educado en semejante escuela? La enormidad del crimen no siempre es medida segura de la culpa del que lo comete. La Historia es cierto que debe conservar la memoria del delito para que sirva de leccion á la humanidad; pero solo aquel que conoce el corazon del hombre, la fuerza de la tentacion y los medios de resistirla, es el que puede determinar la gravedad del delito.

Lima, un número considerable de Almagristas que habia allí hizo que predominase su partido, y los magistrados que opusieron resistencia fueron arrojados de sus puestos para que dejasen el lugar libre á otros de carácter mas flexible. Pero los leales habitantes de la ciudad disgustados con aquella medida dieron aviso secretamente á uno de los capitanes de Pizarro llamado Alvarez de Holguin, que se hallaba con una fuerza considerable en las cercanías. Este oficial entró en la ciudad, despojó muy pronto de sus empleos á los nuevos magistrados, y la capital volvió á su antigua fidelidad.

Mayor oposicion hallaron los conspiradores en Alonso de Alvarado, uno de los principales capitanes de Pizarro, á quien Almagro el viejo derrotó en el puente de Abancay, segun recordará el lector, y ahora se hallaba en el norte con unos doscientos hombres de las mejores tropas que habia en la tierra. Al recibir la noticia del asesinato de su jefe, escribió al punto este oficial al Licenciado Vaca de Castro, manifestándole el estado de los negocios del Perú, y encargándole que apresurase su venida.<sup>1</sup>

Este magistrado fué enviado por la corte de España, segun vimos en el capitulo precedente,

<sup>1</sup> Zárate, Conq. del Perú. —Carta del Maestro Martín de lib. 4, cap. 13.—Herrera, Hist. Arauco, MS.—Carta de Fray Vicente de Valverde, desde Tumbes, MS.—Declaracion de Uscategui, MS. bez, MS.



### CAPITULO VI.

MEDIDAS DE LOS CONSPIRADORES.—SE ACERCA VACA DE CASTRO.—CONDUCTA DE ALMAGRO.—MARCHA DEL GOBERNADOR.—SE APROXIMAN AMBOS EJERCITOS.—SANGRIENTAS LLANURAS DE CHUPAS.—CONDUCTA DE VACA DE CASTRO.

1541.—1543.

El primer paso de los conspiradores, despues de apoderarse de la capital, fué el enviar emisarios á diferentes ciudades, dando parte de la revolucion que acababa de verificarse y pidiendo que reconociesen al jóven Almagro por gobernador del Perú. En las ciudades á donde la intimacion llegó acompañada de una fuerza militar, como en Trujillo y Arequipa, fué obedecida sin muchos tropiezos. Pero otras ciudades se conformaron con mas dificultad y en algunas trataron el requerimiento con desprecio. En el Cuzco, que era el lugar mas importante despues de

para trabajar de acuerdo con Pizarro en restablecer la tranquilidad del país, con poderes para tomar las riendas del gobierno en caso de que muriese el gobernador. Después de un viaje largo y tormentoso desembarcó en el puerto de la Buena Ventura en la primavera de 1541, y disgustado de los peligros del mar, prefirió continuar por tierra su penosa jornada. Pero le habían maltratado tanto los trabajos sufridos, que gastó tres meses enteros para llegar á Popayan, donde recibió la sorprendente noticia de la muerte de Pizarro. Este era el caso que se había previsto con tanto acierto en sus instrucciones. Le turbaba no obstante mucho lo difícil de su posición. Era extranjero en la tierra, con un conocimiento imperfecto del país, sin una fuerza armada que le sostuviese, y ni aun siquiera tenía los conocimientos militares que serían necesarios para aprovecharse de ella. Nada sabía de las raíces que había echado la dominación de Almagro; nada del vuelo que había tomado la insurrección; nada en suma de la disposición en que se hallaría la gente de que iba á verse rodeado.

En tan difícil situación otro ánimo más débil hubiera dado oídos á las razones de los que le aconsejaban el volverse á Panamá y aguardar allí hasta reunir una fuerza suficiente para poder oponerse á los insurgentes con ventaja. Pe-

ro al animoso corazón de Vaca de Castro repugnaba una medida que haría pública su insuficiencia para desempeñar la comisión que le había sido encargada. Tenía confianza en sus propios recursos, y en la eficacia de los poderes de que venía provisto. Confiaba también en la conocida lealtad de los Españoles; y después de una madura deliberación resolvió seguir adelante, é ir aprovechando los sucesos para conseguir el objeto de su misión.

Confirmáronle en su determinación los avisos que recibió de Alvarado, y sin más dilación continuó su marcha á Quito. Allí le recibió muy bien el teniente de Gonzalo Pizarro, que gobernaba durante la ausencia de su comandante, quien se hallaba entonces empeñado en su expedición al río de las Amazonas. Benalcázar, el conquistador de Quito, se reunió también al licenciado, le trajo un corto refuerzo y se ofreció á ayudarle personalmente en la ejecución de su empresa. Presentó entonces Vaca de Castro las provisiones reales en que se le autorizaba para encargarse del gobierno en caso de que muriese Pizarro. Este caso era llegado y Vaca de Castro manifestó que pensaba entrar á ejercer la autoridad que se le había concedido. Al mismo tiempo envió emisarios á las ciudades principales, exigiendo que le obedeciesen como representante legítimo de la corona, cuidando de fiar esta

comision á personas discretas, que tuviesen influencia entre los vecinos. Hecho esto continuó poco á poco su marcha hácia el Sur.<sup>2</sup>

Con esta lentitud en su jornada deseaba dar lugar para que sus requerimientos produjesen su efecto, y para que se aplacase la fermentacion producida por los últimos acontecimientos. Tenia plena confianza en la lealtad de los Españoles, que les hacia mirar con repugnancia el rebelarse contra la autoridad real, como no fuese en el último extremo; y por mas que este sentimiento popular se hubiese extraviado por algunos arrebatos pasajeros de las pasiones, confiaba en el curso ordinario de las ideas para llevar al pueblo por buen camino. No se equivocó en este cálculo, porque el principio de lealtad estaba tan arraigado en el antiguo Español, que fueron necesarios siglos de opresion y de mal gobierno para obligarle á rebelarse. Triste cosa es, pero no estraña, que el haber pasado tanto tiempo bajo un gobierno malo, no les haya enseñado á discurrir uno bueno.

<sup>2</sup> Herrera, Hist. General, dec. 6., lib. 10. cap. 4.—Carta de Benalcázar al Emperador, desde Cali, MS., 20 de Septiembre de 1542.

Benalcázar aconsejó muchas veces á Vaca de Castro que solo tomase el título de Juez y no el de Gobernador, que tropezaria con las pretensiones de Almagro

á la parte de la tierra llamada Nueva Toledo, en que le dejó heredado su padre. "Porque yo le avisé muchas veces no entrase en la tierra como Gobernador, sino como Juez de V. M. que venia á desagraviar á los agraviados, porque todos le recibirían de buena gana." Ubi supra

Mientras pasaban estos sucesos en el norte, la faccion de Almagro se robustecia cada dia mas en Lima. Porque ademas de los que desde el principio habian abrazado abiertamente el partido de su padre, habia otros muchos que por algun motivo se habian disgustado con Pizarro, y se alistaron de buena gana en las filas del gefe que le habia derribado.

El primer paso del jóven general, ó mas bien de Rada que dirigia todos sus movimientos, fué el procurar lo necesario para los soldados, pues como muchos de ellos habian vivido largo tiempo en la miseria, carecian de todo. Hiciéronse de una gran suma de dinero con apoderarse de los fondos de la corona que guardaba el tesoroero. Sacaron tambien de la prision á Picado el secretario de Pizarro, y le exigieron que revelase el lugar en que estaban guardados los tesoros de su amo. Pero aunque le dieron tormento no quiso ó acaso no pudo declarar nada, y los conspiradores que tenian una multitud de agravios que vengar en él, acabaron por cortarle públicamente la cabeza en la plaza mayor de Lima.<sup>3</sup>

El obispo del Cuzco, Valverde, se empeñó en salvarle, segun él mismo nos asegura, pero en vano. Es cosa singular que la última vez que este prelado aparece en la escena, sea desem-

<sup>3</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Barrio Nuevo, MS.—Carta de Fray Vi-

peñando el piadoso papel de intercesor. <sup>4</sup> Poco despues le dejaron embarcar en el puerto de Lima, con el juez Velazquez y otros adictos de Pizarro. Nos queda de él una carta fecha en Tumbes en el mes de Noviembre de 1541: á poco cayó en manos de los Indios y fué asesinado en Puná, con todos sus compañeros. La borrascosa carrera del aventurero americano terminaba con frecuencia en una muerte violenta. Valverde era fraile dominico y á semejanza del P. Olmedo que acompañó á Cortes, no se apartó del lado de su comandante mientras duró la conquista. Pero no siempre empleó su influjo para detener el brazo levantado del guerrero, como hizo el buen Olmedo. A lo menos no se presentó bajo este manso aspecto, en la terrible matanza de Caxamalca. No obstante, las relaciones contemporáneas dicen de él, despues que tomó posesion del obispado, que era incansable en trabajar para la conversion de los Indios, y para mejorar su condicion; y en su propia correspondencia con el gobierno, desde aquella época, se advierte grande solicitud por lograr fines tan

4 "Siendo informado que andavan ordenando la muerte á Antonio Picado secretario del Marques que tenian prese. fui á D. Diego e á su Capitan General Joan de Herrada e á todos sus capitanez, y les puse delante el servicio de Dios i de S. M. i

que bastase en lo fecho por respeto de Dios, humillandome á sus pies porque no lo matasen; i no bastó que luego dende á pocos dias lo sacaron á la plaza desta cibdad donde le cortaron la cabeza." Carta de Fray Vicente de Valverde, desde Tumbes. MS.

loables. Educado en la austera escuela de la vida monástica, que con frecuencia cierra el corazón á las simpatias ordinarias de la vida, no podia, como el benévolo las Casas, sobreponerse á sus ideas fanáticas hasta el punto de ver al infiel como hermano, mientras viviese en la infidelidad; y como buen discípulo de aquella escuela consideraba que la santidad del fin justificaba los medios, por repugnantes que en sí fuesen. Pero el mismo hombre que así derramaba sin consideracion la sangre del pobre indígena para conseguir el triunfo de su fé, no hay duda que habria estado igualmente pronto á derramar la suya en defensa de ella. Hombres de esta clase eran comunes en el siglo XVI. <sup>5</sup>

Provistos ya de dinero los soldados de Almagro, tampoco tuvieron escrúpulo de aplicar á su propio uso cuantos caballos y armas hallaron en la ciudad. Y lo hicieron con tanta mejor voluntad cuanto que los vecinos no se mostraban muy adictos á su causa. Mientras entendían en estas cosas, dieron noticia á Almagro de que Holguin habia salido del Cuzco con cerca de

5 "Quel Señor Obispo Fray Vicente de Valverde como persona que jamas ha tenido fin ni zelo al servicio de Dios ni de S. M. ni menos en la conversion de los naturales en los poner é doctrinar en las cosas de nuestra santa fé catholica, ni menos en entender en la paz e sosiego de estos reinos, sino á sus intereses propios dando mal ejemplo á todos." (Carta de Almagro á la Audiencia de Panamá, MS., 8 de Noviembre de 1541.) Es preciso tener presente que el escritor era su enemigo personal.

trecientos hombres, con los cuales trataba de ir al norte á juntarse con Alvarado. Convenia mucho á los intereses de Almagro el evitar esta reunion. Si el ir ganando tiempo era la política de Vaca de Castro, la de Almagro era sin duda el activar las operaciones, y empeñarse en llegar al desenlace lo mas pronto posible: marchar desde luego contra Holguin, al que podria derrotar facilmente con fuerzas superiores; agravar luego el golpe con la derrota de Almagro, que le costaria menos, y entonces el nuevo gobernador vendria á quedar en cierta manera á merced suya. Seria muy facil el derrotar cada trozo por separado; mas si llegaban á reunirse ya la lucha seria muy dudosa. El hecho con que Almagro y su partido se habian declarado en oposicion contra el gobierno y era tan atroz, heria tan gravemente la autoridad real, que no podian alucinarsen con esperanzas de perdon los que lo cometieron. No les quedaba otro recurso que llevar adelante la revolucion, y por medio de nuevas victorias ponerse en una actitud tan formidable que inspirase temores al gobierno. El temor á un vasallo demasiado fuerte podria arrancar concesiones que nunca se harian á sus ruegos.

Pero Almagro y sus compañeros rehusaban el ponerse en lucha abierta con el gobierno. Se habian rebelado porque así lo exigieron las cir-

cunstancias, no porque tal fuese su voluntad. Solo habian querido vengar en Pizarro sus agravios personales, y no el oponerse á la autoridad real. Así fué que habiendo propuesto algunos de los mas resueltos; de esos que arrostran sin vacilar todas las consecuencias de un paso, el marchar inmediatamente contra Vaca de Castro y terminar la cuestion con un golpe mortal, su proposicion fué desechada casi por unanimidad, y solo despues de un largo debate se decidió al fin que se marchase contra Holguin y se impidiese su reunion con Alonso de Alvarado.

Apenas habia comenzado Almagro su marcha para Jauja, donde se proponia presentar batalla al enemigo, cuando le sobrevino un grave contratiempo en la muerte de Juan de Rada. Era hombre bastante entrado en años, y las tumultuosas escenas en que acababa de desempeñar el papel principal, eran demasiado fuertes para una constitucion muy gastada por una vida de escesivo trabajo. Enfermó de calentura y poco despues murió. Su muerte fué para Almagro una pérdida irreparable; porque dejando aparte su fiel adhesion al jóven comandante, por su mucha esperiencia y por su carácter prudente aunque valeroso, era mas propio que cualquiera otro capitán del ejército para sacar salvo á Almagro del tempestuoso océano en que le habia hecho aventurarse.

Muerto Rada, los dos mas ambiciosos entre los gefes principales eran Cristobal de Sotelo y Garcia de Alvarado. Ambos poseian grandes conocimientos militares; pero este último se distinguia por su carácter arrogante y presuntuoso, que nos recuerda el del ilustre capitán del mismo nombre que alcanzó mayor gloria bajo los estandartes de Cortés. Por desgracia nació una rivalidad entre ambos oficiales: esa rivalidad que no sufre igual y se funda en un falso principio de honor, la cual es tan comun entre los Españoles que puede mirarse como un rasgo del carácter nacional y ha sido siempre un origen fecundo de division entre ellos, bien fuese su gobierno monárquico ó republicano.

Fué aquello un grave mal para Almagro, cuya inesperienza le hacia buscar ayuda en los otros, y con la discordia que reinaba en su consejo ya no acertaba á quien pediria. Perdióse el tiempo en estas disensiones y cuando su pequeño ejército llegó al valle de Janja ya habia pasado adelante el enemigo. Almagro le persiguió de cerca dejando atras la artilleria y el bagage para poder marchar mas ligero. Pero se habia perdido tan preciosa oportunidad. Los rios engrosados por las lluvias del otoño, le atajaron el paso, y aunque sus tropas ligeras alcanzaron algunos rezagados, Holguin consiguió pasar con sus fuerzas por las peligrosas gargantas de las

montañas, y reunirse con Alonso de Alvarado cerca del puerto de Huaura.

Frustrados sus designios se dispuso Almagro á marchar sobre el Cuzco, al cual miraba como á capital de su jurisdiccion, á fin de posesionarse de la ciudad, y hacer allí nuevos preparativos para resistir en el campo á su adversario. Sotelo que se adelantó con una corta partida, no halló oposicion en los ya indefensos ciudadanos; los de Chile volvieron á apoderarse del gobierno de la ciudad, y su joven caudillo llegó muy pronto al frente de sus tropas y estableció sus cuarteles de invierno en la capital de los Incas.

La rivalidad de los dos capitanes estalló al fin allí y se convirtió en lucha abierta, terminando con la muerte de Sotelo, traidoramente asesinado en su mismo aposento por Garcia de Alvarado. Almagro se dió por muy ofendido de esta atrocidad, y le causaba mayor indignacion porque no se encontraba bastante fuerte para castigar al ofensor. Sofocó por entonces su resentimiento aparentando tratar al peligroso oficial con mayor distincion. Pero Almagro no se dejó engañar por esta conducta artificiosa. Veia que habia perdido la confianza de su comandante, y queriendo vengarse fraguó contra él una traicion. Viéndose Almagro obligado á obrar en defensa propia, imitó el ejemplo de su ofi-

cial, entrando en su casa con un peloton de gente armada y dejándole muerto en el sitio.<sup>6</sup>

Este proceder arbitrario produjo las mejores consecuencias. Los sediciosos proyectos de Alvarado murieron con él; las semillas de la insurreccion quedaron arrancadas, y desde aquel momento solo halló Almagro en los suyos, obediencia ciega y leal cooperacion. Tambien desde aquel momento pareció haber cambiado él de carácter; fióse ya mucho menos en otros que en sí mismo y manifestó talentos que no debian aguardarse en un jóven de sus años, porque apenas tendria veinte y dos.<sup>7</sup> La energía y prevision que mostró desde entonces, hizo ver que á pesar de su juventud era capaz de vencer las dificultades de la peligrosa situacion en que tuvo la desgracia de verse colocado.

Comenzó al punto á trabajar para proveer á su gente de cuanto le hacia falta, y no perdonó esfuerzo alguno á fin de ponerla lista para la próxima campaña. Llenó su tesoro con una gran cantidad de plata que estrajo de las minas de La Plata, y para fabricar pólvora halló gran cantidad de salitre en las cercanias del Cuzco.

6 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 10-14.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 147.—Declaracion de Usategui, MS.—Carta de Barrio Nuevo, MS. Herrera, Hist. General, dec. 6, lib. 10, cap. 13; dec. 7, lib. 3, cap. 1, 5.

7 "Hizo mas que su edad requería, porque sería de edad de veinte i dos años." Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 20.

Hizo fundir piezas de artillería, algunas de grueso calibre, bajo la direccion de Pedro de Candia, aquel griego, que segun recordará el lector, vino desde el principio con Pizarro, el cual lo mismo que otros compatriotas suyos, llamados por los Españoles, Levantiscos, entendia muy bien esta clase de trabajo. Bajo su direccion se fabricaron armas de fuego, y ademas corazas y celadas de una mezcla de plata y cobre,<sup>8</sup> pero de excelente calidad que podian competir, dice un antiguo soldado de aquellos tiempos, con las que salian de los talleres de Milan.<sup>9</sup> Almagro recibió ademas un oportuno socorro de quien apenas pudiera haberlo esperado, es decir, de Manco, el Inca fugitivo, que ediendo la memoria de Pizarro, miraba al jóven Almagro con el mismo afecto que tuvo en otro tiempo á su padre, á lo cual tal vez contribuiria tambien la circunstancia de correr sangre india por las venas del jóven comandante. Recibió Almagro del Inca una buena cantidad de espadas, lanzas y escudos; en suma de armas ofensivas y defensi-

8 "Y demas de esto hizo Armas para la Gente de su Real, que no las tenia, de pasta de Plata, i cobre, mezclado, de que salen muy buenos Coseletes; haviendo corregido, demas de esto, todas las armas de la Tierra; de manera, que el que menos Armas tenia entre su Gente, era Cota, i Coracinas, 6 Coselete, i Celadas de la misma Pasta, que los Indios hacen diestramente, por muestras de las de Milan."—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 14.

9 "Hombres de armas con tan buenas celadas lorgofiesas como se hacen en Milan." Carta de Ventura Beltran al Emperador, desde Vilcas, MS., 8 de Octubre de 1542.

vas de toda clase, cogidas la mayor parte por el Inca en el memorable sitio del Cuzco, y además la lisonjera promesa de que vendría en su auxilio con un cuerpo de tropas indígenas, tan luego como comenzase la campaña.

Mas antes de resolverse á remitir la desición á las armas, trató Almagro de tentar el medio de las negociaciones con el nuevo gobernador. En la primavera, ó á principios del verano de 1542 envió una embajada á este último, que se hallaba en Lima, lamentando la necesidad en que se veía de tomar las armas contra un oficial de la corona. Decía que su único deseo era el revindicar sus derechos y entrar en posesion de la provincia de Nueva Toledo que su padre le dejó en el testamento, y de la cual le habia despojado Pizarro con la mayor injusticia. No disputaba al gobernador su autoridad sobre la Nueva Castilla, con cuyo nombre se conocia la provincia dada á Pizarro, y concluia proponiéndole que cada parte se mantuviese dentro de sus limites respectivos, hasta que se supiese la determinacion del soberano. A estas proposiciones concebidas en términos respetuosos no recibió Almagro respuesta alguna.

Frustradas sus esperanzas de un arreglo amistoso conoció el jóven capitán que no le quedaba otro recurso sino apelar á las armas. Antes de salir de la capital reunió sus tropas y les diri-

gió una breve arenga. Protestó que el paso que iba á dar con sus valientes compañeros, no era un acto de rebelion contra la corona, sino que les obligaba á ello la conducta del gobernador. Los poderes de este magistrado no le daban autoridad sobre el territorio de la Nueva Toledo, concedido al padre de Almagro, quien lo dejó á su hijo en el testamento. Si Vaca de Castro por excederse de sus facultades le obligaba á usar de las armas, la sangre que se derramase en la contienda caeria sobre la cabeza de aquel gefe y no sobre la suya. “Al asesinar á Pizarro,” continuó diciendo, “no hicimos mas que tomarnos por nuestra propia mano la justicia que en todas partes se nos negaba. Lo mismo sucede ahora en nuestra contienda con el gobernador. Somos tan leales y verdaderos vasallos de la corona como él.” Y concluyó exhortando á los soldados que se mantuviesen firmes y unidos á su lado en la lucha que iban á empezar, porque todos eran igualmente interesados en ella.

Aquellas palabras no se dirigieron á un auditorio insensible. Pocos habia entre los soldados que no conociesen bien que su suerte estaba intimamente ligada con la de su comandante, y al mismo tiempo que tenían poco que esperar del carácter austero del gobernador, sentian grande inclinacion á su jóven caudillo, quien con todas las cualidades que dieron á su padre tanta

popularidad escitaba mayor simpatia por su edad y su desvalimiento, Puestas las manos sobre una cruz colocada en un altar dispuesto al efecto, los oficiales y soldados fueron jurando el atrostrar con Almagro toda clase de peligros y serle fieles hasta la última estremidad.

En cuanto al número, sus fuerzas no se habian robustecido mucho desde su salida de Lima. Contaba por todo con poco mas de quinientos hombres; pero entre ellos estaban los veteranos de su padre, bien ejercitados en las campañas de los Indios. Tenia como unos doscientos de á caballo, muchos de ellos vestidos de completa armadura; cosa rara en estas guerras, en las cuales toda la armadura del guerrero se reducía con frecuencia á una chaqueta de algodón acolchado. Su infantería compuesta de piqueros y arcabuceros, estaba perfectamente armada. Pero su principal fuerza consistía en la artillería gruesa, que se componía de diez y seis piezas, ocho grandes y ocho pequeñas de las llamadas falconetas; formando todo, segun dice un testigo de vista, un hermoso tren de artillería que habria lucido mucho en la ciudadela de Burgos.<sup>10</sup> En una palabra, el pequeño ejército, aunque no imponente por su número, estaba tan bien discipli-

<sup>10</sup> "El artillería hera suficiente para hazer batería en el castillo de Burgos." Dicho del Capitán Francisco de Carvajal sobre la pregunta 38 de la información hecha en el Cuzco en 1543, á favor de Vaca de Castro, MS.

nado y tan bien provisto como cualquiera otro que hubiese peleado hasta entonces en los campos del Perú; mucho mejor que todos los que Pizarro y el padre de Almagro habian reunido para lograr sus conquistas. Puesto al frente de esta lucida tropa, salió el general de las murallas del Cuzco á mediados del verano de 1542, y emprendió su marcha hácia la costa, esperando encontrarse con el enemigo.<sup>11</sup>

Mientras pasaban los sucesos referidos en las páginas anteriores, Vaca de Castro á quien dejamos en Quito el año precedente, iba caminando muy despacio hácia el Sur. Su primer paso despues de su salida de la ciudad dió á entender su resolución de no entrar en transaccion ninguna con los asesinos de Pizarro. Benalcazar, aquel oficial distinguido que antes dijimos habia venido á ponerse á sus órdenes desde el principio, dió asilo por ser amigo suyo á uno de los principales conspiradores, que habia caido en su poder, y le facilitó la fuga. Indignado el gobernador al saberlo no quiso escuchar disculpa alguna, y mandó al oficial delincuente que se volviere á su distrito de Popayan. Fué un paso atrevido hallándose él mismo en una posición tan falsa.

<sup>11</sup> Pedro Pizarro, Descub. y al Emperador, San Joan de la Conq., MS.—Declaracion de Us-Frontera, MS., 24 de Septiembregui, MS.—Garcilaso, Com. bre de 1542.—Herrera, Hist. Ge. Real., Parte 2., lib. 2 cap. 13.—nord. dec. 7, lib. 3, cap. 1, 2. Carta del Cubildo de Arequipa

Durante su marcha fué bien recibido el gobernador en todas partes, y cuando llegó á las ciudades de San Miguel y de Trujillo, le acogieron con leal entusiasmo los vecinos, que facilmente reconocieron su autoridad, aunque no mostraron mucho empeño en tomar parte con él en la próxima contienda.

Después de perder mucho tiempo en estas dos ciudades continuó su marcha y á principios de 1542 llegó al campamento que tenia en Huancabamba de Alonso de Alvarado. Holguin habia fijado sus reales á alguna distancia de los de su rival, porque segun costumbre habia nacido una rivalidad entre los dos capitanes, por aspirar ambos al mando supremo de Capitan General del ejército. El cargo de gobernador conferido á Vaca de Castro parecia incluir el de general en jefe de las tropas. Pero Vaca de Castro era un literato, eriado para el foro, y cualquiera que fuese la autoridad que se arrogase en materias civiles, creian los dos capitanes que los negocios de la guerra los pondria en manos de otros. Poco conocian el carácter de aquel hombre.

Aunque no sabia de las cosas militares sino lo que cualquier hidalgo alcanzaba en aquel siglo belicoso, el gobernador conocia que confesar su ignorancia y fiar á otras manos el manejo de los negocios disminuira mucho su poder, y acaso le haria despreciable á los ojos de aque-

llos hombres turbulentos de que se veia rodeado. Tenia valor y sagacidad, y confiaba en que podria suplir con la esperiencia de otros lo que en él faltase. Por su posicion podia contar con los servicios de los hombres mas capaces del pais, y con la ayuda de sus consejos se consideraba capaz de formar y llevar á efecto su plan de operaciones. Conocia ademas que no habia otro medio de sosegar la rivalidad de ambos capitanes que tomar para si el puesto que era la causa de sus disensiones.

A pesar de eso comenzó á tratar con mucho tiento á los ambiciosos oficiales, y las reflexiones que les hizo por medio de algunas personas de juicio que les trataban con familiaridad, produjeron tan buen efecto que dentro de poco tiempo se consiguió de ambos que renunciassen sus pretensiones en favor suyo. Entonces Holguin, que era el mas discolo, se presentó á él en la habitacion de su rival, en donde el gobernador tuvo ademas la satisfaccion de reconciliarle con Alonso de Alvarado. Costó algun trabajo, porque su rivalidad habia pasado tan adelante, que habian llegado á desafiarse.

Restablecida de este modo la armonía pasó el licenciado al campo de Holguin, donde le recibieron los fieles soldados con salvas de artillería y grandes aclamaciones de "Viva el Rey." Subió á un tablado cubierto de terciopelo y di-

rigió á las tropas una animada arenga: hizo que el secretario leyese en voz alta sus poderes, y el pequeño ejército le reconoció por representante de la corona y le prestó obediencia.

Envío en seguida Vaca de Castro la mayor parte de sus fuerzas en direccion á Jauja, mientras que él al frente de un pequeño cuerpo se encaminó hácia Lima. Allí fué recibido con las mas vivas demostraciones de alegría por los vecinos, que en general pertenecian al partido de Pizarro por haber sido el fundador y protector constante de su capital. Los vecinos, á la verdad, así que salió Almagro no perdieron tiempo en espeler del ayuntamiento á sus hechuras y en reconocer de nuevo la autoridad real. Con estas disposiciones tan favorables no tuvo el gobernador dificultad alguna en conseguir que los vecinos mas ricos le prestasen una gran suma de dinero. Peor resultado tuvo al principio su pedido de armas y caballos, pues que ya los de Chile habian recogido con mucho cuidado toda la cosecha. Pero como se defuvo todavia algnn tiempo en la capital, recibió antes de salir de ella auxilios muy importantes en armas y municiones, y agregó ademas á sus fuerzas un número considerable de reclutas.<sup>12</sup>

12 Declaracion de Uscategui, Carta de Barrio Nuevo, MS.—MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Carta de Benalcazar al Emperador. MS.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 1, cap. 1.—

Mientras entendia en estas cosas recibió noticia de que el enemigo habia salido del Cuzco é iba marchando hácia la costa. Entonces Vaca de Castro salió de Los Reyes con sus fieles soldados, y se encaminó directamente á Jauja, punto de reunion señalado de antemano. Allí pasó revista á sus tropas y halló que subian á unos setecientos hombres. La caballería, en que consistia su principal fuerza, era superior en número á la de su contrario, aunque no tan bien montada ni armada. En ella habia muchos caballeros nobles y soldados viejos, fuera de otros varios que se veian muy interesados en la lucha por tener grandes haciendas en el pais, y las habian abandonado para acudir al llamamiento del gobierno, y alistarse en sus banderas.<sup>13</sup> Su infantería, ademas de las lanzas, estaba medianamente provista de armas de fuego; pero en punto á artillería, cuanto podia presentar se reducía á tres ó cuatro falconetes mal montados. Mas á pesar de estas faltas, el ejército del gobernador, si una fuerza tan insignificante es digna de este nombre, era tan superior en número al de su rival que podian considerarse las fuerzas como equilibradas.<sup>14</sup>

13 Los individuos del ayuntamiento de Arequipa, que se hallaban casi todos en el ejército, esponen con energía sus derechos á ser recompensados por haber abandonado al punto sus haciendas y tomado las armas al llamamiento del gobierno. Di-

oen que sin esta recompensa no sería imitado muchas veces su patriótico ejemplo. Este docuymento, importante por sus por menores históricos, se halla en el *Apéndice* con el núm. 13.

14 Pedro Pizarro, Descub. Conq., MS.—Zárate, Conq. d

Al ver el reducido número de los Españoles asomará tal vez la risa á los labios del lector, para quien son familiares las grandes masas de gente empleadas en las guerras de Europa. Pero en el Nuevo Mundo, donde una multitud innumerable de Indios se tenia por nada, quinientos Europeos bien disciplinados se consideraban como un cuerpo formidable. Hasta la época de que vamos tratando no se habia visto ningun ejército que llegase á mil hombres. Pero no es el número de combatientes, segun lo he dicho ya en otra parte, lo que da importancia al combate, sino las consecuencias que dependen de él: la magnitud de la apuesta y la destreza y arrojo de los jugadores. Acaso mientras mas limitados sean los recursos mayor podrá ser el talento que se manifieste al usarlos, hasta que olvidando al fin la pobreza de los medios, fijemos nuestra atencion en la conducta de los actores y en la grandeza de los resultados.

Hallándose todavía en Jauja recibió Vaca de Castro una embajada de Gonzalo Pizarro, que ya habia vuelto de su expedicion á las Canelas,

Perú, lib. 4, cap. 15.—Carta de Barrio Nuevo, MS.

Carbajal habla de la política con que el gobernador atrajo reclutas á sus banderas, pagándoles con promesas y buenas palabras cuando le faltaba el dinero contante. "Dando á unos dineros é á otros armas i caballos, i á

otros palabras, i á otros promesas, i á otros graziosas respuestas de lo que con él negociaban para tenerlos á todas muy contentos i preattos en el servicio de S. M. quando fuese menester." Dicho del Capitan Francisco de Carbajal, MS.

ofreciéndole sus servicios en la próxima campaña. La respuesta del gobernador dió á entender que no rehusaba enteramente un acomodo con Almagro, con tal que pudiera llevarse á efecto sin ofender la autoridad real. Deseaba acaso el evitar que la cuestion se decidiese en una batalla, porque vista la igualdad de ambas fuerzas consideraba que el resultado podria ser muy dudoso. Conocia que la presencia en el campamento de un enemigo á quien tanto odiaban los Almagristas, despertaria en ellos una desconfianza que haria inútiles todos los esfuerzos para conseguir la reconciliacion. No es tampoco muy probable que el gobernador quisiese introducir en su consejo un espíritu tan turbulento. Así es que escribió á Gonzalo dándole las gracias por la prontitud con que habia ofrecido su ayuda; pero la rehusó cortesmente, aconsejándole que se mantuviese en su provincia y descansase de las fatigas de su penosa expedicion. Al mismo tiempo le aseguró que no dejaria de aprovechar sus servicios cuando la ocasion lo pidiese.—Grande disgusto causó esta repulsa al altivo caballero.<sup>15</sup>

Las noticias que recibió el gobernador de los movimientos de Almagro le hicieron suponer que intentaba ocupar á Guamauga, lugar muy fuerte á treinta léguas de Jauja.<sup>16</sup> Deseoso de

<sup>15</sup> Zárate, Cong. del Perú lib. 4, cap. 15.

<sup>16</sup> Cieza de Leon, Crónica, cap. 85.

poner en seguridad tan importante punto levantó inmediatamente el campo, y haciendo marchas forzadas, aunque con tal desarreglo que se habria visto en grave peligro si el enemigo hubiese estado cerca para aprovechar la ocasion, consiguió anticiparse á Almagro y se metió en la plaza mientras que su contrario se hallaba en Vilcas, á unas diez leguas de distancia.

En Guamanga recibió Vaca de Castro otra embajada de Almagro, con el mismo fin que la primera. El jóven capitán lamentaba de nuevo que hubiese comenzado la guerra entre hermanos, y proponia un acomodo sobre las mismas bases de antes. El gobernador se dignó ya contestar á estas proposiciones. Podia colegirse de su respuesta que le causaban alguna compasion la juventud y la inesperienza de Almagro, y deseaba tratarle de distinto modo que á los principales conspiradores, con tal de que pudiera apartarle de ellos. Pero es mas probable que solo tratara de alucinar á su enemigo con una apariencia de negociacion, para ganar tiempo á fin de corromper la fidelidad de sus tropas,

Insistió en que Almagro le entregase los que habian tenido una parte inmediata en la muerte de Pizarro, y que en seguida deshiciese su ejército. Con estas condiciones consentia el gobernador en olvidar sus actos de rebelion, y le vol-

via el favor real. Cuentan que junto con la embajada envió Vaca de Castro un Español disfrazado de Indio, con órden de que entrase en relaciones con ciertos oficiales del campo de Almagro, y consiguiese de ellos si era posible, que abandonasen su causa y volviesen á la obediencia. Por desgracia conocieron al emisario apesar de su disfraz, le prendieron, le dieron tormento y habiendo confesado todo lo ocurrido, le ahorcaron por espia.

Almagro dió cuenta de todo á sus capitanes. Las condiciones que proponia el gobernador era de tal naturaleza, que el hombre que aun tuviese una chispa de honor en su pecho no debía siquiera pensar en ella, y la indignacion de Almagro y sus compañeros subió de punto al ver la mala fé de su enemigo que se valia de artificios reprobados mientras en lo público se hallaba empeñado en una negociacion leal y franca. Temiendo acaso que lasseductoras ofertas del contrario consiguiesen al cabo vencer la constancia de algunas almas débiles, pidieron á una voz los capitanes que se cortase toda especie de trato, y se les hiciese marchar inmediatamente contra el enemigo. <sup>17</sup>

<sup>17</sup> Dicho del Capitan Eran- lib. 3. cap. 8.— Carta de Ventur-  
cisco de Carbajal, MS.—Zárate, ra Beltran, MS.—Gomara, Hist.  
Conq. del Perú, lib. 4, cap. 16. de las Indias, cap. 149.  
Herrera, Hist. General, dec. 7,

El gobernador entretanto, viendo que los alrededores de Guamanga no eran propios por su aspereza para las maniobras de la caballería, en que tenia principalmente su confianza, movió sus fuerzas hasta las llanuras cercanas, conocidas por el Valle de Chupas. Era tiempo de aguas y durante muchos dias tronó con furia la tempestad por entre aquellos cerros, descargando sobre el valle y sobre los tristes bivaques de los soldados tanta lluvia y agua nieve, que estaban estos mojados hasta los huesos y casi entumidos de frío.<sup>18</sup> Por fin el 16 de Setiembre de 1542 trajeron noticias los exploradores de que las tropas de Almagro avanzaban con intencion al parecer de ocupar las alturas que rodean el valle de Chupas. La guerra de los elementos habia cesado, y gozaban de uno de esos hermosos dias que solo se disfrutan entre los trópicos. El campo real se puso desde muy temprano en movimiento, y deseó Vaca Castro de posesionarse de las alturas que dominaban el valle, despachó con este fin un trozo de arcabuceros, sostenido por un cuerpo de caballería, á los que siguió en breve con el resto de sus fuerzas. Al llegar á lo alto recibieron noticias de que el enemigo se habia detenido y tomado una posicion muy fuerte á menos de una legua de distancia.

<sup>18</sup> "Tuvieron tan Gran tempestad de Agua, Truenos, i Nieve, que pensaron perecer; i amaneciendo con dia claro, i sereno...." Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 3, cap. 8.

Era ya muy tarde, y apenas faltaban dos horas para que el Sol se pusiese. El gobernador no se resolvía á comenzar la accion, porque pronto vendria la noche á sorprenderlos. Pero Alonso de Alvarado le aseguró "que aquella era la hora, porque la gente estaba animada para entrar al combate y valia mas aprovechar su buena disposicion, que aguardar á que se resfriase." El gobernador consistió y se le oyó esclamar al mismo tiempo; "¡Quién tuviera el poder de Josué para detener el sol!"<sup>19</sup> Dispuso entonces su pequeño ejército en órden de batalla y dió sus disposiciones para el ataque.

En el centro llamado entonces la batalla, colocó la infantería compuesta de arcabuceros y piqueros. En los flancos puso la caballería encargando el ala derecha con el estandarte real á Alonso de Alvarado, y la izquierda á Holguin sostenida por una lucida tropa de caballeros. Su artillería demasiado escasa para darle mucha importancia, estaba tambien en el centro. El licenciado se proponia mandar en persona la vanguardia, y romper la primera lanza con el enemigo; pero sus oficiales le disuadieron de su caballeresca determinacion, haciéndole presente que su vida era demasiado importante para que

<sup>19</sup> "I así Vaca de Castro siguió su parecer, temiendo toda via la falta del Dia, i dijo, que quisiera tener el poder de Josué, para detener el sol." Zárate, Conq. del Perú, lib. 4. cap. 18.

la espusiese de ese modo sin necesidad. El gobernador se contentó, pues, con tomar el mando del cuerpo de reserva, compuesto de cuarenta caballos, para acudir á donde pudiera ofrecerse. Este cuerpo fué formado de la flor de la caballería, y se sacó casi todo del escuadron de Almagro, con gran disgusto de este capitán. El gobernador montaba un corcel moreillo, y llevaba sobre la armadura una rica ropa de brocado, en la cual se veían las insignias de la orden de Santiago, con que fué agraciado al tiempo de salir de España.<sup>20</sup> Era punto de honor entre los caballeros de aquel tiempo, el desafiar los peligros manifestando su rango en el esplendor de sus arreos militares y de los aderezos de sus baballos.

Antes de dar principio al ataque, dirigió Vaca de Castro unas breves palabras á sus tropas con el fin de disipar cualquiera duda que aun pudiese quedar en algunos de los que se acordaban del desagrado con que vió el emperador tanto á los vencedores como á los vencidos despues de la batalla de las Salinas. Díjoles que sus enemigos eran rebeldes; que habian tomado las

20 "I visto esto por el dicho señor Governador, mandó dar al arma á mui gran priesa, i mandó á este testigo que sacase toda la gente al campo, i el se entró en su tienda á se armar, i desde á poco salió della encima de

un caballo moreillo rabicano armado en blanco y con una ropa de brocado encima de las armas con el abito de Santiago en los pechos." Dicho del Capitan Francisco de Carbajal, MS.

armas contra el representante de la corona, y era deber suyo sofocar la rebelion y castigar á sus autores. Hizo entonces que se leyese en voz alta la sentencia contra los traidores. Por esta sentencia Almagro y los suyos eran condenados á muerte y perdian todas sus propiedades, las que el gobernador ofrecia repartir entre aquellos de sus soldados que por su conducta en la batalla mostrasen merecerlas mejor. Esta oportuna promesa disipó los escrúpulos de los mas delicados, y tomadas todas sus disposiciones con el mayor acierto y como si fuese un general experimentado, dió Vaca de Castro la orden de marchar contra el enemigo.<sup>21</sup>

Conforme las tropas rodearon la falda de un cerro que las separaba de los enemigos los descubrieron formados en lo alto de una loma, flotando sobre sus cabezas las banderas blancas insignia de los almagristas, y con sus brillantes armaduras en que se reflejaban los últimos rayos del sol poniente. La disposicion de las tropas de Almagro era semejante á la de su adversario. En el centro estaba su escelente artillería, protegida por las picas y arcabuces, y su caballería en las alas, proponiéndose él mandar

21 "En pocas palabras comprendió tan grandes cosas que la gente de S. M. covró tan grande ánimo con ellas, que tan determinadamente se partieron de allí

para ir á los enemigos como si fueran á fiestas donde estuvieran convidados." Dicho del Capitan Francisco de Carbajal, MS.

en persona la izquierda. Habia escogido su posición con acierto, porque el terreno era muy propio para el juego de la artillería, la que rompió un vivo fuego sobre el enemigo tan luego como estuvo cerca. Aquella granizada de balas hizo vacilar la columna, y Vaca de Castro advirtió ser muy difícil el avanzar de frente sobre la batería enemiga. Adoptó, pues, el consejo de Francisco Carbajal, quien se encargó de llevar á las tropas por un camino tortuoso, pero mas seguro. Esta es la primera vez que aparece el nombre de este veterano en las guerras de América, donde habia de adquirir despues tan triste celebridad. Vino al pais despues de haber servido cuarenta años en Europa, donde habia estudiado el arte de la guerra con el gran capitán Gonzalo de Córdoba. Aunque era ya bastante viejo, conversaba todo el valor y la indomable energía de la juventud, y supo muy bien poner en práctica las lecciones que habia tomado de su ilustre comandante.

Aprovechándose de una senda tortuosa que bajaba por la falda de los cerros condujo á las tropas de tal manera, que hasta que ya estuvieron casi sobre el enemigo les protegió la misma desigualdad del terreno. Al ir avanzando de este modo les acometió por la izquierda Paulló, el hermano del Inca Manco, con sus batallones indios; pero los mosqueteros les dispararon al-

gunos tiros y libraron á los Españoles de esta molestia. Mas cuando las tropas reales subieron otra vez por la loma y se descubrieron al campo de Almagro, comenzó la artillería á jugar contra ellas con grande estrago. Solo duró un momento, sin embargo, por causas que se ignoran, aunque el blanco era bien grande las punterías eran tan altas que casi todas las balas pasaban sobre sus cabezas. No se sabe si hubo en esto traicion ó solo fué una torpeza. Mandaba la artillería el ingeniero Pedro de Candia, quien fué uno de los trece valientes que se quedaron con Pizarro en la isla del Gallo, segun recordará el lector. Habia peleado siempre al lado de su gefe durante toda la conquista; pero últimamente se disgustó con él y se habia unido á la facción de Almagro. Tal vez creeria que con la muerte del viejo general quedaban arregladas sus diferencias, y deseaba volver á ser fiel como antes. Por lo menos dicen que en este tiempo estaba en correspondencia con Vaca de Castro. Parece que por lo que toca á Almagro no tenia duda de su traicion, porque despues de reprehenderle en vano por su manejo, le atravesó de parte á parte, y el desgraciado caballero quedó muerto en el campo. Entonces se apoderó Almagro de uno de los cañones, hizo nueva puntería y con tanto acierto, que cuando dió fue-

go echó por tierra varios soldados de caballería.<sup>22</sup>

El fuego comenzó entonces á causar mas daño, pues una descarga se llevó toda una hilera de la infantería real, y aunque al punto acudieron otros á llenar el hueco, padecian tanto las tropas que comenzaron á clamar con impaciencia para que avanzase la caballería, que se habia detenido un momento.<sup>23</sup> Esta dilacion provenia de haberse empeñado Carbajal en colocar sus cañones de manera que obrasen contra las columnas del frente. Pero abandonó muy pronto el proyecto; la tosca artillería quedó abandonada, y se dió orden de que cargase la caballería. Sonaron las trompetas y los valientes caballeros, lanzando su grito de guerra, clavaron las espuelas en los ijares de sus caballos, y se fueron á escape sobre el enemigo.

<sup>22</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 17 19.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 3, cap. 11.—Dicho del Capitan Francisco de Carbajal, MS.—Carta del Cabildo de Arequipa al Emperador, MS.—Carta de Ventura Beltran, MS.—Declaracion de Uscategui, MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 149.

Segun Garcilaso, cuyos cañones casi siempre hacen siempre mas daño que los de cualquier

otro escritor, diez y siete hombres fueron muertos por este maravilloso disparo. Com. Real, Parte 2, lib. 3, esp. 16.

<sup>23</sup> Segun Zárate, los oficiales obligaron por fuerza á los soldados á que tomasen el lugar de sus camaradas muertos. "Porque un tiro llevó toda una hilera é hizo abrir el Escuadron, y los Capitanes pusieron gran diligencia en hacerlo cerrar, amenazando de muerte á los soldados con las espadas desenvainadas, i se cerró." Conq. del Perú, lib. 4, cap. 19.

Bien le estuviera á Almagro el haberse mantenido firme en la ventajosa posicion que ocupaba; pero por un falso principio de honor creyó indigno de un valiente caballero el aguardar el asalto sin moverse. Dió, pues, á su gente orden de cargar, y acercándose rápidamente los escuadrones enemigos se encontraron en medio del llano. El encuentro fué terrible: la fuerza del choque hizo rodar hombres y caballos; las lanzas volaron hechas astillas,<sup>24</sup> y poniendo mano á las espadas ó blandiendo sus mazas y hachas de armas, bien que algunos realistas solo traian hachas comunes, descargaban sus golpes con todo el encarnizamiento del odio civil. Era una lucha terrible no solo del hombre contra el hombre, sino como dice un testigo ocular, del hermano contra el hermano y del amigo contra el amigo.<sup>25</sup> Nadie pedia cuartel;

<sup>24</sup> "Se encontraron de suerte, que casi todas las Lanzas quebraron, quedando muchos muertos, y caidos de ambas partes: i derribadas las Lanzas, se mezclaron los unos con los otros, hirindose muy crudamente con las Espadas, i con Porras, i Hachas, i aun algunos peleaban con Hachas de partir Leña, dando á dos manos tales golpes, que donde alcançaban, no bastaba defensa ninguna." (Ibid ubi supra.) Zárate escribe en esta ocasion con la energía y vigor de Tucídides. No se ha-

llaba presente, pero llegó el año siguiente, y entonces supo los pormenores de la batalla, de boca de las personas mejor informadas, con las que podia comunicar fácilmente, por el empleo que desempeñaba.

<sup>25</sup> Así se expresan los vencedores mismos, que en su carta al emperador comparan la accion á la gran batalla de Ravenna. "Fué tan reñida i porfiada, que despues de la de Rebená, no se ha visto entre tan poca gente mas cruel batalla, donde hermanos á her-

porque el tiron que fué bastante fuerte para romper los mas estrechos lazos de la amistad y el parentesco, antes rompió los de la humanidad. Las excelentes armas de los Almagristas compensaban la diferencia del número; pero los realistas consiguieron alguna ventaja dirigiendo sus golpes á los caballos y no á los acerados cuerpos de sus contrarios.

La infantería sostenia entretanto por ambas partes un vivo fuego de arcabuz, que al mismo tiempo hacia daño en la caballería, y en la infantería enemiga. Pero la artillería gruesa de Almagro mejor dirigida ya, barria las columnas que venian avanzando. Ya comenzaba el terrible fuego á hacerlas vacilar y aun retroceder, cuando se les puso delante Francisco Carbajal y les gritó, "Vergüenza, caballeros. ¿Ahora cedéis? Yo presento al enemigo doble blanco que cualquiera de ustedes!" Era en efecto hombre corpulento, y arrojando su celada y su cota de malla para no tener ventaja sobre ninguno de sus compañeros, se quedó vestido con solo el jubon. Empuñando entonces su parte sana avanzó atrevidamente por entre nubes de humo y un diluvio de balas, y ayudado de los soldados mas valientes arrolló á los artilleros y se hizo dueño de las piezas.

manos, ni deudos á deudos, ni do de Arequipa al Emperador.  
migos á amigos no se davan vi- MS.  
a uno á otro." Carta del Cabil.

Hacia rato que las sombras de la noche eran cada vez mas densas; pero la mortal lucha continuaba en la oscuridad porque las divisas azules y blancas distingian á los dos partidos, y por sobre el tumulto se escuchaban sus gritos de guerra. "Vaca de Castro y el Rey" clamaban unos: "Almagro y el Rey," gritaban los otros, y todos invocaban la ayuda del apóstol Santiago. Holguin que mandaba la izquierda de los realistas cayó muerto desde el principio de la accion atravezado por dos balas de mosquete. Se habia hecho notable por una rica ropilla de terciopelo blanco que traía sobre la armadura. Pero un puñado de valientes caballeros sostenia el combate por aquella parte con tanto esfuerzo, que los Almagristas apenas podian conservar su posicion. <sup>26</sup>

Las cosas andaban de muy diverso modo por la derecha donde mandaba Alonso de Alvarado. Tenia allí por contrario al mismo Almagro, quien se mostaba digno de su nombre. Trató de arrollar por medio de continuas cargas los escuadrones de su adversario, mucho peor armados y montados que los suyos. Alvarado resistia sin perder el valor; pero ya vimos que antes de

<sup>26</sup> La batalla finé tan bien disputada, dice Beltran uno de los capitanes de Vaca de Castro, que por mucho tiempo estuvo en duda á qué lado se inclinaria la victoria. "I la batalla estuvo muy gran rato en peso sin conoseerse victoria de la una parte á la otra." Carta de Ventura Beltran, MS.

la batalla el gobernador le debilitó su tropa para formar la reserva, y ya casi vencido por la fuerza superior de su adversario, quien le habia ganado dos banderas, iba perdiendo terreno. "Prender y no matar," gritaba el generoso joven que ya tenia por suya la victoria <sup>27</sup>

Pero Vaca de Castro se habia mantenido con su reserva en una altura que dominaba el campo de batalla y conoció que era llegado el momento de tomar parte en la accion. Hacia rato que espiaba por entre las tinieblas las alternativas del combate y continuamente recibia noticias del estado que guardaba. Ya no dudó mas tiempo, sino que gritando á sus soldados que le siguiesen, se metió atrevidamente á lo mas espeso de la pelea, en ayuda de su esforzado oficial. La llegada al campo de esta tropa de refresco, cambió el aspecto de las cosas. <sup>28</sup> Los soldados de Alvarado cobraron ánimo y se rehicieron, y los de Almagro aunque arrollados al pronto por la furia del ataque, volvieron inmediatamente sobre los acometedores. Trece ginetes de los suyos vió Vaca de Castro caer muertos de las sillas. Pero aquel fué el último

<sup>27</sup> "Gritaba, Victoria; ¡decía, suerte de la jornada con este mo- Prender i no matar." Herrera, vimiento, y añade el escritor: "se Hist. General, dec. 7, lib. 3, cap. 11.

<sup>28</sup> La carta del ayuntamiento de Arequipa cede al licenciado el honor de haber decidido la el *Apéndice* núm. 13.

esfuerzo de los Almagristas: faltóles la fuerza, no el ánimo, y comenzaron á ceder por todas partes. Persiguieronles de cerca los vencedores, y tratando ya tan solo de escapar, infantes caballos y artillería se mezclaron en la oscuridad y se atropellaban unos á otros. Almagro se esforzaba en vano por detenerlos. Hizo prodigios de valor, segun dice uno que los presenció; pero le arrastró la corriente, y aunque parecia buscar la muerte segun el arrojó con que se esponia á los peligros, no recibió una sola herida.

Hubo otros en su compañía y entre ellos un caballero joven llamado Gerónimo de Alvarado que rehusaron obstinadamente abandonar el campo, y gritando "yo maté á Pizarro! yo dí muerte al tirano!" se arrojaron sobre las lanzas de los vencedores, prefiriendo la muerte en el campo de batalla, al ignominioso suplicio de la horca. <sup>29</sup>

Eran las nueve de la noche cuando terminó la batalla, aunque todavía se oyeron tiros en el campo hasta mucho mas tarde, cada vez que algun grupo de fugitivos era alcanzado por sus perseguidores. Pero muchos consiguieron escaparse á favor de la oscuridad, y otros segun

<sup>29</sup> "Se arrojaron en los enemigos, como desesperados, hiqués: y así anduvieron hasta que los hicieron pedazos." Zárate, cada uno por su nombre: Yo conq. del Perú, lib. 4, cap. 19.

decir consiguieron burlar la persecucion de un modo mas singular. Quitaron las divisas de los cadáveres de sus enemigos, las tomaron para sí propios, y entonces se mezclaron en las filas de Vaca de Castro y se dieron tambien al alcance.

Temiendo por último el comandante que ocurriera algun accidente funesto, y que los fugitivos, si se rehiciesen protegidos por las finieblas pudieran ocasionar alguna pérdida á los suyos, hizo tocar las trompetas para que las dispersas tropas viniesen á reunirse bajo sus estandartes. Toda la noche permanecieron sobre las armas en el campo que poco antes fué teatro de tan tumultuosas escenas, y ahora estaba sumergido en el mas profundo silencio, interrumpido tan solo por los lamentos de los heridos y de los moribundos. Los indígenas que durante la pelea se habian mantenido suspendidos como una densa nube sobre las faldas de las montañas, contemplando con sombrío placer la destruccion de sus enemigos, se aprovecharon de la oscuridad para descollarse al valle como una manada de lobos hambrientos, y se pusieron á despojar los cuerpos muertos, lo mismo que á los infelices mutilados que aun vivian, y en vano se fueron arrastrando á los matorrales para esconderse. A la mañana siguiente dió orden Vaca de Castro para que los heridos, es decir, los que no habian perecido con una helada que cayó en la noche, fuesen entregados á los

cirujanos, mientras los sacerdotes se ocupaban en administrar los auxilios espirituales á los moribundos. Abrióronse cuatro grandes fosas ó sepulturas, y en ellas se echaron todos revueltos los cadáveres de vencedores y vencidos. Pero los restos de Alvarez de Holguin y otros caballeros distinguidos fueron trasladados á Guamanga, donde se les dió sepulturas con la solemnidad correspondiente á su rango, y las desgarradas banderas que quitaron á sus vencidos compatriotas flotaban sobre sus sepulcros como lamentables trofeos de su victoria.

El número de muertos se calcula con variedad, de trescientos á quinientos por ambas partes.<sup>30</sup> La pérdida fué mayor de parte de los vencedores, porque les hizo mas daño el cañon enemigo antes de la accion, que á los vencidos la derrota que siguió á ella. El número de heridos fué mucho mayor, y mas de la mitad de los Almagristas que escaparon con vida fueron hechos prisioneros. Es verdad que muchos se escaparon del campo, se fueron á la vecina ciudad de Guamanga, y allí se refugiaron en las iglesias y monasterios. Pero no fué respetado su asilo, y los estrajeron y metieron en la cárcel. Su jóven y valiente comandante huyó con solo unos pocos hasta el Cuzco, en donde al momento le arresta-

<sup>30</sup> Zárate los calcula en trescientos. Uscategui, partidario de Almagro, y Garcilaso, los hacen subir á quinientos.

ron los mismos magistrados que él había nombrado para gobernar la ciudad.<sup>31</sup>

En Guamanga nombró Vaca de Castro una comision presidida por el licenciado Gama para juzgar a los prisioneros, y la justicia no quedó satisfecha hasta que cuarenta fueron condenados a muerte, y otros treinta desterrados, algunos con pérdida de uno ó mas miembros.<sup>32</sup> Estas crueles represalias han sido muy comunes en las guerras civiles de los Españoles. Es cosa estraña que tomen parte en ellas tan inconsideradamente, cuando tan horrible es la suerte que aguarda á los vencidos.

Del teatro de esta sangrienta tragedia pasó el gobernador al Cuzco, en donde hizo su entrada al frente de sus batallones victoriosos, con

31. Los pormenores de la accion se han tomado de Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS., —Carta de Ventura Beltran, MS. —Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 17, 20.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Dicho del Capitan Francisco de Carbajal, MS. —Carta del Cabildo de Arequipa al Emperador, MS.—Carta de Barrio Nuevo, MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 149.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 3, cap. 15-18.—Declaracion de Uscategui, MS.

Muchos de estos escritores se hallaban presentes en el campo, y es raro que los pormenores de una accion se tomen de fuente

tan auténtica. Al que estudia la historia no le cogerá de nuevo que en estos pormenores haya la mayor discrepancia.

32. Declaracion de Uscategui, MS.—Carta de Ventura Beltran, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 21.

Parece que estas ejecuciones agradaban mucho á los fieles vecinos de Arequipa. "I si la noche no cerrara tan presto, V. M. quedara bien satisfecho de estos traidores, pero lo que no se pudo entonces hacer, ahora el Governador lo hace, desquartzando cada dia á los que se escaparon." Carta del Cabildo de Arequipa al Emperador, MS.

toda la pompa y aparato militar de un conquistador. Continuó viviendo allí con el mismo lujo, lo que dió márgen á que algunos murmurasen de él, comparando esta ostentacion con las economías que introdujo despues en el manejo de los caudales públicos.<sup>33</sup> Pero Vaca de Castro conocia muy bien el efecto que este aparato exterior produce en el comun del pueblo, y no perdonaba medio de dar autoridad á su empleo. Su primera atencion fué decidir la suerte de su prisionero Almagro. Reunió á este fin un consejo de guerra. Algunos querian que se le perdonase, en consideracion á su juventud y á las graves ofensas con que fué provocado; pero la mayoría opinó que tal indulgencia no podia entenderse al gefe de los rebeldes, y que su muerte era indispensable para asegurar la tranquilidad del país.

Cuando le llevaban á ajusticiar en la plaza mayor del Cuzco, el mismo lugar en que lo fué su padre pocos años antes, mostró el joven Almagro la mayor serenidad y compostura, aunque al proclamar el pregonero la sentencia del traidor, negó con indignacion el serlo. No pidió misericordia á sus jueces, sino que suplicó sencillamente que sus restos se depositasen al lado de los de su padre. Se opuso á que le vendasen los

33. Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 4, cap. 1.

ojos como se acostumbraba en semejantes ocasiones, y habiéndose confesado abrazó devotamente la cruz y tendió el cuello á la cuchilla del verdugo. Sus restos, segan lo habia pedido, fueron llevados al convento de la Merced, y puestos junto á los de su desgraciado padre.<sup>34</sup>

Hay ciertamente en las páginas de la historia pocos nombres mas desgraciados que el de Almagro. No obstante, la suerte del hijo causa mayor compasion que la del padre, y esto no solo por su juventud y las circunstancias especiales de su posicion. Poseia muchas de las buenas cualidades de Almagro el viejo, con una índole franca y varonil, en la que el porte del soldado se suavizaba por el cultivo de una educacion algo mejor de la que suele lograrse entre la licencia de los campamentos. Su carrera, aunque corta, dió indicios de grandes talentos, que solo requerian un campo á propósito para desarrollarse. Pero era hijo del infortunio, y la mañana de su vida se vió siempre envuelta en nubes y tormentas. Si en su condicion naturalmente benigna mostró algunas veces ciertos destellos del carácter vengativo del Indio, pueden servirle de disculpa, no solo la sangre india que corria por sus venas, sino tambien la posicion

<sup>34</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Relacion Sumaria, MS.—Herrer. Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 4, cap. 21.—Naharro, cap. 1.

en que se vió. Mas le agraviaron que agravió, y si es que puede justificarse una conspiracion, deberá serlo en un caso como este; cuando cargado de ofensas, lo mismo que su padre, no pudo lograr reparacion del único de quien tenia derecho para esperarla. Con él se estinguió el nombre de Almagro, y la faccion de Chile que por tanto tiempo fué el terror del pais, desapareció para siempre.

Mientras pasaban estos sucesos en el Cuzco, supo el gobernador que Gonzalo Pizarro habia llegado á Lima y se mostraba muy descontento del estado que guardaban los negocios en el Perú. Se quejaba amargamente de que no se le hubiese dado el gobierno del pais despues de la muerte de su hermano, y aun decian algunos que meditaba proyectos para apoderarse de él. Bien sabia Vaca de Castro que no faltarian consejeros perversos para sugerir á Gonzalo esta medida desesperada, y deseoso de apagar las chispas de la insurreccion antes que atizadas por estos espíritus turbulentos se convirtiesen en un incendio, despachó un buen trozo de gente á Lima para poner en cobro la capital, y al mismo tiempo mandó á Gonzalo Pizarro que se presentase en el Cuzco.

No creyó prudente por entonces este capitán el desobedecer la intimacion, y poco despues entró en la capital india al frente de un cuerpo

de tropas bien armado. Admiti6le al punto el gobernador á su presencia, y mand6 retirar su propia guardia diciendo que nada tenia que temer de un caballero tan valiente y leal como Pizarro. Hizole muchas preguntas sobre sus recientes aventuras en las Canelas, y mostr6 tomar mucho interes en sus inauditos trabajos. Tuvo cuidado de no despertar sus recelos haciendo alguna alusion á sus ambiciosos proyectos, y concluy6 recomendándole que mediante á estar ya restablecida la tranquilidad del pais, se retirase á sus grandes haciendas á gozar del reposo que tanto necesitaba. Viendo Gonzalo Pizarro que no habia pretesto para armar pendencia con el astuto y frio gobernador, y tal vez conociendo que á lo menos por entonces no tenia fuerzas suficientes para sostenerla, crey6 prudente tomar su consejo y se retir6 á La Plata, donde se puso á trabajar con empeño aquellas ricas minas las que pronto les dieron los medios para acometer una empresa mas importante que cuantas hasta entonces habia emprendido.<sup>35</sup>

Libre ya de este formidable competidor, se dedic6 Vaca de Castro á tomar medidas para el arreglo del pais. Comenz6 por el ejército, del que ya habia licenciado una parte, pero aun

<sup>35</sup> Pedro Pizarro, Descub. y conq. 3.—Zárate, Conq. del Perú; Conq., MS.—Herrera, Hist. General, lib. 4, cap. 22.  
 36 Herrera, Hist. General, lib. 4, esp. 1; lib. 6.

quedaban muchos caballeros que urgian con sus peticiones para que se recompensasen sus servicios como merecian. No los ponderaban poco como es de suponerse, y el gobernador se di6 por contento con poderse librar de sus importunidades despachándolos á expediciones distantes, siendo una de ellas la exploracion de las tierra bañadas por el gran rio de la Plata. Sin dar un desahogo semejante á los turbulentos ánimos de los briosos caballeros, era seguro que pronto hubieran puesto en conmocion todo el pais.

Procedió en seguida Vaca de Castro á formar leyes para el mejor gobierno de la colonia. Cuid6 especialmente del bienestar de la poblacion indígena, y estableci6 escuelas para su instruccion religiosa. Dict6 varias providencias para poner los Indios á cubierto de las estorsiones de los conquistadores, y les invit6 á que se fuesen á vivir en las poblaciones de los blancos. Mand6 á cada cacique que cuidase de tener provistos de todo los *tambos* ó posadas de sus alrededores, con cuya medida quit6 á los Españoles un pretesto plausible para sus rapiñas y facilit6 mucho las comunicaciones. Vigilaba con empeño la hacienda real, muy dilapidada en las pasadas revueltas, y muchas veces quit6 algo á los repartimientos de los conquistadores que tuvo por excesivos. Este paso le acarre6 mu-

cho odio de los que salieron perjudicados; pero sus medidas eran tan justas é imparciales que contaba con el apoyo de la opinion pública.<sup>36</sup>

La conducta de Vaca de Castro desde que desembarcó en el Perú, fué á la verdad muy propia para imponer respeto, y para hacer ver que era capaz de desempeñar el difícil cargo que se le encomendó. Sin dinero y sin tropas, halló el país á su llegada en un estado de anarquía, y á pesar de eso con su valor y su prudencia fué adquiriendo gradualmente la fuerza necesaria para sofocar la insurreccion. Aunque no era soldado habia mostrado grande valor y presencia de ánimo en la hora de la batalla, é hizo sus preparativos militares con tanta prevision y acierto que admiró á los mas experimentados veteranos.

Si pudiera creerse que abusó de las ventajas de la victoria por su crueldad con los vencidos, debe confesarse que nada hubo de personal en los motivos que á ello le guiaron. El era un jurista empapado en las mas elevadas ideas de la autoridad real. Consideraba la rebelion como un crimen imperdonable; y si su índole severa no se ablandaba nunca al administrar justicia, vivia en un siglo de hierro, en que la justicia rara vez se templaba con la misericordia.

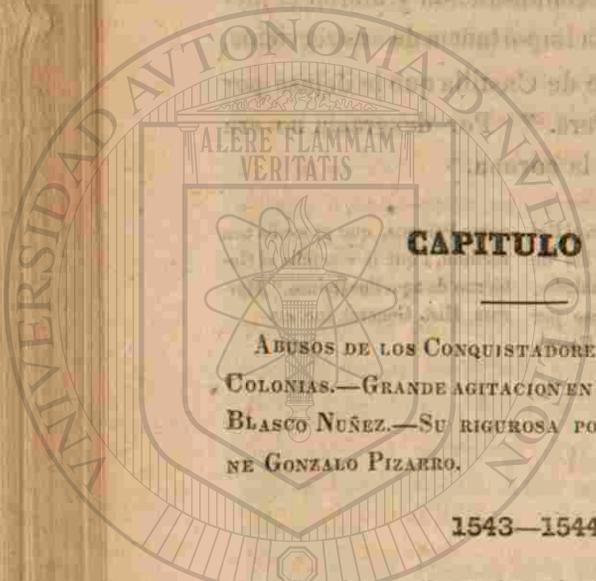
<sup>36</sup> Ibid., ubi supra.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 6, esp. 2.

En las leyes que despues estableció para el órden de la colonia, mostró tanta imparcialidad como sabiduría. Los colonos conocian muy bien lo benéfico de su administracion y dieron el mejor testimonio de la importancia de sus servicios, pidiendo á la corte de Castilla que le dejase por gobernador del Perú.<sup>37</sup> Por desgracia no era esta la política de la corona.

<sup>37</sup> "I así lo escribieron al Rei como Persona, que procedia con la ciudad del Cuzco, la Villa de rectitud, i que iá entendia el Gobierno de aquellos Reinos." Herrera, Hist. General, loc. cit. Gobernador á Vaca de Castro,

Europeos, y pronto debía escederles en opulencia. Es cierto que se habia trazado el plan del gobierno, y de cuando en cuando se habian expedido leyes para la administracion de las colonias. Pero estas leyes eran con frecuencia mas acomodadas á los intereses de la madre patria que á los de esas colonias, y cuando las dictaba un espíritu mas ilustrado, solo se ejecutaban de un modo imperfecto; porque la voz de la autoridad, por muy alta que se oyese en la metrópoli, se iba apagando al atrevesar la inmensa estension de las aguas y solo llegaba convertidas en débiles ecos á las costas occidentales.

Este estado de cosas y aun el modo con que habian sido adquiridos los dominios españoles en el Nuevo Mundo, eran igualmente perjudiciales, tanto á las razas conquistadas como á sus nuevos señores. Si las provincias que ganaron los Españoles, hubiesen sido el fruto de una adquisicion pacífica, de cambios y negociaciones, ó si la conquista se hubiese llevado á cabo bajo la direccion inmediata del gobierno, se hubiera atendido con mas cuidado al bien de los indígenas. A causa de la mayor civilizacion de los Indios de las colonias españolas en América, continuaron ellos ocupando el suelo despues de la conquista, y se mezclaron con los blancos en las mismas poblaciones; formando en esto un notable contraste con los aborígenes de nuestro país



### CAPITULO VII.

ABUSOS DE LOS CONQUISTADORES.—CODIGO PARA LAS COLONIAS.—GRANDE AGITACION EN EL PERU.—EL VIREY BLASCO NUÑEZ.—SU RIGUROSA POLÍTICA.—SE LE OPONE GONZALO PIZARRO.

1543—1544.

Antes de continuar la relacion de los sucesos del Perú, conviene volver á la metrópoli donde se estaban verificando cambios muy importantes en el gobierno de las colonias.

Desde que Carlos V. subió al trono, la política de la Europa habia ocupado su atencion principalmente. Allí encontraba su ambicion un teatro mas halagueño, que en la lucha contra los príncipes bárbaros del Nuevo Mundo. Pero en aquellas regiones y casi despreciado, por decirlo así, habia ido formándose un imperio, hasta que llegó á ser mas grande que todos sus dominios

que huyendo del contacto de la civilización, se han internado mas y mas en las selvas; conforme esta ha ido avanzando. Pero el Indio de la América Meridional estaba ya preparado por sus antiguas leyes, para una legislación mas perfecta que no podia aplicarse á los salvajes cazadores del bosque; y si el soberano se hubiese hallado allí en persona para dirigir sus conquistas, nunca habria permitido que una porción tan grande de sus vasallos fuese sacrificada inconsideradamente á la codicia y crueldad del puñado de aventureros que los habia subyugado.

Pero no sucedió así, sino que el encargo de reducir aquellos países fué confiado á individuos sin responsabilidad, á soldados de fortuna y aventureros desesperados, que entraron en la conquista como en un juego en que iban á dejar á un lado todo miramiento, sin pensar mas que en ganarlo. Como recibian muy poca ayuda del gobierno, solo debian el buen éxito á su valor, y pensaban que el derecho de conquista destruía todos los derechos preexistentes de los infelices indígenas. Las tierras y las personas de los conquistados se las repartieron y aplicaron los vencedores como despojos legitimos de la victoria, y diariamente se cometian tales excesos que la humanidad se estremece al contemplarlos.

Estos excesos, aunque en ninguna parte eran

tan horribles como en las Islas, donde en pocos años casi habian acabado con la población indígena, eran con todo bastante grandes en el Perú para acarrear la venganza del cielo sobre sus autores, y el Indio pudo conocer que esta venganza no se retardaba mucho tiempo, cuando vió á sus opresores disputarse sus miserables despojos y volver las espadas unos contra otros. El Perú, como ya hemos dicho, fué conquistado por aventureros que en su mayor parte eran de peor calaña y mas feroces que los que seguian los estandartes de Cortés. Los soldados participaban en cierta manera del carácter de sus respectivos gefes. Fué una fatalidad para los Incas, porque los desalmados aventureros de Pizarro eran mas apropósito para luchar con los feroces Aztecas que con los Peruanos, mas cultos y algo afeminados. Desvanecidos con la posesion del poder, cosa nueva para ellos, y sin la mejor idea de la responsabilidad que traía consigo su calidad de señores de la tierra, satisfacian con harta frecuencia todos los antojos que podia dictar la crueldad ó el capricho. Muchas veces he visto despues de la conquista, dice un testigo intachable divertirse los Españoles en canzar á los Indios con perros por puro pasatiempo ó solo para amaestrar á sus animales. <sup>1</sup> La licencia ya no conocia lími-

<sup>1</sup> "Españoles hai que cria perros carniceros i los avezan á matar Indios, lo cual procuran á las veces por pasatiempo, i ver si lo

tes. La joven doncella era arrancada sin compasion de los brazos de su familia para satisfacer los brutales apetitos del conquistador.<sup>2</sup> Las casas sagradas de las Virgenes del Sol fueron abiertas y violadas, El aventurero llenaba su harem con una multitud de jóvenes indias, dando con esto motivo para creer que la media luna habria sido simbolo mas propio para su estandarte que la immaculada Cruz.<sup>3</sup>

Pero la pasion dominante del Español era la sed de oro. Para satisfacerla no le asustaba el mas duro trabajo, y era inexorable en exigir el de sus Indios esclavos. Por desgracia el Perú abundaba en minas que pagaban muy bien este trabajo, y la vida del hombre era lo que menos pesaba en los cálculos de los conquistadores. En tiempo de los Incas no se permitia nunca á los Peruanos estar ociosos; pero la tarea que se les imponia era siempre proporcionada á sus fuerzas. Tenian sus temporadas de descanso, siempre estaban bien defendidos contra la inclemencia del tiempo, y se cuidaba por todos los medios

hacen bien los perros." Relacion que dió el Provisor Morales sobre las cosas que convenian proverse en el Perú, MS.

2 "Que los justicias dan cédulas de Anaconas que por otros términos los hacen esclavos è vivir contra su voluntad, diciendo: Por la presente damos licencia á

vos Fulano, para que os podais servir de tal Indio ó de tal India è lo podais tomar, e sacar donde quiera que lo hallaredes." Relacion del Provisor Morales, MS.

3 "Es general el vicio de amancebamiento con Indias, i algunos tienen cantidad dellas como en serrallo." Ibid., MS.

posibles de su seguridad personal. Pero los Españoles al mismo tiempo que hacian trabajar al Indio cuanto alcanzaban sus fuerzas, no le dejaban medios de repararlas cuando se agotaban. Dejaron que fuesen cayendo en desuso las acertadas ordenanzas de los Incas; vaciaron los graneros, y consumieron los rebaños en licenciosos banquetes. Mataban los llamas tan solo para satisfacer un antojo picureo y destruyeron un gran número solo para comer los sesos; plato regalado de que gustaban mucho los Españoles.<sup>4</sup> Tan inconsiderado era el espíritu de destruccion despues de la conquista, que Ondegardo el buen gobernador del Cuzco dice, "que mas daño hicieron los Españoles en solos cuatro años, que el Inca en cuatrocientos."<sup>5</sup> Los rebaños, tan numerosos en otro tiempo en las grandes mesas, se veian reducidos á un número insignificanté, que buscaba abrigo en las entrañas de los Andes. El pobre Indio, sin alimento, sin el vestido que le defendia del frio, vagaba hambriento y desnudo por las alturas. Aun aquellos que ayudaron á los Españoles en la conquista no salieron mejor librados. Muchos nobles incas recorrian como mendigos las tierras que en otro tiempo gobernaron, y si acaso la ne-

4 "Muchos Españoles han i candelas de la grasa. De ni muerto i matan increíble cantidad de ovejas por comer solo los sesos, hacer pastelas del tuetano

hambre general." Ibid., MS.

5 Ondegardo, Rel. Seg., MS.

cesidad les arrastraba á hurtar algo de lo superfluo de sus conquistadores, pagaban con la vida su delito.<sup>6</sup>

Es cierto que habia hombres justos, misioneros fieles á su vocacion, que trabajaban con empeño en la conversion de los indigenas, y que compadecidos de sus desventuras, de buena gana habrian interpuesto su brazo para defenderles de sus opresores.<sup>7</sup> Pero muchas veces el contagio de la licencia general alcanzó á los

<sup>6</sup> "Ahora no tienen que comer ni donde sembrar, i así van á hurtallo como solian, delito por que han aorcado á muchos." Rel. del Provisor Morales, MS.

Esta cita y algunas de las precedentes se han tomado, como verá el lector, del MS. del Bachiller Luis de Morales, que vivió diez y ocho ó veinte años en el Cuzco, y en 1551 casi al tiempo de llegar Vaen de Castro al Perú, estendió una *Relacion* para el gobierno divididos en ciento nueve capítulos. Trata de la condiccion del pais y de los remedios que ocurrían al compasivo autor. Las notas del emperador que se ven al márgen, manifiestan que se vió con atencion en la corte. No hay razon, á lo que se, para dudar del testimonio de este escritor, y Muñoz lizo algunos curiosos extractos de la obra para su inestimable coleccion.

<sup>7</sup> El P. Naharro menciona doce misioneros, algunos de su

misma orden, cuyos milagros y celo por la conservacion de los Indios juzga dignos de ser comparados con los de los doce Apóstoles del Cristianismo. Es una lástima que la historia al mismo tiempo que ha conservado los nombres de tantos perseguidores de los pobres gentiles haya callado los de sus bienhechores.

"Tomó su divina Magestad por instrumento doce solos religiosos pobres, descalzos y desconocidos, cinco del órden de la Merced, cuatro de Predicadores, y tres de San Francisco, obraron lo mismo que los doce apóstoles en la conversion de todo el universo mundo." Naharro, *Relacion Sumaria*, MS. (\*)

(\*) Esta relacion ha sido publicada en francés por Mr. Ternaux, (*Nonvelles Anuales des Voyages*, tom. 101) con este titulo: "Découverte et Conquête du Pérou."—N del T.

eclesiásticos, y las comunidades religiosas que pasaban una vida regalada con el producto de las tierras cultivadas por sus esclavos indios, solian pensar menos en la salvacion de las almas de estos que en sacar provecho del trabajo de sus cuerpos.<sup>8</sup>

Mas apesar de eso no faltaban en las colonias hombres honrados y juiciosos, que de cuando en cuando alzaban la voz para pedir el remedio de estos abusos y llevaban sus quejas hasta los pies del trono. Debe confesarse tambien en honor del gobierno, que se afanaba por obtener cuantos informes podia, tanto de sus propios empleados como de comisionados que enviaba espresamente con tal objeto, cuyas estensas comunicaciones derraman torrentes de luz sobre el estado interno del pais y proporcionan al historiador sus mejores materiales.<sup>9</sup> Pero pronto

<sup>8</sup> "Todos los conventos de Dominicos y Mercenarios tienen repartimientos. Ninguno dellos ha dotinado ni convertido un Indio. Procuran sacar dellos cuanto pueden, trabajarles en grangerias; con esto i con otras limosnas enriquecen. Mal ejemplo. Ademas convendrá que no pasen frailes sino precediendo diligente exámen de vida i doctrina" (*Relacion de las cosas que S. M. debe proveer para los Reynos del Perú, embiada desde los Reyes á la Côte por el Licenciado Mar-*

tel Santoyo, de quien va firmada en principios de 1542, MS.) Estas palabras del licenciado presentan otro lado del cuadro, muy diverso del que antes citamos tomándolo del P. Naharro. Con todo, no son inconciliables. La naturaleza humana tiene sus luces y sus sombras.

<sup>9</sup> Tengo en mi poder varias de estas *Relaciones* estendidas por individuos residentes en el Perú en respuesta á los interrogatorios del gobierno. Aunque el principal objeto de estos interro-

se echó de ver, que era mucho mas fácil el conseguir estos informes que el sacar partido de ellos.

En el año de 1541, Carlos V. que habia estado hasta entonces muy ocupado en los asuntos de Alemania, volvió á visitar los dominios de sus abuelos, en donde hubo quien llamase formalmente su atencion á los asuntos de las colonias. Presentáronle muchos memoriales relativos á ellas; pero nadie apeló con mas energia á la conciencia real que el Padre Las Casas, despues obispo de Chiapas. Este buen eclesiástico, cuya larga vida habia sido consagrada á los caritativos trabajos que le habian grangeado el honroso título de Protector de los Indios, acababa de escribir su famoso tratado de la Destruccion de las Indias, el memorial mas notable que acaso pueda hallarse de la maldad humana; pero que por desgracia pierde mucho de su efec-

gatorios era el averiguar qué clase de abusos existian y pedir que se indicase su remedio, muchas veces se dirigen á las leyes y costumbres de los antiguos Incas. Las respuestas son por lo mismo de gran valor para el que estudia la historia. De todos los documentos de esta clase que tengo en mi poder, el mas importante es el de Ondegardo, corregidor del Cuzco, que abraza cerca de cuatrocientas páginas en folio,

y perteneció en otro tiempo á la preciosa coleccion de Lord Kingsborough. Es imposible leer estos minuciosos y exactos informes sin quedar plenamente persuadido del empeño que tomaba la corona en averiguar los abusos introducidos en el gobierno interior de las colonias, y de su recta intencion de remediarlos. Los colonos no solian coadyunar por desgracia, á estos laudables fines,

to á causa de la credulidad del escritor y de su conocida propension á exagerar.

En 1542 puso Las Casas su manuscrito en manos de su soberano. El mismo año se reunió en Valladolid una junta compuesta principalmente de juristas y de teólogos, con el objeto de formar un código de leyes para el gobierno de las colonias americanas.

Las Casas se presentó á la junta é hizo un esmerado razonamiento, del que solo se ha dado al público una parte. Asienta en él como proposicion fundamental que los Indios eran libres por la ley natural; que como vasallos de la corona tenian derecho á su proteccion, y desde aquel momento debian ser declarados libres para siempre, sin restriccion alguna.<sup>10</sup> Defiende su proposicion con multitud de argumentos diversos, comprendiendo lo sustancial de cuanto han alegado despues en la misma causa los amigos de la humanidad, manifestando que si el gobierno no ponía remedio, la opresion sistemáti-

<sup>10</sup> Otro obispo y tambien dominico, aunque ciertamente muy poco parecido á Las Casas, recomienda en los términos mas anérgicos la perpetua emancipacion de los Indios. Este es el tema principal de una carta del P. Valverde al gobierno, ya antes citada, cuyo tenor general hace siñ duda mas honor á su humanidad que algunos pasages que

de él nos cuenta la historia.—“A. V. M. representarán allá los conquistadores muchos servicios, dándolos por causa para que los dexen servir de los indios como de esclavos: V. M. se los tiene muy bien pagados en los provechos que han avido desta tierra, y ne los ha de pagar con hazor á sus vasallos esclavos.” Carta de Valverde al Emperador. MS.

ca de los Españoles iría acabando poco á poco con la raza indígena. Sostiene por último que si los Indios, como se aseguraba, no trabajarían si no se les obligaba á ello, los blancos se verían precisados por su propio interés á cultivar la tierra, y que si acaso no podían, eso no les daba ningún derecho sobre los Indios, "porque Dios prohíbe hacer el mal, por mas que haya de resultar bien."<sup>11</sup> Debe tenerse presente que esta moral sublime salía de los labios de un Domingo en el siglo XVI; de un individuo de la órden que fundó la Inquisición, y en el país mismo en que aquel feroz tribunal ejercía entonces sus funciones con mas celo.<sup>12</sup>

El egoismo, la indiferencia y el fanatismo hicieron á los argumentos de Las Casas la oposicion que ya debía esperarse. También los contrariaron en su auditorio, algunas personas de ideas rectas y compasivas, quienes aunque calificaban su razonamiento de exacto en el todo, y

11. "La loi de Dieu défend de faire le mal pour qu'il en résulte du bien." Œuvres de Las Casas, évêque de Chiapa, trad. par Llorente, (Paris, 1822.) tom. I. p. 251.

12. Es una coincidencia curiosa que este razonamiento de Las Casas se haya publicado la primera vez, aunque traducido á otra lengua, por un secretario de la Inquisición como era Llo-

rente. El original permanece MS. Es singular que estas obras que contienen las ideas de este gran filántropo sobre asuntos de tanto interés para la humanidad, no hayan sido consultadas con mas frecuencia, ó á lo menos citadas, por los que despues han seguido sus huellas. Son un arsenal de donde pudieron sacarse muchas armas útiles para la buena causa.

se lastimaban mucho del mal trato de los indígenas, dudaban si sus proyectos de reforma acarrearían males mayores que los que se trataba de remediar. Las Casas era el amigo de la humanidad y no transiguía. Se atrincheró en su terreno del derecho natural, y sumejante á muchos reformadores de nuestros días, no se paraba á calcular las consecuencias de llevar los principios hasta el extremo sin restriccion alguna. Su fervorosa elocuencia animada del mas generoso amor á la humanidad, y apoyada por una multitud de hechos que no era fácil poner en duda, venció al fin á sus oyentes. El resultado de sus deliberaciones fué un código de leyes, que lejos de limitarse á las necesidades de los Indios, se refería particularmente á la poblacion europea y á las revoluciones del país. Debía aplicarse en general á todas las colonias americanas, aunque aquí solo será necesario señalar algunas providencias que tenían conexión mas inmediata con el Perú.

Los Indios fueron declarados fieles y legítimos vasallos de la corona, y como tales se les reconoció formalmente por libres. Mas para no quebrantar las estipulaciones hechas con los Conquistadores, se resolvió que los que poseyesen esclavos legalmente pudiesen conservarlos; pero que á la muerte del actual poseedor se restituyesen á la corona.

Se dispuso, sin embargo, que de todas maneras perdiesen los esclavos aquellos que se hubiesen mostrado indignos de tenerlos por su abandono ó mal trato: todos los empleados públicos, y cuantos tuviesen cargo dependiente del gobierno: los eclesiásticos y comunidades religiosas; y por último (cláusula bien general) todos los que hubiesen tomado una parte criminal en las disenciones de Almagro y de Pizarro.

Proveyóse además que se impusiese un tributo moderado á los Indios; que no se les obligase á trabajar cuando no quisiesen, y que si fuese preciso hacerlo por alguna circunstancia particular, se les remunerase competentemente. Se decretó también que como había muchos repartimientos de tierras excesivos, en tal caso se redujesen, y que cuando fuese público que los propietarios tratasen mal á sus esclavos, perdiesen del todo sus terrenos.

Como el Perú había mostrado siempre un espíritu de desobediencia que exigía de parte del gobierno una intervención mas enérgica que en las otras colonias, se resolvió mandar á aquel país un virey quien debía ostentar una pompa é ir provisto de tan amplios poderes que le hiciesen un representante mas digno del soberano. Había de ir acompañado de una Audiencia real compuesta de cuatro oidores, con amplia jurisdicción tanto en lo civil como en lo criminal, y que

además de ser una tribunal de justicia sirviera como de consejo para ayudar al virey y dar su opinion en los negocios árdulos. La Audiencia del Panamá quedaba suprimida, y el nuevo tribunal con el virey y su corte se habían de fijar en Los Reyes llamado también Lima, ciudad que debía ser en adelante la metrópoli del imperio español en el Pacífico.<sup>13</sup>

Estas eran algunas de las disposiciones mas notables del nuevo código, que tocando en los vínculos sociales mas delicados minaba los cimientos de la propiedad, y de una plumada, por decirlo así, convertía una nación de esclavos en un pueblo libre. Ya podemos suponer que no se necesitaba mucha prevision para adivinar que en las remotas regiones de América, y especialmente en el Perú, donde los colonos se habían acostumbrado á una licencia desenfrenada, una reforma tan saludable en sus puntos esenciales no podría ponerse en práctica tan repentinamente sino á costa de una revolucion.—A pesar de eso las ordenanzas fueron sancionadas por el emperador aquel mismo año, y en Noviembre de 1543 se publicaron en Madrid.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Las provisiones de este famoso código se encuentran con mas ó menos exactitud, (generalmente menos) en los diversos escritores contemporáneos. Herrera las trae *in extenso*. Hist. Ge-  
 neral. dec. 7, lib. 6, cap. 5.  
<sup>14</sup> Las Casas consiguió que el rey mirase este como un asunto de conciencia, representándole que la Santa Sede había concedido á los soberanos Españoles

Apenas se hizo público su contenido cuando lo comunicaron á los colonos sus amigos de Esdaña por medio de uná multitud de cartas que les dirigieron. Las noticias corrieron como un rayo por toda la tierra desde Mexico hasta Chile, y todos quedaron estupefactos al ver la ruina que les amenazaba. En el Perú especialmente apenas habia uno que pudiese abrigar esperanzas de que no le alcanzase algo la ley. Pocos eran los que una vez ú otra no habian tomado parte en las discordias civiles de Pizarro y Almagro, y de los restantes aun eran menos los que no se veian comprendidos en algunas de las insidiosas cláusulas como un red tendida para envolverles por todos lados.

Púsose todo el país en movimiento: los hombres se reunian tumultariamente en las plazas públicas, y cuando se leian las nuevas ordenanzas eran recibidas con murmullos y silvidos. “Este es el fruto, exclamaban. “de nuestro trabajo? ¿Para esto hemos derramado á torrentes nuestra sangre? Ahora que estamos estropeados por tantos trabajos y fatigas nos encontramos al fin de nuestras campañas tan pobres como al principio. ¿De este modo recompensa el gobierno los servicios con que le hemos dado

el derecho de conquista con la expresa condicion de convertir á los fieles, y que el Todopode-

roso le haria responsable del cumplimiento de este encargo. Cu- vres de las Casas, ubi supra.

un imperio? Apenas nos ha ayudado el gobierno para hacer la conquista, y lo que hemos alcanzado lo debemos á nuestras buenas espadas; y con estas mismas espadas,” añadian tomando un tono de amenaza, “sabremos defenderlo.” El cansado veterano apartaba entonces su ropa, y desnudando su brazo ó descubriendo su pecho, mostraba sus cicatrices como los mejores títulos de sus haciendas.<sup>15</sup>

El gobernador Vaca de Castro veia con la mayor inquietud la tormenta que se iba formando por todos lados. El mismo se hallaba en el foco del descontento, porque el Cuzco, habitado por una poblacion heterogénea y desordenada, estaba tan escondido entre las montañas que se comunicaba mucho menos con la metrópoli, y por consiguiente estaba mucho menos sujeto á su influencia, que las grandes ciudades de la costa. Los habitantes acudieron luego al gobernador para que les protegiese contra la tiranía de la corte; pero él trató de calmar la agitacion haciéndoles

<sup>15</sup> Carta de Gonzalo Pizarro á Pedro de Valdivia, MS., desde Los Reyes, á 31 de Octubre de 1538.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 1.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 6, cap. 10, 11.

Benalcazar, en una carta á Carlos V. se desata en una serie de invectivas contra las ordenanzas, que despojando á los hacendados de sus esclavos indios, de-

bian sin remedio reducir el país á la miseria. Benalcazar era conquistador y uno de los mas respetables. Su discurso es una buena muestra de las razones que alegaba su partido en este asunto, y un antidoto eficaz contra el de Las Casas. Carta de Benalcazar al Emperador, MS., desde Cali, 20 de Diciembre de 1544.

ver que con esas medidas violentas solo conseguirian lo contrario á sus deseos. Les aconsejó que nombrasen diputados para que pusiesen su peticion á los pies del trono, manifestando lo impracticable del nuevo proyecto de reforma, y les conjuró que esperasen con paciencia la llegada del virey, de quien tal vez conseguirian que suspendiese la ejecucion de las ordenanzas hasta tanto que viniesen de Castilla nuevas instrucciones.

Mas no era fácil aplacar la tempestad, y el pueblo buscaba con ansia una persona cuyos intereses e inclinaciones estuviesen en consonancia con los suyos, y cuya posicion en la sociedad le hiciese capaz de impartirle proteccion. La persona á quien naturalmente volvieron los ojos en esta crisis fué Gonzalo Pizarro, el último individuo que allí les quedaba de la familia que dirigió los ejércitos de la conquista, caballero cuyo valor y trato franco le habian ganado siempre el favor del pueblo. Asediábanle, pues, todos con peticiones para que mediase con el gobierno en favor suyo y les protegiese contra las tiránicas ordenanzas.

Pero Gonzalo Pizarro se hallaba en Charcas muy ocupado en registrar las ricas vetas del Potosí, cuyos manantiales de plata acabados de descubrir debian derramar pronto sobre la Europa torrentes de riqueza. Aunque le lisongea-

ba el que le pidiesen proteccion, pensaba mas el precavido caballero en proeurarse los medios para su empresa, que en acometerla antes de tiempo, y al paso que en secreto animaba á los descontentos, no se comprometia tomando parte en alguna tentativa de revolucion. En aquellos días recibió carta de Vaca de Castro, cuyo ojo vigilante espiaba todas las fases del movimiento, amonestando á Gonzalo y á sus amigos que no se olvidasen de lo que debian á su rey, dejándose seducir por algun descabellado proyecto de reforma. Y para contener mas eficazmente estos movimientos ilegales, mandó el gobernador á sus alcaldes que prendiesen á todo el que usara de lenguaje sedicioso, y le aplicasen inmediatamente el castigo. Con esta conducta firme y moderada al mismo tiempo impuso respeto al populacho, y por entonces se sosegaron las agitadas olas, aguardando todos con impaciencia la llegada del virey.<sup>16</sup>

La persona escogida para este delicado puesto fué un caballero de Avila llamado Blasco Nuñez Vela. Era un hidalgo de familia antigua, de buena figura, aunque ya algo entrado en años, y con fama de valiente y religioso. Habia desempeñado algunos puestos de importancia á sa-

<sup>16</sup> Ibid., ubi supra.—Zárate, MS.—Carta de Gonzalo Pizarro Conq. del Perú, ubi supra.—Pe- á Valdivia, MS.—Montesinos, otro Pizarro, Descub. y Conq., Arzob., MS., año 1543.

tisfaccion de Cárlos V., quien le nombró ahora para este empleo del Perú. Esta eleccion no hizo mucho honor al discernimiento del monarca.

Podrá parecer estraño que esta plaza importante no se diese á Vaca de Castro, que ya se encontraba en aquel pais, y que se habia mostrado tan capaz de desempeñarla. Pero desde que se le envió al Perú todo habia sido una cadena de asesinatos, levantamientos y guerras civiles que pusieron la infeliz colonia al borde de su ruina, y aunque gracias á su sabia administracion todo habia vuelto al órden, las comunicaciones con las Indias eran tan tardias, que los resultados de su politica aun no eran conocidos por entero. Como se trataba ademas de hacer innovaciones importantes en el gobierno se creyó mas conveniente enviar un individuo que no tuviese que vencer ninguna animosidad personal por la parte que ya hubiese tomado en los sucesos, y que viniendo directamente de la corte revestido de poderes estraordinarios, se presentase con mayor autoridad que pudiera otro que el pueblo se hubiese acostumbrado á ver desempeñado un puesto inferior. El monarca, sin embargo, escribió una carta de su propio puño á Vaca de Castro dándole las gracias por sus servicios, y previniéndole que despues de ayudar al nuevo virey con el fruto de su larga experiencia, volviese á Castilla á ocupar su asien-

to en el Consejo. Otras cartas llenas como estas de cumplimientos, se enviaron á los colonos fieles que habian auxiliado al gobernador en las últimas evoluciones del pais. Cargado con estos testimoniales y con las malhadadas ordenanzas, se embarcó el virey Blasco Nuñez en San Lucar el 3 de Noviembre de 1543. Iba acompañado de los cuatro oidores de la Audiencia, y de una numerosa comitiva, para que pudiera presentarse con la pompa correspondiente á su elevado rango.<sup>17</sup>

A mediados de Enero siguiente, año de 1544, desembarcó el virey en Nombre de Dios, despues de una travesia feliz. Encontró allí un buque cargado de plata de las minas del Perú, pronto á hacerse á la vela para España. Su primer paso fué embargar el buque para el gobierno, por contener productos del trabajo de esclavos. Despues de esta estraordinaria medida, tomada contra la opinion de la Audiencia, atravesó el istmo y llegó á Panamá. Dió allí una buena muestra de su politica futura haciendo poner en libertad y enviando á su patria mas de trescientos Indios traídos del Perú por sus amos. Esta medida violenta causó la mayor sensacion en la ciudad, y los oidores se opusieron á ella

<sup>17</sup> Carta de Gonzalo Pizarro Fernandez, Hist. del Perú, Par. á Valdivia, MS.—Herrera, Hist. te 1, lib. 1, cap. 6.—Zárate, MS. General, dec. 7, lib. 6, cap. 9.—

con todas sus fuerzas. Le rogaban que no comenzase á ejecutar su comision tan precipitadamente, sino que aguardase hasta llegar á la colonia y tomar algun conocimiento del pais y del carácter del pueblo. Pero Blasco Nuñez respondió secamente "que no habia venido para contemporizar ni para examinar la conveniencia de las leyes, sino para ejecutarlas, y que las ejecutaría al pie de la letra cualesquiera que fuesen las consecuencias."<sup>18</sup> Esta respuesta y el tono decisivo con que la dió, cortaron desde luego la disputa; porque los oidores vieron que era inútil el disputar con un hombre que al parecer miraba toda advertencia como una tentativa para apartarle de su deber; y que tenia formadas de este deber tales ideas que no le permitian hacer ningun uso discrecional de su autoridad aunque el bien público lo exigiese.

Dejó el virey la Audiencia en Panamá por hallarse enfermo uno de sus individuos, y continuó su viage costeando las riberas del Pacífico, hasta que el 4 de Marzo tomó tierra en Tumbes. Fué allí muy bien recibido por los fieles habi-

<sup>18</sup> Estas y otras cosas le dixo el Licenciado Zarate: queno fue-ron del gusto del Virey: antes se enojó mucho por ello, y respondió con alguno, aspereza: jurando: que avia de executar las or-

denanças como en ellas se contenia: sin esperar para ello términos algunos, ni dilaciones." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 1, cap. 6.

antes, se publicaron sus poderes, y la gente quedó asombrada de la magnificencia y pompa que desplegaba, pues no se habia visto hasta entonces cosa igual en el Perú. Aprovechó desde luego una ocasion para dar á conocer la conducta que se proponia seguir, poniendo en libertad unos Indios esclavos á pedimento de sus caciques. Continuó luego su jornada por tierra, y mostró su determinacion de ajustarse tambien él mismo á la letra de las ordenanzas, haciendo llevar su equipaje en mulas cuando era posible; y donde era absolutamente indispensable hacer uso de los Indios, les pagaba liberalmente su trabajo.<sup>19</sup>

Todo el pais se llenó de consternacion con las noticias, sin duda exageradas, que se hacian circular con empeño por todas partes, de los hechos del virey y de sus conversaciones, bien imprudentes á la verdad. Volviéronse á reunir juntas en las ciudades; se disputaba sobre si seria conveniente impedirle el pasar mas adelante, y una comision de los vecinos del Cuzco que se hallaba en Lima azuzaba al pueblo para que le cerrase las puertas de la capital. Pero Vaca de Castro habia ya pasado del Cuzco á Lima á las primeras noticias de la venida del virey, y

<sup>19</sup> Zárte, Conq. del Perú, Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. lib. 5, cap. 2.—Fernandez, Hist. —Montesinos, Anales, MS., año del Peru, ubi supra.—Carta de 1544.

con algun trabajo consiguió de los habitantes que no faltasen á la fidelidad debida, sino que recibiesen al nuevo gobernador con los honores correspondientes, y confiasen en que cuando mirase las cosas con mas calma tal vez suspenderia la ejecucion de las leyes, hasta tanto que se impusiese de todo al emperador.

Pero la mayor parte de los Españoles despues de lo que habian oido, confiaban muy poco en el remedio que pudiera venirles por aquí. Volvieron, pues, los ojos con mas empeño que nunca á Gonzalo Pizarro, y le llovian cartas y memoriales de todos los puntos del pais, invitándole á tomar á su cargo el oficio de protector. Estas peticiones recibieron respuesta mas favorable que en la vez primera.

Habia á la verdad muchos motivos que conspiraban para mover á Gonzalo. A su familia debia principalmente la España esta nueva adición á su imperio ultramarino, y habia mirado como el mayor agravio que el gobierno de la colonia se hubiese fiado á otras manos y no á las suyas. Así lo habia sentido á la llegada de Vaca de Castro, y con mas viveza cuando el nombramiento de un virey le hizo ver que era política constante de la corona el apartar á su familia del manejo de los negocios. Su hermano Hernando se consumia en una prision, y él mismo iba á ser sacrificado como víctima princi-

pal de las fatales ordenanzas. Porque ¿quién habia tomado una parte mas notable en la guerra civil con Almagro el viejo? Y era voz común (acaso serian hablillas), que el virey habia dicho que Pizarro recibiria el castigo correspondiente.<sup>20</sup> No habia tampoco en todo el pais quien estuviese mas interesado, ni quien tuviese mas que perder en la revolucion. Abandonado así del gobierno conoció que era ya tiempo de mirar por sí propio.

Aceptó, pues, la invitacion de pasar al Cuzco, y para ello tomó consigo unos diez y ocho ó veinte caballeros de su mayor confianza, y una gran cantidad de plata de sus minas. Al acercarse á aquella capital se encontró con una gran tropa de gente que salia á recibirle, haciendo resonar el aire con sus esclamaciones y saludándole con el título de Procurador General del Perú. Inmediatamente confirmó este título el ayuntamiento de la ciudad, quien le invitó á ir á Lima al frente de una comision, para presentar sus quejas al virey y pedir que se suspendiesen las ordenanzas.

<sup>20</sup> Decia el virey que no era culpados en la batalla de las Salinas i en las diferencias de Almagro, i que una tierra como esta no era justo que estuviese en poder de gente tan vaxa que llamaba el á los desta tierra porqueros y arrieros. sino que estuviese toda en la Corona real." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

"Que así me la havia de cortar á mí i á todos los que havian sido notablemente, como el decia.

Pero la llama de la ambicion habia ya prendido en el pecho de Pizarro. Sentíase fuerte con el afecto del pueblo, y al verse en una posición mas elevada, sus deseos se elevaron tambien y tomaron mayor vuelo. Mas si acaso abrigaba en su pecho alguna ambicion criminal, la ocultaba diestramente á los otros y aun acaso á sí mismo. El único objeto que llevaba en todo era, segun decia, el bien del pueblo;<sup>21</sup> frase sospechosa que comunmente significa el bien del individuo. Pidió luego permiso para levantar y organizar una fuerza armada, y para sí el nuevo título de Capitan General. Sus miras eran completamente pacíficas; pero no era prudente, si no tenia quien le sostuviese, el pedir nada á una persona del carácter impaciente y despótico del virey. Pretendian ademas los amigos de Pizarro, que esta fuerza se pedia con el objeto de libertar al país de su antiguo enemigo el Inca Manco, quien andaba por las montañas circunvecinas con un cuerpo de guerreros, pronto á caer sobre los Españoles á la primera oportunidad. El ayuntamiento del Cuzco vacilaba, y con razon, en conferir unos poderes tan superiores á sus facultades legítimas; pero Pizarro anunció su propósito de renunciar el encargo de

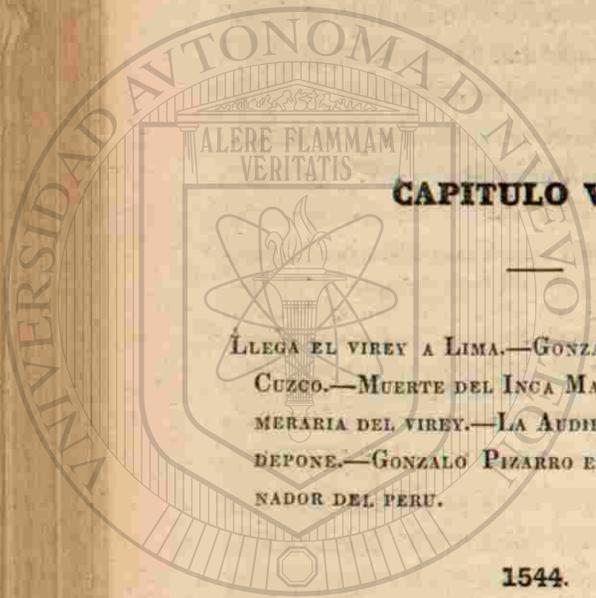
<sup>21</sup> "Diciendo que no queria nada para sí, sino para el beneficio universal, i que por todos havia de poner todas sus fuerzas." Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 7, cap. 20.

procurador si no se le concedian; y los esfuerzos de sus partidarios, apoyados por el pueblo, acallaron al fin los escrúpulos de los magistrados, y concedieron al ambicioso caudillo el mando militar á que aspiraba. Pizarro lo aceptó, asegurando con toda modestia, que lo recibia "únicamente para hacer servicio al rey, á las indias y sobre todo, al Perú."<sup>22</sup>

<sup>22</sup> "Acepté lo por ver que en ello hacia servicio á Dios i á S. M, i gran bien á esta tierra i generalmente á todas las Indias." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1544.

Herrera, Hist. General, dec. 7,

lib. 7, cap. 19, 20.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 4, 8.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 1, cap. 8.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1544.



**CAPITULO VIII.**

LLEGA EL VIREY A LIMA.—GONZALO PIZARRO SALE DEL CUZCO.—MUERTE DEL INCA MANCO.—CONDUCTA TEMERARIA DEL VIREY.—LA AUDIENCIA LE PRENDE Y LE DEPONE.—GONZALO PIZARRO ES PROCLAMADO GOBERNADOR DEL PERU.

1544.

Mientras pasaban los sucesos referidos en las páginas anteriores. Blasco Nuñez había ido caminando hacia Sima. Pero el desafecto que su conducta había criado entre los colonos, se hizo patente en el frío recibimiento que á veces le hicieron en el camino, y en las pocas comodidades que proporcionaron á él y á su comitiva. En un lugar en que pasó la noche halló sobre la opuerta esta inscripción de mal agüero: "A quien me viniere á quitar mi hacienda, quitarle he la

vida." <sup>1</sup> Sin que nada le arredrase ni le apartase de su propósito, el inflexible virey continuó su marcha hacia la capital, cuyos habitantes precedidos por Vaca de Castro y las autoridades municipales salieron á recibirle. Entró con gran pompa bajo un palio de tela carmesí con las armas de España bordadas en él, cuyas gruesas varas de plata maciza llevaban los regidores. Delante de él iban los maceros, y despues de prestar el juramento en las casas consistoriales, pasó la comitiva á la catedral donde se cantó el *Te Deum* y Blasco Nuñez quedó instalado en su nueva dignidad de virey del Perú. <sup>2</sup>

Su primer acto fué hacer pública su determinacion respecto á las ordenanzas. No venia au-

<sup>1</sup> Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 7, cap. 18.

<sup>2</sup> "Entró en la ciudad de Lima á 17 de Mayo de 1544: salióle á recibir todo el pueblo á pié y á caballo dos tiros de ballesta del pueblo, y á la entrada de la ciudad estaba un arco triunfal de verde con las Armas de España, y las de la misma ciudad; estaban le esperando el Regimiento y Justicia, y oficiales del Rey con ropas largas, hasta en pies de carmesí, y un palio del mismo carmesí alforado en lo mismo, con ocho baras guarnecidas de plata y tomaronle debajo todos á pié, cada Regidor y Justicia con una bara del palio; y el Virrey en su

caballo con las mazas delante; tomaronle juramento en un libromisal, y juró de las guardar y cumplir todas sus libertades y provisiones de S. M.; y luego fueron desta manera hasta la iglesia, salieron los clérigos con la cruz á la puerta y le metieron dentro cantando *Te deum laudamus*, y despues que obo dicho su oracion, fué con el cabildo y toda la ciudad á su palacio donde fué recibido y hizo un parlamento breye en que contentó á toda la gente." Relacion de los sucesos del Perú desde que entró el virey Blasco Nuñez acaecidos en mar y tierra, MS.

torizado para suspender su ejecucion, y estaba resuelto á cumplir su encargo; pero ofrecia unirse á los colonos para dirigir al emperador un memorial pidiendo se revocasen unas leyes que ya conoçia no serian de provecho para el pais ni para la corona.<sup>3</sup> Es extraño que habiendo manifestado este modo de pensar, no quisiese Blasco Nuñez cargar con la responsabilidad de suspender las leyes, hasta que el soberano estuviese impuesto de las consecuencias que sin remedio deberian seguirse, si se persistia en llevarlas á efecto. El bajá de un déspota turco que se hubiese tomado esta libertad en servicio de su señor, podia contar ciertamente con el fatal cordon. Pero el ejemplo del prudente virey de México, Mendoza, que tomó este partido en una crisis semejante y precisamente en la misma época, mostró su conveniencia en las actuales circunstancias. El suspendió las ordenanzas hasta que se impusiese al emperador de las consecuencias que podrian seguirse si se empeñaba en ejecutarlas, y México se libertó de una revolucion.<sup>4</sup> Pero Blasco Nuñez no era tan sábio como Mendoza.

Los recelos del público estaban muy lejos de disiparse. Se formaban intrigas secretas en

3 "Porque llanamente el con- Perú, lib. 5, cap. 5.  
fesaba, que así para su Magestad, 4 Fernandez, Hist. del Perú,  
como para aquellos Reinos, eran Parte 1, lib. 1, cap. 2, 5.  
perjudiciales." Zárate, Conq. del

Lima y se mantenía correspondencia con varias ciudades. No se introdujo, sin embargo, la menor desconfianza en el pecho del virey, y cuando le informaron de los preparativos que hacia Gonzalo Pizarro, no tomó otra medida que enviarle un mensaje á su campo, dándole parte de los amplios poderes que traia, y exigiéndole que deshiciese sus tropas. Creia, segun se ve, que una sola palabra suya bastaria para disipar la rebelion. Pero se necesitaba algo mas que un soplo para dispersar la férrea soldadesca del Perú.

Gonzalo Pizarro en el entretanto se ocupaba activamente en formar su ejército. Su primer paso fué mandar traer de Guamanga diez y seis piezas de artillería enviadas allí por Vaca de Castro, quien no habia querido fiar estos instrumentos de [destruccion á la versátil gente del Cuzco en aquellas circunstancias. Gonzalo, que no se andaba con escrúpulos en cuanto al trabajo de los Indios, tomó seis mil para que le pasasen su tren de artillería por las montañas.<sup>5</sup>

Gracias á sus propias diligencias y á las de sus amigos, contaba á poco el activo capitán con una fuerza de cerca de cuatrocientos hombres, que aunque no muy imponente al pronto, confiaba en que se engrosaria en su bajada á la cos-

5 Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 8.

ta con las levadas que hiciese en las ciudades y pueblos del tránsito. Gastó cuanto dinero tenía en habilitar su gente y en los preparativos de la marcha; y para completar lo que faltaba no se detuvo en apoderarse de los caudales de la tesorería real, puesto que según él decía se trataba del bien público. Con este oportuno auxilio, sus tropas, bien montadas y provistas de todo, quedaron completamente listas para la campaña; y después de dirigirles una breve arenga en que tuvo cuidado de repetir que su empresa solo tenía un carácter pacífico, lo cual no se avenía muy bien con sus preparativos militares, salió Gonzalo Pizarro de los muros de la capital.

Antes de salir de ella recibió un refuerzo importante en la persona de Francisco de Carbajal, el veterano que hizo un papel tan importante en la batalla de Chupas. Se hallaba en Charcas cuando llegaron al Perú las noticias de las ordenanzas, y al punto resolvió abandonar el país y regresar á España, convencido de que el Nuevo Mundo ya no era la tierra que él buscaba, es decir, las Indias llenas de oro. Realizó todos sus bienes y se dispuso á embarcarse con su dinero en el primer buque que se proporcionara. Pero no se le presentó ninguna oportunidad, y ahora ya no podía tener esperanza de eludir la vigilancia del virrey. Con todo, aunque Pizarro le convidó con el empleo de tenien-

te suyo en la presente expedición, el veterano lo rehusó, diciendo que ya tenía ochenta años, y que deseaba volverse á su patria, para pasar tranquilamente los pocos días que le restaban de vida.<sup>6</sup> Mejor le hubiera estado el haber persistido en su negativa. Mas cedió al fin á las instancias de su amigo, y el breve espacio que le quedó de vida, fué bastante largo para cubrir su nombre de eterna infamia.

A poco de haber salido del Cuzco, supo Pizarro la muerte del Inca Manco. Fué asesinado por unos españoles de la facción de Almagro, que después de la derrota de su joven capitán se habían refugiado en el campamento de los Indios. Estos á su vez acabaron con todos los Españoles. Es imposible determinar á quien debe echarse la culpa de la pendencia, porque no habla de ella ninguno de los que allí se hallaban entonces.<sup>7</sup>

La muerte de Manco Inca, con cuyo nombre era comunmente conocido, es un suceso que no debe pasarse en silencio en la historia del Perú, pues puede decirse que fué el último de su estirpe, á quien animó el espíritu heroico de los antiguos Incas. Aunque colocado por Pizarro en el trono, lejos de resignarse á ser un mero

<sup>6</sup> Herrera, Hist. General, dec. Conq., MS.—Garcilaso, Com. 7, lib. 7, cap. 22. Real. Parte. 2, lib. 4, cap. 7.

<sup>7</sup> Pedro Pizarro, Descub. y

instrumento suyo, pronto dió á entender el Inca Manco que su suerte no habia de estar ligada á la de los vencedores. Viendo desplomarse en derredor suyo las antiguas instituciones de su pais, peleó todavía con valor como Guatimozin, el último de los Aztecas, para sostener el vacilante edificio ó enterrar á los opresores bajo sus ruinas. Con el ataque dado á su capital del Cuzco, en que redujo á escombros una gran parte de ella, atajó los vuelos á las armas de Pizarro, y por algun tiempo estuvo suspensa la suerte de los conquistadores en la balanza del destino. Aunque rechazado al fin por la mayor inteligencia de su adversario, el jóven indio conservó el mismo espíritu indomable. Se retiró á las guaridas de sus montañas nativas, y saliendo de ellas cuando la ocasion se presentaba, caía sobre las caravanas de viajeros, ó sobre las partidas sueltas de tropa. En caso de una guerra civil ayudaba con sus fuerzas á la parte mas débil, prolongando de este modo la lucha del enemigo, y saciando su sed de venganza con el espectáculo de sus desdichas. Moviéndose ligeramente de un lugar á otro, se burlaba de sus perseguidores en las asperezas de las cordilleras, y rondando por las cercanías de las ciudades ó emboscándose en los caminos, consiguió el Inca Manco que su nombre fuese el terror de los Españoles. Muchas veces le propusieron

condiciones para un acomodo, y todos los gobernadores, hasta Blasco Nuñez, trajeron instrucciones de la corona para reducir al temible guerrero por cuantos medios estuviesen á su alcance. Pero Manco no confiaba en las promesas de los blancos, y quiso mas bien conservar en las montañas su agreste independenciam con los pocos valientes que le acompañaban, que vivir como esclavo en la tierra que en otro tiempo reconoció la soberanía de sus mayores.

Con la muerte del Inca Manco faltó uno de los principales pretextos para los preparativos militares de Pizarro; pero influyó en él muy poco, segun puede cualquiera imaginarse. Mas impresion le causó el habersele desertado algunos soldados en los primeros dias de la marcha. Varios caballeros del Cuzco asustados al verle apoderarse sin mas formalidad de los fondos públicos y al observar el aspecto hostil que tomaban las cosas, conocieron al parecer por la primera vez que iban en camino para una rebelion. Algunos de ellos acompañados de ciertos vecinos principales, se apartaron secretamente del ejército y corrieron á Lima á ofrecer sus servicios al virey. Las tropas se desanimaron con esta desercion: aun el mismo Pizarro vaciló por un momento en su propósito, y pensó retirarse á Charcas con unos cincuenta compañeros, para desde allí tratar de ajuste con el gobierno. Pe-

ro una poca de reflexion, ayudada de las razones del animoso Carbajal que nunca volvia la espalda á ninguna empresa, una vez comenzada, le convenció de que habia adelantado demasiado para retroceder, y de que su única esperanza consistia en ir adelante.

Aumentó su confianza otra muestra mas clara de la opinion pública que recibió poco despues. Un oficial llamado Puelles que mandaba en Guanuco, se le unió con una partida de caballería que le habia confiado el virey. A esta defeccion se siguieron otras, y al bajar Gonzalo á los llanos, vió irse aumentando gradualmente sus fuerzas, hasta contar doble número del que tenia cuando salió de la capital india.

Al ir atravesando con mas desahogo por el ensangrentado llano de Chupas, Carbajal le señalaba los diversos sitios del campo de batalla, y Pizarro podia haber hallado materia para profundas reflexiones meditando sobre la suerte de un rebelde. En Guamanga le recibieron los vecinos con los brazos abiertos, y muchos se apresuraron á alistarse en sus banderas, pues temblaban por sus propiedades, oyendo ponderar por todas partes el carácter inflexible del virey.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Fernandez, Hist. del Peru, dec. 7. lib. 8, cap. 5, 9.—Carta Parte 1, lib. 1, cap. 14, 16.—Záratea, Hist. de Gonzalo Pizarro á Valdivia, rate, Cong. del Perú, lib. 5, cap. 9, 10.—Herrera, Hist. General, del Perú, MS.

Este magistrado comenzó ya á conocer que se hallaba en una posicion crítica. Antes de que se verificarse la traicion de Puelles, mencionada arriba, recibió algunos avisos vagos de su intento, y aunque apenas les daba crédito, envió con gente á un capitán suyo llamado Diaz para que le atajase. Pero aunque este caballero salió con mucho empeño á su comision, pronto consiguieron de él que imitase el ejemplo de su camarada, y con la mayor parte de la gente que llevaba se pasó al enemigo. En las discordias civiles de este desgraciado pais, los hombres cambiaban con tanta facilidad de partido, que el hacer traicion á su gefe, ya casi no era una mancha en el honor de un caballero. Todos, no obstante, cualquiera que fuese el partido en que se alistasen, se jactaban de ser leales vasallos de la corona.

Viéndose así engañado por sus propios oficiales, y por aquellos al parecer mas fieles, llegó Blasco Nuñez á sospechar de cuantos le rodeaban. Sus sospechas recayeron por desgracia sobre algunos de los que merecian mas su confianza, y entre ellos sobre su antecesor Vaca de Castro. Este sujeto se habia conducido en la delicada posicion en que se encontraba, con su acostumbrada prudencia y con la mayor integridad y honradez. Habia hablado largamente con el virey, y bien le hubiera estado á Blasco Nu-

ñez si supiera aprovecharse de su experiencia. Pero la altura del puesto en que se veía colocado le desvanecía, y tenía formado un concepto demasiado alto de su propia discrecion para hacer mucho caso de los consejos de su experimentado predecesor. El virey sospechó de él que mantenía una correspondencia secreta con sus enemigos del Cuzco; sospecha que segun parece no tuvo otro fundamento que la amistad particular que profesaba Vaca de Castro á estos individuos, segun era público. Mas para Blasco Nuñez lo mismo era la sospecha que la certidumbre; mandó, pues, prender á Vaca de Castro y que se le pusiese á bordo de uno de los buques que habia en el puerto. A este paso avanzado se siguió el arresto y encierro de otros varios caballeros, acaso por motivos igualmente frívolos.<sup>9</sup>

Dirigió entonces su atencion al enemigo, y apesar del mal éxito de su primera tentativa no desesperaba de conseguir algo por medio de negociaciones. Envió, pues, otra embajada al campo de Pizarro presidida por el obispo de Lima con promesas de una amnistía general, y otras disposiciones mas lisonjeras para el comandante. Però este paso, sobre hacer pública su fla-

9 Zárate, Conq. del Perú, dez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 5, cap. 3.—Pedro Pizarro. 1, esp. 10. Descub. y Conq., MS.—Fernan-

queza, no tuvo mejor éxito que el precedente.<sup>10</sup>

Visto esto por el virey comenzó con actividad sus preparativos para la guerra. Su primera diligencia fué poner á la capital en estado de defensa, aumentando sus fortificaciones y formando parapetos en las calles. Mandó hacer un alistamiento general de los vecinos y pidió gente á las ciudades comarcanas, que anduvieron algo remisas en acudir á su llamado. Alistó en el puerto una escuadra de ocho ó diez velas, para obrar de concierto con las fuerzas de tierra. Quitó las campanas de las iglesias y las empleó en fabricar mosquetes;<sup>11</sup> y se hizo de dinero tomando los quintos reunidos en la tesorería real. Ofreciéronse á los soldados enganches escesivos, y segun las exorbitantes sumas que pagó por mulas y caballos, se viene á conocer que el oro, ó mas bien la plata, era la mercancía de menos valor en el Perú.<sup>12</sup> Con estas diligencias

10 El obispo Loaysa fué despojado de sus papeles y ni siquiera le permitieron pasar al campamento, por temor de que su presencia hiciese vacilar la constancia de los soldados. (V. Relacion de los sucesos del Perú, MS.) La relacion de este suceso ocupa mas espacio del que merece en la mayor parte de las autoridades.

11 "Hizo hacer gran copia de acabuces, así de hierro, como

de fundicion, de ciertas campanas de la Iglesia mayor, que para ello quitó." Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 6.

12 Blasco Nuñez pagó, segun Zárate que debía saberlo bien, doce mil ducados por treinta y cinco mulas.—"El Visorrei les mandó comprar, de la Hacienda Real, treinta y cinco machos, en que hiciesen la Jornada, que costaron mas de doce mil ducados." (Zárate, Conq. del

reunió pronto el activo gefe una fuerza mucho mayor que la de su adversario: mas ¿qué confianza podia tener en ella?

Mientras se hacian estos preparativos llegaron á Lima los oidores de la Audiencia. Durante toda la marcha no habian mostrado mucho respeto, ni á las ordenanzas ni á la voluntad del virey, porque habian cargado á los pobres Indios con tan poca consideracion como los conquistadores mismos. Ya hemos visto la falta de armonía que se notaba entre ellos y su presidente desde Panamá, y esta se hizo mas notable despues de su llegada á Lima. Desaprobaban uno por uno todos sus pasos; su resistencia á suspender las ordenanzas, aunque en realidad no se le habia ofrecido últimamente ninguna ocasion de ejecutarlas; los preparativos de defensa, declarando que mas bien debia haber fiado el éxito á las negociaciones; y por último, la prision de tantos leales caballeros, que calificaron de un acto arbitrario, enteramente ageno de su autoridad, y no vacilaron en ir personalmente á la cárcel, y sacar á los cautivos de su encierro.<sup>13</sup>

Este paso atrevido, al mismo tiempo que les rangeó el afecto del pueblo, cortó del todo las

Perú, lib. 5, cap. 10.) Tales precios por unos animales tan abundantes despues en su país, no es extraño que sorprendan al Sudamericano en nuestros dias.

13 Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 1, cap. 10.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 8, cap. 2, 10.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

relaciones con el virey. Habia en la Audiencia un abogado nombrado Cepeda, hombre astuto y ambicioso, muy instruido en el ejercicio de su profesion, pero con mayor talento para la intriga. No se desdeñaba de emplear los rastreros artificios de un demagogo para lograr el favor del populacho, y pensaba sacar provecho de fomentar las desavenencias con Blasco Nuñez. Es preciso confesar que este último hizo cuanto estuvo de su parte para ayudar á su consejero en este laudable designio.

Un caballero llamado Suarez de Carbajal, que habia desempeñado por largo tiempo un empleo del gobierno, incurrió en el desagrado del virey por sospechas que tuvo de haber sido cómplice en la defeccion de unos parientes suyos que últimamente se habian unido á los descontentos. El virey le hizo venir á su palacio á una hora avanzada de la noche, y cuando le trajeron á su presencia le echó en cara su traicion con palabras ásperas. El negó con firmeza el cargo, usando de un tono tan altanero como el de su acusador; se acaloró el altercado y en un acceso de cólera el virey le hirió con su daga. Los criados tomando esto por una señal, atravesaron al punto con sus espadas al desdichado Suarez que cayó sin vida al suelo.<sup>14</sup>

14 "De lo qual el Visorei se poniendo mano á una Daga: i enojó tanto, que arremetiò á él, algunos dicen, que le hirió con

Muy asustado Blasco Nuñez al considerar las consecuencias de su temeraria accion, porque Carbajal era muy apreciado en Lima, mandó que el cadáver del asesinado se sacase de la casa por una escalera secreta, y se llevase á la catedral, donde envuelto en su ensangrentado ropage se depositó en una sepultura abierta á toda prisa para recibirle. Aquel trágico suceso presenciado por tantos testigos no podia mantenerse oculto por mucho tiempo. Algunos rumores vagos del caso, esplicaron la misteriosa desaparicion de Carbajal; se abrió la sepultura, y los despedazados restos del infeliz caballero probaron el delito del virey.<sup>15</sup>

Desde aquel punto se hizo Blasco Nuñez el objeto del ódio general, pues agravaba este crí-

ella por los pechos, aunque él afirmaba no haverle herido."— Así lo dice Zárate en su historia impresa. (Lib. 5, cap. 11.) En el original de su obra que se conserva manuscrito en Simancas, refiere el hecho sin limitacion alguna. "Luego el dicho Virrei echó mano á una daga, i arremetió con él, y le dió una puñalada, á grandes voces mandó que le matasen." (Zárate, MS.) Así lo creia sin duda de buena fé cuando se hallaba en aquel mismo lugar poco despues de ocurrido el suceso. El prudente historiador creyó conveniente limitar

algo sus palabras antes de la publicacion de su obra.—"Dicen que le dió varias heridas con su daga," dice, sin que emprenda libertarle del cargo, otro contemporáneo, muy bien impuesto de estos acontecimientos y favorable al virey. (Relacion de los sucesos del Perú, MS.) No hay duda, segun parece, de que así lo creian generalmente en aquel tiempo todos los que tenían mejores proporciones de averiguar la verdad.

15 Zárate, Conq. del Perú, ubi supra.

men la fea nota de ingratitud, por ser público que el difunto habia trabajado mucho desde el principio para que los vecinos se conformasen con su gobierno. Nadie sabia ya adonde iria á descargar el segundo golpe, ni cuando seria él mismo víctima de las desenfrenadas pasiones del virey. En este estado de cosas, algunos pedian proteccion á la Audiencia; pero muchos mas á Gonzalo Pizarro.

Aquel gefe habia ido acercándose poco á poco á Lima, de la que ya solo distaba algunas jornadas. Llenos de inquietud, Blasco Nuñez echó de ver el aislamiento en que se hallaba. Apartado de sus propios compañeros, contrariado por la Audiencia, vendido por sus soldados, bien conoció entonces las consecuencias de su imprudente conducta. Parecia no quedarle otro recurso que salir al campo á encontrar al enemigo, ó encerrarse en Lima para defenderla. Habia puesto la ciudad en un estado de defensa que daba á entender haber sido este su primer designio; pero ya no podia confiar en sus tropas y adoptó un nuevo partido, á la verdad bien estraño.

Fué este el abandonar la capital y retirarse á Trujillo, distante unas ochenta leguas. Las mugeres debian embarcarse en la flota con los bienes de los vecinos, para ser trasportadas por agua, y las tropas con el resto de los habitantes irian por tierra asolando todo el pais por donde

pasasen. Cuando Gonzalo Pizarro llegase á Lima se encontraría sin socorros para su ejército, y en este apuro no se empeñaría en una larga marcha al través de un desierto para ir á buscar al enemigo.<sup>16</sup>

No se percibe claramente qué se propuso conseguir el virey con este movimiento, como no fuese el ganar tiempo; pero lo cierto era que mientras mas tiempo había ganado hasta allí, había sido para mayor daño suyo. Era su suerte, sin embargo, el encontrar en todo la mas obstinada oposicion de parte de los oidores. Pretendian estos que no tenia facultades para tomar tal determinacion, y que la Audiencia no podía celebrar legalmente sus acuerdos fuera de la capital. Blasco Nuñez persistió en su resolucion y amenazó á la Audiencia con usar de la fuerza, si era necesario. Los oidores acudieron á los vecinos para que les ayudasen á oponerse á medida tan arbitraria. Juntaron tropas para su defensa, y el mismo dia firmaron un auto de prision contra el virey.

Entrada ya la noche, dieron aviso á Blasco Nuñez de los preparativos hostiles de los oidores. Reunió al punto su gente, que pasaba de doscientos hombres, se armó y se dispuso á mar-

<sup>16</sup> Ibid., lib. 5, cap. 12.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 1, cap. 13.

char contra la Audiencia, al frente de su tropa. Esto era lo que debía hacerse, porque en una crisis como aquella que exigia prontitud y resolucion, la presencia del caudillo era necesaria para el buen logro de los fines. Mas cedió por desgracia á las instancias de su hermano y de otros amigos, quienes le disuadieron de esponer temerariamente su vida en aquel lance.

Lo que Blasco Nuñez dejó de hacer, cuidaron de hacerlo los oidores. Marcharon al frente de sus partidarios cuyo número, aunque pequeño al principio, estaban seguros de que se aumentaría con los voluntarios que se agregasen en el camino, é iban gritando, "Libertad, libertad! Viva el rey! Viva la Audiencia!" Comenzaba á amanecer, y los vecinos, despertando sobresaltados, corrían á las ventanas y balcones, é informados del fin de aquel movimiento, algunos tomaban sus armas y acudían á sostenerlo, mientras que las mugeres agitando sus pañuelos animaban á los agresores.

Cuando la turba llegó frente al palacio del virey se detuvo por un momento, dudando lo que haría. Dióse orden de hacer fuego por las ventanas, y una descarga pasó por encima de sus cabezas. Nadie fué herido; y la mayor parte de los soldados de Blasco Nuñez con casi todos los oficiales, incluso algunos de los que se habían mostrado tan solícitos por la seguridad perso-

nal del virey, se unieron públicamente al populacho. El palacio fué entonces tomado y entregado al saqueo. Blasco Nuñez abandonado de todos, menos de unos cuantos servidores fieles, no opuso ninguna resistencia. Se entregó á los enemigos, y fué llevado ante los jueces, quienes le pusieron en un estrecho encierro. Llenos de gozo los vecinos por el buen resultado, dispusieron un banquete para la tropa, y el negocio terminó sin pérdida de una sola vida. Nunca hubo revolución menos sangrienta.<sup>17</sup>

El primer cuidado de los oidores fué disponer de su prisionero. Enviáronle con una fuerte guardia á una isla vecina, hasta tanto que se tomase alguna resolución sobre su suerte. Se le declaró privado de oficio; se organizó un gobierno provisional compuesto de la misma Audiencia presidida por Cepeda, y su primer acto fué decretar la suspensión de las aborrecidas ordenanzas, hasta que se recibiesen nuevas instrucciones de la corte. Resolvió también que Blasco Nuñez fuese enviado á España con algun individuo de su seno, para que hiciese presente al em-

17 Relacion de los sucesos del Perú, MS.—Relacion Anónima, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 1, cap. 19.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 11.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

Gonzalo saca de esto la devota consecuencia de que Dios guiaba la revolución. "E hizose sin que muriese un hombre, ni fuese herido, como obra que Dios la guiava para el bien desta tierra." Carta, MS., ubi supra.

perador la naturaleza de los últimos trastornos, y justificase los procedimientos de la Audiencia. Púsose al punto el plan en ejecución. El licenciado Alvarez fué la persona escogida para acompañar al virey, y el desdichado jefe despues de pasar varios dias en la isla desolada, casi sin alimento, y espuesto á todas las inclemencias del tiempo, partió al fin para Panamá.<sup>18</sup>

Quedaba todavía un rival mas formidable en Gonzalo Pizarro, que ya habia avanzado hasta Jauja, distante de Lima unas treinta leguas. Allí se detuvo mientras que muchos de los vecinos se disponian á unirse á sus banderas, queriendo mas bien servir á sus órdenes que reconocer la autoridad que se habia arrogado la Audiencia. En el entretanto los oidores, que habian saboreado muy poco tiempo los goces del poder para estar dispuestos á renunciarlos, despues de muchas dilaciones enviaron una embajada al procurador, dándole parte de la revolución que acababa de verificarse y de la suspensión de las ordenanzas. El principal objeto de su misión estaba, pues, logrado; y como ya estaba constituido el nuevo gobierno le exigian que le manifestase su obediencia deshaciendo sus tropas y re-

18 Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Relacion de los sucesos del Peru, MS.

El autor de este último MS. refiere bastante bien la historia

de la prision del virey. Aquí á lo menos no se muestra preocupado en favor de Blasco Nuñez aunque partidario suyo.

tirándose á disfrutar en paz de sus haciendas. Al hombre que se veia en una posicion como la de Pizarro, no dejaba de ser atrevido el hacerle semejante requerimiento, aunque concebido en los términos mas corteses y lisonjeros. Era lo mismo que empeñarse en espantar el águila pronta á lanzarse sobre su presa. Si acaso el capitán hubiese dudado un momento, su esforzado teniente habria disipado sus dudas. "Nunca desmayéis," exclamó este, "cuando estais tan cerca del término. Os han salido bien todos vuestros planes. No teneis mas que alargar la mano y apoderaros del gobierno. Lo demas vendrá despues." El enviado que trajo el mensaje de los oidores volvió, pues, con esta respuesta: "que el pueblo habia nombrado á Gonzalo Pizarro gobernador del pais, y que si la Audiencia no le entregaba al punto el gobierno, la ciudad seria entregada al saqueo."<sup>19</sup>

Aturdidos los magistrados con esta respuesta decisiva, perdieron del todo el ánimo. Hacía-seles no obstante duro el renunciar, y en tal apuro consultaron con Vaca de Castro, que aun permanecia detenido en uno de los bajeles. Pero este caballero tenia muy poco que agradecer á

<sup>19</sup> Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 13.

Se necesitaba de cierto valor para llevar el mensaje de la Audiencia á Gonzalo y á sus desalmados compañeros. El historia-

dor Zárate, contador real, fué el enviado; no muy á su gusto según parece. Saló ileso sin embargo, y en su crónica ha dejado una relacion completa del suceso.

sus sucesores, para creer conveniente el arriesgar su vida por causa de ellos, contrariando los planes de Pizarro. Conservó por lo mismo un prudente silencio, y dejó el asunto á la discrecion de la Audiencia.

En el entretanto fué enviado Carbajal á la ciudad para apresurar las deliberaciones. Llegó de noche acompañado solo de unos pocos soldados, mostrando en todo lo que despreciaba el poder de los oidores. Su primer paso fué apoderarse de algunos sujetos, sacándolos de sus camas y poniéndolos presos. Eran vecinos del Cuzco, los mismos que, según vimos antes, abandonaron las filas de Pizarro poco despues de su salida de aquella capital. Mientras la Audiencia dudaba aun qué partido tomara, Carbajal hizo montar en mulas á tres de los prisioneros, personas ricas y respetables, los sacó con su respectiva escolta fuera de la ciudad á los arrabales, y dándoles un breve rato para confesarse, los ahorcó á todos de las ramas de un árbol. Presidió él mismo la ejecucion, y manifestó con mofa su respeto á una de las víctimas diciéndole, "que en atencion á su elevado rango tendria el privilegio de escoger la rama del árbol en que habia de ser colgado."<sup>20</sup> Dicen que el feroz te-

<sup>20</sup> "Le queria dar su muerte con una preeminencia señalada, que escogiese en qual de las Ramas de aquel Arbol queria que le colgasen." Zárate, Conq. del Pe-

rú, lib. 5, cap. 13.—V. tambien Relacion Anónima, MS.—Fernandez, Hist. del Perú, Part I, lib. 1, cap. 25.

niente habria continuado sus ejecuciones, si no le hubiesen llegado órdenes de su capitan para suspenderlas. Pero lo hecho bastaba para que los oidores conociesen muy pronto el camino que debian seguir, porque veian sus vidas pendientes de un hilo en manos tan poco timoratas. Sin mas dilacion, pues, mandaron avisar á Gonzalo Pizarro que podia entrar en la ciudad, declarando que la seguridad del pais y el bien general exigian que el gobierno se pusiese en sus manos.<sup>21</sup>

Este capitan se habia acercado hasta media legua de la capital, en la que poco despues entró en órden de batalla el 28 de Octubre de 1544. Toda su fuerza ascendia á poco menos de mil doscientos españoles, fuera de muchos millares de Indios que iban por delante tirando de su pe-

21 Segun Gonzalo Pizarro la Audiencia le otorgó el gobierno por acceder á las peticiones de los procuradores de las ciudades.—“Y á esta sazón llegué yo á Lima, i todos los procuradores de las cibdades destos reynos suplicaron al Audiencia me hiciesen gobernador para resistir los robos é fuerzas que Blasco Nuñez andava haciendo, i para tener la tierra en justicia hasta que S. M. proveyese lo que mas á su real servicio conviniera. Los Oydores visto que así convenia al servicio de Dios i al de S. M. i

al bien destos reynos.” &c. (Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.) Pero es preciso rebajar mas de lo acostumbrado en la relacion que hace Gonzalo Pizarro de sus propios hechos. Su carta dirigida á Valdivia el famoso conquistador de Chile, contiene una noticia completa del origen y progresos de la rebelion. Es por lo mismo la mejor vindicacion de él que puede hallarse, y es de inestimable precio para el historiador como antidoto contra las relaciones de sus enemigos.

sada artillería.<sup>22</sup> Venian en seguida las hileras de piqueros y arcabuceros, formando un respetable cuerpo de infantería para un ejército de las colonias, y por último, la caballería á cuyo frente marchaba Gonzalo Pizarro cabalgando un poderoso corcel vistosamente aderezado. El ginetete venia armado de punta en blanco; sobre la armadura traia una capa ricamente bordada, y la cabeza cubierta con una gorra encarnada llena de adornos. Su galano traje aumentaba el brillo de su figura elegante y marcial.<sup>23</sup> Delante de él iba el estandarte real de Castilla; porque todo el mundo, fuese realista ó rebelde, cuidaba de pelear siempre bajo esta enseña. Aquel emblema de fidelidad iba acompañado á la derecha por una bandera con las armas del Cuzco, y á la izquierda por otra con el escudo de armas concedido por el emperador á los Pizarros. Conforme recorria la marcial comitiva las calles de Lima, resonaba el aire con las aclamaciones del populacho y de los espectadores de las ventanas. El cañon tronaba de cuando en cuando, y las campanas de la capital, (es decir, las que habia dejado el virey,) sostenian un alegre repique como si celebrasen alguna victoria.

22 Empleó doce mil Indios en este servicios, dice el autor de la *Relacion Anónima* MS. Pero este escrito aunque viva por entonces en las colonias, habla con tal ligereza que no logra toda nuestra confianza.

23 “Y el armado y con una capa de grana cubierta con muchas guarniciones de oro é con sayo de brocado sobre las armas.” *Relacion de los sucesos del Perú* MS.—Tambien Zárate, *Conq. del Perú*, lib. 5, cap. 13.

Los oidores de la Real Audiencia le tomaron el correspondiente juramento, y Gonzalo Pizarro fué proclamado gobernador y capitán general del Perú, hasta que su Magestad determinase sobre el gobierno lo que fuera de su agrado. El nuevo gobernador se alojó en el palacio de su hermano, del cual aun no habian desaparecido las manchas de la sangre de este hermano. Celebróse durante muchos días la ceremonia de la posesion con fiestas, corridas de toros y torneos, entregándose al regocijo la veleidosa poblacion de la capital, como si comenzase para el Perú un nuevo orden de cosas de mas feliz augurio! <sup>24</sup>

<sup>24</sup> Para lo referido en las paginas anteriores relativo á Gonzalo Pizarro, véanse Relaciones Anónimas, MS. — Fernandez Hist. del Perú, Parte 1, lib. 1, cap. 25. — Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. — Zárate, loc. cit. — Herrera Hist. General, dec. 7, lib. 8, cap. 16-19. — Relacion de los sucesos del Perú, MS. — Montesinos, Anales, MS, año 1544.

## CAPITULO IX.

MEDIDAS DE GONZALO PIZARRO.—FUGA DE VACA DE CASTRO.—REPARACION DEL VIREY.—SU DESASTROSA RETIRADA.—DERROTA Y MUERTE DEL VIREY.—GONZALO PIZARRO DUEÑO DEL PERU.

1544—1546.

El primer paso de Gonzalo Pizarro fué prender á todos aquellos que habian tomado contra él una parte activa en las últimas revueltas. Condenó algunos de ellos á muerte, pero despues les conmutó la sentencia y se contentó con desterrarlos y confiscarles sus haciendas. <sup>1</sup> Atendió en seguida á asentar su gobierno sobre

<sup>1</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. zó la causa de Gonzalo, y fué uno de los que estuvieron á pique de

El honrado soldado que nos refiere esto fué mas fiel al rey que parece que respetaba muy poco á su linage. A lo menos no abra- ser ahorcados en esta ocasion. Parece que respetaba muy poco á su pariente

Los oidores de la Real Audiencia le tomaron el correspondiente juramento, y Gonzalo Pizarro fué proclamado gobernador y capitán general del Perú, hasta que su Magestad determinase sobre el gobierno lo que fuera de su agrado. El nuevo gobernador se alojó en el palacio de su hermano, del cual aun no habian desaparecido las manchas de la sangre de este hermano. Celebróse durante muchos días la ceremonia de la posesion con fiestas, corridas de toros y torneos, entregándose al regocijo la veleidosa poblacion de la capital, como si comenzase para el Perú un nuevo orden de cosas de mas feliz augurio! <sup>24</sup>

<sup>24</sup> Para lo referido en las paginas anteriores relativo á Gonzalo Pizarro, véanse Relaciones Anónimas, MS. — Fernandez Hist. del Perú, Parte 1, lib. 1, cap. 25. — Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. — Zárate, loc. cit. — Herrera Hist. General, dec. 7, lib. 8, cap. 16-19. — Relacion de los sucesos del Perú, MS. — Montesinos, Anales, MS, año 1544.

## CAPITULO IX.

MEDIDAS DE GONZALO PIZARRO.—FUGA DE VACA DE CASTRO.—REPARACION DEL VIREY.—SU DESASTROSA RETIRADA.—DERROTA Y MUERTE DEL VIREY.—GONZALO PIZARRO DUEÑO DEL PERU.

1544—1546.

El primer paso de Gonzalo Pizarro fué prender á todos aquellos que habian tomado contra él una parte activa en las últimas revueltas. Condenó algunos de ellos á muerte, pero despues les conmutó la sentencia y se contentó con desterrarlos y confiscarles sus haciendas. <sup>1</sup> Atendió en seguida á asentar su gobierno sobre

<sup>1</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. zó la causa de Gonzalo, y fué uno de los que estuvieron á pique de ser ahorcados en esta ocasion.

El honrado soldado que nos refiere esto fué mas fiel al rey que parece que respetaba muy poco á su linage. A lo menos no abra- á su pariente

bases sólidas. Formó de partidarios suyos el ayuntamiento de Lima, y envió sus tenientes á gobernar las ciudades principales. En Arequipa mandó construir galeras para asegurar el dominio de los mares, y puso á sus tropas en el mejor estado posible, á fin de estar preparado para todo lo que pudiera acontecer.

La Real Audiencia existía solo en el nombre, porque bien pronto se apoderó de todas sus facultades el nuevo gobernador quien deseaba arreglar la administracion bajo el mismo pié que en tiempo del marques su hermano. La Audiencia á la verdad debia precisamente desbaratarse á causa de la posicion en que se veian sus individuos. Alvarez habia sido despachado á Castilla con el virey: Cepeda, el mas ambicioso de todos, viendo que le habian salido mal sus proyectos, se contentó con ser un instrumento del caudillo militar que le habia derribado: Zárate, el tercer oidor, que desde el principio habia protestado contra las medidas violentas de sus compañeros, se hallaba encerrado en su casa acometido de una enfermedad mortal; <sup>2</sup> y el otro oidor Tejada se proponia Gonzalo enviarlo á Castilla con una relacion de los últimos sucesos dispuesta de tal modo que justificase su

<sup>2</sup> No debe confundirse á Zárate el oidor, con Zárate el historiador, que pasó al Perú con la Audiencia en calidad de contador real, habiendo desempeñado antes en España el empleo de secretario del Consejo.

condueta á los ojos del emperador. Carbajal se opuso á esta determinacion, diciendo claramente á su comandante, “que ya habia ido muy adelante para esperar favor de la corona, y que haria mejor en fiar su justificacion á sus picas y arcabuces.” <sup>3</sup>

Pero se encontró que el buque que debia conducir á Tejada, habia desaparecido repentinamente del puerto. Era el mismo en que estaba preso Vaca de Castro, y no queriendo este fiarse de la clemencia de un capitan cuyas ofertas habia desechado en otra ocasion tan redondamente, y convencido ademas de que su presencia ya no podia ser útil en un pais donde no tenia ninguna autoridad legitima, consiguió del capitan que se hiciese con él á la vela para Panamá. Pasó en seguida el istmo y se embarcó para España. Ya le habian precedido allí los rumores de su llegada, y á los que se consideraban agraviados por su gobierno no les faltaron cargos que hacerle. Fué acusado de haber usado de violencia para ejecutar sus disposiciones, sin atender á los derechos de los colonos ni de los indígenas, y sobre todo de haberse apropiado los caudales públicos, y de volver á España con sus cofres bien provistos. Este último era

<sup>3</sup> Gomara, Hist. de las Indias, cap. 172.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 4, cap. 21.

un crimen imperdonable.

Apenas puso él pié el gobernador en su propia patria, cuando fué preso y encerrado en la fortaleza de Arévalo; y aunque despues le dieron mas cómodo alojamiento donde fué tratado con la consideracion debida á su rango, todavia le siguieron guardando como preso de estado, hasta que al cabo de doce años los morosos tribunates de Castilla dieron sentencia á su favor. Fué absuelto de los cargos que se le habian hecho, y lejos de ser reo de peculado, se probó que no habia vuelto mas rico de lo que fué. Le sacaron de su prision, se le restituyeron todos sus honores y dignidades, volvió á ocupar su asiento en el consejo, y Vaca de Castro disfrutó hasta el fin de sus dias el respeto y aprecio que merecia por sus servicios.<sup>4</sup> Los disturbios que afligieron á las colonias durante el gobierno de su sucesor, fueron el mejor panegírico del acierto del suyo. La nacion fué conociendo poco á poco todo el precio de sus servicios, aunque debamos confesar que el modo con que los pagó el gobierno da una triste idea de la gratitud de los soberanos.

La suerte reservaba á Pizarro en la vuelta de Blasco Nuñez un disgusto mas grave que el ya

<sup>4</sup> Zárate, Conq. del Perú, Anales, MS., año 1545.—Ferlib. 5, cap. 15.—Relacion Anónima, MS.—Relacion de los sucesos del Peru, MS.—Montesinos,

sufrido con la fuga de Vaca de Castro. Apenas se habia apartado de la costa el bajel que le llevaba, cuando el oidor Alvarez, sea que le remordiese la conciencia por la parte que habia tomado en la revolucion, ó que temiese las consecuencias de llevar el virey á España, se presentó ante este y le participó que ya estaba libre. Al mismo tiempo se disculpó atribuyendo lo hecho á su deseo de salvar la vida á Blasco Nuñez y sacarle de tan peligrosa posicion. Puso el bajel á sus órdenes y le aseguró que estaba pronto á llevarle á donde quisiese.

El virey, cualquiera que fuese el crédito que diera á las escusas del oidor, se aprovechó al punto de su oferta. Su espíritu altanero no podia conformarse con volver á su pais sin honra y sin haber logrado ninguno de los objetos de su mision. Resolvió, pues, volver á probar fortuna en aquella tierra, y su única duda era en qué lugar trataria de reunir otra vez sus partidarios. En Panamá podia estar seguro mientras pedia auxilio á Nicaragua y á otras colonias del Norte; pero de esa manera abandonaba del todo su gobierno, y esta confesion de su debilidad produciria muy mal efecto en sus adictos del Perú. Decidióse por lo misma á encaminarse á Quito, donde lograria al mismo tiempo permanecer dentro de su gobernacion y alejarse del teatro de las últimas revueltas lo suficiente para tener

tiempo de rehacerse y poder resistir á sus enemigos.

Para llevar á cabo su intento desembarcó en Tumbes el virey con su comitiva á mediados de Octubre de 1544. Al tomar tierra publicó un manifiesto denunciando las medidas violentas de Gonzalo Pizarro y sus compañeros, á quienes calificaba de traidores á su príncipe, y convocando á todos los vasallos fieles de la colonia para que viniesen á ayudarle á sostener la autoridad real. Este llamamiento no fué inútil, y aunque poco á poco, comenzaron á venir voluntarios de San Miguel, de Puerto Viejo, y de otros lugares de la costa, cobrando ánimo el virey al observar que el sentimiento de lealtad aun no estaba estinguido en el pecho de los Españoles.

Pero mientras entendia en estas cosas recibió noticias de haber llegado á la costa uno de los capitanes de Pizarro, con una fuerza superior á la suya. Había exageracion en el número; pero Blasco Nuñez sin aguardar á cerciorarse de la verdad, abandonó su posicion de Tumbes, y con toda la prisa que permitió lo áspero y montañoso del terreno, casi cubierto de nieve, emprendió la retirada á Quito. Pero esta capital, situada en la estremidad septentrional de la provincia, no era un punto favorable para reunion de sus partidarios; y despues de permanecer allí hasta que Benítez, el fiel comandante de Po-

payan, le aseguró que le sostendria con todas sus fuerzas en la próxima contienda, contramarchó rápidamente hácia la costa y se situó en la ciudad de San Miguel. Aquel era un lugar muy apropósito para su objeto, por hallarse en el camino real de las costas del Pacífico y ser ademas el principal mercado del comercio con Panamá y el norte.

Allí alzó el virey su bandera y dentro de pocas semanas se vió al frente de una fuerza compuesta por todo de cerca de quinientos hombres, de á pié y de á caballo, mal provistos de armas y municiones, pero al parecer muy llenos de entusiasmo. Sintiéndose bastante fuerte para comenzar las operaciones, hizo algunas salidas contra varios capitanes de Pizarro que andaban por las cercanías, y logró sobre ellos algunas notables ventajas que renovaron su confianza y le deslumbraron con esperanzas de recobrar su ascendiente en el país.<sup>5</sup>

No estaba Gonzalo Pizarro ocioso en el entre-

<sup>5</sup> Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 14, 15.—Herrera, Hist. Genel. dec. 7, 7, lib. 8, cap. 19, 20.—Relacion Anónima, MS.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte I, lib. 1, cap. 23.—Relacion de los sucesos del Perú, MS.

El autor de este último documento habla de la fuerza de Blasco Nuñez en favor de la corona que había en muchas ciudades, y menciona tambien las voces de un utaque que meditaban los Indios contra el Cuzco. El escritor pertenecía al partido derroado de Blasco Nuñez, y es proverbial la facilidad con que los emigrados dan crédito á los rumores que pueden favorecerles.

tanto. Habia vigilado con inquietud todos los pasos del virey, y llegó á convencerse de que era tiempo de obrar, y de que si no queria que le derribasen, era preciso que él derribara á su formidable rival. Puso por lo mismo una fuerte guarnicion en Lima, al mando de un oficial de confianza, y despues de adelantar por tierra á Trujillo un trozo de unos seiscientos hombres, se embarcó para el mismo puerto el 4 de Marzo de 1545; precisamente el mismo dia en que el virey salió de Quito.

En Trujillo se puso Pizarro al frente de su pequeño ejército y sin pérdida de tiempo tomó la vuelta de San Miguel. Su rival deseoso de poner término á la cuestion, de buena gana habria salido á encontrarle y presentarle batalla; pero la fama de Pizarro atemorizaba á sus soldados, casi todos reclutas nuevos y sin esperiencia reunidos á toda prisa. Pedian con instancia que se les llevase á las tierras del norte adonde vendria Benalcazar á reforzarles, y tanto insistieron en ello que el desdichado comandante, á semejanza del ginete que monta un indómito corcel y se ve obligado á ceder á sus caprichos, se vió arrastrado en una direccion opuesta á la que habia elegido. Era la suerte de Blasco Nuñez el ver burlados sus intentos, tanto por sus amigos como por sus contrarios.

Al presentarse delante de San Miguel halló

Pizarro con gran pesadumbre suya, que ya no estaba allí su antagonista. Sin entrar en la ciudad apresuró su marcha, y despues de atravesar un valle de alguna estension, llegó á la falda de una cadena de montañas en que Blasco Nuñez habia entrado solo unas cuantas horas antes. Era ya entrada la noche; pero Pizarro conociendo cuán importante era la actividad, adelantó á Carbajal con una partida de tropas ligeras para que diese alcance á los fugitivos. Este capitán consiguió llegar á media noche á los solitarios bivaques cuando las fatigadas tropas se hallaban entregadas al sueño. El virey y sus soldados despertaron sobresaltados al sonido de la trompeta, que por una imprudencia inesplicable tocaron los enemigos, se levantan, corren á sus caballos, echan mano de sus arcabuces, y hacen tal descarga sobre las filas de los agresores, que Carbajal desconcertado con este mal recibimiento tuvo por conveniente retirarse con sus fuerzas inferiores. El virey le dió alcance, hasta que temiendo un emboscada en la oscuridad de la noche, se retiró dejando que su adversario fuese á reunirse con el grueso del ejército de Pizarro.

6 "Mas Francisco Carnajal llevaba les tocó arma: y sentido que los iba siguiendo, llegó cuatro horas de la noche á donde estaban: y con una trompeta que por el virey, se levantó luego el primero." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 1, cap. 40.

Este proceder de Carbajal con que se dejó escapar la presa de las manos por puro descuido, es inesplicable. Forma una escepcion estraña de la acostumbrada precaucion y vigilancia que observó siempre en su carrera militar. Si lo hubiese hecho otro cualquier capitán, le habria costado la vida; pero Pizarro, aunque se irritó mucho, apreciaba demasiado los servicios y el bien probado apego de su teniente para ponerse á reñir con él. A pesar de eso se consideraba siempre muy importante el dar alcance al enemigo antes que se retirase mucho hácia el Norte, donde las dificultades del terreno estorbaban en gran manera el alcance. Carbajal, deseoso de reparar su falta, salió de nuevo con una partida de tropas ligeras, llevando órdenes de hostilizar al enemigo en la marcha, interceptarle los viveres y detenerle si era posible hasta la llegada de Pizarro.<sup>7</sup>

Pero el virey se habia aprovechado de estas dilaciones para ganar mucha delantera á sus perseguidores. El camino que seguia pasaba por el valle de Cajas, terreno estenso é inculto, donde apenas se hallaba alimento para hombres ni para animales. Dia tras dia continuaban las tropas su marcha, por esta horrible region, interrumpida por barrancas y ásperos precipicios

7 Ibid., ubi supra.—Herrera 22.—Garcilaso, Com. Real., Par. Hist., General, dec. 7, lib. 9, cap. 10 2, lib. 4, cap. 23.

que aumentaban de un modo increíble sus trabajos. Su principal alimento era maiz tostado, de que comunmente se mantenian los Indios mientras caminaban, aunque á los Españoles no les parecia de tanta utilidad, y á esta miserable comida solo agregaban las yervas que podian arrancar en las orillas del camino, las cuales á falta de mejores utensilios, tenian que cocer los soldados en sus celadas.<sup>8</sup> Carbajal en el entretanto les apretaba tan de cerca, que sus bagages, sus municiones y á veces sus mulas, cayaron en sus manos. Tenian siempre á la espalda de dia y de noche al incansable guerrero que apenas les dejaba un momento de reposo. No armaban sus tiendas, y dormian con sus armas teniendo siempre al lado los caballos ensillados; y apenas el fatigado militar cerraba los ojos, cuando le despertaba el grito de "el enemigo está encima."<sup>9</sup>

Al cabo llegaron los rendidos compañeros de Blasco Nuñez al despoblado ó desierto de Paltas que se estiende muchas leguas hácia el norte.

8 "Caminando, pues, comiendo algunas yervas, que cocian en las celadas, cuando paraban á dar aliento á los caballos." Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 9, cap. 24.

9 "Y sin que en todo el camino los unos ni los otros, quitasen las sillan á los caballos, avanzaban en esto caso estaba mas pronto que en esto caso estaba mas pronto." Zúrate, Conq. del Peru, lib. 5, cap. 20.

El suelo cortado á cada paso por arroyos, parecia mas bien un estenso tremedal; hombres y caballos bregaban dentro el lodo, y con dificultad conseguian atravesar por las ciénegas; ó bien se abrian camino por entre los espesos matorrales que brotaván con vigor en el húmedo suelo. Los estropeados caballos, sin mas alimento que las yerbas que solian hallar en el desierto, rendidos muchas veces de cansancio, se inutilisaban y los dejaban morir en el camino, despues de desjarretarlos para que no los aprovechase el enemigo; aunque era mas comun el matarlos para proporcionar un miserable alimento á sus dueños.<sup>10</sup> Muchos soldados caian desfallecidos por el camino ó se echaban á vagar en los bosques por hallarse sin fuerzas para seguir al ejército. E infeliz del rezagado que caia en manos de Carbajal, sobre todo si en otro tiempo perteneci6 al partido de Pizarro. La menor sospecha de traicion era bastante para que el inflexible soldado decidiese de su suerte.<sup>11</sup>

Los trabajos de Pizarro y de sus tropas casi igualaban á los del virey, aunque algo los aliviaban los indígenas, quienes al momento supieron conocer cual era el partido mas fuerte y por

<sup>10</sup> "Y en cansándose el caballo, le desjarretaba, i le dexaba, porque sus contrarios no se aprovechasen de él." Ybid., loc. cit.

<sup>11</sup> "Bien aborcára Carbajal

muchos mas," dice Fernandez. "si Gonçalo Pizarro no lo estornara, á quien Carvajal donosamente replicava diciendo. De los enemigos los menes." Hist. del Peru, Parte 1, lib. 1, cap. 40.

consiguiente cual era el mas temible. Mas apesar de estos auxilios fueron terribles los trabajos que pasó aquel capitán. Repitiéronse las horrorosas escenas de la expedicion al rio de las Amazonas, y es preciso convenir en que los soldados de la conquista pagaron bien caros sus triunfos.

Pero el virey tenia otro motivo de inquietud, mas grave acaso que todos los males físicos. Era este la desconfianza en sus propios compañeros. Sospechaba que algunos de los principales caballeros de su comitiva, estaban en correspondencia con el enemigo, y aun de que trataban de entregarle. Llegó á estar tan convencido de ello, que hizo dar muerte por el camino á dos de estos oficiales, y al descubrir el soldado sus cadáveres tirados á un lado de la senda, debió entender que ademas del enemigo que le perseguia, habia otros motivos de temor en estas espantosas soledades.<sup>12</sup>

Otro caballero, segundo del virey, fué tambien ajusticiado, despues de una averiguacion mas detenida, en el primer punto en que el ejército se detuvo. Habiendo pasado tanto tiempo, es im-

<sup>12</sup> "Los afigidos soldados, ron los cuerpos de los dos capitanes muertos en aquel camino, ellos iban á pié con terrible angustia, por la persecucion de los enemigos, que iban cerca, y por la fatiga de la hambre, quando vie-

ron los cuerpos de los dos capitanes muertos en aquel camino, quedaron atonitos." Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 9, cap. 25.

posible determinar hasta qué punto eran fundadas las sospechas de Blasco Nuñez. El juicio de los contemporáneos no está de acuerdo en este punto.<sup>13</sup> En tiempos de efervescencia política, la opinión del escritor se conforma generalmente con las ideas de su partido. A juzgar por el carácter suspicaz é irritable de Blasco Nuñez, podemos creer que obró sin causa suficiente. Pero esta reflexión pierde mucha fuerza si se tiene en cuenta la facilidad con que los suyos faltaban á la fidelidad á su comandante, á quien seguramente tenían tan poco afecto que lo olvidaban al menor reves de la fortuna. Sea que sus sospechas fuesen ó no fundadas, el efecto era el mismo en el ánimo del virey. Con un enemigo á retaguardia con quien no se atrevia á combatir, y con soldados en quienes no podia confiar, le faltaba poco para que se llenase la medida de sus infortunios.

Al cabo alcanzó terreno firme, y pasando por Tumbamba volvió á entrar Blasco Nuñez en la capital de Quito. Pero ya no le aguardaba allí

13. Fernandez, cuya pluma era realista y bastante favorable al virey, despues de decir que los oficiales que este hizo matar le habían servido hasta entonces con sus personas y haciendas, concluye con la moderada reflexión de que hubo diversas opiniones sobre ello. "Sobre estas muertes vio en el Peru varios contrarios juicios y opiniones, de culpa y de su descargo." (Hist. del Peru, Parte 1, lib. 1, cap. 41.) Gomara dice con mas claridad, que todos le condenaron. (Hist. de las Indias, cap. 167.)—Parece que la opinion general era contraria al virey.

un recibimiento tan cordial como el que halló en otra ocasion. Ahora venia como fugitivo, perseguido de cerca por un enemigo formidable, y pronto le hicieron ver que el mejor medio de recibir auxilios es no tener necesidad de ellos.

El desdichado gefe hubo de seguir su marcha para Pastos en la jurisdiccion de Benalcazar, sacudiendo el polvo de sus zapatos al salir de la ciudad desleal, cuyos supersticiosos habitantes se dejaron impresionar por varios agüeros que anunciaban la próxima ruina del virey.<sup>14</sup> Pizarro entró á poco en Quito con su ejército, sintiendo que apesar de toda su diligencia el enemigo continuase burlando su persecucion. Se detuvo tan solo lo preciso para que su gente tomase aliento, y afirmando "que seguiria al virey hasta el mar del Norte, pero que habia de alcanzarle,"<sup>15</sup> continuó su marcha. En Pastos estuvo cerca de lograr su deseo. Sus avanzadas se encontraron con Blasco Nuñez, mientras descansaba en la orilla opuesta de un riachuelo. Los soldados de Pizarro medio muertos de calor y de fatiga, se acercaron con pasos vacilantes á la

14. Algunos de los agüeros que apunta el historiador, como por ejemplo, los ahullidos de los perros, no eran ciertamente milagros. "En esta lamentable, i anzuatosa partida, muchos afirmaron haber visto por el Aire de Perros andaban por las calles dando grandes i temerosos ahullidos, i los Hombres andaban asombrados, i fuera de sí." Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 10, cap. 4.

15. Ibid., ubi supra.

orilla del agua para apagar su sed abrasadora y las tropas del virey recobradas con el descanso y superiores en número, los habrían derrotado con mucha facilidad. Pero Blasco Nuñez no pudo conseguir que los suyos acometiesen. Se habían acostumbrado de tal modo á huir del enemigo, que su presencia sola les llenaba de terror, y tanto pensaban en volver contra él como la liebre en volver contra los galgos que la persiguen. Creían que su salvacion consistia en huir, no en pelear, y se aprovecharon del desmayo de sus perseguidores tan solo para apresurar su retirada.

Gonzalo Pizarro continuó el alcance algunas leguas mas allá de Pastos, hasta que viéndose internado en el territorio de Benalcazar mas de lo que había pensado, y no queriendo luchar desventajosamente con este temible capitán, hizo alto y apesar de su bravata de llegar hasta el mar del Norte, mandó emprender la retirada contramarchando con rapidéz hácia Quito. Allí se ocupó en reanimar el abatido espíritu de sus tropas y en robustecerlas con nuevos refuerzos que aumentaron mucho su número; aunque se vió precisado á disminuirlo otra vez, enviando una division á las órdenes de Carbajal para sofocar una insurreccion que supo había estallado en el sur. Habíala promovido Diego Centeno, uno de sus propios oficiales que había dejado en

la villa de la Plata, cuyos habitantes habían tomado parte en el levantamiento y alzado el estandarte del rey. Con el resto de sus fuerzas determinó Pizarro permanecer en Quito aguardando el momento de que el virey volviese á entrar en sus dominios, como el tigre que agazapado junto algun aguaje espera con paciencia la llegada de sus víctimas.

Blasco Nuñez en el entretanto había proseguido su retirada hasta Popayan, capital de la provincia de Benalcazar. Allí le recibieron afablemente los vecinos, y sus tropas reducidas por la desercion y las enfermedades, á la quinta parte de su primitivo número, descansaron de las inauditas fatigas de una marcha de mas de doscientas leguas.<sup>16</sup> No pasó mucho tiempo sin que viniera á unírsele Cabrera, teniente de Benalcazar, con un buen refuerzo, y á poco vino aquel capitán en persona. Con eso ya contó en sus filas cerca de cuatrocientos hombres, casi todos en buen estado, y bien ejercitados en la practica de las guerras de América. La gente que vino

<sup>16</sup> Esta retirada de Blasco Nuñez puede sin duda compararse, si no en duracion á lo menos en trabajos, á cualquiera otra expedicion del Nuevo-Mundo, salvo la de Gonzalo Pizarro á las Amazonas. Los pormenores de ella pueden verse con mas ó menos estension en Zárate, Conq. del Perú, hb. 5, cap. 19, 29.— Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 9, cap. 20, 26.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 1, cap. 40, et. seg.—Relacion de los sucesos del Peru, MS.—Relacion Anónima, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1545.

con el virey estaba sumamente escasa de armas y municiones, y trató desde luego de remediar esta falta haciendo construir fraguas para la fábrica de lanzas y arcabuces. <sup>17</sup>—El que ha estudiado la historia de estos tiempos se queda sorprendido al ver la facilidad con que los aventureros españoles se aplicaban á diversas artes y oficios que comunmente exigen un largo aprendizaje. Mostraron la maña tan necesaria á los colonos de un pais nuevo, donde cada individuo tiene que ser en cierto modo su propio artesano. Pero tal estado de cosas, si bien muy favorable para avivar la ingeniosidad del artista, no lo es para el adelanto de las artes; y apenas puede dudarse que las armas labradas por los soldados de Blasco Nuñez serian sumamente toscas é imperfectas.

Aunque Gonzalo Pizarro se hallaba dotado de la paciencia propia de un soldado español, viendo pasar tantos dias comenzó á inquietarle la larga detencion de Blasco Nuñez en el norte, y hubo de acudir á una estratagemá para sacarle de su encierro. Salió de Quito con la mayor parte de sus fuerzas, haciendo correr la voz, de manera que llegase hasta el campamento enemigo, de que iba al sur á auxiliar á su teniente, y

<sup>17</sup> "Proveió que se tragese fraguas, i en breve tiempo se forjase allí todo el hierro que se pudo forjar en las docientos Arcabuces, haver en las Provincias, i buscóse con todos sus aparejos." Zárate. Maestros. i hizo adereçar. Frac. de. Comp. del Perú, lib. 5, cap. 34.

solo dejó en la ciudad una guarnicion á las órdenes de Puelles, el mismo oficial que en tiempos atrás abandonó al virey. El resultado fué en todo conforme á sus deseos. Blasco Nuñez y sus compañeros, fiados en la superioridad de sus fuerzas comparadas con las de Puelles, no vacilaron un punto en aprovecharse de la supuesta ausencia de Pizarro. A principios de Enero de 1546 salió el virey de Popayan y se dirigió á marchas forzadas hácia el sur; mas antes de llegar al lugar de su destino, advirtió la red que se le habia tendido. Comunicó su descubrimiento á sus oficiales; pero era tanto lo que le habia hecho padecer la incertidumbre, que ya su único deseo era el remitir á las armas la decision de su contienda con Pizarro.

Este capitán, habia tenido mientras por medio de sus espías, informes muy exactos de todos los pasos del virey. Al saber que este último habia salido de Popayan volvió á entrar en Quito, juntó sus fuerzas con las de Puelles, y saliendo de nuevo de la capital eligió un posicion fuerte á unas tres leguas al norte, en un terreno elevado desde donde dominaba un rio que el enemigo debia atravesar precisamente. No tardó mucho este en presentarse, y como ya empezaba á cerrar la noche Blasco Nuñez asentó sus reales en la orilla opuesta del rio. Estaban tan próximos los dos campamentos que se oian en

ambos las voces de los centinelas, y no dejaron de saludarse mutuamente con el epíteto de "traidores." Ya hemos visto que en estas guerras civiles cada partido reclamaba para sí exclusivamente el mérito de la lealtad.<sup>18</sup>

Benalcazar conoció desde luego que la posición de Pizarro era demasiado fuerte para atacarla con alguna esperanza de buen éxito. Propuso por lo mismo al virey que en la noche retirase secretamente sus fuerzas y dando un rodeo por los cerros cayere sobre la retaguardia del enemigo, que sin duda no estaría preparado para recibirle por aquel rumbo. Adoptóse el consejo, y apenas las sombras de la noche ocultaron uno á otro los dos ejércitos, levantó Blasco Nuñez su campo dejando encendidos los fuegos para engañar al enemigo, y comenzó su rodeo en dirección á Quito. Pero sea que los informes no eran exactos ó que los guías le estraviaron, ello es que se vió precisado á dar una vuelta tan grande, por haber resultado muy áspero el camino, que le amaneció antes que llegase al lugar del ataque. Conociendo que le era preciso renunciar á la ventaja de una sorpresa, corrió á encerrarse en Quito á donde llegó con los hombres y caballos estropeadísimos por una

18 "Que se llegaron á hablar los Corredores de ambas partes, llamandose traidores los vnos á los otros, fundando, que cada uno sustentaba la voz del Rei, i así estuvieron toda aquella noche aguardando." *Ibid.*, ubi supra.

marcha nocturna de ocho leguas, para andar un distancia que por el camino recto no habria pasado de tres. Fué aquel un error fatal, sobre todo, en vísperas de un combate.<sup>19</sup>

Halló que en la capital casi no habia quedado ningun hombre. Todos habian seguido las banderas de Pizarro porque estaban tambien contagiados del desafecto general y en aquel gefe miraban á su protector contra las odiosas ordenanzas. Pizarro era el representante del pueblo. Esta desercion conmovió mucho al infortunado virey, y alzando las manos al cielo exclamó: "¿Así abandonais, Señor, á vuestros siervos?" Las mugeres y niños salieron á él y le ofrecieron alimento, de que tenia gran necesidad, preguntándole al mismo tiempo, "¿Para qué habia venido á morir allí?" Sus soldados, menos afligidos que

19 Para lo referido en las páginas precedentes, véanse, Zárate, *Conq. del Perú*, lib. 5, cap. 34, 35.—Gomara, *Hist. de las Indias*, cap. 167.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdiva, MS.—Montesinos, *Anales*, MS., año 1546.—Fernandez, *Hist. del Perú*, Par. 1, lib. 1, cap. 50-52.

Herrera en su relacion de estos sucesos ha caído en una estraña confusion de fechas, poniendo la entrada del virey á Quito en el 10 de Enero, y su batalla con Pizarro nueve dias despues. (*Hist. General*, dic. 8, lib. 1, cap. 1.) Este último suceso, que segun el testimonio de Fernandez

ocurió el diez y ocho de dicho mes, fué en la tarde del mismo dia en que el virey entró á Quito como digo en el testo, segun resulta de la comparacion de las diversas autoridades contemporáneas que he consultado. Aunque la obra de Herrera está arreglada por el orden cronológico de unos anales, está muy lejos de ser intachable en cuanto á fechas. Quintana ha notado varios anacronismos palpables del historiador en el primer periodo de la conquista del Perú. V. sus *Espanoles Célebres*, tom. II, Apendice 7º

el comandante, entraron en las casas de los vecinos, y sin mas ceremonias se apoderaron de cuanto pudieron hallar para satisfacer las exigencias del hambre.

Benalcazar que conoció la temeridad de dar la batalla, visto el estado en que se hallaban las tropas, recomendó al virey que tentase el medio de las negociaciones, y se ofreció á ir en persona al campo enemigo para arreglar, con Pizarro si era posible, los términos de un acomodo. Pero si Blasco Nuñez habia perdido por un momento el ánimo, ya habia recobrado su acostumbrada firmeza, y replicó altivamente: "No hay que aguardar fé de los traidores. Hemos venido á pelear contra los enemigos, no á tratar con ellos, y debemos cumplir con nuestro deber como buenos y leales caballeros. Yo cumpliré con el mio," añadió "y estad seguro que la primera lanza que se rompa en los enemigos será la mia."<sup>20</sup> Reunió luego sus tropas y antes de marchar les dirigió unas breves palabras. "Todos sois valientes," les dijo, "y fieles á vuestro soberano. Por mi parte tengo la vida en poco comparada con lo que debo á mi rey. Mas no desconfiemos del éxito, porque cuando el Español pelea por una buena causa ha vencido con fuerzas mas desiguales. Nosotros peleamos por

<sup>20</sup> "Yo os prometo que la primera lanza que se rompa en los enemigos, sea la mia (y así lo cumplió. Fernandez. Hist. del Perú. Parte 1, lib. 1, cap. 53.

la justicia y la causa es de Dios, la causa es de Dios,"<sup>21</sup> dijo por último, é inflamadas las tropas con su generoso ardor respondieron con aclamaciones que afectaron profundamente al infeliz comandante, poco acostumbrado en aquellos dias á semejantes muestras de entusiasmo.

El 18 de Enero de 1546 salió Blasco Nuñez de la antigua ciudad de Quito al frente de su escuadron. Apenas habia andado una milla,<sup>22</sup> cuando dió vista al enemigo formado en la cima de unas alturas que se iban elevando suavemente desde los llanos de Añaquito. Gonzalo Pizarro, muy incómodo al saber la partida del virey, habia levantado su campo muy de mañana, encaminándose á la ciudad con firme propósito de que por esta vez no se le escapase el enemigo.

Las tropas del virey se detuvieron y se formaron en órden de batalla. En la delantera se situó un pequeño trozo de arcabuceros para comenzar el combate. El resto de ellos se distribuyó entre los piqueros que ocupaban el centro, protegidos en los flancos por la caballería distribuida en dos escuadrones casi iguales. Serian unos ciento cuarenta ginetes y pocos mas habria en el ejército contrario; aunque su fuerza total era casi doble de la del virey, porque esta no

<sup>21</sup> "Que de Dios es la causa, de Dios es la causa, de Dios es la causa." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia. MS. Perú, lib. 5, cap. 35.  
<sup>22</sup> "Un quarto de legua de la ciudad." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia. MS. Perú, lib. 5, cap. 35.

llegaba á cuatrocientos hombres. A la derecha y frente al estandarte real se situó Blasco Nuñez con trece caballeros escogidos, dispuesto á dirigir el ataque.

Pizarro habia dado á sus tropas una colocacion semejante á la de su adversario. Contaba por todo con unos setecientos hombres, bien habilitados, en buen orden y mandados por los mejores caballeros del Perú.<sup>23</sup> Como Pizarro, apesar de la superioridad del número, no parecia dispuesto á salir de su ventajosa posicion, dió Blasco Nuñez la orden de atacar. Comenzaron la accion los arcabuces, y á pocos momentos las densas nubes de humo tendiéndose por el campo ocultaron todos los objetos, porque era ya muy tarde cuando comenzó la accion y la luz se iba acabando á toda prisa.

La infantería calando entonces sus picas avanzó cubierta con el humo, y pronto trabó reñido combate con las opuestas filas de lanceros. Siguió luego la carga de caballería, que apesar de haberse desordenado algo por el fuego de los arcabuceros de Pizarro, muy superiores en núme-

<sup>23</sup> Se nota variedad, como de costumbre, en el número de fuerzas de ambas partes; pero la diferencia es comparativamente hablado, mayor de lo comun, por ser tan corto el número total. Yo he seguido á los escritores mejor informados. Pizarro estima las fuerzas de su adversario en cuatrocientos cincuenta hombres, y las suyas en solos seiscientos: cálculo que, sea dicho de paso, no disminuye en nada la probabilidad del que doy en el texto.

ro á los del virey, fué dada con tal ímpetu que arrolló é hizo retroceder los caballos enemigos. Pero solo fué para volver con mayor violencia, porque los caballos de Pizarro se arrojaron como una ola furiosa sobre sus enemigos, llevándoles cuesta abajo y derribando indistintamente caballos y ginetes. Mas estos al cabo consiguieron rehacerse, animados con las voces y los desesperados esfuerzos de sus oficiales. Volaron las lanzas hechas astillas y peleaban cuerpo á cuerpo con hachas y espadas, mezclados todos en la mayor confusion. Pero la lucha no fué muy larga, porque aunque el número era casi igual por ambas partes, la caballería del virey estropeada por la penosa marcha de la noche anterior,<sup>24</sup> no podia competir con sus adversarios. Estaba ya el suelo cubierto de cadáveres; caballos y ginetes, muertos y moribundos, yacian amontonados unos sobre otros. Cabrera, el bravo teniente de Benalcazar fué muerto, y este capitán cayó lleno de heridas bajo los pies de su caballo y le dejaron por muerto en el campo. El oidor Alvarez fué mortalmente herido. Tanto él como su colega Cepeda se hallaron en la accion, aunque en bandos opuestos, y pelearon como si hubieran seguido la carrera de las armas y no la pacífica profesion de las leyes.

Mas Blasco Nuñez y sus compañeros sostenian

<sup>24</sup> Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 35.

con valor el combate en la derecha del campo. El virey habia cumplido su palabra de ser el primero que rompiese una lanza con el enemigo, y con un bote bien dirigido habia sacado limpio de la silla á un caballero llamado Alonso de Montalvo. Pero al cabo le oprimió el mayor numero y como sus compañeros fueron cayendo uno tras otro á su lado, vino á quedar casi sin defensa. Ya estaba herido, y al fin un soldado le descargó un hachazo sobre la cabeza que le derribó del caballo y le hizo caer atordido en tierra. Si le hubiesen conocido, acaso le habrian tomado vivo; pero llevaba sobre la armadura una túnica de algodón de los Indios, que ocultaba la divisa de la orden militar de Santiago y las otras insignias de su rango.<sup>25</sup>

Reconocióle, sin embargo, muy pronto uno de los Pizarristas, que acaso en otro tiempo siguió las banderas del virey. El soldado se lo mostró inmediatamente al licenciado Carbajal. Este era hermano de aquel caballero que Blasco Nu-

<sup>25</sup> Se puso este traje, segun Garcilaso de la Vega, para no ser tratado mejor que cualquier soldado raso, sino correr la suerte de todos. (Com. Real., Parte 2, lib. 4, cap. 34.) Pizarro no le quiere creer esta caballerosa intencion. Segun él tomó el virey este disfraz para ocultar su rango y poder escapar con mas facilidad. Es preciso confesar

que esta es comúnmente la causa de disfrazarse. "I Blasco Nuñez puso mucha diligencia por poder huirse si pudiera, porque venia vestido con una camiseta de Indios por no ser conocido, i no quiso Dios porque pagase quantos males por su causa se habian hecho." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

ñez tuvo la imprudencia de matar en su palacio de Lima, segun recordará el lector. El licenciado tomó despues partido con Pizarro, y ayudado de varios parientes suyos habia jurado tomar venganza del virey. Acercándose al punto al caido comandante le echó en cara el asesinato de su hermano, é iba á apearse para despacharle por su propia mano, cuando Puelles, diciéndole que aquello era una cosa indigna de él, mandó á un negro criado suyo que cortase la cabeza al virey. Así lo hizo el infame con un solo tajo de su sable, sin que el infeliz hombre próximo acaso á espirar de sus heridas, pronunciase una sola palabra, ni hiciese mas que recibir el golpe fatal levantando los ojos al cielo como para implorar su misericordia.<sup>26</sup> La cabeza fué llevada en triunfo en una pica, y hubo algunos bastante bárbaros para arrancarle sus blancas barbas y ponerlas en sus gorras como horribles trofeos de su victoria.<sup>27</sup> La suerte de la jornada estaba ya decidida; mas la infantería resistía

<sup>26</sup> Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 1, cap. 54.—Zúrate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 35.

"Mandó á un Negro que traía que le cortase la cabeza, i en todo esto no se conoció flaqueza en el Visorrei, ni habló palabra, ni hizo mas movimiento, que alçar los ojos al cielo, dando muestras de mucha Christianidad, i cons-

tancia." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 1, cap. 3.

<sup>27</sup> "Aviendo algunos capitanes y personas arrancando y pelado algunas de sus blancas y leales barbas, para traer por empresa, y Juan de la Torre las traxo despues públicamente en la gorra por la ciudad de Reyes." Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 1, cap. 54.

con firmeza y mantenía á raya los caballos de Pizarro con su frente erizado de picas. Los arcabuceros, sin embargo, seguían causándole daño y una vez desordenada no pudo resistir el empuje de los caballos, que rompieron al fin la columna, la dispersaron y ahuyentaron del campo. El alcance no fué largo ni sangriento porque sobrevino la noche, y Pizarro hizo tocar sus clarines para que las tropas se recogiesen á sus banderas.

Aunque la accion duró muy corto rato habia perecido casi una tercera parte de la gente del virey. La pérdida de los contrarios fué insignificante.<sup>28</sup> Muchos de los vencidos se acogieron á las iglesias de Quito; pero fueron extraídos del sagrado y algunos, tal vez los que en otro tiempo abrazaron la causa de Pizarro, fueron ajusticiados, y otros desterrados á Chile. El vencedor perdonó á la mayor parte. Benalcázar, restablecido ya de sus heridas, obtuvo permiso para volverse á su gobierno, bajo la condicion de no volver á tomar las armas contra Pizarro. Sus tropas fueron invitadas á quedarse al servicio del vencedor, quien nunca les mostró, sin embargo, la misma confianza que á sus antiguos partida-

<sup>28</sup> Los cálculos de los muertos y heridos en esta accion son tan discordes como de costumbre. Algunos hacen subir la pérdida del virey á doscientos hombres, mientras que Gonzalo

Pizarro estima la suya en solo siete muertos y unos cuantos heridos. ¡Pero cuán raro es que las personas empeñadas en la accion den un parte exacto!

rios. Mostróse muy ofendido de las afrentas hechas al virey, cuyos restos hizo enterrar en la catedral de Quito con los honores debidos á su rango. Gonzalo Pizarro, vestido de luto, iba de doliente principal en el entierro. Era costumbre en los Pizarros, como ya hemos visto, el rendir estos honores fúnebres á sus víctimas.<sup>29</sup>

Tal fué el triste fin de Blasco Nuñez Vela, primer virey del Perú. No hacia aun dos años de su llegada á aquel pais, y todo habia sido errores y desastres. Sus infortunios pueden atribuirse en parte á las circunstancias, y en parte á su propio carácter. Encargado de ejecutar unas leyes odiosas y severas, no le dejaron la puerta abierta para moderar el rigor de la ejecucion.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> Consúltense los autores siguientes para la relacion de la batalla de Añaquito, que la mayor parte de ellos refiere con harta brevedad. Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 170. Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 1, cap. 1-3.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 35.—Montesinos, Anales, MS., año 1546.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 4, cap. 33-35.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 1, cap. 53-54.

Gonzalo Pizarro parece que considera la batalla como una especie de juicio de Dios, en cuyo resultado dió claramente á co-

nocer el cielo de qué parte estaba la justicia. Sus reflexiones son edificantes. "Por donde pa- recerá claramente que Nuestro Señor fué servido este se viniese á meter en las manos para quitarnos de tantos cuidados, i que pagase quantos males havia fecho en la tierra, la qual quedó tan asesegada i tan en paz i servicio de S. M. como lo estuvo en tiempo del Marques mi hermano." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

<sup>30</sup> Es digna de elogio la moderacion de las reflexiones de Garcilaso sobre ese punto. "Assi acabó este buen cauallero, por querer porfiar tanto en la execucion de lo que ni á su Rey ni á

Con todo, cualquier hombre puede hasta cierto punto tomarse estas facultades, puesto que sería un absurdo el desempeñar al pié de la letra una comision sabiendo á no dudarlo que ha de producir un efecto contrario al que se desea. Pero se requiere cierta agudeza para conocer que ha llegado este caso, y algun valor moral para echarse encima la responsabilidad de obrar como es consiguiente. En una crisis semejante es donde mejor se prueba un hombre. Atreverse á desobedecer por un exceso de fidelidad, es una paradoja que una alma pequeña apenas puede comprender. Por desgracia Blasco Nuñez era ridículamente severo, hombre de ideas mezquinas que no podia creerse autorizado en ningunas circunstancias para apartarse de la letra de la ley. Desvanecido ademas por su breve autoridad, consideraba la oposicion á las ordenanzas como una traicion contra sí propio, é identificándose de esta manera con su comision, se dejaba llevar de consideraciones personales casi tanto como del interes público ó del amor á la patria.

Ni el carácter del virey era tampoco de tal naturaleza que fuese apropiado para disminuir la odiosidad de sus medidas y hacer soportable su

su Reyno conuenia: donde se causaron tantas muertes, y daños de Españoles, y de Indios como por la historia se ha visto, y se verá en lo que esta por dezir:

aunque no tuuo tanta culpa como se le atribuye, porque lleuó preciso mandato de lo que hizo." Com. Real Parte, 2 lib. 4, cap. 34.

ejecucion al pueblo. Formaba un notable contraste con el de su rival Pizarro, cuyo porte franco y caballeroso, y su generosa confianza en los suyos le daban gran popularidad, ofuscaban el juicio de todos y hacian que la peor causa pareciese ser la mas justa. Blasco Nuñez por lo contrario, suspicaz é irascible, se colocó en una posicion falsa respecto de cuantos le rodeaban; porque un carácter receloso engendra en derredor una atmósfera de desconfianza que sofoca todas las afecciones benévolas. Su primer paso fué romper con los individuos de la Audiencia que habian venido para ayudarle; pero en esto tanta culpa tuvieron ellos como él, puesto que ellos eran tan laxos como severo él en la interpretacion de las leyes.<sup>31</sup> En seguida ofendió al pueblo que le enviaban á gobernar, y se malquistó con él; y por último, disgustó á sus amigos convirtiéndolos muchas veces en enemigos suyos, de manera que cuando llegó la hora de defender su poder y su vida, tuvo que confiar su defensa á estraños. Mas el enumerar todas sus cualidades no debemos pasar en silencio sus virtudes. Hay dos que no pueden negársele de

31 Blasco Nuñez calificaba á los cuatro oidores de la Audiencia de un modo mas conciso que cortés. "Decia muchas veces Blasco Nuñez, que le havian dado el Emperador, i su Consejo de Indias, un Moço, un Loco, un

Necio, un Tonto por Oidores, i que así lo havian hecho como ellos eran. Moço era Zepeda, i llamaba Loco á Juan Alvarez, i Necio á Tejada, que no sabia latin." Gomara, Hist. de las Indias, cap. 171.

modo alguno: una lealtad que brilló mas ilustre en medio de la traicion que por todas partes le rodeaba, y una constancia en el infortunio que merece el respeto aun de sus mismos enemigos. Pero por mas que se quieran apreciar sus buenas prendas, apenas puede dudarse que con dificultad se habría encontrado en toda Castilla un hombre menos apropiado para desempeñar la tarea que se le encomendó.<sup>32</sup>

La victoria de Añaquito causó general júbilo en la capital vecina; todas las ciudades del Perú la miraban como el último golpe dado á las aborrecidas ordenanzas, y resonaba el nombre de Pizarro de un extremo á otro del pais como el de un libertador. Aquel capitán continuó residiendo en Quito durante la estacion de las aguas dividiendo el tiempo entre los placeres licenciosos de un descuidado aventurero, y el cuidado de los negocios que ya le rodeaban como jefe del Estado. Su gobierno se manegó con menos actos de crueldad de los que podian aguardarse aten-

32 Lo relativo á Blasco Nuñez se apoya principalmente en la autoridad de escritores realistas, algunos de los cuales escribieron despues de su regreso á Castilla. Por lo mismo deberian naturalmente inclinarse mas á favor del legítimo representante de la corona, que á favor del rebelde. Y eso es tan cierto que la única voz que aboga decididamente por Pizarro es la suya

propio testimonio sospechoso á la verdad. Mas apesar de todas las circunstancias que le favorecen, del testimonio general resulta que el gobierno de Blasco Nuñez fué una serie de errores. Y apenas hay nada que inspire interes de cuanto toca á su persona, como no sea sus inauditos infortunios y la firmeza con que supo sobrellevarlos.

didias las circunstancias de su posicion. Se observó que como se hallase ausente Carbajal, el consejero en que por desgracia ponía mayor confianza, Gonzalo no permitía ninguna ejecucion, si no era guardando todas las formas de la ley.<sup>33</sup> Premió á los suyos con nuevos repartimientos, y despachó á otros á espediciones no muy distantes, para que siempre le fuese fácil el llamarlos á su lado. Tomó varias medidas para el bien de los indígenas, y algunas en particular para que fuesen instruidos en la religion cristiana. Cuidó de la fiel recaudacion de los caudales reales, y recomendó á los colonos que se portaran de tal manera que se granjeasen la voluntad del emperador y le inclinasen á revocar las ordenanzas. En una palabra, se condujo de tal modo en su gobierno, que aun su sucesor el severo Gasca confesó, "que gobernaba bien para ser tirano."<sup>34</sup>

Por fin en el mes de Julio de 1546 se despidió el nuevo gobernador de la ciudad de Quito, y dejando allí una guarnicion suficiente á las ór-

33 "Nunca Pizarro en ausencia de Francisco de Carbajal, su Maestre de Campo, mató, ni consintió matar á Español, sin que todos, los mas de su Consejo, lo aprobasen; i entonces con Proceso en forma de Derecho, y confesados primero." Gomara, Hist. de las Indis, cap. 172.

34 *Ibid.*, ubi supra.—Fér-

nandez hace una pintura menos favorable del gobierno de Gonzalo. (Hist. del Perú, Parte 1, lib. 1, cap. 54; lib. 2, cap. 13.)—Fernandez escribió por encargo de la corte: Gomara, aunque vivía en la corte, escribió por gusto. Los elogios de Gomara son, pues, menos sospechosos que las censuras de Fernandez.

denes de Puelles, emprendió su jornada al sur. Fué aquella una marcha triunfal, porque en todos los lugares del camiuo era recibido con el mayor entusiasmo. En Trujillo salieron los vecinos en tropel á recibirle, y el clero entonaba himnos en honor suyo, aclamándole "victorioso príncipe" y pidiendo al Todopoderoso, "que le prolongase la vida y le hiciese dichoso." <sup>35</sup> En Lima se trató de derribar algunos edificios y abrir una calle nueva para su entrada, que después llevase el nombre del vencedor. Pero el prudente gefe rehusó este lisonjero tributo, y prefirió modestamente el entrar por el camino acostumbrado. Formóse una procesion de los vecinos, las tropas y el clero, y Pizarro hizo su entrada en la capital llevando á pié dos de sus principales capitanes las riendas de su caballo, y yendo á su lado el arzobispo de Lima y los obispos del Cuzco, Quito y Bogotá tambien á caballo. Este último acaba de llegar á la ciudad para consagrarse. Las calles estaban llenas de ramas, las paredes de las casas colgadas de vistosas tapicerías, y se erigieron en la carrera muchos arcos triunfales en loor del vencedor. Los balcones, miradores y azoteas estaban llenos de espectadores que prorrumpian en ruido-

<sup>35</sup> "Victorioso Príncipe, hagate Dios dichoso, i bienaventurado, él te mantenga, i te conser-

ve." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 2, cap. 9.

sas y prolongadas aclamaciones, saludando al victorioso soldado con los títulos de "Libertador, y Protector del pueblo." Las campanas no cesaban de repicar á vuelo como en su primera entrada á la capital, y en medio de la alegre música y del gozo general, llegó Gonzalo al palacio de su hermano. La dinastía de los Pizarros volvía á dominar en el Perú. <sup>36</sup>

De diferentes puntos del país fueron llegando comisionados para felicitarle á nombre de sus respectivas ciudades, y todo el mundo exigía que se le recompensase por los servicios prestados en la revolucion. Al mismo tiempo recibió Pizarro la agradable noticia de las victorias conseguidas por sus armas en el Sur. Diego Centeno, según dijimos antes, habia alzado el estandarte de rebelion, ó mas bien de fidelidad á su soberano. Se habia apoderado de la ciudad de la Plata, y el espíritu de insurreccion cundió por toda la estensa provincia de Charcas. Carbajal que fué enviado desde Quito en perseccion suya, habia pasado al Cuzco después de tocar en Lima, y habiendo aumentado allí sus fuerzas se dirigió á marchas forzadas hácia la provincia sublevada. Centeno no se aventuró á hacer fren-

<sup>36</sup> Véanse los pormenores de esta pompa en Pedro Pizarro, cap. 9.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 5.—Carta de Gonzalo Descub. y Conq., MS.—Herrera, Pizarro á Valdivia, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 2.

te en campo abierto á tan formidable campeón, y se retiró con sus tropas á las entrañas de la sierra. Carbajal se puso á perseguirle siguiendo sus huellas con la pertinacia de un sabueso por montes, pantanos, bosques y barrancos, sin dejarle un momento de reposo, ni de día ni de noche. El incansable veterano con ochenta años de edad, y comía y dormía á caballo, y veía ir desfalleciendo uno tras otro á sus compañeros mientras que él, sin dar muestra de cansancio continuaba el alcance á semejanza del cazador salvaje de Burger, como si no tuviese un cuerpo mortal. Durante esta terrible persecucion de mas de doscientas leguas, Centeno se vió abandonado de la mayor parte de los suyos. Los que caian en manos de Carbajal eran inmediatamente ajusticiados, porque aquel gefe inexorable no mostraba misericordia con los que habian sido infieles á su causa.<sup>37</sup> Al cabo llegó Centeno con un puñado de hombres á las orillas del Pacífico, y dispersándose allí todos, cada uno se puso en salvo como mejor pudo. Su capitán halló asilo en una cueva de las montañas, donde le dió de comer ocultamente un curaca indio, hasta que llegó el tiempo de enarbolar otra vez el estandarte de la revolucion.<sup>38</sup>

37. "Poblando los árboles con sus cuerpos," dice con energía á sus prisioneros de las ramas. Fernández aludiendo al modo 28 Para la expedición de Car-

Carbajal, despues de algunos otros movimientos decisivos que restablecieron completamente el dominio de Pizarro en el sud, se volvió triunfante á la Plata. Allí se ocupó en trabajar las minas de plata del Potosí, en las cuales una veta recién descubierta prometía mas riqueza que cuantas hasta allí se habian descubierto en México y en el Perú;<sup>39</sup> y pronto pudo hacer grandes remesas á Lima, rebajando por supuesto una comision no escasa para sí propio: porque la codicia del teniente igualaba á su crueldad.

Ya nadie disputaba á Pizarro el imperio del Perú. Su autoridad era reconocida desde Quito hasta las fronteras septentrionales de Chile. Su flota dominaba las aguas del Pacífico y ponía

bajal; V. Herrera, Hist. General, dic- 8, lib. 1, cap. 9, et seq.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 1.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 4, cap. 28, 29, 36, 30.—Fernandez, Hist. del Perú, Par e 1, lib. 2, cap. 1, et seu.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

de Kentucky el coronel Boone. Eran á la verdad mas admirables las del capitán español, por haber llegado á una edad en que las fuerzas censadas piden ya reposo. Pero el cuerpo del veterano parece que era tan insensible como su alma.  
39 La veta descubierta entonces en Potosí fué tan rica que las otras minas quedaron en comparacion abandonadas para ir á trabajar esta. (Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 4.) El efecto de este aumento repentino de riqueza fué tal, segun Garcilaso, que á los diez años valia en aquel lugar una herradura casi lo que pesaba de plata. Com. Real Parte 1, lib. 8, cap. 24.

en su mano las ciudades y villas de sus costas. El almirante Hinojosa, oficial valiente y entendido, le habia ganado á Panamá y atravesando el istmo se habia apoderado despues de Nombre de Dios, llave de las comunicaciones con Europa. Sus fuerzas estaban bajo un pié excelente viéndose en ellas la flor de los guerreros que pelearon bajo las banderas de su hermano, y acudieron luego apresuradamente al nombre de Pizarro; mientras que de las inmensas riquezas que producía el Potosí, sacaba una renta igual á la de un soberano de Europa.

El nuevo gobernador comenzó á ostentar una pompa digna de su floreciente fortuna. Le custodiaba una guardia de ochenta soldados: mantenía constantemente mesa de estado, y por lo comun reunía hasta cien convidados. Dicen que aun usaba de otras ceremonias mas propias de la magestad, dando á besar su mano, y no permitiendo que nadie, de cualquier condicion que fuese, se sentara en su presencia.<sup>40</sup> Pero esto lo niegan otros. No sería extraño que á un hombre vano como Pizarro, con un espíritu superficial é inculto, cuando se vió elevado de una condicion humilde al puesto mas alto del

40 "Traía Guarda de ochenta Alabarderos, i otros muchos de caballo, que le acompañaban. i á en su presencia ninguno se sentaba, i á muy pocos quitaba la Gorra." Zárate, Conq. del Perú, lib. 6. cap. 5.

país, le desvaneciese algo la posesion del poder y tratase con altanería á los mismos que en otro tiempo trató con respeto. Mas un escritor que le vió muchas veces en su mayor prosperidad, nos asegura que no fué así, y que el gobernador continuó portándose con la misma llaneza y familiaridad que antes de su elevacion, tratando sin ceremonias á sus camaradas y mostrando las mismas cualidades que lo habian hecho el ídolo del pueblo.<sup>41</sup>

Sea como fuere, lo cierto es que no faltó quien le aconsejara que negase la obediencia á la corona y formase para sí un gobierno independiente. Era uno de ellos su teniente Carbajal, cuyo atrevido espíritu nunca se detenía en llevar las cosas hasta el último estremo. Aconsejó lisamente á Pizarro que negase del todo la obediencia." Realmente así lo habeis hecho ya, le decía. "Habeis hecho armas contra el virey, le habeis arrojado del país, le habeis derrotado y muerto en la batalla. ¿Qué favor, ni aun elemencia, podeis esperar de la corona? Habeis ido ya demasiado lejos para deteneros ó retro-

41 Garcilaso, Com. Real. Parte 2, lib. 4, cap. 42.

Garcilaso tuvo ocasion de observar por sí mismo el método de vida de Gonzalo, porque nos cuenta que cuando era muchacho fué convidado varias veces á su mesa. Esta atencion, tan ra-

ra en un conquistador tratándose de un individuo de raza indígena, no la olvidó el historiador de los Incas, quien ha dibujado á Gonzalo con colores mas favorables que la generalidad de los escritores españoles.

ceder. Debeis seguir adelante sin miedo. Hacedos proclamar rey; las tropas y el pueblo os sostendrán." Y dicen que acabó por aconsejarle que se casase con la Coya, representante de la dinastia de los Incas, para que las dos razas viviesen tranquilas en adelante bajo un mismo cetro.<sup>42</sup>

La opinion del atrevido consejero era acaso la mas acertada que podia darse á Pizarro en aquellas circunstancias. Porque se hallaba en la situacion de uno que ha trepado inconsideradamente á mucha altura en un resbaladizo precipicio; demasiado alto para poder bajar sin riesgo, siéndole al mismo tiempo imposible el sostenerse donde se halla. Su única salvacion está en subir mas aun, hasta ganar la cima. Pero Gonzalo Pizarro se asustaba al ver que este paso le ponía en rebelion abierta. Apesar de la conducta criminal que habia seguido últimamente, el sentimiento de lealtad estaba demasiado arraigado en su pecho para que desapareciese del

<sup>42</sup> Ibid., Parte 2, lib. 4, cap. 40.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 172.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 13.

El poeta Molina describió con buen efecto esta escena entre Carbajal y su gefe, en su comedia de *las Amazonas en las Indias* i usó algo de las licencias poéticas en el elogio que hace de los

méritos no muy relevantes de Pizarro. El mismo Julio Cesar no era mas magnánimo.

Sepa mi rey, sepa España:  
Que muero por no ofenderla,  
Tan fácil de conservarla,  
Que pierdo por no agraviarla  
Cuanto infame en poseerla:  
Una corona ofrecida."

todo. Aunque habia tomado las armas contra los mandatos y los ministros de su soberano, no estaba dispuesto á empuñar su espada contra el soberano mismo. El sin duda sentia en su pecho emociones contrarias: como Macbeth y otros de índole menos generosa,

Engañar no quería,

Pero ganar á tuerco pretendía.

Y por grata que fuese á su vanidad la imagen del fantástico cetro que así se representaba á su imaginacion, no tuvo la audacia, acaso pudiéramos decir la ambicion criminal, de estender la mano para asirlo.

Precisamente en este mismo tiempo, cuando le instaban para que adoptase este partido estremo, disponia una embajada para España con el fin de que justificase su conducta, y pidiese una amnistia para lo pasado, con una plena confirmacion de su autoridad como sucesor de su hermano en el Perú.—Pizarro no leia en el porvenir con el ojo sereno y profético de Carbajal.

Entre las noticias biográficas de los escritores sobre los asuntos de las colonias españolas, no debe ciertamente omitirse el nombre de HERRERA, quien ha contribuido mas que ninguno á esta vasta empresa. Su relacion de los sucesos

del Perú ocupa el lugar correspondiente en su grande obra de la *Historia general de las Indias*, segun el plan cronológico que sigue en dicha historia. Pero como no da materia para reflexiones diversas de las que sugieren otras partes de la obra, me tomaré la libertad de remitir al lector á la postdata del tercer libro de mi *Conquista de México*, donde hallará una estensa noticia de la obra y de su ilustrado autor.

FRANCISCO LOPEZ DE GÓMARA es otro cronista de que me he valido con frecuencia en el curso de mi narracion. El lector hallará tambien una noticia de este autor en la postdata al libro quinto de la *Conquista de México*; pero como allí la observaciones sobre sus escritos se limitan á su *Crónica de Nueva España*, bueno será añadir aquí algunas reflexiones sobre otra obra suya de mas importancia: la *Historia de las Indias*, en la cual hacen un papel muy notable los acontecimientos del Perú.

El objeto de la *Historia de las Indias*, es dar una breve idea de todas las conquistas hechas por los Españoles en las islas y continente americano, hasta mediados del siglo XVI. Aunque no consta que Gomara estuviese nunca en el Nuevo mundo, su posicion le facilitaba los mejores medios para el desempeño de su plan. Tenía estrechas relaciones con los principales personajes de su tiempo, recogía de su misma boca

los pormenores de sus aventuras; y como residia en la corte estaba impuesto del estado de la opinion en ella, y de la impresion que iban causando los sucesos en las personas mas capaces de calificarlos. De esta manera pudo intruducir en su obra muchos pormenores interesantes que no se encuentran en otros anales de la época. No redujo sus investigaciones tan solo á los hechos de los Conquistadores, sino que se estendió á formar un cuadro general de los elementos de riqueza de los paises que describe, y principalmente de su aspecto fisico y de sus producciones. El desempeño de la obra así como su lenguaje, descubren al literato instruido y práctico en el arte de componer. En vez de la naturalidad agradable, pero pueril, de los antiguos cronistas militares, Gomara maneja sus diversos asuntos con la crítica desconfiada y picante de un hombre de mundo; mientras que sus descripciones están dispuestas con una concision significativa, enteramente opuesta á las cansadas é interminables frases de los analistas monacales. Estas prendas literarias y la notoriedad de los buenos datos que habia tenido el autor, fueron causa de que sus escritos se librasen del olvido que comunmente aguarda á los manuscritos inéditos, y tuvo la satisfaccion de ver imprimir mas de una vez los suyos durante su vida. Apesar de eso, lo que es por su autenticidad no puede

colocarse su obra en primera línea. El autor introduce con demasiada facilidad en sus páginas relaciones que no se apoyan en los testimonios contemporáneos. Esto no proviene de su credulidad, porque su espíritu se inclina mas bien al rumbo opuesto, sino de falta, según parece del verdadero conocimiento de la evidencia histórica. Ya en su tiempo fué acusado Gomara de inesactitud en los hechos, por no decir otra cosa, y Garcilaso nos cuenta que cuando algunos caballeros peruanos le pidieron esplicacion de ciertas equivocaciones que les perjudicaban, el historiador no acertó á darles una respuesta satisfactoria. Este es un feo lunar en sus producciones, y para el compilador moderno que busca las fuentes puras de la verdad, son de mucho menos valor que otras crónicas mas humildes pero mas esactas.

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, es otra autoridad de que me he valido para mi obra. Ya he hablado de él en otra parte, y el lector que guste apurar el asunto me permitirá que le remita yo á la noticia crítica de su vida y escritos que di en la postdata del libro cuarto de la *Conquista de México*.—Su historia del Perú está incluida en su grande obra de la *Natural é General Historia de las Indias*, MS. de la cual forma los libros XLVI y XLVII. Comprende desde el desembarco de Pizarro en Tumbez hasta

el regreso de Almagro de su expedicion á Cúile, y por lo tanto abraza todo lo que puede llamarse la conquista del país. Como el desempeño de esta parte corresponde al del resto de la obra á que pertenece, el exámen crítico que pudiera hacerse de ella es igual al que ya antes se hizo del carácter de los escritos de Oviedo en general.

Este hombre distinguido era al mismo tiempo literato y cortesano. Aunque frecuentaba la corte y trataba con intimidad á las personas de más distincion en Castilla, pasó, sin embargo, mucha parte de su vida en las colonias, donde añadió los frutos de la esperiencia propia á lo que ya por otros habia sabido. Su curiosidad era insaciable y se estendia á todos los ramos de las ciencias naturales, así como á la vida pública y á la historia particular de los colonos. Era al mismo tiempo su Plinio y su Tácito. En sus obras se hallan con frecuencia retratos de personajes, bosquejados con soltura y viveza. Sus reflexiones son picantes, y sacudiendo las trabas comunes de la época; toman á veces un tono filosófico. El curso de la obra está amenizando con una multitud de anécdotas personales que dan una idea rápida del carácter de los sujetos á que se refieren.

Con tan distinguidas prendas y con una posición respetable en la sociedad, es extraño que una

parte tan considerable de sus escritos, como lo son su *Historia de las Indias* y sus curiosas *Quincuagenas*, haya permanecido tanto tiempo sin imprimirse. Esto puede atribuirse en parte al capricho de la fortuna, porque la Historia ha estado mas de una vez en visperas de publicarse y aun se tiene entendido que está dispuesta para la prensa. Adolece á la verdad de graves defectos que pueden haber contribuido á mantenerla en este estado. Por su estilo entrecortado y episódico parece mas bien que una historia, unos apuntes sueltos para formarla. Puede considerarse como unos comentarios ó ilustraciones de la época. Mirándolas bajo este aspecto sus páginas son muy apreciables, y han acudido á ellas con mucha frecuencia algunos escritores que se han aprovechado sin escrúpulo de las noticias del antiguo cronista, con pocas referencias al autor.

Es una lástima que Oviedo se empeñase mas en escribir cosas nuevas, que en averiguar lo que realmente habia en ellas de verdad. Entre sus buenas cualidades con dificultad se hallará la exactitud histórica. Y con todo puede disculparse hasta cierto punto, advirtiendo que sus escritos, como ya dijamos, no parecen tanto composiciones acabadas como apuntes sueltos, en donde todo se asienta mezclado y confundido, lo mismo los hechos averiguados que las voces

sueeltas y aun los rumores mas contradictorios: resultando de todo un heterogéneo acopio de materiales, de que puede valerse el historiador discreto para levantar una fábrica regular sobre cimientos mas sólidos y duraderos.

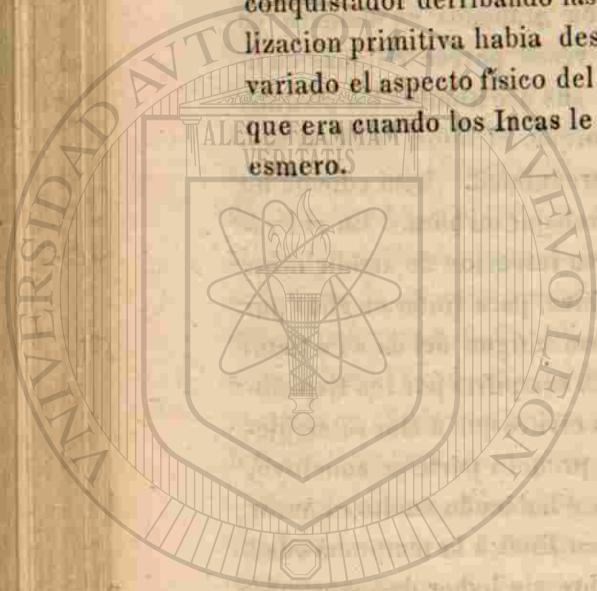
Otro autor digno de particular noticia es PEDRO CIEZA DE LEON. Su *Crónica del Perú* debería llamarse con mas propiedad *Itinerario*, ó acaso mejor *Geografía del Perú*. Nos dá en ella una minuciosa descripción topográfica del país en tiempo de la conquista: de sus provincias y ciudades, tanto indias como españolas: de sus florecientes costas: de sus bosques, valles, é interminables cadenas de montañas en el interior, con muchos pormenores interesantes de la población de sus trages, costumbres, restos de edificios y obras públicas: intercalando al mismo tiempo de cuando en cuando algunas noticias de su antigua historia y organización social. Es en suma una animada pintura del país en todas sus relaciones físicas y morales, segun existía en tiempo de la conquista, y en aquel periodo de transición en que por primera vez se vió sujeto á la influencia europea. El haber proyectado en aquella época remota una obra de esta clase bajo un plan filosófico que nos trae á la memoria el de Malte Brun en nuestros dias, (*parva componere marginis*;) basta para dar idea del talento de su autor. Era una tarea no poco árdua cuando aun no habian

allanados el camino los trabajos del anticuario; ni habia los bosquejos del *album* del viagero, ni tampoco las medidas del explorador científico. Apesar de eso el laborioso compilador apunta cuidadosamente las distancias entre los lugares; y los rumbos de estos y su aspecto peculiar se encuentran expresados con bastante exactitud, considerando los obstáculos que hubo de vencer. El desempeño literario de la obra es ademas muy apreciable, á veces hasta lujoso y pintoresco, y cuando el autor describe los bellos y magníficos paisajes de la Cordilleras, sus bellezas le causan una impresion que no se nota con frecuencia en el insensible topógrafo y mucho menos en el rústico conquistador.

Cieza de Leon vino al Nuevo Mundo, según él mismo nos dice, á la temprana edad de trece años; pero hasta el tiempo de Gasca no vemos su nombre entre los que tomaron parte en las tumultuosas escenas de las guerras civiles, habiendo acompañado al Presidente en la campaña contra Gonzalo Pizarro. Su Crónica, ó á lo menos los apuntes para ella, la fué escribiendo en los ratos que podia robar á otras ocupaciones mas activas, y á los diez años de comenzada concluyó en 1550 la Primera Parte, que es todo lo que tenemos, cuando el autor solo tenia treinta y dos años. Publicóse en Sevilla en 1552, el año siguiente en Antuerpia, y una traduccion

italiana impresa en Roma en 1555, atestigua la rápida celebridad que adquirió la obra. La edicion de Antuerpia es en dozavo, muy bien impresa y adornada con grabados en madera en en los que muchas veces parece Satanas en figura corpórea con sus acostumbrados abornos fantasmagóricos; porque el autor adolecia mucho de la antigua credulidad. Esta edicion he tenido á la vista al trabajar mi obra. En el Prólogo anuncia Cieza su intencion de añadir otras tres partes á su Crónica, para tratar en ellas por su orden de la historia antigua del dais en tiempo de los Incas, de la conquista por los Españoles, y de las guerras civiles que á ella se siguieron. Pero solo la primera parte se concluyó, como arriba dijimos, y habiendo vuelto el autor á España murió allí en 1560, á la temprana edad de cuarenta y dos años, sin haber desempeñado parte alguna del magnífico plan que con tanta confianza habia trazado. Esta falta es muy de sentirse considerando el talento del escritor, y lo mucho que vió por sí mismo. Pero lo que hizo basta para que le estemos muy agradecidos. En sus animadas descripciones de los sitios y de las perspectivas, que aun parecia tener delante de los ojos, hallamos el fondo de la pintura histórica: el paisaje, por decirlo así, en que pueden despues dibujarse con mas exactitud los **personages históricos.** Hubiera sido imposible

el delineer con tanta exactitud la antigua tipografía del pais, en una época mas reciente cuando las cosas antiguas habian pasado ya, y el conquistador derribando las barreras de la civilización primitiva habia destruido mucho y aun variado el aspecto físico del pais, respecto de lo que era cuando los Incas le cultivaban con tanto esmero.



## LIBRO QUINTO.

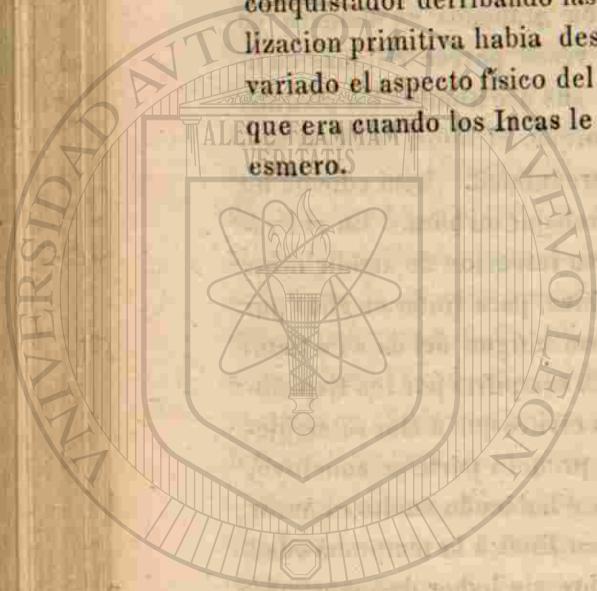
---

 PACIFICACION DEL PAIS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el delineer con tanta exactitud la antigua tipografía del pais, en una época mas reciente cuando las cosas antiguas habian pasado ya, y el conquistador derribando las barreras de la civilización primitiva habia destruido mucho y aun variado el aspecto físico del pais, respecto de lo que era cuando los Incas le cultivaban con tanto esmero.



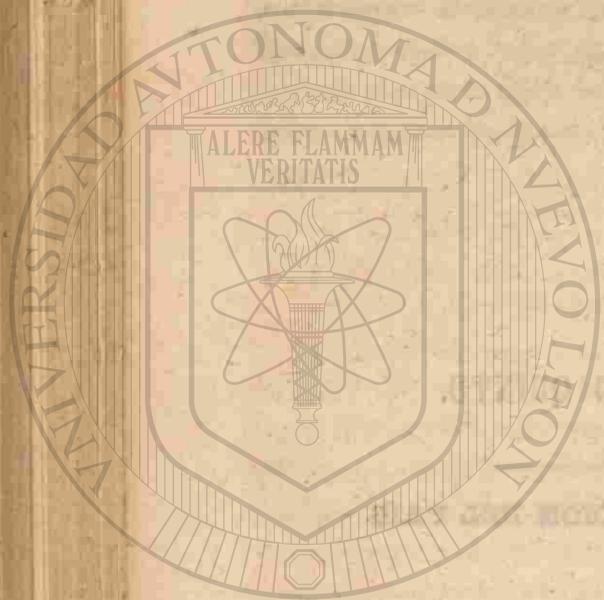
## LIBRO QUINTO.

---

 PACIFICACION DEL PAIS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LIBRO QUINTO.

### PACIFICACION DEL PAIS.

#### CAPITULO I.

GRANDE SENSACION EN ESPAÑA.—PEDRO DE LA GASCÁ.—SU JUVENTUD.—SU MISION AL PERU.—SU PRUDENTE CONDUCTA.—SUS OPRECIMIENTOS A PIZARRO.—GANA LA FLOTA.

1545.—1547.

Mientras se verificaba en el Perú la importante revolucion referida en las páginas anteriores habian llegado de cuando en cuando algunos rumores de ella á la metrópoli; pero la distancia era tan grande y las comunicaciones tan poco frecuentes, que las noticias llegaban comunmente con mucho atraso. El gobierno se llenó de temores al saber los desórdenes ocasionados por las ordenanzas y la imprudente conducta del virey, y no tardó en llegar á su noticia que este habia sido depuesto y arrojado de su capital, mientras que todo el pais, con Gonzalo Pizarro á la cabeza, habia tomado contra él las armas. Tan alarmantes noticias llenaron de consternacion á todos en España, y muchos que antes habian aprobado las ordenanzas, condenaban

ahora en público á los ejecutores, que sin considerar el carácter inflamable del pueblo, habian prendido temerariamente un reguero de pólvora que amenazaba una esplosion general en las colonias. <sup>1</sup> No habia memoria de que nunca hubiese ocurrido una rebelion semejante en el imperio español. Se le comparaba con la famosa guerra de las *comunidades*, á principios del reinado de Carlos V; pero la insurreccion del Perú parecia aun mas formidable que aquella. Las disensiones de Castilla pasaban á la vista de la corte y por lo mismo podian aplacarse con mas facilidad; mientras que era muy difícil usar del mismo poder en las remotas playas de las Indias. Colocado á gran distancia en las costas del Pacífico, los lazos que unian al Perú con la madre patria eran tan débiles, que bastaba un sacudimiento menor del que ahora habia recibido para que en cualquier tiempo saliese aquella colonia de su órbita política. La mas hermosa de sus piedras parecia prósima á desprenderse de la diadema imperial.

Tal era el estado que guardaban las cosas en

1. "Que aquello era contra una cédula que tenían del Emperador que les daba el repartimiento de los indios de su vida, y del hijo mayor, y no teniendo hijos á sus mugeres, con mandamiento que se repartiesen como se repartían, y como lo habian y lo han repartido, por donde que ninguno de ellos, y que tambien era contra otra cédula real que ninguno podia ser despojado de sus indios sin ser primero oido á justicia y condenado." Historia de Don Pedro Gasca, Obispo de Sigüenza.

el verano de 1545, mientras que Carlos V. se hallaba ausente en Alemania, ocupada su atencion con las cuestiones religiosas del imperio. El gobierno estaba encargado á su hijo, que con el nombre de Felipe II debia heredar muy pronto la mayor parte de los dominios de su padre, y tenia entonces su corte en Valladolid. Reunió una junta de prelados, jurisconsultos y militares de mucha esperiencia, con el fin de discutir las medidas que deberian tomarse para restablecer el órden en las colonias. Todos convinieron en mirar la conducta de Pizarro como una audaz rebelion, y al principio hubo pocos que no quisiesen empiear todo el poder del gobierno para lavar el honor de la corona, sofocando la insurreccion y castigando á los autores de ella <sup>2</sup>

Por mas conveniente que esto pareciera, bastó una ligera reflexion para hacerles ver que si no del todo impracticable, era á lo menos muy difícil de llevar á efecto. La lejanía del Perú hacia necesario no solo que las tropas pasasen el océano, sino que atravesasen la grande anchura del continente. ¿Y cómo habia de hacerse esto cuando las puntos principales, las llaves

2 MS. de Caravantes.—Hist. triste celebridad adquirió despues de Don Pedro Gasca. MS. en los Países Bajos. Bien puede decirse que el hijo de la junta, como una consecuencia de la guerra de España, se dio á conocer como un hombre que tenia una gran parte de la gloria de su padre.

de la comunicacion con la colonia, estaban en manos de los rebeldes, enya escuadra recorria el Pacifico señoreando sus aguas y defendiendo sus costas? Aun cuando las tropas españolas llegasen á desembarcar en el Perú, ¿qué esperanza podian tener, estrañas á la tierra y al clima, de vencer á los veteranos de Pizarro, hechos á pelear en las indias, y llenos del mayor afecto á su comandante? Las nuevas tropas que se enviasen podian ademas contagiarse del espíritu de insurreccion y abandonar sus banderas.<sup>3</sup>

No quedaba, pues, otro recurso que tentar los medios de conciliacion. El gobierno debía volver sobre sus pasos, por mas que esto humillase su orgullo. Era preciso ofrecer un indulto completo á los que se sometiesen, y usar de argumentos persuasivos acompañados de prudentes concesiones de tal manera que los colonos se convenciesen de que tanto su deber como su propia conveniencia exigian que volviesen á su antigua felicidad.

Pero el tratar con el pueblo en el estado exaltacion en que se encontraba, y el hacer estas

3. "Ventilose la forma del remedio de tan grave caso en que hubo dos opiniones; la una de imbiar un gran soldado con fuerza de gente á la demostracion de este castigo; la otra que se llevase el negocio por prudentes y su-

ves medios, por la imposibilidad y falta de dinero para llevar gente, cavallos, armas, municiones y vastimentos, y para sustentarlos en tierra firme y pasarlos al Perú." MS. de Caravantes.

concesiones sin comprometer la dignidad de la corona y la estabilidad de su dominacion en lo sucesivo, era asunto muy delicado, cuyo buen éxito dependia enteramente de la persona á quien esta comision se confiase. Despues de meditarlo mucho se creyó haber hallado el hombre que se necesitaba en un clérigo llamado Pedro de la Gasca: nombre ilustre que aun brilla mas por el contraste que forma con los tenebrosos tiempos en que apareció por primera vez, y que nada ha perdido de su esplendor con el transcurso de los siglos.

Pedro de la Gasca nació probablemente á fines del siglo XV en un pueblo pequeño de Castilla llamado Barco de Avila. Tanto por parte de padre como de madre era de linage antiguo y noble; bien atiguo si descendia de Casca, uno de los conspiradores contra Julio César, como pretenden sus biógrafos.<sup>4</sup> Habiendo tenido la desgracia de perder á su padre en edad muy tierna, fué puesto por su tío en la famosa universidad de Alcalá de Henares, fundada por el gran Jimenez. Hizo allí grandes progresos en los estudios, principalmente en los relativos á su profe-

4. "Pasando á España vinieron á tierra de Avila y quedó del nombre dellos el lugar y familia de Gasca, MS.—La semejanza de nombre basta en Castilla para enfiada de la pronunciacion, que jaretar una genealogia. hay entre las dos letras consonan-

sion, y al fin recibió el grado de licenciado en Teología.

El jóven, sin embargo, descubrió otros talentos á mas de los que exigia su vocacion sagrada. Ardía entonces en el país la guerra de las comunidades, y los directores de su colegio se mostraban inclinados á adherirse al partido popular. Pero poniéndose Gasca al frente de una fuerza armada, se apoderó de una de las puertas de la ciudad, y ayudado de las tropas reales mantuvo la poblacion sujeta á la corona. Esta temprana muestra de lealtad no la olvidó sin duda su vigilante soberano.<sup>5</sup>

De Alcalá pasó luego Gasca á Salamanca, donde se distinguió por su destreza en las disputas escolásticas, y obtuvo los mas distinguidos honores académicos en aquella antigua universidad, madre fecunda del saber y del ingenio. Encargáronle despues que desempeñase algunos asuntos importantes del ramo eclesiástico, y le nombraron individuo del consejo de la Inquisición.

5. Estas noticias de la juventud de Gasca las he sacado principalmente de una biografía manuscrita compuesta el año de 1465 en vida del prelado. No aparece en ella el nombre del autor, quien segun se advierte tenia amistad con Gasca; pero parece

ma parte de la preciosa coleccion de D. Pasqual de Gayangos, de Madrid. Es muy apreciable por lo que esclarece los primeros pasos de la carrera de Gasca que han pasado absolutamente en silencio los historiadores castellanos. Es de sentirse que el autor

ser Gasca, un literato y un crítico con cierto grado de independencia. El M. S. 601.

Con este último carácter fué enviado á Valencia hacia 1540, para averiguar ciertos casos de heregía que se decían ocurridos en aquella provincia. Dos casos eran sumamente oscuros, y aunque ayudaban á Gasca en la pesquisa varios jurisconsultos distinguidos, empleó en esta comision cerca de dos años. En el manejo de este difícil negocio mostró tanta penetracion, y tan estricta imparcialidad, que las cortes de Valencia le nombraron visitador de aquel reino, oficio de grave responsabilidad y que exigia suma discrecion en quien lo desempeñase, puesto que su obligacion era examinar el estado de la administracion de justicia y de las rentas en todo el país, con facultad para reformar abusos. Es una prueba de grande aprecio el que en una nacion tan apegada á sus usos se hubiese dado á Gasca, pues era una infraccion de la costumbre establecida de no dar este empleo á quien no fuese vasallo de la corona de Aragon.<sup>6</sup>

Gasca cumplió con integridad y acierto la comision que se le habia confiado. Mientras se ocupaba en su desempeño la poblacion de Va-

6. "Era tanta la opinion que en Valencia tenían de la integridad y prudencia de Gasca, que en las cortes de Monzon los Estados de aquel Reino le pidieron

no puede serlo si no fuere natural de la corona de Aragon, y consintiendo que aquel fuere derogase el Emperador lo concedió á instancia y peticion de ellas." Hist. de D. Pedro Gasca y otros de aquel Rey que org. del Rey. Manuscrito de S.

BIBLIOTECA CENTRAL

lencia se llenó de consternacion al saber que los Franceses y los Turcos mandados por el temible Barbarroja meditaban un desembarco en aquellas costas y en las vecinas Baleares. Temíase generalmente un levantamiento de la poblacion morisca, y desconfiaban de poder resistir al enemigo los oficiales españoles que mandaban en provincia por no tener el ausilio de una escuadra. Durante este periodo de terror general, solo Gasca aparecia sereno é inperturbable. Reconvino á los oficiales por su desaliento indigno de un militar; les animó á que confiasen en la lealtad de los moriseos, y aconsejó que inmediatamente se levantasen fortificaciones en la Rivera del mar. De resultas de esto le nombraron individuo de una comision encargada de dirigir estas obras y de levantar tropas para la defensa de las costas. Desempeñó tan exactamente su encargo, que despues de varias tentativas infructuosas para efectuar el desembarco, fué rechazado Barbarroja en todas partes, y tuvo que abandonar la empresa por impracticable. El mérito de esta resistencia corresponde principalmente á Gasca, que dirigió la construccion de las defensas, y que pudo proporcionar una gran parte de los fondos necesarios por las economías que introdujo en la administracion del reino de Valencia. <sup>7</sup>

7. „Que parece cierto," dice que por disposicion Divina vino á su entusiasta biógrafo, „que á hallare Gasca, entónces en la

Por este mismo tiempo, es decir, á fines del año 1545, fué escogido Gasca por el consejo de Felipe, como la persona mas competente para encargarse de la peligrosa mision al Perú. <sup>8</sup> Su carácter parecía ciertamente el mas apropiado para ella. En todo el curso de su vida habia dado claras pruebas de su lealtad. A una grande blandura en el trato, reunia la mas intrépida resolucion. Su porte era humilde como á su profesion correspondia, pero sin bajeza; porque la conviccion de su rectitud le servia de apoyo é imponia respeto á cuantos le trataban. Comprendia con facilidad; era maestro en el arte de conocer á los hombres, y aunque se educó para una vida solitaria, tenia tanta práctica en los negocios y aun en las cosas de la milicia como pudiera esperarse tan solo de un hombre que se hubiese criado en las cortes y en los campos.

Asi fué que el consejo por unanimidad de votos no dudó en recomendarle al emperador, pidiendo que se sirviese aprobar el nombramiento. Carlos no habia perdido de vista la conducta de

Ciudad de Valencia, para remedio de aquel Reyno y Islas de Mayorca y Menorca é Iviza, según la órden, prevencion y diligencia que en la defensa contra las armadas del Turco y Francia tubo, y las provisiones que para

ello hizo." Hist. de D. Pedro Gasca, M. S.

8. „Finalmente," dice Gomara, quiso embiar una Oreja, pues un Leon no aprovecho; y así es cogió al Licenciado G Gasca." Hist. de las Indias, cap. 174.

Gasca. Habia llamado particularmente su atencion, la habilidad con que manejó la averiguacion judicial contra los hereges de Valencia.<sup>9</sup> El monarca advirtió desde luego que aquel era el hombre que se necesitaba en las circunstancias presentes, y al punto le escribió una carta de su propio puño, manifestándosele muy satisfecho de su nombramiento y avisándole que deseaba mostrar el aprecio en que le tenia con presentarle para uno de los principales obispados vacantes.

Gasca aceptó sin vacilar la importante mision que se le encomendaba, y habiendo pasado á Madrid recibió instrucciones del gobierno sobre la conducta que debia seguir. Iban redactadas en tanto no benigno y conciliador, muy conforme á las inclinaciones de su carácter benévolo;<sup>10</sup> pero al mismo tiempo que alabó el estilo de las instrucciones, consideró los poderes que se le daban como de todo punto insuficientes para su

9. Gasca hizo en Valencia al emperador lo que el autor llama una breve y copiosa relacion de los procedimientos; y el monarca estaba tan embobado en la averiguacion que destinó á él toda la tarde, apesar de que su hijo Felipe le estaba aguardando para asistir á una fiesta; prueba irrefragable á juicio del escritor de su zelo por la fe. "Queriendo

entender muy de raiz todo lo que pasaba, como Príncipe tan zeloso que era de las cosas de la religion." Hist. de Don Pedro Gasca, MS.

10. Estas instrucciones cuyo tono patriarcal hace mucho honor al gobierno, se hallan insertas en el MS. de Caravantes pero no en ninguna otra de las obras que he consultado.

objeto. Habiala dictado aquel espíritu receloso que hacia que el gobierno español limitase casi siempre la autoridad de los principales gefes de las colonias, cuya distancia de la metrópoli daba motivos particulares de desconfianza. Gasca conoció que en cualquier caso extraño é imprevisible se veria obligado á pedir instrucciones, lo que seria causa de demora cuando mas necesaria fuese la prontitud para el buen éxito. La corte ademas, segun hizo ver al consejo, era juez muy incompetente para calificar la conveniencia de las medidas, por su lejanía del teatro de los sucesos. Era preciso enviar alguna persona en la que el rey pudiese confiar á ciegas y que llevase poderes bastantes para cualquier contingencia, cuyos poderes debían alcanzar, no solo para resolver lo que pareciese mas conveniente, sino tambien para llevar á efecto sus resoluciones, y pidió osadamente no solo que se le enviase como representante del soberano, sino revestido de toda la autoridad del soberano mismo. Todo lo que no fuera concederle estas facultades, seria frustrar el objeto de su mision. "En cuanto á mi," dijo por último, "no pido salario ni retribucion de ninguna especie. No codicio la pompa ni el aparato militar. Con mi sotana y mi breviario confio en que podré desempeñar la obra que se me encarga."<sup>11</sup> Enfermo

<sup>11</sup> "De suerte que juzgassen que las mas fueras que llevan, 16. Parte 1. lib. 2. cap. 16. era su abito de clorigo y brevia-

como estoy, el reposo de mi casa me seria mucho mas agradable que esta peligrosa comision; pero no me negaré á aceptarla siendo la voluntad de mi soberano, y si como es muy probable, no vuelvo jamas á mi patria me quedará á lo menos la satisfaccion de haber empleado toda mis fuerzas en servirla." <sup>12</sup>

Los individuos del sonsejo al paso que admiraron, el desprendimiento de Gasca, quedaron atónicos al escuchar sus atrevidas demadas. No era porque dudasen de la pureza de sus intenciones, pues estaban al abrigo de toda sospecha, sino porque los poderes que pedía eran tan superiores á cuantos se habian dado hasta entonces á los vireyes de las colonias que veian bien que sus facultades no alcanzaban á concederlos. Ni aun siquiera se atrevieron á pedir las al emperador, y quisieron que Gasca mismo hablase al monarca y le espusiese las razones que tenia para hacer tan extraordinaria solicitud.

Gasca adoptó al punto la idea y escribió del modo mas claro y esplicito á su soberano, que habia pasado entonces á Flandes. Pero Carlos no era tan mezquino, ó á lo menos tan celoso de su

<sup>12</sup> MS. de Caravantes.— rey y no para sí el nombramiento de su hermano, juriscónsul to de su hermano, juriscónsul to distinguido, para una plaza vacante en los estrados de uno de los tribunales de Castilla.  
Hist. de Don Pedro Gasca, MS.  
— Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 16, 17.  
Gasca pidió un solo favor al

autoridad como sus ministros. Hacia demasiado tiempo que usaba de su poder para sentir semejantes celos, y no habian de pasar muchos años sin que le pusiese enteramente en manos de su hijo. Con su agudo talento pronto comprendió las dificultades de la posicion de Gasca. Conoció quede una crisis extraordinaria como la presente, solo se sali con medidas extraordinarias. Cediendo pues. á lapureza de las razones de su vasallo, le escribió el 16 de Febrero de 1546 otra carta en que le manifestaba su aprobacion y le daba á entender que estaba dispuesto á concederle poderles amplisimos, conforme los habia pedido.

Gasca debía titularse presidente de la Real Audencia; pero bajo este sencillo titulo se le dió dominio sobre todos los ramos de la administracion pública de la colonia tanto en lo civil como en lo militar y de justicia. Llevó facultades para hacer nuevos repartimientos y confirmar los ya hechos; para declarar la guerra, levantar tropas, dar todos los empleos y quitarlos á su placer. Podia ejercer la prerogativa real de perdonar los delitos, é iba autorizado especialmente para conceder un perdon general, sin excepcion alguna á todos los complicados en la rebellion. Ademas debia publicar desde luego la revocacion de las odiosas ordenanzas. Puede decirse que estas dos últimas cláusulas formaban la base de todas sus operaciones.

Mediante á que el brazo seglar no alcanzaba á los eclesiásticos, y habia muchos que fomentaban el desórden en las colonias, Gasca fué autorizado para desterrar del Perú á cuantos tuviese por conveniente. Estaba facultado hasta para enviar al virrey á España, si el bien del país lo exigia. Según él mismo lo habia pedido no se le señaló sueldo fijo, pero se le dieron órdenes ilimitadas para las tesorerías tanto de Panamá como del Perú. Llevaba tambien cartas del emperador para las autoridades principales, no solo del Perú sino de México y de las colonias vecinas, previniéndole que le diesen toda clase de auxilios; y por último se le dieron cartas blancas con la del emperador para que él las llenase á su placer.<sup>13</sup>

Al mismo tiempo que la concesion de tan ilimitados poderes despertaba en Gasca los mas vivos sentimientos de gratitud hácia el soberano que depositaba en él tanta confianza, no parece, y esto es mas extraño, que despertase iguales sentimientos de envidia entre los cortesanos. Sabian bien que el buen eclesiástico no los sollicitaba para sí propio, y por lo contrario algunos del consejo deseaban que antes de su partida

<sup>13</sup> Zárate, Conq. del Perú, dez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 6, cap. 6.—Herrera, Hist. 2, cap. 17, 18.—Gomara, Hist. General, dec. 8, lib. 1, cap. 6— de las Indias, cap. 174.—Hist. MS. de Caravantes.—Fernan- de Don Pedro Gasca, MS.

fuese presentado para una mitra, como se le habia prometido: creyendo que de esta manera iria con mas autoridad que no como un simple clérigo, y temiendo ademas que si no se daba este paso, Gasca podria disgustarse como era natural. Pero el presidente se apresuró á desvanecer sus temores. “Este honor me serviria de poco,” le dijo, “en la tierra á donde voy, y seria muy mal hecho el agraciarme con una dignidad eclesiástica, cuando me hallo á tal distancia que no puedo desempeñar los deberes anexos á ella. El conocimiento de mi insuficiencia,” continuó diciendo, “si nunca volviese, llenaria mi alma de amargura en mis últimos momentos.”<sup>14</sup> La resistencia afecta á aceptar una mitra se ha vuelto ya proverbial; pero aquí no habia fingimiento, y cediendo los amigos de Gasca á sus razones se abstuvieron de volver á hablar del asunto.

El nuevo presidente se dedicó entonces á sencillos preparativos. Fueron pocos y muy resueltos, porque solo le acompañaba una corta comitiva, siendo el individuo mas notable de ella Alonso de Alvarado, el valente oficial que según recordará el lector, sirvió mucho tiempo á las

<sup>14</sup> “Especialmente, si alla mu- cuenta que daña de la profusion riesse ó le matassen; que entón- que auia aceptado.” Fernan- ces de nada le podría ser buena, dez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 18. sino para partir desta vida, con mas congoxa y pena de la poca

órdenes de Francisco Pizarro. Llevaba algunos años de residir en la corte, y á instancias de Gasca le acompañó ahora al Perú, donde su presencia podria facilitar las negociaciones con los insurgentes, al mismo tiempo que su experiencia militar seria no menos útil en caso de que se hubiera de acudir á las armas.<sup>15</sup> Se necesitó por supuesto algun tiempo para alistar la pequeña flota, y por fin en 26 de Mayo de 1544, el presidente y su comitiva se embarcaron en San Lucar por las playas de Nuevo-Mundo.

Despues de un viage próspero y no muy largo para aquellos tiempos, desembarcó á mediados de Julio en el puerto de Santa Marta. Allí recibió las sorprendentes noticias de la batalla de Anaquillo, de la derrota y muerte del virey y del modo con que Gonzalo Pizarro habia establecido despues su autoridad absoluta sobre todo el pais. Aunque estos sucesos habian ocurrido muchos meses antes del embarque de Gasca, tan escasas eran las comunicaciones, que en España no se tenia noticia de ellas.

Tales noticias causaron en el presidente la inquietud que puede suponerse; pues discurria que despues de un hecho tan atroz como era el asesinato del virey, podria suceder que los in-

<sup>15</sup> De este caballero descien- Villamor en España. MS. de de la noble casa de los condes de caravantes.

surgentes desesperasen del perdón, y ya nada les asustasen las consecuencias. Cuidó por lo mismo de hacer público que la fecha de sus poderes era posterior á la de la fatal batalla, y que venia autorizado para ofrecer un perdón general de todas las ofensas cometidas hasta entonces contra el gobierno,<sup>16</sup>

Pero bajo estos aspectos la muerte de Blasco Nuñez podia considerarse como una circunstancia favorable para la pacificación del Pais. Si aun hubiese vivido á la llegada de Gasca, hubiera sido este un grande estorbo, por la necesidad en que le habia puesto de obrar de acuerdo con una persona tan generaimente aborrecida en la colonia, si no queria tomar el desagradable partido de enviarle otra vez á Castilla. Los insurgentes ademas, segun todas las probabilidades, serian mas faciles de reducir á la razon, puesto que toda animosidad personal debia suponerse sepultada con el cadáver de su enemigo.

El presidente dudaba mucho á qué punto se encaminaria para tratar de poner el pié en el Perú. Todos los puertos estaban en poder de Pizarro y al cuidado de sus oficiales, con órdenes estrechas de interceptar las comunicaciones de España, y detener á cuantas personas viniesen de aquel pais con carácter público, hasta que

<sup>16</sup> Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 21.

él dispusiese de ellas. Gasca se decidió por último á pasar á Nombre de Dios, donde se hallaba una fuerza respetable mandada por Hernan Mejia, á quien Gonzalo Pizarro habia fiado esta llave de sus dominios por ser un oficial en cuya fidelidad á su causa creia poder confiar sin recelo.

Si Gasca se hubiera presentado á la vista del puerto con un aspecto amenazante, con tropas, y con cualquiera ostentacion de la pompa correspondiente á su empleo que hubiera despertado sospechas en el comandante, no le habria sido facil desembarcar. Pero Mejia no halló motivo de recelo en la venida de un pobre clérigo, sin una fuerza armada, apenas con una insignificante comitiva y que al parecer solo venia á mision de paz. Así fué que apesar impuso de la calidad del comisionado y de su objeto, se dispuso á recibirlo con todos los honores debidos á su rango, y salir al frente de sus tropas con un gran número de eclesiásticos residentes en el lugar. Nada habia en la persona de Gasca, mucho menos en su humilde traje de clérigo y en su modesto sequito que impusiese temor ó respeto al espectador vulgar. Antes bien su aspecto pobre y lo mismo el de sus compañeros, tan diferente del aparrato con que llegaban los vireyes de Indias, escitó el buen humor de la soldadesca, que al verle venir no se detuvo en

soltar sus groseras burlas de manera que el presidente las oyese.<sup>17</sup> Si este es el gobernador que su magestad nos manda.” decian, “no tendrá Pizarro que calentarse mucho la cabeza.

Mas el presidente lejos de alterarse por esta insolencia ó demostrarse resentido contra sus autores, se sometió á ella con la mayor humildad, y al parecer no causó otro efecto que aumentar su agradecimiento á los demas eclesiásticos, que con su respetuoso trato parecian deseosos de honrarle.

Pero por humildes y sencillos que fuesen los modales de Gasca, pronto descubrió Mejia en la primera entrevista, que no tenia que habérselas con un hombre comun. El presidente despues de imponerle en pocas palabras dela comision que traia le dijo que habia venido como mensajero de paz y que fiaba el buen éxito á las medidas pacificas. En seguida le dió una idea general del contenido de sus poderes: le avisó que venia autorizado para conceder un perdon absoluto á cuantos reconociesen desde luego al gobierno, y por último, que pensaba anunciar la revocacion de las ordenanzas. De esta manera quedaban logrados los fines de la revolucion. El continuar resistiendo mas tiempo, sería ya rebelion manifiesta sin cau-

<sup>17</sup> “Especialmente muchos presidente (viendo que era necesario) hacia las orejas sordas.” de los soldados, que estaban desacatados, y decian palabras feas, y desvergonzadas. A lo qual el Ibid., Parte I, lib. 2, cap. 23.

sa alguna, y poniendo delante al gefe todos los principios de honor y de patriotismo le pidió que le ayudase á sosegar las revueltas del pais y reducirle á obediencia.

El lenguaje franco y conciliador del presidente, tan distinto de la arrogancia de Blasco Nuñez y del porte austero de Vaca de Castro, hizo gran impresion en Mejia. Reconoció la fuerza de las razones de Gasca, y se lisonjeaba que Pizarro no seria del todo insensible á ellas. Aunque seguia el partido de aquel capitán, era realista en su interior, y como sucedia con muchos hombres de su partido se habia visto arrastrado á la rebelion mas bien por casualidad que de intento; de manara que cuando se le presento tan buena oportunidad de poderlo verificar sin riesgo, la aprovechó para volver sobre sus pasos y recobrar la gracia del soberano, poniéndose desde luego á sus órdenes. Asi lo manifestó al presidente, ofreciendole su eficaz cooperacion para la buena obra de la reforma.<sup>18</sup>

Ya este era un triunfo importante para Gasca. Importábale aun mas el contar con la obediencia de Hinojosa el gobernador de Panamá, en cuyo puerto se hallaba la flota de Pizarra, compues-

<sup>18</sup> Ibid., ubi supra.—Carta Perú, lib. 6, cap. 6.—Herrera de Gonzalo Pizarro á Valdivia, Hist. Geeral, dec. 8, lib. 2, MS.—Montesinos, Anales, MS. cap. 5. año 1546.—Zarate, Conq. del

ta de veinte y dos buques. Pero no parecia fácil cosa el tratar con este oficial. Era persona mas distinguida de lo que solian ser comunmente los desesperados aventureros del Nuevo-Mundo. Ademas era celoso partidario de Pizarro, y este le habia correspondido confiándole el mando de su armada y el de Panamá, llave de todos sus dominios en el Pacífico.

El presidente envió por delante á Mejia y á Alonso de Alvarado para que le preparasen el camino imponiendo á Hinojosa del objeto de su mision. El les siguió á poco, y fué recibido por aquel gefe con todas las muestras exteriores de respeto. Pero si bien Hinojosa escuchó con atención las razones de Gasca, en él no produjeron el efecto que habian causado en Mejia, y acabó por pedir al presidente que le mostrase sus poderes, y por preguntarle si estos le autorizaban para confirmar á Pizarro en el gobierno, que merecia no menos por sus servicios que por la voluntad general del pueblo.

La pregunta no dejaba de ser dificultosa. Semejante concesion hubiera sido humillante hasta el extremo para la corona, pero el haberlo manifestado asi claramente en tales circunstancias á un partidario tan acérrimo de Pizarro, habria hecho imposible cualquier acomodo. El presidente hurtó por lo mismo el cuerpo á la cuestion diciéndo simplemente, que aun no era

llegado el tiempo de mostrar sus poderes; pero que Hinojosa podia estar seguro de que alcanzaban sus facultades para recompensar ampliamente á todos los fieles servidores de su patria.<sup>19</sup>

No se dió por satisfecho Hinojosa, é inmediatamente escribió á Pizarro participándole la llegada de Gasca y la comision que traia, expresándole llanamente al mismo tiempo su opinion de que el presidente no venia facultado para confirmarle en el gobierno. Pero antes que partiese el buque atrajo Gasca á su partido un fraile dominico que iba á embarcarse en él para uno de los puertos de la costa. Entrególe una porcion de manifiestos en que explicaba el objeto de su venida, y anunciaba la abolicion de las ordenanzas, con un completo perdon para todos los que volviesen á la obediencia. Escribió tambien á los prelados y á los ayuntamientos de las ciudades. Escitaba á los primeros para que le ayudasen á infundir en el pueblo un espíritu de subordinacion y lealtad, y á las ciudades anunciaba su determinacion de tratar despues con ellas con el fin de discurrir algunas medidas eficaces para el bien del pais. El dominico se encargó de distribuir por sí mismo estos papeles en las ciudades principales de la colonia; y cum-

<sup>19</sup> Fernandez, Hist. del Pe. Zárate, Conq. del Perú. lib. 6.º rú, parte 1, lib. 2.º cap. 25. — cap. 7.º — MS de C. v. n. 7.º tes.

plió fielmente su palabra aunque conno poco peligro de su vida. Muchas de las semillas esparcidas podrian caer en terreno estéril; pero el presidente confiaba en la que mayor parte de ellas echarian raices en los corazones del pueblo, y blo, aguardó con paciencia el fruto.

En el entretanto, aunque no lograba vencer los escrúpulos de Hinojosa, los modales corteses de Gasca y su lenguaje suave y persuasivo producian visible efecto en otras personas con quienes trataba diariamente. Hubo muchos y entre ellos varios caballeros principales de Panamá y oficiales de la flota, que se mostraron dispuestos á abrazar la causa real y á ayudar al presidente á sostenerla. Gasca aprovechó su auxilio para ponerse en comunicacion con las autoridades de Guatemala y México, á las que dió aviso de su mision, previniéndoles al mismo tiempo que no permitiesen comunicacion ninguna con los insurgentes de la costa del Perú. Al cabo consiguió del gobernador de Panamá que le proporcionase medios de entrar en contestaciones con Gonzalo Pizarro, y se despachó de Lima un buque con una carta de Carlos V dirigida á aquel jefe acompañada de otra epístola de Gasca.

La carta del emperador estaba concebida en términos muy condesoendientes y aun reconciliadores. Lejos de acusar á Gonzalo de rebelion, su soberano afectaba creer que las circunstan-

cias le habian forzado en cierta manera á seguir aquella conducta, sobre todo por la obstinacion del virey Blasco Nuñez en negar á los colonos el derecho innato de petición. No decia nada por donde Pizarro pudiese colegir que pensaba confirmarle en el gobierno, ni tampoco quitárselo, y se referia en todo á Gasca quien le haria saber su real voluntad, y á quien debia ayudar para restablecer la tranquilidad en el país.

Tan política como la del emperador era la carta de Gasca. Advertia, sin embargo, que ya no existian los motivos que habian hecho obrar á Gonzalo de aquel modo. Estaba concedido cuanto se habia solicitado. Qa no quedaba, pues, nada por que pelear, y solo restaba que Pizarro y sus compañeros diesen pruebas de su lealtad y de la sinceridad de sus intenciones volviendo á prestar obediencia á la corona. Decia el presidente que hasta allí habia hecho armas Pizarro contra el virey y que el pueblo le habia ayudado como contra un enemigo comun: pero que si prolongaba la lucha este enemigo seria su soberano, y en tal contienda el pueblo le abandonaria. Gasca le conjuraba por su honor como caballero, y por su deber como vasallo leal, que respetase la autoridad del rey y no empeñase temerariamente una lucha en que el mundo veria que no su patriotismo sino su ambicion personal era la que le habia guiado por aquel camino.

Esta carta, escrita con mucha cortesía y llena de cumplimientos, era muy larga é iba acompañada de otra mucho mas concisa para Cepeda, el abogado intrigante que, segun Gasca sabia muy bien, ejercia grande influencia en Pizarro durante la ausencia de Carbajal que se hallaba recogiendo la cosecha de plata de las nuevas minas del Potosí.<sup>20</sup> En esta epistola Gasca afectaba tratarle con la deferencia debida á un individuo de la Real Audiencia, y le consultaba sobre el mejor modo de llenar una vacante de este tribunal. Todos estos papeles fueron entregados á un caballero llamado Paniagua, partidario fiel del presidente con quien habia venido desde Castilla. A este mismo enviado dió tambien manifiestos y cartas á semejanza de las que dió al dominico, con orden de repartirlas ocultamente en Lima antes de salir de aquella capital.<sup>21</sup>

20 "El Licenciado Cepeda que tengo yo agora por teniente, de quien yo hago mucho caso i le quiero mucho. Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

21 Las cartas de que habla el texto pueden verse en Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 7, y en Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 29, 30. La carta del presidente coge variay páginas, mucha parte de ella está llena de antecedentes y ejemplos históricos para probar la

cara y maldad de hacer resistencia á la autoridad del emperador. El tono blando de esta homilia puede inferirse por la cláusula con que concluye; "Nuestro Señor por su infinita bondad alumbra á vuestra merced, y á todos los demas para que acierten á hacer en este negocio lo que conviene á sus almas, honras, vidas y haciendas, y guarde en su santo servicio la Ilustre persona de vuestra merced."

Pasaron meses enteros y el presidente aun permanecia en Panamá, y como le impedian cuidadosamente toda comunicacion con el Perú, hasta pudiera decirse que se veia detenido allí como un prisionero de estado. Durante este tiempo, tanto él como Hinojosa deseaban que llegase algun enviado de Pizarro para saber de qué modo recibiria aquel gefe la mision de Gasca. El gobernador de Panamá no dejaba de conocer lo peligroso de su situacion, ni la insensatez de provocar una lucha contra la corte de Castilla. Pero le repugnaba cosa no muy comun entre los aventureros del Perú, el abandonar á un gefe que habia puesto en él tanta confianza.

Apesar de eso confiaba en que su capitán aprovecharia la oportunidad que se le presentaba de afianzar solidamente el sosiego del pais y su propia seguridad.

Varios caballeros de los que habian abrazado la causa de Gasca, disgustados por lo que ellos llamaban obstinacion de Hinojosa, querian prenderle y apoderarse luego de la flota. Pero el presidente no quiso dar de modo alguno su consentimiento, diciéndoles que su mision era de paz y que no queria mancharse á los primeros pasos con acto de violencia. Añadió que hasta un respetaba los escrúpulos de Hinojosa, y consideraba que un caballero tan honrado seria segura-

mente mucho mas fiel á su causa si se lograba ganarle por medios licitos, que venciéndole con la fuerza ó con el engaño. Gasca creia poder fiar el asunto al tiempo. Obraba con honradez y con política juntamente; y á la verdad que ambas suelen andar siempre unidas.

De Lima y de los lugares vecinos llegaban en el entretanto algunas personas con noticias de Pizarro, las cuales variaban segun el carácter y posicion de los individuos que las traian. Unos le pintaban ganando todos los corazones con su genio franco y la oportuna liberalidad con que apesar de su aficion á las riquezas distribuia profusamente repartimientos y favores á sus partidarios. Otros calificaban su gobierno de despótico, y añadian que reinaba el mayor temor y desconfianza entre los vecinos de Lima. Todos convenian en afirmar que su poder estaba demasiado arraigado para intentar derribarlo, y que si el presidente iba á Lima debia ir preparado á perder la vida ó á consentir en ser un instrumento de Pizarro y confirmarlo en el gobierno.<sup>22</sup>

Lo cierto era que Gonzalo, al mismo tiempo que atendia á los negocios públicos segun contaban sus amigos, se daba tiempo para entregarse á los placeres que rodean al soldado de for-

<sup>22</sup> Fernandez, Hist. del Perú, Hist. General, dec. 8, lib. I, Parte 1, lib. 2, cap. 27:—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 2, cap. 7.—MS. de Caravantes.

tuna en la hora de su triunfo. Vivía cercado de adulacion y de acatamiento, obsequiándole aun aquellos mismos que le aborrecian. Porque quien no se muestra adicto al gefe victorioso tiene justa razon para temerle, y en coplas y romances se ensalzaban sus hechos, comparándolos con las mayores hazañas de los mas esforzados paladines de la caballería, en lo que sin dada no se apartaban mucho de la verdad.<sup>23</sup>

En medio de este torrente de adulacion, la copa del placer que Pizarro acercaba á sus lábios tenia en el fondo una gota de hiel que comunica su amargura á todo el resto; porque apesar de su aparente confianza no lograba un momento de reposo mientras no llegasen algunas noticias que le diesen á conocer bajo que aspecto se miraba su conducta en la metrópoli. Así lo daba á entender por las grandes precauciones que tomaba para guardar las costas y detener á los comisionados régios. Causóle por lo mismo no poca inquietud el aviso enviado por Hinojosa del desembarco de Gasca y del objeto de su mision; pero algo se disminuyó su disgusto cuando supo que el nuevo enviado venia no

23. "Y con esto, estan siempre en fiestas y regozijo, holgándose mucho que le diessen músicas, cantando romances, y coplas, de todo lo que aún he-cho: encareciendo sus hazañas

y victorias. En lo qual mucho se deleytava como hombre de grueso entendimiento." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 23

con aparato militar, ni con los oropeles de un magnate que alucinan al vulgo, sino casi solo y con la traza humilde de un misionero.<sup>24</sup> Pizarro no acertó á descubrir que bajo un exterior tan modesto se ocultaba un poder moral mas fuerte que sus armados batallones. Esta fuerza moral influia ocultamente y por lo mismo con mejor efecto en la opinion pública, y ya minaba el poder de Pizarro como un canal subterráneo que carcome los cimientos de algun soberbio edificio.

Mas aunque Pizarro no podia preveer semejante resultado, bastábale lo visto para conocer que lo mas seguro era no permitir la entrada en el Perú al presidente. Las nuevas de su llegada le hicieron además apresurar su primera resolucion de enviar una embajada á España para justificar su conducta y pedir al rey la confirmacion de su autoridad. Lorenzo de Aldana, caballero valiente, entendido y que poseia en alto grado la confianza de Pizarro por ser uno de sus mas firmes partidarios, fué elegido para ir al frente de esta comision. Habia desempeñado varios puestos de importancia á las órdenes de

24. He aquí como se esplica Gonzalo respecto de Gasca, en su carta á Valdivia. "Dicen que mui buen christiano i hombre de buena vida i clerigo, i dicen que viene á estas partes

con buena intencion i no quiso salario ninguno del Rey sino venir para poner paz en estos reynos con sus cristiandades." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

Gonzalo, y una de las causas que contribuyeron á la elevacion de éste fué la sagacidad que siempre mostró en la elección de sus agentes.

Además de Aldana y de uno ó dos caballeros agregó á la embajada el obispo de Lusitania creyendo que por su dignidad podría servirle de mucho en la corte. Junto con los pliegos para el gobierno llevaban los enviados una carta de los vecinos de Lima para Gasca, en la cual despues de felicitarle cortesmente por su feliz llegada, le manifestaban su sentimiento de que hubiese llegado demasiado tarde, porque las revueltas del pais estaban ya sosegadas con la caída del virey y la nacion reposaba tranquila bajo el gobierno de Pizarro. Decían que ya iba caminando para Castilla una embajada, *no para pedir perdon* porque en nada habian delinquido,<sup>25</sup> sino para pedir al emperador que confirmase á su caudillo en el gobierno, por no haber en todo el Perú quien lo mereciese mejor que él por sus virtudes.<sup>26</sup> Se mostraban persuadidos de que la presencia de Gasca solo serviria para renovar las pasadas agitaciones, y le daban á entender siniestramente que una tentativa de desembarco

25. "Porque perdon ninguno de nosotros le pide, porque no entendemos que emos errado, sino servido á su Magestad: conservando nuestro derecho que por sus leyes Reales á sus vasallos es permitido." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 33.

26. "Porque el por sus virtudes es muy amado de todos: y tenido por padre del Peru." Ibid., ut supra.

le costaria la vida.—El lenguaje de este documento singular era mas respetuoso de lo que pudiera creerse, visto su contenido. Su fecha era de 14 de Octubre de 1546, y lo firmaban setenta de los vecinos principales de la ciudad. Acaso lo dictaria Cepeda, cuya mano se descubre en casi todas las intrigas de la pequeña corte de Pizarro. Dicen tambien, aunque no consta de testimonios irrecusables, que Aldana llevaba instruccion secreta de Pizarro para ofrecer al presidente una gratificacion de cincuenta mil pesos de oro por tal de que se volviese á Castilla, y en caso de negativa se habia de echar mano de otros medios mas siniestros y mas eficaces para librar al pais de su presencia.<sup>27</sup>

Provisto Aldana de estos papeles emprendió con presteza su viaje á Panamá. De él supo el gobernador cual era la opinion dominante en los consejos de Pizarro, y sintió mucho el oírle asegurar que ni aquel gefe ni sus compañeros en-

27. Ibid. loc. cit.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 2, cap. 10.—Zárate, Cong. del Peru, lib. 6, cap. 8.—Gomara, Hist. de las Indias, cao. 177.—Montesinos, Anales, Ms., año 1546.

"Y agora que yo tenia puesta esta tierra en sosiego embiara su parte al de la Gasca, que aunque arriba digo qnes dicen que un santo, es un hombre mas mañoso que habia en toda España é mas sabio: é así venia por presidente é Governador, é todo quanto el quiera: é para poderme embiar á mí á España, i á cabo de dos años que andavamos fuera de nuestras casas queria el Rey dar-me este pago, mas yo con todos los caballeros deste Reyno le embiavamos á decir que se vaya, si no que haríamos con él como con Blasco Nuñez." Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, Ms.

trarian por arreglo alguno cuya base no fuese el confirmarle en el gobierno del Perú.<sup>28</sup>

El presidente dió muy pronto audiencia á Aldana. El resultado de ella fué muy diverso del que habian producido las conferencias con Hinojosa, porque la naturaleza no habia dotado al emisario de Pizarro de la firmeza con que el otro habia resistido á toda clase de argumentos. Se impuso con sorpresa del contenido de los poderes de Gasca, y de las concesiones que hacia el rey á los insurgentes. El se habia embarcado con Gonzalo Pizarro en una aventura desesperada y hasta allí le habia salido bien. La colonia ya no tenia justicia para exigir mas, y aunque en su interior queria á su capitan, no se creia obligado por ningun principio de honor á tomar parte con él, tan solo para contentar su ambicion, en una loca contienda contra la corona, que debia infaliblemente arrastrarle á su ruina. Así pues abandonó su mision á Castilla, que acaso nunca fué muy de su gusto, y se mostró dispuesto á aceptar el perdon ofrecido por el gobierno y á ayudar al presidente en el arreglo de los negocios del Perú. Es preciso añadir que en se-

28. Con la mision de Aldana á Castilla termina Gonzalo Pizarro la importante carta citada varias veces en estas páginas, y que como puede suponerse contiene sus mejores descargos. Es un hecho curioso que Valdivia el conquistador de Chifé, á quien

esta carta va dirigida, poco después abrazó abiertamente la causa de Gasca, y sus tropas formaron parte de las fuerzas que de allí á poco pelearon con Pizarro en Huarina. Este era el amigo en que confiaba Gonzalo!

guida escribió á su antiguo jefe avisándole el partido que habia tomado, é instándole con mucho empeño para que hiciese lo mismo.

La influencia del ejemplo de una persona tan importante como Aldana, unida sin duda á la persuacion de que ya no habia que aguardar cambio en las ideas de Pizarro, pudiendo ademas ser pernicioso la dilacion, hizo que al fin desechase Hinojosa sus escrúpulos y avisase al presidente que estaba pronto á entregarle la flota. Celebróse este acto con grande pompa y solemnidad. Algunos de los partidarios acérrimos de Pizarro, fueron apartados con tiempo de los buques, y el 19 de Noviembre de 1546, Hinojosa y sus oficiales hicieron dimision de sus empleos en manos del presidente. Prestaron en seguida el juramento de fidelidad al soberano de Castilla; el pregonero publicó un perdon general de todas las culpas pasadas, desde un tablado erigido en la plaza mayor de la ciudad, y el presidente devolvió á cada uno su respectivo empleo, llamándoles fieles y verdaderos vasallos de la corona. El estandarte real de Castilla se enarboló á bordo de la flota, y anunció que Pizarro habia perdido para siempre este baluarte de su poder.<sup>29</sup>

29 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 9.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2,

cap. 33, 42.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 178.—MS. de Garcilaso de la Vega, cuya

La restitucion de sus empleos á los capitanes rebeldes fué un acto de política muy acertado. De esta manera pudo Gasca disponer de los mejores oficiales del pais, y volvió contra Pizarro las mismas armas con que contaba para su defensa.

Así se logró llevar á efecto este paso importante sin violencia ni engaño, y solo por la paciencia y juiciosa prevision de Gasca. Se resignó á aguardar y ahora ya podia tener confianza fundada en el buen éxito final de su mision.

parcialidad en favor de Pizarro es un saludable contrapeso para el juicio desfavorable que forman de su conducta casi todos los demás escritores, al hablar de este suceso no parece muy inclinada á alabar la lealtad que se prueba sacrificando á un bienhechor. Com. Real. Parte 2, lib. 5, cap. 4

## CAPITULO II.

REUNE GASCA SUS FUERZAS.—DEFECION DE LOS COMPAÑEROS DE PIZARRO.—ESTE JUNTA SU GENTE.—AGITACION EN LIMA.—SALE DE LA CIUDAD.—GASCA DA A LA VELA DE PANAMA.—SANGRIENTA BATALLA DE HUARINA.

1547.

Apenas se vió Gasca hecho dueño de Panamá y de la flota, adoptó una política mas firme que la que hasta entonces habia podido seguir. Reunió gente y se procuró auxilios de todas partes. Tuvo cuidado de pagar los atrasos á las tropas, y les prometió una buena remuneracion para lo futuro, pues si bien cuidaba de que sus gastos personales costasen poco á la corona, no escaseaba el dinero cuando el bien público lo requeria. Así que los fondos de la tesoreria se agotaron, pidió prestado con responsabilidad del gobierno á los vecinos ricos de Panamá, quienes fiados en su buena fé le hicieron al punto los

La restitucion de sus empleos á los capitanes rebeldes fué un acto de política muy acertado. De esta manera pudo Gasca disponer de los mejores oficiales del pais, y volvió contra Pizarro las mismas armas con que contaba para su defensa.

Así se logró llevar á efecto este paso importante sin violencia ni engaño, y solo por la paciencia y juiciosa prevision de Gasca. Se resignó á aguardar y ahora ya podia tener confianza fundada en el buen éxito final de su mision.

parcialidad en favor de Pizarro es un saludable contrapeso para el juicio desfavorable que forman de su conducta casi todos los demas escritores, al hablar de este

suceso no parece muy inclinada á alabar la lealtad que se prueba sacrificando á un bienhechor. Com. Real. Parte 2, lib. 5, cap. 4

... de Gasca... de Pizarro... de la ciudad... de la vela de Panamá... de la batalla de Huari...

## CAPITULO II.

REUNE GASCA SUS FUERZAS.— DEFECCION DE LOS COMPAÑEROS DE PIZARRO.—ESTE JUNTA SU GENTE.— AGITACION EN LIMA.— SALE DE LA CIUDAD.— GASCA DA A LA VELA DE PANAMA.— SANGRIENTA BATALLA DE HUARINA.

1547.

Apenas se vió Gasca hecho dueño de Panamá y de la flota, adoptó una política mas firme que la que hasta entonces habia podido seguir. Reunió gente y se procuró auxilios de todas partes. Tuvo cuidado de pagar los atrasos á las tropas, y les prometió una buena remuneracion para lo futuro, pues si bien cuidaba de que sus gastos personales costasen poco á la corona, no escaseaba el dinero cuando el bien público lo requeria. Así que los fondos de la tesoreria se agotaron, pidió prestado con responsabilidad del gobierno á los vecinos ricos de Panamá, quienes fiados en su buena fé le hicieron al punto los

adelantos necesarios. Escribió en seguida á las autoridades de Guatemala y de Méjico, pidiéndoles que le ayudasen si era necesario á sostener la guerra contra los insurgentes; é igualmente dió orden á Benalcazar, que se hallaba entonces en las provincias septentrionales del Perú, de que viniese á reunírsele con todas sus fuerzas disponibles tan pronto como supiese que habia desembarcado.

La poblacion de Panamá mostraba el mayor entusiasmo en alistar la pequeña flota para el proyectado viage, y los prelados y gefes no se desdeñaban de mostrar su lealtad tomando parte en el trabajo juntos con los soldados y marineros.<sup>1</sup> Antes de salir él mismo se propuso sin embargo Gasca el enviar por delante una pequeña escuadra de cuatro buques á las órdenes de Aldana para cruzar á la vista del puerto de Lima, con instrucciones de proteger á todos los adictos á la causa real y recibirlos en los buques si necesario fuese. Tambien le confió copias auténticas de sus poderes para que las entregara á Gonzalo Pizarro, con el fin de que este gefe conociese que aun era tiempo de volver al buen camino antes que se le cerrasen las puertas de la misericordia.<sup>2</sup>

1 "Y ponía sus fuerzas con tanta llaneza y obediencia, que los Obispos y clérigos y los capitanes y mas principales personas eran los que primero echauan mano, y tirauan de las gumenas

y cables de los nauios para los sacar de la costa" Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 70.

2 *Ibid.*, ubi supra.—Montanos, Anales, MS., año 1546.

Mientras pasaban estos sucesos, las cartas y proclamas de Gasca iban produciendo su efecto en el Perú. No se necesitaba mucha perspicacia para conocer que la generalidad de la nacion, contando con la seguridad de las personas y propiedades, nada tenia que ganar en una revolucion. Por fortuna el deber y la conveniencia obraban de acuerdo, y el antiguo sentimiento de lealtad sofocado por algun tiempo, pero no estinguído, revivió en los corazones del pueblo. No podian manifestarlo desde luego por un acto público, porque bajo un severo gobierno militar los hombres apenas se atreven á pensar; mucho menos á comunicar sus pensamientos á los otros. Pero los cambios de la opinion pública, como los cambios de la atmósfera, que se van verificando lenta é imperceptiblemente, se van sintiendo cada vez mas lejos hasta que por una especie de simpatía secreta se estienden á los puntos mas remotos de la tierra. Algunos rumores de este cambio de la opinion llegaron al fin á Lima, aunque se impedia cuidadosamente la entrada á todas las noticias de la mision del presidente. El mismo Gonzalo Pizarro llegó á percibir estos síntomas de desafecto, aunque eran todavia tan débiles que ni el ojo mas experimentado podría descubrir en ellos los síntomas de la próxima tempestad.

Gomara Hist. de las Indias, cap. lib. 6, cap. 9.—Herrera, Hist. 178.—Zárate, Conq. del Perú, General, dec. 8, lib. 3, cap. 3.

Algunas de las proclamas del presidente las habian enviado á Gonzalo sus partidarios fieles, y Carbajal que habia sido llamado del Potosí declaró, "que eran mas de temer que las lanzas del rey de Castilla."<sup>3</sup> Apesar de eso Pizarro no perdió por un momento la confianza en su propia fuerza, y con una flota como la que tenia á su disposicion en Panamá, creia poder desafiar á cuantos enemigos se acercasen á sus costas. Confiaba ciegamente en la fidelidad de Hinojosa.

Precisamente en esta coyuntura se presentó Paniagua en el puerto con los pliegos de Gasca para Pizarro, que eran la carta del emperador y la suya. Al punto las pasó el gefe á sus fieles consejeros Carbajal y Cepeda, pidiéndoles su opinion sobre el partido que deberia tomarse. Iba á decidirse la suerte de Pizarro.

Carbajal, cuyo ojo penetrante conocia muy bien cual era la posicion en que se hallaban, era de opinion que se aceptase el perdón del rey en los términos propuestos, y manifestó la importancia que le daba diciendo, "que enladrillaria el camino por donde viniese el portador con barras de plata y tejos de oro."<sup>4</sup> Cepeda pensaba de otra manera. Era oidor de la Real Audiencia, y le habian enviado al Perú como consejero

<sup>3</sup> Fernandez, Hist. del Peru.    <sup>4</sup> Garcilaso, Com. Real, Parte 1. lib. 2, cap. 45.

pe 2, lib. 5, cap. 5.

inmediato de Blanco Nuñez. Pero se habia vuelto contra el virey; habia peleado con él en batalla campal, y sus vestidos estaban aun, por decirlo así, empapados en su sangre. ¿Qué perdón podia pues, aguardar? Por mucho que se respetase la letra de las provisiones reales, él debia ser siempre en los dominios de Castilla un hombre arruinado. Por esta causa tomó grande empeño en que fuesen desechadas las propuestas de Gasca. "Os costarán vuestra gobernacion," decia á Pizarro: "el meloso clérigo no es un hombre sencillo como os lo figurais. Es astuto é insidioso"<sup>5</sup> El sabe muy bien las psomezas que hace, y cuando se haga dueño del país él sabrá como las cumple."

No hicieron mella en Carbajal las razones ni las burlas de sus compañeros, y acalorándose la disputa, llegó Cepeda á acusarle de que daba semejantes consejos porque tenia miedo; acusacion necia que desmentian todos los hechos del esforzado guerrero. Carbajal dejó sin embargo, de insistir en eu dictámen viendo que desagradaba á Pizarro, y se contentó con decir fríamente, "que á él no le agradaba la rebelion; pero que creia tener tan buen cuello para la soga como cualquiera otro de sus compañeros, y como

<sup>5</sup> "Que no le embiauan por grandes cautelas, astucias, falso-hombre sencillo y llano, sino de dades y engaños Ibid. loc. cit.

al cabo no habia de vivir mucho, el asunto venia á ser para él de poca importancia." <sup>6</sup>

Impulsando Pizarro de su indomita ambicion que atropellaba todos los obstáculos, <sup>7</sup> no quiso detenerse á calcular los graves peligros de una lucha con la corona. Dió su voto en favor del parecer de Cepeda: la oferta del indulto fué desechada, y de este modo rompió el último lazo que le ligaba á su patria, declarándose por este acto en rebelion abierta. <sup>8</sup>

No hacia mucho tiempo que habia partido Paniagua, cuando recibió Pizarro la noticia de la defeccion de Hinojosa y Aldana, y de la entrega de la flota en que habia gastado sumas inmensas por creerla el mas sólido baluarte de su poder. A esta desagradable nueva se siguieron los avisos de otras defecciones de algunas

6 "Por lo demas quando conservase la autoridad real. acaezca otra cosa, yo ya he vivido muchos años, y tengo tan buen palmo de pescueço para la sogá, como cada uno de vuestas mercedes." *Ibid.* loc. cit.

7 "Loca y luziferina soberanía," como califica Fernandez el genio ambicioso de Gonzalo. *Hist. del Peru*, Parte 1, lib. 2 cap. 15.

8 MS de Cuzayantes. Segun Garcilaso, Paniagua llevaba instrucciones secretas del presidente facultado para confirmar á Pizarro en el gobierno si lo creia necesario para que se

conservase la autoridad real. "Quede la tierra por el Emperador nuestro señor, y gobiernela el Diablo!" Así lo contaba Paniagua que continuó viviendo en el Peru despues de estos sucesos. (*Com. Real.*, Parte, 2 lib. 5, cap. 5.) Todo puede ser; pero es mas probable que un hablador crédulo como Garcilaso se equivocó, que el que Carlos V quisiese hacer semejante confesion de su debilidad, ó el que la persona á quien Gasca fió esto concreto tuviese la indiscrecion de revelarlo.

ciudades principales del norte, y del asesinato de Pueblos, el fiel teniente á quien habia confiado el gobierno de Quito. No tardó mucho tampoco en verse acometido por el lado opuesto hácia el Cuzco; porque Centeno el leal capitán á quien Carbajal obligó á refugiarse en una cueva cerca de Arequipa, como recordará el lector, habia salido de su encierro despues de permanecer en él un año, y al saber la llegada de Gasca habia vuelto á levantar el estandarte real. Reuniendo en seguida unos cuantos compañeros, cayó de noche sobre el Cuzco, se apoderó de la capital derrotando la guarnicion que la defendia, y la conservó para el rey. A poco marchó el atrevido gefe á la provincia de Chareas, se confederó allí con el oficial de Pizarro que mandaba en la Plata, y con sus fuerzas reunidas en número de mil hombres se situaron en las orillas de la laguna de Hiticaca, donde aguardaron con paciencia una oportunidad favorable para comenzar la guerra contra su antiguo comandante.

Herido Pizarro en lo mas vivo por la defeccion de los que le merecian mayor confianza, quedó aturdido al ver como llovian sobre él las funestas noticias de sus pérdidas. No perdió, sin embargo, el tiempo en quejas y acriminaciones inútiles, sino que inmediatamente se puso á hacer los preparativos necesarios para resistir

la tormenta con su acostumbrada energía. Escribió desde luego á aquellos capitanes que aun creia fieles, mandándoles que estuviesen prontos á acudir con sus tropas á su ayuda, tan luego como se les avisase. Recordóles las obligaciones que le debian y que al defenderle defendian su propia causa. Díjoles tambien que se habian dado sus poderes al presidente antes que llegasen á España las nuevas de la batalla de Añaquito, y nunca alcanzarían para perdonar á los que tuvieron parte en la muerte del virey.<sup>9</sup>

Con igual actividad trataba Pizarro de coleccionar gente en la capital y ponerla lista para la campaña. Pronto se halló al frente de mil hombres, muy bien equipados y provistos de todo: "ejército tan lucido," dice un antiguo escritor, "apesar de su pequeñez, como el mejor que se ha visto en Italia." Ostentaba en la escelencia de sus armas, en sus vistosos uniformes y en los aderezos de los caballos una magnificencia que solo la plata del Perú podia costear.<sup>10</sup> Dió á cada compañía banderas nuevas, adornada cada

<sup>9</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Peru, lib. 6, cap. 11, 13.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 45, 59.—Montesinos, Anales, MS., año 1547.

<sup>10</sup> "Mil Hombres tan bien armados i aderezados, como se han visto en Italia, en la mayor prosperidad, porque ninguno ha-

via, demas de las Armas, que no llevase Calças, i Jubon de Seda, i muchos de Tela de Oro, i de Brocado, i otros bordados, i recamados de Oro y Plata, con mucha Chaperia de Oro por los sombreros, y especialmente por Frascos, i Caxas de Arcabuces." Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 11.

una con su divisa particular. Algunas llevaban las iniciales y armas de Pizarro, y en una ó dos de ellas tuvieron la audacia de añadir una corona, como para indicar el rango á que podia aspirar su comandante.<sup>11</sup>

Entre todos los capitanes de esta tropa el mas notable era Cepeda, el cual segun dice un escritor contemporeaneo, habia cambiado la toga del oidor por el casco y la armadura del gnerrero.<sup>12</sup> Pero la persona á quien Pizarro fiaba principalmente el cuidado de organizar sus batallones era el veterano Carbajal, que habia estudiado el arte de la guerra con los mejores capitanes de Europa y cuya vida aventurera habia sido para él una escuela práctica de sus lecciones. En el puso Gonzalo su mayor confianza en la hora del peligro; y bien le hubiera estado el haberse aprovechado antes de sus consejos.

Para dar una idea del lujo con que estaban

<sup>11</sup> Ibid., ubi supra.

Algunos escritores se adelantan á decir que Pizarro estaba haciendo entonces los preparativos para su coronacion, y que aun llegó á despachar requerimientos á las ciudades para que enviassen diputados que asistiesen á ella. "Quería apresurar su coronacion, y para ello despachó cartas á todas las ciudades del Perú. (Montesinos, Anales, MS., año 1547.) Pero no es nada probable que en estas circunstancias hubiese tenido una con-

fianza tan ciega en los colonos hasta el grado de meditar un paso tan atrevido. Los leales historiadores castellanos no se tienen en admitir cuantas especies puedan desacreditar á un rebelde.

<sup>12</sup> "El qual en este tiempo, olvidado de lo que conuenia á sus letras y profesion, y officio de Oidor; salió con alças jubon y cuera, de muchos recamados; y gorra con plumas." Fernandez, Hist. del Perú, parte 1, lib. 2, cap. 62.

equipadas las tropas de Pizarro, baste decir que quiso proveer de caballo á todos sus mosqueteros. Las sumas que gastó fueron enormes. Dicen que en estos primeros preparativos empleó nada menos que medio millon de *pesos de oro*; y las pagas de los hidalgos y aun las de los soldados rasos de su pequeño ejército, eran tan exorbitantes que solo podian verse en una tierra de plata como el Perú.<sup>13</sup>

Cuando se agotaron sus fondos suplió la falta con multas que imponia á los vecinos ricos de Lima por esceptuarlos del servicio, con préstamos forzozos, y con otros varios arbitrios violentos propios de militares.<sup>14</sup> Dicen tambien que desde entonces se observó en el carácter del gefe un cambio notable.<sup>15</sup> Se volvió mas violento en sus arrebatos; sufría menos la intervencion agena, é incurria mas á menudo en actos de credulidad y de licencia. Lo desesperado de la causa que habia abrazado le hacia ver con indiferencia las resultas. Aunque era naturalmente franco y confiado, las frecuentes defecciones de los suyos le habian vuelto suspicaz. Ya no sabia de quien fiarse. A todo el que se mostraba indiferente á su causa ó se figuraba que lo era, lo trataba como

13 Ibid., ubi supra.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 11.—Herrera, Hist. Feneral, dec. 3, lib. 3, cap. 5.—Montesinos, Anales, MS, año 1547.

14 Fernandez, Parte 1, lib. 2, cap. 62.—Montesinos, Anales, MS., año 1547.

15 Gomara, Hist. de las Indias, cap. 172.

á enemigo declarado. Reinaba en Lima la mayor desconfianza; nadie se atrevia á fiarse de su vecino; unos ocultaban sus bienes, y otros consiguieron burlar la vigilancia de los centinelas y fueron á esconderse en los bosques y montañas vecinas.<sup>16</sup> A nadie se permitia entrar á la ciudad ni salir de ella sin licencia expresa. Todo comercio, todo trato con las demas poblaciones estaba impedido. Hacia mucho tiempo que no se enviaban á Castilla los quintos reales, porque Pizarro los habia tomado para sí. Apoderóse ahora de las casas de moneda, rompió los troqueles del rey, y acuñó una moneda de baja ley marcada con sus propias iniciales,<sup>17</sup> lo que era ya el acto mas espreso de soberanía.

Durante este periodo de sobresalto urdió el abogado Cepeda una insigne farsa cuyo objeto era dar á la causa de los rebeldes una apariencia de legalidad á los ojos del populacho. Hizo formar proceso á Gasca, Hinojosa y Aldana, acusándolos de traicion contra el gobierno existente en el

16 "Andaba la Gente tan asombrada con el temor de la muerte, que no se podian entender, ni tenían animo para huir, i algunos, que hallaron mejor aparejo, se escondieron por los Cañaverales, i Cuevas, enterrando sus Haciendas." Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 15.

17 Rel. Anónima, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1547.

"Assi mismo echó Gonzalo Pí

Perú; resultaron convictos y fueron sentenciados á muerte. Concluido el proceso lo presentó á varios abogados de la capital pidiéndoles que lo firmasen. Pero ellos estaban muy distantes de querer comprometerse sin remedio poniendo sus firmas en semejante papel, y se escusaron alegando que aquello solo serviria para quitar toda esperanza de que alguno de los acusados volviera á abrazar la causa que habia abandonado, en caso de que estuviera dispuesto á hacerlo así. Cepeda fué, pues, el único que firmó el documento. Carbajal lo tomó todo por el lado ridiculo. “¿Cual es el objeto de vuestro proceso?” preguntó á Cepeda. “Su objeto,” replicó este, “es el escusar dilaciones, de manera que en cualquier tiempo que se prenda á alguno de los acusados, se le pueda ajusticiar inmediatamente.” “Dispensadme,” le replicó Carbajal, “yo creia que este documento encerraria alguna virtud que les habria matado como un rayo. A fé mia que si uno de estos traidores cae en mis manos, yo le llevaré á ajusticiar sin dárseme nada por todas las sentencias de los tribunales.”<sup>18</sup>

<sup>18</sup> “Riose mucho Carbajal y dixo: que segun ouia hecho la instancia, que ouia entendido, que la justicia como rayo ouia de yr luego á justiciarlo. Y dezia que si el los tuuiesse presos no se le daria un clano por su sentencia ni firmas.” (Ibid., Parte 1, lib. 2, cap. 66.) Entre los abogados

de Lima que con tanta firmeza resistieron á las instancias de Cepeda para que firmasen el papel, estaba el licenciado Polo de Ondegardo, hombre de mucho juicio, y una de las mejoras autoridades para lo relativo á las antiguas leyes y costumbres de los Incas.

Mientras se hacia esta guerra de papeles, vinieron noticias de que la flota de Aldana estaba á la vista del puerto del Callao. Este capitán habia salido de Panamá á mediados de Febrero de 1547. Al bajar por la costa habia desembarcado en Trujillo donde los vecinos le recibieron con entusiasmo, y al punto reconocieron la autoridad del rey. Recibió al mismo tiempo del interior mensajes de varios oficiales de Pizarro, manifestándole que volvian á la obediencia y estaban prontos á sostener al presidente. Aldana señaló á Caxamalca para punto general de reunion, donde debian juntar sus fuerzas y aguardar la llegada de Gasca. Hecho esto continuó su viage á Lima.

Apenas supo Pizarro su venida, temió que su presencia podria causar muy mal efecto en las tropas contribuyendo á corromper su fidelidad, y para evitarlo las sacó fuera de Lima yéndose á a campar á una legua de la ciudad, y á dos de la costa, en la que hizo poner una guardia para cortar toda comunicacion con los buques. Antes de salir de la capital discurrió Cepeda un arbitrio para afirmar mas á los habitantes, segun él creia, en su fidelidad á Pizarro. Reunió á todos los vecinos, y les dirigió una estudiada arenga, en la que encarecia los servicios del gobernador y la seguridad de que habia gozado el pais en el tiempo de su mando. En seguida les

dijo que todo el mundo quedaba en libertad de escoger entre continuar bajo la proteccion del actual gobernador, ó pasarse á su enemigo, si lo tenían por mes conveniente. Les invitó á que dijese lo que sentian; pero al mismo tiempo exigió de los que quisiesen continuar con Pizarro, que le prestasen juramento de fidelidad, advirtiéndoles que si en adelante habia alguno tan falso que violase su juramento pagaría su delito con la vida.<sup>19</sup> Con la cuchilla suspendida sobre el cuello no hubo hombre alguno bastante atrevido para apartarse de la obediencia de Pizarro, y todo el mundo prestó el juramento exigido, que recibió el licenciado con la mayor solemnidad y el aparato mas imponente. Carbajal segun costumbre se burló de todo. “¿Cuanto tiempo creis que durarán estos juramentos?” preguntó á su compañero: “el primer viento que sople por la costa cuando nos hayamos ido se los llevará todos.” No tardó en cumplirse su predicción.

En el entretanto ancló Aldana en el puerto, donde no habia ningun buque de los insurgentes que le molestase. Por consejo de Cepeda y en ausencia de Carbajal se habian quemado poco antes cuatro ó cinco que estaban allí, con

19. Pedro Pizarro, Descub. y — Monrasinos, Anales, MS., año Conq., MS.—Fernandez, Hist. 1547.—Zarate, Conq. del Perú, del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 61. 15. 6. cap. 11, 14.

el fin de quitar á los habitantes todo medio de abandonar la ciudad. Cuando á su vuelta lo supo Carbajal, se lamentó amargamente. “Han destruido los ángeles de guarda de Lima,” exclamó.<sup>20</sup> Y á la verdad que con un comandante como este le habrian sido ahora á Pizarro de suma utilidad; pero su estrella iba declinando al ocaso.

El primer paso de Aldana fué cuidar de que la copia de los poderes de Gasca que traia llegase á manos de su antiguo comandante, quien lleno de indignacion la hizo pedazos. Aldana sevalió luego de sus agentes para hacer que los manifiestos de Gasca circularan entre los vecinos y aun entre los soldados del campamento. No tardaron mucho en producir su efecto. Pocos habia que estuviesen bien enterados del verdadero objeto de la mision de Gasca, de la amplitud de sus poderes y de las generosas ofertas del gobierno. Asustábase ya el continuar marchando por la peligrosa senda en que habian entrado sin reflexion; y solo buscaban el mejor medio de salir de su posicion actual con el menor riesgo posible, y volver á la obediencia. Algunos aprovecharon la noche para fugarse del campamento, burlaron la vigilancia de los cen-

20 “Entre otras cosas dixo á defensa de la costa del Perú.” Gonçalo Pizarro vuesa Señoria Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 5, cap. 6. tenia en su puerto para guarda y

tinelas y se refugiaron á bordo de los buques. Otros fueron detenidos, y no hallaron misericordia en Carbajal y en sus desapiadados satélites. Pero habiendo cundido el desafecto, no faltaban medios para la fuga.

Como estaban interceptados los caminos para Lima y la costa inmediata, los fugitivos tenían que ocultarse en los bosques y entre los cerros aguardando una oportunidad de pasar á Trujillo, ó á otros puertos distantes, y era tan contagioso el mal ejemplo que no era cosa rara el que las partidas enviadas á perseguir los desertores los alcanzasen y se huyesen también con ellos. Uno de los fugados fue el licenciado Carbajal, que no debe confundirse con el capitán del mismo nombre. Era el mismo cuyo hermano fué muerto en Lima por Blasco Nuñez, y que se vengó como ya vimos, derramando con sus propias manos la sangre del virey. Si una persona tan gravemente comprometida se fiaba del perdón real, era claro que nadie debía desconfiar de él, y su ejemplo fué muy fatal para Pizarro.<sup>21</sup>

Carbajal que todo lo tomaba á burla, aun los contratiempos que le herian en lo más vivo, cuando supo la deserción de sus compañeros, se puso á cantar entre dientes estos versos de una canción popular:

<sup>21</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2.<sup>o</sup> Conq., MS.—Gomara, Hist. de cap. 63, 65.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 6, cap. 15, 16.

“Estos mis cabellicos, madre,  
Dos á dos me los lleva el aire.”<sup>22</sup>

Pero la defección de sus compañeros hizo mayor impresión en Pizarro que se desesperaba al ver de qué modo su lucido ejército con que soñaba alcanzar tantas victorias se iba deshaciendo como la niebla de la mañana. Aturdido por la traición de los que creía más fieles, no sabía á quien volverse, ni qué camino tomar. Era claro que sin pérdida de tiempo debía abandonar tan peligrosos cuarteles, ¿pero á donde dirigiría sus pasos? En el norte las ciudades principales habían abandonado su causa y el presidente venía ya marchando contra él, al mismo tiempo que Centeno guardaba los pasos del sur con una fuerza doble de la suya. En este apuro resolvió por último entrar en Arequipa, puerto que aun permanecía fiel, y donde podía aguardar hasta que hubiese formado su plan de operaciones.

Después de una marcha trabajosa, pero rápida, llegó Pizarro á aquel lugar, donde vino muy pronto á juntarse un refuerzo que antes había despachado al recobro del Cuzco. Pero tan grande había sido la deserción en ambas compañías, aunque en la de Pizarro había disminuido mucho desde que se apartó de Lima, que reunidas las dos solo ascendían á quinientos hombres, es decir, menos de la mitad de las fuerzas

<sup>22</sup> Gomara, Hist. de las Indias, cap. 180.

que poco antes habia juntado en la capital. ¡A tan tristes circunstancias se veia reducido el hombre que poco ha era señor absoluto de toda aquella tierra! Mas no desmayaba todavia. El verse lejos de Lima, y la agitacion de la marcha le infundieron nuevo brio, y parecia haber recobrado su antigua confianza cuando exclamó: "La desgracia nos muestra quienes son nuestros amigos. Con solo diez que me queden volveré á conquistar el Perú." <sup>23</sup>

Apenas se habian alejado de Lima las fuerzas rebeldes cuando los habitantes sin curarse mucho, como Carbajal habia predicho, de su forzado juramento de fidelidad á Pizarro, abrieron las puertas á Aldana quien tomó posesion de esta importante plaza á nombre del presidente. Este en el entretanto habia salido de Panamá con toda su escuadra el día 10 de Abril de 1547. El viage fué á los principios muy próspero; pero pronto vinieron á molestarles las corrientes contrarias y las tormentas. Como la violencia del temporal duró varios días el mar se puso furioso, y la flota entera era el juguete de las olas que se alzaban mas altas que montañas, como si quisiesen imitar la salvaje aspereza del continente que ceñian. Caía la lluvia á torrentes, y

<sup>23</sup> "Aunque siempre dijo que tar de nuevo el Perú: tanta era con diez amigos que le quedasen su saña, ó su soberbia." *Ibid.*, habia de conservarse, i conquis- loc. cit.

los relámpagos eran tan continuos, que los buques "parecia que navegaban en un océano de llamas," para usar de las enérgicas palabras de un antiguo cronista. <sup>24</sup>

Alcancó el terror hasta á los marineros mas valientes y experimentados. Consideraban una locura el pelear contra los elementos, y pedian con instancia que se arribase á algun punto del continente dejando la continuacion del viage para otra estacion mas favorable.

Pero el presidente veia en ello la ruina de su causa asi como la de los fieles vasallos que se habian comprometido á sostenerle cuando desembarcase. "Quiero morir, pero volver no" dijo, y sin atender á las razones de otros ánimos mas débiles, insistió en que se cargase cuanta vela pudiese resistir el buque en los intervalos de la tempestad. <sup>25</sup> En el entretanto para apartar del riesgo presente la imaginacion de los marineros, los entretuvo Gasca explicándoles

<sup>24</sup> "Y los truenos y relámpagos eran tantos y tales; que siempre parecia que estauan en llamas, y que sobre ellos venian Rayos (que en todas aquellas partes caen muchos.)" (Fernandez, *Hist. del Peru*, Parte 1, lib. 2, cap. 71.) La viveza de la pintura del antiguo cronista manifiesta que habia visto muchas veces estas tormentas tropicales en el Pacífico.

<sup>25</sup> "Y con lo poco que en aquella sazón, el presidente estimaba la vida si no aya de hazer la jornada: y el gran deseo que tenia de hazerla se puso contra ellos diciendo, que qualquiera que le tocasse en abaxar vela, le costaria la vida." Fernandez, *Hist. del Peru*, Parte 1, lib. 2, cap. 71.

algunos de aquellos extraños fenómenos que presenta el océano durante una tempestad y que habían llenado de un terror indefinible sus espíritus supersticiosos.<sup>26</sup>

Habíanse hecho señales á los demas buques para que cada uno se dirigiera por su lado como pudiese á la isla de la Gorgona. Allí fueron llegando sucesivamente, sin faltar mas que uno; pero todos mas ó menos estropeados por el temporal. Solo aguardó el presidente á que se aplacase la furia de los elementos; inmediatamente volvió á embarcarse y pasó á Manta navegando en aguas mas tranquilas. De allí continuó sin dilacion su viage á Tambez y tomó tierra en aquel puerto el 13 de Junio. En todas partes le recibieron con entusiasmo, y todos parecían deseosos de borrar el recuerdo de lo pasado con protestas de fidelidad para lo futuro. Gasca recibió tambien del interior muchas cartas gratulatorias de caballeros que antes habían servido casi todos á las órdenes de Pizarro. Dióles cortésmente las gracias por sus ofrecimientos y les ordenó que acudiesen á Caxamalca, punto general de reunion.

<sup>26</sup> Las luces fosfóricas que suelen verse en el mar durante una tormenta, andaban vagando por los mástiles y cordage del buque del presidente, y divirtió á los marineros, segun dice Fernandez, explicándoles la causa de

este fenómeno y refiriéndoles las fábulas á que había dado origen en la antigua mitología.—Esta anécdota explica la popularidad de que gozaba Gasca aun entre las clases mas humildes.

A Hinojosa lo envió tambien á aquel lugar tan luego como este oficial desembarcó con las fuerzas de tierra, mandándole que en Caxamalca tomase el mando de las tropas reunidas allí, y fuese luego á buscarle con ellas á Jauja. En este punto resolvió fijar su cuartel general, porque su comarea era rica y á bundante, y por su posicion central era muy apropósito para hacer la guerra al enemigo con mayor ventaja.

Comenzó en seguida á caminar al frente de un pequeño destacamento de caballería por el camino llano de la costa hacia Trujillo. Despues de permanecer algun tiempo en esta fiel ciudad, atravesó la cadena de montañas del sudeste y pronto entró en el fértil valle de Jauja. En él se le juntaron algunos refuerzos del norte, así como otros de las ciudades principales de la costa y á poco de haber llegado recibió aviso de Conteno informándole que guardaba los pasos por donde Gonzalo Pizarro trataba de escaparse del Perú, de manera que este cabeçilla debía indefectiblemente caer en sus manos!

El campo real cobró mucho ánimo con estas noticias. La guerra estaba, pues, concluida, y sin que el presidente se hubiese obligado á desenvainar la espada contra ningún Español. Algunos oficiales suyos le aconsejaban que licenciase la mayor parte de sus tropas; porque eran gravosas sin ser ya necesarias. Pero Gasca era demasiado

prudente para debilitar sus fuerzas antes de lograr la victoria. Consintió, sin embargo, en avisar á Méjico y á las otras colonias que suspendiesen el envío de tropas, porque ya se encontraba bastante fuerte con la lealtad que manifestaba todo el país; pero reconcentró sus fuerzas en Jauja y estableció en aquella ciudad su cuartel general, resuelto á aguardar allí hasta saber el resultado de las operaciones en el sur, el cual fué muy diverso de lo que él se figuraba.<sup>27</sup>

Pizarro á quien dejamos en Arequipa, se habia resuelto en el entretanto á abandonar el Perú y pasarse á Chile. En este país, fuera de la jurisdicción del presidente, podia hallar un asilo seguro. El creía que el veleidoso pueblo se cansaria al cabo de su nuevo gobernador, y para entonces ya podia haber adquirido fuerzas suficientes para comenzar de nuevo la guerra y recobrar sus dominios. Estos eran los cálculos del caudillo rebelde. ¿Pero como habia de lo-

<sup>27</sup> Sobre lo referido en las páginas anteriores, V. Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 1.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 3, cap. 14, et seq.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 71-77—MS. de Caravantes.

Como este último escritor ocupaba un puesto importante en el ramo de hacienda de las colo-

nias tenía oportunidad de recoger noticias que le sirvieron para dar en su obra varios pormenores que no se hallaban en ninguna otra, sobre los principales personajes de aquellos azarosos tiempos. Su obra que aun permanece manuscrita, estuvo en el archivo de la Universidad de Salamanca, y de allí pasó después á la librería del rey en Madrid.

grar su objeto mientras que los pasos de la sierra por donde habia de pasar los guardase Centeno con una fuerza mas que doble de la suya? Resolvió apelar á las negociaciones, porque aquel capitán habia servido en otro tiempo á sus órdenes y aun se mostró muy empeñoso en persuadir á Pizarro que se encargase del oficio de procurador. Acercándose por lo mismo hácia la laguna de Titicaca en cuyas inmediaciones habia asentado Centeno sus reales, envió Gonzalo un mensajero á su campo para comenzar las negociaciones. Recordaba á su adversario las relaciones amistosas que en otro tiempo hubo entre ellos, y le traía particularmente á la memoria una ocasion en que le habia perdonado la vida hallándose convicto de conspiracion contra su persona. Decia que no conservaba ningun resentimiento por la reciente conducta de Centeno, y que no venia ahora á pelear con él. Su objeto era abandonar el Perú, y el único favor que pedia á su antiguo camarada era que no le estorbase el paso de la sierra.

Respondióle Centeno usando de palabras tan corteses como Pizarro: que no habia olvidado su pasada amistad, y que estaba pronto á servir á su antiguo comandante en cuanto fuese compatible con su honor y con la obediencia debida al soberano; pero que allí defendia la causa real y no podia apartarse un ápice de su deber. Que

si Pizarro queria fiarse de él y entregarse, le empeñaba su palabra de caballero de que emplearia toda su influencia con el gobierno, para conseguir que él y sus compañeros fuesen tratados con la misma indulgencia con que lo habian sido los demas. Gonzalo escuchó las blandas promesas de su antiguo camarada con el mas amargo desden pintado en su semblante, y arrancando la carta de manos de su secretario la arrojó con indignacion lejos de sí. Ya no quedaba otro recurso que apelar á las armas.<sup>28</sup>

Levantó inmediatamente su campo, y se dirigió hácia las orillas de la laguna de Titicaca donde se hallaba su enemigo. Usó, sin embargo, de una estratagemá para evitar el encuentro si era posible. Envió por delante una descubierta por un camino diverso del que pensaba tomar, y él apresuró su marcha hácia Huarina. Era esta una ciudad pequeña situada al sudeste en la estremidad de la laguna de Titicaca, cuyas orillas, cuna de la primitiva civilizaci6n de los Incas, iban á resonar bien pronto con el estruendo de la mortífera lucha de sus vencedores que se preciaban de mas civilizados.

Pero Centeno tenia quien le comunicase secretamente todos los movimientos de Pizarro.

<sup>28</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Zárate, Conq. del Peru, lib. 7.  
Conq. MS. — Garcilaso, Com. cap. 2.  
Real. Parte 2, lib. 5, cap. 16.—

y asi es que cambió de posecion y fué á situarse no lejos de Huarina el mismo dia que Gonzalo llegó á este lugar. Los corredores de ambos campos llegaron á verse en la misma tarde, y los ejércitos rivales pasaron la noche sobre las armas dispuestos para la accion del dia siguiente.

El 26 de Octubre de 1547, despues de haber formado sus tropas en orden de batalla, avanzaron los dos comandantes á encontrarse en los llanos de Huarina. El terreno defendido de un lado por un áspero ramal de los Andes, y no muy distante por el otro de las orillas del lago, era una llanura lisa y despejada, muy propia para las maniobras militares. Parecia que la naturaleza le habia dispuesto espresamente para liza de algun combate.

Contaba Centeno en sus filas unos mil hombres. Los de caballeria no llegaban á doscientos cincuenta, bien montados y provistos, viéndose entre ellos muchos caballeros nobles, algunos de los cuales siguiéron en otro tiempo las banderas de Pizarro. Era en su conjunto un cuerpo muy respetable, y se veían en sus filas algunas de las mejores lanzas del Perú. Los arcabuceros no eran tan numerosos, pues no pasaban de ciento cincuenta, no muy provistos de municiones. El resto, que era la parte mayor del ejército de Centeno, se componia de pique-

ros, gente colecticia reunida á toda prisa y muy poco disciplinada.<sup>29</sup>

Con este cuerpo de infantería formó el centro de su línea, flanqueada por dos divisiones de arcabuceros casi iguales, y la caballería estaba dividida de la misma manera en dos trozos colocados en las alas derecha é izquierda. Por desgracia toda la semana anterior habia estado Centeno enfermo de pleuresia, y aun la víspera le habian sangrado varias veces. Como estaba demasiado débil para sostenerse á caballo le llevaron en una litera, y cuando hubo visto su gente puesta ya en órden se retiró del campo, no hallándose en estado de tomar parte en la accion. Pero Solano, el belicoso obispo del Cuzco que con otros compañeros suyos tomó parte en la accion, cosa frecuente entonces, recorrió las filas á caballo con un crucifijo en la mano, dando su bendicion á los soldados, y exhortando á todos á cumplir con su deber.

Las fuerzas de Pizarro apenas igualaban á la mitad de las de su adversario, pues no tendria arriba de cuatrocientos ochenta hombres. Los de caballería serian por todos ochenta y cinco, y los colocó en un solo cuerpo á la derecha de

<sup>29</sup> Para fijar el número de las fuerzas de Centeno, pues en las diversas relaciones hallo que le dan desde setecientos hasta mil doscientos hombres, he tomado el término medio de mil, siguiendo á Zárate, por ser mas probable que cualquiera de los dos extremos.

su batallon. La fuerza de su ejército consistia principalmente en sus arcabuceros, que llegarían á trescientos cincuenta; compañía escelente mandada por el mismo Carbajal, quien la habia instruido con todo esmero. Considerando la escelencia de sus armas y su perfecta disciplina, aquel pequeño cuerpo de infantería podia considerarse como la flor de la milicia del Perú,<sup>30</sup> y con él contaba Pizarro principalmente para decidir en su favor la suerte de la jornada. El resto de la tropa compuesto de piqueros, no muy temibles por su número aunque perfectamente disciplinados como toda la infantería, lo distribuyó á la izquierda de los mosqueteros para rechazar la caballería enemiga.

Pizarro se encargó de mandar en persona la caballería, y se colocó en la primera fila segun acostumbraba. Iba soberbiamente ataviado. Sobre su reluciente armadura llevaba una rica ropilla de terciopelo carmesí acuchillado, y montaba un brioso corcel cuyos vistosos aderezos reunidos al lujoso traje del impávido comandante hacian que él fuese el objeto mas visible de todo el campo.

Su teniente Carbajal iba equipado de muy diverso modo. Llevaba una buena armadura fuer-

<sup>30</sup> Así lo dice Garcilaso, quien compara á Carbajal con un diestro jugador de agedrez que dispone sus piezas de un modo que infaliblemente ha de lograr la victoria. Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 18.

BIBLIOTECA GENERAL

te y de provecho, aunque de muy pobre apariencia, y su celada de hierro con su espesa visera delo mismo defendió aquel dia su cabeza de muchos golpes desesperdos. Sobre la armadura llevaba una ropa verde muy vieja, y montaba un rocín fuerte y ligero, que aunque podia resistir muy bien la fatiga carecia de gracia y hermosura. En suma, hubiere sido fácil confundir al veterano con el soldado mas pobre.

Los dos ejércitos se acercaron á seiscientos pasos uno de otro y allí se detuvieron. Carbajal preferia recibir el ataque del enemigo mas bien que continuar avanzando, porque el terreno que ocupaba dejaba el campo libre á su mosqueteria, sin que le estorbasen los árboles y matas que se veian en otras partes del llano. Habia ademas otro motivo bien extraño para que desease conservar su posición actual. Los soldados iban todos cargados con dos y aun con tres arcabuces, de los que habian dejado los desertores que de cuando en cuando abandonaban el campo. Este acopio poco comun de mosquestes, aunque en una marcha seria grande estorbo, venia perfectamente á unas tropas que esperaban el ataque, pues á causa de lo mal construidas que eran entonces las armas de fuego y del poco conocimiento que se tenia de su manejo, se perdia mucho tiempo en cargarlas.<sup>31</sup>

31 Garcilaso, Com. Real, ubi supra.

El padre del historiador, que tenia su mismo nombre, fué uno

Deseando por lo mismo que el enemigo comenzase el ataque hizo alto Caarbajal, mientras que el otro ejército despues de un corto descanso avanzó otros cien pasos. Viendo que allí permanecia inmóvil destacó Carbajal por el frente una guerrilla para que fuese á provocarle; pero pronto le salió al encuentro otra del enemigo y se dispararon mutuamente algunos tiros, sin grave daño de ninguna parte. Observando que aquella maniobra no surtia efecto, mandó el veterano á los suyos que avanzasen unos cuantos pasos, esperando siempre provocar el ataque de su antagonista. Así sucedió en efecto. "Nos deshonramos," esclamaron los soldados de Centeno, que por una falsa idea del valor propia de tropas indisciplinadas, tenian por una ignominia el aguardar el ataque. En vano sus oficiales les mandaron que permaneciesen en su puesto. El comandante estaba ausente, y les azuzaba con sus gritos un fraile fanático llamado Domingo Ruiz, el qual figurándose que los Filisteos les habian sido entregados, esclamó, "Ahora es tiempo! adelante, adelante, á ellos!"<sup>32</sup> No se necesitó mas para que los soldados echasen á

de los pocos caballeros nobles que permanecieron fieles á Gonzalo Pizarro en la decadencia de su fortuna. Se halló presente en la batalla de Huarina, y con los pormenores que refirió á su hijo

pudo este llenar muchos vacios de los otros historiadores

32 "A las manos, á las manos: á ellos, á ellos." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 79.

correr en desorden, llevando los piqueros caladas sus picas con tan poco cuidado, que tropezaban unos con otros y hasta herian á sus mismos camaradas. Los arcabuceros al tiempo de ir avanzando hacian un fuego desordenado, que por la distancia y la rapidez con que corrian, no causaba daño alguno.

Carbajal se alegró mucho de que sus enemigos desperdiciasen de ese modo las municiones. Aunque permitió que se disparasen algunos mosquetes para incitar mas á sus contrarios, dió orden al grueso de la infantería de que no hiciese nego hasta que todos los tiros pudieran aprovecharse. Como conocia la propension de los tiradores á dar mas arriba del blanco, encargó á los suyos que apuntasen á la cintura ó un poco mas abajo, diciéndoles que un tiro que bajase podria hacer daño todavia, mientras que si pasaba un dedo mas arriba de la cabeza era perdido.<sup>33</sup>

La compañía del veterano se mantuvo firme y serena mientras que los de Centeno avanzaban rápidamente; pero cuando los tuvieron á unos cien pasos de distancia dió Carbajal la voz de fuego! Al momento hizo una descarga toda la línea, y cayó un diluvio de balas en las filas del enemigo, tan bien dirigidas que mas de cien

33 Garcilaso, Com. Real, ubi supra.

hombres cayeron muertos quedando heridos muchos mas. Antes de que pudieran recobrase de su asombro, los soldados de Carbajal echaron mano de sus armas de reserva y las descargaron en lo espeso de los enemigos causando igual estrago. La confusion de estos fué entonces completa. No pudiendo resistir la continua lluvia de balas que les enviaban los arcabuceros, se apoderó de ellos un terror pánico y se pusieron en fuga sin pensar ya en sostener el combate.

Mas el resultado del encuentro de la caballería fué muy diverso. Gonzalo Pizarro habia formado su escuadron á la derecha de Carbajal, un poco retirado hácia atras para dejarle libre el juego de su arcabuceria. Cuando las caballos que el enemigo tenia á su izquierda vinieron sobre él á todo galope, avanzó Pizarro unas cuantas varas para recibir la carga, favoreciendo siempre á Carbajal, cuyo fuego causó de paso alguna pérdida á los acometedores. El escuadron de Centeno llegó á toda carrera como un rayo, y á pesar del perjuicio que le causó la mosqueteria del enemigo, cayó con tal furia sobre los contrarios, que atropelló cuanto se le puso delante. Hombres y caballos rodaron por el polvo, "y pasaron por encima de los caidos," dice un historiador "como si fuesen una manada de ovejas."<sup>34</sup> Estos se recobraron con trabajo

34 "Los de Diego Centeno, vna carrera larga, lleuaron á los como yuan con la pujança de de Gonzalo Pizarro de encuen-

del orimer choque, y trataron de rehacerse para sostener el convate sin desventaja:

El gefe, sin embargo no pudo recobrar, el terreno que habia perdido. Los suyos eran arrollados por todos lados: de ambas partes eran muchos los muertos; otros quedaban heridos y el suelo estaba cubierto de hombres y de caballos. Pero la pérdida fué mucho mayor en la tropa de Pizarro, y casi todos los que escaparon con vida tuvieron que entregarse. Cepeda mientras peleaba con el furor de la desesperacion, recibió una cuchillada en la cara que le inutilizó y le obligó á rendirse.<sup>35</sup> Pizarro, despues de ver caer á su lado los compañeros mas bravos y fieles, se encontró perseguido por tres ó cuatro caballeros á la vez. Saliendo como pudo de la confusion del combate, puso espuelas á su caballo, y el noble animal aunque llevaba una grave herida en el lomo, adelantó á todos sus perseguidores, menos á uno que le detuvo asiéndole por la brida. Mal le habria ido á Gonzalo si no hubiese echado mano de una pequeña hacha de armas que llevaba consigo, y descargado tal golpe con ella en la cabeza del caballo de su

tro, y los tropellaron como si fueran ovejas, y cayeron canales y canalleros." *Ibid.*, Parte 2, lib. 5, cap. 19.

35 La herida de Cepeda le abrió la nariz y le dejó una cicatriz tan fea que se vió precisado á cubrirla despues con un parche. Así lo cuenta Garcilaso que le veia con frecuencia en el Cuzco.

contrario, que cayó al punto y obligó al ginete á soltar la brida. En el entretanto algunos arcabuceros que habian visto el apuro de Pizarro acudieron á socorrerle, mataron á dos de sus perseguidores que ya le habian alcanzado, y á su vez pusieron en fuga á los demas.<sup>36</sup>

La derrota de la caballería fué completa, y Pizarro creyó perdida la jornada cuando oyó tocar victoria al clarin enemigo. Pero apenas se habian apagado sus sonidos cuando comenzaron á oirse salir del otro campo. La infanteria de Centeno habia sido derrotada, como ya vimos, y arrojada del campo; pero la caballeria de su derecha cargó sobre la izquierda de Carbajal, compuesta de picas mezcladas de arcabuces. Los caballos acometieron de frente la formidable falange; mas no les fué posible romperle espeso vallado de picas sostenidas por los robustos brazos de soldados que se mantenian firmes y serenos, mientras les ocasionaba grave daño el mortífero fuego de los arcabuceros colocados detras de las lanzas. Viendo que era im-

36 Segun la mayor parte de los escritores, el caballo de Pizarro no solo fué herido, sino muerto en el combate, y estaérdida la remedió su amigo Garcilaso de la Vega, cediéndole el que montaba. Este oportuno auxilio á un rebelde no le fue despues de mucho provecho al generoso caballero, antes por el contrario sus enemigos lo hicieron valer contra él como si fuese un crimen. Su hijo el historiador niega absolutamente el hecho, y parece muy empeñado en libertar á su padre de esta honrosa imputacion, que fué un eterno tropiezo en la carrera de entrambos. *Ibid.*, Parte 2, lib. 5, cap. 22.

posible abrir brecha, los ginetes desfilaron por los flancos en desórden y fueron por último á reunirse en la retaguardia con el escuadron victorioso de Centeno. Reunidos ambos trozos intentaron una nueva carga sobre el batallon de Carbajal; pero dando los suyos media vuelta con la prontitud y órden de soldados bien instruidos, la espalda se convirtió en frente. Presentaron de aquel lado al enemigo el mismo bosque de picas sin que los arcabuceros cesasen de castigar con una granizada de balas la audacia de los ginetes, hasta que deshechos y perdido enteramente el animo por el mal éxito de sus tentativas, imitaron estos el ejemplo de la aterrorizada infanteria y abandonaron el campo.

Pizarro y unos cuantos compañeros que aun quedaban en estado de pelear les persiguieron tan solo una corta distancia, porque eran pocos y no estaban en estado de continuar el alcance. La victoria fué completa y el gefe insurgente tomó posicion de las tiendas abandonadas por el enemigo, donde halló una cantidad enorme de plata <sup>37</sup> y ademas las mesas puestas para la comida de los soldados de Centeno cuando volviesen

37 El botin ascendió á un millon y cuatrocientos mil pesos, segun fernandez. (Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap 79.) Hay una grave exageracion en la suma; pero nos llegamos á familiarizar de tal modo con las doradas

maravillas del Perú, que como lector de las "Noches Arabes," nos volvemos tan crédulos que ya nos parecen muy estrechos los limites comunes de la probabilidad.

del campo. ¡Tan segura consideraban la victoria! El convite sirvió pues para saciar el hambre de los vencedores, que tal suele ser la fortuna de la guerra. Fué sin duda una accion decisiva, y cuando Gonzalo Pizarro recorria el campo sembrado de cáda-veres de sus enemigos, observaron que se santiguó muchas veces exclamando: "Jesus, qué victoria!"

No fueron<sup>38</sup> menos de trescientos cincuenta los muretos del ejército de Centeno, y el número de heridos fué aun mucho mayor. Se calcula que mas de cien de estos perecieron por haber quedado en el campo toda la noche, pues aunque el clima de esta region elevada es benigno, el aire de la noche que sopla por las montañas es sutil y penetrante, de manera que muchos infelices heridos, que atendidos con tiempo se hubieran salvado, eran yertos cadáveres á la mañana siguiente. Los vencedores no lograron la victoria sino á costa de una grave pérdida, porque mas de cien de ellos quedaron en el campo. Los cáda-veres estaban amontonados en el lugar que ocupó la caballería de Pizarro, donde fué más reñido el combate. En este corto espacio se encontraron tambien mas de cien caballos muertos. La mayor parte de ellos, así como los ginetes, que por lo comun yacian tambien al lado, pertenecian al ejército victorioso. Era la batalla

mas desastrosa que se habia dado en el ensangrentado suelo del Perú.<sup>38</sup>

La gloria de la jornada, gloria bien triste por cierto, debe atribuirse casi toda á Carbajal y á su valiente escuadron. Las acertadas disposiciones del anciano guerrero, unidas á la perfecta disciplina y al indomable valor de sus soldados, cambiaron el aspecto de la batalla cuando casi estaba perdida por la caballería, y alcanzaron la victoria.

El incansable Carbajal continuó al alcance con los que se hallaban en estado de seguirle. Los desdichados fugitivos que caian en sus manos, sobre todo si habian sido traidores á la causa de Pizarro como lo eran en realidad la mayor parte, los hacia matar inmediatamente. Los laureles que habia alcanzado en el campo de batalla peleando contra hombres armados como él, los marchitó por su crueldad con los indefensos prisioneros. Su gefe Centeno fué mas

<sup>38</sup> La mas sangrienta batalla que vino en el Perú. *Ibid.*, loc. cit.

En las relaciones de esta batalla hay segun costumbre sus discrepancias que el historiador tiene que ajustar como puede. Pero en el todo hay bastante conformidad. Todos convienen en considerarla como el combate mas sangriento entre Españoles ocurrido hasta entonces en el Perú, y

todos atribuyen la victoria á Carbajal. Fuera de Garcilaso y Fernandez muchas veces citados, V. Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.*, MS. (Se halló en la accion.)—Zárate, *Conq. del Perú*, lib. 7, cap. 3.—Herrera, *Hist. General*, dec. 8, lib. 4, cap. 2.—Gomara, *Hist. de las Indias*, cap. 181.—Montesinos, *Anales*, MS., año 1547.

afortunado y consiguió escaparse. Viendo perdida la batalla abandonó su litera, y la consideracion de la horrible suerte que le aguardaba si le cogian, le dió fuerzas para llegar á la sierra vecina, apesar de su enfermedad. Allí se ocultó á la vista de sus perseguidores, y como un ciervo herido acosado de cerca por los cazadores, logró al cabo escapárseles metiéndose en las entrañas de los montes, hasta que dando un largo rodeo consiguió milagrosamente el llegar salvo á Lima. El obispo del Cuzco huyó por otro camino y logró igual fortuna. No fué para él poca dicha el no haber caido en manos del insensible Carbajal, quien, á juzgar por el poco respeto que solia mostrar á los de su clase y agregándose la circunstancia de haber sido el obispo en otro tiempo partidario de Pizarro, hubiera tenido tan poco escrúpulo de enviarlo á la horca como si hubiese sido el mas triste soldado raso.<sup>39</sup>

Al dia siguiente de la accion hizo Gonzalo Pizarro que los cadáveres que aun permanecian amontonados en el mismo campo donde poco antes trabaron lucha mortal, fuesen depositados en una sepultura comun. Los cuerpos de los caballeros distinguidos, (porque ni aun la tumba bor-

<sup>39</sup> Pedro Pizarro, *Descub. y Conq. del Perú*, lib. 7, cap. 3.—*Conq.*, MS.—Fernandez, *Hist. Garcilaso*, Com. Real., Parte 2, del Perú, ubi supra.—Zárate, lib. 2, cap. 21, 22.

raba las distinciones de clases,) fueron llevados á la iglesia del pueblo de Huarina que dió su nombre á la batalla. Allí fueron enterrados con la correspondiente solemnidad; pero andando el tiempo fueron trasladados á la ciudad de la Paz, y colocados en un sepulcro construido por una suscripción general de los habitantes de la provincia. Pocos hubo en ella que no tuviesen que lamentar la pérdida de un pariente ó de un amigo en aquel infausto día.

El vencedor aprovechó su victoria para enviar destacamentos á Arequipa, la Plata y otras ciudades con el objeto de recojer dinero y refuerzos para continuar la guerra. Su propia pérdida quedó mas que compensada con los vencidos que quisieron continuar sirviendo en sus banderas. Reunidas sus fuerzas se encaminó al Cuzco, cuya capital aunque á vces la habian hecho aparentar lealtad á la corona, se habia mostrado desde los principios muy adicta á su causa.

Los habitantes se preparaban á recibirle en triunfo con arcos en las calles, músicas, y poesías alusivas á sus victorias. Pero Pizarro con mas prudencia rehusó los honores de una ovación mientras el pais estuviese en poder de sus enemigos. Envió por delante el grueso de sus tropas, y él le siguió á pié acompañado tan solo de unos cuantos vecinos y amigos, dirigiéndose

en derecha á la catedral donde se tributaron solemnes acciones de gracias y se cató el *Te Deum* en agradecimiento de la victoria. Retiróse luego á su habitacion manifestando que estaba resuelto á fijar por entonces sus cuarteles en la venerable capital de los Incas.<sup>40</sup>

Ya no volvió á pensarse en la retirada á Chile, porque su último triunfo habia revivido en su pecho la esperanza, y renovado la confianza antigua. Creia que produciria igual efecto en los ánimos irresolutos de los que habian faltado á su fidelidad por temor ó por desconfianza de que su poder alcanzase á resistir al presidente. Ahora verian que aun no le abandonaba su estrella. Asi pues, sin inquietarse ya por el porvenir, resolvió permanecer en el Cuzco y aguardar allí tranquilamente la hora de que las armas decidiesen por última vez quién de los dos sería dueño del Perú.

40 Ibid., Parte 2, lib. 5, cap. 27.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 3.

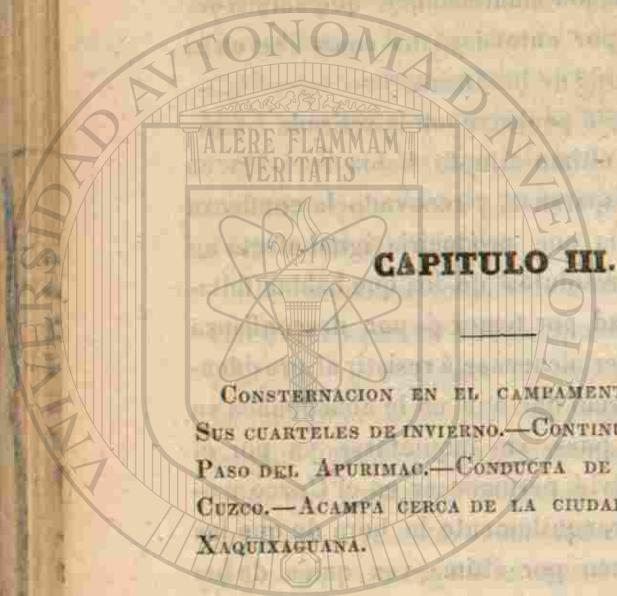
Garcilaso de la Vega, que entonces era muchacho, presenció la entrada de Pizarro en el Cuzco. Es por lo mismo contemporáneo del suceso, aunque lo escribió pasados tantos años. Merced á la elevada clase de su padre tenia entrada franca en el palacio de Pizarro, y así esta parte de su historia merece el crédito que se da, no solo á un contemporáneo sino á un testigo de vista.

dante que había desaparecido como una visión.<sup>1</sup>

La consternación que tales nuevas produjeron entre los soldados fué proporcionada á su primitiva confianza en el buen éxito, y ya casi tenían por inútil el luchar contra un hombre protegido al parecer por algun talisman que le sacaba vencedor de los mayores conflictos. El presidente, por mas sensible que le fuese aquel golpe, cuidó de ocultar su pesadumbre, y solo trató de levantar el ánimo de los suyos. “Confíaron demasiado,” les decia, “y el cielo quiso castigar de este modo su presuncion. No hay cosa mas natural que cuando la Providencia trata de humillar al pecador le dije subir á la mayor altura posible para que luego dé mayor caída.”

Pero mientras que Gasca se afanaba por tranquilizar á los tímidos y supersticiosos, atendia con su acostumbrada actividad á reparar el daño que había sufrido su causa con la derrota de Huarina. Envió á Lima un destacamento á las órdenes de Alvarado para que recogiese á los realistas refugiados allí de los dispersos en la batalla, y para que quitase la artillería de los buques y la trajese al ejército. Otra partida

<sup>1</sup> “Y salió á la ciudad de los Reyes, sin que Carbajal, ni alguno de los suyos supiese por donde fue, sino que pareció encantamiento.” Garcilaso, Comentarios Reales, Parte 2, lib. 5, cap. 21.



1547—1548.

Mientras pasaban los sucesos relatados en el capítulo anterior, el presidente Gasca se había mantenido en Jauja esperando nuevas noticias de Centeno, sin dudar que pronto vendrían á avisarle la total derrota de los rebeldes. Grande fué por consiguiente su consternación cuando supo el desastroso resultado de la cruel batalla de Huarina, y que la espada de Pizarro había dispersado á los realistas, sin que tampoco se supiese nada de la suerte de su coman-

fué á Guamanga, sesenta leguas del Cuzco, con el mismo fin de proteger á los fugitivos, y ademas para impedir que los caciques indios llevasen provisiones al ejército rebelde del Cuzco. Como ya contaba con un número de gente muy superior al que pudiera oponerle su contrario, determinó Gasca levantar su campo sin mas dilacion y encaminarse á la capital de los Incas.<sup>2</sup>

Salió de Jauja el 29 de Diciembre de 1547, pasó por Guamanga, y despues de una penosa marcha, cuya fatiga se acreció mucho por la inclemencia del tiempo y el mal estado de los caminos, entró en la provincia de Andaguaylas. Era un pais hermoso y fértil, y como el camino que habia de seguir le llevaba á las entrañas de una tenebrosa sierra casi intransible por las nieves, resolvió Gasca permanecer allí hasta que se hubiese mitigado algun tanto el rigor del invierno. Como muchos soldados del ejército real se habian enfermado por haberse visto espuestos á

<sup>2</sup> Según Ondegardo, Gasca mantuvo su ejército mientras estuvo en el valle de Jauja con lo acopiado en los almacenes de los Incas que habia en el mismo valle pues halló que aun que daba en ellos una cantidad de maiz suficiente para el consumo de muchos años. Es algo extraño que los hambrientos conquistadores hubiesen respetado por tanto tiempo estos

acopios.—“Cuando el Señor presidente Gasca pasó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el Valle de Jauja, estuvo allí siete semanas á lo que me acordado, se hallaron en depósito maiz de cuatro y de tres y de dos años mas de 15.000 hanegas junto al camino é allí comió la gente.” Ondegardo, Rel. Seg., MS.

las continuas lluvias, estableció un hospital de campaña, y el buen presidente visitaba á los enfermos atendiendo á sus necesidades y ganando los corazones de todos con su caridad.<sup>3</sup>

El campo real recibia diariamente nuevos refuerzos, porque apesar del asombro que habian causado de pronto en todo el pais las nuevas de la victoria de Pizarro, bastó una poca de reflexion para hacer ver al pueblo que la justicia era mas fuerte y al cabo habia de prevalecer. Vinieron tambien con estas tropas algunos de los mas famosos capitanes. Centeno, ardiendo en deseos de reparar su última falta, apenas se alivió de su enfermedad vino al campo desde Lima con sus compañeros. Benalcazar el conquistador de Quito que participó de la derrota de Blasco Nuñez en el norte, llegó tambien como ha visto el lector, con otra partida, y á poco le siguió Valdivia el famoso conquistador de Chile, que habiendo vuelto al Perú á levantar gente para su expedicion, supo el estado en que se hallaba el pais, y sin vacilar un momento se adhirió al partido del presidente, aunque con eso se declaraba contrario á su antiguo amigo y compañero Gonzalo Pizarro. La llegada de este último capitan causó general regocijo en el cam-

<sup>3</sup> Zárato, Conq. del Perú, 85.—Pedro Pizarro, Descub. y lib. 7, cap. 4.—Fernandez, Hist. Conq., MS.—Cieza de Leon, del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 82—cap. 90.

po, porque educado Valdivia en las guerras de Italia, era tenido por mejor soldado del Perú, y Gasca le celebró diciendo "que estimaba mas su persona que un refuerzo de ochocientos hombres."<sup>4</sup>

Ademas de estos belicosos auxiliares, acompañaba al presidente una gran comitiva de eclesiásticos y letrados tan numerosa como pocas veces solia verse en los campos marciales del Perú. Allí estaban los obispos de Quito, el Cuzco y Lima, los cuatro oidores de la nueva Audiencia, y un número considerable de frailes misioneros.<sup>5</sup> Aunque su presencia fuese de muy poca utilidad en la hora de la batalla, servia sin embargo para dar autoridad y un carácter sagrado á su causa, lo que no dejaba de producir buen efecto en el espíritu de los soldados.

El rigor del invierno comenzaba á mitigarse y le sustituia la benigna primavera que desde muy temprano empieza á sentirse en estas regiones equinociales, aunque templadas á causa de su elevacion. Despues de pasar tres meses en Andaguaylas reunió Gasca sus fuerzas para encaminarse definitivamente al Cuzco.<sup>6</sup> Faltábale

<sup>4</sup> A lo menos así lo dice Valdivia en su carta al emperador. "I dixo público que estimava mas mi persona que á los mejores ochocientos hombres de guerra que pudieran venir aquella hora." Carta de Valdivia, MS.

<sup>5</sup> Zárate, MS.

<sup>6</sup> Cieza de Leon, Crónica, cap. 90.

El antiguo cronista, ó mas bien geógrafo, Cieza de Leon, sirvió en esta campaña segun dice, de manera que su testimonio, siem

poco para contar dos mil hombres en sus filas, siendo el mayor ejército europeo que hasta entonces se habia reunido en el Perú. Casi la mitad de ellos llevaban armas de fuego, y la infanteria era mas útil que los caballos en el terreno montañoso que habian de atravesar. Pero su caballeria tambien era numerosa, y llevaba consigo un tren de once piezas de artilleria gruesa. Las tropas estaban bien equipadas é instruidas, tenian suficientes municiones y pertrechos de guerra, y los nombres de los oficiales que las mandaban habian figurado en las mas famosas hazañas del Nuevo Mundo. En suma, todos cuantos tenian un verdadero interes en el bien del pais militaban bajo las banderas del presidente, formando un notable contraste con los desesperados aventureros que engrosaban las filas de Pizarro.

Gasca, que no pretendia tener mas conocimiento de las cosas de la guerra del que realmente poseía, habia dado el mando de las fuerzas á Hinojosa, nombrando por su segundo al mariscal Alvarado. Valdivia llegó despues de hechos estos nombramientos y consintió en aceptar el de coronel, con el bien entendido de que le habian de consultar y emplear en todos los

pre de peso, es de un valor poco comun en los sucesos que aun estan por referir.

asuntos de importancia. <sup>7</sup> Tomadas estas disposiciones levantó el presidente su campo en el mes de Marzo de 1543 y se encaminó hácia el Cuzco.

El primer obstáculo con que tropezó en su marcha fué el rio Abancay, cuyo puente habia destruido el enemigo. Mas como no habia del otro lado fuerza que molestase, no tardó el ejército en fabricar un nuevo puente y echarle sobre el rio, que en aquel lugar nada tenia de temible. El camino se metia luego en el corazon de una region montañosa, en donde los bosques, precipicios y quebradas, se veian mezclados en una confusion parecida á la del caos, con uno que otro valle hermoso y fertil reluciendo como risueñas islas entre las enfurecidas olas de un tempestuoso océano. Los soberbios picos de los Andes que se alzaban hasta perderse entre las nubes, estaban cubiertos desde abajo de blanquísima nieve, y el aire que venia de ellos

<sup>7</sup> Valdivia pretende que Gasca le dió el mando supremo. "Luego me dió el autoridad toda que traia de parte de V. M. para en los casos tocantes á la guerra, i me encargó todo el exercito, i le puso baxo de mi mano rogando i pidiendo por merced de su parte á todos aquellos caballeros capitanes e gente de guerra, i de la de V. M. mandándoles me obediesesen en todo lo que les man-

dase acerca de la guerra, i cumpliesen mis mandamientos como los suyos." (Carta de Valdivia, MS.) Pero otros autores cuentan y es mas probable, lo que se refiere en el texto. Es preciso confesar que á Valdivia no le agravia su modestia. Toda su carta al emperador está escrita en un tono de vanagloria, escésivo hasta para un hidalgo castellano.

era tan frio y penetrante que entumia y helaba á hombres y caballos. Los caminos solian ser á veces tan ásperos y estrechos que no podia transitar por ellos la caballería. Los ginetes se veian obligados á apearse, y el presidente con todos los demas hacia la jornada á pié, por sendas tan peligrosas que en tiempos mas modernos no ha sido cosa rara el que á pesar de la firmeza de su pezuña, las mulas cargadas de plata hayan rodado miles de piés por los costados casi perpendiculares de abismos profundísimos. <sup>8</sup>

De tal modo entorpecian la marcha estos impedimentos naturales del terreno, que pocas veces lograban las tropas el caminar dos leguas en un dia. <sup>9</sup> Por fortuna la distancia no era grande y lo que mas cuidado daba al presidente era el paso del rio Apurimac, al cual se iba ya acercando. Este rio es uno de los mayores tributarios del Marañon, y arrastra su caudalosa corriente por entre las gargantas de las cordilleras que se elevan á sus dos lados como una muralla colosal de roca, y forman una barrera natural donde es fácil que cualquier enemigo se sostenga contra una fuerza muy superior á la suya. Ya sabia Gasca desde antes de salir de Andaguaylas que Pizarro habia destruido los puentes de este rio. Por lo mismo hizo reco-

<sup>8</sup> Cieza de Leon, Cronica, cap. 91.

<sup>9</sup> MS. de Caravantes.

nocer las orillas con el fin de escoger el parage mas oportuno para restablecer las comunicaciones con la orilla opuesta.

El parage escogido fué cerca de Cotapampa, pueblo indio situado á mas nueve leguas del Cuzco, porque si bien el rio iba allí mas rápido y furioso por estar reducido á mas estrecho cauce, su anchura no pasaba de doscientos pasos, aunque si bien se mira no era esta una distancia despreciable. Se habian dado órdenes anticipadamente para reunir gran cantidad de materiales cerca de este lugar, lo mas pronto posible, y al mismo tiempo para engañar al enemigo y obligarle á dividir sus fuerzas, si acaso pensaba en oponerse, se reunieron tambien materiales en otros tres puntos de la orilla, aunque en menor cantidad. El oficial apostado cerca de Cotapampa tenia órden de no comenzar á poner el puente hasta que llegase una fuerza bastante para azelear la obra y asegurar su buen éxito.

Es preciso tener presente que la obra que se trataba de construir era uno de esos puentes colgantes que empleaban en otro tiempo los Incas y todavia se usan para atravesar los rios profundos é impetuosos de la América del Sur. Se forman de gruesos cables hechos de bejuco llamados *crisnejas*, que se tienden de una á otra orilla y se afirman en gruesos estribos de mamposteria, ó cuando hay proporcion en la roca

natural. Sobre estos cables se atraviesan vigas quedando con eso listo el paso, y apesar de la apariencia endeble del puente que á veces se columpea á una elevacion de centenares de piés sobre el abismo, proporciona un camino bastante seguro para los hombres y aun para cosas tan pesadas como la artillería.<sup>10</sup>

Apesar de las órdenes terminantes de Gasca, el oficial encargado de reunir los materiales para el puente deseaba tanto alcanzar el honor de haber hecho la obra por sí solo, que la comenzó desde luego. Causó esto mucho disgusto á Gasca cuando lo supo, y apresuró la marcha para ir á proteger la obra con toda su gente. Mas cuando andaba todavia penando en el laberinto de las sierras, le vinieron á decir que una partida enemiga habia destruido la pequeña parte del puente ya trabajada, cortando los cables en la orilla opuesta. Valdivia se adelantó por lo tanto al frente de unos doscientos arcabuceros, mientras que el grueso del ejército le seguía con la mayor diligencia posible.

Llegado aquel oficial al sitio de la obra, halló que la interrupcion fué causada por unos cuantos Pizarristas, que no pasarían de veinte, ayudados de mayor número de Indios. Hizo al pun-

<sup>10</sup> Fernandez, Hist. del Perú y Conq., MS.—MS. de Caravarru, Parte I, lib. 2, cap. 86, 87.—tes.—Carta de Valdivia, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7. Relacion del Lic. Gasca, MS. cap. 5.—Pedro Pizarro, Descub.

to disponer unas balsas y en ellas pasó con toda su gente al otro lado del rio sin encontrar oposicion. Desconcertado el enemigo con la llegada de esta fuerza se retiró, y se apresuró á llegar al Cuzco para dar cuenta de lo ocurrido á su comandante. En el entretanto, como Valdivia conocia la importancia de los momentos en tan criticas circunstancias activó la fabrica con el mayor empeño. Hizo trabajar toda la noche á sus cansadas tropas, y ya la obra estaba bien adelantada cuando á los primeros rayos del sol vieron en la orilla opuesta al presidente y sus batallones que salian de las gargantas de la de la sierra.

Poco tiempo se dedicó al reposo porque todos conocian que el feliz éxito de su empresa dependia del corto respiro que les daba la imprudencia del enemigo. El presidente lo mismo que los principales capitanes de las diez tomaron parte en el trabajo como el último de los soldados,<sup>11</sup> y antes de la noche tuvo Gasca la satisfaccion de ver el puente en estado de que pudiesen pasarlo las primeras filas del ejército, sin el estorbo de los bagages. Bastó poco tiempo para poner algunos centenares de hombres en la orilla opuesta;

11 "La gente que estava, de la vna parte y de la otra, todos tirauan y trabajauan al poner, y apretar de las Criznejas: sin que el Presidente ni Obispos, ni otra persona quisiesse tener preuilegio para dexar de trabajar." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 87.

pero allí tropezaron las tropas con una nueva dificultad, no menos grave que la del rio. Desde las márgenes de este se elevaba repentinamente el terreno formando una cuesta empinada y muy áspera que terminaba en unos cerros elevadísimos. Por esta escarpada pendiente era preciso subir, aunque no hasta su mayor altura. A los tropiezos naturales del terreno, cortado de horribles grietas y torrentes, y obstruido por malezas impenetrables, se agregaba la oscuridad de la noche, de manera que los soldados conforme iban trepando poco á poco trabajosamente, sentian cierto recelo parecido al miedo, temiendo á cada paso el caer en alguna emboscada, porque el terreno convidaba á tenderlas. Varias veces se llenaron los Españoles de terror con noticias falsas que les dieron de que el enemigo estaba encima. Pero Hinojosa y Valdivia estaban siempre al lado de la gente para reunir-la y animarla, hasta que al cabo llegaron todos poco antes del alba al punto mas alto del camino, donde resolvieron esperar la llegada del presidente. Este no se hizo aguardar mucho, y en toda la mañana siguiente la fuerza de los realistas se aumentó hasta verse en estado de poder desafiar al enemigo.

El paso del rio se habia conseguido con menos pérdida de la que pudiera haberse esperado, atendida la oscuridad de la noche y el gran nú-

mero de gente que se amontonó en aquel camino aéreo, Es verdad que algunos cayeron al agua y se ahogaron, y que al tratar de hacerles pasar el río á nado, mas de sesenta caballos fueron arrebatados por la corriente y hechos pedazos contra las peñas.<sup>12</sup> Todavía se necesitaba algun tiempo para pasar el pesado tren de artillería y además los bagages, por lo que el presidente acampó en el sitio fuerte que ocupaba para dar lugar á que llegase todo y tambien para que respirasen sus tropas despues de tan extraordinarios esfuerzos. Aquí le dejaremos para imponer al lector de cómo andaban las cosas en el ejército insurgente, y de la causa de su incomprendible negligencia en guardar los pasos del Apurimac.<sup>13</sup>

Desde que Pizarro entró en el Cuzco habia vivido entregado á los placeres en medio de sus partidarios, como un soldado de fortuna en la hora de la prosperidad. Gozaba de lo presente, cuidándose tan poco del porvenir como si la co-

<sup>12</sup> "Aquel día pasaron mas de cuatrocientos Hombres, llevando los Caballos á nado, encima de ellos atadas sus armas, i arcabuces, caso que se perdieron mas de sesenta Caballos, que con la corriente grande se desataron, i luego daban en vnas peñas, donde se hacian pedazos, sin darles lugar el impetu del río, á que pudiesen nadar." Zárate, Conq. del

Perú, lib. 7, cap. 5.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 184.

<sup>13</sup> Ibid. ubi supra.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 87.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 5.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—MS. de Caravantes.—Carta de Valdivia, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 91.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

rona del Perú estuviere ya asegurada en su cabeza. No sucedia lo mismo con Carbajal. El consideraba la victoria de Huarina como el principio, no como el término de la contienda, y trabajaba sin descanso para poner á sus tropas en estado de conservar la superioridad sobre el enemigo. Al rayar el alba andaba ya el veterano recorriendo todos los puntos de la ciudad montado en su mula con la traza y aire de un soldado comun, dirigiendo á veces la fabricacion de las armas ó acopiando pertrechos militares, y otras ocasiones instruyendo á sus soldados, por que siempre cuidó mucho de que se observase la mas rigurosa disciplina.<sup>14</sup> Parecia que su espíritu inquieto no hallaba placer sino en la continua actividad. Como siempre habia vivido entre el tumulto y agitacion de las guerras, nada le agradaba de lo que no tuviese relacion con las armas, y solo veia en una ciudad los elementos para formar un campo bien organizado.

Con tales ideas naturalmente le disgustaba la conducta de su gefe que habia dado á entender su propósito de permanecer allí hasta que se

<sup>14</sup> "Andava siempre en vna mula crescida de color entre pardo y bermejo, yo no le vi en otra parte que le topauan sus soldados; ha-caualgadura en todo el tiempo que estuvo en el Cozco antes de la batalla de Sacsahuana. Era tan continuo y diligente en solicitar lo que á su exercito conuenia, que a todas horas del día y de la noche le topauan sus soldados; ha-ziendo su oficio, y los ageuos." Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 27.

acercase el enemigo y entonces ir á presentarle batalla. Carbajal le aconsejó que obrase de muy diverso modo. Parece que él no tenia esa absoluta confianza en la fidelidad de los partidarios de Pizarro, ó á lo menos en los que siguieron antes las banderas de Centeno. Estos hombres, que serian unos trescientos, habian sido en cierto modo forzados á servir en las filas de Pizarro. No mostraban grande empeño en la causa, y el veterano aconsejó muchas veces á su comandante que los despidiese de una vez, pues era mucho mejor el salir á campaña con un puñado de compañeros fieles, que con una legion de traidores y cobardes.

Pero Carbajal creia tambien que su capitán no contaba con fuerzas suficientes para resistir á su contrario, á quien ayudaban los mejores capitanes del Perú. Por lo mismo le aconsejó que saliese del Cuzco llevándose consigo todo el dinero, viveres y acopios de cualquier especie que pudiesen ser útiles á los realistas. Cuando estos llegasen quedarian desanimados al ver la pobreza de un lugar en que esperaban hallar tan grande botin, y se disgustarian del servicio. Pizarro podria refugiarse mientras tanto con los suyos en las asperezas de la comarea, en donde como práctico en el terreno podria burlarse del enemigo, y si este se empeñaba en perseguirlo con sus fuerzas disminuidas por la desercion, no se-

ria difícil hallar una oportunidad de acometerle con ventaja en algunos de los pasos de la sierra. Tal fué el prudente consejo del anciano guerrero. Pero no agradó á su fogoso comandante quien preferia arriesgarlo todo en una batalla, mas bien que volver la espalda al enemigo.

Tampoco prestó Pizarro oídos mas favorables á otra proposicion que cuentan le hizo el licenciado Cepeda, reducida á que se aprovechase de su última victoria para entrar en tratos con Gasca. Semejante consejo del hombre que poco antes habia combatido todas las propuestas del presidente, solo pudo provenir de un convencimiento de que su reciente triunfo colocaba á Pizarro en una posicion ventajosa para lograr condiciones mucho mas favorables de lo que antes pudiera haber esperado. Pudo suceder tambien que la esperiencia posterior le hubiese hecho desconfiar de la fidelidad de los compañeros de Gonzalo, y acaso de la capacidad de su gefe para sacarles con bien de la presente crisis. Mas cualesquiera que fuesen los motivos del mutable consejero, Pizarro hizo poco caso de sus indicaciones, y aun manifestó cierto disgusto cuando le siguieron instando. En todas sus batallas, con Indios ó con Europeos, habia salido siempre victorioso, por grande que fuese el número de los enemigos, y no era razon que ahora se desanimase por la primera vez. Resolvió, pues, per-

manecer en el Cuzco y arriesgarlo todo en una batalla. El riesgo mismo tenia cierto atractivo para su ánimo osado y caballeresco. Confirmáronle tambien en este propósito algunos caballeros que habían participado siempre de su suerte; aventureros juvenes é inconciderados que á semejanza suya querian arriesgarlo todo en un golpe de dados, mas bien que seguir la prudente política de otros consejeros mas sesudos, que á ellos les parecía timidez. Estos eran, pues, los consejeros que habían de dirigir en lo sucesivo la conducta de Pizarro.<sup>15</sup>

Este estado guardaban los negocios en el Cuzco, cuando llegaron los soldados de Pizarro con la noticia de que un destacamento de los enemigos había pasado el Apurimac, y trabajaban con todo empeño en reponer el puente. Carbajal conoció desde luego la absoluta necesidad de mantener este paso. "Esto me toca á mí," dijo, "y quiero ir á desempeñar esta comision. Que me den tan solo cien hombres escogidos, y me comprometo á defender el paso contra todo el ejército, y á volver al Cuzco trayendo preso al capellan," que así llaman al presidente en el campo de los rebeldes.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 27.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 182.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 88.

"Finalmente, Gonçalo Pizarro dixo que quería prouar su ventu-

ra: pues siempre auia sido vencedor, y jamas vencido." Ibid., ubi supra.

<sup>16</sup> "Paresceme vuestra Señoria se vaya á la vuelta del Collao y me deje cien hombres, los que yo escojere, que yo me iré

"No puedo dejaros ir, padre," dijo Gonzalo dándole este cariñoso título, con que solia llamar á su anciano compañero,<sup>17</sup> "no puedo consentir que os aparteis tanto de mi persona;" y dió el encargo á Juan de Acosta, caballero joven muy adicto á su comandante, que mas de una vez había dado pruebas bien claras de su valor; pero que carecia enteramente, segun lo hizo ver el resultado, de las cualidades necesarias para una empresa tan árdua como esta. Se dieron á Acosta doscientos mosqueteros de á caballo, y despues de haberle dado Carbajal muchos consejos saludables, salió á su expedicion.

Mas presto olvidó los encargos del veterano y caminó con tal lentitud por aquellas ásperas sendas, que aunque la distancia no pasaba de nueve leguas, se encontró á su llegada con que el puente estaba ya concluido, y el número de los enemigos que le habían pasado era tan grande que no tenia fuerzas bastantes para acometerlos. Pensó Acosta en tenderles una emboscada en la noche; pero un desertor reveló su intento y no tuvo mas recurso que retirarse hasta ponerse en lugar seguro para pedir desde allí nuevos refuerzos al Cuzco. Enviaronle inmediatamente trescientos hombres; pero cuando llegaron el

á vista desta capellan, que ansi llamaba á al presidente." Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS.

<sup>17</sup> Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 31.

enemigo tenia ya todas sus fuerzas en la eminencia. Tan preciosa oportunidad se habia perdido sin remedio, y el desconsolado caballero se volvió á toda prisa al Cuzco á referir á su comandante el mal resultado de su expedicion.<sup>18</sup>

Ya no restaba otra cosa sino escoger el punto en que Gonzalo Pizarro habia de presentar batalla al enemigo. Resolvió abandonar desde luego la ciudad y esperar á sus contrarios en el vecino valle de Xaquixaguana. Distaba unas cinco leguas, y el lector recordará que este fué el sitio en que Francisco Pizarro, cuando entró por primera vez en el Cuzco, hizo quemar al general peruano Challeuchima. Rodeaba el valle la elevada muralla de los Andes, y era en su mayor parte verde y frondoso, con muchas vistas pintorescas. Por su clima templado gustaban de pasar el verano en él los Indios nobles;

<sup>18</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 88.—Zarate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 5.—Carta de Valdivia, MS.

La carta de Valdivia al emperador, fecha en la Concepcion, fué escrita unos dos años despues de estos sucesos. Trata principalmente de sus conquistas en Chile, y la campaña que hizo con Gasca cuando estuvo en el Perú, solo es como un brillante episodio. La copia que poseo de esta carta, cuyo original se guarda en los archivos de Simancas, tiene

unas setenta paginas en folio. Pertenece á esa clase de documentos históricos compuesta de las relaciones y cartas de los gobernadores de las colonias, que por la abundancia de pormenores y lo bien informado de las personas que las escribian, son de suma importancia. Las relaciones enviadas á la corte, en particular, pueden compararse con las famosas *Relazioni* que los embajadores venecianos enviaban á su república, y que por fortuna se están publicando ahora en Florencia al cuidado del erudito Alberi.

y en las faldas de los cerros se veian muchas de sus casas de campo. Un rio ó mas bien un arroyo no muy caudaloso, pasaba por un rincón del valle, y el terreno inmediato estaba tan húmedo y lodoso que parecia una ciénega.

Llegó allí el gefe rebelde despues de una pesada marcha por caminos no muy practicables para su tren de carros y artillería.

Sus fuerzas llegaban en todo á cosa de novecientos hombres, con unas seis piezas de artillería. Toda la tropa estaba en muy buen estado, y su disciplina era esceiente, porque la habia instruido el oficial mas riguroso en las cosas de la milicia que habia en todo el Perú. Pero la desgracia de Pizarro era que su ejército se componia, á lo menos en parte, de gente en cuya fidelidad no podia confiar del todo. Falta era esta que ni el valor ni la pericia del caudillo alcanzaban á remediar.

Entrado en el valle, la estremidad oriental de este hácia el Cuzco pareció á Pizarro el mejor sitio para su campamento. Le atravesaba el rio de que hablamos arriba, y colocó su ejército de tal modo, que al mismo tiempo que un extremo del campo se apoyaba en una trinchera natural formada por los barrancos de las montañas que allí se levantaban casi perpendicularmente, el otro quedaba protegido por el rio. Mientras que de este modo era casi imposible el atacarle por

los flancos, el acceso por el frente quedaba tan estrecho con estos obstáculos, que no hubiera sido fácil vencerle cargando mayor número de gente por este lado. Por la retaguardia le quedaba libre la comunicacion con el Cuzco, y expedito el camino para recibir socorros. Colocado en esta fuerte posición resolvió aguardar sin moverse la llegada del enemigo.<sup>19</sup>

El ejército real habia seguido subiendo con trabajo por las pendientes de las cordilleras, hasta que al fin del tercer dia el presidente tuvo el gusto de verse rodeado de toda su tropa con su artilleria y pertrechos militares. Despues de haber dado algun descanso á la gente continuó su marcha, y todos avanzaban con entera confianza de dar pronto término á su contienda con el *tirano*, cuyo nombre daban á Pizarro.

Caminaban poco á poco como habia sucedido antes, porque el camino era igualmente penoso. Sin embargo, el presidente no tardó mucho en saber que su contrario habia asentado su campo en el vecino valle de Xaquixaguana. Poco despues se presentaron en el ejército dos frailes enviados por Gonzalo con el objeto ostensible de pedir á Gasea que les mostrase los poderes que traia; pero como su conducta diese margen á sos-

<sup>19</sup> Carta de Valdivia, MS.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 33, 34.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Go-

mara, Hist. de las Indias, cap. 185.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 88.

pechar que eran espías, el presidente hizo prender á los santos varones y no les permitió volver á Pizarro. Con un enviado suyo que despachó al capitan rebelde le renovó las promesas de perdon que ya antes le habia hecho, como consintiese en deponer las armas y rendirse. Semejante acto de generosidad cuando las cosas habian llegado á aquel punto haria mucho honor á Gasea, pues probablemente consideraba que ya tenia ganado el juego. Es lástima que esta anécdota no esté bien autenticada.<sup>20</sup>

Al cabo de un par de dias de marcha las avanzadas de los realistas se encontraron repentinamente con los puestos avanzados de los insurgentes, porque una espesa niebla les habia impedido verse hasta entonces, y se trabó una ligera escaramuza. Por fin en la mañana del ocho de Abril, llegado el ejército real á las cumbres de las elevadas sierras que siñen el ameno valle de Xaquixaguana, descubrió allá abajo en el lado opuesto las relucientes hileras del enemigo con sus banderas blancas, que parecian parvadas de pájaros silvestres anidados en las barrancas de los cerros. Y mas lejos aun se descubria una vistosa hueste de guerreros indios matizada de

<sup>20</sup> No menciona este hecho Perú, lib. 7, cap. 6; y para muchos lectores su testimonio afirma encontrar referido, con alguna variación de circunstancias, en Gonzalo de Ovando, (Hist. de las Indias, cap. 155,) y en Zárate, (Conq. del Perú, lib. 2, cap. 15.)

mil colores, porque los indigenas de esta parte del pais, sin conocer su verdadero interes, abrazaron con mucho celo la causa de Pizarro.

El ejército real avivó el paso al descender las rápidas pendientes de la sierra, y apesar del empuño de los oficiales marchaban con tan poco orden los soldados, cada uno por donde hallaba camino, que la medio desbaratada columna presentaba muchos lados flacos al enemigo, de manera que no se habria logrado la bajada sin grave pérdida á haber colocado Pizarro su artilleria en alguno de los puntos favorables que ofrecia el terreno. Pero este gefe lejos de querer impedir que el presidente se acercase, se mantuvo obstinadamente en la fuerte posicion que ocupaba, con entera confianza de que los enemigos no se detendrian en atacarla apesar de su fortaleza como lo habian hecho en Huarina.<sup>21</sup>

No dejó, sin embargo, de enviar una manga de arcabuceros para que se posesionase de una eminencia inmediata, desde donde el enemigo podria molestar mucho su campo si llegaba á apoderarse de ella; al mismo tiempo que dominaba

21 "Salí á Xaquixaguana con toda su gente y allí nos aguardó en un llano junto á un cerro alto por donde bajamos; y cierto nuestro Señor le cegó el entendimiento, porque si nos aguardaran al pie de la bajada hicieran mucho daño á nosotros. Retiréronse á un llano junto á una ciénega, creyendo que nuestro campo allí les acometiera y con la ventaja que nos tenian del puesto nos vencieran." Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Carta de Valdivia, MS.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

aun mas de cerca el terreno que pronto vendrian á ocupar los contrarios. Pero Hinojosa advirtió esta maniobra y la impidió enviando otro destacamento mas fuerte de arcabuceros reales, que rechazaron á los rebeldes, y despues de una ligera escaramuza se apoderaron de las alturas. El general Gasca se aprovechó de este buen lance para colocar una pequeña bateria en la eminencia, desde la cual, aunque la distancia era demasiado grande para poder causar mucho daño, arrojó algunas balas en el campo contrario. Una bala mató dos hombres, siendo uno de ellos page de Pizarro, y al mismo tiempo mató un caballo que tenia de la brida, por lo cual mandó el gefe que al punto se desarmasen las tiendas considerando que servian de blanco para la artilleria.<sup>22</sup>

Las fuerzas del presidente bajaron mientras al valle y así que llegaron al llano las formaron en linea sus oficiales. El terreno que ocupaba el ejército era algo mas bajo que el de los enemigos, y por lo mismo los tiros que éstos disparaban de cuando en cuando de sus baterias pasaban muy altos. Un desertor que era de los de

22 "Porque muchas pelotas grande alteracion en el campo, y dieron en medio de la gente, y abatieron todas lastiendas y tola una dellas mató junto á Gonzalo dos." Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 89.—Pizarro vn criado suyo que se estava armando, y mató otro Carta de Valdivia, MS.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

Centeno, vino entonces á avisar que Pizarro daba disposiciones para un ataque nocturno. El presidente mandó por lo mismo que toda la gente se pusiese en órden de batalla pronta á rechazar el ataque á cualquiera hora. Pero si el gefe insurgente tuvo tal intencion, no la llevó á efecto, y dicen que fué por desconfianza de la fidelidad de una parte de sus tropas, que temia se pasasen al enemigo á favor de la oscuridad. Si acaso esto es cierto debió conocer toda la importancia del consejo de Carbajal, cuando ya era tarde para aprovecharlo. El desgraciado gefe se veía en la situacion de un bravo y fogoso caballero que entra á la batalla en un mal rocín que tropieza á cada paso y amenaza dejar á su ginete en manos de sus enemigos.

Las tropas del presidente estuvieron sobre las armas la mayor parte de la noche, aunque el aire de las montañas era tan frio que apenas podian tener las lanzas en las manos.<sup>23</sup> Mas antes que el sol naciente iluminase los mas altos picos de la sierra, ambos campos estaban en movimiento y muy afanados en disponerse para el combate. El ejército real se dividió en dos batallones de infanteria, uno para atacar al enemigo por el frente y el otro para obrar si era posible contra

23 "I así estuvo el Campo to- gran frio que no podian tener las da la Noche en Arma, desarma- Lanzas en las manos." Zárate das las Tiendas, padesciendo mui Conq. del Perú, lib. 7. cap. 6.

su flanco. Escuadrones de caballería colocados en las alas y en la retaguardia protegian estos batallones, habiendo ademas reservas de caballos y arcabuceros para acudir á donde la ocasion lo pidiese. Estas disposiciones se tomaron con tal maestria que arancaron un sincero elogio al viejo Carbajal, quien exclamó: "Sin duda que Valdivia ó el diablo andan entre ellos:" cumplido lisonjero para aquel capitan, pues el que lo proferia ignoraba que se hallase en el campamento.<sup>24</sup>

Dejando Gasca la direccion de la batalla á sus oficiales, se retiró á retaguardia con su comitiva de clérigos y licenciados. Estos últimos no deseaban como su rebelde compañero Cepeda el ir á romper lanzas en el campo.

Gonzalo Pizarro formó su escuadron lo mismo que lo habia hecho en Huarina, salvo que como ahora tenia mas caballos pudo cubrir ambos flancos de infanteria. Pero su mayor confianza la ponía como siempre en sus armas de fuego. Formada la tropa recorrió las lines exortando á los suyos á cumplir con su deber como esfuerza-

24. "Y así quando vió Francisco de Carvajal el campo Real: pareciendole que los escuadrones venian bien ordenados dixo, Valdivia está en la tierra, y rige el campo, ó el diablo." Fernandez. 34.—Pedro Pizarro, Descub, y Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 89.—Relacion del Lic. Gasca, MS.—Carta de Valdivia, MS.—Gomara, Hist. de las Yndias, cap. 185.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 6. Garcilaso. Com. Real, Parte 2, lib. 5, cap. 34.—Pedro Pizarro, Descub, y Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 89.—Relacion del Lic. Gas-

dos caballeros y verdaderos soldados de la conquista. Pizarro iba lujosamente armado como de costumbre, y llevaba una armadura completa de las mas finas, embutida de oro lo mismo que el capacete.<sup>25</sup> Montaba un caballo castaño de grande fuerza y brio y cuando galopeaba delante de las líneas blandiendo su lanza y luciendo su destreza en la equitación, pudiera considerarse como una personificación no mala del Genio de la Caballería. Para completar sus disposiciones ordenó á Cepeda que mandase la infantería, pues parece que el licenciado tuvo al último mas parte que Carbajal, fuese que le disgustara la conducta de su gefe, ó que desconfiara, como dicen que lo manifestaba públicamente del buen resultado de aquellas operaciones, no quiso cargar con responsabilidad de ellas, y prefirió servir como soldado mas bien que como gefe.<sup>26</sup> Pero Cepeda, segun se vió despues, no fné menos perspicaz en descubrir la próxima ruina.

25. "Iba mui galán, i gentil hombre sobre un poderoso caballo castaño, armado de Cota i coracinas ricas, con una sobre ropa de Raso bien golpeada, i vn capacete de Oro en la cabeça, con su barbote de lo mismo." Gomara, Hist. de las Yndias, cap. 157.

26. "Porque el Maçese de campo Francisco de Carvajal,

como hombre desdeñado de que Gonçalo Pizarro no huviese querido seguir su parecer y consejo (dándose ya por convencido), no quiso hacer oficio de Maçese de campo, como solia, y assi fue a ponerse en el esquadron con su compañía, como uno de los capitanes de ynfantería." Garcilaso, Com. Real, Parte 2. lib. 5 cap. 37.

Cuando hubo recibido las órdenes de Pizarro se adelantó como para escoger el terreno que debian ir á ocupar sus tropas, y en esto se ocultó por un momento tras de unas peñas. A poco volvió á aparecer y le vieron ir por el llano á todo galope. Los suyos le miraban con asombro pero sin sospechar todavia de él, hasta que advirtieron que se encaminaba en derechura á las líneas enemigas: y entonces no les quedó duda de su trucción. Al punto salieron varios á alcanzarle, y entre ellos un caballero mejor montado que Cepeda. El caballo que este llevaba no era fuerte ni ligero. nada apropósito en suma para esta peligrosa maniobra de su amo. El animal iba ademas estorbado con el peso de los aderezos que su presumido ginete le habia echado encima, de manera que cuando llegó á una ciénega que habia entre los dos ejércitos, aflojó mucho el paso.<sup>27</sup> Los perseguidores de Cepeda le iban alcanzando á toda prisa, y el caballero de que hablamos arriba llegó tan cerca de él que le dirigió un bote con la lanza la cual despues de herir al ginete en el muslo entró en el costado del caballo, y ambos cayeron de cabeza. Mal le habria ido al licenciado en tal aprieto, si por fortuna suya un grupo de ginetes del otro bando que habia visto el alcance, no hubiese venido corriendo á socorrerle. Estos rechazaron

<sup>27</sup> Ibid. Ubi supra

á los perseguidores, y sacando á Cepeda del todo lo llevaron á la presencia de Gasca.

Recibióle este con el mayor contento, y tanto, que segun dice un cronista no se desdenó de manifestarlo besando al licenciado en el carrillo.<sup>28</sup> La anécdota difícilmente puede conciliarse con el carácter y relaciones de ambos individuos, ni con la conducta posterior del presidente Gasca, sin embargo, conocia todo el valor de su presa y el efecto que tal desercion en aquella hora debia producir en el ánimo de los rebeldes. El paso de Cepeda, tan imprevisto para los de su partido, era el resultado de una revolucion anticipada, pues dicen que al prior de los dominicos de Arequipa que andaba en el campo real, le habia prometido reservadamente que si no podia conseguir de Pizarro que aceptase el perdon ofrecido, el abandonaria su causa.<sup>29</sup> El momento que el falaz consejero escogió para hacerlo fué el mas fatal para su comandante.

El ejemplo de Cepeda fué seguido inmediatamente por otros. Garcilaso de la Vega, padre del historiador, caballero de antigua familia y acaso el de mas representacion de cuantos seguian las

28. Gasca abrazó i besó en el carrillo á Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido á Pizarro con su falta." Gomara, Hist. de las Indias, cap. 185.

29. "Ca, segun pareció, Ce-

peda le huvó avisado con Fr. Antonio de Castro, prior de Santo Domingo en Arequipa, que si Pizarro no quisiese concierto ninguno, él se pasaria al servicio del Emperador á tiempo que le deshiciese." Ibid. ubi supra.

banderas de Pizarro, puso espuelas á su caballo al mismo tiempo que el licenciado, y se pasó al enemigo. Diez ó doce arcabuceros le siguieron con el mismo fin y lograron guarecerse en las avanzadas de los realistas.

Pizarro quedó estupefacto al ver como le abandonaban en tan crítico momento los que mas fieles habia creído. Por un rato estuvo como trastornado, y aun el mismo terreno que pisaba parecia hundirse bajo de sus pies. Conoció que un instante perdido podria serle fatal hallándose sus soldados en semejante disposicion. No se atrevió, pues, á aguardar el ataque en su fuerte posicion, como habia pensado, sino que al punto dió la órden de avanzar. Hinojosa, el general de Gasca, viendo que el enemigo se movia dió igual orden á su tropa. Al punto comenzaron á marchar las avanzadas y los arcabuceros de los flancos, la artillería se preparó á romper el fuego, "y todo el campo," dice el presidente en su relacion de esta batalla, "con paso bien concertado y entera determinacion se llegó á ellos."<sup>30</sup>

Pero antes de que se disparase el primer tiro,

30. "Visto por Gonzalo Pizarro i Caruajal su Maestre de campo que se les iba la gente, procuraron de caminar en su orden hácia el campo de S. M. i que viendo esto los lados y sobre salientes del exercito real, se em-

pezaron á llegar á ellos i á disparar en ellos i que lo mesmo hizo la artilleria i todo el campo con paso bien concertado i entera determinacion se llegó á ellos."—Relacion del Lic. Gasca, MS. 7.

una columna de arcabuceros compuesta principalmente de los soldados de Centeno abandonó su puesto y se pasó al enemigo. Un escuadron de caballos que enviaron á detenerlos imitó su ejemplo. El presidente mandó al punto á los snyos que se detuviesen, no queriendo derramar sangre inútilmente pues la hueste rebelde parecía proxima á deshacerse por sí sola.

Los compañeros fieles de Pizarro se llenaron de terror cuando se vieron entregados de ese modo con su gefe en manos de los enemigos. Ya no habia que pensar en oponer resistencia, y así unos arrojando sus armas huyeron hácia el Cuzco; otros trataron de refugiarse en las montañas, y algunos pasaron al otro campo y se rindieron, esperando que aun no seria demasiado tarde para obtener el perdon. Los Indios aliados al ver que los Españoles titubeaban fueron los primeros que abandonaron el campo. <sup>31</sup>

En medio del naufragio general se encontró Pizarro solo con unos cuantos caballeros que tuvieron á mengua huir: Aturdido con tan inesperado reves de la fortuna, el desdichado gefe ape-

31 "Los Indios que teñan los enemigos que diz que era mucha cantidad huyeron muy á furia." (Relacion del Lic. Gasca M. S.) Los pormenores de la batalla se encuentran, con mas ó menos extension, en los autores siguientes: Carta de Valdivia M. S.—Garcilaso, Com. Real., lib. 2 Cap. 35—Pedro Pizarro Desbab. y Conq. M. S.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 185.—Fernandez, Hist. del Perú, parte 1 lib. 2, cap. 90—Zárate Conq. del Perú, lib. 7, cap. 7.—Herrera Hist. General, dec. lib. 4 cap. 16.

32 "Gonçalo Picarro boluiendo el rostro, á Juan de Acosta, que estava cerca del, le dixo, que haremos hermano Juan? Acosta presumiendo mas de valiente que de discreto respondió, señor Picarro dixo mejor es morir como Cristianos." Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 36.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 7.

nas podia comprender su situacion. "¿Qué haremos?" dijo á Acosta uno de los caballeros que aun permanecian á su lado. "Acometer al enemigo, pues no hay otro remedio, y morir como los antiguos Romanos," respondió el animoso caballero. "Mejor es morir como cristiano," replicó su comandante; y volviendo las riendas á su caballo se fué á paso hacia el ejército del rey <sup>32</sup>

No habia andado mucho cuando tropezó con un oficial á quien Pizarro entregó su espada y se rindió prisionero, despues de preguntarle su nombre y su clase. Lleno de gozo el oficial con tan buena presa le llevó inmediatamente á presencia de Gasca. Se hallaba este á caballo rodeado de sus oficiales. Cuando algunos de estos conocieron quien era el preso, tuvieron la delicadeza de retirarse para no presenciar su humillacion. <sup>33</sup> Aun el mas honrado de ellos por persuadido que estuviere de ser justa la causa que defendia, sintió acaso cierta pesadumbre al ver que por su desercion se veia reducido su bienhechor á tan triste estado.

33 "Gonçalo Picarro boluiendo el rostro, á Juan de Acosta, que estava cerca del, le dixo, que haremos hermano Juan? Acosta presumiendo mas de valiente que de discreto respondió, señor Picarro dixo mejor es morir como Cristianos." Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 36.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 7.

33 Garcilaso, Com. Real., ubi supra.

Pizarro no se apeó, sino que al acercarse hizo una respetuosa cortesía al presidente, que este correspondió con un frio saludo. En seguida dirigiéndose Gasca á su prisionero le preguntó sin mas preámbulo y con tono severo, "¿Por qué habia alborotado de esa manera todo el pais, alzando el estandarte de la rebelion, dando muerte al virey, usurpando el gobierno y rechazando obstinadamente las ofertas de perdon que se lo habian hecho tantas veces?"

Gonzalo trató de justificarse atribuyendo la muerte del virey á su imprudente conducta, y la que llamaban usurpacion suya á la libre eleccion del pueblo y de la Real Audiencia. "Mi familia," dijo, "conquistó este pais, y yo como su representante en él me creo con derecho á gobernarlo." A esto replicó Gasca con tono aun mas severo: "Es verdad que nuestro hermano conquistó la tierra, y por eso el emperador se dignó levantarle á él y á vosotros del polvo. El fué siempre en vida y en muerte leal vasallo; y esto solo sirve para que aparezca mas negra vuestra ingratitud al soberano." Viendo entonces que el preso iba á replicar cortó la conferencia mandando que se le guardase en un estrecho encierro. Encargaron de su custodia á Centeno, quien solicitó esta comision, no por un vil deseo de satisfacer su venganza, pues era de indole generosa segun parece, sino con el lauda-

ble fin de cuidar y consolar al cautivo. Aunque este oficial le guardaba con la mayor vigilancia, Pizarro era tratado con la consideracion debida á su clase, y su carcelero le concedia cuanto deseaba escepto su libertad,<sup>34</sup>

En esta ruina general de los rebeldes Francisco de Carbajal no escapó mejor que su gefe. Cuando vió que los soldados iban abandonando sus puestos uno tras otro pasándose al enemigo, se puso á cantar entre dientes con la mayor sangre fria los versos de su romance favorito:

"Estos mis cabellitos, madre,

Dos á dos me ios lleva el aire!

Pero cuando vió el campo casi desierto y que su bravo ejército se habia deshecho como el humo, conoció que era tiempo de pensar en su salvacion. Bien persuadido estaba de que no habria misericordia para él, y poniendo espuelas á su caballo, emprendió la fuga con la mayor ligereza posible. Pasó el rio que atravesaba el campo segun antes dijimos; pero al trepar por la orilla opuesta que era áspera y empinada, resbaló su caballo porque era algo viejo y no podia cargar con un ginete tan corpulento, de manera que ambos cayeron en el agua. Antes que Car-

<sup>34</sup> Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 90. y su prisionero: V. Gomara, Hist. de las Indias, cap. 185.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 5.

Los historiadores, segun costumbre cuentan con alguna discrepancia el dialogo entre Gasca y su prisionero: V. Gomara, Hist. de las Indias, cap. 185.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 36.—Relacion del Lic. Gasca. MS.

bajal pudiera desembarazarse le prendieron algunos de sus propios compañeros, que con presentar al vencedor tan buena presa esperaban lograr su favor, y fue llevado atropelladamente hacia el alojamiento de Gasca. Por el camino fué aumentándose la comitiva con una porcion de soldados del ejército real entre los que habia algunos que tenian graves motivos de queja contra el prisionero, y no contento con cargarle de injurias y maldiciones se mostraban inclinados á usar de las vias de hecho contra su persona. Carbajal lejos de querer impedirlo parecia desearlo, considerando que así se veria mas pronto libre de la vida.<sup>35</sup> Cuando se acercaban á la tienda del presidente, Centeno que estaba allí cerca reprendia severamente á la desordenada turba y la obligó á dispersarse. Viendo esto Carbajal preguntó con mucho respeto, á quien debia tanto favor. A esto respondió su antiguo camarada, "¿Acaso no me conocéis? soy Diego Centeno." "Perdóname," dijo el veterano aladiendo mordazmente á su larga faga en los charcas y á su reciente derrota en Huarina, "hace tanto tiempo que solo os veo las espaldas, que ya habia olvidado vuestras facciones."<sup>36</sup>

<sup>35</sup> "Luego llevaron ante el dicho Licenciado Caravajal Maestre de campo del dicho Pizarro i

traba que olgara que le matáran allí." Relacion del Lic. Gasca, MS.

<sup>36</sup> "Diego Centeno reprehendia mucho á los que le ofendian. Por lo qual Carvajal le

Entre los que acompañaban al presidente estaba el mariscal obispo del Cuzco, quien cargó con parte de la afrenta de Benteno en la derrota de Huarina, segun ya vimos. Carbajal prendió á un hermano suyo cuando salia huyendo del campo, y al punto le mandó ahorcar, porque como ya lo hemos visto mas de una vez, aquel feroz soldado no era aceptador de personas. El obispo le echó ahora en cara el asesinato de su hermano, y encolerizado con sus burlescas respuestas cometió la bajeza de dar una bofetada al prisionero. Carbajal no opuso resistencia, ni quiso tampoco responder á las preguntas que le hizo Gasca, sino que mirando con altivez en derredor suyo mantuvo un desdeñoso silencio. Desengañado el presidente de que nada podria sacar de su prisionero, mandó que se le tuviese muy bien guardado en union de Acosta y los otros caballeros que se habian rendido, hasta tanto bue se decidiera de su suerte.<sup>37</sup>

Cuidó Gasca en seguida de enviar un oficial

miró, y le dixo, Señor quien es vuestra merced que tanta merced me hucis? á lo qual Centeno respondió, Que no conoce vuestra merced á Diego Centeno? Dixo entonces Carvajal, Por Dios señor que como siempre vi á vuestra merced de espaldas, que agora teniendole de cerca, no le conocia." Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, caps. 90.

<sup>37</sup> Ibid., ubi supra.

Es de justicia advertir que Garcilaso, quien conocia personalmente al obispo del Cuzco, duda de la conducta indecorosa que le atribuye Hernandez, calificándola de agena del carácter del prelado. Com. Real., Parte 2, lib. 5. cap. 39.

al Cuzco para evitar que sus partidarios cometiesen algunos excesos á consecuencia de la última victoria, si victoria podia haberse alcanzado donde no se habia hecho uso de las armas. Todas las cosas pertenecientes á los vencidos, sus tiendas, armas, municiones y pertrechos, las aplicaron á sí los vencedores. Su campo estaba bien ahastecido, y los realistas encontraron en él un socorro muy oportuno, pues ya casi habian consumido sus provisiones. Hallaron además un copioso botin en dinero y vajilla, porque los Pizarristas como era costumbre en aquellos siglos turbulentos, solian andar en campaña con todas sus riquezas, no hallando un lugar seguro en que depositarlas. Se cuenta una anécdota de uno de los soldados de Gasca, el cual viendo correr una mula por aquellos campos, la agarró, y se montó en ella, habiendo tirado primero la carga por creer que serian armas ú otra cosa de poco valor. Otro soldado mas vivo echó mano del fardo aplicándose por su parte del botin, y halló que encerraba muchos miles de ducados de oro. Esta es la fortuna de la guerra.<sup>38</sup>

Así acabó la batalla ó mas bien derrota de Xaquixaguana. El número de muertos y heridos, pues algunos perecieron en el alcance, no fué muy grande, porque segun la mayor parte de los

<sup>38</sup> Zárate, *Conq. del Perú* lib. 7, cap. 8.

autores solo hubo quince muertos en el ejército rebelde, y uno solo en el ejército real; y este por un descuido de sus compañeros.<sup>39</sup> Jamas hubo victoria menos costosa, ni fin menos sangriento de una larga y desastrosa rebelion. Logróse no tanto por la fuerza de los vencedores cuanto por la debilidad de los vencidos. Estos se deshicieron por sí mismos, porque no tenían terreno firme en que apoyarse. Cuando el convencimiento de la justicia no fortalece el brazo. El guerrero, no podrá descargar un solo golpe el día de la batalla. Mejor fué que venciése la fuerza moral, sin que hubiese sido preciso acudir á la fuerza brutal de las armas. Una victoria de esta especie era mas conforme al carácter benéfico del vencedor y de su causa. Fué el triunfo del orden y el mas bello homenaje á la justicia y las leyes.

<sup>39</sup> "Terminóse que en esta batalla moriria mucha gente de ambas partes por haber en ella mill e quatrocientos arcabuceros i seiscientos de á caballo i mucho número de piqueros i dieziocho piezas de artillería, pero plugo á Dios que solo murió un hombre del campo de S.M. i quince de los contrarios como está dicho." en Simancas, sin fecha y en letra del siglo diez y seis. Trata principalmente de la batalla y de los sucesos que tienen mas inmediata relacion con ella, y aunque es muy breve, cada palabra es de sumo valor por venir de un origen tan alto. Alcedo, en su *Biblioteca Americana* M. S., apunta el título de una obra de Gasca que segun parece debe ser una relacion de su gobierno. "Historia del Perú, y de su Pacificacion 1576, fol." —Nunca he visto esta

Relacion del Lic. Gasca, M. S. Muñoz supone que el M. S. citado arriba fué escrito por Gasca ó mas bien dictado por él á su secretario. El original se guarda

obra, ni he hallado ninguna otra noticia de ella. (\*)

(\*) Alcedo tomara tal vez esta noticia de Leon Pinelo quien menciona tambien esta obra de Gasca en su Epitome de la Biblioteca Oriental, Occidental, Nautica y Geografica, (Madrid, 1829,) pag. 12; pero no por haberla visto, sino refiriéndose a la biblioteca del Doctor Gabriel de Sora. Barcia, editor y anotorador de la biblioteca de Pinelo (2.ª ed. Madrid, 1797-8, pag. 648,) repite el mismo articulo sin adición alguna. Ambas adiciones ponen a la obra de Gasca la fecha de 1567.—El doctor Gabriel de Sora era,

segun N. Antonio, (Bibl. Hisp. Nova. t. I, p. 59,) un docto jurisconsulto oragonés que poseia una gran biblioteca cuyo catalogo se habia impreso. En el hallaria tal vez Pinelo esta noticia de la obra de Gasca; pero es muy extraño que siendo Pinelo natural del Perú, y muy intruido en las cosas de America no hubiese visto esta obra estando tan reciente su impresion en la fecha en que él escribia, todo lo cual induce a creer que tal obra de Gasca no existe, por lo menos impresa, y que el error del catalogo de Sora produjo el de Pinelo, de quien a su vez vino Alcedo a copiarlo.—N. del T.

#### CAPITULO IV.

SUPPLICIO DE CARBAJAL.—GONZALO PIZARRO ES DE-CAPITADO.—DESPOJOS DE LA VICTORIA.—SABIAS REFORMAS DE GASCA.—VUELVE A ESPAÑA.—SU MUERTE Y SU CARACTER.

1548—1550.

Lograda la victoria era preciso disponer de los prisioneros, y Alonso de Alvarado recibió el encargo de formarles proceso en union del licenciado Cianca, oidor de la nueva Audiencia Real. No se necesitaba para ello mucho tiempo, porque el delito de los presos estaba damasiado claro, habiendoles cogido con las armas en la mano.® Todos fueron sentenciados á muerte, y á confiscacion de bienes en favor de la corona. Mandaron que á Gonzalo Pizarro se le cortase la cabeza, y que Carbajal fuese arrastrado y hecho cuartos. No hubo misericordia para el que no la

obra, ni he hallado ninguna otra noticia de ella. (\*)

(\*) Alcedo tomara tal vez esta noticia de Leon Pinelo quien menciona tambien esta obra de Gasca en su Epitome de la Biblioteca Oriental, Occidental, Nautica y Geografica, (Madrid, 1829,) pag. 12; pero no por haberla visto, sino refiriéndose a la biblioteca del Doctor Gabriel de Sora. Barcia, editor y anotador de la biblioteca de Pinelo (2.ª ed. Madrid, 1797-8, pag. 648,) repite el mismo articulo sin adición alguna. Ambas adiciones ponen a la obra de Gasca la fecha de 1567.—El doctor Gabriel de Sora era,

segun N. Antonio, (Bibl. Hisp. Nova. t. I, p. 59,) un docto jurisconsulto oragonés que poseia una gran biblioteca cuyo catalogo se habia impreso. En el hallaria tal vez Pinelo esta noticia de la obra de Gasca; pero es muy extraño que siendo Pinelo natural del Perú, y muy intruido en las cosas de America no hubiese visto esta obra estando tan reciente su impresion en la fecha en que él escribia, todo lo cual induce a creer que tal obra de Gasca no existe, por lo menos impresa, y que el error del catalogo de Sora produjo el de Pinelo, de quien a su vez vino Alcedo a copiarlo.—N. del T.

#### CAPITULO IV.

SUPLICIO DE CARBAJAL.—GONZALO PIZARRO ES DE-CAPITADO.—DESPOJOS DE LA VICTORIA.—SABIAS REFORMAS DE GASCA.—VUELVE A ESPAÑA.—SU MUERTE Y SU CARACTER.

1548—1550.

Lograda la victoria era preciso disponer de los prisioneros, y Alonso de Alvarado recibió el encargo de formarles proceso en union del licenciado Cianca, oidor de la nueva Audiencia Real. No se necesitaba para ello mucho tiempo, porque el delito de los presos estaba demasiado claro, habiendoles cogido con las armas en la mano.® Todos fueron sentenciados á muerte, y á confiscacion de bienes en favor de la corona. Mandaron que á Gonzalo Pizarro se le cortase la cabeza, y que Carbajal fuese arrastrado y hecho cuartos. No hubo misericordia para el que no la

tuvo nunca de los demas. Hablóse algo de suspender la ejecucion hasta que entrasen las tropas en el Cuzco; pero el temor de que los amigos de Pizarro causasen algun alboroto hizo que el presidente mandara ejecutar la sentencia al dia siguiente en el mismo campo de batalla.<sup>1</sup>

Cuando notificaron la sentencia á Carbajal la oyó con su acostumbrada indiferencia. "Lo mas que pueden hacer es matarme," dijo, como si ya de antemano se hubiese conformado con su suerte.<sup>2</sup> En aquel dia vinieron muchos á visitarle en su encierro; unos por echarle en cara sus crueldades, pero los mas por la curiosidad de ver al fiero soldado que habia hecho tan temible su nombre en toda la tierra. El se mostró dispuesto á hablar con todos, aunque casi no hizo otra cosa que soltar dichos mordaces, como acostumbraba hacerlo á costa de sus oyentes. Entre los que fueron á visitarle hubo un caballero de poca nota, á quien parece que en otra ocasion perdonó Carbajal la vida cuando le tuvo en su poder. Este sujeto manifestó al preso que deseaba mucho servirle, y como repitiese sus protestas, Carbajal le atajó diciendo: "¿Y en qué podeis servirme? ¿podeis ponerme en libertad? Si no

1. La sentencia dada contra Gonzalo Pizarro se halla por entero en la historia *manuscrita* de Zúrate, á la que ya otras veces me he referido. El historiador omitió en su obra impresa; pe-

ro el lector curioso puede verla en el *Apéndice*, núm. 14.

2. "Basta matar." Fernandez, *Hist. del Perú*, Parte 1.<sup>a</sup>, lib. 2, cap. 91.

alcanza é esto vuestro poder, no me sirve de nada. Si en otra ocasion os perdoné la vida, como decís, seria tal vez porque no me pareció que merecia la pena el quitársela."

Algunas personas piadosas le rogaban que llamase un confesor, aunque no fuese mas que para aliviar su conciencia antes de salir del mundo. "¿De qué me serviría?" preguntó Carbajal. "No tengo nada de que me recuerde la conciencia, como no sea la deuda de medio real á un figonero de Sevilla, que olvidé pagar cuando salí de aquella tierra."<sup>3</sup>

Le llevaron al lugar del suplicio en un seron ó mas bien en una canasta tirada por dos mulas. Iba con las manos atadas y cuando le colocaban en este miserable carruage exclamó: "Niño en cuna y viejo en cuna."<sup>4</sup> Apesar de la repugnancia que habia manifestado á confesarse, le acompañaban varios eclesiásticos cuando iba para la horca, y uno de ellos le rogó muchas veces que diera señales de penitencia en aquella hora tan seria; aunque solo fuera rezando el *Pater Noster* y la *Ave María*. Carbajal para librarse de la importunidad del buen padre le dió gusto repitiendo, sin añadir mas, las palabras *Pater Noster*, *Ave María*, y luego gaurdó el mas obstinado

3. "En esso no tengo que confesar: porque juro á tal, que no tengo otro cargo, si no medio real que deue en Seuilla á vna bodegonera de la puerta del Arenal, del tiempo que passé a Indias." *Ibid.*, ubi supra.

4. *Ibid.*, loc. cit.

silencio. Murió como había vivido, con un chiste, ó mas bien un sarcasmo, en la boca.<sup>5</sup> Francisco de Carbajal era uno de los hombres mas extraordinarios de aquellos tiempos oscuros y turbulentos. Y lo hace aparecer mas extraordinario su avanzada edad, porque cuando murió tenía ochenta y cuatro años: edad en que el vigor del cuerpo ya desmaya y las pasiones suelen por fortuna irse apagando; y edad en que como dice con tanto ingenio un moralista frances, "se nos figura que dejamos nuestros vicios, mientras que ellos son los que nos dejan á nosotros."<sup>6</sup> Pero el fuego de la juventud ardía vivo é inextinguible en el pecho de Carbajal.

La fecha de su nacimiento nos hace retroceder hasta la mitad del siglo décimo quinto, antes de los tiempos de Fernando é Isabel. Era de familia oscura y nació, segun dicen, en Arévalo. Cuarenta años sirvió en las guerras de Italia á las órdenes de los mas ilustres capitanes del siglo, como Gonzalo de Córdova, Navarro y los Colonas. Era alferez en la batalla de Ravenna; presencié la prision de Francisco I en Pavia, y mili-

5 "Murió como Gentil, por que dicen que yo no le quise ver, que así le di la palabra de no verle; mas á la postrer vez que me hablo llevandole á matar le decia el sacerdote que con el iba. que se encomendase á Dios y dijese el Pater Noster, Ave María. y dicen que dijo Pater Noster y

Ave María, y que no dijo otra otra palabra. "Pedro Pizarro. Descub. y Conq. M. S."

6 Cito de memoria pero creo que esta reflexion se encuentra en los crácteres de la Bruyere; admirable recopilacion de la sabiduria taundava.

taba en las filas del malaventurado Borbon cuando el famoso saco de Roma. No le tocó en esta ocasion dinero alguno por su parte de botin, sino tan solo los papeles de un notario, que el astuto Carbajal creyó le producirian buen dinero. Y así sucedió, porque el pobre notario se vió precisado á rescatarlos á costa de una suma que bastó al aventurero para atravesar los mares y pasar á Méjico á probar fortuna en el Nuevo Mundo. Cuando ocurrió el levantamiento de los Peruanos fué enviado en auxilio de Pizarro, y este gefe le recompensó con un repartimiento en el Cuzco. Allí permaneció muchos años muy afanado en allegar riquezas, porque el amor de la ganancia era la pasion predominante en su pecho. A la llegada de Vaca de Castro le vemos prestar grandes servicios en el ejército real y cuando estalló la gran rebelion de Gonzalo Pizarro redujo á oro todos sus bienes, y trató de volverse á Castilla. Parece que tenia ciertos presentimientos de que sería su ruina el quedarse donde estaba. Pero aunque tomó el mayor empeño en salir del Perú, no pudo lograrlo, porque el virey había mandado detener todos los buques.<sup>7</sup> Quedóse, pues, en el pais, y como he-

7 Pedro Pizarro da testimo. estrecha amistad con él. La guernio de los esfuerzos que hizo ra civil separó á estos dos anti Carbajal para salir del pais, en lo guos camaradas; pero Carbaja cual aunque sin efecto, le ayudó no olvidó los favores que debia el cronista, que entonces tenia á Pizarro, los que le pagó des-

mos visto tomó partido con Pizarro aunque de mala gana, Aquel era su destino.

La vida agitada que comenzó á llevar desde entonces despertó todas las pasiones dormidas de su alma, que moraban en ella acaso sin que él lo conociese: la crueldad, la codicia y la venganza. Halló amplio campo para satisfacerlas en la guerra contra sus propios paisanos; porque todo el mundo sabe que las guerras civiles son las más sangrientas, y feroces de todas. Las atrocidades que cuentan de Carbajal en su nueva carrera, y el número de víctimas, son apenas creíbles. Podremos creer para honor de la humanidad que hay grande exageracion en estos relatos; pero basta el que diese margen á ellos para condenar su nombre á perpetua infamia.<sup>8</sup>

Dicen además que sentia un diabólico placer en divertirse con los padecimientos de sus víctimas, y que en el momento del suplicio soltaba horribles chistes para que sintiesen mejor las amarguras de la muerte. Tenia un humor festivo, si así puede llamarse, á que daba rienda suelta en toda ocasion. La soldadesca conser-

vó muchos de sus dichos; pero la mayor parte pierdesceptuándole por dos veces de la ley general que aplicaba á cuantos prisioneros caian en sus manos.

<sup>8</sup> Según Fernandez, de trescientos cincuenta ajusticiados, trescientos le fueron por Carba-

jal. (Hist. del Peru, Parte I, lib. 2, cap. 91.) Zárate hace subir el número á quinientos. (Conq. del Perú, lib. 7, cap. 1.) Su misma discrepancia da á entender la poca confianza que merecen estos cálculos.

son groseros y repugnantes, como hijos de un entendimiento familiarizado con el lado flaco y perverso de la humanidad, y que no se fia de ella cuando se presenta bajo otro aspecto. De todo se burlaba: de las desgracias ajenas lo mismo que de las suyas. Consideraba la vida humana como una farsa, aunque muchas veces la convirtió en tragedia.

Una prenda no puede negarse á Carbajal; la fidelidad á su partido. Esto hacia que no tolerase la perfidia en otros, y nunca se vió que tuviese misericordia de un desertor. Esta constante fidelidad, aunque fuese á una causa injusta, merece cierto respeto, donde la fidelidad era tan rara.<sup>9</sup>

Considerado como militar, Carbajal ocupa un lugar muy distinguido entre los soldados del Nuevo Mundo. Era cuidadoso, y aun severo en conservar la disciplina, de manera que sus soldados no le querian mucho. No puede afirmarse

<sup>9</sup> La fidelidad es tan solo una virtud, debido sin duda á la posición de su padre, lo pagó muy bien pintando sus retratos con los colores favorables con que se presentaban entonces á su imaginacion juvenil. Pero el viejo hablador ha referido varios ejemplos aislados de atrocidad en la carrera de Carbajal, que no son muy propios para probar la exactitud de lo que dice en general sobre su carácter.

que tuviera la capacidad necesaria para discurrir las combinaciones militares de una guerra en grande; pero en las sorpresas y estratagemas de las guerrillas, no tenia rival. Pronto, activo y perseverante despreciaba el riesgo y la fatiga, y despues de pasar dias enteros á caballo parecia apreciar muy poco la comodidad de un lecho.<sup>10</sup>

Conocia perfectamente todos los pasos de las montañas, y tal fué la sagacidad que mostró en sus correrias discurriendo arbitrios para todo, que llegó á generalizarse la creencia de que tenia familiar.<sup>11</sup> Dotado de un carácter tan extraordinario, con sus facultades espeditas despues de pasado con mucho el término señalado ordinariamente á las del hombre, y con pasiones tan vivas al borde de la tumba, no es extraño que se contasen de él mil anécdotas fabulosas, y que Carbajal inspirase cierto terror misterioso, como si fuese un ser sobrenatural; el demonio de los Andes.

Muy diferentes fueron las circunstancias de

10 "Fue maior sufridor de trabajos, que requeria su edad, porque á maravilla se quitaba las Armas de Dia, ni de Noche, i quando era necesario, tamboco se acostaba, ni dormia mas de cuando recostado en vna Silla, se le cansaba la Mano en que arriaba la Cabeça." Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 14.

11 Pedro Pizarro, que segun

parece no queria mal á Carbajal recopila de este modo su carácter en pocas palabras. "Era muy lenguaz: hablaba muy discrepamente y á gusto de los que le oian: era hombre sagaz, cruel, bien entendido en la guerra.... Este Carbajal era tan sabio que decian tenia familiar." Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.

la escena final de Gonzalo Pizarro. A peticion suya no se permitió que nadie entrase á verle en su encierro. Pasó la mayor parte del dia paseándose por su tienda, y cuando vino la noche se echó un rato á descansar despues de haber sabido, por haberlo preguntado á Centeno, que la sentencia no se ejecutaria hasta el dia siguiente. No durmió mucho tiempo, sin embargo, sino que á poco se levantó, y continuó paseándose en su aposento, como entregado á la meditacion, hasta que amaneció. Entonces pidió un confesor, y estuvo encerrado con él hasta despues del mediodia, tomando en el intermedio muy poco ó ningun alimento. Los jueces comenzaban á impacientarse; pero los soldados llevarou muy á mal y se opusieron á sus prisas, porque habia muchos entre ellos que por haber servido en otro tiempo á las órdenes de Pizarro se compadecian de sus infortunios,

Cuando Gonzalo marchó al suplicio mostró en su traje la misma aficion al lujo y á la magnificencia que en dias mas felices. Sobre la almilla llevaba una ropa muy rica de terciopelo amarillo, casi cubierta de bordados de oro, y en la cabeza un sombrero de lo mismo adornado con igual magnificencia.<sup>12</sup> Con este vistoso tra-

12 "Al tiempo que lo mataron, dió al Verdugo toda la Ropa de Chaperia de Oro, i vn Chapeo de la misma forma." Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 8 vna Ropa de Armas de Tercio-

ge montó en su mula, y anduvieron tan indulgentes en la ejecucion de la sentencia, que no le ataron las manos. Iba escoltado por un buen número de clérigos y frailes, que le presentaban un crucifijo, y en las manos llevaba él una pequeña imagen de la Virgen. Siempre fué Pizarro muy particular devoto de ella, y tanto que aquellos que mejor le conocian en la época de su prosperidad, cuando tenian que pedirle algo, cuidaban de poner por intercesora á la bienaventurada María.

Pizarro acercaba con frecuencia sus labios á la imagen, manteniendo clavados los ojos en el crucifijo con aparente devocion, sin atender á los objetos que le rodeaban. Llegado al cadalso lo subió con paso firme, y pidió permiso para hablar unas cuantas palabras á las tropas que estaban al pié. "Muchos de vosotros," dijo, "os habeis hecho ricos con las mercedes de mi hermano y las mías. Pero de todas mis riquezas solo me queda el vestido que traigo puesto, y aun este no es mio, sino del verdugo. No tengo, pues, con que mandar decir una misa por el descanso de mi alma, y os suplico que en agradecimiento á los beneficios pasados hagais sufragios por mí, que el Señor os lo pagará." Reinaba el mas profundo silencio en la multitud marcial, interrumpido tan solo por los suspiros y sollozos que se escucharon cuando Pizarro hizo su

peticion; y la obsequearon puntualmente, porque despues de su muerte se dijeron misas en muchas ciudades por el descanso del alma del difunto capitan.

Arrodillóse en seguida ante el crucifijo colocado sobre una mesa, y permaneció algunos minutos en oracion. Concluida esta se dirigió al soldado que hacia de verdugo y le dijo tranquilamente que hiciesen su oficio." "No quiso que le vendasen los ojos, y doblando el cuello lo entregó á la cuchilla del verdugo, quien le cortó la cabeza de un solo tajo tan faerte que el cuerpo permaneció por algunos momentos en la misma postura como si estaiese vivo.<sup>13</sup> La cabeza fué llevada á Lima, donde fué puesta en una jaula y colocada en la picota al lado de la de Carbajal. Sobre ella pusieron un cartel que decia. "Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro que se hizo justicia de él en el valle de Xaquixaguana, donde dió batalla campal contra el estandarte real queriendo defender su traicion y tiranía: ninguno sea osado de la quitar de aquí so pena de muerte natural."<sup>14</sup> Sus cuantiosos bienes, incluidas las ricas minas del Potosí, fueron confiscados: su casa de Lima fué arrasada hasta los ci-

<sup>13</sup> "De un reues le cortó la cabeza," dice Garcilaso con un símil mas propio que elegante, "con tanta facilidad, como si me-  
do con ella en la mano, y tardó el cuerpo algun espacio en caer en el suelo." Garcilaso, Com. Real. Perú 2. lib. 5, cap. 53.

mientos: el terreno fué sembrado de sal, y se colocó además en él un pilar de piedra con una inscripcion prohibiendo el edificar en aquel sitio que habia sido profanado con la morada de un traidor.

Los restos de Gonzalo no sufrieron las afrentas que los de Carbajal, cuyos cuartos fueron colgados con cadenas en los cuatro caminos reales que salian del Cuzco. Centeno, impidió que el cuerpo de Pizarro fuese despojado, pagando al verdugo su lujoso vestido, y con esta suntuosa mortaja fué enterrado en el Cuzco en la capilla del convento de Nuestra Señora de la Merced. En aquel mismo lugar yacian juntos los ensangrentados restos de los dos Almagros, padre é hijo, que perecieron tambien á manos del verdugo y fueron enterrados de limosna. Todos tres quedaron colocados en la misma sepultura, "como si en el Perú no hubiese tierra suficiente para enterrar á sus conquistadores," segun dice con cierta amargura el historiador.<sup>15</sup>

Gonzalo Pizarro solo tenia cuarenta y dos años cuando murió: vivió, pues, precisamente la

15. "Y las sepulturas vna sola auiendo de ser tres; que aun la tierra parece que les faltó para auerlos de cubrir." Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 2, cap. 43.

Para los trágicos pormenores referidos en las paginas precedentes, V. *Ibid.*, cap. 39-43-Resolucion del Lic. Gasca, MS.—Car-

ta de Valdivia, MS.—MS. de Caravantes.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 186—Fernandez Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 91.—Zárate; Conq. del Perú, lib. 6, cap. 8.—Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 4, cap. 16.

mitad que su teniente Carbajal. Era el mas jóven de la célebre familia á quien debió España a adquisicion del Perú. Pasó á aquel pais con su hermano Francisco, cuando este volvió de su viage á Castilla. Gonzalo se halló en todos los plances mas memorables de la conquista; presencié la prision de Atahualpa, contribuyó mucho á sofocar la insurreccion de los Incas, y ayudé principalmente á la conquista de Charcas. Mandó despues la desastrosa expedicion al rio de las Amazonas, y por último capitaneó la memorable rebelion que tuvo para él un desenlace tan fatal. Hay pocos hombres en cuyas vidas se encuentren tantas aventuras estrañas y romancescas, y en su mayor parte coronadas de un éxito feliz. El espacio que él ocupa en las paginas de la historia, es de todo punto desproporcionado á sus talentos. Puede atribuirse esto en parte á la fortuna; pero mas aún á esa s cualidades brillantes que sustituyen en cierta manera al talento, y que le dieron tanta popularidad entre el vulgo.

Era Pizarro de gentil talle y disposicion; sobresalía en todos los ejercicios marciales, era ágil, y muy diestro en el manejo de la espada y de la lanza. Con el arcabuz era un tirador de primera clase, y no alcanzaba menos destreza en el uso de la ballesta. Era caballero, y su osadía rayaba en temeridad; buscaba las aven-

turas y siempre se le veía arrojando el peligro. Era en suma un caballero andante, en el sentido mas exagerado de la palabra, y dice un contemporaneo suyo que cuando se veía montado en su corcel favorito, "no hacia mas caso de escuadrones de Indios que si fueran de moscas."<sup>16</sup>

Al paso que con sus brillantes hazañas y su magnificencia cautivaba así la imaginación de sus compatriotas, ganaba no menos sus corazones con su franqueza militar, con su confianza en la fidelidad de los suyos, de que á la verdad abusaron muchas veces, y con sus liberalidades; porque Pizarro aunque codiciaba los bienes ajenos era pródigo de los suyos, como el conspirador romano. Este retrato es el de dias mas felices cuando su corazón no se habia viciado aun con sus triunfos, pues no cabe duda que la prosperidad produjo en él algun cambio. Con su elevación se le trastornó la cabeza, y es una prueba de que su talento no igualaba á su fortuna, el ver que no supo aprovecharse de ella. Siguiendo las inspiraciones de su temerario juicio, cerró los oídos á los avisos de sus mas prudentes consejeros, y se entregó con ciega confianza á su destino. Garcilaso atribuye esto

16. "Quando Gonzalo Pizarro, que aya gloria, se veyá en su zaynillo, no hazia mas caso de escuadrones de Yndios, que si fueran de moscas." Garcilaso, Com. Real. Parte 2 lib. 5. cap. 43

á la maligna influencia de las estrellas.<sup>17</sup> Pero el supersticioso cronista pudiera haberlo explicado mejor ocurriendo á un principio general de la naturaleza humana; á la presunción que los triunfos fomentan; á la demencia, como la llama el proverbio romano, ó mas bien griego, con que los Dioses afligen á los hombres cuando quieren perderlos.

Toda la educación de Gonzalo se reducía á lo que habia podido aprender en la áspera escuela de la guerra. Ni aun siquiera alcanzó mucho de esa sabiduría que dan la perspicacia natural y el conocimiento de los hombres. En todo esto era muy inferior á sus hermanos mayores, aunque en ambición no cedía á ninguno de ellos. A haber tenido una pequeña parte de su sagacidad no habria persistido locamente en su rebelión despues de la llegada del presidente. Antes de este suceso representaba al pueblo, y todos caminaban con él aun mismo fin. Ayudábale todos porque peleaba para alcanzar el remedio de los agravios comunes. Cuando el gobierno los hubo remediado, ya no habia razon para pelear, y desde entonces quedó sosteniendo la lucha solo para su propio

17. "Dezian que no era falta de entendimiento, pues lo tenia bastante, sino que donia de ser sobra de influencia de signos y planetas, que le cegauan y forçan a que pudiesse la garganta a cuchillo." Garcilaso Com. Real. Parte 2 lib. 5. cap. 33.

provecho, sin que el pueblo tuviese parte ni interese en la contienda. ¿Es, pues, extraño que no habiendo ya un sentimiento comun que los mantuviese unidos todos se fuesen separando de él como las hojas secas de un árbol en el invierno, dejándole convertido en un tronco seco y descarnado espuesto á la furia del huracan?

Cepeda mas criminal que Pizarro pues tenia mejor educacion y mas talento, que solo empleó en estraviar á su comandante. no le sobrevivió mucho tiempo. Vino al pais con un empleo de alta categoria y responsabilidad. Su primer paso fué hacer traicion al virey en vez de cumplir con su obligacion de auxiliarle: en seguida hizo traicion á la Audiencia de que era individuo y con la cual debia obrar de acuerdo; y por último hizo traicion al caudillo á quien aparentaba servir con mas celo. Toda su carrera fué una serie de traiciones al gobierno. Su vida entera no fué mas que una continuada perfidia.

Despues que se rindió, varios caballeros, disgustados al ver su premeditada apostasia, pedian al presidente que lo enviase al patibulo junto con su comandante, pero Gasca no quiso ceder á sus instancias en consideracion al señalado servicio que habia hecho al rey con su desercion. Mantúvole preso, sin embargo, y le envió á Castilla. Allí le acusaron de crimen de lesa magestad; pero hizo una defensa muy

plausible y como tenia amigos en la corte, acaso habria sido absuelto á no haber muerto en la cárcel antes de terminarse el proceso. Fué una justicia retributiva que pocas veces se encuentra en los negocios de este mundo.<sup>18</sup>

Y á la verdad que varios de los que se dieron prisa en abandonar la causa de Pizarro, sobrevivieron poco tiempo á su comandante. En menos de un año murieron el valiente Centeno, y el licenciado Carbajal que le dejó cerca de Lima y llevó el estandarte real en la batalla de Xaquixaguana. A los dos años fué asesinado Hinojosa en la Plaza (\*); y su antiguo camarada Valdivia, despues de hacer en Chile infinitas hazañas, que dieron su mas glorioso asunto á la musa épica de Castilla, pereció á manos de los invencibles guerreros de Arauco. Los manes de Pizarro quedaron cumplidamente vengados.

Acosta y otros tres ó cuatro caballeros que se rindieron con Gonzalo fueron ajusticiados el mismo dia que su gefe. Gasca levantó su campo en la mañana que siguió á esta lastimosa tragedia y marchó con todo su ejército al Cuzco, donde el pueblo le recibió con el mismo entusiasmo

<sup>18</sup> El astuto abogado formó cargarle, y tenerle por leal ser una defensa tan plausible, que vedor de su Rey." V. el pasaje citado por Garcilaso, Com. de los Papas, dice que cualquiera que leyese con atencion el papel; "no podrá dexar de des-

ge citado por Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 10. \* Véase el Apéndice del Trazador, cap. 2.

con que acogió poco antes á su rival. Encontró allí muchos dispersos del ejército rebelde que se habian refugiado en la ciudad despues de su última derrota, donde fueron arrestados inmediatamente. Mandó Gasca que se les formase causa á todos; hasta diez ó doce de los principales caballeros fueron ajusticiados, y los demas desterrados ó enviados á galeras. Penas igualmente graves se impusieron á los huidos que aun no se habian hallado, y los bienes de todos fueron confiscados. Con los bienes de los rebeldes hubo para recompensar á los leales.<sup>19</sup> La justicia podrá ser acusada de severa; pero Gasca queria asentar bien la mano á los que tantas veces habian desechado sus ofertas de perdon. La lenidad era inútil con una soldadesca ignorante y licenciosa, que apenas reconocia la existencia de un gobierno como no sintiese su rigor.

Restaba ahora al presidente cumplir con otro deber: el de premiar á los soldados leales, tarea no menos difícil, segun despues se vió, que la de castigar á los rebeldes. Los pretendientes eran muchos, porque todo el que habia movido un dedo para ayudar al gobierno pedia su recompensa. Insistían en sus pretensiones con tanta importunidad y clamores, que aturdian al

<sup>19</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 91. —Carta de Valdivia, MS.—Zárate, Conq. del Peru, lib. 7, cap. 8.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

buen presidente y no le dejaban tiempo para nada.

Disgustado al ver las cosas en un estado de que no podia aguardarse ningun bien, resolvió Gasca librarse de una vez de aquella molestia retirándose al valle de Guaynarina, distante unas doce leguas de la ciudad, para discurrir allí con desahogo un plan de recompensas proporcionadas á los méritos de los individuos. Solo permitió que le acompañasen su secretario y el arzobispo de Lima Loaysa, hombre de juicio, y bien impuesto de los asuntos del pais. En este retiro se mantuvo el presidente tres meses, examinando cuidadosamente las peticiones inconciliables, y proporcionando las adjudicaciones á los servicios de los individuos. Es preciso advertir que los *repartimientos* solo eran por lo comun vitalicios, y á la muerte del poseedor volvian á la corona, para darlos de nuevo á otro ó mantenerlos en su poder, segun le pareciese.

Terminada esta penosa tarea, determinó Gasca retirarse á Lima dejando la lista del repartimiento al arzobispo, para que él la comunicase al ejército. Apesar de todo el esmero que habia puesto en hacer una distribucion equitativa, Gasca conocia que era imposible satisfacer las exigencias de una soldadesca envidiosa é irritable, propendiendo cada individuo á exagerar sus servicios y á rebajar al mismo tiempo los de sus

camaradas; y por lo mismo no le agradaba quedar espuesto á sus importunidades y quejas, que no podian producir otro resultado que ejercitar su paciencia.

Partido el presidente reunió el arzobispo las tropas en la catedral para notificarles el contenido de la cédula que le dejó aquel. Un fraile dominico prior de Arequipa, predicó primero un sermón y habló largamente el reverendo padre sobre la conveniencia de contentarse con lo propio; la obligacion de obedecer, y la locura y maldad de pensar en hacer resistencia á las autoridades constituidas; sobre asuntos, en suma, que le parecieron los mas propios para ganar á su auditorio é inclinarle á la conformidad.

En seguida se leyó en el púlpito una carta del presidente, dirigida á los oficiales y soldados del ejército. Su autor comenzaba por enumerar brevemente las dificultades que halló en el desempeño de su tarea, provenientes de la cortedad de las recompensas, así como del gran número y muchos servicios de los pretendientes. Decia haber examinado el asunto con el mayor detenimiento, tratando de señalar á cada uno su parte segun sus méritos sin prevencion ni parcialidad alguna. Creia que sin duda habria incurrido en algunos errores; pero confiaba en que sus soldados le perdonarian cuando reflexionasen que lo habia hecho todo lo mejor posible segun su li-

mitado entendimiento; y creia que todos le harian la justicia de reconocer que no habian influido en su ánimo ningunas consideraciones personales. El reconocia y elogiaba los grandes servicios que habian prestado á la justa causa, y concluia manifestándoles los mas vivos deseos por su futura dicha y prosperidad. La carta estaba fechada en Guaynarina á 17 de Agosto de 1548, y la firmaba simplemente “el licenciado Gasca.”<sup>20</sup>

El arzobispo leyó en seguida la lista del repartimiento hecho por el presidente. La renta de las tierras por distribuir ascendia á ciento treinta mil *pesos ensayados*<sup>21</sup> suma considerable teniendo en cuenta el valor de la moneda en aquel siglo;—en cualquier otro pais que no fuese el Perú, donde el dinero era una máula.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> MS. de Caravantes.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Zarate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 9.—Fernandez, H. st. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 92.

<sup>21</sup> El *peso ensayado* valia, segun Garcilaso, una quinta parte mas que el ducado castellano. Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 3.

<sup>22</sup> “Entre los cavalleros capitanes y soldados que le ayudaron en esta ocasion repartió el Presidente Pedro de la Gasca 135.000 pesos ensayados de renta que estaban vacos, y no un millon y tantos mil pesos, como dize Diego Fernandez, que es-

cribió en Palencia estas alteraciones y de quien lo tomó Antonio de Herrera: y porque esta ocasion fúe la segunda en que los beneméritos del Perú fundan con razon los servicios de sus pasados, porque mediante esta batalla aseguró la corona de Castilla las provincias mas ricas que tiene en América, pondré sus nombres para que se conserve con certeza su memoria como parece en el auto original que proveyó en el asiento de Guaynarina cerca de la ciudad del Cuzco en 17 de Agosto de 1548 que está en los archivos del gobierno.” MS. de Caravantes.

Los repartimientos distribuidos producian anualmente desde ciento hasta tres mil quinientos pesos; proporcionados todos al parecer con la mayor escrupulosidad á los méritos de los individuos. El número de los agraciados era de unos doscientos cincuenta; porque el fondo no hubiera alcanzado para distribuir entre todos, ni se creyó tampoco que los servicios de la mayor parte de ellos merecian semejante muestra de

La suma que según esta cita se repartió entre el ejército, es muy inferior á la que señalan Garcilaso, Fernandez, Zárate y aun todos los demás escritores de estos sucesos, pues no hay ninguno que la estime en menos de un millón de pesos. Pero Caravantes, de quien la he tomado, copia la acta original de repartición conservada en los archivos reales. Sin embargo Garcilaso de la Vega debía saber bien cual era el valor de los repartimientos, que según su opinion excedia con mucho al que se les calculaba en la cédula. Dice, por ejemplo, que á Hinojosa por la parte de tierras y ricas minas que le dieron de los bienes de Gonzalo Pizarro tocaron 200.000 de renta anual, mientras que Aldana, el licenciado Carbajal y otros, obtuvieron repartimientos que daban de 10 á 50.000 pesos. (Ibid. ubi supra.) Es imposible ajustar estas monstruosas discrepancias. Parece que no habia suma demasiado grande para la

credulidad de los antiguos cronistas y el lector pierde de tal modo la cabeza con las verdaderas riquezas de este. El dorado, que no sabe fijar el límite hastadonde deba llegar su asenso á lo probable.

(\*) El P. Calancha en su *Corónica moralizada del orden de San Agustín en el Peru*, (Barcelona, 1639.) lib. 1, cap. 20, dice: "Repartió en Guaynarima en diez i ocho de Agosto, no como dice Antonio de Errera un millon i cuarenta i un mil pesos, sino como consta de los libros Reales del Archivo de Lima, treinta i cinco mil pesos ensayados." Es muy fácil que por un descuido omitiese el impresor el número 1 del MS. original y leyese 35 por 135. Esta suposición se robustece considerando que el cronista era natural del Perú donde escribió su obra, la que fué llevada á España para imprimirla, sin que él pudiese cuidar de su corrección, de lo que se queja amargamente en su prólogo. En este caso, el testimonio del P. Calancha, apoyado en documentos oficiales, vendrá á coincidir con el de Caravantes — N. del T.

consideracion.<sup>23</sup> El efecto que este documento produjo en unos hombres que tenian llena la cabeza de esperanzas sin límites, fué tal como el presidente lo aguardaba. Recibiéronlo con un murmullo general de desaprobacion. Aun los que alcanzaron mas de lo que esperaban quedaron descontentos al comparar su condicion con la de sus esmpañeros, á quienes creian mejor remunerados en proporcion á sus méritos. Murmuraban sobre todo de la preferencia dada á los antiguos partidarios de Gonzalo Pizarro, como Hinojosa, Centeno, y Aldana, sobre los que siempre se habian mantenido fieles á la corona. Habia á la verdad ciertos motivos para esta preferencia, porque nadie habia ayudado tanto como ellos á sofocar la rebelion, y estos servicios eran precisamente los que Gasca se proponia recompensar. Si quisiera premiar tan solo por su lealtad á todos los que se habian mostrado leales, el donativo se hubiera desmenuzado en pequeñas fracciones que á nadie fueran de provecho.<sup>24</sup>

En vano el arzobispo ayudado de algunos ca-

<sup>23</sup> Caravantes traslada una lista completa de los agraciados con las sumas al frente de cada nombre, tomada de l acta original

<sup>24</sup> El presidente discurrió un modo ingenioso de premiar á varios de los suyos, que fué el de

darles por esposas las viudas ricas de los caballeros que habian muerto en la guerra. Parece que en la ejecucion de esta política medida no siempre se tuvo en cuenta la inclinacion de las señoras. V. Garcilaso, *Com. Real*, Parte 2, lib. 6, cap. 3.

balleros principales trató de mitigar el descontento de los quejosos. Insistian estos en que se anulase el reparto y que se hiciese otro nuevo sobre bases mas equitativas; amenazando ademas con que si el presidente no lo hacia, ellos se tomarian la justicia por su mano. Su descontento, fomentado por algunas personas malignas que pensaban sacar partido de él, llegó á tal extremo que se temió un motin, y no se sosegaron hasta que el corregidor del Cuzco sentenció uno de los cabecillas á muerte y otros varios á destierro. [\*\*] La férrea soldadesca del Perú necesitaba una mano de hierro para gobernarla.

En el entretanto el presidente habia continuado su viage hacia Lima, y por todo el camino le recibia el pueblo con un entusiasmo tanto mas grato á su corazon quanto que conocia merecerlo. Al aproximarse á la capital, sus leales habitantes le prepararon un recibimiento magnífico. Toda la poblacion salió fuera de la ciudad con las autoridades al frente, presididas por Aldana como corregidor. Gasca iba montado en una mula, vestido con su traje eclesiástico. A su derecha iba el sello real puesto en una caja adornada y embutida con el mayor primor, la que llevaba un caballo ricamente aderezado. El presidente caminaba hajo un suntuoso palio de

\*\* V. el Apéndice del Traductor, cap. 1.

brocado, cuyas varas llevaban los individuos del ayuntamiento, los que marchaban á pié á su lado con sus trajes de terciopelo carmesí y la cabeza descubierta. Alegres cuadrillas de danzantes con vistosos vestidos de seda de mil colores iban en seguida esparciendo flores y cantando al mismo tiempo versos en loor del presidente. Cada danza representaba una de las ciudades de la colonia, y en los sombreros llevaban unos versos en que manifestaban su lealtad al soberano; en cuyos versos, sea dicho de paso, se notaba mas lealtad que mérito poético.<sup>25</sup> De este modo, sin ruido de instrumentos bélicos, sin estruendo de artilleria y sin ningun aparato de guerra, hizo el buen presidente su pacífica entrada en la ciudad de los Reyes, mientras que el pueblo hacia resonar el aire con sus aclamaciones llamándole "Padre, Libertador, y Salvador del pais."<sup>26</sup>

Mas por agradahle que este homenaje fuese al corazon de Gasca, él no era hombre que perudiese el tiempo en estas frívolas ceremonias.

25 Fernandez recogió estas flores de poesia colonial, que prueban que los conquistadores eran mucho mas diestros con la espada que con la pluma. Hist. del Peru, Parte 1, lib. 2, cap. 93.

26 "Fue recibimiento muy solemne, con univrsal alegría del Pueblo, por verse libre de Ti- rranos; y toda la Gente, à voces, bendecia al presidente, i le llamaban: Padre, Restaurador, i pacificador, dando gracias á Dios por haver vengado las injurias hechas á su Divina Magestad." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 4, cap. 17.

Solo pensaba entonces en hallar medios de arrancar las semillas del desorden, que arraigaban con tanta facilidad en aquel fértil suelo, y en dejar establecida la autoridad del gobierno sobre fundamentos sólidos. Por razon de su empleo presidia la Real Audiencia que era el tribunal supremo de la colonia en el ramo judicial y aun en el ejecutivo, y activó el despacho de los negocios que se habia atrasado mucho durante las últimas revueltas. Como las propiedades no estaban aun bien definidas, sobraba materia para los litigios; pero la nueva Audiencia se componia por fortuna de jueces sábios y rectos que trabajaban con empeño en union de su jefe para remediar los daños causados por el mal gobierno de sus predecesores.

Tampoco se olvidaba Gasca de los infelices indigenas, y se dedicó con el mayor empeño á resolver el difícil problema de hallar los mejores medios *practicables* para mejorar su condicion. Envió muchos comisionados, en calidad de visitadores, á diferentes puntos del país con el objeto de que visitasen las encomiendas y averiguasen de que modo eran tratados los Indios, preguntandolo no solo á los propietarios sino á los naturales mismos. Debian tambien averiguar la clase y monto de los tributos que pagaban antiguamente los vasallos de los Incas.<sup>27</sup>

<sup>27</sup> "El Presidente Gasca mandó visitar todas las provincias y repartimientos deste reyno, nombrando para ello personas de au-

De esta manera obtuvo un buen acopio de informes muy útiles, con cuyo auxilio pudo Gasca, ayudado de una junta de eclesiásticos y juristas, organizar un sistema uniforme de tributos para todos los Indios, mas suave aun que el que regia en tiempo de los principes peruanos. De buena gana habria libertado el presidente á la raza conquistada de toda obligacion de prestar servicios personales; pero habiéndolo meditado maduramente, lo creyó impracticable en el estado actual del país; porque los colonos, especialmente en los climas cálidos, contaban solo con los Indios para toda especie de trabajo, y la esperiencia habia mostrado que estos no trabajarían si no se les obligaba á ello. El presidente, sin embargo, señaló con toda precision los límites del servicio que podria exigirseles, de manera que vino á quedar reducido á una moderada contribucion personal. Ningun Peruano podia ser obligado á mudar de vecindad, pasando del clima á que estaba acostumbrado á otro distinto; lo que antes era origen de infinitas vejaciones y enfermedades. Con estas

oridad y de quien se tenia entendido que tenian conocimiento de la tierra que se les encargaba, que ha de ser la principal calidad, que se ha de buscar en la persona, á quien se comete semejante negocio despues que sea Cristiana; lo segundo se les dió instruccion de lo que habían de averiguar, que fueron muchas cosas: el numero, las haciendas, los tratos y granjerías, la calidad de la gente y de sus tierras y comarca, y lo que davan de tributo. Ondegardo, Rel Prim. MS.

diversas ordenanzas, aunque la condicion de los indigenas no llegó al estado que se figuraba al exaltada filantropia de Las Casas, se mejoró mas de lo que podia sufrir la avaricia de los colonos, y fué necesaria toda la firmeza de la Audiencia para conseguir que se llevasen á cabo unas medidas tan desagradables á estos. Consiguiólo sin embargo. La esclavitud, en su sentido mas odioso, no se toleró en lo de adelante en el Perú. La palabra esclavo se borró de su código, y el historiador de las Indias se vanagloria con altivez, de que todo vasallo indio podia aspirar al rango de hombre libre.<sup>23</sup> Debió haber tenido presentes las restricciones que hemos apuntado.

Fuera de estas reformas introdujo Gasca otras en el régimen municipal de las ciudades, y otras aun mas importantes en el manejo de la hacienda; así como en el modo de llevar las cuentas. Con estos y otros cambios que hizo en el manejo interior de la colonia, arregló la administracion sobre un plan nuevo, y facilitó mucho el camino á sus sucesores para establecer un gobierno firme y arreglado. Por última medida y para asegurar el reposo del pais despues que

<sup>23</sup> "El presidente, i el Audiencia dieron tales ordenes, que este negocio se asentó, de manera, que para adelante no se platicó mas este nombre de Esclavos, sino que la libertad fue general por todo el Reino." Herrera, Hist. General. dec. 8, lib. 5, cap. 7.

hubiese partido, despachó á algunos de los caballeros mas ambiciosos á espediciones distantes, contando con que se llevarian consigo los soldados mas audaces y turbulentos, que de otra manera podrian reunirse y perturbar la tranquilidad pública, del mismo modo que solemos ver como las nieblas de la mañana que ha disipado el sol con su benigna influencia, se juntan y condensan hasta formar una tempestad despues que ha desaparecido.<sup>29</sup>

Mas de quince meses hacia que Gasca estaba en Lima, y casi habian corrido tres años desde que llegó al Perú. En este espacio de tiempo habia logrado los grandes fines de su mision. Cuando desembarcó halló la colonia en un estado de anarquía ó mas bien de rebelion organizada, dirigida por un caudillo popular y poderoso. Vino sin dinero ni tropas que le ayudasen. Consiguió el primero por medio de la confianza en su buena fé que consiguió inspirar; y las tropas las quitó por medio de la persuacion á las mismas personas á quienes su rival las habia confiado. De esta manera volvió contra este rival sus propias armas. Logró verificar un cambio total en los ánimos del pueblo, sin valerse mas que de la razon y la paciencia; de tal suerte que sin derramar una gota de sangre de ningun vasallo leal

<sup>29</sup> MS. de Caravantes.—Gomara, Parte 1, lib. 2, cap. 93-95.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 10.

sofocó una rebelion que habia amenazado á la España con la pérdida de sus provincias mas opulentas. Habia castigado á los delinquentes y con sus despojos tuvo para recompensar á los leales. Habia ademas sabido aprovechar tan bien los productos del pais, que pudo pagar del todo el considerable empréstito que le habian hecho los mercaderes de la colonia para los gastos de la guerra, el cual subia á mas de novecientos mil pesos de oro.<sup>30</sup> Hizo mas todavia, porque con sus economías ahorró millon y medio de ducados para el gobierno, que hacia algunos años nada recibia del Perú, y se proponia volver con este aceptable tesoro á henchir las arcas del soberano.<sup>31</sup> Todo esto se habia logrado sin que la corona gastase nada en armadas, sueldos ni otra cosa, escepto los moderados gastos personales del presidente.<sup>32</sup> El pais es-

30 "Recogió tanta suma de dinero, que pagó novecientos mil pesos de oro, que se halló haver gastado, desde el dia que entró en Panamá, hasta que se acabó la Guerra, los quales tomó prestados." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 5, cap. 7.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 10.

31 "Haviendo pagado el Presidente las costas de la guerra que fueron muchas, remitió á S. M. y lo llevó consigo 264,422 marcos de plata, que á seis du-

cados valieron I millon 588,332 ducados." MS. de Caravantes.

32 "No tubo ni quiso salario el Presidente Gasca sino cédula para que á un mayordomo suyo diesen los oficiales reales lo necesario de la real Hacienda, que como parece de los quadernos de su gasto fué muy moderado." (MS. de Caravantes). Parece que desde que se embarcó para las colonias llevó Gasca una cuenta muy exacta del dinero que invertia en sus gastos y en los de su servidumbre.

taba ya tranquilo: Gasca veia su obra terminada, y se hallaba libre para satisfacer su natural deseo de regresar á su pais natal.

Antes de su partida arreglé una nueva distribucion de los repartimientos que por muerte de sus poseedores habian vuelto á la corona durante el año pasado. La vida era corta en el Perú, pues los que vivian por la espada, si acaso no perecian por ella, muchas veces sucumbian prematuramente, víctimas de los trabajos anexos á sus vida de aventura. Habia infinitos pretendientes á la nueva donacion del gobierno; y como entre ellos estaban algunos de los que quedaron descontentos en la primera reparticion, llovian sobre Gasca memoriales y á veces quejas concebidas en términos nada decentes ni respetuosos. Pero nada alcanzaba á turbar su ánimo: escuchaba con paciencia y respondia á todos con razones suaves y moderadas, las mas á propósito para desarmar la cólera; "en lo cual," dice un antiguo escritor, "hizo mas que en vencer y ganar todo aquel imperio, porque fué vencerse á sí propio."<sup>33</sup>

La víspera de su partida ocurrió un incidente tierno, y muy honroso para los que tuvieron parte en él. Los caciques indios de la comarca, recordando los grandes beneficios que habia hecho á su nacion, le regalaron una gran cantidad

33 Garcés, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 7.

de plata labrada en muestra de su gratitud. Pero Gasca se negó á recibirla, aunque con eso dió mucho en que pensar á los Peruanos, quienes temian haber incurrido involuntariamente en su desagrado.

Deseando muchos de los colonos principales manifestarle del mismo modo cuanto apreciaban sus importantes servicios, le enviaron así que estuvo embarcado un magnífico regalo de cincuenta mil castellanos de oro. Decíanle al mismo tiempo, que como ya se habia despedido del Perú no tenia motivo para rehusarlo. Pero Gasca se negó con tanta firmeza á aceptar este regalo como el otro. "He venido al país," les dijo, "á servir al rey, y á procurar á sus habitantes los bienes de la paz; y que ya con el favor del cielo he logrado todo, no quiero deshonorar mi causa con ninguna accion que pueda despertar sospechas sobre la pureza de mis motivos." Apesar de su negativa, los colonos consiguieron esconder en el navio una suma de veinte mil castellanos de oro, pensando que cuando se viese en su patria, terminada ya su mision, se disiparian los escrúpulos del presidente. Gasca aceptó el donativo, pues le pareció que seria un desaire el devolverlo; pero solo fué mientras pudo hallar á los parientes de los donadores, y entonces lo distribuyó todo entre los mas necesitados.<sup>34</sup>

<sup>34</sup> Fernandez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 2, cap. 93.

Arreglados ya todos sus negocios, el presidente encargó el gobierno, mientras llegaba el virey, á sus fieles compañeros de la Real Audiencia, y en el mes de Enero de 1550 se embarcó con el tesoro del rey en la flota, é hizo rumbo á Panamá. Le acompañó hasta el embarcadero un gran número de individuos, hidalgos y gente común, personas de todas clases y condiciones, que iban tras él para ver por última vez á su bienhechor y contemplaban con los ojos arrasados en lágrimas el bajel que le apartaba de aquellas costas.

Fué próspero su viage, y á principios de Marzo llegó el presidente al puerto de su destino. Solo se detuvo allí el tiempo necesario para reunir mulas y caballos en número suficiente para acarrear el tesoro por las montañas, pues sabia que por estas comarcas andaba mucha gente desalmada y codiciosa que se vería muy tentada á cometer cualquier acto de violencia sabiendo la riqueza que llevaba consigo. Así fué que se apresuró á atravesar el escabroso istmo, y despues de una penosa marcha llegó sin novedad á Nombre de Dios.

Pronto se vió que no eran vanos sus recelos. Apenas tres dias despues de su partida una cuadrilla de bandoleros, habiendo asesinado primero al obispo de Guatemala, cayó sobre Panamá con el objeto de dar muerte al presidente y apo-

derarse del botín. Tan luego como le llegó la noticia levantó Gasca una fuerza con su acostumbrada actividad y se dispuso á ir al socorro de la perdida capital. Pero la fortuna, ó para hablar con mas exactitud, la Providencia, le fué tan favorable como siempre, y ya en vísperas de partir supo que los vecinos de la ciudad habian dado batalla á los ladrones, derrotándolos con grande mortandad. (\*\*\*) Deshizo, pues sus tropas, y alistó una flota de diez y nueve buques, para marchar á España con el tesoro del rey. Llegó felizmente á aquel pais, y entró en el fondeadero de Sevilla á los cuatro años largos de haber dado á la vela del mismo puerto.<sup>35</sup>

Su llegada causó una grande sensacion en todo el pais. Apenas podia creer nadie que hubiese conseguido resultados tan importantes y en tan corto tiempo, un hombre solo, un pobre clérigo, que sin ausilios del gobierno y al parecer tan solo con sus propias fuerzas, habia apaciguado una rebelion que por tanto tiempo se burló de las armas españolas.

El emperador se hallaba en Flandes. Llenóse de regocijo cuando supo el completo triunfo

(\*\*\*) V. Apéndice del Traductor, cap. 1. donde se hallan referidos con mas estension estos sucesos. 183.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap. 10.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7 cap. 13.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 6, cap. 17.

<sup>35</sup> MS. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Indias, cap.

de Gasca, y no le alegró menos la noticia del tesoro que traia consigo; porque el erario, que nunca estaba muy lleno, habia quedado exhausto con las últimas revoluciones de Alemania. Carlos escribió al punto al presidente diciéndole que se presentase en la corte, para oír de su propia boca los pormenores de su expedicion. Obedeciendo Gasca la orden, se embarcó en Barcelona con una gran comitiva de nobles y caballeros, (porque ¿quién no rinde homenaje á aquel que el rey se complace en honrar?) y despues de un feliz viage se presentó en la corte de Flandes.

Hízole su señor el mas grato recibimiento, porque apreciaba en lo que debia sus servicios, y poco despues le dió el obispado de Palencia para recompensarlos de un modo propio de su carácter sacerdotal. Allí permaneció hasta el año de 1561 en que fué promovido á la mitra vacante de Sigüenza. Pasó tranquilamente el resto de sus dias desempeñando sus funciones episcopales; honrado por su sclerano y gozando de la admiracion y respeto de sus compatriotas.<sup>36</sup>

En su retiro segia consultándole el gobierno sobre asuntos importantes de las Indias. Los disturbios de aquel desgraciado pais se renovaron,

<sup>36</sup> Ibid., ubi supra.—MS. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 182.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap. 10.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 13.

aunque con muchameno fuerza que antes, á poco de partido el presidente. Causólos mas que nada el disgusto proveniente de la distribucion de los repartimientos, y de la constancia de la Audiencia en llevar á efecto las benéficas restricciones relativas al servicio personal de los indígenas. (\*\*\*) Pero estas alteraciones se sosegaron dentro de pocos años, merced al acertado gobierno de los Mendozas; dos vireyes que gobernaron sucesivamente y eran de aquella ilustre casa cuyos hijos prestaron tantos servicios á la España. Durante su gobierno siguieron la política suave, pero firme, de que Gasca les habia dado ejemplo. Las enfermedades inveteradas del pais quedaron curadas del todo. Con la paz volvió á renacer la prosperidad en el Perú, y los benéficos resultados de sus labores debieron llenar de satisfaccion, como llenaron de gloria, los últimos años de la vida del presidente.

Terminó este su carrera mortal en el mes de Noviembre de 1567; á una edad que acaso no distaria mucho de la que el escritor sagrado señala como término de la existencia del hombre.

<sup>37</sup> Murió en Valladolid y fue enterrado en la

(\*\*\*) V. el Apéndice del Traductor, destinado á referir los disturbios que alligieron al Peru desde la partida de Gasca hasta la muerte del último Inca en tiempo del virey D. Francisco de Toledo.

<sup>37</sup> No he visto que nadie señale el año del nacimiento de Gasca; pero segun se lee al pie de su retrato que está en la sacristia de Santa Maria Magdalena en Valladolid, murió en 1507 de edad de setenta años.

misma ciudad en la iglesia de Santa María Magdalena, que habia edificado y dotado liberalmente. Todavía se ve en ella su sepulcro, y sobre él la estatua de un sacerdote con sus ropas clericales, que llama mucho la atencion del viajero por la belleza de su ejecucion. Las banderas quitadas á Gonzalo Pizarro en los campos de Xaquixaguana fueron colocadas sobre su tumba, como trofeos de su memorable mision al Perú.<sup>38</sup> Mucho tiempo ha que las banderas se han convertido en polvo, lo mismo que los restos del que dormia debajo de ellas; pero la memoria de sus ilustres hechos permanecerá para siempre.<sup>39</sup>

La figura de Gasca era vulgar y sus facciones nada tenian de agradable. Era feo y desproporcionado, porque tenia las piernas dema-

Esto conviene perfectamente con la edad que es probable tuviera cuando estaba de colegial en Salamanca en 1522.

<sup>38</sup> Murió en Valladolid, donde mandó enterrar su cuerpo en la Iglesia de la advocacion de la Magdalena, que hizo edificar en aquella ciudad donde se pusieron las banderas que ganó á Gonzalo Pizarro." MS. de Caravantes.

<sup>39</sup> El encargo de perpetuar la memoria de sus hechos no ha quedado tan solo fiado á los historiadores. Hace pocos años que el carácter y el gobierno de Gasca sirvieron de asunto á un es-

tudiado panegírico de los mas distinguidos hombres de estado del parlamento inglés. (V. el discurso de Lord Brougham *On the maltreatment of the North American colonies*, Febrero de 1838.) El español ilustrado de nuestros dias que contempla con pena los excesos cometidos en el Nuevo Mundo por sus paisanos del siglo XVI, puede sentir un legítimo orgullo al ver que entre esta tropa de malvados aparece un hombre que la generacion presente puede escoger por el mas esclarecido modelo de integridad y sabiduria.

siado largas para su cuerpo, de manera que cuando montaba á caballo parecia mas pequeño de lo que realmente era.<sup>40</sup> Su vestido era sencillo, sus modales llanos, y su presencia nada tenia de imponente. Pero cuando se le trataba mas de cerca, sus palabras tenian cierto atractivo que destruia la impresion desfavorable que causaba su aspecto, y ganaba el corazon de sus oyentes.

La relacion que dejamos hecha de la vida del presidente, bastará acaso para formar una idea adecuada de su carácter. Notábase en él una combinacion de cualidades que por lo comun solo sirven para neutralizarse mutuamente; pero que en el carácter de Gasca estaban mezcladas con tal proporcion que le daban mayor fuerza. Era apacible, pero resuelto; intrépido por naturaleza, aunque preferia valerse de medios mas suaves, como son los de la política. En sus gastos personales era frugal, y en los públicos económico; pero no pensaba en adquirir riquezas para sí, ni tampoco se paraba en gastos cuando el bien público lo exigia. Era blando y apacible, pero sabia tratar con rigor al delincuente contu-

<sup>40</sup> "Era muy pequeño de cuerpo con estraña hechura, que de la cintura abaxo tenia tanto cuerpo, como qualquiera hombre alto, y de la cintura al hombro no tenia una tercia. Andando á caballo parecia a un mas pequeño de

lo que era, porque todo era pleznas: de rostro era muy feo; pero lo que la naturaleza le negó de las dotes del cuerpo, se los dobló en los de animo." Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 5, cap. 2.

maz; humilde en su porte, aunque se respetaba á sí propio como lo hace todo el que está bien convencido de la rectitud de sus intenciones; modesto y sencillo, sin que le arredrasen las empresas mas difíciles. Escuchaba y seguia muchas veces las opiniones ajenas; pero en último resultado sabia tomar por sí una resolucion: caminaba con tiento y aguardaba una ocasion oportuna; pero cuando llegaba á presentársele, era atrevido, pronto y resuelto.

Gasca no era un hombre de ingenio, en el sentido comun de la palabra. A lo menos no parece que ninguna de sus facultades intelectuales adquiriera un desarrollo extraordinario, superior á lo que se vé comunmente en otros. No era un grande escritor, ni un grande orador, ni un gran general; pero tampoco pretendia ser nada de eso. Las cosas de la milicia las encargaba á los militares: las de la iglesia al clero; y en los asuntos civiles y judiciales consultaba con los individuos de la Audiencia. No era uno de esos pequeños grandes hombres que pretenden hacerlo todo por sí mismos, persuadidos de que ningun otro podrá hacerlo mejor. Pero el presidente era un sagaz conocedor de los hombres. Cualquiera que fuese el empleo de que se tratara, elegia la persona mas apropósito para desempeñarlo. Y aun hizo mas porque se cercioró de la fidelidad de sus agentes, presidió sus deli-

beraciones y señaló un sistema general de política por cuyo medio introdujo la unidad en sus planes, y consiguió que todos caminasen de concierto al logro de un importante resultado.

La cualidad más notable de su espíritu era su buen juicio que es el mejor equivalente del ingenio en un gobernador que tiene en su mano la suerte de sus semejantes y es todavía más necesario que el ingenio mismo. En Gasca, todas las cualidades estaban combinadas con tal armonía que no había lugar á exceso, antes parecían moderarse unas á otras. Mientras que su amor á la humanidad le revelaba la naturaleza de sus necesidades, su razón le señalaba hasta qué punto podían remediarse y le indicaba los mejores medios de lograrlo. Ni malgastaba sus fuerzas en proyectos ilusorios de beneficencia, como Las Casas, ni tampoco autorizaba la conducta egoísta de los colonos. Solo aspiraba á lo practicable: al mayor bien posible.

Para llegar á su fin tenía á menos el valerse del fraude ó de la violencia. Fiaba el éxito á su facilidad en convencer á los demás, y la base de su poder fué la confianza que supo inspirar en su desinterés. En medio de las acostumbradas calumnias de los partidos, nunca tuvo cabida la menor sospecha contra la integridad de Gasca. <sup>41</sup> No es maravilla que un vir-

<sup>41</sup> "Fué tan recatado y esquivo, cuando del Perú se partió para España, por el repartimiento que de muchos quedó mal to qué hizo con todo eso, ja-

tud tan rara se mirase en el Perú con tanto aprecio.

Hay algunos hombres cuyo carácter ha sido tan admirablemente apropiado á la crisis en que han aparecido, que no parece sino que la Providencia los destinó espresamente para aquel caso. Tal fué Washington en nuestro país, y Gasca en el Perú. Podemos figurarnos hombres dotados de cualidades más elevadas, á lo menos en la parte intelectual, que cualquiera de estos dos grandes hombres. Pero en la admirable aptitud de su carácter para vencer las dificultades de su posición, es decir, en la perfecta relación de los medios con el fin, está el secreto de su triunfo. Por eso pudo Gasca sofocar la revolución con tanta gloria, y Washington consumir la con mayor gloria todavía.

La conducta de Gasca cuando llegó á las colonias es la mejor muestra de su carácter. Si hubiese venido con el apoyo de una fuerza armada, ó tan siquiera revestido de las insignias de la autoridad, todos le habrían cerrado su corazón y sus manos. Pero el humilde clérigo no inspiraba ningún recelo, y sus enemigos estaban ya desarmados antes que él comenzase sus disposiciones para el ataque. Si impaciéntado Gas-

jamas nadie dixo del, ni sospechó; que en esto, ni otra cosa, se viese movido por codicia." Fernandez, Hist. del Perú, Par- te 1, lib. 2, cap. 95.

ca por la tardanza de Hinojosa hubiese cedido á las instancias de los que aconsejaban su prision, habria puesto su causa en grande peligro con este acto prematuro de violencia. Pero eligió con mas prudencia el ganar á su enemigo tratando de convencerle.

Aguardó con paciencia del mismo modo la ocasion de entrar en el Perú. Dejó que sus papeles produjesen su efecto en el espíritu del pueblo, y tuvo cuidado de no meter la hoz hasta que la mies estuvo madura. De esta suerte, á cualquiera parte que iba ya encontraba todo preparado para recibirle, y cuando puso el pié en el Perú ya contaba el país por suyo.

Después de haber tratado tanto tiempo con espíritus feroces y turbulentos, causa placer el detenerse á contemplar un carácter como el de Gasca. En la larga procesion que ha pasado por delante de nosotros no hemos visto mas que el armado caballero blandiendo su lanza ensangrentada, y montado en su corcel de guerra, que atropella y pisotea los indefensos indigenas, o pelea contra sus amigos y hermanos: feroz, arrogante y cruel, solo le arrastra la sed de oro, ó el amor poco mas honroso de una gloria bastarda. En medio de estas eualidades hemos visto brillar algunos destellos del carácter romántico y caballeroso de los siglos heróicos de España; pero salvo algunas escepciones honrosas, la esco-

ria de su caballería fué la que pasó al Perú para alistarse en las banderas de los Pizarros. Al terminar esta larga fila de feroces guerreros vemos venir al pobre y humilde misionero que llega al país con una mision de misericordia, y proclama por todas partes las alegres nuevas de la paz. No anuncian su llegada las trompas guerreras, ni se conoce el camino que lleva por los lamentos de los heridos y moribundos. Los medios que emplea están en perfecta armonia con sus fines. Sus armas son el raciocinio y la persuacion; quiere vencer la razon, no el cuerpo; y va avanzando lentamente por medio de la conviccion y no de la violencia. Aspira á un triunfo moral, mas poderoso y por fortuna mas duradero que el del ensangrentado conquistador. Al verle ir caminando poco á poco y sin sentirlo, por hablar así, á tan grandes resultados, nos recuerda el modo lento é imperceptible con que la naturaleza verifica sus cambios en el mundo material, los que permanecen cuando la furia de los huracanes ha pasado y nadie se acuerda de ellos.

Con la mision de Gasca termina la historia de la Conquista del Perú. La conquista rigurosamente hablando, termina cuando fué sofocada la rebelion de los Peruanos, es decir, cuando el poder y acaso el ánimo de la raza inca quedó destruido para siempre. El lector, sin embar-

go, es natural que tenga curiosidad de seguir hasta su término la carrera de la notable familia que llevó á cabo la conquista. Ni la historia de la invasion quedaria completa sin una noticia de las guerras civiles que resultaron de ella, la que sirve ademas como de un comentario moral sobre los sucesos precedentes, por donde viene á conocerse, que cuando se da rienda suelta á pasiones feroces y desordenadas, el castigo cae tarde ó temprano, aun en esta vida, sobre las cabezas de los delinuentes.

Es cierto que se renovaron las alteraciones del pais despues que hubo partido Gasba. Las olas estuvieron demasiado enfurecidas para que de un golpe se calmasen; pero se sosegaron poco á poco con el prudente gobierno de sus sucesores, que tuvieron bastante juicio para aprovecharse de su política y de su ejemplo. De esta manera continuó siendo útil la influencia del buen presidente despues que él se retiró del teatro de sus labores, y el Perú tan agitado hasta entonces, siguió gozando de tanta tranquilidad como cualquiera otra porcion del imperio ultramarino de España. Con la benévola mision de Gasca puede, por tanto, terminar sus trabajos el historiador de la conquista, sintiendo en su ánimo una sensacion semejante á la del viagero que habiendo caminado largo tiempo por entre los espesos bosques y peligrosos desfiladeros de las monta-

ñas, da al fin vista á un hermoso valle donde todo respira paz y tranquilidad.

Agustin de Zárate, autoridad muy respetable citada muchas veces en la parte final de esta obra, era *Contador de Mercedes* de Castilla. Desempeñó este empleo durante quince años, y al cabo de ellos le envió el gobierno al Perú para que examinase el estado de la hacienda de la colonia, que se habia desarreglado mucho durante las últimas revueltas, y la pusiese en orden si era posible.

Zárate marchó, pues, con la comitiva del virrey Blasco Nuñez, y por causa de las pasiones de su imprudente gefe se vió pronto envuelto entre las enmarañadas redes de las discordias civiles. En la lucha que resultó de ellas se puso de parte de la Real Audiencia, y estaba en Lima cuando Gonzalo Pizarro se acercó á aquella capital. Los oidores comisionaron á Zárate para que fuera á conferenciar con el gefe insurgente y le exigiera que deshiciese su ejército y se fuese á vivir en sus haciendas. El historiador desempeñó la comision, aunque no era muy de su agrado segun parece, y á la verdad que no dejaba de ser peligrosa. Desde entonces figura ya muy poco en las tumultuosas escenas que se siguieron. Probablemente solo tomó en los negocios

aquella parte que las circunstancias hacian indispensable; pero el giro desfavorable de sus observaciones sobre Gonzalo Pizarro da á entender, que por mucho que le disgustase la conducta del virrey, no aprobaba de modo alguno la criminal ambicion de su contrario. Los tiempos eran sin duda los menos favorables para introducir en la hacienda las reformas que venia á hacer Zárate; pero mostró tanto celo por el buen servicio del emperador, que á su regreso le manifestó esta su satisfaccion nombrándole director de las rentas de Flandes.

Parece que á poco de su llegada al Perú formó el designio de referir á sus paisanos de la metrópoli los estraños sucesos de las colonias, los que proporcionaban ademas algunos pasages notables para el estudio del historiador. Aunque llevó diarios y tomó apuntes con este objeto segun dice, no se atrevió á usar de ellos hasta que regresó á Castilla. "No pude en el Perú escribir ordenadamente esta relacion," (son sus palabras) "porque solo haberla allá comenzado me hubiera de poner en peligro de la vida con un Maestre de Campo de Gonzalo Pizarro que amenazaba de matar á cualquiera que escribiese sus hechos, porque entendió que eran mas dignos de la ley de olvido que no de memoria y perpetuidad." Ya el lector habrá conocido que este Maestre de Campo es el aguerrido teniente de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carbajal.

Vuelto Zárate á su pais se dedicó á poner en órden su obra. Pensó al principio reducirla á los sucesos posteriores á la llegada de Blasco Nuñez; mas pronto echó de ver que para darle la claridad necesaria era preciso tomar desde su origen el hilo de los acontecimientos. Ensancho, pues, su plan y comenzando desde el descubrimiento del Perú, formó un cuadro completo de la conquista y de la pacificacion del pais, terminando su narracion con el regreso de Gasca. Para el principio de su historia se valió de los informes de personas que habian tenido una parte principal en los sucesos. Es mas conciso en esta porcion de su obra que en la que comprende los sucesos en que él fué al mismo tiempo testigo y actor; y aqui su testimonio es del mayor peso, considerando las ventajas que le daba su posicion para averiguar la verdad.

Alcedo, en su *Biblioteca Americana, MS.*, dice que la obra de Zárate tiene muchas cosas buenas, pero que no es muy recomendable por su exactitud. Escribió, á la verdad bajo la influencia del espíritu de partido, que inevitablemente contribuye á estraviar alguna cosa el juicio mas recto. Esto es preciso no olvidarlo cuando leemos las relaciones de personas que han defendido alguna causa. Mas no se advierte en él ninguna intencion de sacrificar la verdad á la defensa de su partido, y como tenia abiertas las

mejores fuentes, refiere con frecuencia muchos pormenores que no supieron los otros cronistas. Su narracion está ademas adornada de reflexiones juiciosas y de breves comentarios, que iluminan con algunos destellos de luz los pasages oscuros de aquella época agitada. Pero el estilo del autor no es muy notable por su exactitud ni por su elegancia. Sus periodos los alarga de aquel modo fastidioso é interminable propio de las difusas composiciones de los legítimos cronistas monásticos de los tiempos pasados.

La necesidad que traia consigo una obra semejante de tocar mas ó menos á las personas, hizo que el autor se resistiese á publicarla, á lo menos durante su vida. Debido á la delicadeza del hidalgo castellano, "el que hizo cosa indebida," dice, "por livianamente que se toque, siempre quedará quejoso de haber sido el autor demasiado en la culpa de que le infama, y corto en la disculpa que él alega. Y por el contrario, el que merece ser alabado sobre alguna hazaña, por perfectamente que el historiador la cuente nunca dejará de culparle de corto, porque no refirió mas copiosamente su hecho hasta henchir un gran volumen de solas sus alabanzas." Y añade que está persuadido de que obra cuerda-mente el que deja dormir manuscritas las historias contemporáneas, hasta que pasa la generacion a que pertenecen. Su manuscrito, sin em-

bargo, fué presentado al émperador, y le agradó tanto que Zárata cobró ánimo y consintió en darlo á la prensa. Publicóse por primera vez en Amberes el año de 1555 en octavo, y se hizo segunda edicion en Sevilla el de 1577, en folio. Despues le incluyó Barcia en su preciosa coleccion, y sea cual fuere la indignacion y el disgusto que causó á sus contemporáneos, quienes no sufrían de buena gana la censura del autor, ó se creían defraudados de los elogios que merecian, la obra de Zárata ha quedado colocada entre las autoridades de mas peso para la historia de aquel tiempo. (\*)

El nombre de Zárata recuerda naturalmente el de *Fernandez*, porque ambos trabajaron en el mismo terreno histórico. Diego Fernandez de Palencia, llamado comunmente *el Palentino* por el lugar de su nacimiento, pasó al Perú y sirvió de soldado raso en el ejército real levantado para sofocar los levantamientos posteriores al regreso de Gasca. En medio de sus ocupaciones militares, se dió tiempo de ir reuniendo materiales para la historia de aquel periodo, á lo cual le animó luego el virey Mendoza, Marques de Cañete quien le nombró Cronista del Perú, segun nos dice. Esta muestra de confianza en su literatura indica en Fernandez mayores conocimien-

\* V. en el Apéndice del autor una nota importante sobre la obra de Zárata al principio del documento N. 14.—N. del T.

tos de los que podian esperarse atendido el humilde puesto que ocupaba. Con el fruto de sus diligencias volvió á España el cronista-soldado, y después de algun tiempo acabó su historia del levantamiento de Giron.

El presidente del Consejo de Indias vió el manuscrito y le agradó tanto el desempeño que pidió al autor que escribiese del mismo modo la historia de la rebelion de Gonzalo Pizarro y del gobierno de Gasca. El autor fué ademas estimulado, segun dice en su dedicatoria á Felipe Segundo, con la promesa de un premio que le ofreció aquel monarca para cuando concluyese sus trabajos; promesa muy conveniente y oportuna, pero que sin remedio da idea de una influencia nada favorable á la estricta imparcialidad histórica. Ni esta inferencia dista mucho de lo que en realidad sucede, porque al paso que la narracion de Fernandez presenta al lector la causa real bajo el aspecto mas favorable, hace poca justicia á las pretensiones del partido contrario. Es cierto que no vendria bien una apología de la rebelion en las páginas de un pensionista; pero hay siempre algunas circunstancias atenuantes que pueden servir para mitigar nuestra indignacion contra el criminal, por mas que condenemos el crimen. Estas circunstancias no hay que buscarlas en las páginas de Fernandez. Es una desgracia para el historiador

de aquellos sucesos, que sea tan difícil encontrar quien siquiera aprecie en lo justo las pretensiones de un rebelde desafortunado. Con todo, el inca Garcilaso no ha temido portarse de esta manera con Gonzalo Pizarro, y hasta Gomara, aunque vivia cerca de la corte, ó mas bien en el centro de ella, ha osado aventurar de cuando en cuando una generosa protesta en su favor.

La alta proteccion con que contaba Fernandez le abrió las mejores fuentes de las noticias, á lo menos en lo tocante al partido del rey. Ademas del trato y comunicacion con los gefes realistas, disfrutó de sus cartas, diarios y documentos oficiales. Aprovechó con empeño estas ventajas, y su narracion que comienza desde el origen de la rebelion llega hasta su término y hasta el fin del gobierno de Gasca. De esta manera quedó concluida la primera parte hasta donde comenzaba la segunda, y ambas reunidas presentaban un cuadro completo de los disturbios del país hasta que se introdujo un nuevo orden de cosas, y quedó afianzada la tranquilidad del país.

El lenguaje es bastante sencillo, sin aspirar á flores retóricas fuera del alcance del autor, y que desdecirian del estilo simple de una crónica. Los periodos estan dispuestos con mas arte de lo que suele verse en las pesadas composiciones de aquel tiempo; y al paso que no se le nota empeño de ostentar erudicion ó meterse

á especulaciones filosóficas, la narracion de los sucesos marcha con orden, y con harta prolijidad por cierto; pero deja en la mente del lector una impresion clara y distinta. No hay historia de aquella época que pueda compararse con esta en la abundancia de pormenores, y por lo mismo ha sido una mina inagotable para llenar las páginas de los compiladores modernos; circunstancia que por sí sola puede considerarse como una prueba no despreciable de lo exacto y copioso de la narrativa.—La crónica de Fernandez, dividida así en dos partes y con el solo título de *Historia del Perú*, se dió á luz en Sevilla, viviendo aun el autor, el año de 1571, en un volumen en folio, y esta edicion he tenido á la vista para trabajar mi obra.

APENDICE DEL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

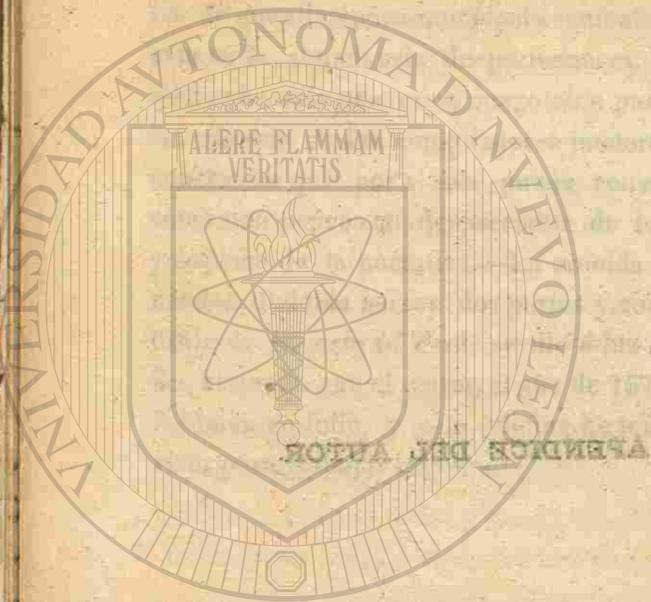
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á especulaciones filosóficas, la narracion de los sucesos marcha con orden, y con harta prolijidad por cierto; pero deja en la mente del lector una impresion clara y distinta. No hay historia de aquella época que pueda compararse con esta en la abundancia de pormenores, y por lo mismo ha sido una mina inagotable para llenar las páginas de los compiladores modernos; circunstancia que por sí sola puede considerarse como una prueba no despreciable de lo exacto y copioso de la narrativa.—La crónica de Fernandez, dividida así en dos partes y con el solo título de *Historia del Perú*, se dió á luz en Sevilla, viviendo aun el autor, el año de 1571, en un volumen en folio, y esta edicion he tenido á la vista para trabajar mi obra.

APENDICE DEL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## APÉNDICE.

Núm. 1.—Véase tom. I, pág. 29.

DESCRIPCION DE LAS VISITAS QUE HACIAN LOS INCAS  
A TODO EL REINO; TOMADA DE LA RELACION DE  
SARMIENTO, MS. 1

[El manuscrito original, que se copió para la preciosa coleccion de Lord Kingsborogh, se halla en la libreria del Escorial.]

Quando en tiempo de paz salian los Ingas á visitar su Reyno, cuentan que iban por el con gran magestad, sentados en ricas andas arnuadas sobre unos palos lisos largos, de manera escelente, engastadas en oro y argenteria, y de las andas salian dos arcos altos hechos de oro, engastados en piedras preciosas: caian unas mantas algo largas por todas las andas, de tal manera

1 Se han copiado exactamente de la edicion original los documentos contenidos en este Apéndice, haciéndose tan solo algunas ligeras alteraciones de que se dará puntual razon en sus respectivos lugares. Todas las notas del Apéndice son del traductor.

que las cubrían todas, y si no era queriendo al que iba dentro, no podía ser visto, ni alzaban las mantas si no era cuando entraba y salía, tanta era su estimación; y para que le entrase aire, y el pudiese ver el camino, había en las mantas hechos algunos agujeros *hechos*<sup>2</sup> por todas partes. En estas andas había riqueza y en algunas estaba esculpido el Sol y la luna, y en otras unas culebras grandes ondados y unos como bastones que las atravesaban. Esto traían por encima por armas, y estas andas las llevaban en ombros de los señores, los mayores y Mas principales del Reyno, y aquel que más con ellas andaba, aquel se tenía por más onrado y por más favorecido. En rededor de las andas, á la ilita, iba la guardia del Rey con los arqueros y albarderos, y delante iban cinco mil honderos, y detras venían otros tantos Lanceros con sus capitanes, y por los lados del camino y por el mismo camino iban corredores fides, descubriendo lo que había, y avisando la ida del Señor; y acudía tanta gente por lo ver, que parecía que todos los cerros y laderas estaba lleno de ella, y todos le daban las bendiciones, alzando alaridos, y grita grande á su usanza, llamándole, *Ancha atúnapo indichiri campa capalla apatuco pacha camba bolla Yulley*, que en nuestra lengua dirá "Muy grande y poderoso Señor, hijo del Sol, tu solo eres Señor, todo el mundo te oya en verdad," y sin esto le decían otras cosas más altas, tanto que poco faltaba para le adorar por Dios. Todo el camino iban Indios limpiándolo, de tal manera que ni yerva ni piedra no parecía, sino todo limpio y barrido. Andaba cada cuatro leguas, o lo que

<sup>2</sup> Sobre esta palabra.

el quería, paraba lo que era servido, para entender el estado de su Reyno, oía alegremente a los que con quejas le venían, remediando, y castigando a quien hacía injusticias; los que con ellos iban no se desmandaban a nada ni salían un paso del camino. Los naturales proveían a lo necesario, sin lo cual lo había tan cumplido en los depositos, que sobraba, y ninguna cosa faltaba. Por donde iba, salían muchos hombres y mujeres y muchachos a servir personalmente en lo que les era mandado, y para llevar las cargas, los de un pueblo las llevaban hasta otro, de donde los unos las tomaban y los otros las dejaban, y como era un día, y cuando mucho dos, no lo sentían, ni de ello recibían agravio ninguno. Pues yendo el Señor de esta manera, caminaba por su tierra el tiempo que le placía, viendo por sus ojos lo que pasaba, y proveyendo lo que entendía que convenía, que todo era cosas grandes e importantes; lo cual hecho, daba la vuelta al Cuzco, principal ciudad de todo su imperio.

Núm. 2.—Véase tom. I, pag. 69.

DESCRIPCION DEL CAMINO REAL QUE HICIERON LOS INCAS POR LAS CUMBRES, DE QUITO AL CUZCO. TOMADA DE LA RELACION DE SARMIENTO, MS.

Una de las cosas de que yo más me admiré, contemplando y notando las cosas de estos Reynos, fue pensar como y de qué manera se pudieron hacer caminos tan grandes y soberbios como por el vemos, y que fuerzas de hombres bastaran á lo hacer, y con que herramientas y instrumentos pudieron allanar los montes y quebrantar las peñas para hacerlos tan anchos y fue

nos como estan, porque me parece que si el Emperador quisiese mandar hacer otro Camino Real como el que bá del Quito al Cuzco ó sale del Cuzco para ir á Chile, ciertamente creo, con todo su poder, para ello no fuese poderoso, ni fuerzas de hombres lo pudieien hacer, sino fuese con la orden tan grande que para ellos los Ingas mandaron que hubiese: porque si fuera Camino de cinquenta leguas, ó de ciento, ó de doscientas, es de creer que aunque la tierra fuera mas áspera, no no se tubiera en mucho con buena diligencia hacerlo; mas estos eran tan largos que habia alguno que tenia mas de mil y cien leguas, todo hechado por Sierras tan grandes y espantosas que por algunas partes mirando abajo se quitaba la vista, y algunas de estas Sierras derechas y llenas de piedras, tanto que era menester cavar por las laderas en peña viva para hacer el camino ancho y llano, todo lo qual hacian con fuego y con sus picos; por otros lugares habia subidas tan altas y ásperas, que hacian desde lo bajo escalones para poder subir por ellos á lo mas alto, haciendo entre medias de ellos algunos descansos anchos para el reposo de la gente; en otros lugares havia montones de nieve que eran mas de temer, y estos no en un lugar sino en muchas partes, y no asi como quiera sino que no bá ponderado ni encarecido como ello és, ni como lo vemos, y por estas nieves y por donde havia montañas, de árboles y cespedes lo hacian llano y empedrado si menester faese. Los que leyeren este Libro y hubieren estado en el Perú, miren el camino que ba desde Lima á Xauxa por las Sierras tan asperas de Guayaquire y por las montañas nevadas de Pavaçaca, y entenderán lo que á ellos lo oyeren si esmas lo que ellos vieron que no lo que yo escrivo.

Núm. 3.—Vease, tom. I, pag. 85.

POLITICA QUE OBSERVAN LOS INCAS EN SUS CONQUISTAS. SACADO DE LA RELACION DE SARMIENTO. MS.

Una de las cosas de que mas se tiene envidia á estos Señores, és entender quan bien supieron conquistar tan grandes tierras y ponerlas con su prudencia en tanta razon como los Españoles las hallaron quando por ellos fué descubierto este Reyno, y de que esto sea asi muchas veces me acuerdo yo estando en alguna Provincia indomita fuera de estos Reynos oír luego á los mismos Españoles yo aseguro que si los Ingas anduvieran por aquí que otra cosa fuera esto, es decir no conquistaran los Ingas esto como lo otro porque supieran servir y tributar, por manera que quanto á esto, conocida esta la ventaja que nos hacen pues con su orden las gentes vivian con ella y crecian en multiplicacion, y de las Provincias esteriles hacian fertiles y abundantes en tanta manera y por tan galana orden como se dirá, siempre procuraron de hacer por bien las cosas y no por mal en el comienzo de los negocios, despues algunos Ingas hicieron grandes castigos en muchas partes, pero antes todos afirman que fué grande con la benevolencia y amicitia que procurahan el atraer á su servicio estas gentes, ellos salian del Cuzco con su gente y aparato de guerra y caminaban con gran concierto hasta cerca de donde havian de ir, y querian conquistar, donde muy bastantemente se informaban del poder que tenían los enemigos y de las ayudas que podrian tener y de que parte les podrian venir favores y por que camino, y esto entendido por ellos, procuraban por las vias á

ellos posibles estorvar que no fuesen socorridos ora con dones grandes que hacian ora con resistencias que ponian entendiendo sin esto de mandar hacer sus fuertes, los quales eran en Cerro ó ladera hechos en ellos ciertas Cercas altas y largas, con su puerta cada una, porque perdida la una pudiesen pasarse a la otra y de la otra hasta lo mas alto, y embiabau esanchas <sup>3</sup> de los confederados para marcar la tierra y ver los caminos y conocer del arte que estaban aguardando y por donde havia mas mantenimiento, aviendo por el camino que havian de llevar y la orden con que havian de ir, embiabales mensageros propios con los quales les embiaba á decir, que él los queria tener por parientes y aliados, por tanto que con buen animo y corazon alegre se saliesen á lo recevir y recevirlo en su Provincia para que en ella le sea dada la obediencia como en las demas, y porque lo hagan con voluntad, embiaba presentes á los Señores naturales, y con esto y con otras buenas maneras que tenia entraron en muchas tierras sin guerra, en las quales mandaban á la gente de guerra que con él iba que no hiciesen daño ni injuria ninguna ni robo ni fuerza, y si en tal Provincia no havia mantenimiento mandaba que de otra parte se proveyese, porque á los nuevamente venido á su servicio no les pareciese desde luego pesado su mando y concimiento, y el conocerle y aborrecerle fuese en un tiempo, y si alguna de estas Provincias no havia ganado mandaba luego que les diese por quenta tantas mil Cavezas, lo cual mandaban que mirasen mucho y con ello multiplicasen para proberse de Lanas para sus ro-

<sup>3</sup> No acierto con el significado de esta palabra.

pas, y que no fuesen asados de comer ni matar ninguna cria por los años y tiempo que les señalaba, y si havia ganado y tenian de otra cosa falta era lo mismo, y si estaban en Collados y arsenales bien les hacian entender con buenas palabras que hiciesen Pueblos y Casas en lo mas llano de las Sierras y laderas, y como muchos no eran diestros en cultivar las tierras abecavanles <sup>4</sup> como lo habian de hacer imponiendoles en que supiesen sacar acequias y regar con ellas los campos, en todo los havian de proveer tan concertadamente que quando entraba por amistad algunos de los Ingas en Provincias de estas, en brebe tiempo quedaba tal que parecia otra y los naturales le daban la obediencia consintiendo que sus delegados quedasen en ellos, y lo mismo los Mitimaes; en otras muchas que entraron de guerra y por fuerza de armas mandabse que en los mantenimientos y Casas de los enemigos se hiciese poco daño, diciéndoles el Señor, presto serán estos nuestros como los que ya lo son como estotengan conocido, procuraban que la guerra fuese la mas liviana que ser pudiese, no obstante que en muchos lugares se dieron grandes batallas, porque todavía los naturales de ellos querian conservarse en la libertad antigua sin perder sus Costumbres y Religión por tomar otras estrañas, mas durando la guerra siempre havian los Yngas lo mejor, y vencidos no los destruian de mucho, antes mandaban restituir los Presos si algunos havia y el despojo y ponerlos en posesion de sus haciendas y señorío, amonestandoles que no querian ser locos en tener contra su Persona Real competencias ni dejar su amistad, antes querian <sup>5</sup> ser sus ami-

<sup>4</sup> Avezabanlos, esto es en. <sup>5</sup> Quieran señalanles.

gos como lo son los comarcanos suyos, y diciendoles esto, dabaules algunas mugeres hermosas y, presas<sup>6</sup> ricas de Lana ó de metal de oro, con estas dadivas y buenas palabras havia la voluntad de todos, de tal manera que sin ningun temor los huidos á los montes se bolvian á sus casas y todos dejaban las armas y el que mas veces veia al Ynga se tenia por mas bien aventurado y dichoso. Los Señorios nunca los tirahan á los naturales, á todos mandaban unos y otros que por Dios adorasen el Sol, sus demas religiones y costumbres no se las prohibian, pero mandabanles que se governasen por las leyes y costumbres que se gobernaban en el Cuzco y que todos hablasen en la Lengua general, y puesto Governador por el Señor con guarniciones de gente de guerra, parten para lo de adelante; y si estas Provincias eran grandes, luego se entendia en edificar Templo del Sol y colocar las mugeres que ponian en los demas y hacer Palacios para los Señores, y cobraban para los trivutos que havian de pagar sin llevarles nada demasiado ni agraviarles en cosa ninguna, encaminandoles en su policia y en que supiesen hacer edificios y traer ropas largas y vivir concertadamente en sus Pueblos, á los quales si algo les faltaba de que tubiesen necesidad eran provehidos y enseñados como lo havian de sembrar y beneficiar, de tal manera se hacia esto que sabemos en muchos Lugares que no havia maiz, tenello despues sobrado, y en todo lo demas andaban como salvages mal vestidos y descalsos, y desde que conocieron á estos Señores usaron de Camisetas lares<sup>7</sup> y mantas y las

6 Tal vez *prescas*.

7 *Aeaso talaris*.

mugeres lo mismo y de otras buenas cosas, tanto que para siempre habra memoria de todo ello; y en el Collao y en otras partes mandó pasar Mitimaes á la Sierra de los Andes para que sembrasen maiz y coca y otras frutas y raizes de todos los Pueblos la cantidad combeniente, los quales con sus mugeres vivian siempre en aquella parte donde sembraban y cojian tanto de lo que digo que se sentia poco la falta por traer mucho de estas partes y no hacer pueblo ninguno por pequeño que fuese que no tuviese de estos Mitimaes. Adelante trataremos quantas suertes havia de estos Mitimaes y hacian los unos y entendian los otros.

Núm. 4.—Véase tom. 1. pág. 185.

EXTRACTO DE LA ULTIMA VOLUNTAD Y TESTAMENTO DE MANCIO SIERRA LEJESEMA, MS.

[El que sigue es el preámbulo del testamento de uno de los Conquistadores llamado Lejesema. Está en forma de una confesion *in articulo mortis*, y parece hecha con el objeto de descargar la conciencia del escritor, quien trataba de expiar sus propios pecados con este sincero aunque tardio tributo á las virtudes de los vencidos. Como la obra en que se halla es difícil de conseguir, he copiado todo el preámbulo.]<sup>8</sup>

Verdadera confesion y protestacion en artículo de muerte hecha por uno de los primeros españoles conquistadores del Peru, nombrado Mancio Sierra Lejesema, con su testamento otorgado en la ciudad del Cuzco el dia 15 de Setiembre de 4589<sup>9</sup> ante Gerónimo

8 Este preámbulo del testamento de Mancio Sierra Lejesema, como lo llama el autor) lo he copiado directamente de la Crónica del P. Calancha, pues la copia del autor está errada en diversos lugares.

9 A 18 de Setiembre dice la Crónica, en la que no se encuentra por supuesto este primer párrafo.

Sanchez de Quezada escribano publico: la qual la trae el P. Fr. Antonio Calancha del orden de hermitaño de San Agustin en la cronica de su religion en el lib. 1, cap. 15, folio 98, y es del tenor siguiente.

Primeramente antes de empezar el dicho mi testamento, decláro que á muchos años que yo he deseado tener órden de advertir á la Católica Real Magestad del Rey Don Felipe nuestro Señor, viendo cuán católico y cristianísimo es; y cuán celoso del servicio de Dios N. S. por lo que toca al descargo de mi ánima, á causa de haber yo sido mucha parte en el descubrimiento i conquista i poblacion destes Reynos, quando los quitamos á los que eran Señores Ingas que los poseian i regian como suyos, i los pusimos debajo de la Real Corona que entienda su Magestad Católica, que allamos estos Reynos de tal manera, que los dichos Ingas los tenían gobernados de tal manera, que en todos ellos no avia un ladron, ni onbre vicioso ni olgaçan, ni una muger aduitera, ni mala, ni se permitia entre ellos ni gente de mal vivir en lo moral, que los onbres tenían sus ocupaciones onestas i provechosas, i que las tierras i montes i minas, pastos i cazas i maderas i todo genero de aprovechamientos estava gobernado i repartido de suerte, que cada uno conocia i tenia su hacienda; sin que otro ninguno se la ocupase, ni tomase, ni sobre ello avía pleytos, i que las cosas de la guerra aunque eran muchas, no inpedian á las del comercio, ni estas á las cosas de la labrança, é cultivar de las tierras, ni otra cosa alguna, i que en todo desde lo mayor, asta lo mas menudo tenia su orden i concierto con mucho asiento, i que los Yngas erae temidos i obedecidos i respetados de sus subditos, como gente muy capaz i de

mucho gobierno, i que lo mesmo eran sus Gobernadores i Capitanes, i que como en estos allamos la fuerça i el mando, y la resistencia para poderlos sugetar é oprimir al servicio de Dios N. S. i quitarle su tierra i ponerla debajo de la Real Corona, fué necesario quitarles totalmente el poder i mando, i los bienes como selos quitamos a fuerça de armas, i que mediante averlo permitido N. S. nos fue posible sugetar este Reyno de tanta multitud de gente y riquezas i de Señores los izimos siervos tan sugetos, como se vè, i que entienda su Magestad, que el intento que me mueve á azer esta relacion, es por el descargo de mi cocciençia, i por hallarme culpado en ello, pues avemos destruido con nuestro mal ejemplo gente de tanto gobierno, como eran estos naturales, i tan quitados de cometer delitos, ni exesos, así onbres, como mugeres, tanto que el Yndio que tenia cien mil pesos de oro y plata en su casa y otros Yndios, la dejavan abierta, puesta una escoba, ó un palo pequeño; atravesado en la puerta para seña, que no estava allí su dueño, i con esto segun su costumbre, no podia entrar nadie dentro ni tomar cosa de las que allí avia, y quando ellos vieron que nosotros poniamos puertas i llaves en nuestras casas, entendieron que era de miedo de ellos, porque no nos matasen, pero no porque creyesen que ninguno urtase, ni tomase otro su azienda, i así quando vieron que avia entre nosotros ladrones i onbres que incitavan a pecado a sus mugeres é ijas, nos tuvieron en poco, i an venido atal rotura en ofensa de Dios estos naturales por el mal egemplo que les avemos dado en todo que aquel estremo de no azer cosa mala, se á convertido en que oy

ninguna, ó pocas azen buenas, i requiere remedio, i este toca á Su Magestad, para que descargue su conciencia, i se lo advierto, pues no soy parte para mas, i con esto suplico á mi Dios me perdone, i mueveme á decirlo, por ver que soy el póstrero que muero de todos los descubridores i conquistadores, que como es notorio, ya no ay ninguno sino yo en este Reyno, ni fuera del, i con esto ago lo que puedo para descargar mi conciencia.

Núm. 5.—Véase tom. 1. pág. 259.

CONFERENCIA DE ALMAGRO CON PEDRARIAS EN QUE ESTE ULTIMO RENUNCIO A SU PARTE EN LOS PRODUCTOS DER DESCUBIMIENTO DEL PERU, TOMADA DE OVIEDO HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS, MS., PARTE 2, CAP. 23. 10

“ En el qual tiempo [febrero de 1527] yo tuve ciertas cuentas con Pedrarias, y haciendo la averiguacion dellas en su casa, donde nos juntábamos á cuentas, entró el Capitan Diego de Almagro un dia, e le dijo: señor, ya vmd. sabe que en esta armada é descubrimiento del Perú tenéis parte con el capitan Francisco Pizarro, y con el maestro escuela don Fernando de Luque, mis compañeros, y conmigo, y que no habeis puesto en ella cosa alguna; y que nosotros estamos perdidos, é habemos gastado nuestras haciendas y las de otros nuestros amigos, y nos cuesta hasta el presente sobre quince mil castellanos de oro, e agora el capitan Francisco Pizar-

10 El autor inserta este trozo lugar el parage original de Oviedo segun le trae Quintana en sus Españoles Célebres, tom. II. mas en vez de volverlo á traducir al castellano, he colocado en Apéndice 3º á la vida de Pizarro.

ro e los cristianos que con él están tienen mucha necesidad de socorro, e gente, e caballos, e otras muchas cosas para proveerlos, porque no nos acabemos de perder, ni se pierda tan buen principio como el que tenemos en esta empresa, de que tanto bien se espera. Suplico á V. S. que nos socorrais con algunas vacas para hacer carnes, y con algunos dineros para comprar caballos y otras cosas de que hay necesidad, como jarcias y lonas e pez para los navios, que en todo se terná buena cuenta y la hay de lo que hasta aqui se ha gastado, para que así goce cada uno é contribuya por rata segun la parte que tuviere; e pues sois participe en este descubrimiento por la capitulacion que tenemos, no seais, señor, causa que el tiempo se haya perdido y nosotros con él; ó si no quereis atender el fin de este negocio, paga de los que hasta aqui os cabe por rata, y dejémoslo todo. A lo qual Pedrarias, despues que holo dicho Almagro, respondió muy enojado, e dijo: Bien parece que dejo yo la gobernacion, pues vos decís eso, que lo que yo pagára sino me hubieran quitado el oficio, fuera que mediérades muy estrecha cuenta de los cristianos que son muertos por culpa de Pizarro e vuestra, e que habeis destruido la tierra al rey, e de todos esos desórdenes e muertos habeis de dar razon, como presto lo vereis antes que salgais de Panamá. A lo qual replicó el Capitan Almagro, e le dijo: señor dejaos deso, que pues hay justicia el juez que nos tengan en ella, muy bien es que todos den cuenta de los vivos e de los muertos, e no faltará á vos, Señor, de que deis cuenta, e yo la daré á Pizarro de manera que el Emperador N. S. nos haga muchas mercedes por nuestros servicios; pa-

gad si quereis gozar de esta empresa, puesque no sudais ni trabajais en ella, ni habeis puesto en ello sino una ternera que nos distes al tiempo de la partida, que podrá valer dos ó tres pesos de oro; ó alzad la mano del negocio, y soltaros hemos la mitad de lo que nos debeis en lo que se ha gastado. A esto replicó Pedrarias, riéndose de mala gana, e dijo: no lo perdédes todo, e me dareis cuatro mil pesos, e Almagro dijo: todo lo que nos debeis os soltamos, e dejadnos con Dios acabar de perder ó ganar. Como Pedrarias vido que ya le soltaban lo que él debía en el armada, que á buena cuenta eran mas de cuatro ó cinco mil pesos, dijo ¿que me dareis de mas deso? Almagro dijo: daros he trescientos pesos, muy enojado; y juraba á Dios que no los tenia, pero que él los buscaria, por se apartar dél e no le pedir nada. Pedrarias replicó e dijo, y aun dos mil medareis; entonces. Almagro dijo: daros he quinientos: mas de mil me dareis dijo Pedrarias; e continuando su enojo Almagro dijo: mil pesos os doy y no los tengo, pero yo daré seguridad de los pagar en el término que me obligare: e Pedrarias dijo que era contento, e así se hizo cierta escritura de concierto en que quedó de le pagar mil pesos de oro con que se saliese, como se salió, de la Compañia Hedrarias, e alzó la mano del todo aquello, é yo fui uno de los testigos que firmaron el asiento e conveniencia, e Pedrarias se desistió e renunció todo su derecho en Almagro e su Compañia, y de esta forma salió del negocio, y por su poquedad dejó de atender para gozar de tan gran tesoro, como es notorio que se ha habido en aquellas partes.<sup>11</sup>

Núm. 6.—Véase tom. I, pag. 263.

CONTRATO ENTRE PIRARRO, ALMAGRO Y LUQUE. SACADO DE LOS ANALES DE MONTESINOS, MS., AÑO 1526.

[Este memorable contrato celebrado entre tres aventureros para el descubrimiento y division de un imperio, se encuentra por entero en la historia manuscrita de Montesinos, la que es mas apreciable por hallarse en ella este y otros documentos originales, que por su mérito propio. Este instrumento, que puede considerarse como la base de las operaciones de Pizarro, es casi indispensable que vaya añadido á una historia de la Conquista del Perú]<sup>11</sup>

En el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu-Santo, tres personas distintas y un solo Dios Verdadero, y de la santísima Virgen nuestra Señora hacemos esta compañía.—

Sepan cuantos esta carta de compañía vieren como yo Don Fernando de Luque, clérigo presbítero, vicariode la santa iglesia de Panamá, de la una parte; y de la otra el capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos en esta ciudad de Panamá, decimos: que somos concertados y convenidos de hacer y formar compañía la cual sea firme y verdadera para siempre jamas en esta manera:—Que por cuanto nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, tenemos licencia del Señor gobernador Pedro Arias de Avila, para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reinos llamados del Peru, que está, por noticia que hay, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte; y porque para hacer la di-

<sup>11</sup> Este contrato lo trae también formé al que inserta el autor que bien Quintana (apend. 2º á la no se nota una sola variante- vida de Pizarro,) y está tan su-

cha Conquista y jornada y navios y gente y bastimento y otras cosas que son necesarias, no lo podemos hacer por no tener dinero y posibiidad tanta cuanta es menester; y vos el dicho Don Fernando de Luque nos los dais porque esta Compañia la hagamos por iguales partes: somos contentos y convenidos de que todos tres hermanablemente, sin que hayan de haber ventaja ninguna mas el uno que el otro, ni el otro que el otro de todo lo que se descubriere, ganare y conquistare, y poblar en los dichos reinos y provincias del Perú. Y por quanto vos el dicho D. Fernando de Luque nos disteis, y poneis de puesto por vuestra parte en esta dicha compañía para gastos de la armada y gente que se hace para la dicha jornada y conquista del dicho reino del Perú, veinte mil pesos en barras de oro y de á cuatrocientos y cincuenta maravedis el peso, los cuales los recibimos luego en las dichas barras de oro que pasaron de vusstro poder al nuestro en presencia del escribano de esta carta, que lo valió y montó; y yo Hernando del Castillo doy fé que los vide pesar los dichos veinte mil pesos en las dichas barras de oro y lo recibieron en mi presencia los dichos Capitan Franciseo Pizarro y Diego de Almagro, y se dieron por contentos y pagados de ella. Y nos los dichos Capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro ponemos de vuestra parte en esta dicha compañía la merced que tenemos del dicho señor gobernador, y que la dicha conquista y reino que descubriremos de la tierra del dicho Perú, que en nombre de S. M., nos ha hecho, y las demas mercedes que nos eiciere y acrecentare S. M. y los de su consejo de las Indias de aqui adelante, para que de todo goceis y hayais vuestra tercera parte, sin que en co-

sa alguna hayamos de tener mas parte cada uno de nos, el uno que el otro, sino que hayamos de todo ello partes iguales. Y mas ponemos en esta dicha Compañia nuestras personas y el haber de hacer la dicha Conquista y descubrimiento con asistir con ellas en la guerra todo el tiempo que se tardare en conquistar y ganar y poblar el dicho reino del Perú, sin que por ello hayamos de llevar ninguno ventaja y parte mas de la que voz el dicho Don Fernando de Luque llevaredes, que ha de ser por iguales partes todos tres asi de los aprovechamientos que con nuestras personas tubieremos, y ventajas de las partes que nos cupieren en la guerra y en los despojos y ganancias y suertes que en la dicha tierra del Perú hubiéremos y gozaremos, y nos cupieren por cualquier via y forma que sea asi á mi el dicho capitan Francisco Pizarro como á mi Diego de Almagro, habeis de hader de todo ello, y es vuestro, y os lo daremos bien y fielmente, sin defraudaros en cosa alguna de ello, la tercera parte, porque desde ahora en lo que Dios nuestro Señor nos diere, decimos y confesamos que es vuestro y de vuestros herederos y sucesores, de quien en esta dicha Compañia succediere y lo hubiere de haber, en vuestro nombre se lo daremos, y le daremos cuenta de todo ello á vos, y á vuestros sucesores, quieta y pacificamente, sin llevar mas parte cada uno de nos, que vos el dicho Don Fernando de Luque, y quien vuestro poder hubiere y le perteneciere; y asi de cualquier dictado y estado de señorio perpetuo, o por tiempo señalado que su S. M. nos hiciera merced en el dicho reino del Perú, así á mí el dicho capitan Francisco Pizarro, ó á mí el dicho Diego de Al-

magro, ó á cualquiera de nos, sea vuestro el tercio de toda la renta y estado y vasallos que á cada uno de nos se nos diera y hiciese merced en cualquiera manera ó forma que sea en el dicho reino del Perú por via de estado, ó renta, repartimiento de indios, situaciones, vasallos, seais señor y goceis de la tercia parte de ello como nosotros mismos, sin adición ni condición ninguna, y si la hubiere y alegáremos, yo el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y en nuestros nombres nuestros herederos que no seamos oídos en juicio ni fuera de él, y nos damos por condenados en todo y por todo como en esta escritura se contiene para lo pagar y que haya efecto; y yo el dicho Don Fernando de Luque haya la dicha compañía en la forma y manera que de suso está declarado, y doy los veinte mil pesos de buen oro para el dicho descubrimiento y conquista del dicho reino del Perú, á pérdida ó ganancia, como Dios nuestro Señor sea servido, y de lo sucedido en el dicho descubrimiento de la dicha gobernación y tierra, he yo de gozar y haver la tercera parte, y la otra tercera para el capitán Francisco Pizarro, y la otra tercera para Diego de Almagro, sin que el uno lleve mas que el otro, así de estado de señor, como de repartimiento de indios perpétuos, como de tierras y solares y heredades; como de tesoros ó escondijos encubiertos, como de cualquier riqueza ó aprovechamiento de oro, plata, perla, esmeraldas, diamantes y rubíes, y de cualquier estado y condición que sea, que los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro hayais y tengais en el dicho reino del Perú, me habeis de dar la tercera parte. Y nos el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego

de Almagro decimos que aceptamos la dicha compañía y la hacemos con el dicho Don Fernando de Luque de la forma y manera que lo pide él, y lo declara para que todos por iguales partes hayamos en todo y por todo, así de estados perpétuos que S. M. nos hiciese mercedes en vasallos ó indios ó en otras cualesquiera rentas, goce el derecho Don Fernando de Luque, y haya la dicha tercia parte de todo ello enteramente, y goce de ello como cosa suya desde el día que S. M. nos hiciere cualesquiera mercedes como dicho es. Y para mayor verdad y seguridad de esta escritura de compañía, y de todo lo en ella contenido, y que os acudirémos y pagarémos nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro á vos el dicho Fernando de Luque con la tercia parte de todo lo que se hubiere, y descubriere, y nosotros hubiéremos por cualquiera via y forma que sea, para mayor fuerza de que lo cumpliremos como en esta escritura se contiene, juramos á Dios nuestro Señor y á los Santos Evangelios donde mas largamente son escritos y estan en este libro Misal, donde pusieron sus manos el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hicieron la señal de la Cruz en semejanza de esta f con sus dedos de la mano en presencia de mí el presente escribano, y dijeron que guardarán y cumplirán esta dicha compañía y escritura en todo y por todo, como en ello se contiene, sopena de de infames y malos cristianos, y caer en caso de menos valer; y que Dios se lo demande mal y caramente; y dijeron el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amen; y así lo juramos y le daremos el tercio de todo lo que descubriésemos y conquistáremos y

pobláremos en el dicho reino y tierra del Perú, y que goce de ello como nuestras personas, de todo aquello en que fuere nuestro y tuviéremos parte como dicho es en esta dicha escritura; y nos obligamos de acudir con ello á vos el dicho Don Fernando de Luque, y á quien en vuestro nombre le perteneciére y hubiere de haber, y les daremos cuenta con pago de todo ello cada y cuando que se nos pidiere, hecho el dicho descubrimiento y conquista y poblacion del dicho reino y tierra del Perú; y prometemos que en la dicha conquista y descubrimiento nos ocuparemos y trabajaremos con nuestras personas sin ocuparnos en otra cosa hasta que se se conquiste la tierra y se ganare, y si no lo hiciéremos seamos castigados por todo rigor de justicia por infames y perjuros, seamos obligados á volver á vos el dicho D. Fernando de Luque los dichos veinte mil pesos de oro que de vos recibimos. Y para cumplir y pagar y haber por firme todo lo en esta escritura contenido, cada por lo que le toca, renunciaron todas y cualquier leyes y ordenamientos, y pramáticas, y otras cualesquier constituciones, ordenanzas que estén fechas en su favor, y cualesquiera de ellas para que aunque las pidan y aleguen, que no les valga. Y valga esta escritura dicha, y todo lo en ella contenido, y traiga aparejada y debida ejecucion asi en sus personas como en sus tierras y muebles y raíces habidos y por haber; y para lo cumplir y pagar, cada uno por lo que le toca, obligaron sus personas y bienes habidos y por haber segun dicho es, y dieron poder cumplido á cualesquier justicias y jueces de S. M. para que por todo rigor y mas breve remedio de derecho les compelan y apremien á lo así cumplir

y pagar, como si lo que dicho es fuese sentencia definitiva de juez competente pasada en cosa juzgada; y renunciaron cualesquier leyes y derecho que en su favor hablan, especialmente la ley que dice: Que general renunciacion de leyes no vala: Que es fecha en la ciudad de Panamá á diez dias del mes de marzo, año del nacimiento del nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos veinte y seis años: testigos que fueron presentes á lo que dicho es Juan de Panés, y Alvaro del Quiro y Juan de Vallejo, vecinos de la ciudad de Panamá, y firmó el dicho Don Fernando de Luque, y porque no saben firmar el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, firmaron por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro del Quiro, á los cuales otorgantes yo el presente escribano doy fé que conozco. D. Fernando de Luque.—A su ruego de Francisco Pizarro—Juan de Panés; y á su ruego de Diego de Almagro—Alvaro del Quiro: E yo Hernando del Castillo, escribano de S. M. y escribano público y del número de esta ciudad de Panamá, presente fuí al otorgamiento de esta carta, y la fice escribir en estas cuatro fojas con esta, y por ende fice aquí este mi signo á tal en testimonio de verdad. Hernando del Castillo, escribano público.

Núm. 7.—Véase tom. I. pág. 235 y 348.

CAPITULACION HECHA POR FRANCISCO PIZARRO CON LA REINA, EN TOLEDO A 26 DE JULIO DE 1529, MS.

[El Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete, director que fué de la Real Academia de la Historia de Madrid me franqueó una copia de este documento. Aunque bastante largo no es de menos impor-

tancia que el contrato que precede y ambos forman la base sobre la que puede decirse se fundó la empresa de Pizarro y de sus socios.] <sup>12</sup>

LA REINA.—Por cuanto vos, el capitán Francisco Pizarro, vecino de Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del venerable padre D. Fernando de Luque, maestro escuela y provisor de la iglesia del Darien, sede vacante, que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitán Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicisteis relación, que vos e los dichos vuestros compañeros con deseo de nos servir é del bien e acrecentamiento de nuestra corona real, puede haber cinco años poco mas ó menos, que con licencia e parecer de Pedrarias Dávila, nuestro gobernador e capitán general que fué de la dicha Tierra firme, tomastes cargo de ir á conquistar, descubrir e pacificar e poblar por la costa del mar del Sur, de la dicha tierra á la parte del Levante, á vuestra costa e de los dichos vuestros compañeros, todo lo mas que por aquella parte pudieredes, e hicisteis para ello dos navíos e un bergantín en la dicha costa, en que así en esto por se haber de pasar la jarcia e aparejos necesarios al dicho viage e armada desde el Nombre de Dios, que es la costa del Norte, á la otra costa del Sur, como con la gente y otras cosas necesarias al dicho viage e tornar a rehacer la dicha armada, hastásteis mucha suma de pesos de oro, e fuisteis á hacer e hicisteis el dicho descubrimiento, donde pasastes muchos peligros e trabajo, a causa de lo cual os

<sup>12</sup> Esta capitulación se halla con la del autor no presenta variación alguna. también en Quito (apud. 4.º) y en la Villa de Pizarro y rotunda

dejó toda la gente que con vos iba en una isla des poblada con solos trece hombres que no vos quisieron dejar, y que con ellos e con el socorro que de navíos e gente vos hizo el dicho capitán Diego de Almagro, pasastes de la dicha isla e descubristes las tierras e provincias del Perú e ciudad de Tumbes, en que habeis gastado vos e los dichos vuestros compañeros mas de treinta mil pesos de oro, e que con el deseo que teneis de nos servir querriades continuar la dicha conquista e población á vuestra costa e misión, sin que en ningún tiempo seamos obligados á vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hiciéredes, mas de lo que en esta capitulación vos fuese otorgado, e me suplicásteis e pedisteis por merced vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras, e vos concediese e otorgase las mercedes, e con las condiciones que de uso serán contenidas; sobre lo cual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulación siguiente.

Primeramente doy licencia y facultad a vos el dicho Capitán Francisco Pizarro, para que por nos y en nuestro nombre e de la corona real de Castilla, podais continuar el dicho descubrimiento, conquista y población de la dicha provincia del Perú, fasta ducientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas ducientas leguas comienzan desde el pueblo que en lengua de indios se dice Tenumpuela, e despues le llamasteis Santiago, hasta llegar al pueblo de Chíncha, que puede haber las dichas ducientas leguas de costa, poco mas o menos.

Item. Entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro, y por honrar vuestra per-

sona, e por Vos hacer merced, prometemos de vos hacer nuestro gobernador e Capitan general de toda la dicha provincia del Pirú e tierras y pueblos que al presente hay e adelante hubiere en todas las dichas du-  
cientas leguas, por todos los dias de vuestra vida, con salario de setecientos e veinte y cinco mill maravedís cada año, contados desde el dia que vos hiciédes a la vela destes nuestros reinos para continuar la dicha pobla-  
cion e conquista, los cuales vos han de ser pagados de las rentas y derechos a nos pertenecientes en las dichas tierras que así habeis de poblar; del cual salario habeis de pagar en cada un año un alcalde mayor, diez escuderos, e treinta peones, e un médico, e un boticario, el cual salario vos ha de ser pagado por los nuestros oficiales de la dicha tierra.

Otrosí: Vos hacemos merced de título de nuestro adelantado de la dicha provincia del Pirú, e ansimismo del oficio de alguacil mayor de ella, todo ello por los dias de vuestra vida.

Otrosí: Vos doy licencia para que con parecer y acuerdo de los dichos nuestros oficiales podais hacer en las dichas tierras e provincias del Perú, hasta quatro fortalezas, en las partes y lugares que mas conven-  
gan, pareciendo a vos e a los dichos nuestros oficiales ser necesarias para guarda e pacificacion de la dicha tierra, e vos haré merced de las tenencias dellas, para vos, e para los herederos, e subcesores vuestros, uno en pos de otro, con salario de setenta y cinco mill maravedís en cada un año por cada una de las dichas fortalezas, que así estuviéren hechas, las cuales habeis de hacer á vuestra costa, sin que nos, ni los reyes que

despues de nos vinieren, seamos obligados a] vos lopa-  
gar al tiempo que así lo gastáredes, salvo dende en cinco años despues de acabada la fortaleza, pagándoos en cada un año de los dichos cinco años la quinta parte de lo que se montare el dicho gasto, de los frutos de la dicha tierra.

Otrosí: Vos hacemos merced para ayuda a vuestra costa de mill ducados en cada un año por los dias de vuestra vida de las rentas de las dichas tierras.

Otrosí: Es nuestra merced, acatando la buena vida e doctrina de la persona del dicho don Fernando de Luque de le presentat a nuestro muy Sancto Padre por obispo de la ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia y governacion del Perú, con límites e diciones que por nos con autoridad apostólica serán señalados; y entretanto que vienen las bulas del dicho obispado, le hacemos protector universal de todos los indios de dicha provincia, con salario de mill ducados en cada un año, pagado de nuestras rentas de la dicha tierra, entretanto que hay diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.

Otrosí: Por quanto nos habedes suplicado por vos en el dicho nombre vos hiciere merced de algunos vasallos en las dichas tierras, e al dresente lo dejamos de hacer por no tener entera relacion de ellas, es nuestra merced que entretanto que informados proveamos en ello lo que a nuestro servicio e a la enmienda e satisfaccion de vuestros trabajos e servicios conviene, tengais la veintena parte de los pechos que nos tuviéremos en cada un año de la dicha tierra, con tanto que no exceda de mill y quinientos ducados, los mill para

vos el dicho Capitan Pizarro, e los quinientos para el dicho Diego de Almagro.

Otrosí: Hacemos merced al dicho Capitan Diego de Almagro de la tenencia de la fortaleza que hay u obiere en la dicha ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia del Perú, con salario de cien mill maravedís cada un año, con mas ducientos mill maravedís cada un año de ayuda de costa, todo pagado de las rentas de la dicha tierra, de las cuales ha de gozar desde el día que vos el dicho Francisco Pizarro llegáredes a la dicha tierra, aunque el dicho Capitan Almagro se quede en Panamá, e en otra parte que le convenga; e le haremos home hijodalgo, para que goze de las honras e preminencias que los homes hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Yndias, islas e tierra firme del mar Oceano.

Otrosí: Mandamos que las dichas haciendas, e tierras, e solares que teneis en tierra firme, llamada Castilla del Oro, e vos están dadas como a vecino de ella, las tengais e gozeis, e hagais de ello lo que quisiéredes e por bien tuviéredes, conforme a lo que tenemos concedido y otorgado a los vecinos de la dicha tierra firme; e en lo que toca a los indios e naborias que teneis e vos estan encomendados, es nuestra merced e voluntad e mandamos que los tengais e sirvais de ellos, e que no vos serán quitados ni removidos por el tiempo que nuestra voluntad fuere.

Otrosí: Concedemos a los que fueren a poblar la dicha tierra que en los seis años primeros siguientes desde el día de la data de esta en adelante, que del oro que se cogiere de las minas nos paguen el diezmo, y cumpli-

dos los dichos seis años paguen el noveno, e así decendiendo en cada año uno hasta llegar al quinto: pero del oro e otras cosas que se obieren de rescatar, o cabalgadas o en otra cualquier manera, desde luego nos han de pagar el quinto de todo ello.

Otrosí: Franqueamos á los vecinos de la dicha tierra por los dichos seis años, y mas, y cuanto fuere nuestra voluntad, de almojarifazgo de todo lo que llevaren para proveimiento e provicion de sus casas, con tanto que no sea para lo vender; e de lo que vendieren ellos, e otras cualesquier personas, mercaderes e tratantes, ansimismo los franqueamos por dos años tan solamente.

Item: Prometemos que por término de diez años, e mas adelante hasta que otra cosa mandemos en contrario, no imponemos a los vecinos de las dichas tierras alcabulas ni otro tributo alguno.

Item. Concedemos a los dichos vecinos e pobladores que les sean dados por vos los solares y tierras convenientes a sus personas, conforme a lo que se ha hecho e hace en la dicha Isla Española; e ansimismo os daremos poder para que en nuestro nombre, durante el tiempo de vuestra gobernacion, hagais la encomienda de los Indios de la dicha tierra, guardando en ella las instrucciones e ordenanzas que vos serán dadas.

Item. A suplicacion vuestra hacemos nuestro piloto mayor de la mar del Sur á Bartolomé Ruiz, con setenta y cinco mil maravedís de salario en cada un año, pagados de la renta de la dicha tierra, de los cuales ha de gozar desde el día que le fuere entregado el titulo que de ello le mandaremos dar, e en las espaldas se asentará el juramento e solemnidad que ha de hacer

ante vos, e otorgado ante escribano. Asimismo daremos título de escribano de número e del consejo de la dicha ciudad de Tumbes, a un hijo de dicho Bartolomé Ruiz, siendo habil e suficiente para ello.

Otrosi: Somos contentos e nos place que vos eldicho capitán Pizarro, quanto nuestra merced e voluntad fuere, tengáis la gobernación e administración de los indios de la nuestra isla de Flores, que es cerca de Panamá, e goceis para vos e para quien vos quisiéredes, de todos los aprovechamientos que hobiere en la dicha isla, así de tierras como de solares, e montes, e árboles, e mineros, e pesquería de perlas, con tanto que seáis obligado por razon de ello a dar a nos e a los nuestros oficiales de Castilla del oro en cada un año de los que así fuere nuestra voluntad que vos la tengáis, ducientos mil maravedís, e mas el quinto de todo el oro e perlas que en cualquier manera e por cualesquier personas se sacare en la dicha isla de Flores, sin descuento alguno, con tanto que los dichos indios de la dicha isla de Flores no los podáis ocupar en la pesquería de las perlas, ni en las minas del oro, ni en otros metales, sino en las otras granjerías e aprovechamientos de la dicha tierra, para provision e mantenimiento de la dicha vuestra armada, e de las que adelante obiere de hacer para la dicha tierra; e permitimos que si vos el dicho Francisco Pizarro llegado á Castilla del oro, dentro de dos meses luego siguientes, declarades ante el dicho nuestro gobernador e juez de residencia que allí estubiere, que no vos queráis encargar de la dicha isla de Flores, que en tal caso no seáis tenido e obligado á nos pagar por razon de ello los dichos ducientos mil maravedís, e que se quede para nos la dicha isla, como agora la tenemos.

Item: Acatando lo mucho que han servido en el dicho viage e descubrimiento Bartolomé Ruiz, Cristoval de Peralta, e Pedro de Candia, e Domingo de Soria Luce, e Nicolas de Rivera, e Francisco de Cuellar, e Alonso de Molina, e Pedro Alcon, e Garcia de Jerez, e Antonio de Carrion, e Alonso Briceño, e Martin de Paz, e Joan de la Torre, e porque vos me lo suplicasteis e pedistes por merced, es nuestra merced e voluntad de les hacer merced, como por la presente vos la hacemos a los que de ellos no son idalgos que sean idalgos notorios de solar conocido en aquellas partes, e que en ellas e en todas las nuestras Indias, islas, y tierra firme del mar Océano, gocen de las preminencias e libertades, e otras cosas de que gozan, y deben ser guardadas a los hijosdalgo notorios de solar conocido dentro nuestros reinos, e a los que de los susodichos son idalgos, que sean caballeros de espuelas doradas, dando primero la informacion que en tal caso se requiere.

Item: Vos hacemos merced de veinte y cinco yeguas e otros tantos caballos de los que nos tenemos en la isla de Jamaica, e no las abiendo cuando las pidiéredes, no seamos tenido al precio de ellas, ni de otra cosa por razon de ellas.

Otrosi: Os hacemos merced de trescientos mil maravedís pagados en Castilla del Oro para el artillería e munición que habeis de llevar á la dicha Provincia del Perú, llevando fe de los nuestros oficiales de la casa de Sevilla de las cosas que así comprastes, e de lo que vos costó, contando el interese e cambio de ello, e mas os haré merced de otros ducientos ducados pagados en Castilla del Oro para ayuda al acarreto de la dicha ar-

tillería e municiones e otras cosas vuestras desde el Nombre de Dios so la dicha mar del Sur.

Otrosi: Vos daremos como licencia, por la presente vos la damos, para que destos nuestros reinos, e del e del reino de Portugal e islas de Cabo Verde, e de de vos, e quien vuestro poder hubiere, quisiéredes e por bien tuviéredes, podais pasar e paseis á la dicha tierra de vuestra gobernacion cincuenta esclavos negros en que haya a lo menos el tereio de hembras, libres de todos derechos á nos pertenecientes, con tanto que si los dejáredes e parte de ellos en la isla Española, San Joan, Cuba, Santiago e en Castilla del Oro, e en otra parte alguna los que de ellos ansi dejáredes, sean perdidos e aplicados, e por la presente los aplicamos a nuestra cámara e fisco.

Otrosi: Que hacemos merced y limosna ál hospital que se hiciese en la dicha tierra, para ayuda al remedio de los pobres que allá fueren, de cien mill maravedis librados en las penas aplicadas de la cámara de la dicha tierra. Asimismo á vuestro pedimento e consentimiento de los primeros pobladores de la dicha tierra, decimos que haremos merced, como por la presente la hacemos, a los hospitales de la dicha tierra de los derechos de la escubilla e relaves que hubiere en las fundiciones que en ella se hicieren e de ello mandaremos dar nuestra provision en forma.

Otrosi: Decimos que mandaremos, e por la presente mandamos que hayan e residan en la ciudad de Panamá, e donde vos fuere mandado, un carpintero e un calafate, e cada uno de ellos tenga de salario treinta mill maravedis en cada un año dende que comenzaron a

residir en la dicha ciudad, ó donde, como dicho es, vos le mandáredes; a los cuales les mandaremos pagar por los nuestros oficiales de la dicha tierra de vuestra gobernacion cuando nuestra merced y voluntad fuere.

Item: Que vos mandaremos dar nuestra provision en forma para que en la dicha costa del mar del Sur podais tomar cualesquier navios que hubiéredes menester, de consentimiento de sus dueños, para los viages que hobiéredes de hacer a la dicha tierra, pagando á los dueños de los tales navios el flete que jusio sea, no embargante que otras personas los tengan fletados para otras partes.

Asimismo que mandaremos, e por la presente mandamos e defendemos, que destos nuestros reinos no vayan ni pasen á las dichas tierras ningunas personas de las prohibidas que no puedan pasar á aquellas partes, so las penas contenidas en las leyes e ordenanzas e cartas nuestras que cerca de esto por nos e por los reyes católicos estan dadas; ni letrados ni procuradores para usar de sus oficios.

Lo qual que dicho es, e cada cosa e parte de ello vos concedemos, con tanto que vos el dicho capitan Pizarro seais teuido e obligado de salir destos nuestros reinos con los navios e aparejos e mantenimientos e otras cosas que fueren menester para el dicho viage y poblacion, con duientos e cincuenta hombres, los ciento y cincuenta destos nuestros reinos e otras partes no prohibidas, e los ciento restantes podais llevar de las islas e tierra firme del mar Océano, con tanto que de la dicha tierra firme llamada Castilla del Oro no saqueis mas de veinte hombres sino fuere de los que en el primero e segundo viage que vos hicisteis á la dicha tierra

del Peru se hallaron con vos, porque á estos damos licencia que puedan ir con vos libremente; lo cual hayais de cumplir desde el dia de la data de esta hasta seis meses primeros siguientes: e llegado a la dicha Castilla del Oro, e allegado á Panamá, seais tenudo de proseguir el dicho viage, e hacer el dicho descubrimiento e poblacion dentro de otros seis meses luego siguientes.

Item: Con condicion que cuando saliéredes destos nuestros reinos e llegáredes a las dichas provincias del Perú, hayais de llevar y tener con vos a los oficiales de nuestra hacienda que por nos están o fueren nombrados; e asimismo las personas religiosas e eclesiasticas que por nos serán señaladas para instruccion de los indios e naturales de aquella provincia a nuestra santa fé católica, con cuyo parecer e no sin ellos habeis de hacer la conquista, descubrimiento e poblacion de la dicha tierra; a los cuales religiosos habeis de dar e pagar el flete e matalotage, e los otros mantenimientos necesarios conforme a sus personas, todo á vuestra costa, sin por ello les llevar cosa alguna durante la dicha navegacion, lo cual mucho vos lo encargamos que así hagais e cumplais, como cosa de servicio de Dios e nuestro, porque de lo contrario nos terniamos de vos por deservidos.

Otrosi: Con condicion que en la dicha pacificacion, conquista y poblacion e tratamiento de dichos indios en sus personas y bienes, seais tenudos e obligados de guardar en todo y por todo lo contenido en las ordenanzas e instrucciones que para esto tenemos fechas, e se hicieren, e vos seran dadas en la nuestra carta e provision que vos mandaremos dar para la encomienda de los dichos indios. E cumpliendo vos el dicho capitán

Francisco Pizarro lo contenido en este asiento, en todo lo que á vos toca e incumbe de guardar e cumplir, prometemos, e vos aseguramos por nuestra palabra real que agora e de aqui adelante vos mandaremos guardar e vos será guardado todo lo que así vos concedemos, e facemos merced, a vos e a los pobladores e tratantes en la dicha tierra, e para ejecucion y cumplimiento dello, vos mandaremos dar nuestras cartas e provisiones particulares que convengan e menester sean, obligandoos vos el dicho capitán Pizarro primeramente ante escribano público de guardar e cumplir lo contenido en este asiento que a vos toca como dicho es. Fecha en Toledo a 26 de julio de 1529 años.—Yo la Reina.—Por mandado de S. M.—Juan Vazquez.

Núm. 8.—Véase tom. I. pag. 472.

RELACIONES CONTEMPORANEAS DE LA PRISION DE ATAHUALLPA.

[Como la prision del Inca fué uno de los hechos mas memorables de la Conquista, así como uno de los mas negros, me ha parecido conveniente conservar los testimonios que por fortuna poseo de varios individuos que la presenciaron.]

*Relacion del Primer Descubrimiento de la Costa y Mar del Sur, MS.*

A la hora de las cuatro comienzan á caminar por su calzada adelante derecho á donde nosotros estábamos, y á las cinco ó poco mas llegó á la puerta de la Ciudad, quedando todos los campos cubiertos de gente, y así comenzaron á entrar por la plaza hasta trescientos hombres como mozos de espuelas con sus arcos y flechas en las manos, cantando un cantar no nada gra-

cioso para los que lo oyamos; antes espantoso porq<sup>ue</sup> p<sup>are</sup>-  
 recia cosa infernal, y dieron una vuelta á aquella mez-  
 quita amagando al suelo con las manos á limpiar lo  
 que por el estaba, de lo cual habia poca necesidad,  
 porque los del pueblo le tenian bien barrido para cuan-  
 do entrase. Acabada de dar su vuelta pararon todos  
 juntos, y entró otro escuadron de hasta mil hombres  
 con picas sin yerros tostadas las puntas, todos de una  
 librea de colores; digo que la de los primeros era blan-  
 ca y colorada, como las casas de un axedrez. Entra-  
 do el segundo escuadron entró el tercero de otra librea,  
 todos con martillos en las manos de cobre y plata; que  
 es una arma que ellos tienen, y así desta manera en-  
 traron en la dicha plaza muchos Señores principales  
 que venian en medio de los delanteros y de la persó-  
 na de Atabalipa. Detras destes en una litera muy  
 rica, los cabos de los maderos cubiertos de plata, ve-  
 nia la persona de Atabalipa, la cual traen ochenta  
 Señores en hombros todos vestidos de una librea azu-  
 muy rica, y él vestido su persona muy ricamente con  
 su corona en la cabeza, y al cuello un collar de es-  
 meraldas grandes, y sentado en la litera en una silla  
 muy pequeña con un coxín muy rico. En llegando  
 al medio de la plaza paró, llevando descubierto el me-  
 dio cuerpo de fuera; y toda la gente de guerra que  
 estaba en la plaza le tenian en medio, estando dentro  
 hasta seis o siete mil hombres. Como él vió que nin-  
 guna persona salia á él, ni parecia, tubo creído, y  
 así lo confesó el despues de preso, que nos habiamos  
 escondido de miedo de ver su poder; y dió una voz y  
 dijo: Donde estan estos? A la cual salió del aposento  
 del dicho Gobernador Pizarro el Padre Fray Vicen<sup>te</sup>

de Valverde de la orden de los Predicadores, que des-  
 pues fué Obispo de aquella tierra con la bribia en la  
 mano y con él una lengua, y así juntos llegaron por  
 entre la gente á poder hablar con Atabalipa, al cual le  
 comenzó á decir cosas de la Sagrada escriptura y que  
 nuestro Señor Jesu-Christo mandaba que entre los su-  
 yos no hubiese guerra, ni discordia, sino todo paz, y  
 que él en su nombre así se lo pedia y requería; pues  
 habia quedado de tratar della el dja antes, y de venir  
 solo sin gente de guerra. A las cuales palabras y otras  
 muchas que el Frayle le dixo, el estuvo callando sin vol-  
 ver respuesta; y tornandole á decir que mirase lo que  
 Dios mandaba, lo cual estaba en aquel libro que lleva-  
 ba en la mano escripto, admirándose á mi parecer mas  
 de la escriptura, que de lo escripto en ella: le pidió el  
 libro, y le abrió y le ojeó, mirando el molde y la orden  
 dél, y despues de visto, le arrojó por entre la gente con  
 mucha ira, el rostro muy encarnizado, diciendo: Decil-  
 des á esos que vengan acá, que no pasaré de aqui  
 hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que  
 han hecho en la tierra. Visto esto por el Frayle y lo  
 poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro y  
 abajó su cabeza, y fuése para donde estaba el dicho Pi-  
 zarro, casi corriendo, y dijole: No veis lo que pasa,  
 para que estais en comedimentos y requerimientos con  
 este perro lleno de soberbia, que vienen los Campos  
 llenos de Indios? Salid á él,—que yo os absuelvo. Y  
 así acabadas de decir estas palabras que fué todo en  
 un instante, tocan las trompetas, y parte de su posada  
 con toda la gente de pie, que con él estaba, diciendo:  
 Santiago á ellos; y así salimos todos á aquella voz á una,

porque todas aquellas casas que salian á la plaza tenían muchas puertas, y parece que se habían fecho á aquel propósito. En arremetiendo los de caballo y rompiendo por ellos todo fué uno, que sin matar sino solo un negro de nuestra parte, fueron todos desbaratados y Atabalipa preso, y la gente puesta en huida, aunque no pudieron huir del tropel, porque la puerta por do había entrado era pequeña y con la turbacion no podian salir; y y visto los traseros cuan lejos tenían la acogida y remedio de huir, arrimáronse dos ó tres mil dellos á un lienso de pared, y dieron con él á tierra el cual salia al campo porque por aquella parte no había casas, y así tubieron camino ancho para huir; y los escuadrones de gente que habían quedado en el campo sin entrar en el pueblo, como vieron huir y dar alaridos, los mas de ellos fueron desbaratados y se pusieron en huida, que era cosa harto de ver, que un valle de cuatro ó cinco leguas todo iba cuaxado de gente. En este vino la noche muy presto, y la gente se recogió, y Atabalipa se puso en una casa de piedra, que era el templo del Sol, y así se pasó aquella noche con grande regocijo y placer de tal victoria que nuestro Señor nos había dado, poniendo mucho recabdo en hacer guardia á la persona de Atabalipa para que no volviesen á tomarnosle. Cierta fué permission de Dios y grand acertamiento guiado por su mano, porque si este dia no se prendiera, con la soberbia que trahia aquella noche fuéramos todos asolados por ser tan pocos, como tengo dicho, y ellos tantos.

*Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista de los Reynos del Perú, MS. 18*

Pues despues de haber comido, que acabaria á hora de misa mayor, empezó á levantar su gente y á venirse hácia Caxamalca. Hechos sus escuadrones que cubrian los campos, y él metido en unas andas empezó á caminar viniendo delante dél dos mil indios que le barrian el camino por donde venia caminando, y la gente de guerra la mitad de un lado y la mitad del otro por los campos, sin entrar en camino. Traia ansimesmo al Señor de Chíncha consigo, en unas andas, que parecia á los suyos cosa de admiracion, porque ningun indio por señor erincipal que fuese había de parecer delante dél sino fuese con una carga acuestas y descalzo. Pues era tanta la pateneria que traian d'oro y plata, que era cosa estraña lo que relucia con el sol. Venian ansimesmo delante de Atabalipa muchos indios cantando y danzando. Tardóse este Señor en andar esta media legua que hay dende los baños á donde él estaba hasta Caxamalca, dende hora de misa mayor como digo, hasta tres horas antes que anocheciése. Pues llegada la gente á la puerta de la plaza, empezaron á entrar los escuadrones con grandes cantares, y así entrando ocuparon toda la plaza por todas partes. Visto el Marqués Don Francisco Pizarro que Atabalipa vnia ya junto á la plaza, envió al Padre Fray Vicente de Valverde primer

13 Se ha comparado, sin hallar ninguna variante, este trozo de Gonzalo Pizarro que inserta el autor, con el que se halla en la Relacion entera publicada por el Sr. Navarrete en la Coleccion de Documentos inéditos para la historia de España, (Madrid, 1842 et seq.) tom. V.—Igual cotejo se ha hecho con los demas pasages de este cronista que hay en este Apéndice.

obispo del Cuzco, y á Hernando de Aldama, un buen soldado, y Don Martinillo lengua, que fuesen á hablar á Atabalipa y á requerirle de parte de Dios y del Rey se sujetase á la ley de nuestro Señor Jesucristo y al servicio de S. M., y que el Marqués le tendría en lugar de hermano, y no consentiría le hiciesen enojo ni daño en su tierra. Pues llegado que fué el Padre á las andas dondê Atabalipa venía, le habló y le dijo á lo que iba, y le predicó cosas de nuestra santa fé, declarándoselas la lengua. Llevaba el padre un breviario en las manos donde leía lo que predicaba: el Atabalipa se lo pidió, y él cerrado se lo dió; y como le tuvo en las manos y no supo abrille, arrojole al suelo: llamó al Aldama que se llegase á él y le diese la espada, y el Aldama la sacó y se la mostró, pero no se la quiso dar. Pues oido esto el padre se volvió, y contó al Marqués lo que habia pasado; y el Atabalipa entró en la plaza con todo su trono que traía, y el Señor de Chíncha tras dél. Desque hobieron entrado y vieron que no parecia español ninguno, preguntó á sus capitanes, donde estan estos cristianos que no parescen: ellos le dijeron: Señor, estan escondidos de miedo. Pues visto el Marqués Don Francisco Pizarro las dos andas, no conociendo qual era la de Atabalipa, mandó á Juan Pizarro su hermano fuese con los peones que tenia á la una, y él iria á la otra. Pues mandado esto, hicieron la seña al Candía, el cual soltó el tiro, y en soltando tocaron las trompetas y salieron los de á caballo de tropel, y el Marqués con los de á pié, como está dicho, tras dellos, de manera que con el estruendo del tiro y las trompetas y tropel de los caballos, con los cascabeles, los indios se embarazaron y se cortaron; los españoles dieron en ellos

empezaron á matar, y fué tanto el miedo que los indios hobieron, que por huir, no pudiendo salir por la puerta, derribaron un lienzo de una pared de la cerca de la plaza de largo de mas de dos mil pasos, y de alto de mas de un estado: los de á caballo fueron en su seguimiento hasta los baños, donde hicieron grande estrago, y hiciesen mas sinó les anochesciera. Pues volviendo á D. Francisco Pizarro y á su hermano, salieron como estaba dicho, con la gente de á pié, el Marqués fué á dar con las andas de Atabalipa, y el hermano con el Señor de Chíncha, al cual mataron allí en las andas, y lo mismo fuera de Atabalipa si no se hallara el Marqués allí, porque no podian derriballe de las andas, que aunque mataban los indios que las tenian, se metian luego otros de refresco á sustentallas, y desta manera estuvieron un gran rato forcejando y matando indios, y de cansados un español tiró una cuchillada para matallo, y el Marqués D. Francisco Pizarro se la reparó, y del reparo le hirió en la mano al Marqués el español, queriendo dar al Atabalipa; á cuya causa el Marqués dió voces diciendo: nadie hiera al indio sopena de la vida: entendido esto agujaron siete ó ocho españoles y asieron de un borde de las andas, y haciendo fuerzas las trastornaron á un lado, y así fué preso el Atabalipa, y el Marqués le llevó á su aposento, y allí le puso guardas que le guardaban de dia y de noche. Pues venida la noche los españoles se recogieron todos y dieron muchas gracias á nuestro Señor por las mercedes que los habia hecho, y muy contentos en tener preso al Señor porque á no prendelle no se ganara la tierra como se ganó.

*Carta de Hernando Pizarro, ap. Oviedo, Historia General de las Indias, MS., lib. 46, cap. 15.*<sup>14</sup>

Venia en unas bandas, e adelante de él hasta trescientos ó cuatrocientos Indios con camisetas de librea limpiando las pajas del camino, é cantando, é el en medio de la otra gente que eran caciques é principales, é los mas principales caciques le traian en los hombros; é entrando en la plaza subieron doce ó quince Indios en una fortaleza que allí estaba, é tomaronla a manera de posesion con bandera puesta en una lanza: entrando hasta la mitad de la plaza reparó allí é salió un fraile Dominicó que estaba con el Gobernador a hablarle de su parte, que el Gobernador le esperaba en su aposento; que le fuese á hablar, é dijole como era Sacerdote, é que era embiado por el Emperador para que le enseñase las cosas de la fe si quisiesen ser cristianos, é mostróles un libro que llevaba en las manos, é dijole que aquel libro era de las cosas de Dios, é el Atabalpa pidió el libro, é arrojala en el suelo é dijo: Yo no pasaré de aquí hasta que me deis todo lo que habeis tomado en mi tierra, que yo bien se quien sois vosotros, y en lo que andais: é levántose en las andas, é habló á su gente, é obo murmullo entre ellos llamando á la gente que tenian las armas: é el Frayle fué al Gobernador é dijole que que hacia, que ya no estaba la cosa en tiempo de esperar mas: el Gobernador me lo embió á decir: yo tenia concertado con el Capitan de la artillería, que ha-

<sup>14</sup> La carta de Hernando Pizarro la publicó el Sr. Quintana en sus Españoles Célebres, (apénd. 5<sup>o</sup> á la vida de Pizarro.) como ya dijimos. El pasage citado por el autor se ha cotejado con el que se halla en aquella obra sin encontrar diferencia alguna.

ciéndole la seña disparasen los tiros, é con la gente que oyendolos saliesen todos á un tiempo; é como asi se hizo é como los Indios estaban sin armas fueron desbaratados sin peligro de ningun cristiano. Los que traian las andas, é los caciques que venian al rededor del, nunca lo desampararon hasta que todos murieron alrededor del: el Gobernador salió é tomó á Atabalipa, é por defenderle le dió un cristiano una cuchillada en la mano. La gente siguió el alcance hasta donde estaban los Indios con armas; no se halló en ellos resistencia alguna, porque ya era noche recogieronse todos al Pueblo donde el Gobernador quedaba.

Núm. 9.—Véase tom. I. pag. 514.

NOTICIA DE LAS COSTUMBRES PRIVADAS DE ATAHUALPA. SACADA DEL MS. DE PEDRO PIZARRO.

[Esta minuciosa descripción de la persona y costumbres del Inca cuatavo es de la mayor autenticidad, por ser, como es, de uno que pudo verlo todo perfectamente por sí mismo durante la prision del monarca. El MS. de Pizarro es uno de los que han dado últimamente á luz los eruditos académicos Salvá y Baranda.]

Este Atabalipa ya dicho era Indio bien dispuesto, de buena persona, de medianas carnes, no grueso demasiado, hermoso de rostro y grave en él, los ojos encarnizados, muy temido de los suyos. Acuérdomé que el señor de Guailas le pidió licencia para ir á ver su tierra y se la dió dándole tiempo en que fuese y viniere limitado. Tardóse algo mas y cuando volvió, estando yo presente, llegó con un presente de fruta de la tierra, y llegado que fué á su presencia empezó á temblar en tanta manera que no se podia tener en los pies. El Atabalipa alzó la cabeza un poquito y sonriéndose le hizo seña

que se fuese. Cuando le sacaron á matar todo la gente que habia en la plaza de los naturales, que habia harto, se postraron por tierra dejándose caer en el suelo como borrachos.

Este indio se servia de sus mugeres por la orden que tengo ya dicha, sirviéndole una hermana diez dias ó ocho con mucha cantidad de hijas de Señores que á estas hermanas servian, mudándose de ocho á ocho dias. Estas estaban siempre con él para serville, que indio no entraba donde él estaba. Tenia muchos caciques consigo: estos estaban afuera en un patio, y en llamando alguno entraba descalzo á donde el estaba, y se venia de fuera parte, habia de entrar descalzo y cargado con una carga; y cuando su capitan Chalicuchima vino con Hernando Pizarro y le entró á ver, entró así como digo con una carga y descalzo y se echó en sus pies, y llorando se los besó. El Atahualpa con rostro sereno le dijo: seas bien venido ahí Chalicuchima, queriendo decir: seas bien venido Chalicuchima. Este indio se ponía en la cabeza unos llautos que son unas trenzas hechas de lana de colores, de grosor de medio dedo y de anchor de uno, hecho desta manera de corena, y no con puntas, sino redonda, de anchor de una mano, que encajaba en la cabeza, y en la frente una borla cosida en este llauto, de anchor de una mano, poco mas, de lana muy fina de grana, cortada muy igual, metida por unos cañutitos de oro muy sotilmente hasta la mitad: esta lana era hilada y de los cañutos abajo destorcida, que era lo que caía en la frente, que los cañutillos de oro era cuanto tomaban todo el llauto ya dicho. Caíale esta borla hasta encima de las cejas, de un dedo de grosor, que le to-

maba toda la frente; y todos estos Señores andaban trasquilados y los orejones como á sobre peine. Vestían ropa muy delgada y muy blanda ellos y sus hermanas que tenian por mugeres, y sus deudos, orejones principales, que se la daban los señores, y todos los demas vestían ropa basta. Poníase este Señor la manta por encima de la Cabeza y atábasela debajo de la barba, tapándose las orejas: esto traía él por tapar una oreja que tenia rompida, que cuando le prendieron los de Guascar se la quebraron. Vestíase este señor ropas muy delicadas. Estando un dia comiendo, questas señoras ya dichas le llevaban la comida y se la ponian delante en unos juncos verdes muy delgados y pequeños, estaba sentado este señor en un duo de madera de altor de poco mas de un palmo; este duo era de madera colorada muy linda, y teníale siempre tapado con una manta muy delgada, aunque estuviese él sentado en él. Estos juncos ya dichos le tendian siempre delante cuando queria comer, y allí le ponian todos los manjares en oro, plata y barro, y el que á él apetescia señalaba se lo trujesen, y tomándolo una señora destas dichas se lo tenia en la mano mientras comia. Pues estando un dia desta manera comiendo y yo presente, llevando una tajada del manjar á la boca, le cayó una gota en el vestido que tenia puesto, y dando de mano á la india se levantó y se entró en su aposento á vestir otro vestido, y vuelto sacó vestido una camiseta y una manta pardo oscuro. Llegándome yo pues á él le tenté la manta que era mas blanda que seda, y díjele: ¿Inga de qué es este vestido tan blando? El me dijo, es de unos pájaros que andan de noche en Puerto Viejo y en

Tumbez, que muerden á los indios. Venido aclararse dijo, que era de pelo de murciélagos. Diciéndole ¿que de dónde se podía juntar tanto murciélagos? dijo: aquellos perros de Tumbez y Puerto Viejo, ¿que habian de hacer sino tomar destos para hacer ropa á mi padre? Y es así que estos murciélagos de aquellas partes muerden de noche á los indios y á españoles y caballos, y sacan tanta sangre que cosa de misterio, y así se averiguó ser este vestido de lana de murciélagos, y así era la color como dellos el vestido, que en Puerto Viejo y en Tumbez y sus comarcas hay gran cantidad dellos. Pues aconteció un día que viniéndose á quejar un indio que un español tomaba unos vestidos de Atabalipa; el Marqués me mandó fuese yo á saber quien era, y llamar al español para castigallo. El indio me llevó á un buhío donde habia gran cantidad de petacas, por que el español ya era ido, diciendome que de allí habia tomado un vestido del Señor. é yo preguntándole que que tenían aquellas petacas, me mostró algunas en que tenían todo aquello que Atabalipa habia tocado con las manos *y habia estado de pies,*<sup>15</sup> y vestidos que él habia desechado; en una los junquillos que le echaban delante á los pies cuando comia; en otras los huesos de las carnes ó aves que comia, que él habia tocado con las manos; en otras los maslos de las

<sup>15</sup> La frase subrayada no se coteja con otras copias, y encuentra en la Colección de Documentos inéditos citada arriba. Esta es la única variante que he hallado en todos los documentos incluso en este Apéndice que he tenido proporción de

mazorcas de maiz que habia tomado en sus manos; en otras la ropa que habia desechado: finalmente todo aquello que él habia tocado. Preguntele: ¿que para que tenia aquello allí? respondiéronme que para quemallo porque cada año quemaban todo esto, porque lo que tocaban los Señores que eran hijos del Sol, se habia de quemar y hacer ceniza y echallo por el aire, que nadie habia de tocar á ello; y en guarda de esto estaba un principal con indios que lo guardaba y recogia de las mugeres que le servian. Estos señores dormian en el suelo en unos colchones grandes de algodón: tenían unas fresadas grandes de lana con que se cubijaban; y no he visto en todo este Pirú indio semejante á este Atabalipa ni de su ferocidad ni autoridad.

Núm. 10.—Véase tom. I. pag. 553.

RELACIONES CONTEMPORANEAS DE LA EJECUCION DE ATAHUALPA.

[Las relaciones que siguen de la ejecución del Inca son todas de testigos presenciales, pues aunque Oviedo no se halló presente, recogió sus noticias de los que se hallaron. Inserto aquí estos trozos por considerarlos las mejores ilustraciones para mi relato de esta lastimosa tragedia.]

*Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista de los Reynos del Peru, MS.*

Acordaron pues los oficiales y Almagro que Atabalipa muriese, tratando entre sí que muerto Atabalipa se acababa el auto hecho acerca del tesoro. Pues dijeron al Marques Don Francisco Pizarro que no convenia que Atabalipa viviese porque si se soltaba S. M. perderia la tierra y todos los Españoles serian muertos,

y á la verdad si esto no fuera tratado con malicia como está dicho, tenían razon porque era imposible soltándole poder ganar la tierra. Pues el Marqués no quiso venir en ello. Visto esto los oficiales hicieronle muchos requerimientos poniéndole el servicio de S. M. por delante. Pues estando así atravesóse un demonio de una lengua que se decia Felipillo, uno de los muchachos que el Marqués habia llevado á España, que al presente era lengua y andaba enamorado de una muger de Atabalipa, y por habella hizo entender al Marqués que Atabalipa hacia gran junta de gente para matar los españoles en Caxas. Pues sabido el Marqués esto prendió á Chalicuelina que estaba suelto y preguntándole por esta gente que decia la lengua se juntaban, aunque negaba y decia que no, el Felipillo decia á la cóntra trastornando las palabras que decian á quien se preguntaba este caso. Pues el Marqués Don Francisco Pizarro acordó enviar á Soto á Caxas á saber si se hacia alli alguna junta de gente porque cierto el Marqués no quisiera matalle. Pues visto Almagro y los oficiales la ida de Soto, apretaron al Marqués con muchos requerimientos; y la lengua por su parte que ayudaba con sus retruecos, vinieron á convencer al Marqués que muriese Atabalipa, porque el Marqués era muy celoso del servicio de S. M., y así le hicieron temer, y contra su voluntad sentenció á muerte á Atabalipa mandando le diesen garrote, y despues de muerto le quemasen porque tenia las hermanas por mugeres. Cierta pocas leyes habian leido estos señores ni entendido, pues al infiel sin haber sido predicado le daban esta sentencia. Pues el

habría indio en la tierra que se menease sin su mandado, y que preso le tenían ¿que de qué temian? y que si lo hacian por oro ó plata, que él daría dos tantos de lo que habia mandado. Yo vide llorar al Marqués de pesar por no podelle dar la vida porque cierto temió los requerimientos y el riesgo que habia en la tierra si se soltaba. Este Atabalipa habia hecho entender á sus mugeres é indios que si no le quemaban el cuerpo, aunque le matasen habia de volver á ellos, que el Sol su padre le resucitaria. Pues sacándole á dar garrote á la plaza el Padre Fray Vicente de Valverde ya dicho le predicó diciéndole se tornase cristiano, y él dijo que si él se tornaba cristiano, si le quemarian, y dijéronle que no, y dijo que pues no le habian de quemar que queria ser bautizado, y así Fray Vicente le bautizó y le dieron garrote, y otro dia le enterraron en la iglesia que en Caxamalca teníamos los españoles. Esto se hizo antes que Soto volvieso á dar aviso de lo que le era mandado; y cuando vino trujo por nueva no haber visto nada ni haber nada, de que al marques le pesó mucho de habelle muerto, y al Soto mucho mas, porque decia el, y tenia razon, que mejor fuera envialle á España, y que el se obligara á ponello en la mar; y cierto esto fuera lo mejor que con este indio se pudiera hacer, porque quedar en la tierra no convenia: tambien se entendió que no viviera muchos dias, aunque le enviara, porque él era muy regalado y muy señor.

*Relacion del primer Descubrimiento de la Costa y Mar del Sur, MS.*

Dando forma como se llevaría á Atabalipa de cami-  
II.

no, y qué guardia se le pondría, y consultando y tratando si seríamos parte para defenderle en aquellos malos pasos y rios si nos le quisiesen tomar los suyos: comenzó á decir y á certificar entre los indios, que él mandaba venir grande multitud de gente sobre nosotros: esta nueva se fué encendiendo tanto, que se tomó información de muchos señores de la tierra, que todos á una dijeron que era verdad, que él mandaba venir sobre nosotros para que le salvarsen, y nos matasen si pudiesen, y que estaba toda la gente en cierta provincia ayuntada que ya venia de camino. Tomada esta información, juntáronse el dicho gobernador, y Almagro, y los Oficiales de Su Mag: no estando ahí Hernando Pizarro, porque ya era partido para España con alguna parte del quinto de Su Mag. á darle noticia y nueva de lo acaecido; y resumiéronse, aunque contra voluntad del dicho gobernador, que nunca estuvo bien en ello que Atabalipa, pues quebrantaba la paz, y queria hacer traicion y traer gentes para matar los cristianos, muriese, porque con su muerte cesaria todo, y allanaria la tierra: á lo cual hubo contrarios pareceres, y las mas de la gente se puso en defender que no muriese; al cabo insistiendo mucho en su muerte el dicho capitán Almagro, y dando muchas razones porqué debía morir, él fué muerto, aunque para él no fué muerte, sino vida, porque murió cristiano, y es de creer que se fué al cielo. Publicado por toda la tierra su muerte, la gente comun, y de pueblos venian donde el dicho gobernador estaba á dar la obediencia á Su Mag.; pero los capitanes y gente de guerra que estaban en Xauxa y en el Cuzco antes se rehicieron, y no quisieron venir de paz

Aquí acaeció la cosa mas estraña que se ha visto en el mundo, que yo ví por mis ojos, y fué, que estando en la iglesia cantando los oficios de difuntos á Atabalipa, presente el cuerpo, llegaron ciertas señoras hermanas y mugeres suyas, y otros privados con grand estruendo, tal que impidieron el oficio, y dijeron que les hiciesen aquella fiesta muy mayor, porque era costumbre cuando el grand señor moria, que todos aquellos que bien le querian, se enterrasen vivos con él: á los cuales se les respondió, que Atabalipa habia muerto como cristiano, y como tal le hacian aquel oficio, que no se habia de hacer lo que ellos pedian, que era muy mal hecho y contra cristiandad; que se fuesen de allí y no les estorbasen, y se le dejasen enterrar, y así se fueron á sus aposentos, y se ahorcaron todos ellos y ellos.<sup>16</sup> Las cosas que pasaron en estos dias, y los extremos y llantos de la gente son muy largas y prolijas, y por eso no se dirán aquí.

Oviedo, *Historia General de las Indias*, MS., lib. 46, cap. 22.

Cuando el Marqués D. Francisco Pizarro tubo preso al gran rey Atabaliva le aconsejaron hombres faltos de entendimiento, que le matase, ó el obo gana, porque como se vieron cargados de oro parecióles que muerto aquel señor lo podian poner mas á su salvo en España donde quisiesen, é dejando la tierra, y que así mismo serian mas parte para se sustener en ella sin aquel escrupuloso impedimento, que no conservándose la vida de un príncipe tan grande, é tan temido é acatado de sus naturales, y en todas aquellas partes: é la experiencia

<sup>16</sup> Ellas.

ha demostrado cuan mal acordado é peor fecho fué todo lo que contra Atabaliva se hizo despues de su prision en le quitar la vida, con la cual demas de deservirse Dios quitaron al Emperador nuestro señor, é á los mismos Españoles que en aquellas partes se hallaron, y á los que en España quedaron, que entonces vivian y á los que agora viven é nacerán innumerables tesoros que aquel Príncipe les diera; é ninguno de sus vasallos se moviera ni alterara como se alteraron é revelaron en faltando su Persona. Notorio es que el gobernador le aseguró la vida, y sin que se le diese tal seguro el se le tenia, pues ningun capitán puede disponer sin licencia de su Rey y Señor de la Persona del Príncipe que tiene preso, cuyo es de derecho, quanto mas que Atabaliva dijo al Marques, que si algun Cristiano matasen los Indios, ó le hiciesen el menor daño del mundo, que creyese que por su mandado lo hacia, y que cuando eso fuese le matase ó hiciese del lo que quisiese; é que tratandole bien él le chaparía las paredes de plata, é le allanaría las sierras é les montes, é le daría á él, é á los Cristianos quanto oro quisiesen, é que desto no tubiese duda alguna; y en pago de sus ofrecimientos encendidas pajas se las ponian en los piés ardiendo, porque digese que traicion era la que tenia ordenada contra los Cristianos, é inventando é fabricando contra él falsedades, le levantaron que los queria matar, é todo aquello fué rodado por malos é por la inadvertencia é mal consejo del Gobernador, é comenzaron á le hacer proceso mal compuesto y peor escrito, seyendo uno de los Adalides un inquieto, desasegado é deshonesto Clérigo, y un Escribauo falto de conciencia, é de mala habilidad, y otros tales que en la

madad concurrieron, é asi mal fundado el libelo se conchuyó á basor de dañados paladares, como se dijo en el capítulo catorce, no acordándose que les habian enchido las casas de oro é plata, é le habian tomado sus mugeres é repartídlas en su presencia é usaban de ellas en sus adulterios, ó en lo que les placia á aquellos á quien las dieron: y como les pareció á los culpados que tales ofensas no eran de olvidar, é que merecian que el Atabaliva les diese la recompensa como sus obras eran, asentoselés en el ánimo un temor é enemistad con él entrañable; é por salir de tal cuidado é sospecha le ordenaron la muerte por aquello que él no hizo ni pensó; y de ver aquesto algunos Españoles comedidos á quien pesaba que tan grande deservicio se hiciese á Dios y al Emperador nuestro Señor; y aunque tan grande ingratitud se perpetraba é tan señalada maldad se cometia como matar á un Príncipe tan grande sin culpa. E viendo que le traian á colacion sus delitos é crueldades pasadas, que él habia usado entre sus Indios y enemigos en el tiempo pasado, de lo cual ninguno era juez, sino Dios; queriendo saber la verdad é por excusar tan notorios daños como se esperaban que habian de proceder matando á aquel señor se ofrecieron cinco hidalgos de ir en persona á saber y ver si venia aquella gente de guerra que los falsos inventores é sus mentirosas espías publicaban, á dar en los cristianos; en fin el gobernador (que tambien se puede creer que era engañado) lo obo por bien; é fueron el capitán Hernando de Soto, el capitán Rodrigo Orgaiz, é Pedro Ortiz, é Miguel de Estete, é Lope Velez á ver esos enemigos que decian que venian; é el gobernador les dió una guia ó espía que decia que sabia

donde estaban; é á dos dias de camino se despeño la guía de un risco, que lo supo muy bien hacer el Diabo para que el daño fuese mayor; pero aquellos cinco de caballo que he dicho pasaron adelante hasta que llegaron al lugar donde se decian que habian de hallar el ejército contrario, é no hallaron hombre de guerra, ni con armas algunas, sino todos de paz; é aunque no iban sino esos pocos cristianos que es dicho les hicieron mucha fiesta por donde andubieron, é les dieron todo lo que les pidieron de lo que tenían para ellos é sus criados, é Indios de servicio que llevaban; por manera que viendo que era burla, é muy notoria mentira é falsedad palpable, se tonaron á Catjamalca donde el gobernador estaba; el cuál ya habia fecho morir al Príncipe Atabaliva se <sup>17</sup> que la historia lo ha contado; é como llegaron al gobernador hallaronle mostrando mucho sentimiento con un gran sombrero de fieltro puesto en la cabeza por luto é muy calado, sobre los ojos, é le digeron Señor muy mal lo ha fecho V. S.<sup>a</sup>, y fuera justo que fuéramos atendidos para que supierades que es muy gran traicion la que se levantó á Atalaliva, porque ningún hombre de guerra hay en el campo, ni le hallamos, sino todo de paz, é muy buen tratamiento que no se nos hizo en todo lo que habemos andado. El gobernador respondió é les dijo: Ya veo que me han engañado: desde á pocos dias sabida esta verdad, é murmurándose de la crueldad que con aquel Príncipe se usó, vinieron á malas palabras el gobernador y Fray Vicente de Valverde, y el tesorero Requelme, é á cada uno de ellos decia que el otro lo habia fecho; é se desmintieron

17 Segun.

unos á otros muchas veces, oyendo muchos su ren- cilla.

Núm. 11.—Véase tom. I. pag. 633.

CONVENIO ENTRE PIZARRO Y ALMAGRO, MS., CELEBRADO EN EL CUZCO A 12 DE JUNIO DE 1535.

[Este convenio entre los dos famosos capitanes, en que se comprometen con juramentos solemnes á observar lo que parecian exigir los principios mas communes de honor y de buena fe caracteriza de masado á los hombres y al siglo para que yo lo omita. El original se guarda en el archivo de Simancas].

Nos Don Francisco Pizarro, Adelantado, Capitan General y Gobernador por S. M. en estos Reynos de la Nueva Castilla, é D Diego de Almagro, asimismo Gobernador por S. M. en la provincia de Toledo, decimos: que por mediante la intima amistad y compañía que entre nosotros con tanto amor ha permanecido, y queriendolo Dios Nuestro Señor hacer, ha sido parte y causa que el Emperador é Rey Nuestro Señor haya recebido señalados servicios con la conquista, sujecion é poblacion destas provincias y tierras, é atrayendo á la conversion y camino de nuestra Santa Fee Católica tanta muchedumbre de infieles, é confiando S. M. que durante nuestra amistad y compañía su real patrimonio será acrecentado, é así por tener este intento como por los servicios pasados S. M. Católica tubo por bien de conceder á mí el dicho Don Francisco Pizarro la governacion de estos nuevos Reynos, y á mí el dicho Don Diego de Almagro la governacion de la provincia de Toledo, de las cuales mercedes que de su Real liberalidad hemos recebido, resulta tan nueva obligacion, que perpetuamente nuestras vidas y

patrimonios, y de los que de nos descendieren en su Real servicio se gasten y consuman, y para que esto mas seguro y mejor efecto haya y la confianza de S. M. por nuestra parte no fallesca Renunciando la Ley que cerca de los tales juramentos dispone, prometemos é juramos en presencia de Dios Nuestro Señor, ante cuyo acatamiento estamos, de guardar y cumplir bien y enteramente, y sin captela ni otro entendimiento alguno lo espresado y contenido en los capítulos siguientes, é suplicamos á su infinita bondad que á cualquier de nos que fuere en contrario de lo así convenido con todo rigor de justicia permita la perdicion de su ánima, fin y mal acabamiento de su vida, destruicion y perdimiento de su familia, honrras y hacienda, porque como quebrantador de su fee, la qual el uno al otro y el otro nos damos, y no temerosos de su acatamiento, reciva del tal justa venganza: y lo que por parte de cada uno de nosotros juramos y prometemos es lo siguiente.

Primeramente que nuestra amistad é compañía se conserve mantenga para en adelante con aquel amor y voluntad que hasta el dia presente entre nosotros ha habido no la alterando ni quebrantando por algunos intereses, cobdicias, ni ambicion de cualesquiera honrras é officios, sino que hermanablemente entre nosotros se comuniquen é seamos parcioneros en todo el bien que Dios Nuestro Señor nos quiera hacer.

Otrosi, decimos so cargo del juramento é promesa que hacemos, que ninguno de nosotros calumniara ni procurara cosa alguna que en daño ó menos cabo de su honrra vida y hacienda al otro pueda subceder ni venir, ni dello será cabsa por vias directas ni indirectas

por si propio ni por otra persona tacita ni espresamente cabsandolo ni permitiendolo, antes procurará todo bien y honrra y trabajará de se lo llegar y adquirir, y evitando todas perdidas y daños que se le puedan recrecer, no siendo de la otra parte avisado.

Otrosi; juramos de mantener, guardar y cumplir lo que entre nosotros está capitulado, á lo qual al presente nos referimos, é que por via, causa ni maña alguna ninguno de nosotros verná en contrario ni en quebrantamiento dello, ni hará diligencia, protestacion ni Reclamacion alguna, é que si alguna obiere fecha, se aparta ó desist de ella ella renuncia so cargo del dicho juramento.

Otrosi; juramos que juntamente ambos á dos, y no el uno sin el otro, informaremos y escriviremos á S. M. las cosas que segun nuestro parecer mejor á su Real servicio convengan, suplicandole, informándole de todo aquello conque mas su catolica conciencia se descargue, y estas provincias y Reynos mas y mejor se conserven y gobiernen, y que no habrá relacion particular por ninguno de nosotros hecha en fraude é cibtela y con intento de dañar y enpecer al otro, procurando para si, posponiendo el servicio de Nuestro Señor Dios y de S. M., y en quebrantamiento de nuestra amistad, y compañía y asimismo no permitirá que sea hecho por otra qualquiera persona, dicho ni comunicado, ni lo permita ni consienta, sino que todo se haga manifiestamente entre ambos, porque se conozca mejor el celo que M. tenemos, pues de nuestra amistad é compañía tanta de servir á S. confianza ha mostrado.

Yten: juramos que todos los provechos é intereses

que se nos recrecieren así de los que yo D. Francisco Pizarro oviere y adquiriere en esta gobernacion por qualquier via y cabsas, como los otros que yo D. Diego de Almagro he de haber en la conquista y descubrimiento que en nombre y por mandado de S. M. hago, lo traeremos manifiestamente á monton y collacion, por manera que la compañía que en este caso tenemos hecha permanezca, y en ella no haya fraude cabtela ni engaño, alguno, é que los gastos que por ambos é qualquier de nos se obieren de hacer se haga moderada y discretamente conforme, y proveyendo á la necesidad que se ofreciere evitando lo excesivo y superfluo socorriendo y proveyendo á lo necesario.

Todo le qual segun en la forma que dicho esta, es nuestra voluntad de lo así guardar y cumplir só cargo del juramento que así tenemos fecho, poniendo á Nuestro Señor Dios por juez y á su gloriosa Madre Santa Maria con todos los santos por testigoa, y porque sea notorio á todos los que aqui juramos y prometemos, lo firmamos de nuestros nombres, siendo presentes por testigos el Licenciado Hernando Caldera Teniente General de Governador en estos Reynos por el dicho Señor Governador, é Francisco Pineda Capellan de su Señoria é Antonio Picado su secretario, é Antonio Tellez de Guzman y el Doctor Diego de Loaisa, el dicho juramento fué fecho en la gran Cibdad del Cuzco en la casa del dicho Governador Don Diego Dalmagro, estando diciendo misa el Padre Bartolomé de Segovia, Clérigo, despues de dicho el pater noster, poniendo los dichos Governadores las manos derechas encima del Ara consagrada á 12 de Junio de 1535 años.—Francisco Pizar-

ro.—El Adelantado Diego Dalmagro.—Testigos el Licenciado Hernando Caldera.—Antonio Tellez de Guzman.

Yo Antonio Picado Escribano de S. M. doy fée que fui testigo y me halle presente al dicho juramento é solemnidad fecho por los dichos gobernadores, y yo saqué este traslado del original que queda en mi poder como secretario del señor gobernador D. Francisco Pizarro, en fee de lo qual firmé aquí nombre. Fecho en la gran cibdad del Cuzco á 12 dias del mes de Julio de 1535 años. Antonio Picado Escribano de S. M.

Núm XII.—Véase tom. II. pag. 111.

CARTA DE ALMAGRO EL JOVEN A LA REAL AUDIENCIA DE PANAMA, MS.: FECHA EN LOS REYES (LIMA), A 14 DE JULIO DE 1551.

(Este documento de Almagro mismo es apreciable por ser la mejor apologia de su conducta, y la mejor relacion de sus hechos, cuidando de tener en cuenta la posición del escritor. El original, que Muñoz copió para su coleccion, se conserva en el archivo de Simancas.)

Mui magníficos señores.—Ya Vs. Mrds. havran sabido el estado en que he estado despues que fué destituida el adelantado Don Diego de Almagro mi padre que Dios tenga en el Cielo, i como quedé debajo de la vara del Marqués D. Francisco Pizarro, i creo yo que puea son notorias las molestias i malos tratamientos que me hicieron, y la necesidad en que me tenían á un rincón de mi casa, sin tener otro remedio sino el de S. M. á quien ocurrí que me lo diese como Señor agradecido de quien yo lo esperaba pagando los servicios tan grandes

que mi padre le hizo de tan gran ganancia é acrecentamiento para su Real Corona, no hay necesidad de contarlas, i por eso no las contaré, i dejaré lo pasado i vendré á dar á Vs. Mrds. cuenta de lo presente, é diré que aunque me llegava al alma verme tan afligido, acordándome del mandamiento que mi padre me dejó que amase el servicio de S. M. i que estaba en poder de mis enemigos; sufría mas de lo que mi juicio bastava, en especial ser<sup>18</sup> cada día quien á mi padre quitó la vida, i havian escurecido sus servicios por manera, que del ni de mi no havia memoria; y como la Enemistad quel Marqués me tenía é á todos mis amigos é criados fuese tan cruel é mortal, y sobre mi sucediese, quiso efectual por la medida con que la usó con mi padre, estando seguro en mi casa, gemiendo mi necesidad, esperando el remedio y Merced que de S. M. era rason que yo alcanzase, muy confiado de gozarlas, haciendo á S. M. servicios como yo lo deseo; fui informado quel Marques trataba mi prendimiento y fui determinado que no quedase en el mundo quien la muerte de mi padre le pidiese, y acordándome que para darsela hallaron testigos á su voluntad, así mismo los hallaron<sup>19</sup> para mí, por manera que padre i hijo fueron<sup>20</sup> por un juicio juzgados. Por no dejar mi vida en alvedrio tan diabólico y desatinado, temiendo la muerte, determinado de morir defendiendo mi vida y honra, con los criados de mi padre i amigos, acordé de entrar en su casa i prenderle para escusar mayores daños, pues el juez de S. M. ¡ya venia i á cada uno hiciera justicia, i el Marqués como

18 Arriba.

19 Ver.

20 Hallaran.

21 Fuera.

persona culpada en la defensa de su prision é persona armada para ello hizo tanto que por desdicha suya fué, herido de una herida de que murió luego, i puesto que como hijo de padre á quien él havia muerto la podia recibir por venganza, me pesó tan estrañamente que todos conocieron en mi muy gran diferencia, y por ver que estava tan poderoso i acatado como era rason, no hovo hombre viendolo en mitad del dia que echase mano á espada para ayuda suya; ni despues hay hombre que por él responda: parece que se hizo por juicio de Dios i por su voluntad, porque mi deseo no era tan largo que se estendiese á mas de conservar mi vida en tanto aquel juez llegava; é como vi el hecho procuré antes que la cosa mas se encendiese en el pueblo y que cesasen execucion de prisiones de personas que ambas opiniones havian seguido que estaban afrontadas, i cesasen crueldades, é huviese justicia que lo estorvase é castigase, é se tomase cabeza que en nombre de S. M. hiciese justicia y governase la tierra, pareciendo á la republica é comunidad de Cibdad é oficiales de S. M. que por los servicios de mi padre é por haver él descubierto é ganado esta tierra me pertenecia mas justamente que á otro la governacion della, me pidieron por Governador i dentro de dos horas consultado y negociado con el Cabildo, fui recibido en amor y conformidad de toda la republica: Así quedó todo en paz i tan asentados i serenos los unimos de todos, que no hovo mudanza i todo está pacífico, i los pueblos en la misma conformidad i justicia que han estado, y con el ayuda de Dios se asentará cada dia la paz tan bien que de todos sea obedecida por señora, y S. M. será tambien servido como es

razon, como se deve: porque acabadas son las opiniones é parcialidades, é yo é todos pretendemos la poblacion de la tierra i el descubrimiento della, porque los tiempos pasados que se han gastado tan mal con alborotos que se han ofrecido, é descuidos que ha habido, agora se ganen é se alcancen i cobren, i con este presupuesto esten Vs. Mrds. ciertos que está el Perú en sosiego, y que las riquezas se descubrirán é irán á poder de S. M. mas acrecentadas y multiplicadas que hasta aqui, ni havrá mas pasion ni movimiento sino toda quietud, amando el servicio de S. M. i su obediencia, aprovechando sus reales rentas: Suplico á Vs. Mrds. pues el caso parece que lo hizo Dios i no los hombres, ni yo lo quise así como Dios lo hizo por su juicio secreto, é como tengo dicho la tierra está sosegada, i todos en paz; Vs. Mrds. por el presente manden suspender qualquiera novedad, pues la tierra se conservará como está, é será S. M. mui servido, é despues que toda la gente que no tienen vecindades la tengan, é otros vayan á poblar é descubrir, podrán proveer lo que conviniere, y es tiempo que la tierra, Españoles i naturales no reciban mas alteracion, pues no pretenden sino sosiego y quietud, i poblar la tierra y servir á S. M. porque con este desseo todos estamos y estaremos, y de otra manera crean Vs. Mrds. que de nuevo la tierra se rebuelve é inquieta, por que de las cosas pasadas unos i otros han pretendido cada uno su fin, é si no descansan de los trabajos que han padecido con tantas persecuciones de buena ni de mala perdiéndose no terná S. M. della cuenta, é los naturales se destruirian é no asentarán en sus casas é perecerán mas de los que han perecido; é conservar é

tos é conservar la tierra i los vecinos i moradores dell a todo es uno: y pues en tanta conformidad yo tengo la tierra é con voluntad de todos fui eligido por Governador, porque mas obediencia haya, é la justicia mas acatada sea, i entiendan que me han de acatar i obedecer en tanto que S. M. otra cosa manda, porque de lo pasado yo le embio aviso; suplico á Vs. Mrds. manden despachar desá Audiencia Real una cedula para que todos me obedezcan y tengan por Governador, porque así mas sosegados ternán todos los animos i mas i mejor se hará el servicio de S. M. i terná mas paz la tierra, é confundirse han las voluntades que se quisieren levantar contra esto; é sino lo mandasen Vs. Mrds. proveer en tanto que S. M. declara su Real Voluntad, podría ser que por parte de alguna gente que por acá nunca faltan mas amigos de pasiones que de razon, que se levantase algun escándalo de que Dios i S. M. fuesen mas deservidos: Nuestro Señor las mui magnificas personas de Vs. Mrds. guarde tan prosperamente como desean: destos Reyes á 14 de Julio de 1541 años. Beso las manos de Vs. Mrds., D. Diego de Almagro.

Núm. XIII.—Véase tom. II, pag. 163, 178.

CARTA DEL AYUNTAMIENTO DE AREQUIPA AL EMPERADOR CARLOS V, S. M.; FECHA EN SAN JUAN DE LA FRONTERA, A 24 DE SETIEMBRE DE 1542.

[Los animosos vecinos de Arequipa auxiliaron mucho al gobernador del rey en su contienda contra Almagro el jóven; y su carta firmada por los individuos del ayuntamiento, es uno de los

documentos mas auténticos para la historia de esta guerra civil. El original está en el Archivo de Simancas.]

S. C.C. M.—Aunque de otros muchos terná V. M. aviso de la victoria que en ventura de V. M. y buena diligencia i animo del Governador Vaca de Castro se ovo del tirano D. Diego de Almagro é su secuazes, nosotros el Cabildo i vecinos de Arequipa le queremos tambien dar, porque como quien se halló en el peligro, podremos contar de la verdad como pasó.

Desde Xauxa hicimos relacion á V. M. de todo lo sucedido hasta entónces, i de los preparamientos que el Governador tenia proveidos para la guerra de allí. Salíó con toda la gente en orden i se vino á esta Ciudad de San Joan de la Frontera, donde tuvimos nuevas como el traidor de D. Diego de Almagro estava en la provincia de Bileas, que es onze leguas de la Ciudad, que venia determinando con su dañada intencion á darnos la batalla. En este comedio vino Lope Diaquez del real de los traidores, i dió al Governador una carta de D. Diego, i otra de doze Capitanes mui desvergonzados de fieros y amenazas, i el Governador con zelo de que no oviese tantas muertes entre los vasallos de V. M. como siempre fué su intento de ganar el juego por mañana, acordó de tornarles á enbiar al dicho Lope Idiaquez y á Diego de Mercado Fator de la nueva Toledo, para ver si los podian reducir i atraer al servicio de V. M. y fueron tan mal rescibidos que quando escaparon con las vidas se tuvieron por bien librados. La respuesta que les dieron fué que no querian obedecer las provisiones reales de V. M. sino darle la batalla, i luego alzaron su Real i caminaron para nosotros. Visto

esto el Governador sacó su Real deste pueblo i caminó contra ellos dos leguas, donde supo, que los traidores estaban á tres, en un asiento fuerte i cómodo para su artilleria. El Governador acordó de los guardar allí, donde le tomó la voz, porque era llano i lugar fuerte al nuestro propósito. Como esto vieron los traidores, sabado que se contaron diez i seis de Setiembre, se levantaron de donde estavan, i caminaron por lo alto de la sierra i vinieron una legua de nosotros, i sus corredores vinieron á ver nuestro asiento. Luego el Governador provio que por una media loma fuese un Capitan con cinquenta arcabuceros, y otro con cinquenta lanzas á tomar lo alto, y sucedió tan bien que sin ningun riesgo se tomó i luego todo el exercito de V. M. lo subió. Visto esto, los enemigos que estarian tres quartos de legua procuraron de buscar campo donde nos dar la batalla, i asile tomaron á su proposito i asentaron su artilleria i concertaron sus esquadrones, que eran ducientos i treinta de cavallo, en que venian cinquenta hombres de armas: la infanteria eran ducientos arcabuceros i ciento i cinquenta piqueros, todos tan lucidos é bien armados, que de Milan no pudieran salir mejor aderezados: el artilleria eran seis medias culebrinas de diez á doze pies de largo, que echaban de bateria una naranja: tenian mas otros seis tiros medianos todos de fruslera<sup>22</sup> tan bien aderezados i con tanta municion que mas parecia artilleria de Italia que no de Indias. El governador vista su desvergüenza, la gente muy en orden, despues de

<sup>22</sup> *Fruslera*, segun el Diconario de la Academia es "el metal que se hace de las raeduras que salen de las piezas de laton ó azófar cuando se tornean.

haber hecho los razonamientos que convenian diciendonos que viesemos desvergüenza que los traidores tenían i el gran desacato á la Corona Real, camino á ellos, i llegando á tiro donde su artilleria podia alcanzar, jugó luego en nosotros, que la nuestra por ser muy pequeña é ir caminando, no nos podimos aprovechar della de ninguna cosa, y asi la dejamos por popa: matarnos bien antes que llegásemos á romper con ellos mas de 30 hombres, y siempre con este daño que rescabamos, caminamos hasta nos poner á tiro de arcabuz, donde de una parte i de otra jugaron i se hizo de ámas partes arto daño, i lo mas presto que nos fué posible porque su artilleria aun nos echava algunas pelotas en nuestros escuadrones, cerramos con ellos, donde duró la batalla de lanzas, porras y espadas mas de una grande hora; fué tan reñida i porfiada que despues de la de Revena no se ha visto entre tan poca gente mas cruel batalla, donde hermanos á hermanos, ni deudos á deudos, ni amigos á amigos no se davan vida uno á otro Finalmente como llevasemos la justicia de nuestra parte, nuestro Señor en ventura de V. M. nos dió vitoria i en el denuedo con que acometió el Gobernador Baca de Castro el qual estava sobresaliente cen treinta de cavallo, armado en blanco con una ropilla de brocado sobre las armas con su encomienda descubierta en los pechos, contra el qual estaban conjurados muchos de los traidores, pero él como caballero se les mostro i defendió tan bien, que para hombre de su edad i profesion, estamos espantados de lo que hizo i trabajo, i como rompio con sus sobresalientes: luego desampararon el campo i conseguimos gloriosa victoria, la

cual estuvo harto dudosa, porque si eramos en número ciento mas que ellos, en escoger el campo i artilleria i hombres de armas i arcabuzes, nos tenían doblada ventaja. Fué bien sangrienta de entramas partes, i si la noche no cerrara tan presto V. M. quedára bien satisfecho destes traidores, pero lo que no se pudo entonces hacer, ahora el Governador lo hace, descuartizando cada dia á los que sescaparon: murieron en la batalla de los nuestros el capitán Per Alvarez Halquin i otros sesenta cavalleros Hidalgos; i estan eridos de muerte Gomez de Tordoya, i el capitán Peranzures i otros mas de ciento; de los traidores murieron ciento é cinquenta, i mas de otros tantos eridos; presos están mas de ciento i cinquenta. Don Diego i otros tres capitanes se escaparon: cada ora se traen presos, esperamos que un dia se habrá Don Diego á las manos, porque los Indios como villanos de Italia los matan i traen presos. V. M. tenga esta victoria en gran servicio, porque puede creer que agora se acabó de ganar esta tierra i ponerla debaxo del centro Real de V. M. i que esta ha sido verdadera conquista i pacificacion della, i así es justo que V. M. como gratisimo Principe gratifique i haga mercedes á los que se la dieron; i al Governador Baca de Castro perpetuarle en ella en entramas governaciones no dividiendo nada dellas porque no hai otra batalla, i á los soldados i vecinos que en ella se hallaron, remunerarles sus trabajos i perdidas, que han rescibido por reducir estos Reinos, á la Corona Real de V. M. i mandando castigar á los vecinos que oyendo la voz Real de V. M. se quedaron en sus casas grangeando sus repartimientos i haciendas, porque gran sin justicia seria Sacra M. que

bolbiendo nosotros á nuestras casas pobres y mancos de guerra de mas de un año, hallasemos á los que se quedaron sanos i salvos i ricos, i que á ellos no se les diese pena ni á nosotros premio ni galardón, y esto seria ocasion para que si otra vez oviese otra rebelion en esta tierra ó en otra, no acudiesen al servicio de V. M., como seria razon i somos obligados.

Todos tenemos por cierto, quel Governador Baca de Castro lo hará así, i que en nombre de V. M. á los que le han servido hará mercedes, i á los que no acudieron á servir á V. M. castigará S. C. C. M. Dios todopoderoso acreciente la vida de V. M. dandole victoria contra sus enemigos, porque sea acrecentada su santa fee, amen. De San Joan de la Frontera á 24 de Septiembre de 1542 años.—Besan las manos i pies de V. M. sus leales Vasallos.—Hernando de Silva.—Pedro Piçarro.—Lucas Martinez.—Gomez de Leon.—Hernando de Torre.—Lope de Alarcon.—Juan de Arves.—Juan Flores.—Juan Ramirez.—Alonso Buetle.—Melchior de Cervantes.—Martin Lopez.—Juan Crespo.—Francisco Pinto.—Alonso Rodriguez Picado.

Núm XIV.—Véase tom, II pag. 406.

SENTENCIA DE MUERTE CONTRA GONZALO PIZARRO:  
EN XAQUIXAGUANA, A 9 DE ABRIL DE 1548.

(Este instrumento se ha tomado del MS. original de la crónica de Zárate que aun se conserva en Simancas. Muñoz copió varios trozos de dicho MS., por lo cuales se advierte que al imprimirse la historia de Zárate sufrió una alteracion notable, tanto en los hechos como en el estilo. La obra impresa está dispuesta con mas cuidado: no aparecen en ella varios incidentes que en el original se relataban con demasiada franqueza, y por último en el estilo y di-

posicion de la obra se descubre una mano mas descontentadiza y mas experimentada. Estas circunstancias hicieron sospechar á Muñoz que antes de publicarse la crónica fué revisada por algun otro escritor de mas esperiencia; y una correspondencia entre Zárate y Florian de Campo que halló despues en el Escorial, hace suponer que este último historiador hizo aquel servicio al primero. Pero por mucho que la obra dada á luz haya ganado como composicion literaria, como autoridad y libro de referencia se queda muy atrás de la otra, que parece haber salido de manos del autor sin mucha premeditacion, ó á lo menos sin pensar mucho en las consecuencias. Es tan grande la importancia de la obra para los trabajos históricos, que Muñoz puso una nota en los fragmentos manifestando su intencion de copiar mas adelante todo el manuscrito.)

Vista é entendida por Nos el Mariscal Francisco de Albarado, Maestre de Campo de este Real exercito, el Licenciado Andres de Cianca, Oidor de S. M. de estos Reinos, é subdelegados por el mui Ilustre Señor el Licenciado Pedro de la Gazca del Consejo de S. M. de la Santa Inquisicion, Presidente destos Reinos é Provincias del Perú, para lo infra escripto, la notoriedad de los muchos graves é atroces delitos que Gonzalo Pizarro ha cometido é consentido cometer á los que le han seguido, despues que á estos Reinos ha venido el Visorey Blasco Nuñez Vela, en deservicio ó desacato de S. M. é de su preeminencia é corona Real, é contra la natural obligacion é fidelidad, que como su vasallo tenia é devia á sa Rey é señor natural é de personas particulares, los cuales por ser tan notorios del dicho no se requiere orden ni telá de juicio mayormente que muchos de los dichos delitos consta por confesion del dicho Gonzalo Pizarro é la notoriedad por la informacion que

se ha tomado, é que combiene para la pacificacion destes Reinos é exemplo con brevedad hacer justicia del dicho Pizarro.

Fallamos atento lo susodicho justa la disposicion del derecho, que debemos declarar é declaramos el dicho Gonzalo Pizarro haver cometido crimen læsæ Majestatis contra la Corona Real Despaña en todos los grados é causas en derecho contenidas despues que á estos Reinos vino el Virrey Blasco Nuñez Vela, é así le declaramos é condenamos al dicho Gonzalo Pizarro por traidor, é haver incurrido él é sus descendientes nacidos despues quel cometió este dicho crimen é traicion los por linea masculina hasta la segunda generacion, é por la femenina hasta la primera, en la infamia é inhabilidad é inhabilidades, é como á tal condenamos al dicho Gonzalo Pizarro en pena de muerte natural, la qual le mandamos que sea dada en la forma siguiente: que sea sacado de la prision en questá cavallero en una mula de silla atados pies é manos é traído publicamente por este Real de S. M. con voz de pregonero que manifieste su delito, sea llevado al tablado que dor nuestro mandado está fecho en este Real, é allí sea apeado é cortada la Caveza por el pescueso, é despues de muerta naturalmente, mandamos que la dicha cabeza sea llevada á la Ciudad de los Reyes como Ciudad mas principal destes Reynos, é sea puesta é clavada en el rollo de la dicha Ciudad con un retulo de letra gruesa que diga, Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro que se hizo justicia del en el Valle de Aquixaguan, donde dió la batalla contra el estandarte Real queriendo defender su traicion é tirania; ninguno sea osado de

la quitar de aqui so pena de muerte natural: e mandamos que las casas que el dicho Pizarro tiene en la Ciudad del Cuzco. . . . sean derribadas por los cimientos é arádas de sal, á donde agora es la puerta sea puesto un letrero en un pilar que diga: Estas casas eran de Gonzalo Pizarro las quales fueron mandadas derrocar por traidor, é ninguna persona sea osado dellas tornar á hacer i edificar sin licencia expresa de S. M. so pena de muerte natural: é condenamosle mas en perdimiento de todos sus bienes de cualquier calidad que sean é le pertenezcan, los quales aplicamos á la Camara é Fisco de S. M. é en todas las otras penas que contra los tales estan instituidas: é por esta nuestra sentencia definitiva juzgamos é así lo pronunciamos é mandamos en estos escritos é por ellos.—Alonso de Albarado; el Licenciado Cianca.



APENDICE DEL TRADUCTOR.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**ADVERTENCIA.**

AUNQUE el Sr. Prescott ha tenido por conveniente el terminar su obra con el regreso á España del presidente Gasca, me ha parecido que no quedaria completa la historia de la conquista, sin añadirle un breve resumen de los sucesos ocurridos posteriormente hasta el suplicio del último de los Incas y total estincion de la dinastía real del Perú. El Sr. Prescott obró sin duda con acierto en reducirse á aquellos límites; pero estoy persuadido de que no desagradará á la mayoría de los lectores, el pasar conmigo un poco mas adelante. Este

es el origen del Apéndice que vá á continuación.

Una vez resuelto á emprender este trabajo, faltábame en seguida el acopiar los materiales necesarios, y aunque ya contaba yo entre mis libros con un buen número de obras relativas al Perú, no me bastaban para mi intento, y lo habria abandonado á no haber venido en mi auxilio mi amigo el Sr. D. José María Andrade, quien, con la generosidad con que siempre acostumbra favorecer cualquier proyecto literario, puso á mi disposición su preciosa librería, permitiéndome usar de ella como si fuese la mia. Con esto se aumentò mucho mi acopio de materiales, aunque siempre quedò inferior á mis deseos; pero el tiempo no alcanzaba para hacer venir de fuera los que faltaban, y hube de limitarme á sacar el mayor partido posible de los pocos que tenia.

Los cuatro capítulos que comprende este Apéndice, no quiero de modo alguno que se consideren como una continuación de la obra del Sr. Prescott, por mas que haya yo tratado de conformarme en lo posible á su plan. Seria en mí una osadía imperdonable, el empeñarme en continuar la obra de un escritor que

goza justamente de tanta celebridad. Harta desventaja es ya para mí el colocar un mal forjado bosquejo al lado de un magnífico cuadro tan acabado y bello, sin que aumente el contraste, aspirando neciamente á lo que no puedo conseguir. No quiero, pues, que el lector vea en este Apéndice otra cosa que "un breve resúmen de los sucesos ocurridos en el Perú desde la partida de Gasca hasta la muerte del último Inca." trabajado por mí para contentar su curiosidad, y ahorrarle la molestia de buscar y leer no pocos volúmenes sucios y apollillados, de pesado estilo y de difícil adquisición.

Habia pensado no decir nada á los lectores acerca de la traducción del testo del autor, dejándolos que juzgasen por sí mismos; pero despues me ha parecido que por lo menos debia darles cuenta del método que he seguido.

Desde que llegó á mis manos la presente obra comencé á traducirla para mi propio uso, y el de los amigos que no comprendiesen la lengua en que la escribió su autor, destinando á esta tarea las pocas horas que me dejaban libres otras ocupaciones preferentes. Apenas habia comenzado mi trabajo, conocí que la

obra era de tal naturaleza, que mas bien que de una *traduccion* se trataba de una *restitucion*, es decir, que hallándose escritos en lengua castellana casi todos los documentos que el autor tuvo á la vista para formarla, era preciso, ó por lo menos conveniente, tener á la mano los mismos documentos cuando se tratase de volverla, por decirlo así, á su lengua primitiva.

De acuerdo con esta idea, trabajé siempre la traduccion teniendo á la mano los principales documentos impresos que cita el autor, (porque de los MSS. solo pude lograr uno ó dos) y por regla general leia yo los pasajes citados antes de comenzar la traduccion del capítulo respectivo. De esta manera logré evitar muchos descuidos y al mismo tiempo facilité mi trabajo porque cuando el testo admitia varias interpretaciones tenia yo mucho adelantado para acertar con la verdadera. No por eso dejé de consultar mis dudas con personas mas instruidas, cuyos consejos me fueron muy útiles. A veces he colocado en el testo las palabras del documento original que el autor citaba en la nota, y he suprimido ó variado algunas de estas, por requerirlo así la nueva forma que se daba á la obra. He pro-

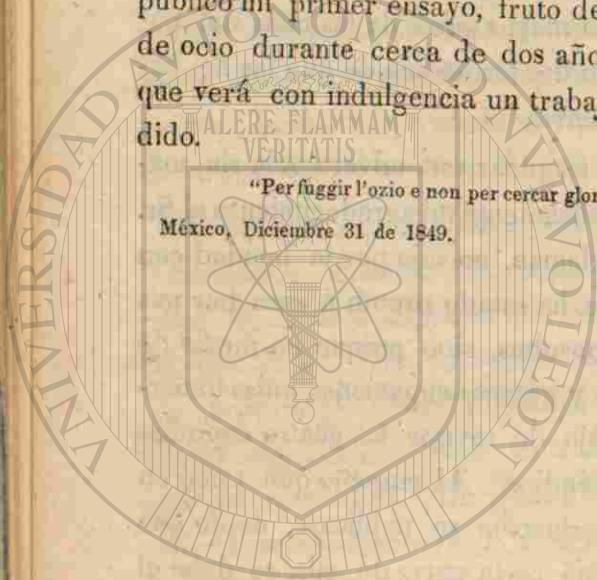
cedido, sin embargo, con tal tiento en estas variaciones, que me arrepiento ahora de no haber hecho algunas mas. Diré de paso que por haber seguido este método he confrontado por necesidad la mayor parte de las citas del autor, y puedo dar testimonio de que las he hallado fidelísimas.

No debo terminar esta advertencia sin manifestar públicamente mi agradecimiento al Sr. D. Lucas Alaman, no solo por la bondad con que siempre ha estado pronto á escuchar mis molestas consultas, sino porque en medio de sus muchas y graves ocupaciones, quiso tomarse el trabajo de revisar los cuatro capítulos de este Apéndice. Al empeño que tomó en que esta traduccion se publicase, desde que examinó una corta parte de ella, se debe el que haya visto la luz pública; porque solo el voto favorable de una persona, como el Sr. Alaman, pudiera haberme decidido á darla á la prensa. Inclinéronme además á esta resolucion otras razones que no es del caso apuntar aquí, siendo la principal el deseo de que se estienda en el pais el conocimiento de las obras de mérito que se publican fuera de él en lenguas estrañas. He hecho cuanto ha

estado de mi parte para que esta traducción fuese digna de la obra; y si el resultado correspondiera á mis deseos y á mis esfuerzos, lo sería sin duda. Sea como fuere, presento al público mi primer ensayo, fruto de mis horas de ocio durante cerca de dos años, y espero que verá con indulgencia un trabajo emprendido.

"Per fuggir l'ozio e non per cercar gloria."

México, Diciembre 31 de 1849.



## APENDICE DEL TRADUCTOR.

### CAPITULO I.

CAUSAS DE LAS REVOLUCIONES DEL PERU.—ENCOMIENDAS.—ALBOROTOS EN EL CUZCO.—REGRESO DE GASCA.—LEVANTAMIENTO DE LOS CONTRERAS.—ROBO DEL TESORO.—BATALLA DE PANAMA.—FIN DE LA SUBLEVACION.

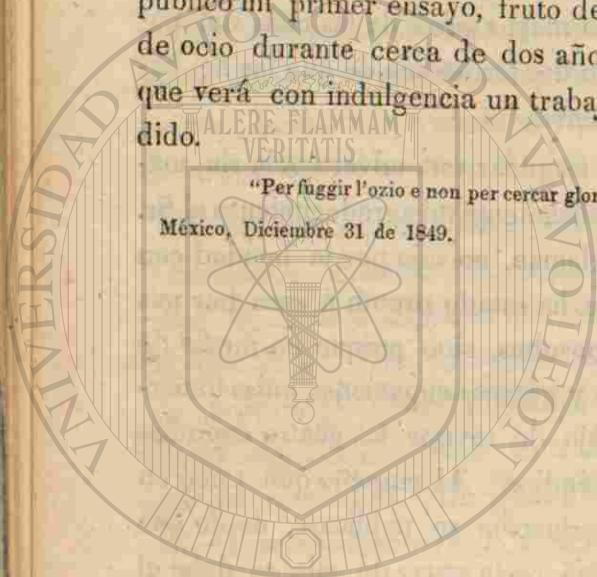
1549.—1550.

Si Gasca con su prudencia y energía logró asentar sólidamente en el Perú el dominio de la corona, no pudo arrancar del todo las semillas del descontento, ni era posible que lo consiguiese, porque las agitaciones que habia sufrido aquel desgraciado pais eran demasiado violentas para que se sosegasen de un golpe. Cuando entregó á la Audiencia las riendas del gobierno existian las mismas causas de disgusto y ya desde antes de su partida comenzaron á advertirse síntomas bien claros de que las espaldas volverian á desenvainarse muy pronto. Antes de entrar á referir los desórdenes que aun affligieron al Perú durante varios años, no será

estado de mi parte para que esta traducción fuese digna de la obra; y si el resultado correspondiera á mis deseos y á mis esfuerzos, lo sería sin duda. Sea como fuere, presento al público mi primer ensayo, fruto de mis horas de ocio durante cerca de dos años, y espero que verá con indulgencia un trabajo emprendido.

"Per fuggir l'ozio e non per cercar gloria."

México, Diciembre 31 de 1849.



## APENDICE DEL TRADUCTOR.

### CAPITULO I.

CAUSAS DE LAS REVOLUCIONES DEL PERU.—ENCOMIENDAS.—ALBOROTOS EN EL CUZCO.—REGRESO DE GASCA.—LEVANTAMIENTO DE LOS CONTRERAS.—ROBO DEL TESORO.—BATALLA DE PANAMA.—FIN DE LA SUBLEVACION.

1549.—1550.

Si Gasca con su prudencia y energía logró asentar sólidamente en el Perú el dominio de la corona, no pudo arrancar del todo las semillas del descontento, ni era posible que lo consiguiese, porque las agitaciones que habia sufrido aquel desgraciado pais eran demasiado violentas para que se sosegasen de un golpe. Cuando entregó á la Audiencia las riendas del gobierno existian las mismas causas de disgusto y ya desde antes de su partida comenzaron á advertirse síntomas bien claros de que las espaldas volverian á desenvainarse muy pronto. Antes de entrar á referir los desórdenes que aun affligieron al Perú durante varios años, no será

fuera de propósito el hacer una breve reseña de las causas que mantenían siempre vivo el fuego de la discordia.

Fué política constante del gobierno español en todos los descubrimientos de la América, el no arriesgar nada en las expediciones, ni favorecerlas con otra cosa que con el simple permiso para descubrir y conquistar una estension determinada de terreno, en un país de cuya existencia solo se tenían tal vez noticias vagas, y aun sucedía con frecuencia que se diesen á un aventurero las tierras que otro había ya ocupado. Los conquistadores hacían todos los gastos necesarios para la compra y habilitacion de las naves, y para proveer á sus soldados de armas y municiones, porque en cuanto á víveres no solían llevar muchos consigo. Tan luego como se daba principio á la expedicion el ejército vivía sobre el país del mejor modo que podía. Los despojos de los pueblos conquistados eran la única recompensa que esperaban los conquistadores por los inauditos trabajos y riesgos á que se resignaban, y si bien la mayor parte se engañaron en sus esperanzas, no faltaron otros que las vieran realizadas con exceso. Mas apenas estaban sujetos del todo los naturales y aseguradas las conquistas, se apoderaba de ellas la corona, y enviaba sus oficiales y ministros, que ocupaban todos los puestos de honra y de

provecho. Esto era hasta cierto punto necesario, porque los conquistadores, hombres rudos é ignorantes en lo general, no eran capaces de desempeñar ningun empleo de importancia. Ellos, sin embargo, veían á los nuevos magistrados como á intrusos que venían á despojarlos del fruto de sus fatigas, y á enriquecerse laboreando la rica veta que ellos habían abierto á fuerza de sudor y de sangre. Los empleados por su parte miraban con desprecio á los conquistadores, teniéndolos por gente ya inútil que solo sabía manejar la espada; y como no conocían por experiencia propia los trabajos y peligros, casi fabulosos, que cercaban al conquistador en su azarosa carrera, no les daban la importancia que merecían, y los creían bastante recompensados con el botín adquirido en las guerras. De aquí la continua lucha entre los soldados y los representantes del gobierno; porque apoderado éste de todas las rentas y productos de los países nuevamente añadidos á sus dominicos, nada quedaba á los conquistadores. Los que aun eran jóvenes y robustos preferían empeñarse en nuevas aventuras y seguir á algun caudillo afortunado; pero muchos eran ya viejos ó habían perdido la salud en las campañas, y esto solo contaban para vivir con lo que la corona debía darles por premio de sus servicios. Todos á la verdad se habían cubierto de gloria;

pero cuán pocos eran los que abandonaban su patria solo para buscar la gloria en el Nuevo Mundo!

Colon fué el primero <sup>1</sup> que empezó á premiar, ó mejor dicho, á contentar á los Españoles dándoles cierta estension de terreno que cultivar, é imponiendo al mismo tiempo á los Indios la obligacion de labrarlo para sus dueños, y de aquí tuvieron origen las encomiendas. Aquella medida se desaprobó en la corte; pero ya estaba arraigada la costumbre, y era demasiado favorable á los conquistadores para que fuese fácil el remedio. No es este el lugar de referir las interminables disputas que sobre este punto se suscitaron y bastará una ligera noticia del estado en que este asunto se hallaba al tiempo que el Perú fué conquistado.

Destruído el antiguo gobierno de los Incas, sus súbditos dejaron de pagar los gravosos tributos que aquellos les exigian, y por este motivo se determinó en la corte de España, no sin examinarlo antes con detencion, que los Indios contribuyesen á sostener el nuevo gobierno que remplazaba al antiguo con un tributo que en todo caso fuese menor que el que pagaban á los Incas. El determinar el monto de este tributo y

<sup>1</sup> Herrera, Hist. General, 50. — Quintana, Españoles Cédec. 1, lib. 3, cap. 16 — Muñoz lebres, tom. III p. 274.  
 del Nuevo Mundo, lib. 6, §

a forma en que debía pagarse fué siempre objeto de la mayor atencion por parte del gobierno, el que no perdonó trabajo ni diligencia alguna para obtener los informes necesarios, dirigiéndose á aquellas personas que por su posicion y experiencia podian darlos mas copiosos y exactos. Mas como tenia que luchar por un lado con la avaricia de los conquistadores, y por otro con la pereza natural de los Indios y la astucia de los caciques, no podia evitar que en sus disposiciones se deslizasen mil errores; como por ejemplo, el señalar por tributo á los Indios de un lugar, cierta cantidad de una cosa que no se hallaba en toda su provincia. <sup>2</sup>

El dar unos Indios en *encomienda* consistia en señalar á un individuo cierto número de Indios para que á él pagasen el tributo que debian dar á la corona, el cual ya estaba fijado de antemano. El *encomendero* por su parte tenia obligacion de atender á que se instruyesen en la religion cristiana; pagaba á los sacerdotes que los instruian y reportaba otras cargas civiles y militares, haciendo juramento especial de acudir como feudatario al servicio del rey, siempre que la ocasion lo pidiese. <sup>3</sup> Estábales mandado que diesen buen trato á los encomendados, y

<sup>2</sup> Ondegardo, Relacion Pri-  
 mera, (ap. Anales des Voya-  
 ges, tom. CIII) resp. VII

<sup>3</sup> Solórzano, Política In-  
 diana, (Madrid, 1643) lib. 3, cap.  
 2, 25, 26

que no exigiesen de ellos servicio alguno sin remunerárselo competentemente.

Mas esto no satisfacía á los conquistadores, que acostumbrados á despreciar á los Indios en las batallas, y á mirarlos como á gente de raza inferior á la suya, se creían autorizados para tratarlos como á esclavos y para exigir de ellos cuanto les acomodase. Lograban este deseo los que obtenían encomiendas á *servicio personal*, las que se distinguían de las otras, en cuanto á que los Indios debían pagar sus tributos con solo su trabajo, lo que, como cualquiera advertirá, abría un ancho campo á los mayores abusos. Al descubrirse el Perú se mandó que ya no se diese ni una encomienda á servicio personal; pero prevalidos los conquistadores del desorden que reinaba, y de no hallarse aun tasados los tributos de los Indios, les imponían con la mayor crueldad tareas superiores á sus fuerzas, de manera que la población iba disminuyendo rápidamente. A tal extremo llegaron los abusos, que para corregirlos se dictaron las famosas leyes de 1542, de que ya se habló en esta historia, y que tanta sangre costaron en el Perú.

Por ellas quedaron muchos Españoles sin medios de subsistir y otros sufrieron en sus rentas una baja considerable. Ni unos ni otros recibieron de la corona compensación alguna, porqu

el gobierno español quería, y con justicia, que los Indios fuesen libres y viviesen descansadamente sin temer nada de la crueldad de sus nuevos señores; pero no quería desprenderse de una parte de los productos del país para proporcionar sustento y reposo en la enfermedad ó en la vejez, á los valientes soldados que con su sangre ganaron para su rey un Nuevo Mundo. Además, como el gobierno no podía ver por sí mismo el estado de cada una de sus posesiones ultramarinas, tenía que valerse por precisión de otras personas que enviaba á ellas, comunmente con el título de visitadores. Estos solían tomar con mucho calor la defensa de los indígenas y los abusos que notaban, harto grandes de por sí, los pintaban con colores tan negros, que escitaban la mayor indignación en la corte, donde se juzgaba de la conducta de los nuevos colonos por los hechos aislados de crueldad que referían los visitadores, y se tomaban las medidas mas severas para reprimir aquellos desórdenes y castigar á sus autores. <sup>4</sup>

La posición de la mayor parte de los conquis-

<sup>4</sup> Podría alguno creerse demasiado favorable á los conquistadores. Lejos de mí la idea de paliar sus crueldades; pero como el autor ha trazado (lib. 4. cap. 7). el mas negro cuadro de los sucesos de los Españoles, me pa-

reció justo apuntar algunas razones que hagan apreciar en su verdadero valor la conducta del gobierno español en los negocios de America á los principios del descubrimiento.

tadores del Perú no podía ser entonces mas triste. Nada les quedaba ya del rico botin que adquirieran en los principios, porque todo lo habian consumido en el juego ó en nuevas expediciones. Muchos se veian privados del todo de sus encomiendas, y los que las conservaban no podian ya, so pena de perderlas, exigir de los Indios ningun trabajo personal, y ni aun hallaban quien desempeñase los servicios domésticos. Para aprender un oficio era ya demasiado tarde, y ademas se tenia entonces por la mayor deshonra el que una mano que empuñó la espada y la lanza maneja el hacha ó la barreta. Para colmo de desgracias, pesaba sobre casi todos la fea nota de deslealtad, por la parte que habian tomado en las pasadas conmociones, y por último, todos tenian á la vista la triste suerte que aguardaba á su familia despues de su muerte, porque las encomiendas solo eran entonces vitalicias y volvian á la corona cuando moria el poseedor.<sup>5</sup>

5 Al principio no se heredaban las encomiendas porque solo eran un usufructo concedido por el Rey que duraba por el tiempo de su voluntad ó cuando mas por la vida del encomendero. Despues se dieron por dos vidas la del agraciado y la de un heredero suyo. Este orden se al-

teró, sin embargo, muchas veces segun los tiempos y lugares. Siendo este un punto que solo toco por incidencia no puedo detenerme mas en él, y me limito á indicar al lector que ocurra á la obra de Solórzano, quien dedicó á este asunto todo el libro 3º de ella. Lo que digo acerca de la po-

Hombres que se hallaban en este estado abrazaban con gusto cualquier partido que se les presentase, para salir de tan miserable situacion,<sup>6</sup> y de esta manera apenas alzaba cualquiera en el Perú el estandarte de la rebelion, hallaba al punto mil brazos armados y prontos á sostenerle. Soló el sentimiento de lealtad al monarca, que ardía tan vivo en todo pecho español del siglo XVI, pudo impedir que la corona de Castilla perdiese las ricas posesiones que conquistaron sus vasallos, y que ella á su vez se hubiese visto obligada á arrancarlas por fuerza de las manos de los conquistadores.

Acostumbrados éstos á ver diariamente su vida en peligro, al tomar parte en un *alzamiento* (con cuyo nombre se conocia entonces lo que hoy se llama *pronunciamiento*), no contaban para nada con el riesgo á que se esponian, y por mas que viesen todos los dias los crueles castigos que se aplicaban á los revoltosos, no desistian de emprender nuevas tentativas. Aquellos hombres tenian en nada la vida comparada con el oro, y el que lograrse una de aquellas tentativas estaba seguro de saciar su codicia; si es que habia en

breza de los conquistadores, no debe entenderse de los principales gefes que habian recibido grandes recompensas; principalmente Gonzalo Pizarro, quien tenia en Charcas mas rentas que el Arze-

bispo de Toledo, segun dicen Herrera y Garcilaso.

6 „ Agitabatur magis magis que in dies animus feroz inopia rei familiares.” Salust. D.B. C.

el mundo oro suficiente para saciar la codicia de un conquistador del Perú.

Ya dijimos arriba, que aun antes de que el Presidente Gasca saliese del Perú se notaron indicios bien claros de que comenzarian de nuevo los desórdenes tan pronto como él se ausentase. Los muchos individuos que quedaron agraviados en el primer repartimiento que hizo el presidente de las encomiendas vacantes, <sup>7</sup> manifestaban públicamente sus quejas y aun mezclaban entre ellas algunas amenazas. <sup>8</sup> Nadie sin embargo, se hacia notar tanto entre los descontentos como el capitán Francisco Hernandez Giron. Era de familia noble y se habia distinguido en las pasadas guerras por su fidelidad al partido de rey, al cual habia prestado grandes servicios. Es cierto que le habian premiado con un buen repartimiento que fué de Gonzalo Pizarro; pero como veia que otros que no podian hacer alarde de igual fidelidad al rey, habian conseguido mas le parecia aquello una mezquina recompensa de sus servicios. Así lo decia en público, y despues de murmurar de la desigualdad de la

<sup>7</sup> Ante, lib. V. cap. 4.

<sup>8</sup> "Los proveidos se mostraban alegres, i los otros con desesperacion, i blasfemias airadamente maldecian al Presidente, i su ventura, i no se oía otra cosa si-

no desesperaciones é injurias, quales en tales casos los usa la Gente libre, como es la Soldadesca". Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 5, cap. 16.

distribucion añadia, "que otro habia de deshacer el repartimiento que se habia hecho". <sup>9</sup>

Los soldados descontentos, que como ya antes he dicho, solo aguardaban que cualquiera alzase el estandarte de la rebelion para ir á alistarse en sus banderas, tan luego como conocieron la buena disposicion en que se hallaba Hernandez para comenzar otro alzamiento, se fueron jurando con él y se empeñaban en que fuese su general por la buena opinion que les merecia á todos. <sup>10</sup> Hernandez, sea porque aun no creyese llegada la hora, ó porque temiese el declararse en abierta oposicion con la corona, rehusaba tomar parte en sus designios. Fatigado de sus solicitudes resolvió salir del Cuzco donde se hallaba, para ir á Lima y presentarse á Gasca exigiendo reparacion de la injusticia que creia habersele hecho. Pidió licencia para ello al arzobispo Loaysa y al licenciado Cianca que gobernaban la ciudad; pero le fué negada. No le sirvió esto de obstáculo, porque sin ella se puso en marcha, apesar de haberse publicado con anterioridad una orden prohibiendo á toda

<sup>9</sup> "E así lo dezia, y publicaba, diciendo; que otro ansia de deshacer el repartimiento que se habia hecho." Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1. cap. 1.

<sup>10</sup> "Que como fue de los

mui leales i que maiores trabajos padeció en las rebeliones, i era Hombre de valor, i tenia gran opinion, todos los quexosos hacia cabeza de él." Herrera, Hist. General, dec. 8 lib. 4, cap. 18.

persona el salir de la ciudad sin permiso espreso.

Luego que el corregidor Cianca supo la partida ó fuga de Giron, se disgustó en gran manera y le envió con un alguacil una atenta carta suplicándole que se volviese, y evitase el escándalo que debía ocasionar su violenta determinacion. El alguacil le alcanzó cerca de la ciudad; pero aunque le entregó la carta y le instó repetidas veces, no pudo conseguir de Giron que se volviese, y hubo de contentarse con recibir otra carta para el corregidor en respuesta de la suya. En ella le decia Hernandez, que si creyera que así convenia al servicio de su magestad volveria al Cuzco, aunque fuese de rodillas; pero que no se decidia á ello por los males que habian de resultar. Concluia advirtiéndole que anduviese con cuidado, porque segun habia oido en el camino á los descontentos, pudiera acaso sucederle alguna cosa. <sup>11</sup>

Recibida esta carta, y sabiendo el corregidor que en la ciudad habia reuniones y juntas secretas, entabló una pesquisa y formó proceso á los aborotadores. El resultado fué que ahorcó á uno y desterró á tres ó cuatro, con lo que por entonces se sosegó todo. Al mismo tiempo,

<sup>11</sup> Fernandez trae á la letra Perú, Parte 2, lib. 1, cap. 1, in esta carta de Giron: Hist. del se.

viendo la resistencia de Hernandez, envió á un capitán con algunos soldados, para que le prendiese. El oficial alcanzó á Hernandez y quiso persuadirle que volviese á la ciudad; pero él se negaba escusándose con decir que se retiraba del Cuzco para evitar que los soldados descontentos le eligieran por caudillo y de ese modo le comprometiesen: protestaba que era fiel al rey, pero se negaba á volver á la ciudad. Ya entonces no le quedó al comisionado otro recurso que prenderle y llevarle por fuerza al Cuzco, donde le presentó al corregidor. Este le señaló por cárcel la casa de un vecino, y comenzó á formarle causa. No sabemos lo que apareceria en ella; lo cierto es que pasado algun tiempo se le puso en libertad, dando palabra de que iria á Lima á presentarse al presidente. Púsose en efecto en marcha; pero hallándose ya cerca de aquella capital, recibió de Gasca, orden de no entrar en ella. Por esta causa se mantuvo algunos meses vagando por las poblaciones inmediatas, y solicitando que se le alzase la prohibicion, lo que consiguió al fin despues de muchas instancias. Entonces se presentó á Gasca segun tenia ofrecido, y este le recibió muy bien y le conservó á su lado mucho tiempo.

Próximo ya á regresar á España, comisionó Gasca á varios capitanes para que fuesen á emprender nuevas conquistas, pareciéndole que

el medio mas apropósito de sosegar aquella gente inquieta era el mantenerla constantemente ocupada. No se olvidó de los temores que ya habia causado la conducta de Giron, y le comprendió por lo mismo entre los nombrados, señalándole para teatro de sus futuras hazañas la provincia de los Chunchos, situada al mediodia del Cuzco. No le puso otra condicion sino que respetase los limites de las provincias ya descubiertas y pacificadas por otros, y le dió permiso para fundar varios pueblos. Hizo publicar el Presidente con toda solemnidad aquella comision, y tan luego como él hubo partido para España comenzó Hernandez los preparativos para su conquista. Mas acertado habria sido quizá el haber sacado del Perú aquel espíritu turbulento; pero estamos ya demasiado distantes de aquella época para poder apreciar debidamente todas las circunstancias que pudieron influir en el ánimo de Gasea é inclinarle á tomar esta resolucion. Ya veremos mas adelante el uso que hizo Francisco Hernandez del permiso que se le dió para levantar gente, y ahora pasaremos á referir con brevedad los sucesos ocurridos hasta el embarque del Presidente en Panamá.<sup>12</sup>

12 Herrera, Hist. General. to 2, (Cordoba, 1617.) lib. 6, cap. 8, lib. 4, cap. 18; lib. 5, cap. 4.—Fernandez, Hist. del Perú, 7.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 1, 2.

Procuraba este con empeño el salir cuanto antes del Perú, tanto por el deseo natural de volver á su patria despues de varios años de ausencia, como por evitar las quejas y murmuraciones de los descontentos, que no eran pocos y solian exponerle sus agravios de la manera mas irrespetuosa.<sup>13</sup> A esto se agregaba el temor de recibir de un dia á otro algunas cédulas reales que pudieran retardar su marcha, pues una vez salido de aquel país, aun cuando llegasen á sus manos en algun punto de la travesía, la dificultad de retroceder le serviria de disculpa para no hacerlo. Con este deseo apresuró su viaje dejando al secretario de la Audiencia la lista del segundo repartimiento, que ya tenia formada de antemano, con órden de que no se publicase hasta ocho dias despues de su partida: medio que le pareció ser el mas apropósito para que le dejasen en paz los descontentos; pues con esperanzas que tuvo cuidado de dar á todos sin comprometerse, conseguia sosegarlos los pocos dias que faltaban para su marcha, y cuando llegase el desengaño ya él estaria donde no le alcanzasen sus quejas.<sup>14</sup>

Estaba, ya próximo á darse á la vela cuando al fin le llegaron unos despachos del rey, en

13 Garcilaso, Com. Real., Parte 2; lib. 7, cap. 7. 14 Fernandez., Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 3.

tre los cuales venia una cédula en que definitivamente se mandaba que se aboliese del todo el servicio personal de los Indios.<sup>15</sup> Era este un punto muy delicado, pues mal apagadas las cenizas del fuego que encendió el virey Nuñez Vela con su imprudente conducta, cualquiera chispa podria revivir el incendio, que por todas partes hallaria combustibles en que cebars,e en la multitud de agraviados, que por falta de premio ó sobra de castigo, habian quedado de las pasadas revoluciones. Mas procediendo Gasca con su acostumbrada prudencia y acierto, consultó el asunto con la Audiencia y juntos resolvieron, que en el estado en que se hallaba entonces aquella tierra era indispensable que se suspendiese la ejecucion de la real cédula, porque si dejaba de obligarse á los Indios, no habria absolutamente quien desempeñase los oficios domésticos, ni de quien servirse para el cultivo de la tierra, por ser todavía muy pocos los Españoles, y casi todos soldados, gente que con dificultad se aviene á sujetarse á un sueldo corto, ganado con duro trabajo, y mas en un pais en que por todas partes veian levantarse del polvo fortunas colosales ganadas en las guerras. Así pues, y estando el presidente en visperas de partir para España nadie mejor que él podria informar al rey del es-

<sup>15</sup> Dióse esta cédula, á lo que entiendo, en Valladolid á 22 de febrero de 1549.

tado de los negocios, para que en vista de sus razones resolviese lo que pareciera mas acertado. No por eso dejó de recomendar á los oidores que procurasen cumplir la cédula en lo posible, disminuyendo los servicios de los Indios cuanto fuese compatible con la conservacion del órden, segun lo fuesen permitiendo las circunstancias. Arreglado así este punto se hizo Gasca á la vela del Callao á fines de Enero de 1550, llevando consigo la gran suma de dinero que habia recogido para el rey.<sup>16</sup> Dejaremos por ahora á los descontentos del Perú, para acompañar al presidente en su peligrosa travesía del istmo, hasta dejarle fuera de riesgo.

Todo el mes de Febrero y algunos dias de Marzo gastó en llegar á Panamá, y al arribar allí se encontró con otros despachos del rey, en que despues de darle las gracias, como era justo, por los servicios que habia prestado en el Perú, le avisaba haber nombrado para virey de aquellos reinos á Don Antonio de Mendoza, que á la sazón gobernaba con mucho acierto en la Nueva España, y le encargaba que no saliese del Perú hasta que llegase allí el nuevo virey; pero al mismo tiempo le prevenia que hiciese los mayores esfuerzos para que en todo aquel año llegase á

<sup>16</sup> Sobre el valor del tesoro seiscientos mil ducados del rey, que llevaba Gasca, puede verse iba otra gran suma de dinero el lib. 5, cap. 4, nota. 32 de esta perteneciente á particulares. historia. Ademas del millon y

España el tesoro. No dejaba de ser difícil el cumplir ambas prevenciones, porque si suspendía el viaje por aguardar al virey, vendría la estación mala en que la navegación era imposible, y no podría llegar el tesoro en el término señalado. Separarse de él, confiándolo á otra persona, no le parecía prudente, y los sucesos posteriores probaron que eran justos sus recelos. En esta duda, considerando que su persona no hacía falta en el Perú el poco tiempo que podía tardar el virey, y confiando tal vez en lo ilimitado de sus instrucciones, se decidió á proseguir su viaje.

Comenzó desde luego á tomar sus disposiciones al efecto, fabricando pólvora componiendo las armas y reuniendo gente para hacer con toda seguridad la operación de atravesar el istmo. Hizo detener los navios que estaban prontos á salir para España y las Islas, reforzó con artillería los que destinaba para el transporte de su persona y del dinero, y reunió hasta quinientos hombres, entre ellos ciento y cincuenta venidos con él desde el Perú y dignos de toda confianza, porque á su reconocida fidelidad se agregaba la circunstancia de ser interesados en el tesoro. Suplicó además á los vecinos de Panamá que le ayudasen al transporte con sus recuas, á lo que fácilmente se prestaron.

Apenas habia llegado el presidente á la Ven-

ta de Cruces, cuando tuvo noticias de haberse alterado el orden por Panamá, por cuyo motivo apresuró su viaje para llegar lo mas pronto posible á Nombre de Dios, no fuese á suceder que antes lo ocupasen los sublevados. Dió inmediatamente algunas providencias para poner en salvo la parte del tesoro que aun no estaba acarreada, y para quitar á los sublevados algunos recursos de que pudieran aprovecharse para sostener su rebelion. Mas no siéndole posible el llegar tan pronto como quisiera á causa del mal tiempo, despachó un mensajero que anunciase en Nombre de Dios su próximo arribo, cuyo mensajero consiguió llegar, aunque á costa de infinitas fatigas, por lo malo y cenagoso del camino de tierra. Cumplida su comision regresó otra vez á buscar á Gasca, y le encontró en el camino, que venia á fuerza de remo. Dióle aviso de que ya en Nombre de Dios se sabia la causa de aquellos desórdenes, que era la que vamos á referir.

Pedrarias Dávila, el famoso gobernador de Nicaragua, casó á una de sus hijas, llamada D<sup>ca</sup> María de Peñalosa, con Rodrigo de Contreras, caballero natural de Segovia, de cuyo matrimonio nacieron dos hijos, Hernando y Pedro de Contreras. Por consideracion á Pedrarias se dió la gobernacion á su yerno el año de 1534, y como llegasen las nuevas leyes que prohibian

el tener Indios á los gobernadores y demas empleados de la corona, traspasó sus repartimientos á su muger é hijos. Mas al arribo de la Audiencia llamada *de los Confines de Guatemala*, fué uno de los oidores á tomarle residencia, y además de otros cargos que le hizo, quitó los Indios á su familia, por no haber sido hecha la traslación de dominio con arreglo á las leyes. Apeló el gobernador; pero la Audiencia confirmó lo hecho por su comisionado, y aunque apeló de nuevo y marchó á España á responder á los cargos que se le hacian, y á reclamar sus repartimientos, nada pudo conseguir, porque el Consejo de Indias tambien confirmó la sentencia.

Los interesados en el asunto quedaron tan descontentos de su resultado como era de esperarse, y principalmente Hernando, como hermano mayor, era el que mas quejoso se manifestaba, no solo en lo privado, sino tambien en público. Quiso su mala suerte que anduviese por allí entonces un Juan Bermejo, á quien Gasca habia desterrado del Perú, el que como hombre perdido que esperaba medrar en aquellas revueltas, se dedicó á inflamar mas el ánimo de Contreras para precipitarlo á una resolución violenta. Decíale que aquel rico tesoro que el presidente traía, y aun todo el Perú, era suyo, porque su abuelo Pedrarias, de quien era heredero, habia sido uno de los asociados en la empresa del pri-

mer descubrimiento; <sup>17</sup> que se apoderase del dinero de Gasca y se fuese al Perú, en donde al punto se le reuniria multitud de gente, y podria alzarse con aquel imperio, sin que el rey fuese capaz de quitárselo, como no se lo hubiera quitado á Gonzalo Pizarro, á no ser por los desaciertos que cometió. Por este estilo le decia una infinidad de cosas, propias para exaltar el espíritu de un jóven, no muy templado de suyo <sup>18</sup> A ejemplo de Bermejo iban acudiendo á Hernando Contreras los muchos descontentos que andaban por aquellos alrededores, que por la mayor parte eran desterrados del Perú, y le ofrecian servirle hasta la muerte, ponderándole al mismo tiempo lo fácil de la empresa.

Cedió al fin Hernando á sus instancias que tan en armonía estaban con sus propios deseos, y resolvió dar principio á su empresa por el asesinato de una persona respetable como era el obispo de Nicaragua Don Antonio de Valdivieso, de la orden de Santo Domingo, cuyo único delito á lo que dicen, habia sido el proteger constantemente á los Indios; conducta que le

<sup>17</sup> A Bermejo no le convenia reflexionar que cualquiera que fuese el derecho que al principio tuvo Pedrarias, lo habia cedido todo por el ajuste que tuvo con Almagro, y puede verse en el Apéndice del autor, núm. 5.

<sup>18</sup> " Este Moço era brioso, i Caballero de calidad..... ambicioso, i de su naturaleza bullicioso." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 6, cap. 4.

habia hecho odioso á los Contreras, aunque no faltan otros que señalen diversas causas á la enemistad de estos. <sup>19</sup> La mayor parte de los conjurados, <sup>20</sup> se conformó facilmente con que se llevase á efecto el asesinato, porque era gente poco escrupulosa, y en tratándose de medrar, nada les importaba un crimen mas ó menos.

Todo esto pasaba en la ciudad de Granada, y resuelto ya á ejecutar su intento, marchó Hernando á Leon de Nicaragua, dejando á su hermano Pedro, muy jóven aun, en compañía de su madre, para mejor encubrir sus designios. Llegado allá reunió en su casa con cualquier pretesto otros varios soldados á mas de los que él llevaba, y despues de arengarles del modo que le pareció mas propio para ganar su volun-

<sup>19</sup> "Y aunque algunos despues quisieron disculpar á los matadores, dando por causa la mala condicion y peor lengua del obispo, que forçassen á quitarle la vida: no basta disculpa ninguna para hazer un hecho tan malo." (Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 6, cap. 12.) No tiene disculpa en efecto; mas parece que la conducta del obispo no era muy propia para ganarse las voluntades, si hemos de juzgarle por lo que de él refiere un cronista de su misma orden. V. Melendez, Tesoros Verdaderos de las Indias (Roma, 1681,) tom. I. lib. 2, cap. 8.

<sup>20</sup> Entre ellos habia un fraile dominico. "Salió el fraile Castañeda con unas corazinas en lugar de los ábitos: y todos hechos una muela se fueron derechos á casa del obispo." Fernandez, Hist. del Peru. Parte 2, lib. 1, cap. 7.—Tambien el padre Calancha, Cronica uoralida del orden de San Agustin en el Perú, (Barcelona, 1639.) lib. I, cap. 20; y Melendez, Tesoros, tom. I. lib. 2, cap. 8.—Este último autor sigue enteramente á Fernandez en la narracion de estos sucesos, y á veces hasta copia sus palabras.

tad, salió inmediatamente á la calle dirigiéndose á la casa del Obispo. Segun parece, algunos de los conjurados no estaban muy dispuestos á tomar parte con la muerte del prelado, porque se empeñaron en separarse con varios pretestos; pero los cabecillas no lo consintieron, amenazando con la muerte á quien lo intentase. Así llegaron á casa del Obispo que estaba jugando al ajedrez, le sorprendieron, y sin mas preámbulo le mató Hernando á puñaladas.

Muerto el Obispo y saqueada por supuesto la casa, salieron los conjurados á la calle gritando *libertad, viva el principe Contreras*, y en seguida procedieron á apoderarse de los fondos públicos que tenia en su poder el tesorero, y de las armas y caballos de los vecinos. Dividiéronse luego los conjurados, yéndose Contreras con parte de ellos al Realejo, puerto del Mar del Sur, á apoderarse de unos buques, y dirigiéndose Bermejo con el resto á Granada, á pillar lo que se pudiese y á reclutar gente que engrosase sus filas. Tanto les habia ensoberbecido la felicidad con que habian ejecutado el primer golpe, que siendo tan pocos no vacilaban en dividirse de este modo.

Ya se sabia en Granada lo ocurrido en Leon, por lo que tomaron las armas hasta ciento veinte hombres, entre ellos Pedro de Contreras, para oponerse á Bermejo, segun decian; pero esto

solo fué una ficcion, porque todos estaban dispuestos á pasarse á los sublevados, y así lo hicieron tan luego como se avistaron, matando antes á Carrillo su capitan, é hiriendo á otros varios que no estaban de acuerdo en aquella traicion. Con esto tomó Bermejo posesion de la ciudad sin resistencia, y desde allí envió á un soldado llamado Salguero con alguna gente para que fuese á Nicoya, á lo mismo á que él habia ido á Granada. No permaneció allí Bermejo mucho tiempo, sino que pronto se fué á reunir con Hernando al Realejo, seguido de la gente que quiso ó él forzó á acompañarle, llevándose tambien consigo al jóven Pedro Contreras con gran pesadumbre de su madre D<sup>ña</sup> Maria, quien de ningun modo aprobaba la mala conducta de sus hijos, pronosticándoles toda suerte de desgracias si en ella perseveraban. Los sucesos posteriores probaron la exactitud de sus predicciones.

Así que los sublevados desocuparon la ciudad de Granada determinaron los Alcaldes despachar un buque á Nombre de Dios con aviso de lo que pasaba, y lo despacharon en efecto.<sup>21</sup> Cuando llegó esta noticia al Presidente, ya estaba informado de todo como arriba dijimos, y to-

<sup>21</sup> Así lo afirma Herrera, niega y refiere de otro modo el (Hist. General, dec. 8, lib. 6, sucesos. Hist. del Peru, Parte 2, cap. 3, 4); pero Fernandez lo lib. 1, cap. 7.

maba sus providencias para ir á socorrer á Panamá, para donde suponía que habian de dirigirse los revoltosos, y así lo tenia avisado á aquellos vecinos para que cobrasen ánimo.

Verificada la reunion de Bermejo con los dos hermanos Contreras, comenzaron á tratar sobre el partido que debería tomarse. Opinaba Bermejo que obrasen con toda actividad, á fin de apoderarse de Panamá y Nombre de Dios, hecho lo cual y robado el tesoro, se encaminarian al Perú, en donde estaba él seguro de que serian muy bien recibidos; y á la verdad en el estado que guardaban las cosas, si así lo hubiesen ejecutado aun habrian prolongado mucho tiempo la resistencia. El plan fué adoptado, como puede suponerse, y su autor comenzó desde luego á ponerlo por obra, tomando y quemando los buques que habia en el puerto, escepto dos en que se embarcaron los conjurados dirigiéndose á Nicoya para recoger á Salguero. Despues continuaron su derrota á Panamá á donde llegaron de noche, y anclando en el Ancon á media legua del puerto, sorprendieron fácilmente cuatro ó cinco buques que allí habia, entre ellos uno de D<sup>ña</sup> Maria de Peñalosa, madre de los Contreras. Saltaron luego en tierra dejando todos los navios al cuidado de Pedro Contreras, y como ya tenian noticias exactas de todos los pasos del presidente, lo primero que hicieron fué despa-

char á Salguero con veinte y cinco hombres en seguimiento suyo, y tambien para que se apoderase de la plata que encontrase en el camino, y situándose en la Venta de Cruces, interceptase todos los avisos que fuesen á Nombre de Dios, á fin de cojer desprevenida la ciudad. Como la mayor parte de los amotinados tenian motivos de sentimiento contra Gasca por su conducta en el Perú, ardian en deseos de haberle á las manos, y los que iban en su busca entretenian el fastidio de la marcha conversando entre sí sobre el trato que le darian asi que le prendiesen.<sup>22</sup> Pero la buena fortuna de Gasca que tanto le habia favorecido en circunstancias mucho mas difíciles, no era de esperarse que le abandonase ahora.

Favorecidos de la oscuridad de la noche entraron muy facilmente los conjurados en Panamá el 20 de Abril de 1550, y comenzaron á saquear las casas de los principales vecinos, haciéndose dueños de un inmenso botin.<sup>23</sup> Die-

<sup>22</sup> "Y por grande encarecimiento dezian, que havian de hacer polvora del, porque la havian menester, y porque havia de ser muy fina, segun la astucia, rigor y engaño de tal hombre." Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 11.

<sup>23</sup> "La maior presa, que nunca Cosarios havian hecho." Zá-

rate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 13.—Es tal la discrepancia de los autores sobre el monto de la suma de dinero de que se apoderaron los Contreras, y aun sobre el lugar en que la hallaron, que solo puede afirmarse vagamente se que se hicieron dueños de una cantidad considerable. V. Gomara, Hist. de las Indias, cap.

ron luego tras de las armas y caballos y algo recogieron de uno y otro, aunque las armas propias de la ciudad no pudieron hallarlas porque un vecino principal las habia escondido, y no lograron que revelase el lugar en que se hallaban por mas que le amenazaron. Prendieron tambien á los empleados públicos y á los vecinos principales, los que corrieron gran riesgo de ser ahorcados, pues se empeñaba en ello Juan Bermejo; pero se le opuso Hernando, contentándose con hacer jurar á los presos que no se opondrian á sus proyectos. De ahí resultó el que se formasen dos partidos entre los soldados divididos en opinion sobre este punto, y el que Bermejo reprehendiese ásperamente á Hernando, diciéndole que si trataba con tanta consideracion á sus enemigos, estos no se la habian de tener á él cuando cayese en sus manos.<sup>24</sup>

Como los alzados apenas pasaban de doscientos hombres, y ya habian dividido bastante sus fuerzas, no podian dejar guarnicion en Panamá para cuidar del tesoro robado; pero en vez de trasladarlo á los navíos, que era sin duda lo mas

<sup>193</sup>—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap. 8.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 13.—Garcilazo, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 11.—Melendez, Tesoros, tom. I. lib. 2, cap. 8. Herrera, al referir la toma de

Panamá, (dec. 8, lib. 6, cap. 5.) nada dice sobre esto.

<sup>24</sup> "Que tan buen pescuego tenia como el para cabestro (propio dicho de Francisco Carvajal.)" Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap. 8.

seguro, se le ocurrió á Juan Bermejo darlo en depósito á algunos mercaderes de la misma ciudad, haciendo que con juramento se obligasen á entregárselo á él mismo ó á Hernando de Contreras, cuando les fuese pedido. No fué esta á la verdad una de las menores faltas que cometió Bermejo. Salió á poco Hernando con unos cuarenta hombres en direccion de Nombre de Dios, y Bermejo le siguió en breve con el resto de la tropa, llevándose preso al tesorero real Gomez de Anaya. Solo quedaron en Panamá dos soldados que no pudieron encontrar caballos.

Idos los enemigos, comenzaron á reflexionar los vecinos, que mas les habian vencido su propio miedo y la sorpresa, que la fuerza de sus contrarios, y animados con la esperanza de recobrar lo que habian perdido, se decidieron á impedir á los enemigos la entrada de la ciudad cuando volviesen. Lo primero que hicieron fué despachar tres correos por distintos caminos para que llevasen á Nombre de Dios las nuevas de lo ocurrido, no fuese á suceder que el enemigo cogiese la ciudad desprevenida y se apoderase de ella. Los correos, aunque con trabajo, consiguieron burlar la vigilancia del enemigo, y todos llegaron oportunamente á su destino. Repicaron luego los vecinos las campanas, á cuyo sonido acudieron con sus criados y negros, todos los que antes se habian escondido, así como tam-

bien los Españoles que tenian haciendas en las inmediaciones, formando entre todos un cuerpo como de quinientos hombres. Visto esto por los dos soldados de Bermejo que se quedaron rezagados, se escaparon y corrieron á dar aviso á su gefe de lo que pasaba en Panamá. Sorprendióle la noticia, porque no creia á los vecinos capaces de esta determinacion, y se preparó á volver inmediatamente sobre la ciudad; pero antes envió á Salguero orden de reunírsele, y comunicó la noticia á Hernando, encargándole guardase los pasos de la sierra de Capira para que no viniesen socorros de Nombre de Dios, mientras él se volvía á Panamá, á castigar á aquellos *traidores*, y á embarcar lo que habian cogido, añadiendo que allí lo aguardaria para determinar lo que deberian hacer.

Cuando desde sus buques oyó Pedro Contreras el repique, envió una embarcacion á informarse de la causa de aquel alboroto: apoderáronse de ella los de Panamá, y faltó poco para que aprovechándose de la oscuridad de la noche, y ayudados de los prisioneros que cogieron en la barca, hiciesen lo mismo con el buque en que venia Contreras. Asustado este se salió del puerto, y se mantuvo cruzando en espera de noticias de su hermano.

En el entretanto no perdian el tiempo los de Panamá, armando y organizando la gente lo me

jor posible, aunque hubieron de contentarse con armar á los negros de piedras y palos á falta de otras armas mejores. Fortificaron tambien la ciudad, tanto por la parte del mar, como por la de tierra, y Martin Ruiz de Marchena fué nombrado gefe. Cianca, hermano del oidor del mismo nombre, que era uno de los capitanes, pidió que le dejasen ir con una partida en busca de Salguero y de su gente, para acabar con todos, habiendo al fin consentido en ello los de Panamá aunque con alguna repugnancia. A poco de haber salido de la ciudad encontró á un estanciero, el cual le dió aviso de que los sublevados que se creian en marcha para Nombre de Dios, sabian ya lo ocurrido y volvian sobre Panamá. Considerando entonces Cianca la falta que en tal caso haria allí su gente, y que ademas á su salida se ignoraba este movimiento del enemigo, que podria caer sobre la ciudad de sorpresa, no dudó un momento en volverso, y así lo hizo.

Fué sin duda muy acertada la determinacion de Cianca, porque en Panamá estaban descuidados y con su aviso se pusieron sobre las armas y tomaron las precauciones convenientes. Apareció á poco Bermejo, y emprendió ganar la entrada de la ciudad; pero encontró tal resistencia, que apesar de haber hecho todo esfuerzo se vió obligado á retirarse con pérdida de dos

muertos y algunos heridos. Fuése á situar á un cuarto de legua de la ciudad, desde donde viendo que su gente estaba algo desanimada por el mal recibimiento, envió avisos á Hernando y á Salguero, encargándoles que se le reuniesen lo mas pronto posible, por lo mucho que importaba ganar aquella plaza. Resolvió intentarlo de nuevo al dia siguiente, valiéndose del arbitrio de incendiarla por varias partes para llamar la atencion de los habitantes, y que acudiendo á apagar el fuego descuidasen la defensa; mas no fué tan secreta su determinacion que no llegase á oidos del tesorero Anaya, que iba preso como dijimos, quien se dió maña de hacer que pasase la noticia á la ciudad.

Los de allí andaban en consultas sobre el partido que deberian tomar. Unos, y eran los mas, querian que desde luego se saliese á dar la batalla fuera de la ciudad, con el fin de evitar que Bermejo llevase á cabo su proyectado incendio, y tambien para no dar lugar á que se reuniesen los refuerzos que aguardaba, á lo que añadian aun otras razones de peso. El obispo y otros pocos se oponian, diciendo, que era mas seguro aguardar al enemigo en la ciudad, porque como lo rechazaron la vez primera así lo rechazarian la segunda, y en el intermedio podria llegar el socorro que Gasca les habia ofrecido. Prevaleció al fin el parecer de los primeros, y saliendo

de la ciudad se faeron sobre el enemigo. Juan Bermejo que los vió venir se quedó asombrado, porque no se esperaba tal cosa, antes los suponía llenos de miedo. Notando, pues, el denuedo con que avanzaban, no se consideró seguro en la posición que ocupaba, y se trasladó á un cerro vecino.

Mientras ejecutaba este movimiento aparecieron varias mulas cargadas seguidas de algunos soldados. Pertenecian estos á la partida de Salguero. Cuando este llegó á las Cruces ya el presidente habia marchado y solo encontró allí un buque cargado de plata de que tomó posesion. Al venir con ella supo que los de Panamá se habian declarado en contra de la rebelion, lo que le hizo encaminarse á Nombre de Dios esperando reunirse con Hernando y Bermejo, á quienes suponía allí; mas en el camino comenzaron las noticias contradictorias, y á variar los pareceres hasta que llegada la noche se desbandaron todos, y cada uno tomó por su lado. Algunos de estos dispersos llegaron á la costa, y fueron recogidos por Pedro Contreras en los buques, y otros, entre ellos Salguero, fueron á dar al campo de Bermejo; porque las mulas, si bien llegaron al mismo tiempo, ellos no las traian, sino que como los animales conocian el camino vinieron por su voluntad. En esta dispersion se estravió ó fué robada la mayor parte de la plata que apresó Sal-

guero, aunque despues la recobró Gasca casi toda.

Colocado Bermejo en la nueva posición que habia elegido aguardó en ella á los de Panamá. Estos se dispusieron desde luego á desalojarlo, comenzando por situar á los negros en un cerro vecino para que le molestasen con piedras, y en seguida le acometieron. Los sublevados se defendian como hombres que solo podian esperar la horca si eran vencidos, y los vecinos peleaban por sus familias y bienes. Fué al fin tan tenaz la resistencia, que estos últimos se vieron precisados á ceder, huyendo mas bien que retirándose. Mas como Bermejo no los persiguió, recelando que su fuga fuese fingida para atraerle á alguna emboscada, tuvieron tiempo de rehacerse, y avergonzados de su debilidad embistieron en esta vez con tal ímpetu, que pusieron en derrota á los sublevados, quedando todos muertos ó prisioneros, escepto unos pocos que huyeron hácia la costa y entraron en los buques de Pedro Contreras. Entre los muertos, que fueron muchos, se contaron los dos gefes Bermejo y Salguero, y tambien los vecinos por su parte perdieron algunos capitanes y soldados. Dióse esta batalla el 23 de Abril de 1550. Los prisioneros fueron llevados á la ciudad y encerrados en un patio, en donde á poco entró el alguacil mayor é hizo matar á la mayor parte á puñala-

das.<sup>25</sup> Despues ahorcaron á los pocos que quedaron vivos.

Hernando Contreras que ya por el aviso de Bermejo volvía á Panamá dejando una corta guarnición en Capira, sabiendo lo ocurrido en aquella ciudad y la derrota de los suyos, perdió el ánimo y dijo á los que le acompañaban que cada uno se fuera por donde le pareciese, y él se encaminó hácia Natá. Algunos que salieron despues de Panamá en su busca encontraron un hombre ahogado en una ciénega, que por varias piezas del vestido que aun conservaba, reconocieron ser Hernando. Le cortaron la cabeza y la llevaron á Panamá en donde fué puesta á la expectacion pública. No faltó quien dijese que aquella no era la cabeza de Hernando y que se habian valido de ese ardid para salvarle; sea como fuere, lo cierto es que no se volvió á saber de él. Los que habian quedado en Capira tambien se desbandaron al saber que Gasca habia salido con gente de Nombre de Dios para ir á socorrer á Panamá.

Pedro Contreras el hermano menor, no fué mas afortunado. Viendo la derrota de los suyos se dirigió con sus buques hácia la punta de

<sup>25</sup> No vemos qué motivo hubo para estos asesinatos, de que no habla Herrera, ejecutados á sangre fría en unas personas indefensas, y si mediaria algun resentimiento personal del alguacil ejecutor, el que se llamaba Alonso de Villalva.

Higuera, y los de Panamá despues de algunos dias despacharon tras él otros buques á cargo de Nicolas Zamorano. No sabiendo este qué rumbo habrian tomado los enemigos, se dirigió casualmente al mismo punto, y allí se encontró con ellos. Así que los sublevados vieron venir á Zamorano, le abandonaron los buques con los marineros, y metiéndose precipitadamente en las lanchas, tomaron tierra y se internaron. Zamorano desembarcó tambien gente, y no pudo alcanzar mas que á unos pocos, y con ellos se volvió á hacer á la vela. Mas las corrientes le eran contrarias, y no podia arribar á Panamá, hasta que al fin se vió precisado á volver á la punta de Higuera para hacer aguada. Allí supo que los enemigos estaban cerca, y volviendo á despachar gente los alcanzaron y prendieron á todos, sin que escapasen mas que Pedro Contreras, y otros ocho ó diez, de los que nunca se volvió á saber, suponiéndose que los matarian los Indios ó las fieras. Los presos fueron llevados á Panamá y allí ahoreados con todos los demas que se habian cogido en la campaña.

El presidente Gasca tan luego como supo la rebelion se dió prisa á juntar gente en Nombre de Dios, y marchó con ella á Panamá; pero cuando llegó ya todo estaba concluido y no tuvo otra cosa que hacer sino castigar á los delinquentes. Tambien incluyó en ellos á algunos

que sin haber hecho armas, se tomaron la libertad de apropiarse algo del botin de Salgero en las Cruces, porque, "é rio revuelto quisieron ser pescadores." <sup>26</sup>— Tal fué el trágico fin de la sublevacion de los Contreras, habiendo perdido la vida cuantos tomaron parte en ella. Causa compasion la suerte de los jóvenes Contreras, que mas bien que á sus propios deseos de venganzas dieron oidos á las sugeriones de hombres perversos que quisieron hacer los instrumentos de sus miras perversas y los arrastraron en su ruina.

26 Garcilaso, Com. Real. Parte 2, lib 6, cap. 7. 10—13.—Gomara, Historia de las Indias (Anversa 1554.) cap 193.—Zárate Conq. del Perú, lib. 7 cap.—11—13. Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 1, cap.—13.—7.—10.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 5, cap. 16; lib. 6, cap. 1.—7.—Velasco, Hist de Quito, tom. II, pp. 344, 347.—Melendez, Tesoro, tom. I, lib. 2, cap. 8, 9.—Benzoni, Novi Orbis Historia (Genevae, 1578.) lib. 3, cap. 16.—Calancha, Crónica, lib. 1, cap. 20.—Gonzalez Davi-

la, Teatro Ecles de Indias, (Madrid, 1649. 55.) tom. I, pág. 235. He referido en este capítulo los sucesos de la sublevacion de los dos hermanos Contreras, por la estrecha relacion que tienen con la historia del Perú, aunque pasaron en el Istmo. Panamá fué primero por costumbre y luego por ley, la única via de comunicacion entre la metrópoli y sus colonias del Pacífico, por lo cual era el punto mas importante de toda aquella costa.

## CAPITULO II.

NUEVOS DESÓRDENES EN EL CUZZO.—LLEGADA DEL VIREY DON ANTONIO DE MENDOZA.—DESCONTEÑO GENERAL.—MUERTE DEL VIREY.—ASELINATO DE HINOJOSA.—DESÓRDENES EN LA PROVINCIA DE CHARCAS.

1550—1553.

Partido el presidente Gasca y llegado el dia en que segun sus instrucciones, debia publicarse la lista del segundo repartimiento, se agolpó el pueblo á la sala de la Audiencia para imponerse cuanto antes de su contenido. Abrió el secretario el pliego y lo leyó publicamente, sucediendo, lo mismo que la vez pasada, que muchos, que nada aguardaban, lograron alguna cosa, y otros que esperaban mucho quedaron olvidados. Ya entonces no conoció limites la indig-

que sin haber hecho armas, se tomaron la libertad de apropiarse algo del botin de Salgero en las Cruces, porque, "é rio revuelto quisieron ser pescadores." <sup>26</sup>— Tal fué el trágico fin de la sublevacion de los Contreras, habiendo perdido la vida cuantos tomaron parte en ella. Causa compasion la suerte de los jóvenes Contreras, que mas bien que á sus propios deseos de venganzas dieron oidos á las sugeriones de hombres perversos que quisieron hacer los instrumentos de sus miras perversas y los arrastraron en su ruina.

26 Garcilaso, Com. Real. Parte 2, lib 6, cap. 7. 10—13.—Gomara, Historia de las Indias (Anversa 1554.) cap 193.—Zárate Conq. del Perú, lib. 7 cap.—11—13. Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 1, cap.—13.—7.—10.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 5, cap. 16; lib. 6, cap. 1.—7.—Velasco, Hist de Quito, tom. II, pp. 344, 347.—Melendez, Tesoro, tom. I, lib. 2, cap. 8, 9.—Benzoni, Novi Orbis Historia (Genevae, 1578.) lib. 3, cap. 16.—Calancha, Crónica, lib. 1, cap. 20.—Gonzalez Davi-

la, Teatro Ecles de Indias, (Madrid, 1649. 55.) tom. I, pág. 235. He referido en este capítulo los sucesos de la sublevacion de los dos hermanos Contreras, por la estrecha relacion que tienen con la historia del Perú, aunque pasaron en el Istmo. Panamá fué primero por costumbre y luego por ley, la única via de comunicacion entre la metrópoli y sus colonias del Pacifico, por lo cual era el punto mas importante de toda aquella costa.

## CAPITULO II.

NUEVOS DESÓRDENES EN EL CUZZO.—LLEGADA DEL VIREY DON ANTONIO DE MENDOZA.—DESCONTEÑO GENERAL.—MUERTE DEL VIREY.—ASELINATO DE HINOJOSA.—DESÓRDENES EN LA PROVINCIA DE CHARCAS.

1550—1553.

Partido el presidente Gasca y llegado el dia en que segun sus instrucciones, debia publicarse la lista del segundo repartimiento, se agolpó el pueblo á la sala de la Audiencia para imponerse cuanto antes de su contenido. Abrió el secretario el pliego y lo leyó publicamente, sucediendo, lo mismo que la vez pasada, que muchos, que nada aguardaban, lograron alguna cosa, y otros que esperaban mucho quedaron olvidados. Ya entonces no conoció limites la indig-

nacion de los que nada alcanzaron, porque veian destruida su última esperanza que hasta allí algo los habia contenido, y conocieron que si deseaban poseer alguna cosa era preciso ganarla por la fuerza. Volvieron otra vez los ojos los descontentos al capitan Francisco Hernandez Giron, que habia pasado al Cuzco á recoger gente para emprender la jornada de los Chunchos, y como tenia licencia del presidente para ello, podia reunir tropas sin que nadie se lo estorbara ni pudiese sospechar de su intencion, A él se fueron reuniendo todos los soldados desproveidos; mas aquellos que habian obtenido algunos repartimientos, dejaban las armas é iban á tomar posesion de sus haciendas. <sup>1</sup>

La Audiencia en cuyas manos quedó el gobierno á la partida de Gasca, conoció lo peligroso que era en aquellas circunstancias el que un gefe de crédito como Francisco Hernandez que ya habia causado antes alguna alarma con su con-

<sup>1</sup> Los Españoles residentes entonces en el Perú se dividian en dos clases: vecinos y soldados. Llamaban vecinos ó señores de *vassallos*, á los que poseian repartimientos de tierras é Indios; y todos aquellos que no poseian mas bienes que su espada y estaban prontos á tomar parte en cualquiera sedicion ó á emprender nuevas conquistas, se comprendian bajo el nombre desoldados. Era grande la enemistad entre estas dos clases, segun puede suponerse, y los vecinos como hombres de propiedad y arraigo eran en general el mas firme apoyo de la corona contra las tentativas de los revoltosos; aunque cuando las órdenes del gobierno perjudicaban á sus intereses solian unirse á los soldados descontentos para oponerse á su ejecucion.

ducta, estuviese en una ciudad distante reuniendo gente armada, que bien pudiera ser se emplease en empresas muy distintas de la que servia de pretesto para autorizar aquella reunion; mas no siendo ya posible recoger el permiso dado por el presidente, se limitó á escribir al corregidor del Cuzco Juan de Saavedra, á fin de que estuviese alerta y tomase las precauciones convenientes para no ser sorprendido. <sup>2</sup>

Recibido por el corregidor este aviso, armó á los vecinos y rondaba dia y noche con ellos por toda la ciudad. No agradó esta medida á Hernandez, sea porque ella le diese á entender que ya se sospechaba de él, ó porque la considerase como un obstáculo para sus proyectos, y se quejó al corregidor de que mostrase tal desconfianza. Saavedra se escusó con varios pretestos, y continuó custodiando la ciudad lo mismo que antes, sin hacer caso de las observaciones de Giron; mas puede suponerse que sus excusas no bastaban para sosegar los ánimos, que cada dia se enconaban mas con el language atrevido que usaban los soldados.

La presencia de Hernandez en el Cuzco disgustaba á todos sus moradores, aunque por motivos muy diferentes. Sentian algunos el ver que se reuniesen allí tantos soldados para ir á

<sup>2</sup> Herrera, Hist, general dec. 8, lib. 5, cap. 16.

provincias distantes, porque de esa manera quedaban indefensos é incapaces de oponerse á las órdenes de la corona que pudieran perjudicarles, y otros no llevaban á bien la molestia que les causaban los alojados que tenian en sus habitaciones. <sup>3</sup> Todas estas causas reunidas hicieron que Giron llegase al fin á persuadirse de que se tramaba contra él alguna conspiracion, ó á lo ménos lo fingió así, y reuniendo un dia á sus soldados les dijo, que sabia se trataba de matarle, y les preguntó si podria contar con ellos para defenderse. Los soldados le respondieron á una voz que moririan en defensa suya, y sin duda para confirmar con hechos sus palabras, se pusieron sobre las armas y estuvieron en vela toda la noche.

Al dia siguiente reconvinó el corregidor á Hernandez por la actitud hostil que habia tomado la noche anterior, y le aseguró que nada tenia que temer. Hernandez respondió quejándose á su vez de las precauciones que contra él se tomaban, y por último se convino en que ambos tendrían una entre vista en la iglesia para tratar del mejor medio de poner término á aquellas discordias. Tuviéron en efecto la entre vista; pe-

3. Fernandez, Hist. del Peru, historiadores atribuye el disgusto de los vecinos á un motivo diferente: yo creo que pudieron influir los dos á un tiempo. Parte 2, lib. 1. cap. 4.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib 6, cap. 14.— Cada uno de estos

to nada se pudo conseguir porque faltaba la confianza y la buena fé, y todo se redujo á mútuas quejas y reconvenções, concluyendo el corregidor por suplicar á Hernandez que marchase cuanto antes á su conquista y dejase tranquila la ciudad.

No duró mucho el sosiego, porque á los pocos dias trató un alguacil de cobrar cierta deuda á uno de los soldados de Giron, y negándose á pagarla le quiso prender, mas el soldado opuso resistencia, hasta que llegando otro alguacil y el corregidor le prendieron; Este último se empeñó en que habia de ahorcarle por haber hecho resistencia á la justicia. <sup>4</sup> Dieron al punto aviso á Giron de lo que pasaba, é inmediatamente envió á decir al corregidor que pusiera en libertad al reo, porque él se comprometia á pagar la deuda. En el entretanto, y por si las súplicas de Giron no fuesen bastantes, sus soldados se armaban á toda prisa y tomaban sus disposiciones para conseguir por la fuerza la libertad de su camarada. Juan de Saavedra viéndose incapaz de oponer la fuerza á la fuerza, consintió en soltar al preso; pero hizo al mismo tiem-

4 " Y llegó á la sazón se quebraron las varas de just otro alguacil de la ciudad anduvo cia." Fernandez, Hist. del Peru Parte 2, lib. 1, cap. 5. con ellos á brazos y puso mano á una dega, y en la rebuelta

po sacar á la plaza el estandarte real y publicó un edicto para que todos acudiesen á defenderlo, so pena de ser tenidos por traidores los que no obedeciesen. Hernandez no acudió al llamamiento, como era de suponerse, á pesar de que el corregidor le hizo llamar por dos ocasiones. Manifestábase siempre muy deseoso de obedecer, pero estaba seguro de que sus tropas no lo consentirían, y añaden que llegó á montar á caballo para salir, y que sus compañeros le obligaron á apearse, y aun le amenazaron con sus armas. Acaso podemos creer que su determinacion no era fingida, pues le vemos despues burlar la vigilancia de sus soldados para ir á presentarse al corregidor.

Conociendo que el rompimiento era inevitable, dispuso Saavedra su gente para la batalla y lo mismo hicieron los contrarios. Se hallaban ya frente á frente, y aun llegaron á dispararse algunos tiros, que por fortuna no hicieron daño; pero en aquel momento mediaron algunos sugestos principales y varios sacerdotes, para evitar la efusion de sangre. Con mucha dificultad consiguieron que Hernandez se avistase otra vez con el corregidor en la iglesia, porque los suyos no le dejaban partir, á pesar de quedar en rehenes cuatro de los vecinos de mas nota, hasta que uno de ellos llegó á ofrecerles en prenda sus

propias barbas para seguridad de su capitán.<sup>5</sup> Sea que aquella estraña prenda les infundiese mas confianza, ó que al fin les convenciesen las razones espuestas, dejaron los soldados que Hernandez fuese á conferenciar con el corregidor. Hablóse mucho en la entrevista, y por último quedó convenido que aquel entregaria siete ú ocho soldados de los mas criminales, para que fuesen desterrados á las provincias del Norte.

Apenas volvió Hernandez á su casa y participó á los suyos lo que habia pactado, se llenaron

<sup>5</sup> " Y Juan de Berrio que aña venido con ellos, como vio estas diferencias echó la mano derecha á sus propias barbas, y sacando dellas, dixo á los soldados. Tomad señores, que yo os empeño estas barbas, que os boluere vuestro capitán sano y salvo." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 1, cap. 5.

Ningun historiador de los que refieren estos sucesos puede competir con Fernandez en la abundancia de pormenores. Aunque muchos de ellos ya no pueden tener hoy cabida en la historia, son, sin embargo, muy útiles al historiador moderno, pues ellos le revelan el verdadero carácter de los personajes y le empapan, por decirlo así, en el espíritu de aquellos tiempos. Apesar de ese mérito y de su estilo agradable, la crónica de Fernandez es casi

desconocida y no sabemos que se haya traducido á ninguna otra lengua, honor que alcanzaron otras producciones de aquellos tiempos que ciertamente lo merecian mucho menos. Los ejemplares de ella son muy raros en Europa, y aun mas en América, lo que no es de estrañar si se advierte que el Consejo de Indias, prohibió su circulacion, y que solo se ha impreso una vez. (Sevilla, 1571;) pues si bien Barcia en sus adiciones á la biblioteca de Pinelo, dice (tom II. p. 650) que se habia levantado la prohibicion y se estaba acabando de reimprimir el año de 1731, no he visto nunca ejemplar ninguno de esta edicion, ni he hallado en cuantos autores y catálogos he consultado la menor noticia de ella.

de indignacion contra él, se negaron á cumplir lo prometido y le incitaban para que acometiese al corregidor. El trató de aplacarles diciéndoles, que se habia visto obligado á consentir en esta condiccion; pero que los individuos que debian ser entregados podian esconderse y de esa manera harian ilusorio el convenio, sin que al parecer se quebrantase. Al dia siguiente, notando el corregidor que no se le entregaban los reos, envió á uno de los vecinos para que los reclamase; pero Hernandez se escusó alegando que ya no estaba en su mano el sugetar aquella soldadesca desenfrenada, la que no le deja cumplir lo prometido. El enviado le rogaba que fuera á presentarse al corregidor, dándole palabra de que nada se le haria y se le dejaría volver libre, y tanto le instó que al fin consintió en ello. Para evitar que los soldados le detuviesen, salió disfrazado por una puerta secreta, y fué á la casa de Saavedra; mas apenas le tuvo este en su presencia, le hizo prender contra la palabra dada y le cargó de cadenas.

Preso el candillo y esparcida la voz de su prision entre sus tropas, abandonaron sus cuarteles y se escondió cada uno por donde pudo. Algunos lograron escapar y otros se hicieron fuertes en el convento de Santo Domingo, habiendo sido necesario usar de las armas para sacarlos de allí.

El corregidor mandó ahorcar inmediatamente á un soldado, que segun parece no era de los mas culpados, mutiló á otros y desterró tan solo á uno de ellos.

No consideraba el corregidor aplacada con esto la tempestad, y pareciéndole mejor deshacerse del autor y pretesto de aquellos alborotos, formó causa con mucha precipitacion á Francisco Hernandez, <sup>6</sup> y á pesar de sus protestas le sentenció á ser degollado. Buscó un letrado que autorizase la sentencia con su firma; mas aunque usó de halagos y de amenazas, no halló ninguno que se prestase á su deseo. Esta circunstancia le obligó á suspender la ejecucion de su sentencia, y no le quedó otro arbitrio que enviar el preso á la Audiencia de Lima con una buena escolta, habiéndole hecho antes prestar juramento de que iria á presentarse ante sus jueces.

Llegado el reo á Lima, estuvo algunos dias en la cárcel, y despues le pusieron los oidores en libertad bajo de fianza. Por aquel tiempo casó Hernandez en la misma ciudad con una jóven hermosa, rica y virtuosa, hija de uno de los oficiales reales, y creyendo los oidores que por esta causa tendria mas sosiego y no tomaria parte

<sup>6</sup> "Y así dos dias despues go le dió los terminos por ere- que fué preso, tomó la informa- dos." Fernandez, Hist. del Pe- ción contra el, y haziendole car ru, Parte 2, lib. 1, cap. 6.

en nuevos alborotos, le dejaron volver al Cuzco, donde efectivamente se mantuvo quieto por algun tiempo, hasta tramar mas adelante una nueva conspiracion, de mas gravedad y de peores consecuencias que todas las anteriores, segun veremos en el curso de esta historia. <sup>7</sup>

Las ciudades de la costa como mas cercanas al centro del gobierno y por lo mismo mas sujetas á su influencia, gozaban de alguna tranquilidad, y se iba arreglando en ellas la buena administracion; pero en las poblaciones del interior se juntaban todos los soldados y gente ociosa que huyendo de la justicia buscaban donde vivir con mas libertad. Era claro que mientras estos hombres no saliesen del pais, ó se distribuyesen por todo él, entregándose á ocupaciones honradas y pacíficas, no habria que esperar mas que nuevos desórdenes, sin que bastasen á contenerlos cuantas medidas de rigor se tomasen. Asi sucedió en efecto; pero no es mi ánimo entrar á referir por menor estos disturbios, porque su relacion ocuparia muchas paginas y ofreceria muy poco interés á la mayor parte de los lectores; <sup>8</sup> y

<sup>7</sup> Herrera, Hist. General, leccion de Documentos inéditos para la Historia de España, (Madrid 1842, et saq.) tom. V. p. 381. dec. 8, lib. 6, cap. 16, 17.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 10, 14.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 1, cap. 3-6.—Pedro Pizarro, Relacion del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Peru, ap. Co-

<sup>8</sup> Hablan estensamente de estos desórdenes, Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 6, cap. 8-10; lib. 7, cap. 1.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 15.—

si he escrito con alguna estension las sublevaciones que promovió Hernandez, ha sido tan solo por el papel principal que este capitán desempeñó en los acontecimientos posteriores.

No por haberse ausentado él del Cuzco se restableció del todo la tranquilidad, pues los soldados quedaron allí, y continuaron en sus antiguos conatos de sublevacion. Algunos vecinos se unian á los soldados, porque les ofendia mucho la órden que habia dado la Audiencia de que se pusiesen en libertad los Indios que trabajaban en las minas de Potosí; y aunque no llegó á hacerse uso de las armas, fueron tan graves los sintomas de descontento, que la Audiencia, al mismo tiempo que aprobaba la conducta de Saavedra, crevó conveniente enviar corregidor nuevo al Cuzco, con amplios poderes y la fuerza suficiente para castigar á los principales promovedores de aquellos desórdenes. Nombró para el efecto al Mariscal Alonso de Alvarado, que tanto papel ha hecho ya en esta historia, quien apenas llegó á la ciudad, hizo ajusticiar á tres oficiales, á otros impuso diversos castigos, y con su firmeza y severidad logró enfrenar por algun tiempo la audacia de los revoltosos.

En el entretanto inquieta la corte de España al ver el estado que guardaban los negocios del

Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 1, cap. 14-16.

Perú, comparó naturalmente la triste situación de esta colonia con el lisonjero aspecto que presentaba la Nueva España, y creyó con justicia que el mismo gobernador que había sabido elevarla á tal altura sería el mas apropósito para establecer un gobierno arreglado en el Perú. Nombró, pues, para el vireinato de aquel país á Don Antonio de Mendoza, y para sucederle en el de la Nueva España que quedaba vacante, á D. Luis de Velasco; mas como se temia que por su avanzada edad y enfermedades no pudiese emprender Mendoza tan larga travesía, le escribió el emperador dándole aviso de su nombramiento para el nuevo empleo y recomendándole que fuese á desempeñarlo. A D. Luis de Velasco se le previno que en caso de que D. Antonio de Mendoza no pudiese pasar al Perú, él debía ir á tomar posesion de aquel vireinato. <sup>9</sup>

Mendoza sin embargo, deseoso siempre de servir á su patria resolvió dejar el país que había pacificado y que ya casi miraba como suyo, para emprender de nuevo el arreglo y organización de una tierra estraña y desconocida. Asi pues, sin atender á sus enfermedades ni á aus muchos años, salió de Méjico y se puso en camino para el Perú. Es digno de notarse que si Men-

<sup>9</sup> Herrera, Hist. General, dec. Torquemada, Monarq. Indiana, lib. 7, cap. 14.—Cavo, Tres siglos de México, lib. 4, §. 6.—

do hubiese renunciado el vireinato, como tenia muy justas causas para hacerlo, acaso hubiera ahorrado muchos males á aquella colonia porque de esa manera habria ido en su lugar D. Luis de Velasco, quien con mas salud y mas larga vida hubiera restablecido el orden, evitandose que el gobierno cayese, como cayó, en manos de la Audiencia por muerte de Mendoza, lo que fué causa de que se renovasen los pasados desórdenes. Pero Mendoza no era profeta, y es digna de admiracion la prontitud con que obedió, no las órdenes sino las insinuaciones del soberano, por mas gravoso que le fuese su cumplimiento. La memoria de este hombre ilustre será eterna en nuestro país, y lo fuera en el Perú si le alcanzara la vida para dar á conocer allí las distinguidas prendas y raras virtudes que le adornaban.

Llegó el nuevo virey á Lima á mediados de Setiembre de 1551, y desde luego manifestó su singular modestia, rehusando al hacer su entrada las horas correspondientes á su empleo. <sup>10</sup> Apenas tomó posesion, trató de imponerse á fondo del estado del país y de los males que su-

<sup>10</sup> "Sacaronle un palio para bien contra de lo que oy se usa que entrase debajo del, mas por que precian mas aquella hora, mucho que el arzobispo y toda la aunque sea de representante, que ciudad se lo suplicaron, no pudiese toda su vida natural." Garcilaso; Com. Real, Parte 2, lib. 6, q. ue entrase debaxo del; rehusolo cap. 17.  
no si fuera una gran traycion:

fria para tratar despues de su remedio; pero siéndole imposible hacer por sí mismo la visita, dió el encargo á su hijo D. Francisco, jóven de escelantes prendas,<sup>11</sup> quien reconoció muchas provincias, se informó de todo, levantó planos, tomó apuntes, y cargado de noticias y papeles volvió á dar cuenta á su padre de su comision. Este le despachó inmediatamente á España para que se presentase al Consejo de Indias con sus informes, y en tanto que regresaba trató de ir tomando algunas medidas para el alivio de los males que aquejaban á la colonia: pero sus enfermedades apenas le dejaban tiempo, y tenia que descargar sobre la Audiencia el peso del gobierno. Fundó, sin embargo, la universidad de Lima, hizo escribir una historia general del Perú, y en el corto tiempo que le duró el mando, dió bastantes muestras de lo que hubiera hecho si le hubiese alcanzado para mas la vida.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Los historiadores hacen los mayores elogios de D. Francisco de Mondoza, encareciendo su talento, su modestia, y afabilidad, su amor filial, y sobre todo, su irreprehensible conducta en lo privado.—V. principalmente Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 1.

<sup>12</sup> Alcedo, Aviso histórico, político, geographico del Perú, (Madrid, 174....) p. 64, 66.—La Real Universidad de S. Marcos

de Lima se fundó por cédulas de 12 de Mayo y 21 de Setiembre de 1551, y veinte años despues obtuvo los mismos privilegios que la de Salamanca.—Juan de Betanzos fué el encargado de escribir la historia del Perú, la que no se imprimió por haber muerto el virey y poco despues el mismo Betanzos, Távola en su poder el P. Gregorio Garcia (Origen de los Indios, (Valencia, 1607, (en el Proemio, p. 7.) y aca-

Desde antes que el presidente Gasca partiera para España habia recibido, segun vimos en el capítulo anterior, una cédula real que prevenia se aboliese del todo el servicio personal de los Indios, cuya ejecucion habia suspendido de acuerdo con la Audiencia, por no permitirlo las circunstancias. No faltó ahora quien indicase á aquel tribunal, que era llegado el tiempo de dar cumplimiento á las órdenes de la corona, pues de otra manera se echaria encima una grave responsabilidad. Asustó á los oidores esta amenaza, y consultaron con el virey qué partido deberia tomarse. El les respondió, que puesto que aun no habian recibido respuesta ninguna del Consejo de Indias al aviso que se le dió de la suspension de la cédula, no debian dar paso alguno hasta saber su voluntad. Los oidores que deseaban ante todas cosas el ponerse á cubierto de toda responsabilidad, quisieron echársela encima al virey, y le pidieron que les diese este dictamen por escrito y bajo su firma. Mendoza aunque prevenia los males que habian de resultar de la ejecucion de la ley, no quiso tampoco comprometerse y se negó á lo que le pedian, bajo el pretesto de que no habiendo tenido él parte en el auto de suspension, nada tenia que ver en aquel

so será la misma que cita el Sr. Prescott con el título de *Suma y Narracion de los Ingas*.

asunto, y dejó á los oidores en libertad de hacer lo que quisiesen. Estos resolvieron publicar la cédula cualquiera que fuese el resultado, y así lo hicieron inmediatamente.<sup>13</sup> Se conoce bien en este suceso la gravedad de las enfermedades que affligian al virey Mendoza, quien ya no podia salir de su aposento: de otra manera no habria permitido que se diese un paso tan impolítico, por mas que las consecuencias de él no fuesen á su cargo.

Apenas se hizo público el contenido de la real cédula, se alarmaron sobremanera los habitantes de la ciudad de Lima; escribieron inmediatamente á las demas ciudades, y nombraron un procurador que á nombre suyo pidiese á la Audiencia la suspension de la ley. La Audiencia se negó á escucharle, anunciando que solo oiria en lo particular las quejas del que se considerase agraviado; pero que no recibiria procurador de ninguna ciudad. Los vecinos principales acudieron entonces al virey, á pesar de que por el mal estado de su salud no podia dar audiencia á nadie; pero tanto lo solicitaron que al fin los admitió á su presencia. Recibiólos con benignidad, oyó su peticion, y escribió á la corte lo que pasaba; porque desaprobaba el paso de los

<sup>13</sup> Herrera. Hist. General, dec. 8, lib. 7, cap. 2.

oidores, los que fueron muy censurados por haber tomado esta atrevida resolucion sin el consentimiento del virey.

Exaltados hasta el estremo los ánimos con la nueva orden, en vez de tratar los oidores de aplacarlos con una conducta prudente y moderada, suavizando hasta donde fuese compatible con su deber la práctica de la malhadada cédula, se ocupaban sin descanso en rebajar los tributos de los Indios y por consiguiente la renta de los encomenderos. Muy loable era sin duda el celo de los oidores, y su compasion hácia los indigenas, si no es que en esta compasion se mezclaban otras consideraciones personales; pero no alcanzaban á preveer sin duda que en los desórdenes que iba á ocasionar su imprudencia, resultarían daños á los Indios y á la corona mayores acaso que los bienes que pudiera producirles su intempestivo celo. En aquellos mismos dias fué asesinado en el Cuzco un antiguo alcalde de aquella ciudad, por un Español á quien hacia mas de tres años que habia hecho castigar con azotes por llevar unos Indios cargados yendo de viage. El agraviado mató á su juez en su propia casa á la mitad del dia, y tuvo la fortuna de eludir las pesquisas que se hicieron para prenderle.<sup>14</sup> Hizo

<sup>14</sup> Refiere esta anécdota Garcilaso con muchos pormenores en sus Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 17, 18.   
 *curiosos que podrá ver el lector*

mucho ruido aquel caso, y todos estos hechos aislados contribuian á aumentar la irritacion general. Aun los que mas fieles habian sido al gobierno, temian ya por sus propiedades, y se alistaban en las filas de los descontentos, ó por lo menos abandonaban el partido de los oidores, censurando su conducta.

Como era de esperarse, comenzaron de nuevo las conspiraciones. La Audiencia recibió aviso de que se tramaba una en la misma ciudad de Lima. El plan era prender á los oidores cuando fuesen á asistir al entierro del virey, cuya muerte se consideraba ya muy próxima, y enviarlos á España, ó acaso quitarles la vida. Prendióse al punto á aquellos que la denuncia señalaba por autores; mas como estos, con verdad ó sin ella, comprometian en sus declaraciones á los vecinos y gefes principales, se asustaron los oidores al ver las consecuencias que podrian resultar de llevar adelante la pesquisa, y ocultando el proceso formado, hicieron ahorcar á un pobre soldado, acaso no tanto por su culpa, cuanto para que no revelase lo que sabia. Apesar del empeño que se tuvo en ocultarlo, aquel hecho se hizo público: atribuyóse tal conducta al miedo y se aumentó por consiguiente el descrédito de los oidores.<sup>15</sup>

15 En lo qual cierto se puede, ha sido algunas veces la justicia en el Perú; pues en caso tanto, de quan temerosa, y amilana- verinosos; y atroz, por mejor

De todo esto nada sabia el virey, que postrado en la cama hacia ya mucho tiempo que no tomaba parte en el gobierno. Agravóse al fin su enfermedad y con universal sentimiento del pais falleció en Lima el 21 de Julio de 1552. Su cuerpo fué enterrado en la catedral junto al del marqués D. Francisco Pizarro. Hiciéronse sus funerales con grande pompa, tanto por el alto empleo que desempeñó, como por el aprecio y respeto con que era mirado de todos por sus virtudes; siendo, como observa un escritor contemporáneo, el primer virey del Perú á quien se hicieron exequias solemnes, por haber muerto desgraciadamente sus antecesores.<sup>16</sup> La muerte de D. Antonio de Mendoza fué una verdadera calamidad para aquel pais: el gobierno quedó en manos de los oidores, y ya la esperiencia ha enseñado, cuan poco apropósito es una corporacion, cualquiera que sea, para dirigir la nave del Estado en tiempos de agitacion y de tormentas, en que debe empuñar el timon una mano firme y esperimentada. ¿Cuál seria, pues, en tales manos la suerte que

partido, se escondia, y de temor callaba, la que era suprema justicia." Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 2.

16 Ibid. Parte 2, lib. 2, cap. 3. "Todos los historiadores rinden con sus elogios un merecido tributo á las virtudes de Mendoza: pero ninguno es tan conciso y al

mismo tiempo tan expresivo como Garcilaso. "Con esta suavidad, y blandura gobernó este Príncipe aquel imperio, esso poco que vivio que por no merecer mi tierra su bondad, se le fue tan presto al cielo." Com. Real, Parte 2, lib. 6, cap. 19.

aguardaba á un país en que, por decirlo así, apenas comenzaban á echarse los cimientos de la sociedad? <sup>17</sup>

Durante la última enfermedad del virey, habian llegado á la Audiencia repetidas noticias de las conjuraciones que se fraguaban en la provincia de Charcas, á la cual habia ido á refugiarse un gran número de soldados descontentos. Creyeron los oidores que el mejor medio de evitar un desorden, seria enviar una persona de representación que los tuviese á raya, y pusieron los ojos en el general Pedro de Hinojosa, el mismo que entregó al presidente Gasca la flota de Gonzalo Pizarro. Decidióles además á esta elección, la circunstancia de haber resultado Hinojosa algo comprometido en las declaraciones de los individuos presos por la última conspiracion de la capital, y les pareció que fiándole una comision tan importante asegurarian su fidelidad.<sup>18</sup>

El nombramiento fué muy del gusto del virey, é Hinojosa marchó á tomar posesion de su empleo.

<sup>17</sup> Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 7, cap. 3, 15.—16 Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 17—19.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 1—3.—Alcedo, Aviso, pp. 63—66.—Calancha, Crónica, lib. 1, cap. 29.

<sup>18</sup> " Al fin se conformaron,

que haciendo (como dizen) del ladrón fiel, le confirmassen el cargo: y de nuevo le proueyessen, para le echar en mayor obligacion." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 3.—La conducta anterior y posterior de Hinojosa hace creer que estas sospechas eran infundadas.

Cuando llegó á su distrito era allí bien necesaria su presencia. Reinaba la mayor fermentacion en la provincia, porque algunos espíritus inquietos se habian dedicado á fomentar la division entre el corregidor Meneses, y uno de los vecinos principales llamado Robles, habiendo llegado las cosas al estremo de proponerse ambos el acudir á las armas para decidir un punto de honor que mediaba. Aprovechando esta discordia de los gefes, vivian libremente los subordinados, y toda la gente amiga de revueltas acudia á aquella provincia para probar fortuna. La circunstancia de haber aparecido Hinojosa complicado en la revolucion de Lima, hizo creer á los revoltosos que habia aceptado el corregimiento de Charcas para alejarse del gobierno y ejecutar mas á salvo su intento, y esto les daba mucho ánimo; pero se engañaban segun se vió despues.

Era uno de los principales conspiradores un tal Guzman que ya antes habia tramado con otros en el Cuzco una conspiracion para asesinar al Mariscal Alvarado y á otras personas principales. Habian elegido entonces los conjurados para gefe á un jóven noble llamado D. Sebastian de Castilla, quien estaba muy lejos de tener las cualidades necesarias para semejante puesto, y si acaso solia juntarse con aquella gente era mas

bien para entregarse á placeres desordenados.<sup>19</sup> Precisamente por esto le escogieron los soldados para caudillo tan solo para que su nombre diese algún viso de importancia á la cuadrilla, mientras que ellos le manejaban á su gusto. D. Sebastian por su inesperienza se dejó coger en la red, y consistió en ser, con nombre de gefe, un instrumento de los conspiradores. Mas aquella trama fué luego descubierta por Alonso de Alvarado. Uno de los cómplices pagó su delito con la vida, y los otros consiguieron fugarse á la provincia de Charcas donde continuaban promoviendo sin descanso nuevos desórdenes en union de los descontentos que ya encontraron allí.

Desengañados al fin de que nunca podrian contar con Hinojosa, sino que antes bien se opondria con todas sus fuerzas á sus designios, resolvieron apartar aquel estorbo quitándole la vida. D. Sebastian de Castilla se habia mostrado siempre amigo suyo; se trataban mutuamente con grande familiaridad, y habia recibido muchos favores de Hinojosa; mas apesar de todo

<sup>19</sup> "D. Sebastian de Castilla... Hijo del Conde de la Gomera, á quien tenían por bien acondicionado, i de costumbres á su modo, que aunque era de buena, i grata presencia, de buena gana se daba á placeres, de que mucho gustaban los conjurados." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 7, cap. 2.—Garcilaso le trata con menos consideracion. "D. Sebastian era mas para galan de vna corte real, que para general de una tirania." Com. Real, Parte 2, lib. 6, cap. 19.

consintió, débil ó criminalmente, en que se le base á cabo el proyecto, y aun cooperó despues personalmente á la ejecucion.

Cualquiera que conozca la poca fé que en aquellos tiempos se guardaban los hombres en el Perú, no se sorprenderá al saber que inmediatamente se hizo público el proyecto. Hinojosa recibió repetidos avisos de diversas personas, y sobre todo, del licenciado Polo de Ondegardo, previéndole el riesgo que le amenazaba, é instándole á que tomase las medidas necesarias para castigar á los conspiradores. Pero á semejanza de Pizarro, Hinojosa despreció aquellos avisos, y se contentó con decir al mismo D. Sebastian: "Me han asegurado muchas veces que quereis matarme; pero os conozco: sé que sois mi amigo y no doy crédito á estas calumnias." Hinojosa juzgaba del corazon ageno por el suyo.

La víspera del dia que señalaron para cometer el crimen se reunieron los conjurados en la casa de unos de ellos. Como su número era corto llamaron á cuantos soldados pudieron encontrar diciéndoles tan solo que necesitaban de su ayuda, sin comunicarles el objeto de la reunion. Una vez entrados en la casa ya no les dejaban salir. D. Sebastian de Castilla cuando vió ya acercarse la hora, se resistia á cometer tan negra traicion contra Hinojosa; pero al cabo desechó sus escrúpulos y se encargó él mismo de

capitanear á los asesinos. Dividiéronse estos en dos trozos; el uno con D. Sebastian al frente debia penetrar en la casa del general y matarle en ella, y el otro se habia de colocar en unas casas abandonadas cercanas al lugar de la tragedia, para ir al socorro de sus compañeros, si acaso encontraban alguna resistencia.

Toda la noche gastaron en estos preparativos y al amanecer del día 6 de Marzo de 1553 salió D. Sebastian con siete ú ocho compañeros escogidos y se encaminó á la casa del corregidor. Como las calles estaban desiertas á aquella hora, no hallaron tropiezo alguno y penetraron á la casa sin encontrar á nadie hasta la puerta de la sala, donde se hallaban dos oficiales de Hinojosa. Alarmados al ver aquella reunión de gente les preguntaron "¿qué es esto, caballeros?" pero los conjurados no les dieron mas respuesta que acometerles á cuchilladas. Pronto quedó muerto uno de ellos y el otro se puso en salvo con lo cual quedó espedito el paso á los asesinos para la habitacion de Hinojosa; pero no le hallaron en ella. Creyeron entonces que se les habia escapado la presa de las manos, y le buscaron por toda la casa, hasta que habiendo entrado uno de los soldados al corral, le encontró allí muy sereno y sin sospechar nada de lo que sucedia. El soldado le dijo que afuera le aguardaba D. Sebastian de Castilla é Hinojosa se

dió prisa á salir al patio, donde vió á los demas conjurados; pero ni aun por eso se asustó. Uno de los asesinos le dijo: "Señor, estos caballeros quieren que seais su caudillo." Hinojosa les replicó sonriéndose; "Manden vdes. lo que gusten." Entonces uno de los conjurados llamado Vega le dió una estocada que le hizo caer en tierra. Pedia confesion el herido; pero los asesinos redoblaban sus golpes hasta que le dejaron por muerto. Observaron sin embargo que aun respiraba, y volviendo sobre él uno de los soldados le descargó un golpe en la cabeza que puso fin á su existencia.<sup>20</sup> Así acabó el general Pedro de Hinojosa, asesinado en su propia casa por los que se finjian sus amigos. Habia venido al Perú con Hernando Pizarro, y se habia hecho notable siempre por su honradez y benignidad.<sup>21</sup> A pesar de ser tan fiel á su soberano que solia decir, "que con nombre de traidor no que-

<sup>20</sup> Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 7, cap. 17, -20; lib. 8, cap. 1, 4, 5.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 4, 13.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. pág. 330.—Garcilaso, Com. Real., Parte, -2, lib. 6, cap. 20-23.—Segun este último autor el golpe mortal lo dió el soldado á Hinojosa, no con la espada sino con unabarra de plata diciendole al darle con ella. "Hártase de tu riqueza que por ser tanta no que-

siste cumplir lo que nos habias prometido de ser nuestra cabeza y caudillo." Lib. 6, cap. 23.—Hinojosa era efectivamente uno de los hombres mas ricos del Perú.

<sup>21</sup> "Era Natural de Truxillo, Caballero honrado, i de buena intencion, enemigo de hacer mal á nadie, i que por sus buenas partes, i fidelidad, llegó á ser capitan General del Rei, i mui rico, habiendo servido siempre en el Pe-

ria ser rey," abrazó el partido de Gonzalo Pizarro, y como ya hemos visto, mandaba su flota á la llegada del presidente Gasca. Dió en aquella circunstancia una muestra de su lealtad; pero al abandonar á su antiguo gefe, lo hizo de tal manera y con tan poderosas razones, que no podemos condenar su conducta. Acaso pudiera decirse, que en vez de cambiar Hinojosa de partido, Gonzalo cambió voluntariamente de posición; y si bien sus amigos pudieron seguirle cuando solo era un representante de la voluntad del pueblo, era natural que le dejasen cuando quiso ser rebelde. De todas maneras Hinojosa era uno de los hombres mas notables del país. Su mucho valor y demasiada confianza le perdieron. Acabó de muerte violenta como casi todos los hombres que hicieron algun papel en los sucesos del Perú; pero su muerte fué acompañada de circunstancias tan repugnantes, que es acaso uno de los hechos mas atroces de aquella época aciaga.

Muerto Hinojosa, salieron los conjurados á la plaza profiriendo los acostumbrados gritos de *"viva el Rey, muerto es el tirano,"* y se entregaron á todos los excesos de que es capaz una eua-

ru, i no llegó á este grado, por su excesiva industria, porque en las cosas no era mas suficiente de lo necesario; pero tan valiente, que

la demasiada confianza le mató." Herrera, Hist. General, dec. 6. lib. 8, cap. 5.

drilla de bandoleros victoriosos. Pero no pasó mucho tiempo sin que comenzasen entre ellos mismos las divisiones. Asustados al ver las consecuencias que podian resultar de sus demasías, querian lavar la mancha de su delito haciendo traicion á sus cómplices y volviendo á la obediencia del gobierno. Otros sacaban partido de las circunstancias para trabajar en provecho propio: los que poseian repartimientos de Indios eran asesinados por los que deseaban apropiarse sus riquezas: acabó toda subordinacion: nadie guardaba fe ni palabra: vendianse unos á otros los cómplices, y aquellos desdichados pueblos eran presa de la mas espantosa anarquía. La pluma se resiste á trazar el negro cuadro de tales excesos. Apenas cinco dias habian pasado desde la muerte de Hinojosa, cuando D. Sebastian de Castilla fué asesinado por sus propios compañeros, capitaneados por su mismo teniente ó maestre de campo Godinez. Apoderóse este del gobierno, restituyó á sus puestos las autoridades legítimas para dar muestras de lealtad; pero en realidad solo para evitar, el castigo de sus crímenes, porque las intimidaba con la fuerza á fin de que fuesen meros instrumentos de su voluntad.

Hechos tan atroces no podian menos de llamar la atencion de la Audiencia de Lima, la que comisionó al Mariscal Alvarado, que parece era

entonces el único hombre de su confianza en el Perú, á fin de que fuese á Charcas con amplios poderes para castigar y perdonar. Marchó inmediatamente á desempeñar su encargo, y aunque pudo haber encontrado resistencia en los sublevados, la división y desconfianza que reinaba entre ellos hizo imposible toda combinacion. Prendió, pues, á muchos, y como era de carácter severo y juez inflexible, los trató con el mayor rigor. Acaso aumentaria su severidad el saber los deseos que siempre habian mostrado los revoltosos de quitarle de en medio, y no falta historiador que atribuya su conducta á un deseo de venganza mas bien que á celo por la justicia. Sea como fuere, lo cierto es que durante muchos meses no cesó de imponerles diversos castigos. Los gefes principales pagaron su delito con la vida, y los menos culpados sufrieron otras penas mas ligeras; pero siempre muy graves. Estas medidas de rigor bastaron para que la tranquilidad se restableciese por entonces; pero muy pronto debian otros alzar de nuevo con mejores recursos el estandarte de la rebelion, prolongando por largo tiempo los desórdenes de aquel país, como veremos en el capítulo siguiente.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Herrera, Hist. General, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. dec. 8, lib. 7, cap. 5-11.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 14-23.—Garcilaso, *sub. y Conq.*, p. 381.

## CAPITULO III.

LEVANTAMIENTO DE FRANCISCO HERNANDEZ GIRON.—  
LA AUDIENCIA REUNE FUERZAS.—MOVIMIENTO DE AMBOS EJERCITOS.—DERROTA DE VILLACURI.—BATALLA DE CHUQUINGA.—RETIRADA DE HERNANDEZ.—ACCION DE PUCARA.—FUGA DE HERNANDEZ.—ES PRESO Y AJUSTICIADO.

1553—1554.

Mientras pasaban en la provincia de Charcas los sucesos referidos en el capítulo anterior, no cesaba la Audiencia de procurar por todos los medios posibles que se pusieran en ejecucion las órdenes del gobierno de la metrópoli. Iba lo consiguiendo poco á poco, y cada reforma que lograba introducir le daba ánimo para intentar otra nueva. En todas partes solian ser mal re-

entonces el único hombre de su confianza en el Perú, á fin de que fuese á Charcas con amplios poderes para castigar y perdonar. Marchó inmediatamente á desempeñar su encargo, y aunque pudo haber encontrado resistencia en los sublevados, la división y desconfianza que reinaba entre ellos hizo imposible toda combinación. Prendió, pues, á muchos, y como era de carácter severo y juez inflexible, los trató con el mayor rigor. Acaso aumentaría su severidad el saber los deseos que siempre habían mostrado los revoltosos de quitarle de en medio, y no falta historiador que atribuya su conducta á un deseo de venganza mas bien que á celo por la justicia. Sea como fuere, lo cierto es que durante muchos meses no cesó de imponerles diversos castigos. Los gefes principales pagaron su delito con la vida, y los menos culpados sufrieron otras penas mas ligeras; pero siempre muy graves. Estas medidas de rigor bastaron para que la tranquilidad se restableciese por entonces; pero muy pronto debían otros alzar de nuevo con mejores recursos el estandarte de la rebelion, prolongando por largo tiempo los desórdenes de aquel país, como veremos en el capítulo siguiente.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Herrera, Hist. General, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. dec. 8, lib. 7, cap. 5-11.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 14-23.—Garcilaso, *sub. y Conq.*, p. 381.

## CAPITULO III.

LEVANTAMIENTO DE FRANCISCO HERNANDEZ GIRON.—  
LA AUDIENCIA REUNE FUERZAS.—MOVIMIENTO DE AMBOS EJERCITOS.—DERROTA DE VILLACURI.—BATALLA DE CHUQUINGA.—RETIRADA DE HERNANDEZ.—ACCION DE PUCARA.—FUGA DE HERNANDEZ.—ES PRESO Y AJUSTICIADO.

1553—1554.

Mientras pasaban en la provincia de Charcas los sucesos referidos en el capítulo anterior, no cesaba la Audiencia de procurar por todos los medios posibles que se pusieran en ejecucion las órdenes del gobierno de la metrópoli. Iba lo consiguiendo poco á poco, y cada reforma que lograba introducir le daba ánimo para intentar otra nueva. En todas partes solian ser mal re-

cibidas sus disposiciones; pero las gentes estaban ya cansadas de revueltas, y preferían sujetarse á las órdenes del gobierno, por gravosas que fuesen, antes que apelar á una revolución, porque sobre ser muy dudoso su éxito, era probable, que según lo enseñaba la experiencia, les causaría mayores daños que los que se trataba de remediar con ella. Así pensaban los propietarios ó *vecinos*; pero los *soldados*, aunque en realidad nada tenían que ver con las medidas de la Audiencia, porque estas en su mayor parte eran relativas al uso de los *repartimientos*, y ellos no los tenían, sin embargo, se mostraban muy quejosos y ofrecían sus servicios á los *vecinos* para libertarlos de la opresión del gobierno. Casi todos estos aventureros habían ido á refugiarse al Cuzco, y la capital de los Incas volvió á ser, como lo había sido antes, el foco de las revoluciones.

La Audiencia había manifestado ya su resolución de no oír á nadie que tomase la voz del común, sino en particular al que se creyese agraviado. Tratóse en vista de eso, en el Cuzco y las otras ciudades de aquel rumbo, de celebrar por medio de sus procuradores, una junta general para nombrar entre todas una persona que fuese á Castilla encargada de presentar sus quejas al Consejo de Indias. Tan luego como esta resolución llegó á noticia de los oidores, trataron de estorbar la reunión de los comisionados,

temiendo que sirviese de pretexto para una revolución, y lo consiguieron, porque la junta jamás llegó á verificarse.

Los vecinos de la ciudad del Cuzco, sin embargo, habían dado ya poder á Francisco Hernandez Giron y á otro individuo para que los representasen en aquel negocio. Sucedió en ese mismo tiempo que los oidores prohibieron el que se hiciesen contratos entre los Indios y sus encomenderos, y con este motivo fué una comisión de los habitantes, presidida por Hernandez, á presentar al corregidor una representación contra esta providencia. Recibióla el corregidor, que lo era Gil Ramirez Dávalos, y la hizo pedazos, lo cual tomaron por una grave afrenta los que la habían presentado.<sup>1</sup>

Hablábase ya públicamente en el Cuzco de acudir á las armas para lograr lo que no conseguían las súplicas; pero nadie quería tomar la empresa á su cargo, hasta que un incidente vino á precipitar la revolución. Recibióse en la ciudad una carta, en que se referían los severos castigos que el Mariscal Alvarado hacía en Charcas, y se añadía que pensaba pasar al Cuzco á á continuarlos.<sup>2</sup> Decíase también que el mis-

1 "Cosa, que le pareció muy pnes." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 8, cap. 11.

que muchos conocieron que fue 2 "Que el Mariscal dezia; principio de lo que hizo des- que en Potosí se cortaban las ra

mo Alvarado hacia algunas preguntas relativas á Francisco Hernandez Giron y á otros habitantes del Cuzco, como si quisiese ir acopiando datos para sus procesos. Tales avisos sobresaltaron á todos los que no se hallaban con la conciencia limpia; pero á nadie tanto como á Hernandez, quien á la verdad no se asustaba sin motivo. Aprovecharon aquella coyuntura los revoltosos para incitarle á tomar las armas; pero él vacilaba, y solo cedió cuando le dijeron que el corregidor Dávalos tenia ya órden de Alvarado para prenderle y ajusticiarle. Esto no era cierto; mas como Hernandez se aguardaba una cosa semejante, no se detuvo en creerlo.

Tomada ya la determinacion solo faltaba buscar el mejor medio de llevarla á efecto. No tardó mucho en presentarse una ocasion. Celebrábase en el Cuzco el 12 de Noviembre de 1553 unas bodas muy solemnes de un caballero noble llamado Alonso de Loaisa, sobrino del arzobispo de Lima, y despues de haber empleado el dia en fiestas y regocijos se sirvió en la noche una espléndida cena al corregidor y á las personas mas notables de la ciudad. Reinaba la mayor alegría entre los convidados y ya se estaban sirviendo los últimos platos, cuando repentinamente se

mas: empero, que en el Cuzco se destroncarian las rayes: y dello suia venido torta al Cuzco" Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 24.

abrió la puerta de la sala y apareció en ella Francisco Hernandez, embozado en su capa y con su espada en la mano. Asustados los que se hallaban en la mesa al ver semejante aparicion, dejaron todos sus asientos. Hernandez les gritó que se estuviesen quietos y no temiesen;<sup>3</sup> pero sin atender á sus razones cada uno trató de escaparse por la puerta mas inmediata. El corregidor Dávalos con algunos mas se refugió en otra sala donde cenaban las señoras, y otros convidados salieron á los corrales y habiendo hallado por fortuna una escalera de mano, treparon por los tejados y lograron salir sin novedad á la calle.

Tras de Francisco Hernandez entraron los demas conjurados, todos armados, é inmediatamente asesinaron á un caballero nombrado Palomino, con quien Hernandez estaba resentido, y á otro convidado que intentó apagar las luces tirando de los manteles; mas tuvo la desgracia de que habiendo caido todas quedase una sola encendida. Buscaban los conjurados con mucho empeño al corregidor, porque no le vieron escaparse. Pero no faltó quien les avisara que estaba en la sala de las señoras, é inmediatamente

3 " No se alboroten vuestras mercedes, estense quedos: que esto por todos va: y yo no quiero mas que prender al corregidor, y tomar los papeles que tiene." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 24.

se encaminaron á ella. Rompieron la primera puerta de dos que impedían el paso, y ya iban á hacer lo mismo con la segunda cuando los que estaban encerrados ofrecieron abrir, si Hernandez daba palabra de no hacer daño alguno á Ramírez Dávalos. Prometiolo así Hernandez, se abrió la puerta, y el corregidor fué preso sin molestar para nada á las demas personas que estaban en la sala. Pudo Dávalos haber huido con los que escaparon por los tejados y aun ellos le convidaron á fugarse; pero se hallaba tan amedrentado que no se resolvió á salir de su escondite. Giron cumplió su palabra: á los pocos dias le hizo sacar de la ciudad y á corta distancia de ella le dejó libre para que se fuese á Lima.<sup>4</sup>

Los conjurados lograron completamente su sorpresa, y aunque apenas serian cuarenta, no hubo en aquella populosa ciudad quien pensase en resistirles. Hernandez no cometió ningun género de violencia contra los vecinos, antes por el contrario trató de persuadirlos con buenas razones á que abrazasen su causa; pero tuvieron

4 Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 24.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 8, cap. 11-14.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., p. 381.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 2, 3.—Este último autor prescu-

cio en el Cuzco todos los sucesos de la sublevacion de Hernandez: se hallaba junto al corregidor cuando aquel entró en la sala, y escapó por los tejados en compañía de su padre.

poco fruto sus instancias. No obraba de la misma manera su teniente el licenciado Diego de Alvarado, <sup>5</sup> hombre sanguinario que parece se habia propuesto imitar al famoso Francisco Carbajal en lo cruel, ya que no le era dado igualarle en la pericia militar. Hacia ajusticiar por las mas ligeras sospechas á cuantos caian en sus manos, y aun dicen que constantemente tenia el verdugo á su lado para amedrentar á sus enemigos.<sup>6</sup>

Bien conocia Hernandez que aunque el número de los descontentos era muy grande, el de l que siguiesen las banderas del rey no habia de ser despreciable, y por lo mismo trató de hacer sus preparativos como para una campaña próxima. Reunió en el Cuzco cuanta gente pudo encontrar, envió partidas á las otras ciudades con el mismo objeto, y aun se valió de otros arbitrios menos honrosos, tales como soltar y armar los presos de las cárceles.<sup>7</sup> Para hacerse de dinero se apoderó de los fondos de la tesoreria-real, que segun parece no eran muy abundantes.<sup>8</sup>

5 No debe confundirse este licenciado Diego de Alvarado con el Mariscal Alonso de Alvarado, que habremos de nombrar muchas veces.

6 "Su Maese de Campo lle-

vaba siempre consigo Verdugo Cabestro, i Garrote." Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 8, cap. 14.

7 Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 7, cap. 3.

8 "Descerajó la caja de las tres llaves de la Real hacienda

Importábale luego dar una apariencia de justicia á su causa, para disipar los escrúpulos de aquellos que en el corazon eran partidarios suyos; pero que no se atrevian á manifestarse abiertamente por no incurrir en la nota de desleales. A este fin convocó al ayuntamiento del Cuzco y á las personas mas principales, y les exigió que le nombrasen justicia mayor y procurador general, no solo de la ciudad, sino de toda la colonia. Sea porque realmente estuviesen conformes ó porque no hay muchos que se atrevan á contradecir á un caudillo victorioso en la hora de su triunfo, no consta que ningun individuo de aquella asamblea se opusiese á tan exageradas pretensiones. Fuéle, pues, concedido cuanto pidió, y la ciudad del Cuzco le dió un amplio poder, procedido de un larguísimo preámbulo en que recapitulaba todos los agravios recibidos y manifestaba la ineficacia de las súplicas hechas para su remedio. Era en suma lo que hoy se llama un manifiesto á la nación.

Provisto Hernandez de este documento lo hizo circular inmediatamente enviando copias de él, acompañadas de cartas, á diversas ciudades y á muchos amigos que tenia en todo el país. Decía en las cartas que habia entrado en aquella

sacó della doze mil y seys cientos nandez, Hist. del Peru, Parte 2, posts: que en ella auia" Fer- lib. 2, cap. 25.

empresa por el bien general y que no peleaba contra el rey sino contra los oidores, cuya tiranía era insufrible y habia de reducir el país á la miseria; é instaba al mismo tiempo á todos á que tomasen parte en la revolucion, mezclando de paso algunas amenazas contra los que no lo hicieran. Muchas de aquellas cartas no produjeron ningun efecto; pero otras no fueron desatendidas, y las ciudades de Arequipa y Guamanga se declararon por Hernandez, no sin alguna contradiccion entre sus vecinos. Escribió igualmente á uno de los oidores, dándole parte de la resolucion que habia tomado, echándole en cara la opresion en que la Audiencia tenia á los colonos, y haciéndola responsable de la sangre que se derramase en la próxima contienda.<sup>9</sup>

La nueva de lo ocurrido en el Cuzco llegó á la ciudad de Lima mucho antes que la carta de Giron y aunque al principio rehusaban darle crédito los oidores, se confirmó por otros avisos recibidos despues. Conocieron entonces que ya no se trataba de uno de aquellos motines de la soldadesca que se aplacaban con cortar algunas cabezas, sino de una revolucion ó alzamiento mejor organizado, que acaso pudiera tener estensas ramificaciones. Comenzaron por lo mismo á co-

9 Trae esta carta con otros lib. 2. Parte 2 de su Hist. de rujas, Fernandez en el cap. 27, Peru.

lectar gente y á nombrar los oficiales que debian mandarla. Se ordenó asimismo al Mariscal Alvarado que en su provincia levantase gente, cuyo mando se le dió, y un capitán de confianza fué escogido para encargarse de la flota que se hallaba en el puerto del Callao, con el fin de evitar que los buques cayesen en poder del enemigo, así como tambien para que impidiese el que recibiera por mar ningun socorro. Escribieron ademas á las ciudades, como lo habia hecho Giron, exhortándolas á permanecer fieles, y á auxiliar en cuanto pudieran la causa real.

Restaba hacer el nombramiento de la persona que habia de tomar el mando de las fuerzas reunidas en Lima; mas por desgracia habia entre los individuos de la Audiencia las rivalidades y diferencias tan comunes en esta clase de corporaciones. Tres eran los pretendientes á aquel empleo: el arzobispo de Lima, y los oidores Santillan y Saravia. Causa estrañeza que á pesar de su carácter sagrado aspirase el primero á un puesto militar, sin que le valiese en esta vez la excusa que á otros de su clase habia favorecido, de ser una guerra contra infieles.<sup>10</sup> El oidor Santillan le disputaba el puesto, y el

10. "La causa que incitase á un religioso de la órden de los Predicadores, y Arzobispo de la Iglesia de Dios, á pretender ser capitán general de un exercito de Christianos: para hazer guerra á otros Christianos no se supo." Garcilaso, Com. Real., Parte 2. lib. 7, cap. 7.

otro oidor Saravia, aunque no deseaba alcanzarlo, hacia valer sus pretensiones para quitar partidarios al arzobispo y lograr que fuese elegido Santillan. Perdióse el mejor tiempo en estas miserables rencillas, y aun fué mas perjudicial el arbitrio que discurrieron para terminarlas. Viendo que ninguno de los dos competidores principales cedia el campo, se decidió que ambos fuesen nombrados para que obrasen de acuerdo. ¿Podria esperarse esto de los que no habian tenido generosidad suficiente para sacrificar su ambicion al bien de los pueblos que gobernaban? Los electores, que eran los dos oidores restantes Mercado y Altamirano, con algunos de los sujetos principales de la ciudad, encargaron mucho á los nombrados que con su buena armonía y eficacia en el cumplimiento de su deber evitasen los daños que se temian de aquel doble nombramiento. Pablo de Meneses estaba ya elegido de antemano para segundo gefe ó maestro de campo.

El Mariscal Alonso de Alvarado supo antes que la Audiencia la rebelion de Hernandez, como era natural por la menor distancia. Se hallaba ocupado aun en castigar á los culpados en el asesinato de Hinojosa; pero conociendo cuanto importaba la prontitud, no aguardó órdenes de los oidores para comenzar á levantar gente y á fabricar armas, á fin de sofocar la nueva reov-

lucion que se presentaba mas seria que las anteriores. Para quedar mas espedito concluyó las causas que todavía estaban por sentenciar, conmutando en penas pecuniarias los castigos que merecian los reos. <sup>11</sup>

Principiaba el año de 1554 cuando Francisco Hernandez Giron resolvió al fin salir del Cuzco para encaminarse á Lima. Tendria en sus filas unos quinientos hombres, y contaba con ir recogiendo algunos refuerzos por el camino. Cuidó de no llevar consigo ninguna gente forzada, y no obligó á seguirle á los que quisieron quedarse en la ciudad. Acaso recordaria lo fatal que habia sido á Gonzalo Pizarro el no haber escuchado los consejos que Carbajal le dió sobre este punto; mas esta precaucion no fué suficiente para impedir que en el curso de la campaña cada día se desertasen algunos soldados; bien que esta pérdida la reparaba con los realistas que se pasaban á su bando con igual frecuencia. Bastaba que se avistasen los dos ejércitos y se trabase la mas ligera escaramuza, para que pasasen de un partido á otro multitud de soldados, y solian unos mismos repetir varias veces esta operacion. La desercion era mas considerable en el ejército que sufría un revés, por insignifican-

<sup>11</sup> Garcilaso, Com. Real., 8. cap. 15; lib. 9, cap. I, 18. Fer Parte 2, lib. 7, cap. 3-7.—Hernandez, Hist. del Perú, Parte 2, rera, Hist. General, dec. 8; lib. 2; cap. 25-30.

te que fuese; porque no habia entusiasmo por ninguna de las dos causas y solo se abrazaba el partido que tenia mas probabilidad de triunfo.

Salido Hernandez del Cuzco, se dirigió á Guamanga y en el camino encontró las avanzadas del ejército real que venian á reconocerle. Dos ó tres realistas se pasaron á sus filas, y de ellos hubo todas las noticias que necesitaba sobre la fuerza, posicion, y demas circunstancias del que él llamaba ejército de los oidores; porque Hernandez nunca quiso darle otro nombre, ni reconocer autoridad real en la Audiencia. Su objeto no era, segun decia, el hacer armas contra su soberano, sino el libertar al país del mal gobierno de la Audiencia, impidiendo que los colonos se viesen reducidos á la miseria. Por eso el lema que llevaba en sus banderas eran estas palabras: "Comerán los pobres y se hartarán." <sup>12</sup>

En Guamanga vino á reunirse con Hernandez su teniente Vazquez, trayéndole alguna mas gente, y juntos ambos resolvieron continuar su marcha á Lima, aprovechando las noticias que habian recibido de los desertores del ejército real. Pasó Hernandez por Jauja, y llegó al valle de Pachacamac, tan famoso por el ídolo á que debia su nombre, y que solo distaba cuatro leguas de Lima. En el camino tuvo algunos encuentros

<sup>12</sup> Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 32.

de poca importancia con las partidas sueltas de los realistas, llevando estos la mejor parte en unas y la peor en otras, como suele suceder en esta clase de guerra.

El ejército real habia salido en el entretanto de la ciudad de Lima, para acampar á una corta distancia de ella, variando de posicion segun venian las noticias del enemigo; pero sin apartarse nunca mucho de la ciudad. Su fuerza ascenderia á unos mil trescientos hombres, siendo los trescientos de á caballo. Casi la mitad de los de á pie tenian armas de fuego. Con esta fuerza bastaba para hacer frente á la que traia Hernandez; pero era tal el desconcierto entre los que mandaban, que nadie sabia á quien obedecer ni los oficiales acertaban á cumplir la multitud de órdenes contradictorias que recibian en breve espacio de tiempo.

Asustada la Audiencia al ver el mal aspecto que iba tomando la tempestad que habia levantado con su imprudente conducta, quiso, aunque tarde, apartar el pretexto de que se valian los revolucionarios. Ya no solo permitió que las ciudades nombrasen procuradores para presentar sus quejas al rey, sino que les instó para que procediesen al nombramiento, ofreciendo que en el entretanto suspenderia por dos años la ejecucion de las ordenanzas. Lástima era que estas concesiones se hiciesen á la fuerza y no á la ra-

zon. Por lo mismo no produjeron el efecto que se deseaba, y solo la ciudad de Lima nombró dos procuradores que se embarcaron para España.

Hallábanse ya tan cerca ambos ejércitos, que los encuentros entre las avanzadas eran muy frecuentes; pero ninguno se resolvia á presentar una batalla. Pensó Hernandez en valerse de un ardid para sorprender de noche el campo real, y lo habria puesto en práctica á no haberse pasado al enemigo en aquellos mismos dias uno de sus principales oficiales llamado Silva, que era sabedor de su proyecto, y no podia dardarse que lo habia publicado. En la misma noche que Hernandez señalaba para la sorpresa, se le desertó un gran número de soldados y otros tantos hicieron lo mismo al dia siguiente.<sup>13</sup>

Notando Francisco Hernandez esta desercion, y no hallándose con bastante fuerza para acometer al ejército contrario, no quiso que le aconteciese lo mismo que á Pizarro en Xaquixaguana, siendo vencido sin haber peleado. Levantó inmediatamente su campo para volverse hácia el Cuzco, esperando que sus soldados pelearian de mejor gana contra el Mariscal Alvarado que

<sup>13</sup> “Y aquella noche se vieron al campo de S. M. mas de cincuenta hombres de los que traia Francisco Hernandez; y por esta causa el Francisco Hernandez no osó dar batalla y se retiró la costa en la mano, quedándose cada dia mucha gente y viniéndose al campo de S. M.” Pedro Pizarro. Descub. y Conq. pág. 333.

contra los oidores, á causa del mucho odio que aquel se habia acarreado en toda la provincia por el rigor escesivo que usó en el castigo de los revoltosos. Una vez derrotado el Mariscal los vencidos engrosarian sus filas, y con el prestigio que dá una victoria le acudiria gente de todas partes, al mismo tiempo que los realistas perderian el ánimo, y muchos abandonarían sus banderas. Al tiempo de partir cuentan que llamó á sus tropas y les dijo que los que no quisiesen continuar sirviendo en su ejército, quedaban en libertad de retirarse. Grave fué el riesgo que corrió de quedarse sin un hombre, porque fueron muchos los que se aprovecharon del permiso. Con sus fuerzas tan disminuidas como si hubiese sostenido la mas reñida batalla, emprendió la retirada al Cuzco, con tanta precipitación que dejó el campo regado de despojos de todas clases: mas tan luego como llegó á noticia de los realistas acudieron á aprovecharse de ellos, recogiendo de esta manera todos los frutos de una victoria, sin correr los riesgos de una batalla.

No hay cosa mejor para dar ánimo al enemigo que volverle las espaldas. Apenas se supo en el ejército de los oidores que Hernandez iba de retirada, determinaron perseguirle, cuando antes teniéndolo á la vista no habian osado acometerle. Mandó al efecto la Audiencia que fue-

se en busca suya el maestro de campo Meneses con seiscientos hombres; pero los generales se opusieron y le ordenaron que solo llevase ciento. Esto ocasionó graves disputas, y al cabo se puso Meneses en marcha con poco mas de cien hombres, muy disgustado por la falta de armonía que reinaba entre las cabezas del ejército.

Siguiendo este capitán las huellas de Hernandez, supo que se hallaba en el valle de Ica, á unas cuarenta leguas de Lima. Encaminóse hácia aquel sitio pensando tomar al enemigo de sorpresa; pero hallándose ya muy próximo tuvo necesidad de buscar un poco de grano para sus caballos. Ofrecióse á traerlo un soldado desertor de Hernandez, y le dejaron ir con algunos Indios. Pero el soldado aprovechó aquella ocasion para volver á sus antiguas banderas, y dió puntual noticia á Giron de las fuerzas que llevaba Meneses y de su designio de sorprenderle aquella misma noche.

Cuando el gefe de los realistas vió volver á los Indios sin el soldado que salió con ellos, conoció que era preciso renunciar á su proyecto. Le era por otro lado imposible hacer frente á Hernandez con sus escasas fuerzas, si no era logrando la ventaja de una sorpresa, lo que ya no podia esperar, y por lo mismo resolvió emprender la retirada. Dejó atrás á un oficial con dos ó tres soldados de los que mejores caballos te-

nian, para que observasen los movimientos del enemigo, y le avisasen lo que fuera ocurriendo. Tomada esta precaucion, se retiró del valle de Ica, dirigiéndose á un pueblo distante unas cinco ó seis leguas, llamado Villacuri.

Las centinelas avanzadas subieron á un cerro para registrar el valle; pero á causa de la mucha arboleda que en él habia, no pudieron descubrir á los enemigos, que avisados por un Indio que acertó á pasar, venian en busca suya. Los realistas ocupados en mirar á lo lejos, no advirtieron que los rebeldes, ocultándose entre los árboles, les iban á cortar la retirada. Apenas lo notaron, pusieron espuelas á los caballos; pero ya era tarde, y solo uno logró escaparse quedando prisioneros los demas.

Hernandez supo por los presos el lugar en que se hallaba su contrario, y marchó al punto á encontrarle, esperando sorprenderle como habia sorprendido á sus avanzadas. Caminó toda la noche, y á no haber sido porque perdió el camino y hubo de aguardar á que amaneciese para hallarlo, hubiera logrado su intento, porque Menezes se hallaba en Villacuri muy desprevenido y sin centinelas, fiado en las avanzadas que dejó. Cuando recibió aviso de que el enemigo se acercaba ya lo tenia encima, y aunque sostuvieron algun rato los realistas el combate contra el primer cuerpo de los enemigos, así que llegó el

gruso del ejército no pudieron resistir á fuerzas tan superiores y se pusieron en precipitada fuga, arrojando cuanto pudiera estorbarla. Mas de tres leguas duró el alcance, aunque sin grave pérdida para el ejército real. Mayor la tuvo Giron apesar de su victoria, porque muchos de los suyos aprovechando la confusion se pasaron al enemigo; de manera que cuando los realistas trataron de averiguar la pérdida que habian sufrido, hallaron que el número de su gente era mayor que antes por lo que se habia acrecentado con los desertores de Giron.<sup>14</sup>

Habido esta victoria continuó este último su retirada por la costa hasta el puerto de Nasca, sin que nadie pensase en perseguirle. Detúvose en aquel punto bastante tiempo reorganizando su ejército, y formó una compañía con los muchos negros que tenia en su campo nombrándoles de entre ellos mismos sus gefes y oficiales. En estas ocupaciones le dejaremos para ver las providencias que tomaba el Mariscal Alonso de Alvarado, para contribuir por su parte al término de la rebelion.

Ya hemos visto arriba que tan luego como llegó á su noticia lo ocurrido en el Cuzco, co-

<sup>14</sup> Ibid. pag. 331.-336.— cap. 7-12—Fernandez, Hist. del Herrera, Hist. General, dec. 8, Peru; Parte 2, lib. 2, cap. 32-35, lib. 9, cap. 7-11, 14, 15.—Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 7, cap. 29. 38.—Calancha, Cronica. lib. 1.

menzó á reunir gente y á armarla para ir en socorro de los oidores. Por resultado de sus esfuerzos se vió muy pronto en la ciudad de Potosí al frente de unos ochocientos hombres, de las mejores tropas del Perú, muy provistos de todo y aderezados con grande lujo, cosa no muy estraña en aquella tierra de plata.<sup>15</sup> Con ellos se puso en marcha para el Cuzco pensando continuar hácia Lima. En el camino se le reunían sin cesar nuevos refuerzos de manera que llevaba ya mas de mil hombres cuando entró en la capital de los Incas el 30 de Marzo de 1554.

En ella recibió la noticia de la derrota de Villacuri así como de los demas sucesos que dejamos referidos, lo que le obligó á variar su plan de operaciones. Sabiendo que Hernandez estaba en Nasca, temió que si se veia amenazado podria correrse por la costa hasta Arequipa, y de allí dejando á un lado las fuerzas del Mariscal, meterse en la provincia de Chareas, donde hallaria recursos para sostener la guerra mucho tiempo. Firmemente resuelto Alvarado á que el enemigo no se le escapase y no queriendo de-

<sup>15</sup> "Hallaronse, setecientos, y setenta y cinco hombres: de la mas buena y luzida gente: ansi de buenos soldados, armas, y ricos vestidos, y de mucho servicio que jamas se vio en el Perú." Que cierto mostraban bien baxar de la parte de aquel cerro: que de otro mas rico que el, en el mundo no se tiene noticia." Fernandez, Hist del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 42.

jar á otro la gloria del vencimiento, salió del Cuzco tomando el camino de Parinacochas hácia la costa, aunque para llegar á aquel punto tenia que pasar el despoblado del mismo nombre; muy áspero, lleno de sierras y escabrosidades donde perdió un gran número de caballos, y padecieron mucho sus tropas por la falta de alimento y abrigo.<sup>16</sup> Salido del despoblado supo que Hernandez habia levantado tambien su campo y venia en busca suya, habiendo pasado iguales trabajos en la travesía. Por último se habia situado en Chuquina á orillas del rio Abancay, lugar de mal agüero para el Mariscal, y allí habia elegido una posicion muy fuerte, á la que solo se podia llegar por un largo y peligroso desfiladero, porque el rio, unos barrancos, y unas obras antiguas de los Indios resguardaban los otros lados. Agradóle tanto á Hernandez la posicion por lo fácil de su defensa y la ventaja que le proporcionaba de mantener la gente recojida de manera que no pudiera desertársele, que se resolvió á esperar en ella al Mariscal.

Informado este de la fortaleza de la posicion de su contrario, quiso acometerle en aquella misma noche; mas cuando comunicó aquel plan á sus oficiales, estos se empeñaron en apartarle de su propósito, representándole las dificultades

<sup>16</sup> Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 43.

des que tenia que vencer, y añadiéndole que mejor seria mantenerse á la vista aguardando que el ejército contrario se deshiciese por si mismo, segun ya daba muestras de suceder, visto el gran número de soldados que todos los dias abandonaban sus banderas. De nada sirvieron estas razones y otras muchas para convencer al Mariscal, quien firme en su propósito mandó que una partida de arcabuceros bajase hasta el rio y trabase escaramuza con el enemigo, que luego él iria en su seguimiento con el resto de la tropa. Los oficiales que asistieron á la consulta se separaron muy disgustados de la obstinacion del Mariscal, anunciando lo que habia de suceder poco despues.

Al amanecer del veinte de Mayo se puso en práctica la determinacion de Alvarado. Bajaron al rio los arcabuceros, segun quedó dispuesto, y tras ellos caminó el Mariscal. En la orilla opuesta colocó Giron sus tiradores emboscados tras de los árboles y piedras, de manera que los realistas recibian los tiros sin saber de donde salian. Acaloróse la escaramuza mas de lo que se pensaba, y fué preciso que Alvarado enviase mas gente de refuerzo para sostener el combate; pero viendo que su tropa padecia mucho sin que pudiese hacer daño al enemigo, dispuso retirarse.

Convocó de nuevo el Mariscal á sus oficiales

para pedirles consejo, manifestándoles grandes deseos de dar la batalla al dia siguiente. Volvieron los oficiales á esponerle las mismas razones, apoyándolas con lo sucedido aquel dia, y por fin lograron que les diese su palabra de no acometer. Mas en una escaramuza que tuvieron las avanzadas aquella misma noche, se pasó un oficial de Giron, é hizo tal pintura de la debilidad de este y de la poca voluntad con que su gente le seguia, que el Mariscal varió de opinion y se empeñó en presentar la batalla, sin querer escuchar mas las observaciones de sus capitanes. Por un falso principio de honor creia una afrenta el no combatir al enemigo que tenia á la vista: pudiera haber recordado el desastroso fin de la batalla de Huarina, debido principalmente á este equivocado pundonor.

Era tal su impaciencia, que á pesar de ser ya tarde no quiso diferir la accion para el siguiente dia, sino que inmediatamente comenzó á tomar sus disposiciones para el ataque. Despachó por delante dos trozos de arcabuceros para que por derecha é izquierda se aproximasen lo mas que pudieran al campo contrario, y á una señal convenida emprendiesen cada uno por su lado un falso ataque, con el fin de llamar la atencion del enemigo, mientras que el grueso del ejército bajaba al rio por una senda muy áspera, y lo vadeaba. Los Indios de guerra que tenia mandó

que rodeasen el campo de Giron y le molestasen con sus armas arrojadizas, mientras los Españoles sostenian el combate. Contaba ademas el Mariscal con que las tropas rebeldes abandonarían á su caudillo, como en Xaquixaguana, y de ese modo tal vez podria alcanzar la victoria sin derramamiento de sangre. Tomadas estas disposiciones arengó á sus tropas, exhortándolas á cumplir con su deber, y añadiendo grandes promesas para moverlas con mas eficacia.

Cuando Hernandez vió estos preparativos conoció que era llegada la hora de la batalla. Habló tambien á los suyos y les dijo, que no tenían mas alterativa que vencer ó morir, y desde luego comenzó á ordenar su gente. Separó un cuerpo de arcabuceros para que resistiesen á los que enviaba Alvarado por la izquierda, y el resto de ellos los repartió en pequeños pelotones embosecándolos tras de las piedras, árboles y quiebras del terreno para que tirasen sobre firme y aprovecharan bien los tiros. La caballería la colocó á retaguardia, porque en aquel terreno le era de muy poca utilidad.

Pasó el rio el primer destacamento de los realistas mandado por Martin de Robles, que habia sido uno de los que mostraron mas empeño en que se diese la batalla, y faltando á la subordinacion debida por el deseo de alcanzar esclusivamente el honor de la victoria no aguardó la

señal de su gefe, sino que aun antes de que los suyos acabasen de pasar el rio acometió al enemigo. Recibióle este con buen ánimo y despues de un reñido combate los realistas tuvieron que retroceder. El destacamento de la derecha imitó el ejemplo de Robles; pero los mismos que derrotaron á este, cayeron sobre el otro trozo y lograron igual ventaja.

Viendo el mariscal empeñada la accion contra sus órdenes, creyó remediar el daño tomando parte en ella con el grueso de su ejército. Apresuró la marcha de las tropas que bajaban hácia el rio; pero se encontró que el vado era mas profundo de lo que se habia creído, y el agua inutilizaba las acmas y municiones de los arcabuceros. El enemigo en el entretanto no cesaba de hacer un fuego mortífero; comenzó el desórden en las filas del Mariscal, y sus esfuerzos no alcanzaban á contenerlo. Los que habian pasado el rio acometiau sin órden ni concierto, y por lo mismo eran fácilmente rechazados. Apesar de eso, Hernandez creyó conveniente retirarse un poco para guarecerse en unas cercas y defenderse contra la caballería de Alvarado. De dos entradas que quedaban abiertas á las tropas realistas, cerró la una con todos sus bagajes y caballerías, y la otra estaba defendida por varios tiradores diestros, de manera que todos los que intentaban adelantar un paso por aquella senda

estrecha, caian muertos al punto. Los que trataron de penetrar por el otro camino, tan luego como llegaron al lugar en que Hernandez habia colocado los bagajes, no fué posible obligarlos á que pasasen adelante. Entregáronse al saqueo sin escuchar la voz de sus gefes,<sup>17</sup> y cuando cada uno hubo tomado lo que encontró, solo pensó en ponerse en salvo con su botin. Aquellos dispersos cayeron sobre las demas tropas que aun conservaban algun orden, las desbarataron y todos emprendieron la fuga, cada uno por donde pudo, incluso el mismo Mariscal.

Alzó inmediatamente el ejército de Hernandez el grito de "victoria," y saliendo de sus atrincheramientos emprendió el alcance de los fugitivos. Este no fué largo ni sangriento. Los vencidos se rendian de buena voluntad y no eran maltratados. Los vencedores lograron un cuantioso botin en el campamento de los realistas,<sup>18</sup> aunque algo lo habian menoscabado los Indios, que saquearon el campo real cuando se declaró la victoria por Hernandez, y luego el de Hernandez cuando este salió en persecucion de los fugitivos. La derrota de Alvarado fué completa.

17 " Y muchos dexauan los arcabuzes, y lanças: é yuan á robar. Que dire! sino que en la mayor priessa; sacó vn soldado vn barril de conserua: y muchos se juntaron á comer del: sin ver-

guença alguna." Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 45.

18 " Robóse el campo mas rico que jamas vno en el Peru." Ibid., ubi supra.

Dejó en el campo mas de cien hombres muertos, mas de doscientos heridos, y un número considerable de prisioneros, que pasarian de trescientos. Perdió ademas todas sus armas, municiones y bagajes, sin que de todo su lucido ejército quedasen cuatro hombres juntos. El Mariscal mismo salió herido y se escapó con harta dificultad. La pérdida de los rebeldes fué insignificante. Hernandez no abusó de su victoria, derramando la sangre de los vencidos;<sup>19</sup> antes por el contrario, cuidó de los heridos y les ministró cuantos auxilios estuvieron en su mano.<sup>20</sup>

La victoria de Chuquina abrió á Hernandez las puertas del Cuzco; pero no quiso entrar á la ciudad, sino que se mantuvo en el campo de batalla cuidando de los heridos y reorganizando su ejército. Contentóse con enviar á su teniente, el licenciado Alvarado, para que saquease la ciudad, é igual comision dió á otros capita-

19 Solo hizo ajusticiar á unos pocos, entre ellos á un soldado que se le desertó durante la acción, y mató de un arcabuzazo á un caballero del ejército de Hernandez, creyendo equivocadamente que era este, por ir con igual vestido. El maestro de campo Alvarado, que durante la acción no hizo nada de provecho, concluida esta mató algunos rea-

listas sin permiso y aun contra la voluntad de su gefe.  
20 Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 13-18.—Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 40-45.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 9, cap. 17.-21; lib. 10, cap. 1, 2.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., p. 388.

nes para diversas poblaciones del Sur. El licenciado cumplió fielmente con su encargo, y despojó á los vecinos de la capital de cuanto tenían; quitó las campanas de las iglesias para fundir artillería, y por denuncia de un desertor, descubrió y se apoderó de una crecida cantidad de plata que sus dueños tenían escondida.<sup>21</sup> Iguales excesos se cometieron en las otras ciudades, pero conviene dejar un momento á Hernandez y á su ejército para ver lo que pasaba en el campo de los oidores.

La nueva del desbarate de Villacuri causó la mayor consternacion en el ejército, porque se aguardaba que bastaria la partida que salió con Meneses para *abatir la soberbia del tirano*, y ya muchos daban por concluida la guerra. Los dispersos que iban llegando maltratados, heridos y sin armas, confirmaron las fatales noticias, y conociendo la Audiencia que todos aquellos males se originaban de la falta de armonia entre los generales, que en toda ocasion se manifestaba, resolvió remediar el daño depeniéndolos de su empleo, y así lo hizo. Aturdidos aquellos generales improvisados al ver las fatales consecuencias de su poca cordura, no osaron oponer resistencia, y quedó mandando el

21 "Estas dos partidas, segun el precio comun de las barras de aquel tiempo, montaron ciento y veinte y seis mil ducados castellanos, de á trezientos y setenta y cinco maravedí." Garcilaso, Com. Real., Parte 2. Lib. 7, cap. 20.

ejército Pablo de Meneses, el derrotado en Villacuri, siendo su segundo D. Pedro Portocarrero, conquistador de los mas respetables.

Resolvióse entonces, no sin grandes disputas y contradicciones, que todo el ejército real caminase hácia el sur siguiendo las huellas de Hernandez, y en efecto caminó por la costa hasta llegar á Chíncha donde hizo alto, creyéndose comunmente que Giron caeria en manos del Mariscal Alvarado. Fué por lo mismo mas inesperado el golpe de la derrota de Chuquina que se supo en aquellos dias, y que obligó á los oidores á pensar seriamente en resistir á un rebelde que alcanzaba victorias casi increíbles, cuando parecia mas próximo á sucumbir.<sup>22</sup> Recogieronse los dispersos que llegaban del campo de Chuquina, y se procuró darles armas y nueva organizacion para que engrosasen las filas del ejército. Se dispuso ademas que con él marchase la Audiencia para darle mayor autoridad, y todas las fuerzas emprendieron su marcha para el sur en busca de Francisco Hernandez. Pasaron con felicidad el rio Abancay por un puente que hicieron, y el de Apurimac por un vado, y llegaron á dar vista al Cuzco. Hernandez, dando crédito á ciertos agüeros supersticiosos, no quiso

22 "Francisco Hernandez cal y á su gente." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., pag. 386.

entrar en esta ciudad, sino que pasó adelante, siempre retirándose sin oponer resistencia ni aun intentarla en los pasos de los rios, de manera, que el ejército real se posesionó sin tropiezo de la capital de los Incas.

No se detuvieron mucho tiempo en ella los realistas, pues á poco salieron otra vez en seguimiento de Hernandez, y este vino al fin á situarse en el valle de Pucará, á cuarenta leguas del Cuzco y no lejos de la laguna de Titicaca. Era un valle pequeño de la sierra de Vilcanota rodeado por todos lados de montañas inaccesibles, y con solo una entrada difícil y tortuosa. Habia en él grandes ruinas de edificios antiguos,<sup>23</sup> y era un punto muy propio para la defensa. Los oidores asentaron su campo al otro lado de un rio á la vista del de Hernandez y dentro del alcance de su artillería. Pasaronse asi varios dias sin que ningun partido se atreviese á presentar batalla, aunque eran continuas las escaramuzas, que casi siempre solian concluir por la desercion de algunos soldados de Hernandez. Al cabo este resolvió contra la opinion de sus oficiales, sorprender una noche el campo real; pero no faltó segun costumbre, un desertor que publicase su designio y avisase á los oidores para que estuviesen prevenidos. En efecto aquella misma noche cerca ya del alba cayó Hernandez con

<sup>23</sup> Cieza de Leon, Crónica, cap. 102

todas sus fuerzas sobre el campo enemigo y se trabó una reñida batalla en la oscuridad. Por lo mismo los tiros eran poco ciertos y no causaron grave daño; pero Hernandez fué rechazado en todas partes y se vió precisado á volver á sus antiguas posiciones, dejándose un regular número de prisioneros.

Desanimada su gente con este golpe abandonaba en pelotones sus filas, y Hernandez veía con dolor como, todos los suyos iban siguiendo el mal ejemplo de dos capitanes principales que se habian pasado en aquellos dias, habiendo pedido antes y logrado que los oidores les perdonasen. Mas esta precaucion no bastó para salvarlos como luego veremos.

Viendo Hernandez que los suyos le abandonaban, no tuvo escrúpulos en abandonarlos á su vez, y así montó á caballo y sin comunicar á nadie su designio salió del campamento, con cualquier pretesto, dejando sola y desmayada á su buena esposa que habia partido con él todos los trabajos y peligros de la guerra. Se le habia trastornado de tal modo á Hernandez la cabeza, que despues de caminar toda la noche se encontró al amanecer en las orillas de su campo, y tuvo que emprender de nuevo su fuga. Su ejército se desbarató tan luego como faltó el general, y los que eran demasiado culpados para es-

perar perdon, trataron tambien de ponerse en salvo.

Apenas se supo esta fuga en el campo real, mandaron los oidores diversas partidas al alcance de los prófugos. El primero que hubieron á las manos fué el licenciado Alvarado, y por justo castigo de sus crímenes le dieron garrote inmediatamente. "Pequeño castigo para hombre tan inhumano," dice Herrera.<sup>24</sup> Nos le pintan como letrado ignorante, soldado cruel y por lo mismo cobarde, que nunca fué de provecho en la campaña, ni mató mas enemigos que los que entregó á su verdugo.

Francisco Hernandez huía hácia el norte, esperando que podria llegar á las provincias de Quito donde habia servido mucho tiempo y tenia gran número de amigos que podrían ayudarle en su desgracia. Pero una partida de realistas le alcanzó en el valle de Jauja, y aunque trató de oponerles resistencia con algunos compañeros que se le habian juntado por el camino, estos se negaron á defenderle y se vió precisado á entregarse. Los aprehensores entraron muy ufanos con su preso en la ciudad de Lima, y allí fué puesto en una cárcel segura.

El proceso no fué largo, porque el delito era patente y el castigo que merecia estaba señalada

<sup>24</sup> Hist. General, doc. 8, lib. 10, cap. 14.

do de antemano. Fué sentenciado á ser arrastrado hasta el lugar del suplicio, mientras que el pregonero iba publicando sus delitos,<sup>25</sup> y que allí se le cortase la cabeza. Así se ejecutó, y dicen que al tiempo de morir se mostró arrepentido de los males que habia causado. Su cabeza fué colocada en lugar público junto á las de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carbajal, hasta que pasados algunos años unos caballeros amigos suyos las quitaron secretamente y quedaron depositadas en el convento de San Francisco.<sup>26</sup>

Tenia Francisco Hernandez Giron cuando murió unos cuarenta y tres años, y hacia mas

<sup>25</sup> "Esta es la justicia, que manda hazer su Magestad, y el magnífico Caallero don Pedro Puerto Carrero Maestro de campo, á este hombre por traydor á la corona Real, é alborotador destos Reynos, mandarle cortar la cabeça por ello: y fixarla en el Rollo desta ciudad: y que sus casas sean derribadas y sembradas de sal, y puesto en ellas, vn Marmol con vn retulo que declare su delicto." (Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 2, cap. 58.) No consta la fecha de la muerte de Hernandez, pero debió ser hacia el 20 de Diciembre de 1554, porque entro preso en la ciudad el día 7. La última parte de la sentencia no se cumplió, porque

sus casas que estaban en el Cuzco no fueron derribadas. (Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 30.) Su esposa Doña Mencía se retiró á un convento de Lima donde vivió ejemplarmente el resto de sus dias, hasta que falleció de edad muy avanzada (Ibid., ubi supra.—Montalvo, El Sol del Nuevo Mundo, (Roma, 1533,) lib. 1, cap. 12.)

<sup>26</sup> Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 7, cap. 19-30.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 2, cap. 46, 47, 49-56, 58.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 10, cap. 3,-8, 10-16.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., pag. 386-388.—Calancha, Cronica, lib. 1, cap. 22; lib. 2, cap. 32.

de veinte que había pasado á las Indias. Era de carácter humano y compasivo; nunca se manchó con ninguna acción cruel mientras duró su rebelión, y desaprobó muchas veces los excesos de su maestro de campo.<sup>27</sup> Era sí harto superficial y andaba rodeado de astrólogos y adivinos, á cuyos pronósticos daba fé implícita. Sirvió siempre en las provincias del norte, y cuando llegó el virrey Blasco Nuñez, abrazó su partido y peleó con valor en la batalla de Añaquito. No deja de ser extraño que entonces defendiese con tal empeño al ejecutor de las odiosas ordenanzas, el mismo que después había de perder la vida por lograr su revocación. Muerto el virrey le dejaron libre los vencedores y se volvió á las provincias de Quito, de cuyo mando quedó encargado cuando Benalcázar partió para España. A la llegada de Gasca vino á unirse con él en el valle de Jauja, y se halló también bajo el estandarte real en la derrota de Xaquixaguana. Por premio de sus servicios le dieron un repartimiento; parecióle poco, y en mala hora para él quiso alcanzar más con las armas. Creyó que á su voz se reunirían en derredor suyo todos los

27 " Descubrió maravillosa dandoles muchas esperanzas.... fortaleça de animo, acompañada i en otras cosas mostró pecho de con piedad: porque con afabilidad, i mansedumbre hablaba todos; miraba los heridos, i los animaba, i consolaba, i regalaba,

descontentos; pero estos si bien odiaban al gobierno preferían conservar lo que les dejaba, á aventurarlo todo en una lucha contra la autoridad real, que era la que al cabo había de prevalecer en el país, de lo cual pocos dudaban. Arrojóse á la misma empresa de Gonzalo Pizarro sin contar con las ventajas que tenía aquel á su favor; sin embargo, el presidente Gasca ya no estaba allí, y con solo que los suyos le hubiesen sido fieles, podría haber derribado el débil y desorganizado gobierno de los oidores. Mas era tal el ascendiente que había tomado en el país el nombre del rey, que ni aun la victoria bastó para fijar los ánimos inconstantes de sus compañeros. Era destino suyo el quedar derrotado después de alcanzar un triunfo, y solo le servían para facilitarle la retirada. En Villacuri derrotó á los contrarios, y perdió más gente que ellos: en Chuquinga alcanzó una señalada victoria<sup>28</sup> y no pudo sacar partido de ella. No podemos culparle de falta de actividad ni de talento, porque nada podía hacer con soldados que abandonaban sus filas tan luego como le perdían de vista. El lucido ejército del procurador del pueblo se deshizo como de un soplo en Xaquixaguana: ¿qué esperanza podía quedar á Hernan-

28 " Una de las mayores victorias, que en aquel Imperio ha sido, que fue la de Chuquinga." Garcilaso, Com. Real., Parte 2. lib. 7, cap. 25.

dez en Pucará? Los que le obligaron á lanzarse á la arena, le abandonaron y le dejaron solo en ella para que resistiese aislado el choque de los enemigos: no es maravilla que sucumbiese por débiles que estos fuese. Con la muerte de Hernandez acabaron para siempre las guerras civiles del Perú: éi fué la última víctima española sacrificada á la seguridad del país.

Satisfecha la justicia con el castigo de los delinquentes, quedaba por desempeñar la tarea aun mas árdua de premiar á los beneméritos. No aguardaron estos á que Hernandez fuese preso ni ajusticiado, sino que inmediatamente despues de la derrota de Pucará dieron por concluida la guerra, y acudieron á la Audiencia pidiendo la recompensa de sus servicios, y el cumplimiento de las promesas hechas, de que á la verdad no habian andado avaros los oidores para atraer gente á sus banderas y hacerla pelear con ánimo. De las súplicas pasaron á las murmuraciones, y fué preciso que uno de los oidores hablase á los pretendientes y procurase calmarlos. No dejó de costarle algun trabajo; pero al cabo consiguió que cediesen por entonces y aguardasen la llegada del nuevo virey que se sabia estaba ya en camino y que efectivamente no tardó en llegar al Perú segun vamos á referir.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> Garcilaso, Com. Real, Parto 2, lib. 7, cap. 30.

#### CAPITULO IV.

LLEGA AL PERU EL NUEVO VIREY.—ABDICACION DEL INCA SAYRI TUÉAC.—ESPEDICION A CHILE.—MUERTE DE ALGUNOS CONQUISTADORES.—LA DEL VIREY.—EL CONDE DE NIEVA.—SU DESGRACIADA MUERTE.—EL LICENCIADO CASTRO.—D. FRANCISCO DE TOLEDO.—SUPPLICIO DEL INCA TUPAC AMARU.—CORSARIOS INGLES.—VUELVE EL VIREY A ESPAÑA, Y MUERE.

1555—1581.

Hallábase en Flandes el Emperador Cárlos V cuando recibió la noticia de la muerte del virey D. Antonio de Mendoza, y trató de nombrarle sucesor inmediatamente para no dar lugar á que con la falta de gobernador se turbase de nuevo

dez en Pucará? Los que le obligaron á lanzarse á la arena, le abandonaron y le dejaron solo en ella para que resistiese aislado el choque de los enemigos: no es maravilla que sucumbiese por débiles que estos fuese. Con la muerte de Hernandez acabaron para siempre las guerras civiles del Perú: éi fué la última víctima española sacrificada á la seguridad del país.

Satisfecha la justicia con el castigo de los delincuentes, quedaba por desempeñar la tarea aun mas árdua de premiar á los beneméritos. No aguardaron estos á que Hernandez fuese preso ni ajusticiado, sino que inmediatamente despues de la derrota de Pucará dieron por concluida la guerra, y acudieron á la Audiencia pidiendo la recompensa de sus servicios, y el cumplimiento de las promesas hechas, de que á la verdad no habian andado avaros los oidores para atraer gente á sus banderas y hacerla pelear con ánimo. De las súplicas pasaron á las murmuraciones, y fué preciso que uno de los oidores hablase á los pretendientes y procurase calmarlos. No dejó de costarle algun trabajo; pero al cabo consiguió que cediesen por entonces y aguardasen la llegada del nuevo virey que se sabia estaba ya en camino y que efectivamente no tardó en llegar al Perú segun vamos á referir.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> Garcilaso, Com. Real, Parto 2, lib. 7, cap. 30.

#### CAPITULO IV.

LLEGA AL PERU EL NUEVO VIREY.—ABDICACION DEL INCA SAYRI TUÉAC.—ESPEDICION A CHILE.—MUERTE DE ALGUNOS CONQUISTADORES.—LA DEL VIREY.—EL CONDE DE NIEVA.—SU DESGRACIADA MUERTE.—EL LICENCIADO CASTRO.—D. FRANCISCO DE TOLEDO.—SUPPLICIO DEL INCA TUPAC AMARU.—CORSARIOS INGLES.—VUELVE EL VIREY A ESPAÑA, Y MUERE.

1555—1581.

Hallábase en Flandes el Emperador Cárlos V cuando recibió la noticia de la muerte del virey D. Antonio de Mendoza, y trató de nombrarle sucesor inmediatamente para no dar lugar á que con la falta de gobernador se turbase de nuevo

la tranquilidad de aquellas provincias. Después de un detenido exámen escogió para este delicado puesto á D. Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, quien aceptó el nombramiento; pero exigió que se le diesen poderes tan amplios como los que llevó el presidente Gasca. Las circunstancias no eran ya las mismas, y el Marqués de Cañete no halló en los consejeros del monarca la misma disposición á concederlos. Al fin logró que se le diesen, y después de haber recibido del gobierno las instrucciones necesarias, se embarcó en San Lúca: en el mes de Octubre de 1555. <sup>1</sup>

Después de sufrir algunas tempestades en la travesía, aportó el virey á Nombre de Dios, y se detuvo algun tiempo en la Tierra Firme para tomar residencia á los oficiales reales, y deshacer una reunion considerable de negros fugitivos que habian tomado las armas y cometian mil robos y escesos. Arreglados ambos asuntos á su satisfaccion, pasó al Perú por mar, y en-

1 Fernandez, Hist. del Peru, Parte 2, lib. 3, cap. 2.—Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 10, cap. 17.

Con el nombramiento del Marqués de Cañete para el vireinato termina Herrera su grande obra en la parte relativa al Perú. La continuación de sus Ocerías que

escribió el cronista Pulgar y comprendia desde el año 1555 hasta el de 1584, no se ha dado á luz, ni tengo noticias acerca del verdadero del MS. original, que estuvo en la libreria de Barcia, y que no encuentro citado por ningun autor moderno.

tró en Lima en el mes de Julio de 1556. <sup>2</sup> En todo el camino fué recibido con el mayor aplauso por los fieles habitantes, y en la capital se prepararon grandes fiestas y regocijos para su entrada. Mostrábase el virey muy blando y liberal, parecia dispuesto á olvidar lo pasado, y ellos celebraban su venida. Pero apenas hubo tomado posesion del gobierno cambió repentinamente de carácter. Hizo ajusticiar en secreto á varios oficiales de Giron que vivian tranquilos en sus haciendas, confiados en el perdon que les habia concedido la Audiencia por haber abandonado á su gefe en la hora de la batalla; severidad que fué desaprobada en la corte y á la que algunos atribuyen su pronto relevo. Prohibió bajo graves penas que nadie pasase de un pueblo á otro sin licencia: desterró á España por causas leves á muchos conquistadores, y tomó otras medidas severas para afianzar la tranquilidad del pais.

El suceso mas notable del gobierno de este virey es la renuncia que hizo de sus derechos á la corona del Perú el príncipe Sayri Tupac, hijo del valiente Manco Inca, que por tanto tiem-

2 Hallo la mayor discordancia en los autores al fijar la fecha de la llegada de este virey al Perú, pues unos la ponen en el año de 1555 otros en el de 1556 y algunos en el de 1557. La que apunto en el texto es la que me ha parecido mas probable después de comparadas las diversas opiniones.

po sostuvo la guerra contra los Españoles, y que murió desdichadamente á manos de ellos, como queda dicho. <sup>3</sup> Vivía el príncipe Sayri retirado en las mismas montañas de Vilcabamba donde murió su padre, y aunque ya su poder estaba tan debilitado que nada podía emprender contra los usurpadores de sus dominios, aquella reunión de indígenas que no reconocía la autoridad del monarca español, podía crecer con el tiempo y adquirir fuerza bastante para ir recobrando poco á poco sus tierras; de la misma manera que el puñado de cristianos que los Sarracenos olvidaron destruir, había acabado por conquistar los dominios de sus antepasados despues de una lucha de siete siglos. Por lo mismo creyó el virey que sería conveniente quitar por este lado todo temor para lo sucesivo.

Valióse para lograr su intento de una tia del príncipe llamada D<sup>ña</sup> Beatriz, que estaba casada con un español avecindado en el Cuzco. Dirigió el virey una carta á esta señora, encargándole que discurriese algun medio para que el príncipe saliera de sus guaridas y viniera á vivir de paz entre los Españoles, prometiéndole que se la daría lo necesario para que pudiera vivir con la decencia correspondiente á su elevado rango. Aceptó gustosa el encargo la D<sup>ña</sup> Bea-

<sup>3</sup> Auto, pág. 221.

triz y envió un mensajero á su sobrino con estas proposiciones. El enviado, que era un Indio noble pariente tambien del Inca, halló grandes dificultades que vencer para transitar por los caminos, pues los habían obstruido de propósito los Indios refugiados, para hacer mas difícil el acceso á sus montañas. Llegó al cabo á las primeras guardias y fué conducido á la presencia del Inca.

Aun no se había ceñido este la *borla* ó diadema encarnada, insignia de los soberanos del Perú, á causa de su corta edad, y gobernaba en el entretanto un consejo compuesto de los principales caciques y capitanes. El príncipe sometió á su exámen las proposiciones de los Españoles; pero los consejeros recelaron que fuesen tan solo una red que le tendían para apoderarse de su persona. Para asegurarse, pues, de la sinceridad de las propuestas, resolvieron detener al enviado de D<sup>ña</sup> Beatriz y despachar al Cuzco otro mensajero distinto para que hablase con aquella señora y le pidiese ademas que enviase á su hijo Juan Sierra, para mayor seguridad de lo que se pactase. A todo accedió D<sup>ña</sup> Beatriz y su hijo partió con el mensajero.

Como las distancias eran largas y los caminos difíciles, se gastó algun tiempo en estas negociaciones, é impacientado el virey con la dilacion, nombró por su parte á un fraile dominico

llamado Fr. Melchor de los Reyes, y á Juan de Betanzos, Español casado con una hija del Inca Atahuallpa y muy perito en en la lengua de aquel pais, para que fuesen á negociar la salida del príncipe Sayri. Partieron estos enviados; pero no pudieron penetrar en aquellas asperezas, aunque lo intentaron por diversas partes, por estar cortados todos los caminos y cerrados los pasos de la sierra. Mientras tanto llegó á noticia del corregidor del Cuzco que andaban en aquel empeño, y al punto les escribió que viniesen á la ciudad para que todos obrasen de acuerdo.

Venidos al Cuzco se dispuso que marchase por delante Juan Sierra, y que en pos de él fuesen el dominico y Betanzos. Partieron así en efecto, pero deseosos estos últimos de ser los primeros en dar la embajada, se adelantaron á los otros hasta llegar á los límites de las tierras que dominaba el Inca. Allí fueron detenidos por los Indios hasta que llegó Sierra; á este se le permitió el paso por orden del Inca, y no á ninguno otro.

A poco andar se encontró Sierra con un capitán que traía consigo alguna tropa, y á él le dió la embajada para el Inca de que venia encargado. El capitán hizo venir despues al fraile y á Betanzos, y les preguntó tambien su embajada,

para ver si discrepaba en algo de la que traía Juan Sierra.

El oficial dió cuenta de todo á su soberano. Este se negó al principio á escuchar las propuestas de los Españoles, y mandó que los embajadores se volbiesen. A poco revocó la orden, y despues de muchas tardanzas y precauciones los admitió al fin á su presencia. Escuchó sus proposiciones, y mandó que pasasen á su consejo. Este fué de opinion que el negocio debia meditarse con detenimiento, y que en el entretanto fuesen á Lima el dominico y Sierra, acompañados de dos capitanes Indios, para que se presentasen al virey y le pidiesen que diera al Inca alguna parte de los dominios que legítimamente le pertenecian. Los mensajeros Indios fueron muy bien recibidos y obsequiados por el virey. Convinieron al fin que se daría al joven Inca una renta de diez y siete mil pesos para sustentar su casa y familia, y ademas un corto terreno en el valle de Yucay, morada favorita de sus antepasados, siendo imposible el dárselo todo, como hubiera querido el virey, por hallarse la mayor parte de él repartida ya entre los Españoles, que lo preferían por su fertilidad y hermosura. A estas mercedes se añadió la de unas tierras inmediatas á la fortaleza del Cuzco, para que el príncipe fijara en ellas su morada.

En el entretanto que estos ajustes se hacian en Lima, los consejeros de Sayri hacian sacrificios á sus deidades, y consultaban á sus adivinos, para saber si seria conveniente que el príncipe saliera de las asperezas donde estaba refugiado. Aunque no hubo, segun dicen, ningun agüero siniestro, los consejeros andaban discordes y muchos se oponian á la salida, recordando la perfidia de los Españoles y anunciando la vida miserable que el príncipe pasaria en los mismos reinos de que sus padres fueron señores absolutos. El jóven Inca fué al principio de este mismo parecer; pero despues cambió repentinamente y se mostró resuelto á aceptar las ofertas de los Españoles.

Salió, pues, de sus montañas llevado en hombros de sus vasallos, aunque ya las andas no eran de oro ni la comitiva tan numerosa como antes. Al abandonar su retiro se desciñó el príncipe la *borla* encarnada, que hacia poco habia recibido, dando á entender con esta accion, que se reconocia vasallo de otro príncipe mas grande, y que la estirpe de los hijos del Sol habia dejado de dominar en el Perú.

Caminó el Inca de esta manera hasta la ciudad de Lima, en la que entró el 5 de Enero de 1558. Recibióle el virey con el mayor agrado, le hizo sentar al lado suyo y le prodigó toda especie de atenciones. Esterioridades poco cos-

tosas, con que parecia quererle compensar la pérdida de un imperio. Pocos dias despues le convidó á comer el Arzobispo de Lima, y acabada la comida se presentó un criado con una fuente de plata en la que venia la cédula de todas las mercedes hechas al Inca. Oyóla este leer, y concluida la lectura levantó la carpeta que cubria la mesa y arrancando un hilo del fleco esclamó: “ Antes era mio todo este paño, y ahora quieren contentarme con solo este hilo.”<sup>4</sup>

Despues de pasar algunos dias en Lima se volvió el Inca al Cuzco. Sus vasallos le trataron por el camino con el mismo amor y respeto que habian mostrado á sus antepasados. En el Cuzco estaban congregados casi todos los caciques del pais, quienes le recibieron con grandes fiestas y regocijos. Permaneció el príncipe algun tiempo en el Cuzco y despues fijó su residencia en el hermoso valle de Yucay. Abrazó la fé cristiana y fué solamente bautizado con el nombre de Diego. Vivió tranquilamente en su retiro unos tres años alcabo de los cuales murió dejando tan solo una hija. Pero los Indios refugiados en las montañas y que no habian que-

<sup>4</sup> Esta anecdota tantas veces lase, lo que aviso al lector para referida por los escritores modernos, solo se apoya, á lo que enciende, en la autoridad de Garcéj.

rido salir de ellas apesar del ejemplo que les dió su príncipe, dieron la corona á un hermano suyo, y el nombre de la monarquía peruana se conservó todavia algunos años hasta que vino á borrarlo del todo la mas lastimosa tragedia.

Mientras que de este modo se iba asegurando la paz en el Perú, los invencibles guerreros de Arauco sostenian en el vecino reino de Chile la mas cruda guerra contra los Españoles. Habia muerto el gobernador de aquellas provincias, y el virey nombró para sucederle á su hijo D. Garcia Hurtado de Mendoza, que mas adelante fué tambien virey del Perú. Hiciéronse grandes preparativos para la espedicion, pues el virey por amor á su hijo no perdonó gasto ni diligencia alguna para asegurar el buen éxito de la empresa. Partió al fin el jóven comandante acompañado de consejeros graves y prudentes; pero no hubo precaucion que bastase á impedir el que los valientes Araucanos le tendiesen una emboscada, de la que solo escapó á costa de perder todos los equipajes y viveres de su ejército.

Poco antes de que saliese la espedicion para Chile, murió el Mariscal Alonso de Alvarado, consumido de la pesadumbre que le causó la derrota de Chuquinga. Desde aquel dia fatal no tuvo un momento de alegría y al cabo succumbió despues de una larga y penosa enfermedad. Fué uno de los geies que hicieron mas papel

en el Perú y siempre peleó bajo el estandarte real. Era de carácter severo que rayaba en cruel, buen soldado, y valiente como todos los Españoles de aquel siglo, aunque la fortuna no siempre le fué favorable. Su hijo mayor heredó sus repartimientos; pero murió á poco tiempo, y el gobierno para dar una prueba de lo mucho que apreciaba los servicios del Mariscal, no quiso entrar en posesion de sus bienes, segun lo disponia la ley, sino que mandó que su hijo se segun los heredase: "merced que se ha hecho á pocos en aquel imperio," como dice un antiguo cronista.<sup>5</sup> Falleció tambien por aquellos tiempos Garcilaso de la Vega, padre del historiador, uno de los conquistadores mas respetables, y no tardaron en seguirle otros compañeros suyos. De esta manera iba arrebatando la muerte á los pocos conquistadores que habian escapado de los innumerables peligros de su azarosa carrera.

Parece que en la corte de España no faltaron algunas quejas contra el virey del Perú, y le perjudicaban principalmente en ella los conquistadores que habia hecho desterrar por causas leves, como antes dijimos, y que fueron todos absueltos en la metrópoli. Sea de esto lo que fuere, en el año de 1561 le avisó el gobierno que es-

<sup>5</sup> Garcilaso, Com. Real., Parte 2. lib. 8, cap. 12.

taba nombrada ya la persona que debía sucederle en aquel puesto. Apenas supo el Marqués de Cañete que su sucesor había desembarcado en las costas del Perú, le escribió una atenta carta felicitándole por su nombramiento y su feliz llegada. El nuevo virey, que según se advierte no era hombre de gran prudencia, le contestó con bastante sequedad, sin darle en la carta el tratamiento de "excelencia" que había usado en la suya Mendoza, sino tan solo el de "señoría." Para un noble español este era el mayor agravio. Agregóse á esto el pesar que le causó el verse relevado tan pronto, así como el que le había ocasionado antes el mal éxito de la expedición de Chile. Fué tan grande la pesadumbre que produjeron en el Marqués estos disgustos sobrevenidos en tan breve tiempo, que su avanzada edad no pudo resistirla, y murió en Lima antes que llegase á la capital su sucesor. Fué enterrado con toda solemnidad en el convento de San Francisco, y la Audiencia quedó encargada del gobierno el breve tiempo que tardó en llegar el nuevo virey.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Tratan del gobierno del Inca Calancha Crónica, lib. 1, cap. 33. Marqués de Cañete, Garcilaso, lib. 2, cap. 29. Com. Real, Parte 2, lib. 8, cap. 3-15.—Fernandez, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 3, cap. 2-5.—Alcedo, Aviso, pp. 67-73.—Melen- dez, Tesoros, lib. 5, cap. 10.—Ca-

D. Diego de Lopez Zúñiga y Velasco, Conde de Nieva, llegó á la capital en el mes de Abril de 1561, y se solemnizó su entrada casi al mismo tiempo que se hacian las exequias de su antecesor. Lo mas notable que se cuenta de su breve gobierno es el haber establecido la etiqueta que debía observarse en lo sucesivo, tanto en el lugar que las corporaciones é individuos habían de ocupar en los actos públicos, como en el tratamiento que debía darse á las personas según su categoría. Al año siguiente al de su llegada se le halló muerto en su mismo palacio, con indicios claros de haber sido violenta su muerte. Tal suceso causó el escándalo que es de suponerse, y la Audiencia se dedicó con todo empeño á descubrir á los culpables. Pero los historiadores nos dicen que apenas comenzó la averiguacion halló complicadas en el crimen personas de tan alta categoría, que tuvo por menos malo el dejar impune un delito tan grave como el asesinato del representante del monarca, que publicar todas las circunstancias del suceso, lastimando la reputacion de muchas personas respetables, que acaso tendrían motivos poderosos

Inca Tupac Amaru. No debe omitirse, sin embargo, al hablar del Marqués de Cañete, que en su tiempo según Fernandez y Calancha, se acuñó la primera moneda en el Perú, que fué destinada para solemnizar la jurra de Felipe II en el año de 1558.

para tomar aquella violenta determinacion. Sea como fuere, el asesinato del virey quedó impune, y la Audiencia se encargó del gobierno esperando la llegada del sucesor. <sup>7</sup>

No se hizo este aguardar mucho tiempo, porque tan luego como en la corte de España se supo la desgraciada muerte del conde de Nieva fué nombrado el licenciado Lope Garcia de Castro, individuo del Consejo de Indias, para que pasase al Perú con el mismo título de presidente de la Audiencia que llevó antes Gasca. El principal encargo que llevaba, era el de averiguar los autores de la muerte del virey; pero apenas llegó á Lima en Setiembre de 1564, y se informó de todos los pormenores de este grave asunto, resolvió no tocarlo para nada, ni aun siquiera dió á entender que iba encargado de examinarlo. Fuertes razones debió tener para obrar de este modo, porque vuelto á España, no solo se abstuvo el gobierno de hacerle cargos por ha-

<sup>7</sup> Alcedo, Aviso, pp. 74-77--  
—Garcilaso, Com. Real, Parte  
2, lib. 8, cap. 15.

Todos los escritores que he consultado hablan con gran misterio de la muerte del Conde de Nieva y no puede aclararse la verdad. Pienso que los literatos modernos del Perú habrán hallado algunos documentos reser-

vados sobre este suceso que sirven para esclarecerlo; pero la falta de comunicacion con aquellos paises y la precipitacion con que he escrito este Apéndice por haberme resuelto demasiado tarde á emprenderlo, me han impedido el hacer alguna averiguacion sobre este punto, que deixo para mas adelante.

ber dejado de cumplir la principal comision que habia llevado, sino que alabó su prudencia, y le mandó que volviese á ocupar su asiento en el Consejo.

Gobernó el licenciado mas de cinco años hasta que entregó el gobierno á su sucesor en el de 1569. Alaban la blandura y prudencia con que se manejó, y su vuelta á España fué generalmente sentida. <sup>8</sup>

D. Francisco de Toledo, sucesor del licenciado Castro, uno de los vireyes mas famosos del Perú, era hijo segundo del Conde de Oropesa, y en doce años escasos que duró su gobierno arregló todos los ramos de la administracion de la colonia. Visitó por sí mismo la mayor parte de las provincias de aquel vasto territorio, y envió personas de su confianza, á las que no pudo ver por la distancia ó la dificultad de los caminos. Formó ordenanzas para todos los ramos de la administracion pública, y entre ellas fue-

<sup>8</sup> "Porque el licenciado Lope Garcia de Castro era hombre de gran prudencia caudal y consejo para gobernar un imperio tan grande como aquel." Garcilaso, Com. Real, Parte. 2, lib. 8, cap. 15.

El testimonio de este autor no puede ser mas imparcial, porque cuando el licenciado era consejero se opuso á su pretension de

que se le volviesen los bienes de su madre, y consiguió que le fuese negada. Ibid., lib. 5, cap. 23.

En tiempo del licenciado Castro se fundó la casa de moneda de Lima, año de 1565, y en el siguiente de 1566 se descubrieron las famosas minas de azogue de Huancavelica. (Alcedo, Aviso, p. 72.)

ron notables las que hizo para la minería, redactadas con tal prevision, que no se ofreció en lo sucesivo duda alguna que no estuviese prevenida en ellas. <sup>9</sup> En suma, trabajó tanto y tuvieron tan buen éxito sus esfuerzos, que los vireyes que vinieron despues de él casi no hicieron otra cosa que seguir sus huellas y llevar adelante el acertado sistema que dejó establecido.

Mas por desgracia empañó en gran parte esta gloria, por la crueldad con que trató al desgraciado Inca Tupac Amaru, último vástago de la dinastia real del Perú. Y como este fué uno de los sucesos mas notables del gobierno del virey Toledo; bueno será referirlo con alguna estension.

Luego que salió de las montañas de Wilcabamba el Inca Sayri Tupac, los Peruanos que no quisieron seguirle y prefirieron conservar su independencia, nombraron un nuevo soberano que fué Inti Cusi Titu Yupanqui, aunque otros dicen que para hacer esta eleccion aguardaron la muerte del principe Sayri, ocurrida pocos años despues de su salida, como arriba vimos. Era Inti Cusi hermano de Sayri, y continuó viviendo retraido en las mismas sierras, aunque ya no se guardaba la entrada á ellas con la misma vigilancia que antes.

<sup>9</sup> Trae un extracto de ellas *Regium Peruvicum*, (Madrid, Escalona en su *Gazophilatium* 1675,) lib. 2 parte 2, cap. 1.

Movidos de celo religioso los frailes de la órden de San Agustin quisieron penetrar en aquellas asperezas para difundir el conocimiento de las verdades católicas, y en el año de 1566 despues de vencer muchas dificultades entró en la sierra el P. Fr. Marcos Garcia de la dicha órden. Recibiólo el Inca muy mal á los principios, pero despues admirado de ver su mansedumbre y la santidad de su vida, dió oidos á sus exhortaciones, y al cabo de algun tiempo recibió el bautismo con toda su familia. A ejemplo del soberano abrazaban sus vasallos la fé cristiana, y creciendo el número de los conversos edificó el P. Garcia una iglesia, con grandes esperanza de que pronto lograria convertir toda la provincia.

Mas la conversion del Inca no era sincera, y no tardó en resfriarse el celo con que habia abrazado la nueva religion. Dolíale dejar los vicios á que habia vivido hasta entonces entregado, y sobre todo sentia renunciar el privilegio de la poligamia. De esta manera se fueron estragando insensiblemente sus costumbres, trataba con aspereza al P. Fr. Marcos, y aun llegó á prohibirle que administrase á nadie el bautismo sin permiso suyo. Los Indios, imitando siempre al soberano, mudaron tambien de conducta y apostataron casi todos. El P. Garcia vió muchas veces su vida en peligro; pero en medio de aquella persecucion tuvo el gusto de ver llegar á

otro fraile de su misma órden llamado Fr. Diego Ortiz, y de acuerdo ambos se dedicaron con mas celo que nunca á la obra de la conversion. Pero á poco tiempo el Inca hizo sacar fuera de la provincia al P. Garcia, que se volvió á su convento del Cuzco quedando solo el P. Ortiz en las sierras de Vilcabamba.

Seria largo referir todas las contrariedades y persecuciones que sufrió, porque el Inca acabó por volver públicamente á su antigua religion, sin que lo pudiera evitar Fr. Diego. Sucedió á poco que el Inca enfermó gravemente por haber bebido estando acalorado. Por falta de auxilio no pudo resistir al ataque y sucumbió dentro de breves dias. Atribuyeron los Indios la muerte de su soberano á Fr. Diego, que le habia asistido en su enfermedad, se apoderaron de él y le dieron muerte despues de haberle atormentado largo tiempo de un modo que horroriza. De esta manera acabaron las tentativas para introducir la luz de la fé en las sierras de Vilcabamba; pero el cielo reservaba un castigo bien cruel á los últimos restos de aquella raza desventurada.

Por la muerte de Inti Cusi se ciñó la borla encarnada Tupac Amaru, hermano suyo y tambien de Sayri Tupac. Vivió tranquilamente en sus montes algunos años sin que nadie le molestase, hasta el de 1571 en que el virey Toledo trató de hacerle salir de su retiro, conforme el Mar-

qués de Cañete habia hecho antes con el principe Sayri. Hizole proposiciones de igual naturaleza ofreciendole su amistad y una renta correspondiente á su rango, con tal de que fuese á vivir entre los cristianos; pero el Inca nada quiso admitir y respondió que preferia su independencia á todas las mercedes de los Españoles.

Frustradas las esperanzas de un arreglo amistoso, no faltó quien aconsejara al virey que emplease la fuerza para conseguir su deseo. Decíanle que el monarca español le agradecería mucho el servicio que iba á hacerle en librar aquel nuevo imperio de su último enemigo; ponderábanle la grandeza de los tesoros que el Inca tenia escondidos en sus montañas, y tanto le urgieron que en mala hora cedió el virey á sus instancias. Parece que los Indios refugiados en Vilcabamba solian salir de cuando en cuando de sus guaridas para acometer y despojar á los viajeros que pasaban por las inmediaciones como solian hacerlo en tiempo del Inca Manco, y este fué un nuevo pretesto para la guerra; y no contribuyó poco á dar un color de justicia á la expedicion el haberse dicho que su objeto era castigar la cruel muerte del P. Ortiz y la apostasia de los Indios.

Decidido ya á usar de la fuerza juntó el virey la gente necesaria, que serian doscientos cincuenta hombres, y para evitar que los Indios se

previniesen, hizo correr la voz de que era un refuerzo que iba á enviar á Chile. Dió el mando de la gente á Martin Garcia de Loyola, soldado antiguo y acreditado, cuya primera disposicion fué tomar con alguna tropa dos pasos principales de la sierra para que la presa no se le escapase. Entró luego en las montañas sin tropezar con grandes dificultades, porque desde la salida de Sayri, se habían descuidado los Indios en tomar las precauciones que antes, y tenian hechos los puentes, sin cortaduras ni estorbos en los paos.

Informado el príncipe de la venida de los Españoles no se halló con fuerza para resistirles y emprendió la retirada para el interior de las sierras; pero sus oficiales no perdieron por eso el ánimos y en uno de los pasos mas difíciles opusieron una tenaz resistencia á los Españoles molestándoles mucho con las grandes piedras que rodaban desde las alturas. El paso fué ganado al fin; pero con pérdida de dos ó tres Españoles, y muchos mas heridos.

Siguieron adelante los invasores hasta llegar á un rio que pasaron en balsas; y no es facil calcular cual habria sido la duracion y el éxito de una campaña entre aquellas asperezas desconocidas, si el príncipe no hubiera resuelto entregarse á los Españoles creido de que le tratarian con la misma atencion que á su hermano Sayri.

Hallábase sin delito ninguno, porque no tenia por tal el haber defendido hasta lo último su corona, y juzgaba que los Españoles nada tendrían que castigar en él. Pensaba de esta manera, por que no los conocia: con todo, no debia ignorar la historia de su tio Atahualpa y esto debió bastarle. Pero ya Tupac Amaru no era el Inca Manco y queria mas bien vivir esclavo regaladamente que ser rey en los desiertos.

Muy gozoso Martin de Loyola con semejante presa se apresuró á encaminarse al Cuzco, llevando tambien consigo á la familia del Inca, y á un gran número de Indios y mestizos que encontró con él. Hizo su entrada triunfal en la ciudad y entregó sus prisioneros al virey.

Este habia pasado al Cuzco luego que comenzó la campaña, para estar mas cerca del teatro de la guerra. Dueño ya de la persona del príncipe mandó formarle proceso al instante. Acusáronle de los robos y excesos que cometian sus vasallos saliendo de sus guaridas; pero como esta acusacion no era bastante para que el fiscal pidiese la pena capital, tuvieron cuidado de darle fuerza con el acostumbrado cargo de conspiracion, suponiendo que el Inca se habia confederado con los Indios nobles y los mestizos, hijos de conquistadores ó Indias, para arrojar del pais á los Españoles. Negó con firmeza este cargo el príncipe peruano, diciendo, con mu-

cha razon, que si su padre Manco no pudo vencer con grandes ejércitos á los pocos Españoles encerrados en el Cuzco, seria en él una locura el soñar en semejante conspiracion, quando sus fuerzas eran tan débiles y los extranjeros tan numerosos y arraigados en el pais. De nada le valieron sus descargos, porque su suerte estaba decidida de antemano, y el proceso no tenia mas, dobjeto que salvar las apariencias. Fué, pues, sentenciado á ser decapitado públicamente por traidor en la plaza mayor del Cuzco. Apeló el príncipe de esta sentencia para ante el rey, y pidió que se le enviara desterrado á España; pero no fué oido, ni se le concedió la apelacion. Bien se hubiera estado al virey el haberla concedido.

Apenas se divulgó la sentencia causó en la ciudad una grande sensacion, porque nadie creia que el virey pensara obrar con tal rigor, ni que se atreviera á tomar tan grave determinacion sin permiso del soberano. Las personas principales, los prelados de las religiones y los obispos, se empeñaron en apartar al virey de esta resolucion; pero fueron vanos sus esfuerzos. El obispo de Popayan Fr. Agustin de la Coruña, llegó á pedir de rodillas al virey la vida del príncipe, y tampoco logró ablandarle. Para evitar que le siguiesen molestando, dió orden el virey de que á nadie se permitiera la entrada en su

palacio, y mandó que sin mas dilacion se ejecutase la sentencia.

Los religiosos de diversas órdenes que habian intercedido por el príncipe, viendo que nada podian hacer ya por él en este mundo, quisieron con loable y cristiana caridad hacerle feliz en el otro. Trabajaron con grande empeño en su conversion; el príncipe los escuchaba atentamente y no tardó en pedir el bautismo. Diéronselo inmediatamente, y en él recibió el nombre de Pablo, <sup>10</sup> preparándose desde entonces á morir como cristiano.

El dia señalado para la ejecucion, que fué uno de los del mes de Mayo de 1572, salió el príncipe montado en una mula con las manos atadas á la espalda, y caminó para el suplicio precedido del pregonero que publicaba la sentencia que habia merecido por traidor. Oyendo el príncipe los gritos de aquel hombre, pidió á uno de los religiosos que le acompañaban, que le esplicase lo que decia. El religioso satisfizo su deseo, y entonces el Inca llamó, al pregonero y le dijo; “que no publicase que moria por traidor, porque nunca lo habia sido, sino porque el virey lo habia querido asi.”

10 “Púsose por nombre no go conmigo, sino don Pablo, don Felipe (como otros dicen) porque siendo noble, avia muerto que no an visto como yo la suma to degollado.” Calancha, Crónica de las informaciones que ten- nica. lib. 4. cap. 8.

Llegado al lugar del suplicio subió con paso firme al cadalso. Llenaba la plaza una multitud innumerable de personas de todas clases, y todos los edificios que la rodeaban estaban tambien cubiertos de espectadores. Casi todos eran Indios, y sentian tan gran dolor de ver á su soberano en un patibulo y tan vilipendiada la magestad de los Hijos del Sol, que solo se oian gemidos y clamores. Los sacerdotes que auxiliaban al príncipe le suplicaron que hiciese callar a la multitud, porque era tan grande el ruido que salia de ella, que les impedia el atender á su ministerio. Condescendió el príncipe y una sola seña suya bastó para que como por encanto callasen todos y no se oyese en la plaza el mas ligero rumor. Causó mucha admiracion á los Españoles este suceso, porque les hacia ver el grande respeto que los Peruanos tenian á su monarca, aun despues de destronado y reducido á la triste condicion de un malhechor; y el mismo virey Toledo, que presenciaba ocultamente la ejecucion desde una ventana, manifestó su asombro á los que le acompañaban. Aquella fué, sin embargo, la última vez que los Peruanos manifestaron su obediencia á los preceptos del soberano porque á pocos momentos rodó por el cadalso la cabeza del último de los Incas!

Con la muerte del príncipe no quedó satisfecho el virey, sino que continuó la persecucion

contra los individuos de la familia real y contra los mestizos, hijos de los conquistadores. Algunos sufrieron el tormento para que declarasen la supuesta conspiracion, y todos fueron desterrados del Perú, yendo los mas á las otras colonias de América, y algunos pocos á España. Dentro de un corto número de años todos habian muerto en el destierro, unos de pesadumbre y otros de miseria, extinguiéndose de esta manera la familia real y la nobleza del Perú. <sup>11</sup>

Los nueve años que aun permaneció en el gobierno el virey Toledo, se señalaron con la primera correría que hicieron en las costas del Pacífico los piratas ingleses al mando del famoso Drake, cuyo ejemplo siguieron otros muy pronto. Aquel fué el principio de las piraterías, asaltos y saqueos que hasta los últimos tiempos no cesaron de hacer los ingleses en las posesiones españolas de América, sin hacer distincion entre los tiempos de paz y los de guerra. El virey armó una escuadrilla para perseguir al pirata inglés; pero mientras fueron á aguardarle al estrecho de Magallanes él atravesó el Pacífico, recorrió las islas y costas de Asia y volvió á Eu-

<sup>11</sup> Quedó, sin embargo, una de Marqueses de Oropesa.—Loyola, hijo del príncipe Sayri Tupac, que casó con el mismo Loyola que prendó á su tio Tupac Amaru, y mas adelante obtuvo sus descendientes el título de Marqueses de Oropesa.—Loyola fué nombrado gobernador de Chile pero á poco tiempo le sorprendieron dormido en el campo los Araucanos y le degollaron con todos sus compañeros.

ropa con el fruto de sus rapiñas, dejando burlados á los marinos españoles. Mas felices fueron estos en otras expediciones contra los Ingleses que se ofrecieron por aquel mismo tiempo y que no son de este lugar.

El año de 1581 fué relevado D. Francisco de Toledo por D. Martín Enriquez, que era virey de Méjico. Toledo marchó á España dejando en un estado floreciente las provincias que habia gobernado, y se presentó en la corte pensando recibir la recompensa que merecia por los grandes servicios que habia prestado á su pais. Pero el severo Felipe II le preparaba un recibimiento muy diverso. Apenas desembarcó el virey, el Consejo de Indias mandó embargarle los bienes, acusándole de haber cobrado por sus sueldos mas de lo que debia. Toledo se presentó al rey para reclamar contra esta medida y darle cuenta de su gobierno y del estado en que dejaba la colonia; pero Felipe no quiso oírle, y volviéndole las espaldas le dijo: "Podeis ir os á vuestra casa, porque yo os envié á servir reyes, no á matar reyes," aludiendo á la trágica muerte de Tupac Amaru. Acaso no haremos una injusticia á Felipe II, suponiendo que en su interior se regocijó con la muerte de este desgraciado príncipe, porque al mismo tiempo que aseguraba completamente la sumision de los Peruanos, le libraba

de la obligacion de agradecer y premiar a Toledo los grandes servicios que le habia prestado.

Tan severas palabras en la boca de un Felipe II fueron un rayo para Toledo, quien no pudo resistir este golpe, y á los pocos dias murió de pesar. El juicio de los contemporáneos y el de la posteridad no ha confirmado el de Felipe II; y si bien la muerte del Inca y la persecucion á su familia se consideran como un feo borron de la carrera pública de Toledo, se le mira, con justicia, como el virey mas sábio, mas activo y mas benéfico del Perú.<sup>12</sup>

No entra en el plan de este resumen el referir los sucesos de los gobiernos de sus sucesores. El Perú disfrutó de dos siglos de paz hasta que estalló la terrible sublevacion de los indígenas, en que se derramó la sangre á torrentes. El gobierno español logró sofocarla; pero su poder no alcanzó á impedir que mas adelante el Perú siguiese el ejemplo de las demas colonias americanas, y cortasse los lazos que le unian á la metrópoli.

<sup>12</sup> "Siendo constante, que solo el hecho de la sentencia de aquel Príncipe pudo oscurecer la fama, y opinion de un Gobernador, cuyo zelo, aplicacion, y providencia dexaron las reglas á lo futuro, por donde se ha dirigido la mayor parte de las acertadas operaciones de sus suceseros." Alcedo, Aviso, pág. 94.

del virey Toledo, V. Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 8, cap. 16-20.—Barcia, Prólogo á la 2ª ed. de los Com. Real., (Madrid, 1723.)—Alcedo, Aviso, pp. 82-94.—Herrera, Hist. General del Mundo, (Madrid, 1606,) Parte 2, lib. 9, cap. 13; lib. 10, cap. 1.—Calancha, Crónica, lib. 2, cap. 30; lib. 4, cap. 2-3.

Para lo relativo al gobierno

Fray ANTONIO DE LA CALANCHA, autor citado muchas veces en este *Apéndice*, era natural de la villa de la Plata, en el Perú donde tomó el hábito de San Agustín y ocupó varios empleos de importancia en su religion. Nombráronle luego cronista en ella, y en desempeño de su encargo escribió la *Crónica Moral izada del orden de S Agustín en el Perú con sucesos ejemplares en esta monarquía*, que se imprimió en Barcelona el año de 1638, en un tomo en folio mayor de unas mil páginas. La tituló su autor *primera parte*: pero no sé que se haya publicado nunca la segunda. Comprende la obra desde el primer descubrimiento del Perú hasta fines del siglo XVI, y el principal objeto que en ella se propuso su autor fué probar, aunque sin fundamento, que su religion de San Agustín fué la primera que predicó el Evangelio en el Perú, lo que le valió una acre impugnacion de su paisano el cronista Fray Juan Melendez, que reclamaba esta gloria para su religion de Santo Domingo.

En su *Crónica* no se limitó Calancha á escribir la historia de su orden, sino que tambien refirió todos los acontecimientos que pasaron en el pais desde su descubrimiento; y aunque las mas veces sigue á los autores bastante conocidos que escribieron antes que él, retifica de cuando en cuando algunos errores en aquellos incurron, porque segun parece, su empeño de pro-

bar la prioridad de los Agustinos en la predicacion, le hizo buscar con la mayor diligencia y consultar los documentos oficiales que se guardaban en los archivos. Asi es que se hallan esparcidos en su voluminosa obra algunos datos útiles que es preciso desterrar de entre la multitud de vidas de religiosos, relaciones de milagros y digresiones inoportunas con que llena la mayor parte de su libro. Ofreció una *Crónica* moralizada y por desgracia cumplió con demasiada fidelidad su promesa, porque á cada paso se detiene para sacar consecuencias morales de los sucesos que refiere, comparándolos con otros que se hallan en las historias sagradas ó profanas, y comentándolos bajo todos aspectos. De aqui proviene la desmedida estension que dió á su obra; mas si se desechan todos estos adornos superfluos queda un fondo, corto á la verdad, pero apreciable, de noticias referidas con bastante imparcialidad. Son algo mas abundantes cuanto trata del gobierno del virey Toledo y de la vida de los dos últimos Incas, por la parte tan principal que tuvieron los frailes de su orden en los sucesos de este periodo.

Apesar de los defectos que he apuntado, la obra de Calancha es muy digna de atencion, y es lástima que apenas la hayan consultado los escritores modernos, quienes acaso la habrán despreciado por el título que lleva y por ser obra de

un fraile. Es de aquellos libros que jamás volverán á imprimirse, y los ejemplares, que ya son bastante escasos, irán siendo por consiguiente cada vez mas raros.

D. Dionisio de Alcedo, autor del *Aviso histórico político, geográfico* que he citado varias veces, era padre del D. Antonio de Alcedo tan conocido por su *Diccionario de América*. Fué Presidente de la Audiencia de Quito y desempeñó otros puestos de importancia en las colonias, donde permaneció muchos años, siendo su testimonio muy respetable por todas estas circunstancias. Vuelto á España, el ministro Patiño le pidió un informe sobre la conducta que habian observado los Ingleses en el Perú y demas colonias del Sur, asi como sobre los abusos que cometian á la sombra de los privilegios que obtuvieron para su comercio en el tratado Utrecht. Este fué el motivo que tuvo Alcedo para escribir esta obra, en la que ademas de las noticias que se le pedian intercaló otras muchas bastante curiosas. Está escrita en forma de una historia, por órden cronológico de todos los vireyes del Perú, desde Pizarro hasta el Marqués de VillaGarcía que gobernaba cuando el autor escribió. Su estilo aunque claro es bastante pesado por la desmensurada estension que da á sus periodos, no siendo cosa rara que el lector recorra diez ó doce páginas sin encontrar un punto final.

## RELACION

DE LA

## CONQUISTA DEL PERU,

ESCRITA POR

PEDRO SANCHO,

SECRETARIO DE PIZARRO Y ESCRIBANO DE SU EJÉCIRTO.

PUBLICADA EN ITALIANO POR J. B. LAMUSIO. ®

TRADUCIDA POR PRIMERA VEZ AL CASTELLANO POR J. G. F.

—  
1849.

un fraile. Es de aquellos libros que jamás volverán á imprimirse, y los ejemplares, que ya son bastante escasos, irán siendo por consiguiente cada vez mas raros.

D. Dionisio de Alcedo, autor del *Aviso histórico político, geográfico* que he citado varias veces, era padre del D. Antonio de Alcedo tan conocido por su *Diccionario de América*. Fué Presidente de la Audiencia de Quito y desempeñó otros puestos de importancia en las colonias, donde permaneció muchos años, siendo su testimonio muy respetable por todas estas circunstancias. Vuelto á España, el ministro Patiño le pidió un informe sobre la conducta que habian observado los Ingleses en el Perú y demas colonias del Sur, asi como sobre los abusos que cometian á la sombra de los privilegios que obtuvieron para su comercio en el tratado Utrecht. Este fué el motivo que tuvo Alcedo para escribir esta obra, en la que ademas de las noticias que se le pedian intercaló otras muchas bastante curiosas. Está escrita en forma de una historia, por órden cronológico de todos los vireyes del Perú, desde Pizarro hasta el Marqués de VillaGarcía que gobernaba cuando el autor escribió. Su estilo aunque claro es bastante pesado por la desmensurada estension que da á sus periodos, no siendo cosa rara que el lector recorra diez ó doce páginas sin encontrar un punto final.

## RELACION

DE LA

## CONQUISTA DEL PERU,

ESCRITA POR

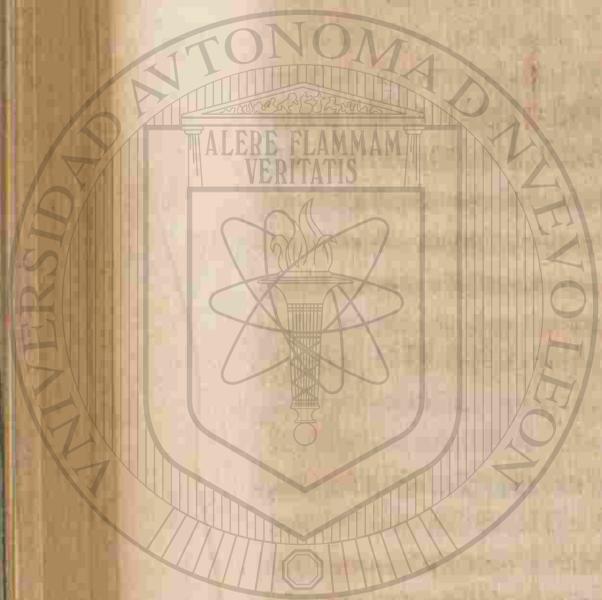
PEDRO SANCHO,

SECRETARIO DE PIZARRO Y ESCRIBANO DE SU EJÉCIRTO.

PUBLICADA EN ITALIANO POR J. B. LAMUSIO. ®

TRADUCIDA POR PRIMERA VEZ AL CASTELLANO POR J. G. F.

1849.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

#### ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Los historiadores del Perú, y entre ellos el Sr. Prescott,<sup>1</sup> se han lamentado muchas veces de que Pizarro no nos haya dejado una relación de sus hechos, escrita por él mismo, á semejanza de las preciosas cartas de Cortés, para que de ese modo pudiéramos saber las razones que tuvo para adoptar ciertas medidas, cuya conveniencia no podemos comprender hoy, porque acaso el transcurso del tiempo y la incuria de los cronistas han hecho que

<sup>1</sup> Tomo I, pág. 410.

caigan en el olvido algunas pequeñas circunstancias, al parecer insignificantes, pero que entonces pudieron influir mucho en las determinaciones de aquel hombre extraordinario.

Por sensible que sea esta falta, es imposible remediarla, y no queda otro arbitrio que tratar de suplirla con los documentos que aun se conservan, escogiendo aquellos que escribieron las personas mas inmediatas á Pizarro, á las que debemos suponer que este descubriría las razones que le inclinaban á tomar un partido, cuando se ofrecia alguna duda grave.

Paréceme por lo mismo, que no hay un documento que se acerque mas á una relacion dictada por el mismo Pizarro, que la que escribió su secretario Pedro Sancho, porque ademas de ser persona de su confianza, como lo demuestra el hecho de haberle dado este empleo, escribió la relacion por orden suya para enviarla al emperador, y segun dice su autor al fin de ella, cuando estuvo concluida la leyó en presencia de Pizarro y de los demas empleados reales, y por haberla hallado muy exacta la firmaron todos. En efecto, al pié de ella se ven las firmas de Pizarro, del tesorero Riquelme y de los otros empleados. Resulta de es-

to, que si bien Pizarro no escribió esta relacion, la aprobó en todas sus partes y la hizo suya con poner, ó mandar poner en ella su firma. Es, pues, á mi juicio, el documento que mejor suple la falta, aunque no la llena, de una historia escrita por el mismo conquistador.<sup>2</sup>

El original español de este precioso documento no existe, ó por lo menos no se ha encontrado hasta ahora. Solo ha llegado á nosotros una traduccion italiana contemporánea, de la cual he sacado la castellana que ahora doy á luz. Dicha traduccion italiana se encuentra en la Coleccion de Viajes publicada en Venecia por Ramusio, á mediados del siglo XVI; y como este libro y su autor son casi desconocidos entre nosotros, no será malo dar algunas noticias sobre ambos, para que salgan del olvido en que tan injustamente yacen.

Juan Bautista Ramusio ó Rannusio, nació en Venecia el año 1485 de una familia ilustre, en que el talento parecia como hereditario. Desde muy jóven comenzó á honrarle

<sup>2</sup> Véase el juicio que formó de esta Relacion el Sr. Prescott, en la pág. 616, tom. I

su patria con diversos cargos públicos, para cuyo desempeño tuvo que dejar su país y viajar por varias naciones de Europa. En premio de sus servicios se le dió el empleo de secretario del consejo de los Diez, que desempeñó poco tiempo por haberlo renunciado. Fué uno de los fundadores de la academia creada por el célebre Aldo Manuzio, para cuidar de las ediciones de los autores clásicos que producian sus prensas, y que aun hoy se miran con tanta estimacion. De esta manera pasó su vida entregado á sus tareas literarias, hasta que falleció en Padua el 10 de Julio de 1557, de edad de 72 años.<sup>3</sup> Poseia varios idiomas, era muy instruido en la geografia y en la historia, y tenia todas las cualidades necesarias para poder formar una buena coleccion de viajes.<sup>4</sup> Mas no satisfecho con esto, entró en correspondencia con todas las personas que pudieran serle útiles para su empresa,

3 Tiraboschi, Storia della Letteratura Italiana, (Roma, 1782-5,) tom. VI. Parte 1, lib. 1, cap. 3, §. 23; tom. VII. Parte 1, lib. 1 cap. 6, §. 6.—Daru, Hist. de Venise. (Paris, 1821,) tom. VI p. 265.

4 Roscoe le cuenta entre los literatos mas célebres de su si-

glo, (Vie et pontificat de León X. trad. fr. (Paris, 1813,) tom. III. p. 319,) y Fontanini coloca su coleccion en el catálogo de las mejores obras escritas en lengua italiana. (Della Eloquenza Italiana, (Venezia, 1727,) p. 208.)

y señaladamente con el cronista Gonzalo Fernandez de Oviedo, quien le franqueó sus manuscritos y le proporcionó los de otros escritores.

El resultado de los trabajos de Ramusio fué la coleccion que corre con su nombre, y forma tres gruesos volúmenes en folio, adornados de figuras y mapas grabados en madera. El primer tomo se imprimió en Venecia en casa de los Juntas el año de 1550; y desde ese año hasta el de 1613 no cesaron los mismos impresores de hacer ediciones, de cada tomo por separado, siendo hasta seis las que se conocen del primer volumen.<sup>5</sup> Los bibliógrafos hacen distincion entre estas diversas ediciones, atribuyendo á unas mas mérito que á otras; pero la diferencia consiste, á lo que entiendo, en el mayor ó menor número de piezas que comprenden los tomos, y no en la pureza y correccion del testo.

Apesar de su antigüedad, la coleccion de Ramusio es mirada hasta hoy con grande aprecio por los literatos. "Es una coleccion pre-

5 Segun Ternaux, solo son cinco; (Bibliothèque Américaine, Tiraboschi y Pinelo, y de cuya existencia no tengo duda.

ciosa," dice un escritor francés miembro del instituto, "poco alabada por los libreros, poco buscada por los aficionados á libros bonitos, porque no está adornada de estampas, sino tan solo de grabados en madera, que nada tienen de agradable; apesar de eso, los sábios la estiman, y todavía hoy lo consideran los geógrafos como una de las colecciones de mas importancia." <sup>6</sup> Ramusio se proponia publicar el cuarto tomo, segun él mismo lo dice, <sup>7</sup> y tenia ya concluido y entregado en la imprenta el manuscrito original de él; pero desgraciadamente se incendió la imprenta de los Juntos en el mes de Noviembre de 1557 y pereció el manuscrito. Ramusio habia ya muerto y la coleccion quedó reducida á tres volúmenes.

Los dos primeros se componen en su mayor te de relaciones de viajes á las regiones orientales, y aunque muy interesantes, no quiero detenerme á dar razon de ellos por no alargar demasiado esta advertencia, y solo diré dos palabras acerca del tomo tercero, com-

<sup>6</sup> A. G. Camus, Mémoire sur la Collection des Grands et Petits Voyages, (Paris, 1802,) p. 7.

<sup>7</sup> Discorso sopra il discopri-

mento et conquista del Peru, en el tomo III, fol. 371, C, lin. ult. (ed. de 1556.)

puesto todo de documentos relativos al Nuevo Mundo.

En él se encuentran la primera parte de la Historia de las Indias de Gonzalo de Oviedo, las cartas de Cortés, las de Pedro de Alvarado y Diego de Godoy, la Relacion de la conquista de México, llamada comunmente *El Conquistador Anónimo*, <sup>8</sup> las de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Nuño de Guzman, Francisco de Ulloa, Francisco Vazquez Coronado, Fernando de Alarcon y otras: la Relacion de Pedro Sancho, que ahora publico, otra anónima de la conquista del Perú, la de Francisco de Jerez, y otros documentos igualmente interesantes. De ellos tenemos muchos en castellano; pero hay otros que solo han llegado á nosotros gracias á la traduccion italiana de Ramusio, sin la cual se hubieran perdido enteramente.

Respecto á Pedro Sancho, autor de la relacion que sigue, no he hallado de él otra noticia fuera de las que dá él mismo, es decir, que era secretario de Pizarro y escribano del ejér-

<sup>8</sup> Me propongo publicar y no existir tampoco su original pronto esta relacion traducida al español.

castellano, por ser muy curiosa

cito. Por el contesto de su relacion se deduce que antes habia enviado otras á la corte; pero no sé que exista mas que la presente. La traduccion de ella no ha dejado de ofrecer algunas dificultades, no tanto por lo anticuado del estilo y las erratas del impresor, que no faltan, quanto por las muchas frases sin sentido alguno que se encuentran, lo que puede provenir de descuido del traductor, ó de incorreccion en los MSS. que sirvieron de original.<sup>9</sup> En tales casos se ha suplido la falta lo mejor que se ha podido, ya intercalando alguna palabra de letra *cursiva*, ó ya aclarando el pasage oscuro por medio de notas, en cuyo trabajo me ha sido de mucho provecho el auxilio que el Sr. Lic. D. Bernardo Couto ha tenido la bondad de prestarme. Acaso no estará por demas advertir, que la division en párrafos y los títulos de estos, es todo obra del traductor, segun se colige de varios antecedentes.

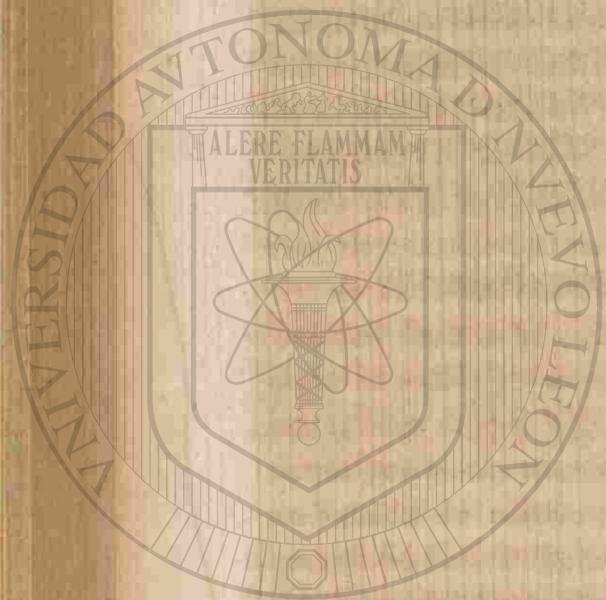
Lo poco conocido de la coleccion en que se encuentra esta pieza, el estar escrita en

<sup>9</sup> "Il che si è fatto nel miglior modo, ch'è stato possibile," dice Ramusio hablando de sus

traducciones, le copie incorrettissime." Discorso sopra il terzo volume, fol. 4. pl. 1. Ex. 20.

una lengua estraña, y el mérito que en sí tiene, me indujeron á volverla á su lengua primitiva, aprovechando esta oportunidad que se presentaba para su publicacion. Al traducirla he procurado imitar en lo posible el estilo de los escritores de aquel siglo, para dar á la traduccion el aire de antigüedad que hoy tendria el original de Pedro Sancho, si hubiese llegado hasta nosotros.

México, Diciembre 31 de 1849.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## RELACION.

De lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla, y de la calidad de la tierra, después que el capitán Hernando Pizarro se partió y llevó á Su Magestad la relación de la victoria de Caxamalca y de la prisión del Cacique Atabalipa. <sup>1</sup>

§. I.

[De la gran cantidad de plata y oro que se trajo del Cuzco, y de la parte que se envió á S. M. el emperador por el quinto real: de como fué declarado libre el Cacique preso Atabalipa de la promesa que les habia hecho de la casa llena de oro por rescate: y de la traición que el dicho Atabalipa meditaba contra los Españoles por la cual le hicieron morir.]

<sup>1</sup> El título de la traducción italiana, dice al pie de la letra: *Relazione per sua Maesta di quel che nel conquisto & pacificatione di queste provincie della nuova Castiglia è successo, & della qualità del paese dopo che il Capitano Fernando Pizarro si parti* & ritorno à sua Maesta. *Il rapporto del conquistamento di Caxamalca & la prigione del Cacique Atabalipa.* Del contesto de la relación se deduce que hay error en la puntuacion de este título, y que debe traducirse conforme se leé arriba.

Partido que hubo el capitán Hernando Pizarro con los cien mil pesos de oro y cinco mil marcos de plata que se mandaron á Su Magestad por su real quinto, de allí á diez ó doce días llegaron los dos Españoles que traían el oro del Cuzco y al punto se fundió una parte de él porque eran piezas pequeñas y muy finas, y montó á la suma<sup>2</sup> de quinientas y tantas planchas de oro arrancadas de unas paredes de la casa del Cuzco, y las planchas mas pequeñas pesaban cuatro ó cinco libras cada una y otras chapas de diez ó doce libras, con las cuales estaban cubiertas todas las paredes de aquel templo: trajeron tambien un asiento de oro muy fino labrado en figura de escabel que pesó diez y ocho mil pesos. Trajeron asimismo una fuente toda de oro, muy sutilmente labrada que era muy de ver, así por el artificio de su trabajo como por la figura con que era hecha, y la ce muchas otras piezas de vasos, ollas y platos que asimismo trajeron. De todo este oro se juntó una cantidad que subió á dos millones y medio, que reducido á oro fino vino á ser un millón trescientos veinte y tantos mil pesos, de lo que se sacó el quinto para S. M. que fueron doscientos sesenta y tantos mil pesos. De plata se hallaron cincuenta mil marcos, de los cuales tocaron á S. M. diez mil; y se entregaron al tesorero de S. M. los ciento y sesenta mil pesos y cinco mil marcos de plata, porque, como se ha dicho, los cien mil<sup>3</sup> pesos restantes y los cinco mil marcos de plata los llevó Hernando Pizarro para ayuda de los gastos que Su Magestad Cesarea hacia en la guerra

<sup>2</sup> Así el original; pero se nota que falta aquí algo para completar el sentido.

contra los Turcos enemigos de nuestra Santa Fé, según se decía. Todo el resto fué dividido entre los soldados y compañeros del Gobernador el cual dió á cada uno según lo que en su conciencia y en justicia pensaba que merecía considerando los trabajos que habia pasado y la calidad de la persona, todo lo cual hizo con suma diligencia y con la mayor preteza posible, para partirse de aquel lugar é irse á la ciudad de Xauxa. Y porque entre aquellos soldados habia algunos que eran viejos y ya mas propios para el descanso que para la fatiga y que en aquella guerra habian trabajado y servido mucho, les dió licencia para que se volviesen á España, con cuya humanidad lograba que volviendo estos diesen mejor testimonio de la grandeza y riqueza de la tierra, de manera que acudiese gente bastante para que se poblase y acreciese; porque en verdad siendo la tierra grande y llena de naturales, los Españoles que en ella habia entonces eran pocos para conquistarla, mantenerla poblarla; y aunque habian hecho y obrado grandes cosas en la conquista de ella, fué mas bien por la ayuda de Dios que en todo lugar y ocasion les dió victoria, que por fuerzas y medios que tuviesen para lograrla; con cuyo auxilio contaban les sostendria en lo de adelante.

Hecha aquella fundacion, el Gobernador mandó que el notario estendiera una escritura, en la cual daba por libre al cacique Atabalipa y le absolvía de la promesa y palabra que habia dado á los Españoles que lo prendieron de la casa de oro que les habia otorgado; la cual es-

<sup>3</sup> El original (que así llamaré á la traduccion italiana) *cinque mila*; pero se erra en manifiesto.

critura hizo pregonar publicamente á son de trompetas en la plaza de aquella ciudad de Caxamalca, notificándola tambien al dicho Atabalipa por medio de una lengua; <sup>4</sup> y asimismo declaró en el propio pregon, que por que convenia al servicio de S. M. y á la seguridad de la tierra, queria mantenerlo preso con buena guarda, hasta tanto que llegaran mas Españoles con que se asegurase mejor; pues estando libre y siendo él tan gran señor y teniendo tanta gente de guerra, y que todos le temian y obedecian, preso como se hallaba, aunque estaba á trescientas leguas, no podia menos de hacerlo así para quitarse de toda sospecha; tanto mas que muchas veces se habia tenido por cosa cierta, que habia mandado juntar gente de guerra para acometer á los Españoles: la cual, como luego se dirá, la habia juntado y puesto en órden con sus capitanes, y solo se dilataba el efecto por la falta de su persona y de su general Chilichuchima, que estaba asimismo preso. Pasados algunos dias, ya que los Españoles estaban á punto de partirse para embarcarse y volver á España, y el Gobernador alistaba la demas gente para salir de Xauxa, Dios Nuestro Señor que con su infinita bondad guia y encamina las cosas para que todo sea en mayor servicio suyo, como será, habiendo en esta tierra Españoles que la habiten, y hagan venir en conocimiento *del verdadero Dios* á los naturales de la dicha tierra, para que Nuestro Señor sea siempre alabado y conocido de estos bárbaros y ensalzada su Santa Fé, permitió que se descubriese y trastornase el mal propósito que tenia este soberbio tirano en satisfaccion de

4 Intérprete.

las muchas buenas obras y buen tratamiento que siempre del gobernador y de cada uno de los Españoles de su compañía habia recibido; cuya recompensa, segun su intento, habia de ser de la suerte y manera que solia darla á los caciques y señores de la tierra, mandándolos matar sin culpa ni causa ninguna. Pues sucedió que volviéndose á España nuestros soldados licenciados, viendo él que se llevaban consigo el oro sacándolo de su tierra, considerando que poco ha era tan gran señor que tenia todas aquellas provincias con sus riquezas sin contradiccion alguna, y sin considerar las justas causas por las cuales le habian despojado de ellas, habia dado órden que cierta gente que por mandato suyo se habia juntado en la tierra de Quito, viniera á acometer á los Españoles que estaban en Caxamalca una noche á una hora concertada, por cinco partes, asaltándolos en sus cuarteles y prendiendo fuego por todas partes donde pudiesen. Andaban en aquel tiempo fuera de Caxamalca treinta Españoles y mas que eran idos á la ciudad de San Miguel para embarcar el oro de S. M., y creyendo que por ser estos asimismo pocos les podria matar con facilidad antes que pudiesen juntarse con los de Caxamalca, <sup>5</sup> de lo cual se hubo larga informacion de muchos caciques y de sus mismos principales, que todos sin temor, tormentos ni amenazas, voluntariamente dijeron y confesaron esta conjuracion; cómo venian á la tierra cincuenta mil hombres de Quito y muchos Caribes, y que en todos los confines de aquella provincia habia gente armada en gran número; que por no hallarse mantenimientos para toda

5 Parece que falta aquí algo.

asi junta, se habia dividido en tres ó quatro partes, y que todavia esparcidos de esta manera eran tantos, que no hallando con que sustentarse cogian su maiz verde y lo secaban para que no les faltasen vituallas. Sabido todo esto, y siendo y para todos cosa pública y clara que en sus ejércitos decian que venian para matar á todos los cristianos; viendo el gobernador en cuánto peligro estaba el gobierno y todos los Españoles; para poner remedio en ello aunque le dolia mucho venir á tal término. vista sin embargo, la informacion y proceso hecho, habiendo junta do á los oficiales de S. M., y á los capitanes de su compañía, y á un Doctor que entonces estaba en este ejército, y al padre Fray Vicente de Valverde, religioso de la orden de Santo Domingo enviado por el Emperador nuestro Señor para la conversion y doctrina de las gentes de estos reinos; después de haberse disputado y discurrido mucho sobre el daño ó provecho que podria seguirse de la vida ó muerte de Atabalipa, se resolvió que se hiciese justicia dél: y porque asi lo pidieron los oficiales de S. M. y el doctor juzgó ser bastante la informacion, fué al cabo sacado de la prision en que estaba y á son de trompeta que publicase su traicion y alevosia, fué llevado al medio de la plaza de la ciudad y atado á un palo, mientras el religioso lo iba consolando y enseñándole por medio de una lengua las cosas de nuestra fé Cristiana, diciéndole que Dios habia querido que fuese muerto por los pecados que habia cometido en el mundo, y que debia arrepentirse de ellos, y que Dios le perdonaria si lo hacia asi y se bautizaba al punto. Movido él de estas razones pidió el bautismo y se lo dió al instante aquel reverendo padre, que le ayudó mucho con esta exhorta-

cion; de tal manera que aunque estaba sentenciado á ser quemado vivo, se le dió una vuelta al cuello con un cordel <sup>6</sup> y de este modo fué ahogado: mas cuando vió que se lo ponian para matarle, dijo que recomendaba al Gobernador sus hijos pequeños, que los tomase consigo; y con estas postreras palabras y diciendo por su ánima los Españoles que le rodeaban el credo, fué de pronto ahogado. Dios lo tenga en su santa gloria, pues murió arrepentido de sus culpas y con la verdadera fé de cristiano. Después de haber sido ahogado de esta manera, en cumplimiento de la sentencia se le arrimó fuego de modo que se le quemara alguna parte de la ropa y de la carne. Aquella noche (porque murió ya tarde) quedó su cuerpo en la plaza para que todos supieran su muerte, y á otro dia mandó el Gobernador que todos los Españoles asistieran á su entierro, y con la cruz y demas religioso aparato fué llevado á la iglesia y enterrado con tanta solemnidad como si hubiera sido el primer Español de nuestro campo. De lo cual todos los principales señores y caciques que lo servian recibieron gran contento, considerando la grande honra que se le hacia, y por saber que por haberse hecho cristiano no fué quemado vivo, y que fué enterrado en la iglesia como si fuera Español.

## §. II.

[Eligen por señor del estado de Atabalipa á su hermano Atabalipa, <sup>7</sup> en cuya coronacion se guardaron las ceremonias, segun la usanza de los caciques de aquellas provincias. Del vasallaje y obe-

<sup>6</sup> Se gli diede una storta col mangano al collo.

<sup>7</sup> Este Atabalipa de que aqui se habla parece ser Topárcos.

diciencia que ofrecieron Atabalipa y otros muchos caciques al Emperador.

Hecho esto mandó el gobernador que al punto se juntasen en la plaza mayor de aquella ciudad todos los caciques y señores principales que vivian entonces en ella en compañía del señor muerto, que eran muchos y de lejanas tierras, para darles otro señor que los gobernara en nombre de S. M. por estar acostumbrado hacia largo tiempo á dar siempre obediencia y tributo á un solo señor, que de no ser así resultaría gran confusión, por que cada uno se alzara con su señoría, y costara gran trabajo traerlos á la amistad de los Españoles y al servicio de S. M.: por esto, y por otras muchas razones los hizo juntar el Gobernador, y hallándose entre ellos un hijo de Gucunacaba <sup>8</sup> llamado Atabalipa hermano de Atabalipa, á quien tocaba por derecho el reino, dijo á todos que ya veian como Atabalipa habia muerto por la traición que habia concertado contra él, y puesto que todos habian quedado sin señor que les gobernase y á quien obedecer, él queria darles un señor que contentara á todos y que este era Atabalipa que tenian allí presente, al cual pertenecia legitimamente aquel reino, como hijo de aquel Gucunacaba á quien tanto habian amado. Que era persona jóven que les trataria con mucho amor, y tenia harta prudencia para gobernar aquella tierra; que sin embargo mirasen si le querian por señor, que se los daria, y que de no, ellos nombrasen otro, que con tal de que fuese capaz, él se los daria *por señor*. Ellos respondieron, que pues Atabalipa era muerto, obedecerian á Atabalipa

<sup>8</sup> Huayna Capac.

ó á cualquier otro que les diese, y así se dispuso que á otro dia se le prestase obediencia de la manera acostumbrada. Venido el dia siguiente se juntaron de nuevo todos delante de la puerta del gobernador, donde se puso el cacique en su asiento y cerca de él todos los demas señores y principales, cada uno por su orden; y hechas las ceremonias debidas, cada uno vino á ofrecerle un plumage blanco en señal de vasallage y de tributo, que esta es costumbre antigua entre ellos desde que esta tierra fué conquistada por estos Cuzcos. <sup>9</sup> Hecho esto cantaron y bailaron haciendo una gran fiesta, en la cual el nuevo cacique rey no se vistió ninguna ropa de precio, ni se puso borla en la frente como solia traerla el señor muerto. Y preguntándole el gobernador porqué hacia esto, dijo que era costumbre de sus antepasados cuando tomaban posesion del señorío, hacer due'lo por el cacique muerto y pasaban tres dias ayunando encerrados en una casa, y despues salian fuera con mucha honra y solemnidad y hacian gran fiesta, por lo qual él queria hacer lo mismo y estarse dos dias ayunando. El Gobernador le respondió, que pues era costumbre antigua la guardase, y que luego le diria muchas cosas que el Emperador nuestro señor le mandaba que le dijera á él y á todos los señores de aquellas provincias; y luego se puso el cacique á su ayuno en un lugar apartado del consorcio de los demas, que era una casa que le habian aparejado para este efecto desde el dia que le fué notificado por el Gobernador, la que estaba cerca de su alojamiento; de lo

<sup>9</sup> Cuzcos llama Pedro San- secretario Xerez y otros escrito- cho á los Incas. y lo mismo el res antiguos.

cual quedaron muy maravillados el dicho Gobernador y los demas Españoles, viendo como en tan breve espacio habian hecho una casa tan grande y buena. En ella se estuvo encerrado y retraido, sin que nadie le viera ni entrara á aquel lugar, salvo los criados que le servian y le llevaban la comida, ó el Gobernador cuando le quería mandar alguna cosa. Acabado el ayuno salió fuera ricamente vestido y acompañado de mucha gente, caciques y principales que lo guardaban, y adornados todos los lugares donde habia de asentarse con cogines de gran precio y puestos bajo de los piés paños de corte. Se asentó junto á él Calichuchima, el gran capitán de Atabalipá que le conquistó esta tierra, como se cuenta en la relación hecha de las cosas de Caxamalca<sup>10</sup> y junto de él el capitán Tice, uno de los principales, y de la otra parte ciertos hermanos del señor, y seguian de uno y otro lado, otros caciques y capitanes y gobernadores de provincias y otros señores de grandes tierras, y finalmente, no se asentó aquí ninguna persona que no fuese de calidad; y comieron todos juntos en el suelo, que no usan otra mesa, y despues de haber comido, dijo el cacique queria dar la obediencia en nombre de S. M. como la habian dado sus principales. El Gobernador le dijo que hiciera como le parecia y luego le ofreció un plumaje blanco que sus caciques le habian dado, diciéndole que se lo presentaba en muestra de obediencia. El Gobernador lo abrazó con mucho amor y lo recibió, diciéndole que cuando quisiera le diria las cosas que tenia que decirle en nom-

10 Por esto se advierte que el secretario Sancho tenia enviadas otras relaciones á España.

bre del Emperador, y quedó concertado entre los dos que se juntarian otra vez para este efecto el dia siguiente. Llegado se presentó en la junta el Gobernador vestido lo mejor que pudo con ropa de seda, acompañado de los oficiales de S. M. y de algunos hidalgos de su compañía, que asistieron bien vestidos para mayor solemnidad de esta ceremonia de amistad y paz, y á su lado hizo poner el alferez con el estandarte real. Luego el Gobernador fué preguntando á cada uno por su orden cómo se llamaba y de qué tierra era señor, y mandó que lo fuese notando su secretario y escribano, y serrian hasta cincuenta caciques y señores principales. Encarándose despues con todos ellos les dijo que el emperador D. Carlos nuestro señor de quien eran criados y vasallos los Españoles que estaban en su compañía, le habia enviado á aquella tierra para darles á entender y predicarles cómo un solo Señor Criador del cielo y de la tierra, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, los habia criado y les daba la vida y el ser, y hacia nacer los frutos de la tierra con que se sustentaban, y á este fin les enseñara lo que habian de hacer y de guardar para salvarse; y cómo por mano de este nuestro señor Dios todopoderoso y de sus vicarios que dejó en la tierra, porque él subió al cielo donde ahora habita y será glorificado eternamente, fueron dadas aquellas privincias al Emperador para que se hiciera cargo de ellas, el cual le mandaba para que los doctrinase en la fe cristiana y los pusiera bajo su obediencia; y que todo lo tenia por escrito á fin de que lo escuchasen y cumpliesen, lo cual les hizo leer y declarar palabra por palabra por medio de un intérprete. Luego les preguntó

si lo habian entendido bien y respondieron que sí, y que pues les habia dado por señor á Atabalipa ellos harian todo lo que les ordenara en nombre de S. M., teniendo por señor supremo al Emperador, y despues al Gobernador y despues á Atabalipa, para hacer cuanto les mandara en su nombre. Luego al punto tomó el Gobernador en las manos el estandarte real el cual levantó en alto tres veces, y les dijo que como vasallos la Magestad Cesarea debian hacer ellos lo mismo, y al punto lo tomó el cacique y despues los capitanes y los otros principales y cada uno lo alzó en alto dos veces: luego fueron á abrazar al Gobernador, el cual los recibió con mucha alegría por ver su pronta voluntad y con cuanto contento habian oido las cosas de Dios y de nuestra religion. El Gobernador quiso que de todo esto se pusiese testimonio por escrito, y acabado, el cacique y los principales hicieron grandes fiestas, de manera que todos los dias habia holgorio y regocijo en juegos y convites que de ordinario se hacian en la casa del Gobernador.

## §. III.

Trayendo una nueva colonia de Españoles para poblar en Xauxa tienen nueva de la muerte de Guaritico <sup>11</sup> hermano de Atabalipa. Despues que pasaron la tierra de Guaniachucho, Adamalch, <sup>12</sup> Guaignia, <sup>13</sup> Puerto Nevado, y capo Tambo, <sup>14</sup> entienden que en Tarma les aguardan para acometerles muchos Indios de guerra,

<sup>11</sup> Este Guaritico solo puede ser Huascar Inca hermano mayor de Atahualpa, aunque no le convienen algunas cosas que Sancho refiere de Guaritico.

<sup>12</sup> Andamarca.

<sup>13</sup> Huaylas,

<sup>14</sup> Cajatambo.

por lo cual echan prisiones á Calichuchima, y siguiendo intrépidos su viaje van á Cachamarca <sup>15</sup> donde hallan mucho oro.]

En este tiempo acabó de repartir entre los Españoles de su compañía el oro y la plata que se hubo en aquella casa, y Atabalipa dió el oro de los quintos reales al tesoro de S. M. el cual hizo cargar para llevarlo á la ciudad de Xauxa donde pensaba fundar colonia de Españoles por las noticias que tenia de las buenas provincias comarcanas y de las muchas ciudades que habia todo al rededor de ella. Hizo asimismo poner en orden los Españoles y proveerles de armas y otras cosas para la jornada, y venido el tiempo de la partida les dió naturales que les llevasen su oro y sus cargas. Antes de partirse habiendo entendido la poca gente que habia en la ciudad de San Miguel para poder mantenerse en ella, sacó de los Españoles que habia de llevar consigo diez soldados de á caballo con un capitan, persona de mucho recaudo, al cual mandó que se fuese para aquella ciudad y se mantuviera en ella hasta que llegasen navios con gente que la pudiera guardar, y que luego se volviese á Xauxa donde él iba á asentar un pueblo de Españoles, y fundir el oro que llevaba, prometiendo que les daria todo el oro que entonces les tocara con tanta puntualidad como si se hallaran presentes, porque su vuelta era muy necesaria, siendo aquella la primera ciudad donde se habia de poblar y dejar colonia de Españoles por la Magestad Cesárea, y la principal porque en ella se habian de recoger y recibir los navios que viniesen de España para aquella tierra.

<sup>15</sup> Cajamarquilla (?).

De esta manera se partieron con la instruccion que el Gobernador les dió de lo que habian de hacer en la pacificación de la gente de la comarca. El Gobernador se partió asimismo despues un lunes por la mañana, y en aquel dia caminó tres leguas y fué á dormir á orillas de un rio, donde le llegó la nueva de que un hermano del cacique Atabalipa llamado Guaritico y hermano asimismo de Atabalipa, habia sido muerto por unos capitanes de Atabalipa por orden suya. Este Guaritico era persona muy principal y amigo de los Españoles, el que habia sido mandado por el Gobernador desde Caxamalca para aderezar los puentes y malos pasos del camino. El cacique mostró sentir gran pesadumbre por su muerte, y el Gobernador lo sintió mucho porque lo quería, por ser muy útil á los cristianos. A otro dia se partió el Gobernador de aquel lugar, y por sus jornadas llegó á la tierra de Guamachucho, diez y ocho leguas de Caxamalca, y habiéndose reposado allí dos dias se partió para Caxamalcha nueve leguas adelante, á donde llegó en tres dias y descansó cuatro para que la gente reposara y recogiese bastimento para pasar á Guaiglia, veinte leguas de allí. Partido de este pueblo llegó en tres dias al Puerto de Nevado el que pasó y á otro dia de mañana llegó á una jornada de Guaiglia, y mandó el gobernador un capitan suyo, que fué el Mariscal D. Diego de Almagro, con gente de á caballo para que tomase un puente á dos leguas de Guaiglia, cuyo puente era fabricado de la manera que luego se dirá. Este capitan tomó el puente junto con un monte fuerte que dominaba aquella tierra. El Gobernador no tardó en llegar al puente con el resto de los suyos, y habiéndolo pasado partió á otro dia de mañana, que fué domingo, para Guaiglia,

y llegados, oyeron luego misa y despues entró en ciertos aposentos buenos; y reposado allí ocho dias, se partió con la gente, y á otro dia pasó otro puente de criznejas que estaba sobre el dicho rio, el cual pasa por un valle muy deleitable. Caminaron treinta leguas hasta donde el capitan Hernando Pizarro llegó cuando fué á Pachacamac, segun se mandó larga relacion á S. M. de todolo que hizo en este viaje hasta Pachacamac y de allí á la ciudad de Xauxa y en la vuelta á Caxamalca cuando trajo consigo al capitan Chilichuchima y de otras cosas que aquí no se relatan. El Gobernador enderezó su camino, y por sus jornadas llegó á la tierra de Caxatambo. De allí se partió sin hacer mas que pedir algunos Indios para que cargasen el oro de S. M. y de los soldados, usando siempre de grande vigilancia en saber y tener noticia de las cosas que sucedian en la tierra; y con buen concierto en la gente siempre con vanguardia y retaguardia como hasta allí habia hecho, temiendo que el capitan Chilichuchima que traia consigo le tramase alguna traición por la sospecha que habia tenido, mucho mas que en Caxatambo ni en diez leguas adelante habia encontrado gente alguna, ni menos se encontró en una parada que se hizo en un pueblo ra cinco leguas mas allá, porque toda se habia huido sin que pareciese alma viviente. Llegado allí vino un Indio criado de un Español, que era de aquella tierra de Pambó, distante de aquí diez leguas y veinte de la ciudad de Xauxa, del cual se entendió que se habia juntado mucha gente de guerra en Xauxa para matar á los cristianos que venian: y que traian por capitanes á Incoraliba, Iguaparro, Mortay y otro capitan, todos cuatro personas principales y que tenian mucha gente consigo,

añadiendo ademas que en un pueblo cinco leguas de Xauxa llamado Tarma se habia puesto una parte de esta gente á guardar un mal paso que habia en un monte, para cortarlo y romperlo de manera que los Españoles no lo pudiesen pasar. Informado de esto el gobernador mandó echar prisiones al capitan Chilichuchima, porque se decia por cosa cierta, que por consejo y mandato suyo se habia movido aquella gente, pensando él huírseles á los cristianos é ir á juntarse con ella: de cuyos tratos no era sabedor el cacique Atabalipa, y por esto no dejaban estas gentes que ningun Indio pasara á la parte del cacique para que no le pudiera dar noticia de estos tratos. La causa porque se habian rebelado y querian guerra con los cristianos, era porque veian la tierra ganada por los Españoles y querian gobernarla ellos. <sup>16</sup>

El Gobernador antes de partirse de aquel lugar envió un capitan con gente de á caballo para que tomase un puerto nevado que estaba á tres leguas y fuera á pasar la noche en unos campos cerca de Pombo y así lo hizo que pasó el puerto con mucha nieve, pero sin encontrar tropiezo alguno, y asimismo lo pasó el Gobernador sin oposicion, salvo la incomodidad de la nieve que les cayó muy impetuosa. Pasaron todos la noche en aquel campo sin todo ningun, sobre la nieve, sin tener provision de

<sup>16</sup> El original: *La causa perché si erano ribellati, . . . era per vedere conquistato quel paese da Spagnuoli, & volevo comandargli.*

Si el *gli* se toma como pronombre y se refiere á *Spagnuoli* no es facil explicar esta frase. Pero *gli* se usaba tambien antiguamente como adverbio de lu-

gar por *ivi, là, &c.* como se advierte en este verso de Poliziano, (que murió á fines del siglo XV.) citado por Barberi.

<sup>1</sup> *Nou s' accorge che amor gli è deuto armato.*

<sup>2</sup> Tomando, pues, el *gli* como adverbio, aqui y en otros lugares de esta relacion, desaparece la oscuridad de las frases en que se halla.

leña ni de vitualla. Llegados á la tierra de Pombo proveyó y mandó el Gobernador que los soldados se alojasen con el mejor orden y recaudo que se pudiera, porque tenia nueva de que los enemigos se aumentaban á cada momento, y se tenia por cierto que aqui vendrian á embestir á los Españoles, y por eso hizo aumentar las rondas y centinelas espiano siempre los pasos de los enemigos. Despues de haberse reposado alli otro dia de ciertos enviados que el cacique Atabalipa habia mandado para saber lo que pasaba en Xauxa, vino uno que dijo como la gente de guerra estaba cinco leguas de Xauxa camino del Cuzco, y venia á quemar el pueblo y todos los edificios de el, para que los cristianos no hallaran donde hospedarse y que luego querian irse la vuelta del Cuzco á juntarse con un capitan que se llamaba Quizquiz, que estaba allí con mucha gente de guerra, que habia venido de Quito por mandado de Atabalipa para seguridad de la tierra. Sabido esto por el Gobernador hizo aparejar sesenta y cinco caballos ligeros, y con veinte peones que guardaban á Chilichuchima, sin estorbo de bagajes, se partió para Xauxa, dejando allí al tesorero con la otra gente guardando la cola del campo y el oro de S. M. y de la compañía. El dia que se partió de Pombo caminó unas siete leguas y se fué á quedar en un pueblo que se dice Cacamarca y aqui se encontraron setenta mil pesos de oro en piezas ricas, para cuya guardia dejó el Gobernador dos cristianos de á caballo, para que cuando la retaguardia llegara lo condujese bien guardado: luego á la mañana se partió con su gente en buen orden habida nueva de que á tres leguas de allí estaban cuatro mil hombres; y en la marcha iban siempre por delante tres ó

cuatro caballos ligeros para que encontrándose con algun espia de los enemigos lo tomasen para que no diera aviso de su venida. A hora del mediodia llegaron a aquel mal paso de Tarma donde decian que habia gente guardandolo para defenderlo, el cual mostraba ser tan dificultoso que parecia imposible poder subirlo, porque habia un mal paso de piedra para bajar al arroyo donde tenian que apearse todos los que iban á caballo, y despues era preciso que subiesen á lo alto por una cuesta, y por la mayor parte era monte empinado y dificil que duraba como una legua, la cual se pasó sin que parecieran los Indios que se decia estaban armados. Y á la tarde, pasada la hora de visperas, llegó el Gobernador, con su gente á aquel pueblo de Tarma, que por ser en mal sitio y tenerse nueva de que habian de venir á ella Indios para sorprender á los Cristianos, no quiso detenerse mas tiempo que el necesario para dar de comer á los caballos y reponerlos de la hambre y fatiga pasada, para salir presto de aquel lugar que no tenia otra parte llana sino la plaza y estaba en una pequeña ladera cercado de montañas todo al rededor por espacio de una legua. Por ser ya noche asentó aquí su campo estando siempre alerta con los caballos ensillados, y la gente sin comer, y finalmente sin refrigerio alguno, porque no tenian ni leña, ni agua, ni traian consigo sus toldos para poder abrigarse, que fué causa de que casi murieran todos de frio porque llovió mucho á prima noche, y despues nevó de tal manera que las armas y ropas que traian puestas se mojaron todas. Mas cada uno se remedió lo mejor que pudo, y asi se pasó aquella mala y trabajosa noche hasta que amaneció, y entonces mandó que subieran á caballo para llegar tem-

piano á Xauxa que estaba cuatro leguas de allí, y andadas las dos, el Gobernador repartió los sesenta y cinco caballos entre tres capitanes dando quince á cada uno, y tomando consigo los otros veinte con los veinte peones que guardaban á Chilichuchima. En este orden caminaron hasta Porsi, una legua de Xauxa, habiendo ordenado á cada capitan lo que debia hacer, y todos se detuvieron en un pueblo pequeño que encontraron. Luego marcharon todos con buen concierto y dieron vista á la ciudad, y en una cuesta se pararon todos á un cuarto de legua.

## §. IV.

Llegan á la ciudad de Xauxa: quedan algunos guardando aquel lugar y otros van contra el ejército de los enemigos, con los cuales pelean, alcanzan victoria y se vuelven á Xauxa. No se quedan allí mucho tiempo, sino que van algunos la vuelta del Cuzco para pelear con el grueso del ejército enemigo; pero no les sale bien el intento y se vuelven á Xauxa.

Los naturales salieron todos fuera al camino para ver á los cristianos, celebrando mucho su venida, porque con ella pensaban que saldrian de la esclavitud en que les tenía aquella gente extranjera. En este sitio quisieron esperar que entrase más el día, pero viendo que no parecia ninguna gente de guerra, comenzaron á caminar para entrar en la ciudad, y al bajar aquella pequeña cuesta, vieron venir corriendo á gran furia un Indio con una lanza enhiesta, y llegado á ellos, se halló ser un criado de los cristianos, el que dijo que su amo lo enviaba á que les hiciera saber que debian darse prisa porque los enemigos estaban en la ciudad, y que dos cristianos de á

caballo se habian adelantado á los demas, y habian entrado á ver los edificios que habia en ella, y yendo registrándola, vieron unos veinte Indios que salian de ciertas casas con sus lanzas y otras armas, llamando á los otros para que salieran y vinieran á juntarse con ellos. Los dos cristianos viéndolos juntarse, sin hacer caso de sus gritos ni clamores dieron sobre ellos y mataron algunos, y pusieron en huida á otros, los cuales se fueron luego á juntar con los otros que habian venido á su socorro y formaron un monton como de doscientos, á los que de nuevo acometieron los Españoles en una calle angosta y los rompieron, haciéndolos retroceder hasta la orilla de un gran rio que pasa por aquella ciudad, y entonces uno de estos Españoles habia enviado el Indio que he dicho con la lanza enhiesta en señal de que habia en la ciudad enemigos armados. Oido esto arrimaron los Españoles las espuelas á sus caballos y sin detenerse llegaron á la ciudad y entraron dentro; y encontrados sus compañeros ellos les contaron lo que les habia sucedido con aquellos Indios, y corriendo los capitanes para aquella parte adonde se habian retraido los enemigos, llegaron á la orilla del rio que estaba entonces muy crecido, y desde la orilla vieron de la otra banda á un cuarto de legua los escuadrones de los enemigos. Pues pasado el rio con no pequeño trabajo y riesgo, se fueron para ellos. El Gobernador se quedó guardando la ciudad porque asimismo se decia que dentro habia enemigos escondidos. Visto por los Indios que los cristianos habian pasado el rio comenzaron a retirarse, hechos dos escuadrones. Y uno de los capitanes españoles con sus quince caballos lijeros aguijó por una cuesta del collado donde estaban para ga-

narlo, de modo que no se pudieran retraer y hacerse fuertes allí, y los otros dos capitanes se fueron por derecho la vuelta de ellos, por junto al rio y los alcanzaron en una sementera de maiz, donde los rompieron y pusieron en derrota, cogiéndolos á todos, que de seiscientos que eran no se escaparían arriba de veinte ó treinta, que tomaron el monte antes que llegara el capitan con los otros quince, y así se salvaron. Los mas de ellos se recogian hácia el agua pensando salvarse en ella, pero los caballos lijeros pasaban el rio casi á nado tras de ellos y no dejaban uno á vida, salvo algunos pocos que se les habian escondido en el alcance despues que fueron desbaratados. Corrieron luego la tierra hasta una legua mas abajo, sin hallar Indio ninguno. Pues vueltos se reposaron ellos y sus caballos, que bien lo necesitaban, porque con la larga jornada hecha antes, y con haber corrido aquellas dos leguas estaban harto estropeados. Sabida la verdad de qué gente fuese aquella, se halló que los cuatro capitanes y la gente estaban asentados á seis leguas de Xauxa, rio abajo, y que el propio día habian enviado aquellos seiscientos hombres para acabar de quemar la ciudad de Xauxa, habiendo quemado ya la otra mitad hacia ya siete ú ocho días, y entonces quemaron un edificio grande que estaba en la plaza y otras cosas (*cose*) á vista de la gente de la ciudad con muchas ropas y maiz, para que los Españoles no lo aprovecharan. Quedaron los vecinos tan enemistados con ellos que si algun Indio de estos se metia adentro y se escondia, lo mostraban á los cristianos para que lo matasen, y ellos propios ayudaban á matarlos, y aun los habrian matado con sus propias manos, si los cristianos se lo permitieran

Informados, pues, los capitanes del lugar donde se hallaban estos enemigos y del camino, del cual habían andado parte, determinaron no encerrarse en Xauxa sino pasar adelante y dar en el grueso de gente que estaba á cuatro leguas, antes que tuviesen nueva de su venida. Con este intento mandaron que se pusiesen á punto los soldados; pero no tuvo efecto su propósito porque hallaron los caballos tan cansados que tomaron por mejor partido el volver atras, como lo hicieron. Llegados á Xauxa refirieron al Gobernador lo sucedido, de lo que hubo mucho contento, y los recibió con mucha alegría agradeciéndoles á todos el que se hubieran portado tan valerosamente. Y les dijo que de todos modos entendia que se fuese á acometer el campo de los enemigos, porque aunque fuesen avisados de la victoria estaba cierto que los esperarían. Al punto mandó á su maese de campo que los aposentase y les dijese que descansáran lo que les quedaba de día, y la noche hasta que saliera la luna, y que entonces se pusiesen á punto para ir á dar sobre los enemigos. Para aquella hora estuvieron en órden cincuenta caballos ligeros, que al toque de la trompeta se presentaron armados con sus caballos en el aposento del Gobernador, el que los despachó muy luego y siguieron su camino. Quedaron en la ciudad con él quince caballos con los veinte peones que hacían la guardia toda la noche con los caballos ensillados, hasta que volvió el capitán de aquella salida que fué de allí á cinco días. Contó al Gobernador todo lo que habia sucedido desde que de él se partió, diciendo que la noche que salió de Xauxa caminó unas cuatro leguas antes que amaneciera, con mucha diligencia para dar en el campo de los ene-

migos antes que fuesen avisados de su venida; y que estando ya cerca vieron al amanecer una grande humareda<sup>17</sup> en el lugar donde estaban aposentados, que serían dos leguas adelante; y así aguijó con los suyos á gran furia pensando que los enemigos avisados de su venida se le huían, y quemaban los aposentos que habia en un pueblo; y así era porque se huían despues de prender fuego á aquella misera poblacion. Llegados los Españoles á aquel lugar siguieron la huella de la gente por un valle muy llano, y segun que los iban alcanzando topaban, porque venían mas despacio con muchas mugeres, y muchachos en la retaguardia, y dejándose los atras para alcanzar á los hombres corrieron mas de cuatro leguas, y alcanzaron algunos escuadrones de ellos. Como una parte de ellos vió á los Castellanos desde algo lejos, tuvieron tiempo de tomar un monte y se salvaron en él, y otros, que fueron pocos, fueron muertos, quedando en poder de los cristianos (que por tener los caballos cansados no quisieron subir al monte) muchos despojos suyos, y mugeres y muchachos. Y como ya era llegada la noche volvieron á dormir á una aldea que dejaron atras, y al día siguiente determinaron estos Españoles seguir su camino la vuelta de Cuzco tras de los Indios para tomarles ciertos puentes de red y no dejarlos pasar; pero por falta de pasturas para sus caballos se vieron obligados á volverse atras, con gran disgusto del Gobernador porque á lo menos no habian seguido hasta quitarles aquellos puentes y no dejarlos pasar la vuelta del Cuzco, porque

17 El original, *un gran fú* segun se advierte por el contexto me: pero es errata de imprenta, y debe leerse *fumo*.

siendo gente forastera se temia que hicieran gran daño en los vecinos de aquellos lugares.

## §. V.

Nombran nuevos oficiales en la ciudad de Xauxa para fundar poblacion de Españoles, y habiendo tenido nueva de la muerte de Atabalipa, con mucha prudencia y arte para mantenerse en gracia de los Indios, tratan de nombrar nuevo señor.

Y por esta causa, llegadas que fueron las cargas y la retaguardia que habia dejado en Pombo, echó bando de que por quanto tenia determinado fundar en aquella ciudad poblacion de españoles en nombre de S. M., los que que quisieran avecindarse allí podian hacerlo; pero no hubo ningun Español que quisiera quedarse, diciendo que mientras estuviere fuera la gente de guerra con las armas en la mano por aquella tierra, no estarian los naturales de la provincia al servicio y sujecion de los Españoles y obediencia de S. M. Visto esto por el Gobernador determinó no perder por entonces el tiempo en aquel negocio, sino ir contra los enemigos la vuelta del Cuzco, para echarlos de aquella provincia y desbaratarlos del todo. En el intermedio, para poner orden en las cosas de aquella ciudad, fundó el pueblo á nombre de S. M. y creó oficiales para la justicia de él<sup>18</sup> que fueron ochenta, y los cuarenta de ellos fueron cuarenta caballos lijeros que dejó allí de guarnicion con el tesorero para que guardase tambien el oro de S. M., dejándolo por su lugar teniente, y para que en todo fuese cabeza y

<sup>18</sup> Parece que faltan aquí algunas palabras, como *y de sus vecinos*, ú otras equivalentes.

tuviera el mando y suma del gobierno. En estas cosas vino á morir el cacique Atabalipa de su enfermedad, de lo que hubo mucho pesar el Gobernador y con él todos los demas Españoles, porque cierto era muy prudente y tenia mucho amor á los Españoles. Se dijo públicamente que el capitan Calichuchima le dió con que muriera porque deseaba que la tierra quedara por la gente de Quito y no por la natural del Cuzco ni por los Españoles, y si aquel cacique viviera no hubiera podido lograr lo que deseaba. Al punto hizo llamar el Gobernador al capitan Calichuchima y á Tizas y á un hermano del cacique y á otros capitanes principales y caciques que eran venidos de Caxamalca, á los cuales dijo, que debian saber bien que él les habia dado por señor á Atabalipa, y que siendo muerto, ellos debian pensar á quien querian por señor, que él se los daría. Hubo entre ellos gran diferencia sobre esto, porque Calichuchima queria que fuese señor el hijo de Atabalipa Aticoc, y hermano del cacique muerto, y otros señores que no eran de la tierra de Quito querian que el señor fuera natural del Cuzco, y proponian un hermano carnal de Atabalipa. El Gobernador dijo á los que querian por señor al hermano de Atabalipa que lo mandaran llamar, y que cuando viniera si hallaba que era sujeto de valer, lo nombraria, y con esta respuesta se acabó aquella junta. Y habiendo llamado de parte del Gobernador al capitan Calichuchima le dijo estas palabras: "Ya tu sabes que amaba yo mucho á tu señor Atabalipa, y hubiera querido que pues murió y dejó hijo, este fuera señor; y que tú ya que eres hombre prudente hubieras sido su capitan hasta tanto que estuviera en edad de gobernar sus seño-

rios; y por esto deseo tanto que se le mande llamar presto, porque por amor de su padre lo amo mucho y á tí asimismo. Pero junto con esto ya que todos estos caciques que están aquí son tus amigos y tienes mucha influencia en los soldados de su nacion, será bien que les mandes mensajeros para que vengan de paz, porque no quisiera encruelcerme contra ellos y matarlos como ves que lo voy haciendo, cuando deseo que las cosas de estas provincias estén quietas y pacificas." Este capitán tenía gran deseo, como se ha dicho que el hijo de Atabalipa fuera señor, y conociéndolo el Gobernador le dijo con arte estas palabras, y le dió esta esperanza: no porque tuviera ánimo de hacerlo <sup>19</sup> sino para que entre tanto que aquel hijo de Atabalipa venia para este efecto, hiciera que aquellos capitanes de guerra que habian tomado las armas vinieran de paz. Se acordó asimismo que él dijese á Aticoc y á los otros señores de la provincia del Cuzco, que les daria por señor al que ellos quisiesen; porque era menester que así se gobernara en el estado que estaban las cosas para estar bien con todos. A Calichuchima trataba de dar palabras para que hiciera venir las gentes que estaban en el Cuzco con las armas, á dejarlas, porque no hiciesen daño en las gentes del pais, y á los del Cuzco para que fueran amigos verdaderos de los cristianos y les dieran aviso de lo que trataban los enemigos y de todo lo que se hacia en la tierra; y por

19 Es digna de admiracion la candidez ó descaro con que el secretario Sancho confiesa y aun elogia la mala fe de Pizarro en varios lugares de su relacion. la cual escribia por orden de Pizarro y para que este la revisara, firmara y enviara al rey.

esta causa y otras decia esto el Gobernador con mucha prudencia. Chilichuchima á lo que mostró, recibió tanto contento de estas palabras, como si lo hubieran hecho señor de todo el mundo, y respondió que haria todo lo que mandaba y que holgaria mucho de que los caciques y soldados vinieran de paz, <sup>20</sup> y que despacharia mensajeros á Quito para que el hijo de Atabalipa viniera; pero que temia que lo estorbaran dos grandes capitanes que estaban con él, que no lo dejarían venir; que no obstante eso mandaria tal persona con la embajada que pensaba que todos se conformarian con su voluntad. Y luego añadió: "Señor, pues quieres que yo haga venir estos caciques, quitame de encima esta cadena porque viéndome con ella no querrán obedecerme." El Gobernador para que no sospechara que fuese fingido lo que le habia dicho, le dijo que era contento de hacerlo, pero con la condicion de que habia de ponerle guardia de cristianos hasta que hiciera venir de paz aquellos soldados que estaba de guerra y viniera <sup>21</sup> el hijo de Atabalipa. El quedó satisfecho con esto y así fué suelto, y el Gobernador le puso una buena guardia, por ser aquel capitán la llave para tener la tierra pacífica y sujeta. Tomada esta providencia y ordenada la gente que habia de ir con el Gobernador la vuelta del Cuzco, que eran cien caballos y treinta peones,

20 El original: *che haurello dato rame che i Capitani & soldati fossero venuti alla pace.* El significado de la voz *rame* es oscuro: como á veces significa dinero, de donde viene la frase vulgar, *questo sa di rame*, para indicar que una cosa es cara, me pareció que podia adoptarse la interpretacion que le doy, aunque no me deja satisfecho.

21 El original, *reduto*, pero me parece errata por *venuto*.

mandó á un capitán que con sesenta de á caballo y algunos peones fuera por delante para reponer los puentes que estuvieran quemados, y el Gobernador se quedó mientras á dar orden en muchas cosas convenientes á la ciudad y á la república que habia de dejar ya como fundada, y para esperar la respuesta de dos cristianos que habia mandado á la costa para ver los puertos y poner cruces en ellos, por si alguno viniera á reconocer la tierra.

## §. VI.

Descripcion de los puentes que los Indios acostumbran hacer para pasar los rios; y de la trabajosa jornada que tuvieron los Españoles en la ida al Cuzco, y de la llegada á Panarai yá Tarcoo, ciudad de los Indios.

Se partió este capitán el juéves con los que habian de seguirle, y el Gobernador con la demas gente, y Chilichuchima y su guardia el lúnes siguiente: de mañana estuvieron todos á punto de armas y de todas las cosas necesarias, por ser largo el viaje que habian de hacer y quedarse todas las cargas en Xauxa, por no ser conveniente llevarla consigo en esta jornada. Caminó el Gobernador dos dias por un valle abajo, á la orilla del rio de Xauxa que era muy deleitable y poblada de muchos lugares, y al tercer dia llegó á un puente de redes que está sobre el dicho rio, el cual habian quemado los soldados indios despues que hubieron pasado; pero ya el capitán que habia ido por delante habia hecho que los naturales lo repusieran. Y en las partes en que hacen estos puentes de redes, donde los rios son crecidos, por estar poblada la tierra adentro lejos del mar, casi no

hay Indio alguno que sepa nadar, y por esta causa aunque los rios sean pequeños y se puedan vadear, no obstante les echan puentes, de este modo; que si las dos orillas del rio son pedregosas levantan en ellas una pared grande de piedra y despues ponen cuatro bejucos (*stanghe*) que atraviesan el rio, gruesos de dos palmos ó poco menos, y en el medio figura á manera de zarzo entretejen mimbres verdes gruesos como dos dedos bien tejidos, de suerte que unos no queden mas flojos que otros, atados en buena forma, y sobre estos ponen ramas atravesadas de modo que no se ve el agua y de esta manera es el piso del puente. Y de la mismo suerte tejen una barandilla en el bordo del puente con estos mismos mimbres, para que nadie pueda caer en el agua de lo cual no hay á la verdad ningun peligro bien que al que no es práctico parece cosa peligrosa el haberlo de pasar, porque siendo el trecho grande se dobla el puente cuando pasa uno por él, que siempre va uno bajando hasta el medio, y desde allí subiendo, hasta que acabe de pasar á la otra orilla, y cuando se pasa tiembla muy fuerte, de manera que al que no está á ello acostumbrado se le va la cabeza. Hacen de ordinario dos puentes juntos, porque dicen que por el uno pasan los señores, y por el otro la gente comun. Tienen en ellos sus guardas, y el cacique señor de toda la tierra las tiene allí de continuo, para que si alguno le hurtara oro ó plata ú otra cosa, á él ó á otro señor de la tierra no lo pudiera pasar; y los que guardan estos puentes tienen cerca sus casas y de continuo tienen á mano mimbres y zarzos y cuerdas para componer los puentes cuando se van estropeando y hacerlos de nuevo si menester fuera. Pues las guardas que estaban

en este puente cuando pasaron los Indios que lo quemaron escondieron los materiales que tenían para reponerlo, porque de otra manera lo hubieran asimismo quemado, y por esta razón lo hicieron en tan poco espacio para que pasaran los Españoles. Los caballos españoles y el Gobernador pasaron por el uno de estos puentes, aunque por estar fresco y no bien ordenado tuvieron mucho trabajo, porque por haber pasado por allí el capitán que iba adelante con los sesenta caballos se habían hecho muchos agujeros, y estaba medio desbaratado. Todavía pasaron los caballos sin que peligrase ninguno, aunque casi todos cayeron porque se movía el puente y temblaba todo, pero como se ha dicho estaba el puente hecho de manera que aunque doblasen los cuatro pies no podían caer abajo al agua. Pasados que fueron todos, el Gobernador acompañó en unas arboledas que había allí por donde pasaban muchos hermosos arroyos de agua hermosa y limpia. Prosiguieron después su viaje andando dos leguas por la orilla de aquel río por un valle estrecho, que tenía montañas altísimas de uno y otro lado, y en partes tiene este valle por donde pasa el río tan poco espacio, que hay tanto camino entre el pie del monte y el río como un tiro de piedra, y en otros lugares por la cuesta de la montaña poco más. Pasadas dos leguas de este valle se encontró otro puente pequeño sobre otro río por el que pasó toda la gente de á pie, y los caballos lo vadearon, tanto por estar el puente maltratado como por estar el agua baja en aquel tiempo. Pasado el río se comenzó á subir una montaña asperísima y larga, toda hecha de escalones de piedra muy menudos. Aquí bajaron tanto los caballos que cuando acabaron de subir-

la se habían desherrado la mayor parte, y tenían gastados los cascos de los cuatro pies. Subida aquella montaña que duraría hasta media legua, andando en la tarde otro pedazo por una cuesta, llegó el Gobernador con esta gente á una aldea, que habían saqueado y quemado los Indios enemigos, y por eso no se halló en ella gente ni maíz, ni otro mantenimiento, y el agua estaba muy lejos porque los Indios habían roto las cañerías que venían á la ciudad, que fué un gran mal, y de mucha incomodidad para los Españoles, porque por haber aquel día hallado el camino áspero, trabajoso y largo tenían necesidad de buen alojamiento. Se partió de aquí el Gobernador otro día, y fué á dormir á otro pueblo, que aunque era muy grande y bueno, y lleno de muchos aposentos, se halló en él tan poco refrigerio como en el pasado: y este pueblo se llama Panará. Se maravilló mucho el Gobernador con los Españoles de no hallar aquí ni mantenimientos ni cosa alguna, porque siendo este lugar de un señor de los que habían estado con Atabalipa y con el señor muerto en compañía de los cristianos, había venido de continuo en compañía suya hasta Xauxa, y dijo que quería adelantarse para aparejar en esta tierra suya vituallas y otras cosas necesarias para los Españoles, y no hallándose aquí ni él ni su gente se tuvo por cierto que la comarca estaba alzada, y no habiéndose tenido carta ninguna del capitán que iba por delante con los sesenta de á caballo, salvo una en la que hacía saber que andaba tras de los Indios enemigos, se temía que los contrarios le hubiesen tomado algun paso, de manera que no pudiera venir ningún mensajero suyo. Los Españoles buscaron tanto que hallaron algun maíz y ove-

jas, con lo que pasaron aquella noche, y al otro dia á buena hora se partieron y llegaron á un pueblo llamado Tarcos, donde se encontró al cacique señor de la tierra con alguna gente, el cual dió aviso del dia que habian pasado por allí los cristianos y que caminaban á pelear con los enemigos que tenian asentados sus reales en una poblacion vecina. Recibieron todos grande placer con esta noticia, y con haber hallado buena acogida en aquel lugar, porque el cacique habia hecho traer á la plaza una buena cantidad de maíz, leña, ovejas y otras cosas de que tenian gran necesidad los Españoles.

## §. VII.

Prosiguiendo su viaje tienen aviso enviado por los cuarenta caballeros Españoles, del estado del ejército Indio, con el cual victoriosamente habian combatido.

A otro dia, que fué sabado dia de Todos los Santos, el fraile que estaba con esta compañía, dijo misa por la mañana, segun es costumbre decirla en semejante dia, y despues se partieron todos y caminaron hasta llegar á un rio caudaloso tres leguas adelante siempre bajando de la montaña con bajada áspera y larga. Este rio tenia asimismo un puente de red que por estar roto fué preciso vadear el rio, y despues se subió otra montaña muy grande, que mirándola de alto á bajo parecia cosa imposible que los pájaros pudieran llegar volando por el aire, cuanto menos subirla por la tierra hombres de á caballo; pero se les hizo menos pesado el camino porque se iba subiendo en caracol y no derecho; bien que la mayor parte eran escalones grandes de piedra que fatigaban

mucho á los caballos y se les gastaban y lastimaban los cascots, aunque los llevaban por la brida. De este modo se subió una legua larga, y se anduvo otra por una ladera de camino mas fácil, y á la tarde llegó el Gobernador con los Españoles á una poblacion corta, de la que estaba quemada una parte, y en la otra parte que habia quedado sana se aposentaron los Españoles, y á la tarde llegaron dos correos Indios enviados por el capitan que iba adelante. Los cuales trajeron por cartas noticias al Gobernador, como era llegado con gran diligencia á la tierra de Parcos, la que habia dejado atrás, porque habiendo tenido aviso que estaban aqui los capitanes con toda la gente enemiga, no los encontró allí, y tuvo nueva cierta de que se habian retirado á Bilcas, y por lo tanto caminó adelante con su gente hasta llegar cinco leguas de Bilcas donde esperó la noche, y marchó en secreto para no ser sentido de ciertas espías que estaban puestas á una legua de Bilcas. Y habida nueva que los enemigos estaban dentro de un pueblo sin tener noticia alguna de su venida, se alegró mucho el capitan, y subida una montaña donde estaba aquel lugar, harto difícil, al amanecer entró dentro y encontró aposentada alguna gente con poco recaudo. Los caballos españoles comenzaron á dar sobre ella por las plazas hasta tanto que entre muertos y huidos no quedó persona alguna, porque habia pocos soldados Indios que se habian retirado á una montaña aparte del camino, los cuales luego que aclaró el dia y vieron á los Españoles, se juntaron en escuadrones viniendo contra ellos diciéndoles, *Ingres*, el cual nombre tienen ellos por muy afrentoso, siendo esta una gente despreciable que vive en las tierras calientes de la costa del mar, y por

ser aquella provincia region fria é ir los Españoles vestidos y cubiertas sus carnes, les llamaban ellos Ingres, amenazándolos con que los harian sus esclavos por ser pocos, que no llegaban á cuarenta, y desafiándolos les decian que bajaran allá abajo á donde ellos estaban. El capitan aunque conocia que estaba en mal lugar para pelear con los caballos, de que poco se podian valer los Españoles, no obstante para que los enemigos no pensaran que el no pelear era por falta de ánimo, tomó consigo treinta caballos y dejando los otros en guarda del pueblo bajó abajo contra ellos por una espesura<sup>22</sup> del monte y una cuesta muy penosa. Los enemigos lo aguardaron animosamente y en el choque mataron un caballo, hiriendo otros dos, pero al fin siendo todos desbaratados huyeron unos por una parte y otros por otra del monte, camino muy áspero por donde los caballos no pudieran seguirlos ni hacerles daño. En esto se vino á juntar con ellos un capitan que se habia huido del pueblo, que habiendo sabido de ellos que habian muerto un caballo y herido dos, dijo, "volvamos atrás y peleemos con estos hasta que no quede uno á vida, que son pocos," y al punto se revolviéron todos con mas ánimo y mayor impetu que antes, y en esto se trabó una reñida batalla mayor que la primera. Al cabo huyeron los Indios y los caballos los siguieron por todas partes del monte mientras que pudieron. En estos dos encuentros quedaron muertos mas de seiscientos hombres y se cree que tambien murió Maila, el uno de los capitanes, porque todos los Indios lo dijeron, y los

<sup>22</sup> El original *serrata*, que tambien puede traducirse *angostura*.

de su parte cuando mataron el caballo le cortaron la cola y puesta en una lanza la llevaban por delante á guisa de estandarte. Les hizo asimismo saber que pensaba reposar aquí tres días por consideracion á los cristianos y caballos heridos, y despues partirian para tomarles antes de todo un puente de redes que habia allí cerca, para que los enemigos fugitivos no lo pasaran y fueran á juntarse con Quizquiz en el Cuzco y con la guarnicion de gente que tenia, la cual se decia que esperaba á los Españoles en un mal paso cerca del Cuzco; pero que aun cuando fuese mucho mas malo, esperaban en Dios que segun el lugar en que habian tenido aquella batalla, tierra tan áspera y pedregosa, no se podrían defender de ellos *los Indios* en ninguna otra parte por difícil y trabajosa que fuese, ni ofender á los Españoles en ningun mal paso; y que salido de aquí y pasado el puente que está á tres leguas del Cuzco, allí esperaría al Gobernador como le habia informado, y que tuviera entendido que con Indios lijeros le daría aviso de cuanto le aconteciera.

#### §. VIII.

Despues de varias incomodidades sufridas en el viaje, habiendo pasado las ciudades de Bilcas y de Andabaila, antes de llegar á Airamba tenen cartas de los Españoles por las cuales le mandan un socorro de treinta caballeros.

Habiendo recibido esta carta el Gobernador y todos los Españoles que con él estaban, hubieron infinito contento de la victoria que habia alcanzado el capitan, y al instante la mandó junta con otra á la ciudad de Xauxa al tesorero y á los Españoles que se habian quedado allí,

para que participaran con ellos del contento por la victoria del capitán. Y asimismo mandó correos al capitán y á los Españoles que estaban con él agradeciéndoles mucho la victoria que habían alcanzado, rogándoles y aconsejándoles que en estas cosas se gobernasen mas bien por la prudencia que por la confianza en su fuerza, y que de todas maneras le esperara pasado el último puente, para que después entrasen todos juntos en la ciudad del Cuzco. Hecho esto partió el Gobernador al día siguiente que fué de camino áspero y fatigoso, de montañas pedregosas y subidas y bajadas, de escalones de piedra, que todos creyeron que con dificultad podrian sacar de ellas los caballos, considerando el camino andado y por andar. Fueron á dormir aquella noche á un pueblo que estaba de la otra parte del río, el que tenia asimismo un puente de red: los caballos pasaron por el agua y la gente de á pié con los criados de los cristianos por el puente. El día siguiente tuvieron buen camino junto al río donde encontraron muchas salvaginas, ciervos y gamuzas, y aquel día llegaron á hospedarse en ciertos aposentos cercanos á Bilcas, donde el capitán que iba por delante había hecho *alto* para caminar por la noche y entrar en Bilcas sin ser sentido como entró, y aquí se recibió otra carta suya, donde decia que había partido de Bilcas hacia dos días, y era llegado á un río cuatro leguas adelante, el que había vadeado por estar quemado el puente, y aquí había entendido que el capitán Narabaliba andaba huyendo con unos veinte Indios y que se había encontrado con dos mil Indios que le había mandado de socorro el capitán del Cuzco, los cuales como supieron la derrota de Bilcas se volvieron huyendo con él, tratando de ir á jun-

tarse con las reliquias esparcidas de los que huían, esperándolos en una población llamada [Andabaila, y que él estaba resuelto á no detenerse hasta encontrarse con ellos. Entendidas estas nuevas por el Gobernador pensó mandarle socorro, pero luego no lo hizo porque consideró que si se había de dar la batalla ya estaria dada, y no llegaria á tiempo, y mas bien determinó no detenerse ni un solo día hasta que lo alcanzara, y de este modo se partió para Bilcas donde entró el día siguiente temprano, y por aquel día no quiso andar mas adelante. Está puesta esta ciudad de Bilcas en un monte alto, y es gran pueblo y cabeza de provincia. Tiene una hermosa y gentil fortaleza: hay muchas casas de piedra muy bien labradas y está á medio camino de Xauxa al Cuzco. A otro día fué el Gobernador á dormir de la otra parte del río á cuatro leguas de Bilcas, y aunque fué la jornada corta fué no obstante trabajosa, que todo fué bajar por una montaña, casi toda de escalones de piedra y la gente vadeó el río con mucha fatiga porque iba muy crecido, y asentó su campo de la otra banda entre unas arboledas. Apenas era llegado aquí el Gobernador cuando recibió una carta del capitán que iba á la descubierta, en la que le daba á entender que los enemigos habían pasado cinco leguas adelante y esperaban en la falda de un monte en una tierra llamada Curamba, y que allí había mucha gente junta y habían hecho muchos reparos y puesto gran cantidad de piedras para que los Españoles no pudiesen subir. El Gobernador entendido esto, aunque el capitán no le pedía socorro creyendo que lo necesitaria ahora, hizo al punto que se alistase el Mariscal D. Diego de Almagro con treinta caballos ligeros bien en orden de

armas y caballos, y no quiso que llevara consigo peon alguno, porque le mandó que no se detuviera para nada hasta que alcanzara al capitán que iba delante con los otros, y habiendo partido partió asimismo el Gobernador, al día siguiente con diez de á caballo y *los veinte* peones que guardaban á Chilichuchima y apretó tanto el paso aquel día que de dos jornadas hizo una. Ya que estaba para llegar al pueblo donde había de dormir llamado Andabaila, vino un Indio huyendo á decir que en cierta subida del monte que señaló con el dedo se había descubierto gente de guerra enemiga, por lo que el Gobernador así armado como estaba á caballo con los Españoles que tenía consigo, fué á tomar lo alto de aquella cuesta y la registró toda sin hallar la gente que el Indio había dicho, porque aquella era gente natural de la tierra que venía huyendo de los Indios de Quito, porque le hacían grandísimo daño. Llegado el Gobernador y la compañía á aquel pueblo de Andabaila cenaron y reposaron aquella noche; y á otro día llegaron al pueblo de Airamba donde había escrito el capitán que estaba junta la gente armada para esperarlos en el camino.

## §. IX.

Llegados á un pueblo encuentran mucha plata en tablas de veinte piés de largo. Prosiguiendo su viaje tienen cartas de los Españoles del reñido y adverso combate que habían sostenido contra el ejército de los Indios.

Aquí se hallaron dos caballos muertos de donde se hubo sospecha que al capitán le hubiese sucedido alguna desgracia; pero entrados en el pueblo, por una carta que

llegó antes de que se aposentaran, se supo como el capitán había encontrado aquí gente de guerra y que por ganar la montaña había subido una cuesta donde había encontrado gran cantidad de piedra junta, señal de que quisieron aguardar aquí, y que andaban en busca de los Indios porque tenían noticia de que no estaban muy lejos y que los dos caballos eran muertos de tanto calentarse y resfriarse. No escribió cosa alguna del socorro que le había mandado el Gobernador, por lo que se consideró que no le habría llegado todavía. Se partió de aquí á otro día el Gobernador y fué á dormir á un río cuyo puente habían quemado los enemigos, de manera que fué preciso vadearlo con mucha fatiga, porque la corriente era crecida y el fondo del río muy pedregoso. Otro día fué á dormir á una villa en cuyos aposentos se encontró mucha plata en tablones grandes de veinte piés de largo, uno de ancho y de un dedo ó dos de grueso; y contaron los Indios que aquí estaban, que aquellos tablones fueron de un gran cacique, y que uno de los señores del Cuzco los ganó y se los llevó así en tablas, con las que el cacique vencido había hecho una casa. El día siguiente partió el Gobernador para pasar el puente del último río que era casi tres leguas de allí. Antes que llegara á aquel río, vino un mensajero con una carta del capitán, en la que avisaba como era llegado á aquel último río con mucha diligencia para que los enemigos no tuvieran lugar de quemar el puente; pero al tiempo que llegó lo habían acabado de quemar, y por ser ya tarde no quiso pasar el río aquel mismo día, sino que se fué á quedar en una aldea que estaba al par de él. Á otro día pasó el agua que daba al pecho de los caba-

llos y siguió su camino derecho al Cuzco que estaba de allí doce leguas; y como en el camino fué informado que en una montaña inmediata se habían hecho fuertes todos los enemigos esperando que al día siguiente viniera Quizquiz en su ayuda con refuerzo de gente que tenía en el Cuzco para juntarse con ellos, por esta causa había aguijado con gran presteza con cincuenta caballos, por que los diez los había dejado guardando las cargas y cierto oro que se halló en la rota de Bilcas: y un sábado á hora de mediodía empezaron á subir una montaña á caballo, y siendo larga que duraba bien una legua de camino, fatigados de la subida aspera y del calor del mediodía, que era muy grande, se pararon un rato y dieron á los caballos maíz, que tenían por habérselo traído los naturales de un pueblo vecino, y prosiguiendo su camino el capitán que iba delante de los otros como un tiro de ballesta, vió los enemigos en lo alto de la montaña que la cubrían toda, y que tres ó cuatro mil bajaban para abajo para pasar por donde estaban ellos: por lo que habiendo llamado á los Españoles para ordenarlos en batalla no pudo esperar á juntarlos, porque los Indios ya estaban cerca, y venían contra ellos animosamente; pero con los que halló aparejados se adelantó á darles batalla, y los Españoles que iban llegando subían por la cuesta del monte, unos por una parte y otros por otra; entraron entre los enemigos que tenían delante sin atender mucho al principio á pelear sino á defenderse de las piedras que les tiraban, hasta que subieron á lo alto del monte en que veían consistir la victoria cierta. Los caballos estaban tan cansados que no podían tomar resuello para poder dar con impetu sobre tanta multitud de enemigos, y no

cesando estos de incomodarlos y hostigarlos de continuo con sus lanzas, piedras y flechas que les tiraban los fatigaron á todos de tal manera que apenas podían llevar los caballeros sus caballos al trote y algunos al paso. Percibiendo los Indios el cansancio de los caballos, comenzaron á cargar con mayor furia, y á cinco cristianos cuyos caballos no pudieron subir á lo alto cargó tanto la muchedumbre que á dos de ellos les fué imposible apearse y los mataron encima de sus caballos. Los otros pelearon á pié muy valerosamente, pero al cabo no siendo vistos de los compañeros que hubieran podido socorrerles, quedaron *prisioneros* allí, y solo uno de ellos fué muerto sin poder echar mano á la espada ni defenderse, antes fué causa de que quedase muerto con él un buen soldado, porque se había agarrado á la cola de su caballo que no lo dejó pasar adelante con los otros. Les abrieron á todos la cabeza por medio con sus hachas y porras; hirieron diez y ocho caballos y seis cristianos; pero no de heridas peligrosas, que solo un caballo de estos murió. Plugó á Dios Nuestro Señor que los Españoles ganaran un llano que había en aquel monte y los Indios se recogieron á una colina inmediata. El capitán mandó que la mitad de los suyos quitasen los frenos á los caballos y les dieran de beber en un arroyo que pasaba por allí, y que luego hicieran lo mismo los otros, lo que se hizo sin que lo estorbaran para nada los enemigos. Despues dijo á todos el capitán: "Señores vámonos de aquí todos paso á paso por esta ladera de modo que los enemigos entiendan que huimos de ellos, para que nos vengán á buscar abajo, que si podemos traerlos á este llano daremos todos de golpe sobre ellos de manera que espero que ninguno se

ba de escapar de nuestras manos, porque nuestros caballos estan ya algo descansados, y si los ponemos en fuga acabaremos de ganar lo alto del monte:" y así fue, que pensando los Indios que los Españoles se retiraban bajaron abajo algunos de ellos tirándoles piedras con sus hondas y flechas. Visto por los cristianos ser ya tiempo volvieron las riendas á sus caballos, y antes que los Indios pudieran recojerse al monte donde antes estaban fueron muertos unos veinte, lo que visto por ellos y como era poco seguro el lugar donde se hallaban, dejaron aquel monte y se fueron retirando á otro mas alto. El capitán con los Españoles acabó de subir á lo alto del monte, y aquí por ser ya noche acampó con su gente, y los Indios acamparon asimismo á dos tiros de ballesta, de manera que en cada campo se oian las voces del otro. El capitán hizo curar á los heridos y apostó rondas y centinelas para la noche, y mandó que todos los caballos estuvieran ensillados y con los frenos puestos hasta el día siguiente en que habia de pelear con los Indios; y trató de animar e infundir valor á los suyos diciéndoles "que de todos modos era menester dar en ellos á la mañana siguiente sin aguardar un instante, porque habia tenido nueva de que el capitán Quizquiz venia á los enemigos con un gran refuerzo, y que de ninguna manera convenia esperar á que se juntaran." Mostraron todos tan grande ánimo y esfuerzo como si tuvieran la victoria en la mano, y todas via los confortó el capitán diciéndoles, "que tenia por muy peligrosa la jornada del día pasado que la que les aguardaba al siguiente y que Dios Nuestro Señor como le habia librado del peligro pasado así les daria victoria en lo de adelante, y que mirasen que si el día anterior estan-

do sus caballos tan cansados habian atacado á los enemigos con desventaja, y los habian desbaratado y echado de sus fortalezas, no pasando ellos de cincuenta, y siendo los enemigos mas de ocho mil; ¿qué no debian esperar estando frescos y descansados?"; Con estas y otras pláticas animosas se pasó aquella noche, y los Indios se estaban en su campo dando grandes voces y diciendo, "esperad, cristianos á que amanezca que todos habeis de morir á nuestras manos y os quitaremos los caballos con cuanto teneis," añadiendo palabras injuriosas, segun suenan en aquella lengua, teniendo determinado entrar á combatir á los cristianos luego que amaneciera, creyéndolos cansados y á sus caballos por el trabajo del día anterior, y por verlos en tan corto número y saber que muchos de sus caballos estaban heridos. De esta manera, de una y otra parte concurrían en el mismo pensamiento, mas los Indios creian firmemente que no se les escaparían los cristianos.

## §. X.

Viene nueva de la victoria alcanzada por los Españoles hasta poner en fuga al ejército Indio. A Chilichuchima le mandan echar una cadena al cuello teniéndolo por traidor. Pasan por Rimae y allí se reúnen y luego todos juntos van á Sachisaguna <sup>23</sup> y quemán á Chilichuchima.

Estas nuevas alcanzaron al Gobernador cerca del último rio como queda dicho, el cual sin mostrar alteración en el semblante las comunicó á los diez de á caballo y veinte peones que traia consigo, consolándolos á

<sup>23</sup> Xaquixaguana ó Sacsahuana.

todos con buenas razones que les esponia, aunque ellos se turbaron mucho en su ánimo, pensando que pues una corta cantidad de Indios respecto al número ponderado habia maltratado de tal modo á los cristianos en la primera accion, mayor guerra les habrian dado al otro dia teuiendo los caballos heridos y sin haber llegado todavia á los Españoles el socorro de los treinta caballos que se les mandó; pero mostrando todos poner la esperanza en Dios llegaron al rio, el que pasaron en balsas de la tierra llevando los caballos á nado por estar quemado el puente; y estando entonces el rio muy crecido se tardó en pasarlo el resto de aquel dia y el otro hasta la hora de siesta, y queriendo el Gobernador partirse sin aguardar á que pasaran los Indios amigos, se vió venir un cristiano que reconocido desde lejos todos juzgaron que el capitan con los caballos habia sido roto y desbaratado, y que este traia la nueva en fuga. Pero llegado á presencia del Gobernador dió gran consuelo á los ánimos de todos con la nueva que trajo, refiriendo que Dios Nuestro Señor, que nunca abandona á sus siervos fieles en la mayor estremidad, hizo que estando el capitan con los otros por la noche á buen recaudo esperando el dia y animando á los suyos para el combate de la mañana, llegó el Mariscal con el refuerzo mandado de los treinta caballos y con los diez que habian dejado atras que en todo fueron cuarenta, y cuando se vieron todos juntos sintieron los primeros tanto placer como si hubiesen resucitado aquel dia, teniendo por cierta la victoria para el dia siguiente. Venido el dia, que fué domingo, montaron todos al alba y puestos en ala para hacer mejor rostro, se fueron la vuelta de

pos Indios que en la noche habian determinado acometer á los cristianos, pero viendo á la mañana tanta gente pensaron, como así era, que en la noche les habia llegado algun socorro, por lo que no alcanzándoles el ánimo para hacerles frente, y viendo que venian la cuesta arriba en su busca, volvieron las espaldas retirándose de monte en monte. Los Españoles no los siguieron por ser la tierra áspera, y ademas les cogió una neblina tan espesa que no se veian unos á otros, y con todo por la falda de un cerro mataron muchos enemigos. En esto venian mil Indios en un escuadron que mandaba el Quizquiz en socorro de los suyos, los que conforme vieron á los cristianos á caballo y tan á punto de guerra, tuvieron tiempo de retraerse al monte. Al punto se recogieron los cristianos á su fuerte, desde donde habia enviado el capitan este mensagero al Gobernador, avisándole que lo esperaria allí hasta que llegara. Entendida esta nueva por el Gobernador, se alegró mucho de la victoria que Dios Nuestro Señor le habia dado cuando menos la esperaba, y sin detenerse un punto mandó que se pasara adelante con el fardaje y los Indios que quedaban, porque juntamente con esta noticia habia tenido aviso de que en la retirada de esta gente enemiga se habian apartado de los otros cuatro mil hombres, y que por tanto anduviera sobre aviso, y que asimismo se daba por seguro que Chilichuchima disponia y mandaba todo esto y daba aviso á los enemigos de lo que habian de hacer, y que por eso lo llevara á buen recaudo. Pues el Gobernador vencida su jornada, hizo echar prisiones á Chilichuchima y le dijo: "Bien sabes de qué modo me he portado contigo y cómo te he trata-

do siempre, [haciéndote capitán que gobernara toda la tierra hasta que el hijo de Atabalipa viniera de Quito para hacerlo señor, y aunque he tenido muchas causas para hacerte morir no lo he querido hacer, creyendo siempre que te enmendaras. Asimismo te he rogado muchas veces que para bien de todos dieras traza de que estos Indios enemigos con los que tú tienes influjo y amistad, se sosegaran y dejaran las armas, pues aunque habían hecho mucho daño y muerto á Guaritico que venia de Xauxa por mandato mio, los perdonaria yo á todos: pero apesar de todas estas amonestaciones mias has querido perseverar en tu mal ánimo y propósito, pensando que los avisos que dabas á los capitanes enemigos fueran poderosos á lograr tu dañado designio; mas ya puedes ver como con la ayuda de nuestro Dios siempre los hemos desbaratado y lo mismo será en lo de adelante, y ten por cierto que no podrán escaparse ni volver á Quito de donde salieron, ni tu volverás á ver el Cuzco, porque tan luego como haya yo llegado á donde está el capitán con mis gentes, te hará quemar vivo, porque has sabido guardar tan mal la amistad que á nombre del Cesar mi señor concerté contigo, y de esto no te quepa duda si no das traza de que estos Indios amigos tuyos dejen las armas y vengan de paz, como te he dicho otras veces." A todas estas razones estuvo atento Chilichuchima sin responder palabra; pero siempre obstinado en su endurecimiento dijo, "que no se hacia lo que el mandaba á aquellos capitanes porque no querian obedecer: que por él no habia quedado de hacerles entender que vinieran de paz;" y con semejantes palabras se disculpaba de lo que se le atribuia:

pero el Gobernador que ya sabia de cierto sus tratos, le dejó en su mal pensamiento sin velverle á hablar acerca de esto. Pues pasado el rio ya tarde pasó adelante el Gobernador con esta gente y llegó por la noche á un pueblo llamado Rimac, una legua de aquel rio. Y aqui llegó el Mariscal con cuatro caballos á esperar-lo y despues de hablarse se partieron á otro dia para el campo de los caballos españoles, adonde llegó en la tarde, habiendo salido á su encuentro el capitán y muchos otros, y se holgaron todos mucho de verse juntos. El Gobernador dió á cada uno las gracias, segun sus méritos, por el valor que habían mostrado, y todos juntos partieron y en la tarde llegaron dos leguas mas adelante á un pueblo llamado Sachisagagna. Los capitanes informaron al Gobernador de todo lo sucedido en la forma que se ha contado. Entrados á aposentarse en este pueblo, el capitán y el Mariscal pidieron al Gobernador que hiciera justicia de Chilichuchima, porque habia de saber que todo lo que hacian los cristianos lo avisaba Chilichuchima á los contrarios, y que él era el que les habia hecho salir del monte de Bilcas, exhortándolos á venir á pelear con los cristianos que eran pocos, y que con los caballos no podrian subir aquellas montañas sino paso á paso y á pié, dándoles otros mil avisos de donde los habían de esperar y de lo que habían de hacer como hombre que habia visto estos lugares y conocia las mañas de los cristianos, con los que habia vivido tanto tiempo. Informado el Gobernador de todas estas cosas mandó que fuese quemado vivo en medio de la plaza, y así se hizo que los principales y mas familiares suyos era los que ponian mas diligencia en

prender el fuego. El religioso trataba de persuadirlo á que se hiciera cristiano diciéndole que los que se bautizaban y creían con fé verdadera en nuestro redentor Jesucristo, iban á la gloria del paraíso y los que no creían en él iban al infierno y á sus penas, haciéndoselo entender todo por un intérprete. Mas él no quiso ser cristiano diciendo que no sabía qué cosa fuera esa ley, y comenzó á invocar á Paccamaca y al capitán Quizquiz, que vinieran á socorrerlo. Este Paccamaca tienen los Indios por su Dios, y le ofrecen mucho oro y plata, y es cosa verificada que el demonio está en ese ídolo y habla con los que van á pedirle alguna cosa. Y de esto se habla largamente en la relación que se envió á S. M. desde Cajamalca. De este modo pagó este capitán las crueldades que hizo en la conquista de Atabalipa, y las maldades y traiciones que fraguó en daño de los Españoles y deservicio de S. M. Toda la gente de la tierra se alegró infinito de su muerte, porque era muy aborrecido de todos por conocer lo cruel que era.

### §. XI.

Visítalos un hijo del cacique Guainacaba con el cual concertan amistad, y les hace saber los movimientos del ejército de los Indios enemigos, con el que tienen algunos encueniros antes de entrar en el Cuzco, donde ponen por señor al hijo de Guainacaba.

Aquí reposaron los Españoles aquella noche habiendo puesto buenas guardias en el campo por haberse entendido que Quizquiz estaba cerca con toda la gente: y á la mañana siguiente vino á visitar al Gobernador un hijo de Guainacaba hermano del cacique muerto, el mayor y mas principal señor que había entonces en aque-

lla tierra, que había andado siempre fugitivo porque no lo mataran los de Quito. Este dijo al Gobernador que lo ayudaría en todo lo que pudiera para echar fuera de la tierra á todos los de Quito por ser sus enemigos y que lo odiaban y no querían estar sujetos á gente forastera. Este era al que de derecho venía aquella provincia, y al que todos los caciques de ella querían por señor. Cuando vino á ver al Gobernador vino por los montes estraviando caminos, por temor de los de Quito, y el Gobernador recibió gran contento de su venida y le respondió: "mucho me place lo que me dices y hablarte con tan buena disposición para echar fuera esta gente de Quito, y has de saber que yo no he venido de Xauxa para otro efecto sino para impedir que ellos te hicieran daño, y librarte de su esclavitud, y puedes creer que yo no vengo para provecho mío, porque estaba yo en Xauxa seguro de tener guerra con ellos, y era escusado el trabajo de hacer tan larga y difícil jornada; pero sabiendo los agravios que te hacían quise venir á remediarlos y desfacellos, como me lo mandaba el Emperador mi señor. Y así puedes estar seguro de que haré en favor tuyo todo lo que me parezca conveniente, y también para librar de esta tiranía á los del Cuzco." Estas grandes promesas le hizo y dijo el Gobernador para tenerlo grato, y para que de continuo le diera noticia de cómo andaban las cosas, y aquel cacique quedó maravillosamente satisfecho y lo mismo todos los que con él habían venido. Y respondióle, "de aquí en adelante se dará cabal noticia de todo lo que hagan los de Quito para que no puedan incomodarte;" y de este modo se partió de él y dijo: "iba yo á pescar porque

sé que mañana no comen carne los cristianos, y me encontré con este mensagero que me dice que Quizquiz con su gente de guerra vá á quemar el Cuzco y que está ya cerca, y he querido avisártelo para que pongas re medio." El Gobernador hizo luego poner toda la gente á punto, y aunque era ya hora del mediodia, conocida la necesidad no quiso detenerse á comer, sino que caminó con todos los Españoles en derechura la vuelta del Cuzco, que estaba á cuatro leguas de aquel lugar con intencion de asentar su campo cerca de la ciudad para entrar en ella á otro dia temprano: y andadas dos leguas vió á lo lejos levantarse una grande humareda, y preguntada la causa á unos Indios dijeron que era un escuadron de los de Quizquiz que habia bajado del monte y le habia prendido fuego. Dos capitanes se adelantaron con unos cuarenta caballos para ver de alcanzar este escuadron, el cual con presteza se juntó con los de Quizquiz y de los otros capitanes que estaban en una cuesta una legua antes de llegar al Cuzco aguardando á los cristianos en un paso en medio del camino. Vistos por los capitanes y Españoles no pudieron evitar el encuentro con ellos, aunque el Gobernador les habia hecho entender que esperaran á los otros para juntarse con ellos, lo que habrian hecho si no fuera porque los Indios se movieron con mucho ánimo á encontrarlos. Y antes de ser acometidos les cayeron encima en la falda de un cerro y en breve espacio los rompieron haciéndolos huir al monte y matándoles doscientos. Otra escuadra de gente de á caballo traspuso por otra cuesta del monte en donde estaban de dos á tres mil Indios, los que no teniendo ánimo para esperarlos, de-

jadas las lanzas que llebaban para poder mejor correr, echaron á huir. Y despues que los primeros rompieron y desbarataron aquellos dos escuadrones y los hicieron huir á lo alto, habiendo dos caballos lijeros españoles visto ciertos Indios que de nuevo volbian abajo, se pusieron á escaramuzar con ellos y se vieron en gran peligro, sino que fueron socorridos, y á uno le mataron el caballo, de lo que tomaron tanto ánimo los Indios que hirieron cuatro ó cinco caballos y un cristiano, y los hicieron retirar hasta el llano. Los Indios como no habian visto hasta entonces huir á los cristianos, pensaron que lo hacian con arte para atraerlos al llano, y despues acometerlos como lo hicieron en Bilcas, y entre ellos mismos lo decian, y por esta causa estuvieron sobre sí y no quisieron bajar abajo y seguirlos. En esto habia llegado el Gobernador con los Españoles, y por ser ya tarde asentaron el campo en un llano, y los Indios se mantuvieron sobre el monte hasta la media noche á un tiro de arcabuz, dando gritos, y los Españoles estuvieron toda la noche con los caballos ensillados y enfrenados; y á otro dia al rayar el alba el Gobernador, ordenada la gente de á pié y de á caballo, tomó su camino para entrar en el Cuzco con buen concierto y sobre aviso creyendo que los enemigos vendrian á acometerle en el camino, pero no compareció ninguno. De este modo entró el Gobernador con su gente en aquella gran ciudad del CUZCO sin otra resistencia ni batalla, el viérnes á hora de misa mayor, á quince dias del mes de Noviembre del año del nacimiento de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo MDXXXIII. Hizo el Gobernador alojar á todos los cristianos en los aposentos que

estaban al rededor de la plaza de la ciudad, y mandó que todos salieran á dormir con sus caballos á la plaza en sus toldos, hasta que pudiera verse si venian los enemigos y fué continuado y observado este órden por un mes continuo. El dia siguiente el Gobernador hizo señor á aquel hijo de Guainacaba por ser jóven prudente y vivo y el principal de cuantos habia alli en aquel tiempo y á quien (como queda dicho) venia de derecho aquella señoria é hizolo tan presto para que los señores y caciques no se fueran á sus tierras, que eran de diversas provincias y muy lejos unas de otras, y para que los naturales no se juntaran con los de Quito, sino que tuvieran un señor separado al que habian de reverenciar y obedecer y no se abanderizaran, y asi mandó á todos los caciques que lo obedecieran por señor é hicieran todo lo que él les mandara.

## §. XII.

El nuevo cacique va con ejército para echar á Quizquiz del estado de Quito: tiene algunos encuentros con los Indios, y por la aspereza de los caminos se vuelven, y de nuevo van allá con ejército y compañía de Españoles, y antes que vayan, el cacique da la obediencia al emperador.

Hecho esto luego dió órden á este cacique nuevo de que se juntara mucha gente para ir á debelar á Quizquiz y echar á los de Quito fuera de la tierra, diciendo que no era cosa regular que siendo él Señor otro permaneciera en la tierra suya contra su voluntad, y otras palabras que sobre esto dijo el Gobernador en presencia de todos, para que vieran el favor que él le daba, y el

afecto que le mostraba, y esto no por bien ó provecho que pudiera resultar á los Españoles, sino por el suyo particular. El cacique recibió mucho contento de esta órden y en término de cuatro dias juntó cinco mil Indios y mas, todos bien á punto con sus armas, y el Gobernador mandó con ellos un capitan suyo con cinquenta de á caballo, y él se quedó guardandola ciudad con el resto de la gente. Pasados diez dias volvió el capitan y contó al Gobernador lo que habia sucedido, diciendo que al anohecer habia llegado con la gente al real de Quizquiz á cinco leguas de alli, porque habia ido rodeando por otro camino, por donde le habia guiado el cacique; pero antes que llegara al real enemigo encontró por el camino doscientos Indios apostados en una hoya y que por la tierra áspera no pudo quitarles el fuerte y adelantarseles para que no pudieran dar aviso de su ida, como lo dieron. Mas aunque esta compañía estaba en lugar fuerte no se atrevió á esperarle y se pasó de la otra parte de un puente que era imposible el pasarlo, porque desde un monte que lo dominaba, á donde los Indios se habian recogido, tiraban tantas piedras que á ninguno dejaban pasar, y por ser la tierra y el sitio de lo mas áspero é inaccesible que se habia visto, se volvieron atrás, y todavía dijo que habia muerto doscientos Indios, y el cacique se alegró mucho de cuanto se habia obrado, y al volver á la ciudad lo llevó por otro camino mas corto, en el que halló el capitan por muchas partes gran cantidad de piedras amontonadas para defenderse de los cristianos, y halló entre otros pasos uno tan malo y difícil, que sufrió grandes trabajos con toda su gente y no

se podía seguir adelante: donde bien se conoció que el cacique tenia amistad verdadera y no fingida con el Gobernador y los cristianos; porque los apartó de aquel camino en donde no habria escapado ningun Español. Dijo que despues que se partió de la ciudad no anduvo un tiro de Ballesta por tierra llana; que toda la tierra era montañosa, pedregosa y difícilísima de andar, y que si no hubiera sido porque era la primera vez que iba con el cacique y pudiera achacarlo á miedo, se hubiera vuelto para atrás. El Gobernador hubiera querido que se siguiera á los enemigos hasta echarlos del lugar donde estaban; pero oida la esperanza del sitio quedó contento de lo que se habia hecho. El cacique dijo que el habia mandado su gente al alcance de los enemigos, y que pensaba que les harian algun daño, y asi dentro de cuatro dias vino luego nueva de que les habian muerto mil Indios. El Gobernador encargó otra vez al cacique que hiciera juntar mas gente, que él queria mandar con ella caballos suyos para que no parara hasta echar de la tierra á los enemigos. Vuelto el cacique de esta jornada se fué á ayunar á una casa que estaba en un monte, habitacion que labró su padre en otro tiempo, donde estuvo tres dias, y pasados vino á la plaza donde los hombres de aquella tierra le dieron obediencia segun su usanza, reconociéndolo por su señor y ofreciéndole el plumage blanco, segun hicieron en Caxamalcha al cacique Atabalipa. Hecho esto hizo juntar todos los caciques y señores que habia allí y habiéndoles hablado sobre el daño que hacian los de Quitó en su tierra, y cuanto bien resultaria á todos de poner remedio les mandó que llamaran y aparejaran gente

para ir contra ellos y echarlos del lugar en que se habian puesto, lo que hicieron al punto sus capitanes, y dieron traza de hacer gente en tan breve espacio, que en término de ocho dias puso en aquella ciudad mas de diez mil hombres de guerra, todos escogidos, y el Gobernador hizo alistar cincuenta caballos lijeros con un capitan para que salieran el último dia de la pascua de Natividad. El Gobernador antes que se hiciera aquella jornada, queriendo asentar paz y amistad con aquel cacique y su gente, dicha la misa por el religioso el dia de navidad, salió á la plaza con mucha gente de su compañía que hizo juntar, y en presencia del cacique y señores de la tierra y gente de guerra que estaba sentada junta con sus Españoles, el cacique en un escabel y su gente en el suelo al rededor suyo. El Gobernador les hizo un parlamento como en semejantes casos suele hacerse, y por mí su secretario y escribano del ejército les fué leida la demanda y requerimiento que S. M. habia mandado se les hiciera, y su contenido les fué declarado por un intérprete, y lo entendieron bien y á todo respondieron. Requirióseles que fueran y se llamaran vasallos de S. M. y el Gobernador le recibió en su amistad con la misma solemnidad con que se hizo la otra vez de alzar dos veces el estandarte real, y en señal de ello los abrazó el Gobernador con mucha alegría á son de trompetas, haciéndose otras solemnidades aque aquí no se escriben por evitar prolijidad. Hecho esto se puso en pié el cacique y en un vaso de oro dió á beber por su mano al Gobernador y á los Españoles, y luego se fueron á comer por ser ya tarde.

## §. XIII.

Tienen sospecha de que el cacique quiere rebelarse: resulta infundada: van con él muchos Españoles con veinte mil Indios contra Quizquiz, y de lo que les acontece dan aviso al Gobernador por medio de una carta.

Y habiéndose de partir dentro de dos dias el capitan español con los Indios y el cacique para ir contra los enemigos, no pudiendo durar siempre las cosas en un mismo ser por estar sujetas á las varias vicisitudes del mundo que cada día acontecen, fué informado el Gobernador por algunos Españoles é Indios amigos y aliados naturales de la tierra, de que se trataba y platicaba entre los principales del cacique de juntarse con la gente de Quito, y otras cosas de que lo acusaban: de lo que habida alguna sospecha y para tener entera certificacion de que era fiel y verdadera la amistad del cacique á los cristianos que lo querian tanto, queriendo saber la verdad del hecho, á otro dia llamado el cacique y otros principales á su aposento les dijo lo que se contaba de ellos, de lo cual hecha averiguacion y dado tormento á algunos Indios resultaron el cacique y los principales sin culpa ninguna, y se certificó que ni en dicho ni en hecho se habia tratado cosa alguna en daño de Españoles, pero sí que dos principales eran los que habian dicho que puesto que sus antepasados no habian estado nunca sujetos á otro, no debian ellos ni el cacique someterse. *Pero* no obstante *esto*, por lo que se pudo comprender entonces y despues, se conoció y creyó que siempre amaron á los Españoles y no fué fingida su amistad con ellos. No salió esta gente á su jornada,

porque siendo el rigor del invierno y lloviendo todos los dias mucho, se determinó dejar pasar la fuerza del agua, principalmente por haber muchos puentes maltrados y rotos que era preciso componer. Venido el tiempo en que cesaron las aguas, el Gobernador hizo poner en órden los cincuenta caballos con el cacique y la gente suya que tenia dispuesta para la jornada, los cuales con el capitan que él les dió se pusieron en marcha la vuelta de Xauxa para la ciudad de Bilcas, donde se tenia entendido que estaban los enemigos, y por estar los caminos cortados por las muchas lluvias del invierno y los rios crecidos sin que hubiera puente alguno en muchos de ellos, los Españoles pasaron con sus caballos con mucho trabajo, y uno de ellos se ahogó. Llegados por sus jornadas al rio que está á cuatro leguas de Bilcas, se entendió que los enemigos se iban la vuelta de Xauxa. Y por estar el rio crecido y furioso, y el puente quemado, hubieron de detenerse para hacerlo de nuevo, porque sin él era imposible pasarlo, ni con sus barcos que llaman *balsas*, ni á nado ni de otra manera. Veinte dias estuvo aquí el campo para reponer el puente, pues los maestros tuvieron mucho que hacer, porque la agua estaba crecida y desbarataba las crisnejas que se ponian: y si el cacique no tuviera aquí tanto número de gente para hacer este puente y para el pasar y tirar de las crisnejas, no se habria podido hacer; pero habiendo veinte y cinco mil hombres de guerra, y volviendo á probar una vez y otra, valiéndose de cuerdas y de balsas, al cabo pasaron las crisnejas, y pasadas hicieron luego en breve espacio el puente; tan bueno y tan bien hecho, que otro semejante y

tan grande no se halla en aquella tierra, que es de trescientos sesenta y tantos piés de largo, y de ancho podian pasar dos caballos á un tiempo sin riesgo alguno. Pues pasado aquel puente y llegados á Bilcas, los Españoles se aposentaron en la ciudad, desde donde dieron cuenta al Gobernador de cómo andabau las cosas. Aquí estuvo asentado el campo descansando algunos dias para tener noticia del lugar en que estaban los enemigos, que no lo sabian mas particularmente sino que iban la vuelta de Xauxa, y que pensaban ir á dar en los Españoles que habian quedado allí de guarnicion. Pues salido esto se partió al punto el capitán con los Españoles en auxilio suyo, llevandose consigo á un hermano del Cacique con cuatro mil hombres de guerra, y el cacique se volvió á la ciudad del Cuzco, y el capitán envió al Gobernador la carta que su lugarteniente escribia de Xauxa á gran prisa y era del tenor siguiente: "Cuando vuesa merced echó del Cuzco á los enemigos se rehiciéron y vinieron la vuelta de Xauxa y antes que llegaran se supo por los nuestros como venian con gran pujanza porque de todos los lugares de la comarca sacaban la mas gente que podian tanto para la guerra como para los mantenimientos y cargas, lo que sabido por el tesorero Alfonso envió cuatro caballos lijeros á un puente que está doce leguas de la ciudad de Xauxa, donde supieron que los enemigos estaban de la otra parte en una provincia principal, de manera que vueltos á Xauxa puso el tesorero la mayor diligencia que pudo, así en la guarda de la ciudad y en el buen trato de los caciques que estaban dentro de la ciudad con él, como en informarse y entender sotilmente

todos los pasos de los enemigos. Y la mayor sospecha que tenia era de los Indios que estaban dentro de la poblacion, que eran en gran cantidad, y de los comarcanos, porque casi todos estaban de acuerdo con los enemigos para venir á atacar á los Españoles por cuatro partes. Con este acuerdo, los Indios de Quito pasaron con intento de que un capitán con quinientos de ellos viniera de la parte de un monte y pasaran el rio que dista un cuarto de legua de la ciudad, (y se pusiera en lo mas alto del monte para asaltar la ciudad un dia concertado entre ellos, y el capitán Quizquiz é Incurabaliba, que eran los principales capitanes, habian de venir por el llano con el mayor golpe de gente, lo que se supo pronto por medio de un Indio á quien se le dió tormento, de manera que el capitán que habia de pasar el rio y embestir la ciudad desde el monte caminó mucho y llegó un dia antes que la demas gente: y una mañana al amanecer vino nueva á la ciudad como muchos enemigos habian pasado el puente, de que nació grande alteracion entre los Indios naturales de Xauxa que servian lealmente á los cristianos de donde se presumió que toda la tierra estaba alzada como se ha dicho. Proveyó principalmente el tesorero que todo el oro de S. M. y de los compañeros que entonces habia en la ciudad se pusiese en una gran casa donde hizo poner guardia de los Españoles mas flacos y enfermos, ordenando que los demas estuviesen prevenidos para pelear, y mandó que diez caballos ligeros fueran á ver cuanta cantidad de enemigos era la que habia pasado el rio para tomar el monte, y él se quedó en la plaza con la demas gente esperando por si el mayor número

de enemigos viniera por el llano. Los corredores españoles dieron en los Indios que habian pasado el puente los cuales se retiraron y los Españoles hubieron de pasar el puente tras ellos con algunos peones ballesteros que les habia mandado el tesorero, de manera que los Indios se volvieron huyendo con mucho daño. El golpe mas grande de los otros que venia por el llano no llegaron al tiempo que habian concertado con los otros para asaltar la ciudad, y por esperarlos andaban entreteniéndolo el tiempo. Esta noche y el dia se estuvo con mucha vigilancia en la ciudad y estuvo siempre la gente armada con los caballos ensillados, todos juntos en la plaza, pensando que la noche siguiente vendrian los Indios á embestir la ciudad y á tratar de quemarla, como se decía que tenian intento de hacerlo. Pasados los dos cuartos de la noche viendo que los enemigos no parecian tomó consigo el tesorero un caballo ligero y fué á ver en que parte habian asentado el campo los Indios enemigos y cuanto se habian acercado á la ciudad, (por que los Indios que de esto daban aviso no sabian donde estaban, y asimismo porque los enemigos tomaban los caminos para que nadie diera aviso,) de manera que aclarando el dia se halló el tesorero á cuatro leguas de la ciudad, y vistió el lugar donde estaban los Indios y la calidad del sitio, se volvió á la ciudad á la que llegó despues de mediodia. Visto por los Indios enemigos que los Españoles los habian descubierto, y temiendo mucho, se alzaron de aquel sitio y se fueron la vuelta de la ciudad, y en la noche se vinieron á poner un cuarto de legua de ella á la orilla de un rio pequeño que entraba en el grande. Sabido esto por los Espa-

ñoles estuvieron aquella noche con mucho recaudo, y al dia siguiente por la mañana despues de oír misa tomó el tesorero veinte caballos lijeros y veinte peones con dos mil Indios amigos, dejando en la ciudad otros tantos Españoles de á caballo y otros tantos de á pié, previniéndoles que cuando los enemigos los acometieran por la otra parte hicieran una señal que ellos la pudieran ver para que vinieran á socorrerlos. Salidos de la ciudad los Españoles con el lugarteniente, vieron que los Indios de Quito habian cruzado el rio pequeño con sus escuadrones, en los que podria haber hasta seis mil de ellos, que viendo á los Españoles se retiraron y volvieron á pasar de la otra banda. Pues viendo el tesorero y los Españoles que si ellos no acometian á los enemigos aquel dia, la noche siguiente vendrian á saquear y poner fuego á la ciudad, de manera que se tendria mayor trabajo si se aguardara la noche, determinó de pasar el rio y pelear con los enemigos, donde se tuvo una brava escaramuza así de tiros de ballestas y arcos como de piedras, y al tesorero que iba delante de todos por el rio abajo, le acertaron una en la coronilla de la cabeza que lo echó del caballo en medio del rio, y atarantado se lo llevó el agua un gran tiro de piedra, de suerte que se hubiera ahogado si no le hubieran socorrido unos ballesteros Españoles que allí estaban, que lo sacaron con mucho trabajo. Dieron asimismo á su caballo una pedrada en una pierna que se la rompieron, y murió luego. En esto cobraron grande ánimo los Españoles y apretaron para pasar el rio, y viendo los Indios su determinacion se retiraron huyendo á un monte agrio, donde murieron unos ciento.

Los caballos los siguieron mas de legua y media por el monte; y porque se habian recogido á lo mas fuerte del monte á donde los caballos no podian subir, se retiraron á la ciudad. Y visto luego que los enemigos no salian de aquella fortaleza del monte, se determinaron á volver de nuevo contra ellos, y salieron la vuelta de ellos veinte Españoles con mas de tres mil Indios amigos, y los acometieron en aquel monte, donde estaban fortalecidos y mataron muchos, echándolos de aquella fortaleza y persiguiéndolos mas de tres leguas con muerte de muchos caciques comarcanos que estaban á favor suyo; con cuya victoria quedaron tan contentos los Indios amigos como si ellos solos la hubieran alcanzado. Los Indios de Quito se volvieron á juntar otra vez en un sitio que se llama Tarma distante cinco leguas de Xauza, de donde asimismo fueron echados, porque hacian mucho daño en las tierras vecinas.

## §. XIV.

De la gran cantidad de oro y plata que hicieron fundir de las figuras de oro que adoraban los Indios. De la fundacion de la ciudad del Cuzco, donde se hizo poblacion de Españoles, y del orden que en ella pusieron.

Sabidas estas buenas nuevas por el Gobernador las hizo publicar inmediatamente, de lo que todos los Españoles hubieron sumo contento y dieron infinitas gracias á Dios de que se les hubiera mostrado en todo y por todo tan favorable á esta empresa. Luego escribió el Gobernador y envió correos á la ciudad de Xauza dando á todos la enhorabuena y agradeciéndoles el valor mostrado, y en particular á su lugarteniente, diciéndole

le que de todo lo que le sucediera en adelante le diera asimismo aviso. En el entretanto se dió mucha prisa el Gobernador en partirse de allí, dejando proveidas las cosas en la ciudad, fundando colonia y poblando copiosamente la dicha ciudad. Hizo fundir todo el oro que se habia recogido, que estaba en pedazos, lo que hicieron en breve los Indios prácticos en el oficio. Y se pesó la suma de todos y se hallaron quinientos ochenta mil doscientos y tantos pesos de buen oro. Se sacó el quinto de S. M. que fueron ciento diez y seis mil cuatrocientos sesenta y tantos pesos de buen oro. Y de la plata se hizo la misma fundicion, y pesada en junto se hallaron ser doscientos quince mil marcos, poco mas ó menos, y de ellos ciento tetenta mil y tantos eran de plata buena en bajilla y planchas limpias y buenas, y el resto no era así porque estaba en planchas y piezas mezcladas con otros metales conforme se sacaba de la misma. Y de todo esto se sacó asimismo el quinto de S. M. Verdaderamente era cosa digna de verse esta casa donde se fundia llena de tanto oro en planchas de ocho y diez libras cada una, y en bajilla; ollas y piezas de diversas figuras con que se servian aquellos señores, y entre otras cosas singulares eran muy de ver cuatro carneros de oro fino muy grandes, y diez ó doce figuras de muger, del tamaño de las mugeres de aquella tierra, todas de oro fino, tan hermosas y bien hechas como si estuvieran vivas. Estas las tenian ellos en tanta veneracion como si fueran señoras de todo el mundo, y vivas, y las vestian de ropas hermosas y finisimas, y las adoraban por Diosas, y les daban de comer y hablaban con ellas como si fueran mu-

geres de carne. Estas entraron en el quito de S. M. Habia ademas otras de plata de la misma hechura: y el ver los grandes vasos y piezas de aquella plata bruñida era cierto cosa de gran contento. Todo este tesoro lo dividió y repartió el Gobernador entre los Españoles que fueron al Cuzco y los que se quedaron en la ciudad de Xauxa, dando á cada uno tanto de plata buena y tanto de mala con tantos pesos de oro bueno, y al que tenía caballo la parte conforme á su mérito y al de su caballo, y á los servicios que tenia hechos; y á los peones lo mismo respectivamente segun que se encontraba apuntado por su orden en el libro de las reparticiones que se hizo. Todo esto se acabó de hacer en ocho dias y al cabo de otros tantos partió de aquí el Gobernador dejando poblada la ciudad del modo que se ha dicho. En el mes de Marzo de 1534 ordenó el Gobernador que se reunieran en esta ciudad la mayor parte de los Españoles que tenia consigo, é hizo una acta de fundacion y formacion del pueblo, diciendo que lo asentaba y fundaba en su mismo ser, y tomó posesion de él en medio de la plaza, y en señal de fundar y comenzar á edificar el pueblo y colonia hizo ciertas ceremonias, segun se contiene en la acta que se hizo, la que yo el escribano leí en voz alta á presencia de todos: y se puso el nombre á la ciudad "la muy noble y gran ciudad del CUZCO," y continuando la poblacion dispuso la casa para la iglesia que habia de hacerse en la dicha ciudad sus términos, límites y jurisdiccion, y en seguida echó bando diciendo que podian venir á poblar aqui y serian recibidos por vecinos los que quisieran poblar, y vinieron

muchos en tres años.<sup>24</sup> De entre todos se escojieron las personas mas hábiles para escargarse del gobierno de las cosas públicas y nombró su lugarteniente, alcaldes y regidores ordinarios, y otros oficiales públicos, los cuales eligió y nombró en nombre de su magestad, y les dió poder para egercer sus oficios. Esto hizo el Gobernador con acuerdo y consejo del religioso que traia consigo y del contador de S. M. que estaba entonces con él, con parecer de los cuales, vistas y consideradas las personas de los vecinos, hasta tanto que S. M. dispusiera lo que se habia de hacer en el repartimiento de los naturales, en el intermedio fué á todos una cierta parte y cantidad señalada encomendando un número de ellos á los Españoles que se quedaran para que los enseñaran y doctrinaran en las cosas de nuestra santa fé católica. Y fueron repartidos y dados en servicio de S. M. doce mil y tantos Indios casados (*maritati*) en la provincia del Callao, al medio de ella cerca de las minas, para que sacaran oro para S. M. de lo que se entiende que le vendrá grandísimo provecho, considerada la riqueza de las minas que en ella hay, de las cuales cosas se hace larga mencion en el libro de la fundacion de esta colonia y en el registro del depósito que se hizo de los Indios comarcanos; dejando á la

<sup>24</sup> " *Che ni corcorsero assai* Cuzco, sino tan solo cuatro me-  
in tre anni dice el original, lo ses, es preciso suponer que el  
que solo puede traducirse como traductor italiano no entendió  
lo he hecho arriba. Pero como bien su original, ó que esta fué  
cuando el secretario escribió su una intercalacion hecha poste-  
relacion no habian pasado tales riormente.  
tres años desde la fundacion del

voluntad de S. M. el aprobar, confirmar ó enmendar estas cosas segun que le parezca convenir mejor á su real sevicio.

## §. XV.

Parte el Gobernador con el cacique para Xauxa, y tienen nueva del ejército de Quito, y de ciertas naves que vieron en aquellas costas, unos Españoles que fueron a la ciudad de San Miguel.

Hechas estas provisiones se partió el Gobernador para Xauxa llevándose consigo al cacique, y los vecinos quedaron guardando la ciudad, con ordenanzas que les dejó el Gobernador para que por ellas se gobernarán hasta tanto que él mandara otra casa y caminando por sus jornadas el dia de pascua vino á hallarse sobre el rio de Bileas, donde supo por cartas y noticias de Xauxa que la gente de guerra de Quito despues que fué rota y echada de aquellos lugares últimos por el capitán del Cuzco, se habia retirado y fortificado á cuarenta leguas de Xauxa camino de Caxamalcha en un mal paso en medio del camino, y habian hecho sus cercas para estorbar el paso á los caballos con unas puertas en ellas muy angostas y una calle para subir á una piedra alta donde el capitán habitaba con la gente, que no tenia paso ninguno sino por esta parte donde habian hecho esta fuerza con estas puertas tan angostas, y que se pensaba que aquí esperarán socorro porque se tenia nueva de que el hijo de Atabalipa venia con mucha gente. Este aviso comunicó el Gobernador al cacique el cual despachó al punto correos á la ciudad del Cuz-

co para hacer venir gente de guerra, que no pasaran de dos mil, pero los mejores de toda la provincia, porque el Gobernador le dijo que era mejor que fueran pocos y buenos, que muchos é inservibles, porque los muchos destruirian las comidas de las tierras por donde pasaran, sin necesidad ni provecho. Escribió asimismo el Gobernador al lugarteniente y corregidor del Cuzco que favoreciera á los capitanes del cacique é hiciera diligencia de que la gente viniera pronto. Partió de este lugar el gobernador el segundo dia de pascua y por sus jornadas llegó á Xauxa donde supo por entero lo que allí habia pasado en su ausencia, y en especial lo que habian hecho los de Quito, y señaladamente le dijeron que despues que los enemigos fueron ahuyentados de los alrededores de Xauxa, se habian retirado veinte ó treinta leguas de allí en un monte, y que conforme el capitán que salió contra ellos con el hermano del cacique y cuatro mil hombres llegaron á la vista de ellos, despues de descansar unos dias fueron á acometerlos y los desbarataron y echaron de aquel sitio con mucho trabajo y peligro grande. Vueltos á Xauxa, el Mariscal D. Diego de Almagro, que cuando el capitán y Españoles vinieron del Cuzco, habia venido con ellos por orden del Gobernador á visitar los Indios comarcanos para ver y saber el estado en que estaban las cosas en aquella ciudad y de sus vecinos, salió á visitar los caciques y señores de la comarca de Chinchá y Pachacama, y los otros que tienen sus tierras y viven en las costas del mar. En tal estado halló las cosas el Gobernador cuando llegó á Xauxa, y des-

cansando del largo viaje sin proveer nada en los primeros dias en cosa alguna, esperaba los Indios para ir á echar á los enemigos del fuerte que habian tomado y acabar con ellos, cuando le llegó uno de dos mensajeros españoles que habian ido á la ciudad de San Miguel para ver como estaban las cosas de ella, el cual le dijo de esta manera: "Señor, partido que hube de aquí por orden del Mariscal me puse á caminar con gran diligencia por los llanos y la orilla del mar no con poco trabajo, porque muchos caciques de los que hay por el camino estaban alzados: pero algunos que eran amigos nos proveyeron de lo que necesitábamos y ellos nos informaron que por la costa del mar se habian visto cuatro navios, los que yo ví un dia, y considerando que yo era enviado á la ciudad de San Miguel para saber si habian llegado navios del Adelantado Alvarado ó de otros, anduve nueve dias y nueve noches por la costa, algunas veces á la vista de ellos, creyendo tomarian puerto y entenderia así qué se harían: pero con toda esta diligencia y trabajo no pude conseguir lo que queria, por lo que me puse á seguir mi viaje á la ciudad de San Miguel, y pasando del otro lado del rio grande fui informado por los Indios de la tierra de que venian cristianos por aquel camino, y pensando yo que sin duda seria gente del Adelantado Alvarado, anduvimos un compañero y yo sobre aviso para no encontrarnos con ellos de improviso; y llegados cerca de Motupe supe que andaban cerca de aquella tierra y esperé que viniera la noche, y al despuntar el dia envié á mi compañero á hablar con ellos y á ver qué gente fuera, y le dí ciertas señales para que avisara y fi-

nalmente supe ser gente que venia á la conquista de estos reinos: por lo que me fuí á ellos y hablé largo diciéndoles la embajada que llevaba y ellos con retorno me informaron diciéndome haber venido á la ciudad de San Miguel en ciertos navios de Panamá, y eran en número de doscientos cincuenta. Llegados á San Miguel, el capitan que estaba en aquella ciudad con los docientos, de ellos setenta de á caballo, se habia ido á las provincias de Quito para conquistarlas, y ellos que serian hasta treinta personas con sus caballos sabiendo las conquistas que se hacian en el Cuzco y la falta que habia de gente no quisieron ir con el capitan á aquellas provincias de Quito, y así se venian para Xauxa, y les dieron noticia de todo lo sucedido aquí, y de la guerra que se habia tenido con los Indios de Quito; y para traer mas presto las nuevas de lo sucedido allá, me volví desde aquel lugar sin ir á la ciudad de San Miguel, sabiendo de cierto ser ya partido el capitan con su gente y que ya iba cerca de Cossibamba. Volviendo por mi camino la pascua pasada encontré al Mariscal D. Diego de Almagro cerca de la tierra de Cena que es donde se aparta el camino de Caxamalca al que conté como pasaban las cosas, y como el capitan que iba á Quito sospechaban algunos que no iba con buenas intenciones. El Mariscal, oido esto se partió al punto para alcanzar al capitan que llevaba esta gente á la jornada de Quito, para detenerlo hasta tanto que proveyeran juntos á las necesidades de esta guerra. Pues esto es, señor, lo que me ha sucedido en este viaje durante el cual procuré de tener noticia de aquellos navios pero no pude saber de ellos otra cosa. De Alvarado

nada se sabe, sino que se piensa que haya desembarcado ya en esta costa del mal ó haya pasado mas adelante segun lo que las cartas me dicen.

## §. XVI.

Labran en la ciudad de Xauxa una iglesia, y mandan tres mil Indios con algunos Españoles contra los Indios enemigos. Tienen nueva de la llegada de muchos Españoles y caballos, por lo qual mandan gente á la provincia de Quito. "Relacion de la calidad y gente de la tierra de Tumbes, hasta Chíncha, y de la provincia Callao y Condisuyo.

El gobernador recibió este mensajero, leyó las cartas que traía y le preguntó otras muchas cosas; y para proveer lo que le parecia conveniente en este negocio llamó á todos los oficiales de S. M. y habiendose tratado de la ida de aquel capitan á Quito, y como el Mariscal ya se habria abocado con él segun la nueva traída por aquel mensajero, se acordó que el mandara un lugarteniente suyo con poder bastante para aquella jornada, y escritas sus cartas á la ciudad de San Miguel y al Mariscal diciendoles lo que se habia de hacer, despachó con ellas tres cristianos para que fueran con mas presteza y mas seguras, mandándoles que se dieran prisa en el camino y de continuo fueran avisando lo que supieran. Proveido esto ordenó el lugar y sitio donde se habia de levantar la iglesia en aquella ciudad de Xauxa, la cual mandó que hicieran los caciques de la comarca, y fué edificada con sus grandes y puertas de piedra. En este intermedio llegaron como cuatro mil Indios de guerra de la ciudad del Cuzco de los que

el cacique habia mandado llamar, y el Gobernador hizo alistar cincuenta españoles de á caballo y treinta peones para ir á echar á los enemigos del paso donde estaban, y se partieron con el cacique y su gente, el cual cada vez queria mas á los Españoles.<sup>25</sup> Mandó el Gobernador al capitan de estos Españoles que persiguiera á los enemigos hasta Guanaco ó mas alla conforme lo creyera necesario, y que de todo le á visara de continuo por cartas y mensajeros. Despues de esto vinieron al Gobernador nuevas de los navios, la vigilia de pascua de Espíritu Santo, y asimismo recibió carta de San Miguel que le trajeron dos Españoles, y supo como los navios por el mal tiempo se habian quedado á sesenta leguas de Paccacama sin poder pasar adelante, y que el Adelantado de Alvarado habia arribado á Puerto Viejo hacia ya tres meses con cuatrocientos hombres y ciento cincuenta de á caballo, y que con ellos se entraba la tierra dentro la vuelta de Quito, creyéndose que llegaría allá al tiempo que el Mariscal D. Diego entrara en aquellas provincias por otro lado. Por todos estos avisos de la justicia y regimiento de la ciudad de S. Miguel, y de otras partes entró en cuidado el Gobernador, y para poner remedio con acuerdo de los oficiales envió á sus mensajeros por mar en un bergantin, con los cuales mandó poderes el Mariscal para que en nombre de S. M. con la gente que llevaba y con la demas que ya estaria á punto en la ciudad de San Miguel, á la cual mandaba que le diera ayuda, conquistara, pacificara y poblara aquellas provincias de Quito. Pro-

<sup>25</sup> *Il quale tuttavia pin veniva ponendo amore á gli Spagnuoli.*

veyó asimismo otras cosas sobre esto, para que el Alvarado no hiciera daño en la tierra, porque así lo deseaba S. M., y asimismo determinó que á la venida de los navios se mandara á S. M. razon de todo lo sucedido hasta aquella hora en esta empresa para que sea de todo informado, y pueda proveer en todo lo que tenga por mas cumplidero á su real servicio. En este estado están las cosas de la guerra, y lo demas obrado en esta tierra: y de la calidad de ella se dirá brevemente porque de Caxamalca se mandó relacion de ello. Esta tierra desde la ciudad de Tumbes hasta Chíncha tendrá diez leguas en la costa del mar, en partes mas y en partes menos; es tierra llana y arenosa, no nace en ella yerba, ni llueve sino poco; es tierra fértil del maiz y frutas porque siembran y riegan las heredades con agua de los ríos que bajan de los montes. Las casas que habitan los labradores son de juncos y ramas, porque cuando no llueve hace gran calor, y pocas casas tienen techos. Es gente ruin, y muchos son ciegos por la mucha arena que hay. Son pobres de oro y de plata, que lo que tienen es porque lo cambian por mercaderías los que viven las sierras. Toda la tierra cercana al mar es de esta manera hasta Chíncha y tambien cincuenta leguas mas adelante. Se visten de algodón (*bambaso*) y comen maiz cocido y crudo y la carne media cruda. Al fin de los llanos que se llaman Ingros hay unas sierras altísimas que duran desde la ciudad de San Miguel hasta Xauxa, que bien podrán ser ciento cincuenta leguas de largo, pero tienen poca anchura. Es tierra muy alta y fuerte de montes y de muchos ríos: no hay selvas sino algunos árboles donde siempre

hay muy gran niebla. Es muy fría porque hay una sierra nevada que dura casi desde Caxamalca á Xauxa, donde hay nieve todo el año. La gente que allí vive es mas racional que la otra, porque es muy pulida y guerrera y de buena disposicion. Estos son muy ricos de oro y de plata porque lo sacan de muchas partes de la sierra. Ningun señor de los que han gobernado estas provincias ha hecho nunca caso de la gente de la costa, por ser ruin y pobre como se ha dicho, que no se servian de ella sino *para traer* pescado y frutas, pues por ser de tierra caliente luego que van á aquellos lugares de sierras se enferman por la mayor parte, y lo mismo sucede á los que habitan las montañas, si bajan á la tierra caliente. Los que habitan de la otra parte de la tierra adentro tras de las cumbres, son como salvajes que no tienen casas, ni maiz sino poco; tienen grandísimas montañas y casi se mantienen de la fruta de los árboles: no tienen domicilio ni asiento conocido: hay grandísimos ríos, y es tierra tan inútil, que pagaba todo el tributo á los señores en plumas de papagayo. Por ser esta sierra la mayor de toda la tierra tan estrecha y angosta y por estar destruida con las guerras que ha habido, no se pueden fundar poblaciones de cristianos, si no es un pueblo muy apartado de otro. Desde la ciudad Xauxa camino del Cuzco se va anchando la tierra apartándose del mar; y los señores que han sido del Cuzco teniendo su estancia y residencia en el Cuzco, á la tierra que quedaba hácia Quito llamaban Cancasuetio, y á la tierra adelante que se llama Callao, Collasuyo, y á la parte del mar, Condisuyo, y á la tier-

ra dentro Candasuyo: <sup>26</sup> y de este modo ponian nombres á estas cuatro provincias hechas á guisa de cruz donde se encerraba su señoría. En el Collao no se tiene noticia del mar y es tierra llana á lo que se ha visto, y grande y muy fria, y hay en ella muchos rios de que se saca oro. Dicen los Indios que hay en ella una laguna grande de agua dulce, y en medio tiene dos islas. Para saber el estado de esta tierra y su gobierno, mandó el Gobernador dos cristianos que le trajesen de ello larga informacion, los que partieron á principios de Diciembre. La parte de Condisuyo hácia el mar en derecho del Cuzco, es tierra pequeña y muy deleitable, aunque es toda de montañas y piedras y la parte de la tierra dentro es lo mismo: corren por ella todos los rios que no van á dar al mar de poniente: es tierra de muchos árboles y montes y está muy poco poblada. Esta sierra corre desde Tumbes hasta Xauxa, y desde Xauxa hasta la ciudad del Cuzco: es pedregosa y áspera, que si no hubiera caminos hechos á mano no se podría andar á pié quanto menos á caballo, por lo que habia muchas casas llenas de materiales para hacer el piso, y en esto tenían tanto empeño los señores que no faltaba sino hacerlos: <sup>27</sup> Todas las montañas

<sup>26</sup> Segun Gascilaso (Com. Real, Parte I, lib. 2, cap. 11) el imperio peruano estaba dividido en cuatro partes, considerandose el Cuzco como el centro. A la parte del norte llamaban Chinchasuya: á la del sur, Coyasuyu:

á la parte de occidente, Cuntisuyu, y á la de oriente Antisuyu. <sup>27</sup> El original: *che se la strada non fusse fatta manualmente, non ti potrebbe andar pur á piedi quanto piu con caualli, per il che hanena nolte casi pieue dirame*

agras estan hechas á guisa de escalones de piedra, y de la otra parte el camino no tenia anchura por causa de unos montes que lo estrechaban de ambos lados y en uno habian hecho un espolon de piedra para que algun dia no se cayese, y hay tambien otros lugares en que el camino tiene de ancho cuatro ó cinco cuerpos de hombre, hecho y empedrado de piedra. Uno de los mayores trabajos que pasaron los conquistadores en esta tierra fué en estos caminos. Todos ó la mayor parte de los pueblos de estas faldas de las sierras están y viven en colinas y montes altos: sus casas son de piedra y tierra: hay muchos aposentos en cada pueblo, y por el camino á cada legua ó dos y mas cerca, se encuentran los hechos para aposentar á los señores quando salian a visitar la tierra, y de veinte en veinte leguas hay ciudades principales cabezas de provincia á donde los de las otras ciudades pequeñas traian sus tributos que pagaban asi de maíz y ropas como de otras cosas: Todas estas ciudades grandes tienen pósitos llenos de las cosas que hay en la tierra y por ser muy fria se coge poco maíz, y este no se dá sino en partes señaladas; pero en todas muchas legumbres y raices con que las gentes se sustentan, y tambien buenas yerbas como las de España. Hay tambien nabos silvestres y amargos. Hay bastante ganado de ovejas que anda en rebaños con sus pastores que lo guardan apartado de

*per immatonarla, & in questo tutti i signori haucnan tanto pensiero in farla che altro non vi mancana che farla immattonare.* Este pasage esta bastante oscuro y ha sido necesario traducirlo con términos Generales.

las sementeras, y tienen cierta parte de la provincia donde invernán. La gente, como se ha dicho es muy pulida y de razon, y andan todos vestidos y calzados: comen el maiz cocido y crudo, y beben mucha chicha que es un librevaje hecho de maiz á modo de cerveza. Es gente muy tratable y muy obediente y belicosa: tienen muchas armas de diversas maneras como se refirió en la relacion que fué de Caxamalca de la prision de Atabalipa, segun arriba se dijo. <sup>28</sup>

## §. XVII,

Descripcion de la ciudad del Cuzco y de su admirable fortaleza y de las costumbres de sus habitantes.

La ciudad del Cuzco por ser la [principal de todas donde tenían su residencia los señores, es tan grande y tan hermosa que sería digna de verse aun en España, y está llena de palacios de señores, porque en ella no vive gente pobre, y cada señor labra en ella su casa y asimismo todos los caciques, aunque (*pershe*) estos no habitaban en ella continuo. La mayor parte de estas casas son de piedra y las otras tienen la mitad de la fachada de piedra; hay muchas casas de adobe, y están hechas con muy buen orden, hechas calles en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas y por en medio de cada una va un caño de agua ra bestida de piedra.

<sup>28</sup> En este lugar se halla en la colección de Ramqio una vista de lo ciudad del Cuzco, grabada en madera, que abraza dos páginas sueltas. Es por supuesto un dibujo de caprieho, y no ofrece interés ninguno.

La falta que tienen es el ser angostas, porque del un lado del caño solo puede andar un hombre á caballo, y otro del otro lado. Está colocada esta ciudad en lo alto de un monte y muchas casas hay en la ladera y otras abajo en el llano. La plaza es cuadrada y en su mayor parte llana, y empedrada de guijas: alrededor de ella hay cuatro casas de señores que son las principales de la ciudad, pintadas y labradas y de piedra, y la mejor de ellas es la casa de Guaynacaba cacique viejo, y la puerta es de mármol blanco y encarnado y de otros colores, y tiene otros edificios de ozoteas, muy dignos de verse. Hay en la dicha ciudad otros muchos aposentos y grandezas: pasan por ambos lados dos rios que nacen una legua mas arriba del Cuzco y desde allí hasta que llegan á la ciudad y dos leguas mas abajo, todos van enlosados para que el agua corra limpia y clara y aunque crezca no se desborda: tienen sus puentes por los que se entra á la ciudad. Sobre el cerro, que de la parte de la ciudad es redondo y muy áspero, hay una fortaleza de tierra y de piedra muy hermosa; con sus ventanas grandes que miran á la ciudad y la hacen parecer mas hermosa. Hay dentro de ella muchos aposentos y una torre principal en medio hecha á modo de cubo, con cuatro ó cinco cuerpos, uno encima de otro: los aposentos y estancias de adentro son pequeños, y las piedras de que esta hecha están muy bien labradas, y tan bien ajustadas unas con otras que no parece que tengan mezcla, y las piedras están tan lisas que parecen tablas acepilladas, con la trabazon en orden, al uso de España, una juntura en contra de otra. Tiene tantas estancias y torres que

una persona no la podria ver toda en un dia: y muchos Españoles que la han visto y han andado en Lombardia y en otros reinos estraños, dicen que no han visto otro edificio como esta fortaleza, ni castillo mas fuerte. Podrian estar dentro cinco mil Españoles: no se le puede dar bateria, ni se puede minar, porque está colocada en una peña. De la parte de la ciudad que es un cerro muy áspero no hay mas de una cerca: de la otra parte que es menos áspera hay tres, una mas alta que otra, y la última de mas adentro es la mas alta de todas. La mas linda cosa que pueda verse de edificios en aquella tierra, son estas cercas, porque son de piedras tan grandes, que nadie que las vea, no dirá que hayan sido puertas allí por manos de hombres humanos, que son tan grandes como trozos de montañas y peñascos, que las hay de altura de treinta palmos, y otros tantos de largo, y otras de veinte y veinticinco, y otras de quince pero no hay ninguna de ellas tan pequeña que la puedan llevar tres carretas: estas no son piedras lisas, pero harto bien encajadas y trabadas unas con otras. Los Españoles que las ven dicen, que ni el puente de Segovia, ni otro de los edificios que hicieron Hércules ni los Romanos, no son cosa tan digna de verse como esto. La ciudad de Tarragona tiene algunas obras en sus murallas hechas por este estilo, pero no tan fuertes ni de piedras tan grandes: estas cercas van dando vuelta que si se les diera bateria, no se les podria dar de frente sino ai sesgo de las de afuera. <sup>29</sup> estas cercas son de esta misma piedra, y entr

<sup>29</sup> Esta descripción de la fortaleza esta no poco oscura; pero se, que en el italiano dice así.

muralla y muralla hay tierra y tanta que por encima pueden andar tres carretas juntas. Están hechas á modo de tres gradas, que la una comienza dondè acaba la otra, y la otra donde acaba la otra. Toda esta fortaleza era un depósito de armas, porras, lanzas, arcs, flechas, hachas, rodela, jubones fuertes acoginados de algodón (*imbottiti*), y otras armas de diversas maneras, y vestidos para los soldados, recogidos aquí de todos los rumbos de la tierra sujeta á los señores del Cuzco. Tenian muchos colores, azules, amarillos y pardos (*berretini*) y muchos otros para pintar; ropas, y mucho estaño y plomo, con otros metales, y mucha plata y algo de oro: muchas mantas y jubones acolchados para los hombres de guerra. La causa porqué esta fortaleza tiene tanto artificio, es, porque cuando se fundó la ciudad, que fué edificada por un señor orejon que vino de la parte de Condisuyo hácia el mar, grande hombre de guerra, conquistó esta tierra hasta Bilcas, y visto ser este el mejor lugar para fijar su domicilio, fundó aquella ciudad con su fortaleza; y todos los demás señores que le sucedieron despues, hicieron algunas mejoras en esta fortaleza, con lo que siempre se fué aumentando y engrandeciendo. Desde esta fortaleza se ven en torno de la ciudad muchas casas á un cuarto de legua y media legua, y una legua y en el valle que está en medio rodeado de cerros hay mas de cien mil casas, y muchas de ellas son de placer y recreo de señores pasados y otras de los caciques de toda la tierra que residen de continuo en la ciudad: las otras son casas ó almacenes

*Questi gironi sono voltati, che se gli in piano, ma in cquincis de i si gli dessi batteria non puo darse. gironi che escono in fuori.*

lentos de mantas, lana armas, metales y ropas, y de todas las cosas que se crían y fabrican en esta tierra. Hay casa<sup>s</sup> donde se conservan los tributos que traen los vasallos á los caciques; y casa hay en que se guardan más de cien pájaros secos, porque de sus plumas que son de muchos colores se hacen vestiduras, y hay muchas casas para esto. Hay rodela, adargas, vigas para cubrir las casas, <sup>30</sup> cuchillos y otras erramientas: alpargatas y petos (*pettini*) para provision de la gente de guerra, en tanta cantidad que no cabe en el juicio como han podido dar tan gran tributo de tantas y tan diversas cosas. Cada señor difunto tiene aquí su casa de todo lo que le tributaron en vida, porque ningún señor que sucede (y esta es ley entre ellos) puede despues de la muerte del pasado tomar posesion de su herencia. Cada uno tiene su vajilla de oro y de plata, y sus cosas y ropas aparte, y el que le sucede nada le quita. Los caciques y señores nuestros mantienen sus casas de recreo con la correspondiente servidumbre de criados y mugeres, y les siembran sus campos de maiz, y se les pone un poco en sus sepulturas. Adoran al sol y le tienen hechos muchos templos, y de todas las cosas que tienen, así de ropas como de maiz y de otras cosas, ofrecen al sol, de lo que despues se aprovecha la gente de guerra.

## § XVIII.

De la provincia del Collao y de la calidad y costumbres de sus pueblos, y de las ricas minas de oro que aquí se encuentran.

Los dos cristianos que fueron enviados á ver la pro-

<sup>30</sup> *Piastre di rame per copertura delle case.*

vincia del Collao tardaron cuarenta dias en su viaje, y vueltos luego á la ciudad del Cuzco donde estaba el gobernador, le dieron nueva y relacion de todo lo que habian visto y entendido que es esta que aquí abajo se declara. La tierra del Collao está lejos y muy apartada del mar, tanto que los naturales que la habitan no tienen noticia de él: es sierra muy alta y medianamente llana y con todo eso es sumamente fria. No hay en ella bosques ni leña para quemar, y la que se usa se consigue á cambio de mercaderías con los que viven cerca del mar, llamados Ingres, y tambien con los que habitan abajo junto á los rios, que estos tienen leña y se cambia por ovejas y otros animales y legumbres, pues por lo demas la tierra es estéril, que todos se mantienen con raíces, yerbas, maiz, y alguna vez carne, no porque en aquella provincia del Collao no haya una buena cantidad de ovejas, sino porque la gente está tan sujeta al señor á quien debe prestar obediencia, que sin su licencia, ó la del principal ó gobernador que por su mandado está en la tierra, no se mata una, puesto que ni aun los señores y caciques se atreven á matar ninguna sin tal licencia. La tierra está bien poblada, porque no la han destruido las guerras como á las otras provincias: sus pueblos son de regular tamaño, y las casas pequeñas, con sus paredes de piedra y adobe mezclado, cubiertas de paja. La yerba que nace en esta tierra, es corta y rala. Hay algunos rios, aunque de poco caudal: en medio de la provincia hay una gran laguna de grandor casi cien leguas: y la tierra mas poblada es al rededor de la laguna. en el medio de ella hay dos isletas pequeñas, y en una hay una mezquita y casa del

sol que es temida en gran veneracion, y á ella van á hacer sus ofrendas y sacrificios en una gran piedra que está en la isla que llaman Tichicasa,<sup>31</sup> en donde, ó porque el diablo se esconde allí y les habla, ó por costumbre antigua como es, ó por otra causa que no se ha aclarado nunca, la tienen todos los de aquella provincia en grande estima, y le ofrecen oro, plata y otras cosas. Hay mas de seiscientos Indios sirviendo en este lugar, y mas de mil mugeres que hacen chicha para echarla sobre aquella piedra Tichicasa. Las ricas minas de aquella provincia del Collao estan mas allá de este lago que se llama Chuchiabo. Están las minas en la caja (*chiusa*) de un rio á la mitad de la altura, hechas á modo de cuevas, á cuya boca entran á escarbar la tierra y la escarvan con cuernos de ciervo y la sacan fuera con ciertos cueros cosidos en forma de sacos ó de odres de pieles de oveja. El modo con que la lavan es que sacan del mismo rio una .....<sup>32</sup> de agua y en la orilla tienen puestas ciertas losas muy lisas, sobre las cuales echan la tierra y echada sacan por una canaleja el agua de la ..... que viene á caer encima y el agua se lleva poco á poco la tierra, y se queda el oro en las mismas losas y de esta suerte lo recojen. Las minas entran mucho dentro de la tierra, una diez braças, y otras veinte; y la mina mayor que se llama de Guarnacabo entra cuarenta braças. No tiene luz ninguna, ni mas anchura que para que pueda entrar

31 Titicaca.

32 El original *una seriola* palabra con cuyo significado no he podido acertar, y que se encuentra repetida un poco mas abajo-

El modo que tenían los Indios de lavar la tierra de las minas para apartar el oro, puede verse en Oviedo, Historia General de las Indias, Parte 1, lib. 6, cap. 8

una persona agachada, y hasta que este no sale no puede entrar ningun otro. Las gentes que aqui sacan oro podrán ser hasta cincuenta<sup>33</sup> entre hombres y mugeres, y estos son de toda esta tierra, de un cacique veinte, y de otro cincuenta, y de otro treinta; y de otros mas ó menos, segun que tienen, y lo sacan para el señor principal, y en ello tienen puesto tanto resguardo que de ningun modo pueden robarse cosa alguna de lo que sacan, porque alrededor de las minas tienen puestas guardas para que ninguno de los que sacan oro puedan salir sin que lo vean, y por la noche cuando vuelven á sus casas al pueblo entran por una puerta donde están los mayordomos que tienen á su cargo el oro, y de cada persona reciben el oro que han sacado. Hay otras minas adelante de éstas, y otras hay esparcidas por toda la tierra á manera de pozos profundos como de la altura de un hombre, en cuanto pueda el de abajo dar la tierra al de arriba; y cuando los cavan tante que ya el de arriba no puede alcanzarla, lo dejan así, y se van á hacer otros pozos. Pero las mas ricas y de donde se saca mas oro son las primeras que no tienen el gravámen de lavar la tierra; y por causa del frio no lo sacan de aquellas minas,<sup>34</sup> sino cuatros meses del año desde la

33 Así el original; pero es errata porque desde luego se advierte que debe ser mucho mayor el número.

34 He aqui otro pasage bastante oscuro. *però le pui ricche... sono le prime che non hanno carico da lavar la terra & per rispetto del freddo & delle mine que vi è non lo cauano &c.*—Oviedo, (Hist. General, Parte 1, lib. 6, cap. 8.)

Acosta, (Hist. nat. y mor. de las Ind., lib. 4, cap. 4) y Garcilaso, (Com. Real., Parte 1, lib. 8, cap. 24.) distinguen tres clases de minas de oro. En la primera se cuenta las que producen el oro puro en granos bastante gruesos para que se puedan recojer sin mas operacion. Estas seran acaso las que dice el secretario Sancho que son las mas ricas, aun-

hora de mediodia hasta cerca de ponerse el sol. La gente es muy doméstica y tan acostumbrada á servir, que todas las cosas que se han de hacer en la tierra las hacen ellos mismos, así de caminos como de casas que el señor principal les mande hacer, y continuamente se ofrecen á trabajar y llevar las cargas de la gente de guerra cuando el señor va á algun lugar.

Los Españoles sacaron de aquellas minas una carga de tierra y la trajeron al Cuzco sin hacer otra cosa, la cual fué lavada por mano del Gobernador, habiendo tomado antes juramento á los Españoles de si habian puesto en ella oro, ó si habian hecho otra cosa que sacarla de la mina como la sacaban los Indios que la lavaban, y lavada se sacaron de ella tres pesos de oro. Todos los que entienden de minas y de sacar oro, informados del modo con que lo sacan los naturales de esta tierra, dicen ser toda la tierra y los campos minas de oro, que si los Españoles dieran herramientas é industria á los Indios del modo con que se ha de sacar, se sacaria mucho oro, y se cree que llegado este tiempo no habrá año que no se saque de aquí un millon en oro. La gente de esta provincia, asi hombres como mugeres, es muy sucia y la provincia es muy grande, y todos tienen grandes manos. (*mané.*)

#### § XIX.

En cuanta veneracion tenian los Indios á Guarnacaba cuando vivo, y lo tienen ahora despues de muerto; y como por la desunion de los Indios entraron los Españoles en el Cuzco, y de la fidelidad del nuevo cacique Guarnacaba á los cristianos.

La ciudad del Cuzco es la cabeza y provincia principal

que él no ha hablado de ellas antes. En la segunda clase se comprenden las que producen el

oro en polvo ó en granos muy pequeños mezclados en tierra, la que es preciso separar por medio

pal de todas las otras, y desde aquí hasta la playa de San Mateo y de la otra parte mas allá de la provincia del Collao, que toda es tierra de caribes flecheros, todo está rendido y sujeto á un solo señor que fué Atabalipa y antes de él á los otros señores pasados, y al presente es señor de todo este hijo de Guarnacaba. Este Guarnacaba que fué tan nombrado y temido, y lo es hasta hoy dia así muerto como está, fué muy amado de sus vasallos, sujetó grandes provincias y las hizo sus tributarias: fué muy obedecido y casi adorado, y su cuerpo está en la ciudad del Cuzco, muy entero, envuelto en ricos paños y solamente le falta la punta de la nariz. Hay otras imagenes hechas de yeso ó de barro las que solamente tienen los cabellos y ñas que se cortaba y los vestidos que se ponía en vida, y son tan veneradas entre aquellas gentes como si fueran sus dioses. Lo sacan con frecuencia á la plaza con músicas y danzas, y se están de dia y de noche junto á él espantándole las moscas. Cuando algunos señores principales vienen á ver al cacique, van primero á saludar á estas figuras y luego al cacique, y hacen con ellas tantas ceremonias, que seria gran prolijidad escribirlas. Se junta tanta gente á estas fiestas que se hacen en aquella plaza, que pasan de cien mil ánimas. Salió muy bien el haber hecho señor á este hijo de Guarnacaba, porque venian todos los caciques y señores de la tierra y provincias apartadas á servirle y á dar por respeto suyo la obediencia.

del lavado, y estas son las que les, como se halla comunmente menciona Sancho. La tercera la plata; las cuales minas aunque clase de minas, de que no habla eran á veces muy ricas dejaban este, son las que dan el oro mezclado con piedras y otros meta- de beneficiarse por los gastos que ocasionaba el laboreo.

cia al Emperador. Los conquistadores pasaron grandes trabajos porque toda la tierra es *la mas* montañosa y áspera que se puede andar á caballo, y se puede creer que si no fuera por la discordia que habia entre la gente de Quito, y los naturales y señores de la tierra del Cuzco y su comarca, no habrian entrado los Españoles en el Cuzco, ni habrian sido bastantes para pasar adelante de Xauxa, y para haber entrado seria menester que hubieran sido en número de mas de quinientos, y para poder mantenerla se necesitaban muchos mas, porque la tierra es tan grande y tan mala, que hay montes y pasos que diez hombres los pueden defender de diez mil. Y nunca el Gobernador pensó poder ir con menos de quinientos cristianos á conquistarla, pacificarla y hacerla tributaria; pero como entendió la grande desunion que habia entre los de aquella tierra y los de Quito, se propuso con los pocos cristianos que tenia, ir á librarlos de sujecion y servidumbre y á impedir los perjuicios y agravios que los de Quito hacian en aquella tierra y quiso Nuestro Señor usar de merced con él. Ni nunca el gobernador se hubiera aventurado á hacer tan larga y trabajosa jornada en esta tan grande empresa, á no haber sido por la gran confianza que tenia en todos los Españoles de su compañía, por haberlos experimentado y conocido ser diestros y prácticos en tantas conquistas, y avezados á estas tierras y á los trabajos de la guerra: lo que muy bien mostraron en esta jornada en lluvias y nieves, en atravesar á nado muchos rios, en pasar grandes sierras y en dormir muchas noches al raso, sin agua que beber ni cosa alguna de que alimentarse, y siempre de dia y de noche estar de guardia ar-

mados; en ir, acabada la guerra, á reducir muchos caciques y tierras que se habian alzado, y en venir de Xauxa al Cuzco donde tantos trabajos pasaron juntamente con su gobernador, y donde tantas veces pusieron en peligro sus vidas en rios y montes donde muchos caballos se mataron despeñándose. Este hijo de Guarnacaba tiene mucha amistad y conformidad con los cristianos, y por eso los Españoles para censervarlo en la señoría se pusieron en infinitos afanes y finalmente se portaron en todas estas empresas tan valerosamente y sufrieron tanto, como otros Españoles puedan haber hecho en servicio del Emperador, de manera que los mismos Españoles que se han hallado en esta empresa se maravillan de lo que han hecho, cuando de nuevo se ponen á pensarlo, que no saben como están vivos y como han podido sufrir tantos trabajos y tan largas hambres; pero todo lo dan por bien empleado y de nuevo se ofrecen, si fuera necesario, á entrar en mayores fatigas para la conversion de aquellas gentes y ensalzamiento de nuestra santa fé católica. De la grandeza y sitio de la tierra antedicha se omite hablar, y solo resta dar gracias y alabanzas á Nuestro Señor porque tan visiblemente ha querido guiar por su mano las cosas de S. M. y de estos reinos que por su divina providencia han sido iluminados y enderezados al verdadero camino de salvacion. Plegue asimismo á su infinita bondad que de aqui en adelante vayan de bien en mejor, por interseccion de su bendita Madre, abogada en todos nuestros pasos, que los encamine á buen fin.

Acabóse esta relacion en la ciudad de Xauxa á los 15 dias del mes de Julio de 1534, la cual yo Pero San-

cho, Escribano general en estos reinos de la Nueva Castilla y secretario del gobernador Francisco Pizarro, por su orden y de los oficiales de S. M., la escribí justamente como pasó, y acabada la lei en presencia del gobernador y de los oficiales de S. M., y por ser todo así, el dicho Gobernador y los oficiales de S. M. la firman de su mano.—*Francisco Pizarro.*—*Alvaro Riquelme.*—*Antonio Navarro.*—*García de Salcedo.*—Por mandado del Gobernador y oficiales.—*Pero Sancho.*

## TABLA GENERAL.

### A.

- Abancay*, río, batalla con los peruanos en sus orillas, I. 574 Batalla entre Almagro y Alvarado allí, II. 22 Lo pasa Gasca, 372.
- Abogados*, se prohíbe que pasen al nuevo mundo, I. 348.
- Abonos*, que usaban los peruanos, I. 146.
- Acueductos* peruanos, I. 142. Ruinas de ellos, 143.
- Adelantado*, título que recibió Pizarro, I. 346. Lo renuncia en favor de almagro, 358.
- Adivinación*, examinando las entrañas, I. 114, *nota.*
- Aulterio*, le castigaban con la muerte las leyes del Perú, I. 47 *nota.*
- Agave* americana, I. 151.
- Agricultura*, importancia y adelanto de ella en el Perú, I. 140-149 La vigilaba el Inca por sí mismo, 141. En los valles, 142, 413, 441 580. En los andenes de la sierra, 144, 145, 503, 504.
- Agüeros*, en la fiesta del Raynù, I. 115. Los que se vieron en el Perú a la llegada de los blancos, 379. En Quito, II. 255.
- Alcedó* (Dionisio) noticia de una obra suya, II. 666.
- Aldana*, (Lorenzo), II. 321. Lo envía a España Gonzalo Pizarro, 323. Abraza el partido de Gasca, 324, quien le envía á Lima, 328. y lo que hizo allí 341.
- Algodón*, tónicas de él, I. 78. II. 176. Su cultivo en el Perú, I. 155. Velas de algodón, 272.

cho, Escribano general en estos reinos de la Nueva Castilla y secretario del gobernador Francisco Pizarro, por su orden y de los oficiales de S. M., la escribí justamente como pasó, y acabada la lei en presencia del gobernador y de los oficiales de S. M., y por ser todo así, el dicho Gobernador y los oficiales de S. M. la firman de su mano.—*Francisco Pizarro.—Alvaro Riquelme.—Antonio Navarro.—García de Salcedo.*—Por mandado del Gobernador y oficiales.—*Pero Sancho.*

## TABLA GENERAL.

### A.

- Abancay*, río, batalla con los peruanos en sus orillas, I. 574 Batalla entre Almagro y Alvarado allí, II. 22 Lo pasa Gasca, 372.
- Abogados*, se prohíbe que pasen al nuevo mundo, I. 348.
- Abonos*, que usaban los peruanos, I. 146.
- Acueductos* peruanos, I. 142. Ruinas de ellos, 143.
- Adelantado*, título que recibió Pizarro, I. 346. Lo renuncia en favor de almagro, 358.
- Adivinación*, examinando las entrañas, I. 114, *nota.*
- Aulterio*, le castigaban con la muerte las leyes del Perú, I. 47 *nota.*
- Agave* americana, I. 151.
- Agricultura*, importancia y adelanto de ella en el Perú, I. 140-149 La vigilaba el Inca por sí mismo, 141. En los valles, 142, 413, 441 580. En los andenes de la sierra, 144, 145, 503, 504.
- Agüeros*, en la fiesta del Raynù, I. 115. Los que se vieron en el Perú a la llegada de los blancos, 379. En Quito, II. 255.
- Alcedò* (Dionisio) noticia de una obra suya, II. 666.
- Aldana*, (Lorenzo), II. 321. Lo envía a España Gonzalo Pizarro, 323. Abraza el partido de Gasca, 324, quien le envía á Lima, 328. y lo que hizo allí 341.
- Algodon*, tónicas de él, I. 78. II. 176. Su cultivo en el Perú, I. 155. Velas de algodón, 272.

*Alma*, creían los peruanos que existía despues de la muerte, I. 96.  
*Almaccues*, I. 57. militares, 79, 423. Artefactos hallados en ellos 162, 163. Descubiertos y tomados por los españoles, 486, 504, 569, II. 368.

*Almagro*, ciudad, I. 231.

*Almagro*, (Diego), I. 231. Su contrato con Pizarro y Luque, 232. Hace preparativos para su viage, 233. Sale de Panamá, 252. Pierde un ojo en Pueblo Quemado, 253. Se junta con Pizarro en Chicama, 254. Vuelve a Panamá, 255. Se disgusta con Pedrarias, 256. Su entrevista con él, 259, *nota*. Apéndice del autor núm. V. Su contrato con Pizarro y Luque, 261. Apéndice del autor núm. VI. No sabía firmar, 264. Navega con Pizarro, 269. Vuelve por refuerzos, 270. Se junta otra vez con Pizarro, 277. Navega con él por la costa, 281. Riñe con él, 284. Vuelve a Panamá por reclutas, 285. Le reciben mal allí, 290. Describe a Pizarro, 292. Trabaja en favor suyo, 298. Se empeña en que vaya a España, 324. Mercedes que le hizo la corona, 346. Escuido con que vió Pizarro sus asuntos, 349. Se disgusta con él, 356. Su carácter franco y generoso, 232, 324, 357. Hernando Pizarro le miraba de mal ojo, 357, 326. Se queda en Panamá para enviar refuerzos a Pizarro, 360. Se junta con él en el Perú, 519, y le recibe cordialmente, 521. No le dan parte en el rescate del Inca, 633. Pide la muerte de Atahualpa, 541, 558. Ahorca a Felipillo, 561, *nota*. Sale en auxilio de Soto, 576, y contra Quizquiz, 605. Va a Quito tras de Benalcazar, 713. Negocia con Pedro de Alvarado, 614. Va al Cuzco, 622. Poderes que le dió la corona, 625. Se ensorbece, 629. Sus disputas con los Pizarros, 632. Celebra un convenio solemne con Francisco, 633. Apéndice del autor núm. XI. Sale para Chile, 634. Dificultades de la jornada, II. 8, 9. Pasa el desierto de Atacama, 13. Alega derechos al Cuzco, 16. Se apodera de la ciudad, 19. Prende a Hern. y Gonz. Pizarro, 19. Se niega a mandarlos matar, 21, 28. Batalla de Abancay, 23. Sale del Cuzco, 29. Entrevista con Pizarro, 30. Celebra con él un tratado, 33. Su enfermedad, 36, 47, 51. Le persigue Hernando Pizarro, 38. Batalla de las Salinas, 43-47. Queda prisionero, 47. Hernando Pizarro le forma causa, 53. Es condenado a muerte, 53. Pide la vida, 54. Le dan garrote en la prison, 57. Su carácter, 58.

*Almagro* el joven, su nacimiento y carácter, II. 12, 114, 184. Su padre le nombra sucesor suyo, 55. Cómo le trata Pizarro, 64. Proclamado gobernador del Perú, 124. Se apodera del dinero del rey, 147. No quería romper con el gobernador, 150. Diferencias con sus mismos compañeros, 152. Quiere entrar en contratos con Vaca de Castro, 156. Arenga a sus tropas, 157. Sale del Cuzco, 159. Desecha las propuestas del gobernador, 167. Batalla de Chupas, 172-179. Valor de Almagro, 177, 179. Le prenden, 181. Le ajustician, 183. Su carta a la audiencia. Apéndice núm. XII.

*Alpacas*, V. *Carneros*.

*Alva*, (Duque de), II. 295, *nota*.

*Alvarado*, (Alonso de) I. 618. Va á socorrer el Cuzco, II. 18. Llega a Jauja, 20. Confiaban mucho en él los Pizarros, 20, *nota*. Derrotado y hecho prisionero por Almagro, 23. Se fuga del Cuzco, 29. Se halla en la batalla de las Salinas, 42. Impone á Vaca de Castro del estado del Perú, 143. Se halla en la batalla de Chupas, 177. Lo envía Gasca á Panamá, 313. Va con un destacamento á Lima, 367. Nombrado corregidor del Cuzco, 583. Su severidad, 583. Comisionado para castigar á los asesinos de Hinojosa, 599. Castigos que les impuso, 600. Sabe la rebelion de Giron y se dispone á oponérsele, 611. Sus preparativos, 620. Entra en el Cuzco, 620. Camina por el despoblado de Parinacochas, 621. Acomete á Hernandez en Chuquina, 622. Y es derrotado, 626.—Su pérdida, 627. Muere de pesadumbre, 646. Mercedes hechas á su familia, 647.

*Alvarado* (Diego de) hermano de Pedro, II. 28. Defiende á Hernando Pizarro, 28. Sostiene en España los derechos de Almagro, 69, 71. Su muerte, 72.

*Alvarado* (Diego) maestre de campo de Giron, su crueldad, 607, 627, *nota*. Va á saquear el Cuzco, 627, 628. Es preso y ajusticiado, 632. Su carácter, 632.

*Alvarado* (García de) sus rivalidades con Sotelo, II. 152. Le mata, 153. Es muerto él por Almagro, 154.

*Alvarado* (Gerónimo de), II. 179,

*Alvarado* (Pedro de), su llegada al Perú, I. 606. Su terrible paso de los puertos nevados, 607. Su carta, 611, *nota*. Trata con Almagro en Quito, 614. Indemnizacion que recibió, 615, *nota*. Visita á

Pizarro en Pachacamac, 617. Su muerte, 618, *nota*. Carta que le dirigió Pizarro, 672.

*Alvarez*, enviado con Blasco Nuñez a España, II. 245. Pone en libertad al virey, 245.

*Amautas*, maestros peruanos, I. 126.

*Amazonas* (rio de las), llega a él Gonzalo Pizarro, II. 97. Lo navega Orellana, 98. Aventuras de Mad. Godin, 101, *nota*.

*América*, su nombre, I. 43, *nota*. efectos de su descubrimiento: 210. Expediciones en ella, 211. Parte septentrional y meridional, 215. Prontitud con que se reconoció su costa oriental, 215.

*Andagoya* (Pascual de), su expedición, I. 222. Relacion de sus propias aventuras, 223, *nota*. Sus noticias del imperio peruano, 230, *nota*. Instruye a Pizarro del camino que ha de llevar, 235.

*Andaguaylas*, acampa Gasca allí, II. 368.

*Andas del Inca*, I. 27, 463.

*Andes* de las cordilleras, I. 6, 144.

*Andes* (cordillera de los) I. 3, y en la *nota*. Cultivo de sus vertientes, 6, 144, 504. Salubridad de las cumbres, 14. Conjeturas sobre el origen de este nombre, 144, *nota*. Los pasa Pizarro, 432, y Alvarado, 607-611.

*Anales* peruanos, como los formaban y trasmitían, I. 128, 131, 133, mezclados de muchas ficciones, 133.

*Animales* domésticos, usó que se hacia de ellos en el Perú, I. 157.

*Antropofagismo*, no se permitía en el Perú, I. 113. Halló Pizarro rastros de él, 246.

*Anaquito*, II. 263. Batalla de este nombre, 264.

*Año*, cómo le dividían los peruanos, I. 136.

*Aposento* donde estuvo preso Atahualpa, I. 490, *nota*.

*Apóstoles*, suponen algunos que fueron los autores de la civilización americana I. 117, *nota*.

*Apurimac*, rio, lo pasa el ejército de Gasca, II. 374, 375.

*Arado*; qué usaban los peruanos en su lugar, I. 147.

*Areabuz*, admiración que causó á los peruanos I. 309.

*Arco*, no le conocían los peruanos I. 170.

*Arco-Iris*, lo adoraban los peruanos. I.

*Archivos* peruanos, en qué consistían, I. 129.

*Arzobispo*; llega allí Almagro, II. 14. Se apoderan de ella los al

magristas, 142. Relacion de su ayuntamiento, 163, *nota*. Apéndice del autor núm XIII. Gonzalo Pizarro construye galeras allí, 242. De Lima pasa á aquel lugar, 343.

*Armaduras* de los peruanos, I. 78.

*Armas*, las que usaban los peruanos, I. 79, *nota*, 664, *nota*. Fabricalas Almagro en el Cuzco, 155, y Blasco Nuñez en Popayan, 258.

*Arquitectura*, esplica el carácter nacional, I. 167. Señales distintivas de la peruana, 167-170. Inconsecuencias en ella, 171.

*Artes* mecánicas en el Perú, I. 56, 57.

*Artillería* de Almagro el joven, II. 158.

*Astrología*, I. 139.

*Astronomía* peruana, I. 136-140. Inferior á la de las otras razas americanas, 139.

*Atacama* (desierto de), lo pasa Almagro, II. 13.

*Atahualpa*, I. 384. Recibe la mitad del reino de su padre, 833. Su espíritu desasosegado, 386. Hace guerra á su hermano, 388. Castiga á los Cañaris, 389. Triunfa en Quipaycan, 391. Prende á Huascar, 392. Relatos de sus crueldades, 393. Único soberano del Perú, 397. Envía embajadores á Pizarro, 418, 436, 438. Recibe á los enviados de Pizarro, 439, 448. Su campamento, 442. Entrevista con Hern. Pizarro, 450, 451. Visitas á Pizarro en Caxamalca, 464. Su entrevista con Valverde, 470. Le hacen prisionero, 477. Relaciones contemporáneas de su prision. Apéndice del autor núm. VIII. Su encierro, 480, 491, 513. Su aspecto, 481, 551. Su opinión sobre la religion cristiana, 472, 492, 549. Ofrece un rescate, 488. Espera recobrar su libertad, 490, *nota*. Manda matar á Huascar, 494. Le acusan de promover una rebelión de sus vasallos, 498. Su entrevista con Chalcuchima, 512. Fausto con que vivía, 513. Sus presentimientos, 522. Le niegan su libertad, 537. Le forman causa, 543. Acusaciones contra él, 543, *nota*. Le sentencian á ser quemado vivo, 545. Impresion que le causa, 547. Le llevan al suplicio, 548. Es bautizado, 549. Le dan garrote, 550. Varias relaciones de su suplicio. Apéndice del autor núm X. Su carácter, 551. Sus funerales, 552. Sus restos, 553. Reflexiones sobre esto, 560. Influencia de su muerte en el Perú, 564. Su sucesor, 566. Relaciones de sus gostumbres por Pedro Pizarro: Apéndice del autor núm. IX.

*Audiencia Real*, primer nombramiento y objeto de ella, I. 219. Va al Perú con Blasco Nuñez, II. 203. Llega á Lima, 228. Desacuerdo con el virrey, 228. Este le amenaza, 232. Ella le prende, 234. envía embajadores á Gonzalo Pizarro, 235. Renuncia el gobierno en  $\Sigma$ , 238, 240, 242. Los oidores, cómo los calificaba Blasco Nuñez, 271, *nota*. Queda encargada del gobierno á la partida de Gasca, 437. Escribe al corregidor del Cuzco, 575. Manda que se pongan en libertad los indios de las minas del Potosí, 583. Nombra nuevo corregidor del Cuzco, 583. Publica una cédula sobre el servicio personal, 588. Se niega á escuchar las quejas de los descontentos, 588. Su imprudencia, 589. Le denuncian una conspiración, 590. Prende á los autores, 590. Nombra corregidor de Charcas á Hinojosa, 592. Nombra á Alonso de Alvarado para castigar á los revoltosos de Charcas, 599. Procuraba ejecutar las órdenes del gobierno, 601. Prohíbe los contratos entre los indios y sus encomenderos, 603. Sabe la sublevación de Giron, 609. Reune gente y escribe á las ciudades, 610. Rivalidades entre sus divididos, 610. Nombra dos generales, 611. Fuerza de su ejército, 614. Suspende la ejecución de las ordenanzas, 614. Envía á Mene-ses en seguimiento de Hernandez, 617. Se encuentra en Pucará, 630. Rechaza su ataque, 631. Prende y ajusticia á Hernandez, 632. Sus apuros para recompensar á las tropas, 636. Consigue sostenerlas, 636. Hace pesquisas para descubrir á los asesinos del conde de Nieva, y lo que resultó, 649.

*Avila* (Pedro Arias de), I. 219. Funda á Panamá, 221. Descubrimientos que hizo, 222. Sus expediciones, 239. Se niega á auxiliar á Almagro, 256. Su entrevista con él. Apéndice del autor núm. V. Cede su parte en la empresa de Pizarro, 259. Su paradero, 260.

*Aztecas*, su creencia sobre las almas de los guerreros, I. 33. *nota*. Contraste con los peruanos, 599.

## E.

*Balanzas* de plata las usaban los peruanos, I. 166. Para pesar oro las hallaron los españoles, 273.

*Baile*, diversion favorita de los peruanos, I. 116.

*Balboa* (Vasco Nuñez de), descubre el Pacífico, I. 216. Tiene noticia del imperio peruano, 217. Su biografía por Quintana, 220, *nota*.

*Balsas*, barcos indios, I. 70, *nota*. Las ven por primera vez los españoles, 272, 273, *nota*. Flota de ellas, 303.

*Banquete* que dió á Pizarro una primera india, I. 319.

*Barco de Avila*, Lugar del nacimiento de Pedro de la Gasca, II. 297.

*Batallas* de Pizarro con los indios, I. 249, 282. En la isla de Puna, 372. De Ambato, 388. De Quipaypan, 391. De Caxamalca, 473. de Abancay, 573. Con Quizquiz, 605. En el rio de Yucay, 645. En el Cuzco, 661, 665, 674. En Tambo, 676. De Abancay, II. 21. De las Salinas, 45. De Chupas, 172. De Añaquito, 264. De Huarina, 355. De Xaquixaguana, 388. De Panamá, 568. De Villacurí, 618. De Chnquina, 621.

*Benalcázar* conquista á Quito, I. 612. Nombrado gobernador de Quito, 618. Va á Castilla, II. 67. Se junta con Oaca de Castro, 145. Consejo que le dió, 146, *nota*. Este le envía á Popayan, 159. Escribe una carta al emperador sobre las ordenanzas, 205, *nota*. Abraza el partido de Blasco Nuñez, 246. Le socorre, 303. Se opone á que se dé la batalla á Gonzalo Pizarro, 260. Queda herido y prisionero, 265. Pizarro le devuelve su gobernación, 268. Se incorpora con el ejército de Casca, 369.

*Bernedo* (Juan), desterrado del Perú, 556. Lo que decía á Hernan de Contreras, 556. Toma parte en la sublevación de éste, 557. Va á Granada, 559. Se apodera de ella, 560. Va al Realejo, 560. Consejo que da á Hernando Contreras, 561. Vuelve sobre Panamá, 566. Le derrotan y matan, 569.

*Betel*, I. 151, *nota*.

*Birú* (rio de) noticias del Perú que se obtuvieron en él, I. 230. *nota*. Entra en el Pizarro, 235.

*Bobadilla*, árbitro entre Almagro y Pizarro, II. 30, 33, *nota*.

*Bosques*, andan entre ellos los españoles, I. 238, 275.

*Bojardo*, citado, I. 295, *nota*.

*Buenaventura*, lugar donde tomó tierra Vaca de Castro, II. 144.

## C.

*Caballo*, terror que causaba á los indios, I. 282.

*Cacao* I. 280.

- Cacerías* generales cada año, I. 159.
- Cadena* de oro de Huayná Capac, I. 38, *nota*.
- Calancha* (Fr. Antonio), noticia de sus escritos, II. 664.
- Calatayud*, corte del emperador, I. 623.
- Calendarios*, peruano, I. 136. Mosca, 188.
- Calzadas*, I. 70, 381.
- Caminatas* de los incas, I. 27. Apéndice del autor núm. 1.
- Caminos* del Perú, I. 66. De Cuzco á Quito, 67, 70, 422, 428, 501.—Descripción de ellos por un español, 68, *nota*. Cuidado de su conservación, 71. Restos de ellos, 72. Su utilidad para las tropas, 79. Descripción de Sarmiento. Apéndice del autor núm. 2. Ca mina por ellos Pizarro, 568, y Almagro, II. 7.
- Campo* de Atahualpa, I. 447.
- Candia* (Pedro de), uno de los trece compañeros de Pizarro, I. 293. Entra en Tumbes, 308. Anécdota que se cuenta de él, 309, *nota*. Acompaña á Pizarro á España, 325. Le premia el emperador, 317. Dirige la fundición de Cañones para Almagro, II. 155. Manda la artillería en la batalla de Chupas, 173. Le mata Alma gro, 173.
- Candás*, expedición de Gonzalo Pizarro en busca de esta tierra, II. 87. Llega á ella, 89.
- Cañaris*, cruel trato que les dió Atahualpa, I. 389.
- Cañones*, los hace Almagro el joven en el Cuzco, II. 155.
- Capac* (Huayna), anécdota de él, I. 54, *nota*. Su reinado, 377. Impresión que le causó la llegada de los españoles, 378. Su descendencia, 381, 382. Su testamento, 383. Su muerte, 383, *nota*, 384. Su cortesía con el bello sexo, 384, *nota*. Sus funerales, 385.
- Capac* (Manco) tradición relativa á este personaje, I. 7, 12, *nota*. Significado de su nombre, 8, *nota*.
- Capitulación* de Pizarro con la corona, I. 346, 348, *nota*. Apéndice del Autor núm. VII. Disgusto que causó á Almagro, 356.
- Caraques*, desembarca allí Alvarado, I. 606.
- Caracantes*, su manuscrito, I. 267, *nota*. Trae las instrucciones de Gasca, II. 302, *nota*. Escritor bien informado, 348, *nota*.
- Carbajal* (Francisco de) H. 172. Su juventud, 172, 408. Há base en la batalla de Chupas, 176. Júntase con Gonzalo Pizarro, 220. Desea salir del Perú, 220, 409, *nota*. Incita á Gonzalo á la

- rebelión, 324. Sus crueldades en Lima, 237. Sorprende á Blasco Núñez, 249. Sale contra Centeno, 356. Su influencia en Pizarro, 273, 335. Bravo alcance que dió á Centeno, 276. Laborea las minas del Potosí, 277, 317. Sus extraordinarias aventuras, 277, *nota*. Aconseja á Gonzalo Pizarro que se haga independiente, 279. Su parecer sobre la carta de Gasca, 330. Lo que dijo á Cepeda, 331, 338, 340. Su pericia militar, 335, 441. Su filosofía práctica, 342, 399, 406. Su compañía de mosqueteros, 353, 556. En Huarina, 353. Alcanza la victoria, 359, 361. Su energía y actividad 379. Le desagrada la conducta de Pizarro, 379. No sigue éste sus consejos, 381. No le deja ir á defender el Apurímac, 382. Su elogio de Valdivia, 391. Le hacen prisionero en Xaquixaguana, 400. Sus pupilas á Centeno, 400. Le sentencian á ser arrastrado y descuartizado, 405. Su indiferencia 406. Sus mordaces salidas, 407. Su su plificio, 408. Sus extraordinarias cualidades, 408. Atrocidades que se le atribuyen, 410. Su humor festivo y burlesco, 410.
- Carbajal* (Suarez de) asesinado por Blasco Núñez, II. 229.
- Carlos V.* en Toledo, I. 342. Se interesa en favor de Pizarro, 343. Le enternece su relación hasta hacerle llorar, 344. Su esposa ajusta la capitulación con Pizarro, 346. Sumas que recibió, 525. Entrevista con Hernando Pizarro, 623. Sus mercedes y cartas á los conquistadores, 625. Descuido con que veía sus dominios de ultramar, II. 190. Vuelve á España, 198. Memorial de Las Casas, 199. Sanciona las ordenanzas, 203. Nombra virey á Blasco Núñez, 207. Escribe á Vaca de Castro, 208. Hállase en Alemania, 296. Escribe á Gasca confirmando su nombramiento, 302. Le concede los poderes ilimitados que pedía, 305. Le manda que vaya á Flandes, 439. Le recibe benignamente, 439. Nombra virey para el Perú, 637.
- Carneros* peruanos, I. 155. Llamas. 156. Alpacas. 157. Huanacos y vicuñas. 158. Modo de cazarlos. 159. Su lana. 160. V. *Llama*.
- Casas*, V. *Las Casas*.
- Casos* que usaban los Peruanos, I. 78, 646.
- Castas* división de ellas en el Perú, I. 162. Favorece el adelanto de las artes, 162, *nota*.
- Castellano*, su valor, I. 527, *nota*.
- Castilla*, (Sebastian de); joven noble, II. 593. Su inesperienza,

594. Se fuga á Charcas, 594. Se finge amigo de Hinojosa, 594. Ayuda á su asesinato, 595, 596. A los pocos dias es asesinado por sus cómplices 599.

*Castro* (Lope Garcia de) pasa al Perú, II. 650. Su acertado gobierno, 651.

*Catarata del Napo*, II. 92.

*Cazamalca*; campo del Inca allí, I. 437, 439. Sus aguas termales, 437. Su valle, 441. Los Españoles entran en la ciudad, 444, 445. Descripción de ella, 444. Entra Atahualpa en la plaza, 469. Ataque á los Peruanos, 473.

*Caras*: va Soto á este lugar, I. 418. Lo que hizo allí, 421. Pasa Blasco Nuñez por el valle de este nombre, II. 250.

*Centeno* (Diego) se subleva contra Gonzalo Pizarro, II. 256. Perseguido por Carbajal, 276. Se esconde en una cueva, 276. Se apodera del Cuzco, 333. Estorba el paso á Pizarro, 349. Escapa como por milagro en Huariana, 363. Se burla de él Carbajal, 400. Su muerte, 421.

*Cepeda*, II. 229. Nombrado presidente de la Audiencia, 234. Se adhiere á Gonzalo Pizarro, 242. Redactó la carta de Lima para Gasca, 323. Insiste en que se desechen las ofertas de Gasca, 331. Acusa á Carbajal de cobardía, 331. Nombrado general de Pizarro, 335. Forma causa á Gasca, 337. Habla á los vecinos de Lima, 340. Abandona á su gefe en Xaquixaguana, 393. Cómo le recibe Gasca, 394. Le acusan en Castilla de alta traicion, 420. Su defensa, 421, *nota*. Muere en la prision, 421.

*Cianca*, hermano del oidor, capitán de los vecinos del Panamá, y lo que hizo, II. 566.

*Ciencia*, la monopolizaban los amautas, I. 126. El entendimiento de los Peruanos no era apropósito para ellas, 135. Los modernos son superiores en ellas á los antiguos, 203. Sus progresos comparados con los de las bellas artes, 204.

*Cieza de Leon*; noticia crítica sobre este autor, II. 287. Autoridad de peso 370. *nota*.

*Civilizacion*: origen de la del Perú, I. 7. Señales de ella en las leyes y costumbres del Perú, 43, 135, 157. Los Españoles encuentran pruebas de ella, 279, 310, 316.

*Clases trabajadoras*, cuidaba de ellas el gobierno peruano, I. 60.

*Clima*, grande variedad de ellos en el Perú, I. 149.

*Coaque*, los Españoles saquean un pueblo allí, I. 362.

*Coca*, I. 151, II. 87. Perniciosos efectos de su uso 152, *nota*.

*Código para las colonias*, II. 203, *nota*.

*Colon*, su error respecto á sus propios descubrimientos, I. 210. Su jurisdiccion en el Nuevo Mundo, 218. Fué el primero que dió encomiendas, 540.

*Colonias fundadas por Pizarro*, I. 406, 620, II. 81.

*Colonias españolas*, fué muy perjudicial á los indígenas el modo con que las adquirió la metrópoli, II. 191.

*Comercio*, no lo tenían los Peruanos, I. 155, 166. El de las naciones antiguas, 207. El de la edad media, 208.

*Comidas*, á qué horas y cómo las hacian los Peruanos, I. 27, *nota*.

*Composiciones dramáticas de los Peruanos*, I. 135.

*Concubinas del Inca* I. 37, *nota*.

*Condor*, I. 158, 435, II. 8.

*Conquistadores del Perú*, escesos que cometieron, I. 638. II. 137, 193. Eran de peor calaña que los de Méjico, 193.

*Conquistas*, de Huayna Capac, I. 14. Trato de los Peruanos á los pueblos conquistados parecido al de los Romanos, 81. Medios de que se valian los principales peruanos para afirmar sus conquistas, 82-88. Política de de los Incas en ellas, Apéndice del Autor, núm. 2.

*Consejo para el gobierno de las provincias del Perú*, I. 44. Convocado uno por Felipe II, para tratar de asuntos de las colonias II. 295.

*Consejo de Indias evita Pizarro su visita*, I. 355.

*Conspiracion contra Pizarro*, II. 213.

*Contrato entre Pizarro, Almagro y Luque* II. 261. Apéndice del Autor núm. 6.

*Contreras* (Hernando) su descontento, II. 556. Cede á las instancias de los revoltosos, 557. Marcha á Nicaragua, 558. Asesina al obispo de Nicaragua, 559. Va al Realejo, 559. Sorprende á Panamá, 562. Sale de allí, 564. Vuelve hácia Panamá; pero no llega sino que se va á Natá, 570. Le hallan muerto en un charco, 570.

*Contreras*, (Pedro), acompaña á Bermejo al Realejo, II. 560.

Queda encargado de los buques, 561. Los de Panamá le quitarán una embarcación y se sale del puerto, 565. Va á la punta de Higuera, 571. Salta á tierra y se fuga, 571. No se volvió á saber de él 551.

*Contreras* (Rodrigo) padre de Hernando y de Pedro, II. 555.

*Cobre*, instrumento de este metal, I. 164.

*Conventos de Virgenes del Sol*, I. 118. En Tumbes, 310. En Caxamalca, 444. En el Cuzco, 517, 639, *nota*. Se libra del incendio del Cuzco, I. 654. Quebrantan su clausura los Españoles II, 194.

*Coricancha*, templo del Sol, I. 103.

*Correos*, en el Perú, I. 72. Casas de relevo, 72 *nota*. 569. Correos en oriente, 74 *nota*.

*Cortés* (Hernando), no puede ir con Ojeda, I. 228. En España con Pizarro, 354. Socorre á Pizarro, 34. II. 254. Su ejemplo seguido por Pizarro, I. 374, 410, 458. II. 134.

*Cotapampa*; pusa Gasca el Apurimac por allí, II. 374.

*Cotopaxi*, visto la primera vez por los Españoles, I. 302.

*Crímen*, como lo castigaban los Peruanos, I. 47, 49.

*Cristianismo*: Semejanza de sus ritos con los Peruanos, I. 116, 118. Tentativas para convertirse á Atahuallpa, 471, 548. Esfuerzos de los misioneros para convertir á los indigenas, 602, 604.

*Cronología* de los Peruanos, I. 136. Descuido con que la veían los antiguos cronistas, 274 *nota*, 302, *nota*.

*Cruzados*, su religion, I. 214.

*Cubagua* (Isla de) hace rumbo á ella Orellana, II. 97.

*Cuerpo*: los Peruanos creían en su resurrección, I. 97. Los embalsamaban, 27.

*Cupay*, ó genio del mal, I. 96.

*Cuzco* (valle del), una de la civilización peruana, I. 7. Significado de este nombre, 7 *nota*.

*Cuzco* (ciudad del), I. 14, 588. Su fortaleza, 16, 17 *nota*, 589. Su templo del Sol, 16, 103, 515, 590. División de la ciudad, 44. Era la Meca del Perú, 108. Los generales de Atahuallpa se apoderaron de ella, 392. Atahuallpa le pide oro, 490. Pizarro envía emisarios á ella, 499. Noticias que trajeron, 515, 566. Su rapacidad allí, 517. Riqueza que se encontró, 517, 592. Marcha Pizarro á ella, 567. Entra, 565. Descripción de la ciudad, 566. Coronación

del Inca Manco, 598. Discordia entre Almagro y los Pizarros, 632. Ajuste entre ellos, 633. Se fuga el Inca Manco, 644. Y luego pone sitio á la ciudad, 650. Y le prende fuego, 651. Apuros de los Españoles, 658, 669. Atacan la fortaleza, 664. Combates caballerescos en las cercanías de la ciudad, 674. Almagro alega derechos, II. 16. Y se apodera de ella, 19. Se la cede Pizarro, 33. Prenden y encierran á Almagro en ella, 47. Le sentencian y le ajustician allí, 53, 57. Entra Pizarro, 66. Los Almagristas, 142. Almagro el joven se apodera de la ciudad, 153. Sale de ella, 159. Y entra Vaca de Castro, 184. Suplicio de Almagro, 183. Entra Gonzalo Pizarro, 213. Lo que allí hizo, 214. Junta gente, 219. Sale, 220. Centeno se apodera de la ciudad, 333. Vuelve á ella Gonzalo Pizarro, 364. Su vida regalada allí 378. Sale para Xaquixaguana, 384. Gasca toma posesion de la ciudad, 421. Dónde hace ajusticiar á los rebeldes, 407, 415, 421. Sale de ella Gasca, 423. Se distribuyen los repartimientos, 425. Se amotinan los soldados, 428. Sale de allí Hernandez Giron, 547. Publicase el segundo repartimiento, 573. Alborotos de Giron, 575, 581. Nombrala ciudad sus procuradores, 602. Revolucion de Giron, 604. Prende al corregidor, 606. El ayuntamiento da amplios poderes á Giron, 608. Sale éste 612. Entra Alvarado 520. Vuelve á salir, 621. Entra el ejército real, 630.

## CH.

*Chalcuchima*, I. 388. En Janja, 509. Va á Caxamalca, 514. Su entrevista con Atahuallpa, 512. Le acusa Pizarro, 578. Le forman causa, 581. Le queman vivo, 582.

*Charcas*, sometida por Gonzalo Pizarro II. 63. Reconoce sus minas de plata, 206. Se le subleva la provincia, 275. Hinojosa nombrado corregidor de ella, 593. Desordenes en ella, 593. Asesinato de Hinojosa, 596—597. Alvarado va por corregidor, 599. Su severidad, 600.

*Chasquis*, correos peruanos, I. 72.

*Cherés*, (Francisco de) H, 120.

*Chicambó*, I. 254.

*Chicha*, bebida peruana, I. 438, 453, 599.

*Chile*, el Inca Yupanqui entra en él, I. 14, 376. Expedición de Almagro, II. 7—13. *Los de Chile* ó Almagristas, 69, 110. Valdivia va allá, 84. Vuelve, 369.

*Chiniborazo*, I. 4. Le da vista Pizarro por primera vez, 302. Batalla en su falda, 388.

*Clanos*, sus correos, I. 74 nota.

*Chupas*, llanuras, II. 168. Batalla de este nombre, 172—179. Pasa por allí Gonzalo Pizarro, 224.

*Desórdenes*, que ocasionaron en el Perú las reales ordenanzas, II. 204.

## D.

*Deidades* que adoraban los Peruanos, I. 98, 100, 101.

*Despotismo* en el Perú, I. 18, 178.

*Descubrimientos*; primeros pasos de las naciones europeas, I. 208. Objeto de ellos en el siglo XVI, 210. Expediciones salidas de Panamá, con este fin, 222. Impulso que dió á los descubrimientos la conquista de Mejiço, 223. Primer viaje de Pizarro, 234. Falta de firmeza en su objeto, 245.

*Dialecto Quichua*, I. 134.

*Diluvio*, tradiciones acerca de él, I. 96 nota.

*Dios*, elevadas ideas I que de él tenían en el continente americano, I. 94, V. *Religion*.

*Drake*, primer corsario inglés en las costas del Perú, II. 661.

## E.

*Eclipses*, no acertaron los Peruanos con su verdadera causa, I. 140.

*Edad media*, estado de la geografía en aquella época, I. 208.

*Educacion*, en el Perú no se daba al pueblo, I. 125. Cual era la de la raza de los Incas, 126. Escuelas y amautas, 127. Falta de educacion en Pizarro, 227, 559. II. 130, 141.

*Ejército*, de Francisco Pizarro I. 414. D. Gonzalo Pizarro, II. 334.

*Embalsamamiento*, cómo lo hacían los Peruanos, I. 35, 97.

*Emigracion* al Nuevo Mundo, furor que había por ella en España,

I. 211, nota, 627. La protegía el gobierno español, I. 347.

*Empleados* de las Colonias, conducta que observaba con ellos la corona, I. 260. Desprecio con que trataban á los conquistadores. II. 530.

*Empresas*; vuelo que tomaron con los adelantos en la navegacion, I. 208. Carácter romanescó de las que se hacían en el Nuevo-Mundo. 24. Peligros de que iban acompañadas, 212. Diferencia entre las que se hicieron á ambos continentes de América, 214, 215.

*Enciso* (el bachiller) hace prender á Pizarro, I. 341.

*Encomenderos*, sus obligaciones, II. 541.

*Encomiendas*, en qué consistían, II. 541, 544, nota. V. *Repartimientos*.

*Epidemia* que ataca á los españoles, I. 366.

*Equinoccios*, cómo los determinaban los peruanos, I. 136. Importancia que les daban, 137.

*Equitacion*; luce solo su destreza en ella, I. 451.

*Ercilla*, su Araucana, II. 42, nota.

*Escasos* de los Conquistadores del Perú, I. 638. II. 193.

*Esclavitud* de los Indios, ordenanzas sobre ella, II. 201, 202. La quita Gasca en el Perú, 432.

*Escobar*, (Maria de), fué la que introdujo el trigo en el Perú, I. 153, nota.

*Escudo* de la familia de Pizarro, I. 351.

*Esméraldas*, las tenían los Peruanos, I. 163. Río de este nombre, 281. Minas de ellas, 281, nota. Las rompían los Españoles, 364.

*España*, una de las primeras naciones que empezaron los descubrimientos, I. 209. Emigracion de sus naturales al Nuevo Mundo, 211. Su imperio ultramarino, 218. Va á ella Pizarro, 341. Llega Hernando Pizarro, I. 623, II. 71: Efecto que produjo allí la rebelion de Gonzalo Pizarro, 293.

*Espanoles*; en el Nuevo Mundo, I. 211, 214. Tienen noticias del Perú, 216, 223, 254, 322. Agüeros y prodigios que anunciaron su venida, 379, 380, 522. Su repugnancia á seguir á Pizarro, 234, 268, 287, 354, 359. Sus trabajos, 236, 240, 244, 275, 291, 366, 628, II. 90, 98, 105, 351. Sus pérdidas, I. 241, 268, 276, II. 105. Su descontento y murmuraciones, I. 239, 286, 315. Sus batallas con los Indios, 251, 372, 474, 573, 605, 645, 656, 660, 665, 674, 676,

II. 15. Impresion que produjeron en el Perú, I. 304, 314, 372, 379. Division de botin entre ellos, 364, 531, 593. Su consernacion, 403. Jornada agradable, 413. Cuántos iban con Pizarro, 414. Su entusiasmo, 429. Su penosa jornada por los Andes, 432. Su entrada en Caxamalca, 444. Sus funestos presentimientos, 453. Les habla Pizarro, 454. Su entusiasmo religioso, 455, 462, 578. Acometen á Atahuallpa, 476. Su rapacidad, 517. Su marcha al Cuzco, 567. Entran en el Cuzco, 585. Efecto que causó en ellos la riqueza, 595. Su crueldad, con los Indios, 638. II. 9, 193. En el sitio del Cuzco, I. 650-677. Quieren abandonar la ciudad, 658. Salen á la jornada de Chile, II. 7-13. Sus batallas entre ellos mismos, 45, 174, 265, 357. Van á la expedición de las Amazonas, 87, 89. Su firme lealtad, 146, 545. Siguen á Almagro el joven, 158. Su inclinacion al oro, 194. Su imprevision 195. Les llenan de consernacion las ordenanzas, 204, 211. Suplican de ellas á Vaca de Castro, 205; y á Gonzalo Pizarro, 206, 212. Se unen á este, 224. Influencia de las proclamas de Gasca, 329. Abandonan á Gonzalo, 341, 394. Su descontento con los repartimientos, 423. Posicion triste de muchos, 544. V. *Oro y Peruanos*.

*Espinosa* (Gaspar de), adelanta dinero para la expedicion de Pizarro, I. 265. Su porcion en el rescate del Inca, 534. Trae refuerzos á Pizarro, II. 23. Le envia éste á tratar con Almagro, 25. Su muerte, 26.

*Espíritu maligno*, creian en él los Peruanos, I. 96.

*Esposa del Inca*, I. 20 *nota*.

*Éstete*, I. 506 *nota*.

*Estrellas*, las adoraban los Peruanos, I. 100, 105.

*Europa*, su estado durante la edad media, I. 203. Efecto que produjo en ella el descubrimiento de la América, 210.

## F.

*Felipillo* intérprete de Pizarro, I. 320. Su enemistad á Atahuallpa, 481, 538. Enredo suyo, 538, *nota*. Trastorno contra el Inca. Las declaraciones de los testigos, 544. Le hace ahorcar Almagro, 561, *nota*.

*Ferías*, I. 148.

*Fernandez*, su lealtad, II. 254, *nota*. Observaciones sobre un pasage de su obra, 345 *nota*. Noticia de su vida y escritos, 453, 579, *nota*.

*Fiestas religiosas*, I, 111. Fiesta del Raymi, 111-116.

*Fornicacion*, como se castigaba en el Perú, I. 47, *nota*.

*Fortalezas* solidez de las de Cuzco, I. 16, 589. Formaban parte del sistema militar de los Incas, 19. Para alojamiento de los ejércitos, 71, 79, *nota* 414.

*Gallo*, (Isla del), fondea Ruiz en ella, I. 271. Desembarca en ella Pizarro, 279. Se quedan en ella los Españoles, 286. Llega Tafur, 291.

*Garcia*, (Fr. Marcos) su predicacion en Vilcabamba, II. 653, 654.

*Garcilaso* de la Vega, no hay que fiarse de su geografía, I. 3, *nota*. Autor copioso, 44, *nota*. Su testimonio desechado, 100, *nota* 114 *nota*. Noticia crítica de este autor, 326. Sus defectos como historiador, 330 *nota*. Acaso le engañaron, 419, *nota*. *Garcilaso* de la Vega, padre del historiador, su muerte, II. 647. Amigo de o novelesco, 477, *nota*. Era peruano por nacimiento, 564, *nota*. Parcial en favor de Gonzalo Pizarro, II. 279 *nota*, 325, *nota*, 411 *nota*. Su padre, 354, *nota*, 359 *nota*. 394. Testigo de vista de lo que hizo Gonzalo en el Cuzco, 365, *nota*, 411, *nota*. Y de la rebellion de Hernandez Giron, 606.

*Garrote*, I. 549, *nota*.

*Gasca* (Pedro de la), II. 297. Su nacimiento y juventud, 298 *nota*. Su acertado manejo en Valencia, 299. Nombrado para ir al Perú, 301. Pide poderes ilimitados, 303. Escribe al emperador, 304. Se le concede lo que pedia, 305. Renuncia una mitra, 307. Llega á Santa Marta, 308. Pasa á Nombre de Dios, 310. Su prudente conducta, 311, 313. Convence á Mejía, 312. Reparte manifiestos, 314. Entra en comunicaciones con Gonzalo Pizarro, 315. Escribe á éste y á Cepeda, 316, 317, *nota*. Se niega á prender á Hinojosa, 318. Convence á Aldana, 324. Le entrega Hinojosa la flota, 325. Junta gente, 327. Sentenciado por Cepeda, 337. Sale de Panamá, 344. Disipa los temores de los marineros, 345. Fija su cuartel general en Jauja, 347. Su actividad, 367. Marcha á Andaguaylas, 368. Elogia á Valdivia, 370. Su ejército, 371. Pa-

en el Abancay y el Aparimac, 372, 375, 377. Hace proposiciones á Pizarro, 387. Llega á Xaquíaguana, 389. Cómo recibe á Cepeda, 394; y á Gonzalo Pizarro, 398; y á Carbajal, 401. Su *Relacion*, 403, *nota*. Entra en el Cuzco, 421. Dificultades para distribuir los repartimientos, 423. Entra en Lima, 428. Cuidaba de los indigenas, 431. Sus sábias reformas, 432. Su prudencia y economía, 434. Rechusa regalos, 435. Sale del Perú, 437. Llega á España, 438. Se presenta al emperador y le nombran obispo de Sigüenza, 439. Su muerte, 440. Su carácter, 442-446. Aprestura su viaje, 551. Deja al secretario de la Audiencia la lista del segundo repartimiento, 551. Recibe una cédula del rey, 551. Suspende su ejecución, 552. Da á la vela del Callao, 553. Llega á Panamá, 553. Se dispone á pasar el Istmo, 554. Llega á la Venta de Cruces, 555. Adelanta un mensajero á Nombre de Dios, 555. Sale de Nombre de Dios para Panamá, 571. Castiga á los sublevados del Istmo, 571.

*Geografía*, lo que sabian de ella los peruanos, I, 136. Causas de la lentitud con que adelanta, 206. De las naciones antiguas, 207. De la edad media, 208.

*Giron, V. Hernandez.*

*Gnomon*, usado para determinar los equinoccios, I, 136. En Florencia, 137, *nota*.

*Gobierno colonial*, en España, I, 218.

*Gobierno español*. Pizarro se resuelve á acudir á él, I, 323. Su política, 348. Sus esfuerzos para reformar abusos en las colonias, II, 197, *nota*. Su política en los descubrimientos de América, 538.

*Godínez*, (Vasco); maestre de campo de Castilla, ayuda á asesinarlo, II, 599. Restablece las autoridades legítimas, 599. Pero no les deja libertad, 599.

*Gomara*, noticia de este escritor, II, 282.

*Gomera*, (Isla de la), I, 355.

*Granito*, su uso en el Perú, I, 168.

*Griegos*, diestros en el arte de navegar, I, 206.

*Guaitara*, (pasos de), II, 37.

*Guamanga*, II, 165. Prenden, procesan, y ajustician allí á los partidarios de Almagro, 181, 182. Sus vecinos abrazan el partido de Gonzalo Pizarro, 224, y luego el de Giron, 609.

*Guancabamba*, I, 422.

*Guano*, I, 146.

*Guerra*, modo con que la hacían los Peruanos, I, 78, 80. Carácter religioso que tenían entre los Peruanos, 92.

*Guzman*, [Egas de], conspirador, II, 593.

## H

*Hambre*, trabajos que hace pasar á los Españoles, I, 237, 239, 244, 276, 291, II, 8, 95, 105, 251.

*Harances*, poetas peruanos, I, 133, *nota*.

*Hereditero* presuntivo de los Incas, su educacion, I, 20. Sus insignias, 23.

*Hernandez Giron*, (Francisco), su descontento por el repartimiento de Gasca, II, 546. Sale del Cuzco, 547. Le prenden por órden del corregidor, 549. Puesto en libertad, 549. Va á Lima, 549. Nómbrale Gasca para ir á conquistar, 550. Va al Cuzco á juntar gente, 574. Se disgusta con el corregidor, 575. Arenga á sus tropas, 576. Le reconviene el corregidor, 576. Entrevista en la Iglesia, 576. Vuelven á desavenirse por la prición de un soldado, 577. Segunda entrevista, 578. Trata de sosegar á sus soldados y no puede, 580. Se presenta al corregidor, 580. El cual le prende, 580. Y le forma causa, 581. Le sentencia á muerte, 581. No se ejecuta la sentencia sino que le envía á Lima, 581. Donde le ponen en libertad, 581. Y se casa, 581. Por lo que le permiten volver al Cuzco, 582. Los vecinos le dan sus poderes, 603. No vivia seguro, 604. Toma las armas por temor, 605. Prende en una boda al corregidor del Cuzco, 605, 606. Se apodera de la ciudad, 606. Y de la caja real, 607. Arma los presos de la cárcel, 607. Se hace nombrar procurador general, 608. Escribe á las ciudades, 609. Y á la Audiencia, 609. Sale del Cuzco, 612. Desercion que sufre su ejército, 612. Pasa á Guamanga, 613. Lema de sus banderas, 613. Pasa por Jauja y llega á Pachacamac, 613. Trata de sorprender el campo real, 615. No lo consigue y se retira, 615. Deja á todos en libertad de seguirle ó abandonarle, 616. Sorprende á Meis en Villacuri y le derrota, 618. Continúa su retirada, 619. Forma una compañía de negros, 619. Se

sitúa en Chuquiuga, 621. Donde le acomete Alvarado, 622. Ba-  
alla de Chuquiuga, 623-626. Victoria de Hernandez, 626. Envía  
oficiales al Cuzco y á otras ciudades, 627, 628. Los que cometen  
mil escesos, 628. Va Hernandez á Pucará sin entrar en el Cuzco,  
630. Acomete al ejército real y es rechazado, 631. Abandona á  
los suyos y se fuga, 631. Es preso y llevado á Lima, 632. Le for-  
man causa, 632. Es sentenciado á muerte, 633. Y se ejecuta la  
sentencia, 633. Noticias de su vida y reflexiones, 633-636.

*Herramientas de los Peruanos*, I, 164, *nota*.

*Herrera*, valor de su testimonio, II, 65, *nota*. Sus anacronismos  
notados por Quintana, 261, *nota*. Noticia crítica, 281. Continua-  
ción de su obra, 633, *nota*.

*Hierro*, no lo conocían los Peruanos, I, 164, 307. Con qué lo su-  
plian, 165. Los Españoles emplearon plata en su lugar, 510.

*Hinojosa (Pedro de)*, gobernador de Panamá, II, 312. Sospe-  
cha de Gasca, 313. Entrega á éste la flota de Pizarro, 325. Pizar-  
ro confiaba mucho en él, 330. Toma el mando del ejército de  
Gasca, 371. Nombrado corregidor de Charcas, 592. Conspira-  
ción para asesinarlo, 594. Se le denuncia y no hace caso, 595.  
Entran los conjurados en su casa, 596. Le matan, 597. Noticias  
de su vida, 597-598.

*Huáquin (Alvarez de)* quita el Cuzco á los Almagristas, II, 143.  
Su rivalidad con Almagro., 160. Se reconcilia con él, 161. Muere  
en Chupas, 177.

*Holocausto*, forma de sacrificio paculiar á los Peruanos, I, 99.

*Hoyas*, I, 145.

*Huacas*, I, 161, *nota*.

*Huanacos*, V. *Cárneros peruanos*.

*Huarina*, (batalla de) II, 355-360.

*Huascar*, significado de este nombre I, 381, *nota*. Heredero de  
Huayna Capac, 381. su génio pacífico, 385 se queja á Atahuallpa,  
386. En guerra con éste, 387. Es derrotado, 389. Batalla de  
Quipaypan. 391. Es hecho prisionero por su hermano, 392. Sus  
esfuerzos para lograr la libertad, 492. Atahuallpa lo hace matar.  
494.

*Huaura*, II, 153. Vaca de Castro se junta allí con Alvarado, 160.

*Huayna*, V. *Capac*.

*Humboldt*, (M. de) su excelente pintura de las cordilleras, I, 4.  
*nota*. Su descripción de los puentes del Perú, 70, *nota*. Su aná-  
lisis del calendario Mosca, 133, *nota*. Su análisis de un cincel pe-  
ruano, 164, *nota*.

## I

Ica, II, 38.

Iglesias edificadas por los españoles en el Perú, I, 108, 532, 601,  
621, II, 41, *nota*.

*Imaginación*, sus obras antiguas y modernas, I, 203.

*Inca*, significado de esta palabra, I, 8, *nota*. Su esposa, 20, *no-  
ta*. Su heredero, 26, *nota*. Su poder absoluto, 18, 25, 123, 178,  
563. Su alta gerarquía, 25, 491, 512. Su traje é insignias, 26, 448,  
469, 514. Sus caminatas, 27. Apéndice del autor núm. I. Sus  
palacios, 29, 30. Su servidumbre, 31, 448. Sus rentas y riqueza,  
32, 33. Sus funerales, 33. Costumbre singular relativa á su ca-  
dáver, 35. Mandaba el ejército, 79, 91. Reverencia en que era  
tenido, 179, 512, 563. Su política, 181. Su trono, 468, 531. V,  
*Atahuallpa*, *Manco*, *Sayri*, *Tupac* y *Tupac Amaru*.

*Indios*, comercia Pizarro con ellos, I, 229. Trata con ellos, 243.  
426. Batallas contra ellos, 249, 250, 252, 372. Su conversión, 260,  
348. Hospitalidad con que reciben á los españoles, 310, 313, 314.  
Temor que les tenían, 367. Esfuerzos de Las Casas en favor suyo,  
II, 201. Ordenanzas favorables á ellos, 201. Se sirve de ellos  
Gonzalo Pizarro, 219, 239, *nota*. Saquean ambos campamentos en  
Chuquiuga, 626.

*Interpretes de Pizarro*, I, 420, 450.

*Inti-Cusi Yupanqui*, elegido Inca en Velcabamba, II, 652. Abra-  
za la fe cristiana, 653. Su apostasia, 653. Persigue á los misio-  
neros, 654. Su muerte, 654.

*Irring*, su biografía de Balboa, I, 220, *nota*.

*Islas de las Perlas*, I, 235. Pizarro despacha á ellas á Montene-  
gro, 240. Toca en ellas Almagro, 254.

## J

*Jardines de Yucay*, I, 31.

*Jauja*, I, 510. Llegan allí los españoles, 560, 571. Dejan allí

su oro, 580. Carta de su Ayuntamiento, 585 *nota*. Batallas con Quizquiz, 605. Gran cacería allí, 616. La sitían los Peruanos, 670.

*Joyas*, I, 26, 36, 104.

*Judea*, su ley agraria comparada con la del Perú, I, 52.

*Justicia*, cómo se administraba en el Perú, I, 45. Comparada la del Perú con la de México, 49. Modo de administrarla barato y efectivo, 50, *nota*.

*Ladrillo*, su fabricación y uso en el Perú, I, 168.

*Lana*, como se distribuía y trabajaba, I, 55. De los llamas, 155. De los huanacos y vicuñas, 158. Como la recogían y usaban los Peruanos, 160.

*Lazo*, lo usaban como arma los peruanos, I, 656.

*Leche*, su uso era desconocido en el continente americano, I, 157, *nota*.

*Leguisamo*, su elogio del gobierno del Perú, I, 184, *nota*. Su testamento en el apéndice del autor, número VI.

*Lejeseña*, V. *Leguisamo*.

*Leyes*, sencillez y severidad de las del Perú, I, 46. Las que dió Vaca de Castro para las colonias, II, 187.

*Libertad*, era el fin principal de los colonos Norte-Americanos, I, 214.

*Lima*, su fundación, I, 620. Empeño de Pizarro en levantar edificios en ella, 635, II, 83, 107. Le ponen sitio los peruanos, I, 657, 671. Sale de ella Pizarro contra Almagro, II, 24. Sale de ella Hernando Pizarro para España, 70. Su arzobispo pretende el empleo de general, 610.

*Límites*, disputa sobre esto entre Pizarro y Almagro, II, 16, *nota*.

*Loaysa*, (Alonso) celebraba sus bodas en el Cuzco cuando se levantó Hernandez, II, 604.

*Loaysa*, va con una embajada á Gonzalo Pizarro, II, 226, 227, *nota*.

*Leyola*, (Martin Garcia de) manda las fuerzas enviadas contra Tupac Amaru, II, 656. Le prende y lleva al Cuzco, 657. Casa con al hijo de Sayri Tupac, 661 *nota*. Le matan los Araucanos, 661 *nota*.

*Luna*, su templo, I, 105.

*Luzuc*, [Hernando de] I, 232. Se asocia con Pizarro y Alma

gro, 232. Convence á Pedrarias, 258. Da la comunión á sus compañeros, 263. Epíteto que le aplicaban, 264. Firma el contrato por Espinosa, 266. Escribe á Pizarro animándolo, 291. Le disculpa con el gobernador, 293. Desconfía de Pizarro, 325. Le premia el gobierno, 346. Su muerte, 534.

## LL.

*Llamas*, I, 6. Pertenecían al sol y al Inca, 55. Modo de cuidarlos, 55. Su uso como bestias de carga, 156. Rebaños que poseía el gobierno, 157. Los ve Pizarro por primera vez, 304. Presentados al emperador, 343. Los destruyen los españoles, 486, II, 195. Numerosos rebaños que vieron, I, 486, 503.

*Llanto*, insignia del Inca, I, 26.

*Llorente*, publica por primera vez el razonamiento de Las Casas, II, 200.

## M

*Magistrados* peruanos, estímulos para su fidelidad, I, 45. Sugerarquías y autoridad, 45.

*Maiz*, su cultivo y uso en el Perú, I, 150. Licor que hacían de él, 151, *nota*. Sementeras de él que vieron los españoles, 279, 502.

*Mata* entrevista de Pizarro y Almagro allí, II, 30.

*Mama Oello Huaco*, I, 7, significado de este nombre, 8, *nota*.

*Manantiales* de agua caliente en Caxamalca, I, 437.

*Manco Inca* I, 381. Pide protección á Pizarro, 583. Este le coloca en el trono, 597. Su ánimo elevado, 640. Se huye á los españoles, 641. Le prenden, 642. Vuelve á escaparse, 644. Pone sitio al Cuzco, 650. Se ve atacado en Tambo, 675. Almagro le derrota, II, 15. Orgoñez le persigue, 27. Sus hostilidades contra los españoles, 79, 222. Quiere Pizarro entrar en tratos con él, 80. Su muerte, 221. Su carácter, 221.

*Manco*, V. *Gapac*.

*Manufacturas*, las erigía el gobierno del Inca, I, 56. De telas para el Inca, 56 *nota*. Relación entre ellas y la agricultura, 154. Ventajas con que contaban para ellas los peruanos, 155. Destreza de

los peruanos en las de lana, 161. Acopios que encontraron los españoles, 486. Muestras que se enviaron al emperador, 624.

*Marañon. V. Amazonas.*

*Marmontel, I, 112 nota.*

*Matrimonio*, de los Incas y nobles, 121. Del pueblo, 121. No se hacían con libertad, 123.

*Mc. Culloh*, un error suyo, I, 11, *nota*. Autoridad respetable en Antigüedades de América, 100, *nota*.

*Meja*, (Hernán), gobernador de Nombre de Dios, II, 310. Su entrevista con Gasca, 311. Abraza su partido, 312. Gasca le envía á Hinojosa, 313.

*Mejicanos*, su moneda, I, 166.

*Mendoza*, (Don Andrés Hurtado de) Marqués de Cañete, nombrado virrey del Perú, 638. Llega al Perú, 638. Su severidad, 639. Trata de sacar á Sayri Tupac de su retiro, 640. Mercedes que le hace, 643. Envía una expedición á Chile, 646. Recibe la noticia de su relevo, 647. Su muerte, 648.

*Mendoza* (D. Antonio), pone en libertad á Hernando Pizarro, II, 70. Su prudencia en la ejecución de las ordenanzas, 218. Nombrado virrey del Perú, 584. Acepta, 584. Llega á Lima, 585. Su modestia, 585. Sus providencias, 586. Funda la Universidad de Lima, 586, y *nota*. Manda escribir la historia del Perú, 586, y *nota*. Se niega á publicar una cédula, 587. Oye venignamente á los agraviados, 588. Su enfermedad y muerte, 591. Sus funerales y su elogio, 591.

*Mendoza* (D. Francisco), visita todo el país y va á España, II, 586. Sus buenas prendas, 586 y en la *nota*.

*Mendoza*, (D. García Hurtado de) va á Chile, II, 646. Le derrotan los Araucanos, 646.

*Meneses*, (Pablo) sus desavenencias con Martín de Robles en Charcas, II, 593. Nombrado maestro de campo del ejército real, 611. Sale en persecución de Hernández, 617. Le alcanza en Vella curi, 617, 618. Es sorprendido y derrotado por Hernández, 618, 619. Le nombran general del ejército real, 629. Derrota á Hernández en Pucará, 630.

*Mesones. V. Tambos.*

*Metal* en bruto, cómo lo fundían los Peruanos, I, 166.

*Minas*, su laboreo, I, 32, 57, y *nota*. Pertenecían al Inca, 57. Las de Potosí, II, 68, 69, *nota*, 206, 377.

*Misioneros*, I, 602, II, 196. Los doce que menciona Naharro, 196 *nota*.

*Mitimacs*, I, 87, 89, *nota*.

*Molina* (Alonso de) entra en Tumbes, I, 307. Se queda allí, 320.

*Momias* de los príncipes peruanos, I, 35, *nota*, 591. Las sacaron cuando se coronó Manco, 599.

*Moneda*, no conocían los Peruanos su uso, I, 166. Su valor antiguo y moderno, 528, *nota*. La primera que se acuñó en el Perú, II, 649.

*Montenegro*, va por socorros á Panamá, I, 240. Vuelve á juntarse con Pizarro, 244. Le auxilia contra los Indios, 251.

*Montesinos*, noticia crítica, I, 684. Autoridad de poco peso, 41<sup>a</sup> *nota*.

*Morales* [Luis de], su relación, II, 196, *nota*.

*Morton*, su obra sobre los cráneos, I, 41, *nota*.

*Moscas*, su astronomía, I, 933. Su historia por Piedra hita, 138 *nota*.

*Mosquetes*, los hacen con las campanas, de Lima, II, 227.

*Motupe*, se detiene allí Pizarro, I, 424.

*Muertos*, cómo los embalsamaban, I, 97. Cómo los enterraban, 98, 98, *nota*.

## N.

Naciones orientales, su semejanza con los peruanos, I, 155.

Naharro, I, 471, *nota*, II, 196, *nota*.

Napo, (rio), descubierto por Gonzalo Pizarro, II, 91, quien lo pasa con mucho trabajo, 93.

Nasca, II, 38.

Navegación, mejoras en ella, I, 203. Cómo navegaban los primeros descubridores, 245.

Nicoya, II, 560.

Nobleza inca, I, 37. Hablan poco de ella los cronistas, 52, *nota*. Exenta de tributos, 63. Su importancia, 179.

Nombre de Dios, sale de allí Pizarro, I, 41. Vuelve 356. Le que padecieron allí los compañeros de Hernando Pizarro, 623.

Nuevo Mundo, emigracion á él I. 211, *nota*, 627.  
 Nuñez Vela (Blasco), nombrado virey del Perú, II. 207. Llega á nombre de Dios, 209 sus medidas violentas, 210: Pasa á Tumbes 210. Llega á Lima, 217. Resuelve ejecutar las ordenanzas, 218. Prende á Vaca de Castro, 225. Se prepara á la guerra con Gonzalo Pizarro, 227. Asesina á Carbajal, 229. Su impopularidad, 230. Le prende la Real Audiencia, 234. Le envian á Panamá, 235, se fuga á Tumbes, 246. Levanta un ejército, 247. De persigue Gonzalo, 250, 251. Se retira á Popayan, 257. Va hácia el Sur, 259. Presenta batalla á Pizarro, 263. Es derrotado y muerto, 265, 267. Su carácter, 269. V. *Gonzalo Pizarro y Carbajal*

## O.

*Oceano Pacifico*, su primer descubrimiento. I. 217, 228. Descubrimientos en sus costas, 230.

*Ociosidad*, se castigaba en el Perú como crimen. I. 57.

*Ojeda*, (Alonso de), I. 227.

*Olmedo*, (Padre) II. 148.

*Ondegarlo*, sus ideas ingeniosas sobre las leyes del Perú, I. 65, *nota*. Noticias críticas, 194. Se niega á las instancias de Cepeda, II. 338. Avisa á Hinojosa de la conspiracion que contra él se fraguaba, 535.

*Orden de caballeria en el Perú*, I. 21.

*Ordenanzas*, sobre los Indios, II. 201, 203, *nota*. Blasco Nuñez se resuelve á ejecutarlas, 217.

*Orejones*, I. 22, *nota*.

*Orellana* (Francisco de), II. 95. Baja por el Napo, 96, 97. Su espedicion en el rio de las Amazonas, 99, 100, *nota*. Su muerte, 100.

*Orejas*, sus adornos, I. 22, *nota*.

*Orgoñez*, (Rodrigo de), II. 11. Va á prender á los Pizarros, 19. Insta á Almagro para que les dé muerte, 21, 27, 29. Herido en el rio Abancay, 22. Persigue al Inca Manco, 27. Desconfiaba de los Pizarros, 33. Toma el mando del ejército de Almagro, 37. Da la batalla de las Salinas, 41. Su valor, 45. Queda muerto en el campo de batalla, 46.

*Oro*, adornos de este metal en los palacios reales, I. 30. Todo

pertenece al Inca, 32. Argamasa de oro, 32, *nota*. El que habia en el templo del Sol, 103. Todos los utensilios de los templos eran de este metal, 106. Lo ocultan los Peruanos, 107, 183, *nota*. 508 564. Adornos de oro en Quito, 193, *nota*. Modo de obtenerlo, 165, 166. Era lo que buscaban con mas ansia los españoles, 213, 243, 246, 255, 564. II, 139, 194. Lo recojen los españoles, 246 248, 253, 270, 363, 408. En Caxamalca, 486, 497, 527. En Pacha camac, 509. En el Cuzco, 517 595. Division del oro, 364, 539, 594. Lo envia Pizarro á Panamá, I. 365. A España, II. Facilidad con que lo gastaban los españoles, I. 525, 623. II. 69. El que llevó Gasca á España, 434.

Ortiz (Fr. Diego), predica en Velcabamba II. 654. Su martirio, 654.

Oviedo, noticias que dá de los Pizarros, I. 352, 353, *nota*. Copia á Xerez, 438, *nota*. Su autoridad, 555, *nota*. Su dureza, II. 10, *nota*. Noticia crítica, 284.

## P.

Pachacamac, divinidad peruana, I. 98. Significado de este nombre, 98 *nota*. Ruinas de su templo, II, *nota*, 99, *nota*. Ciudad de este nombre, 500. Llega á ella Hernando Pizarro, 505. Destruye el ídolo, 507. Fiestas de Pizarro y Almagro allí, 617.

Pajonal, I. 435.

Palacios de los Incas, I. 29. Noticia que da de ellos Velasco, 29 *nota*. En Velcas, 30, *nota*. En Yucay, 31.

Paltos, desierto, lo pasa Blasco Nuñez, II. 254.

Panamá, su fundacion, I. 221. Expediciones que salieron de allí, 222. Emprende su primer viaje, 234. Sorprendida por los hermanos Contreras, II, 562. La saquean, 563, la abandonan los sobrevividos, 564. Toman las armas sus vecinos, 565. Batalla con Bermejo, 568. Era la única via de comunicacion entre la metrópoli y sus colonias, 572, *nota*.

Paniagua, va con pliegos para Gonzalo Pizarro, II. 330.

Pantanos, los pasan los Españoles, I. 236, 238, 275.

Papá, uso de esta palabra, I. 8, *nota*.

Partido de Almagro, lo que hizo, II. 142.

Despojado del Cuzco, 143. En Lima, 147.  
 Pastos, Blasco Nuñez allí, II. 255.  
 Patatas, se daban en el Perú, I. 152, 276, 279. Desconocidas en México, 153, *nota*.  
 Payta, I. 313.  
 Pensamientos, signos para espresarlos, I. 131.  
 Perlas, no se permitía á los Peruanos que las pescáran, I. 164 *nota*. Recógelas Pizarro, 229.  
 Perú, su estension al tiempo de la conquista, I. 2. Su aspecto topográfico, 3. Su costa, 3. Origen probable de aquel imperio, 12. Oscuridad de su historia primitiva, 12. *nota*. Su nombre, 43, *nota*. Division del imperio, 43, 45. Primeras noticias que tuvieron de él los Españoles, 216. Rumores sobre él, 223, 243, 254. Expedicion para su descubrimiento, 224. Pizarro tiene noticias de este imperio, 317, 403, 408, 423. Sus ideas respecto de él se tienen por disparatadas, 321. Su historia antes de la conquista, 376. Lo invade Pizarro, 412. Su estado cuando murió el Inca, 564. Quedan dueños de él los Españoles, 599, 638. Desórdenes en él, II. 75, 193. Efecto que produjeron allí las ordenanzas, 211, 218, 219. Se apodera del mando Gonzalo Pizarro, 277. Restablece Gasca la tranquilidad, 435.  
 Peruanos, su condicion política, I. 45, 51, 53, 60, 64, 66. Su táctica militar, 80. Su religion, 94. Su educacion, 125. Su agricultura, 140. Su destreza en las artes mecánicas, 162. Imitaban mas bien que inventaban, 163. Su primera comunicacion con los Españoles, 304. Cómo se manejó con ellos Pizarro, 405. Atencion con que trataron á los Españoles, 414. Matanza que sufrieron en Caxamalca, 475, 479. Excesos á que se entregaron muerto e, Inca, 564. Batalla contra Soto, su carácter blando, 573. Esfuerzos para su conversion, 603, II. 196. Mal trato que recibieron de los Españoles, I. 639, *nota*. II. 137, 192, 193. Se sublevan contra Pizarro, I. 640. Atacan á Juan Pizarro, 645. Ponen sitio al Cuzco, 648. Incendian la ciudad, 651. Usan las armas de los Españoles 661. Interceptan los viveres á Pizarro, 670. Se retiran del Cuzco 673. Combates caballerescos con los Españoles, 674. Los derrotan en Tambo, 676. Batalla contra Almagro, II. 16. Presencian la batalla entre los Españoles, 40. Trabaja Gasca en favor de ellos, 430.

Pescado, lo traían los correos desde el Pacifico hasta el Cuzco, I. 73. *nota*.  
 Peso de oro, su valor, I. 523, *nota*.  
 Peso ensayado, su valor, II. 425, *nota*.  
 Pesos que usaban los Peruanos, I. 166.  
 Peticion de los Indios, I. 395, *nota*.  
 Picado, secretario de Pizarro, II. 112. Insulta á los Almagristas 113. Descubre su conjuracion á Pizarro, 115. Le prenden 123. Le dan tormentos, 147. Le cortan la cabeza, 147.  
 Pizarro, (Francisco), I. 224. Su nacimiento y juventud, 252, 236. En la Española, 227. Le emplea Pedrarias, 229. Acompaña éste á Panamá, 229. Le asocia con Almagro y Luque, 232. Sale á su primera expedicion, 234. Sus tropiezos, 237. Pelea con los indios, 242, 248. Su peligrosa aventura, 250. Desembarca en Chicamá, 252. Se disgusta con Almagro, 253, 254. Su famoso contrato con Almagro y Luque, 261. Apéndice del Autor, N. VI. Emprende su segundo viage, 269. Desembarca su gente, 270. Se interna, 275. Sus trabajos y pérdidas, 276. Traele Ruiz buenas noticias, 277. Corre la costa, 278. Halla pruebas de riqueza y civilizacion, 280, 283, 316. Riñe con Almagro, 285. Quedase en la isla del Gallo, 289. Le mandan que vuelva á Panamá, 290. Traza la linea en la arena, 292. Se queda con solo trece compañeros, 296. Le envian un buque, 299. Navega hácia el sur, 300. Llega á Tumbes, 303. Sus relaciones con los indigenas, 304, 306, 310, 313, 315. Le molestan las tempestades, 314. Recibe noticias claras del imperio peruano, 315. Le obsequia una princesa india 319. Vuelve á Panamá, 321. Le recibe con frialdad el gobernador, 324. Parte para España, 325. Cómo es recibido allí, 341. Entrevista con Carlos V, 343. Capitulacion con la corona, 346. Apéndice del autor, núm. VII. Su sed de honras, 349. Visita á su familia, 354. Se embarca en Sevilla, 355. Llega á Nombre de Dios, 356. Disgustos con Almagro, 356. Habilita buques, 360. Sale á la conquista del Perú, 361. Desembarca en la costa, 361. Saqueo un pueblo indio, 362. Su desastrosa jornada, 366. Llega á Puerto Viejo, 368. En la isla de Puná, 371. Recibe refuerzos, 373. Se impone del estado del imperio peruano, 374, 408. Pasa á Tumbes, 399. Se interna, 404. Su blandura con los indios, 450.

Funda á San Miguel, 406. Sus proyectos, 409. Sale para Caxamalca, 411. Su firmeza y valor, 412, 428, 455. Acalla el descuento de su ejército, 416. Recibe embajadores del Inca, 418, 436, 438. Mensaje que le envía, 421. Prosigue su marcha, 424. Su inquietud, 426. Envía un mensajero á Atahuallpa, 427. Su elocuencia, 429. Pasa las sierras, 432. Desconfía del Inca, 440. Da vista al campo de Atahuallpa, 442. Entra en Caxamalca, 444. Ansina á los suyos, 454. Su atrevido proyecto, 458. Se prepara á recibir á Atahuallpa, 461, 462. Le ruega que entre á la ciudad, 466. Da la señal de ataque, 473. Defiende la vida de Atahuallpa, 476. Le hace prisionero, 477. Le acompaña á cenar despues de la batalla, 480. Le obsequia de todas maneras, 482. Habla á las tropas 483. Suelta á los indios prisioneros, 485. Pide refuerzos, 487. Acepta el ofrecimiento del Inca por su rescate, 489. Trata de convertirle, 492. Envía á Hernando á Pachacamac, 499. Tiene noticias del Cuzco, 514. Le llega Almagro con un refuerzo, 521. Envía á Hernando á España con oro, 525. Funda el oro, 527. Lo reparte, 530. Equidad de la distribución, 534. Rehusa dar libertad á Atahuallpa, 537. Le acusa de traicion, 538. Temor á los peruanos, 541. Forma causa al Inca, 543. Consiente su muerte, 547. Se pone luto por él, 552. Reconvienele Soto, 554. Su responsabilidad, 557, 559. Anécdota sobre su ignorancia, 559. Nombra nuevo Inca, 565. Sale para el Cuzco, 566. Llega á Jauja, 571. Acusa á Challeuchina de conspiracion, 578. Le condena á ser quemado vivo, 581. Y ejecuta la sentencia, 582. Recibe al príncipe Manco, 583. Entra en el Cuzco, 585. Prohibe entrar en las casas, 591. Halla menos oro del que pensaba, 593. Corona á Manco, 598. Organiza el gobierno del Cuzco, 600. Envía á Almagro contra Quizquiz, 604. Sabe la llegada de Alvarado, 606. Su entrevista con él en Pachacamac, 617. Funda á Lima, 620. Confirma el emperador las mercedes hechas, 625. Ajusta una desavenencia entre Almagro y sus hermanos, 632. Entra en ajuste con Almagro, 633. Apéndice núm. VI. Funda colonias, 635. Cómo trataba á Manco, 640. Ahuyenta á los peruanos de Lima, 670. Inquietud que le causa el sitio de Cuzco, 671. Sus cartas pidiendo socorros, 672. En Lima, II, 23. Sus disputas con Almagro, 24. Negociaciones con él, 25, 30, 33. Traicion de Pizarro con él, 35, 62.

Envía á Hernando contra él, 36. Sabe su muerte, 64. Le conmueve, 64. Instrucciones que dió á su hermano sobre esto, 65. Su parcialidad en favor de su familia, 68. Su respeto á Hernando, 74. Su autoridad absoluta en el Perú, 75. Molestias que le causan los indios, 79. Su crueldad con una esposa de Manca, 80. Funda á Guamanga, 82. Nombra á Gonzalo gobernador de Quito, 84. Cómo trataba á los Almagristas, 108, 109. Conspiracion contra él, 113. Se le denuncian, 115. Su descuido, 116. Le atacan en su propia casa, 117. Le matan, 122. Lo que hicieron con su cuerpo, 124. Su descendencia, 126. Su figura, 127. Su falta de educacion, 130, y *nota*. Su valor, 132. Su firmeza, 133. Su perfidia, 136. Trata que dió á los indios, 137. Su falta de religion, 138. Móviles principales de sus acciones, 138. Su epitafio, 139, *nota*, 140, *nota*.

Pizarro, (Gonzalo) I, 352. En el sitio del Cuzco, 660, 667. Le pone preso Almagro, II, 19, 29. Se fuga, 29. En la batalla de las Salinas, 42. Va á Charcas, 68. Su juventud y su carácter, 84. Nombra gobernador de Quito, 86. Su expedicion á las Canelas, 87. Llega al Mañañon, 97. Anima á los suyos, 102. Su ánimo generoso, 103. Vuelve á Quito, 105. Sabe la muerte de su hermano, 107. Ofrece sus servicios á Vaca de Castro, 164. Va á Lima, 185. Le llaman al Cuzco, 186. Laborea las minas de Potosí, 206. Le piden proteccion contra el virey, 206, 212. Pasa al Cuzco, 213. Le dan el mando de las tropas, 216. Junta ejército, 219. Sale del Cuzco, 221. Favorecido por el pueblo, 224. Se acerca á Lima, 235. Obliga á la Audiencia á acceder á sus demandas, 238. Su carta á Valdivia, 238. *nota*. Entra triunfante en Lima, 239. Proclamado gobernador de Perú, 240. Lo que hizo en Lima, 241. Sale contra Blasco Núñez, 248. Le persigue hasta Quito, 253, 256. Su estratagemas, 254. Batalla de Anaquito, 264. Su clemencia con los prisioneros, 268. Su opinion sobre la batalla, 269, *nota*. Su buen gobierno, 272. Su marcha triunfal á Lima, 274. Su fausto, 278. No se resuelve á declararse independiente, 280. Comunicaciones que le dirigió Gasca, 315. Sus dudas, 320. Envía á Aldana á España, 321. En que concepto tenia á Gasca, 321, *nota*, 323, *nota*. Su demasiada confianza, 332. Desecha las ofertas de Gasca, 332. Dispone su gente, 334. Confiaba en Carbajal, 335. Cambio en su carácter, 336. Sale de Lima, 343. Sus apuros, 343. Marcha á Arequipa, 343. Resuelve re-

irarse á Chile, 348. Llega á Huarina, 350. Batalla de Huarina, 356. Su peligrosa situación, 358. Su victoria, 362. Marcha al Cuzco, 364. Su descuido, 378. Desecha el consejo de Carbajal, 381. Se sitúa en Xaquixaguana, 384. Manda espías al campo de Gasca, 386. Se dispone para la batalla, 391. Su hermosa aspecto, 392. Desercion de los suyos, 393, 396. Se rinde, 397. Su entrevista con Gasca, 398. Sen teneúdo á muerte, 405. Apéndice del autor, núm. XIV. Su suplicio, 413, 415. Su carácter, 416, 419.

*Pizarro (Hernando)*, I. 353. Su carácter, 353. Acompaña á su hermano, 355. Su odio á Almagro, 357, 526. Sale herido, 373. Socorre á unos españoles en Tumbes, 400. Vá con una embajada á Atahuallpa, 446. Entrevista con éste, 450, 451, *nota*. Reconoce la Sierra, 499. Va á Pachacamac, 500. Entra á fuerza en el templo, 505. Destruye el idolo, 507. Trae consigo á Chalcuchima, 512. Va con oro á España, 526. Su amistad con Atahuallpa, 540. Llega á Sevilla, 623. Entrevista con el Emperador, 624. Mercedes que le hizo, 626. Aprestá una armada, 627. Llega á Panamá, 629. Nombrado gobernador del Cuzco, 643. Deja que Manco se fugue, 644. Se vé sitiado en el Cuzco, 648, 673. Ataque de la fortaleza, 666. Es rechazado en Tumbo, 667. Almagro le hace prisionero, II. 19. Su peligro, 21, 28, 30. Puesto en libertad, 34. Persigue á Almagro, 37, 38. Batalla de las Salinas, 41. Hace prisionero á Almagro, 47. Perfidia con que le trata, 52, 53. Entrevista con él, 54. Le hace ajusticiar, 57. Consejos que dá á su hermano, 69. Se embarca para España, 70. Le reciben con frialdad en la corte, 71. Le tienen preso veinte años, 72. Sale de la cárcel y muere, 73. Su carácter, 74.

*Pizarro (Juan)*, su ignorancia de las leyes peruanas, I. 187, *nota*. Nóticia crítica, 678. Su lealtad, II. 241, *nota*. Perdónale Carbajal la vida, 409, *nota*.

*Pizarro y Orellana*. Su memorial, II. 127.

*Plata*, se usaba para el culto de la luna, I. 105. Doce vasos de este metal, 20, *nota*. Minas de él en Porco, 165. Usada para herraduras de caballo en vez de hierro, 510. Minas en Potosí, II. 68, 69, *nota*, 206, 277, *nota*.

*Plata* (ciudad de la), su fundacion II. 82. Abraza el partido del rey, 257.

*Plátano*, I. 150.

*Plutarco*, I. 45, *nota*.

*Pobres*, anécdota sobre el culto de sus tierras, I. 45, *nota*. Leyes para ellos en tiempo de los incas, 65, *nota*.

*Pobreza*, desconocida en el Perú, I. 65, 183.

*Poesía* y poetas en el Perú, I. 133. Poesía nacional de los peruanos, 54.

*Pórfido*, lo usaban los peruanos para edificar, I. 168.

*Portugal*, su parte en los descubrimientos, I. 209.

*Potosí*, sus cerros fueron dados á Gonzalo Pizarro, II. 68. Descubrimiento de sus minas, 69, *nota*. Las trabaja Pizarro, 206, y Carbajal, 277. Inmensas riquezas que han producido, 277, *nota*.

*Prision* de Atahuallpa, I. 477. Apéndice del autor núm. VIII.

*Productos* de la tierra; su gran variedad en el Perú, I. 149.

*Propiedad*, su arreglo y distribución en el Perú, I. 50-54.

*Provincias* del Perú, I. 44.

*Pucará*, II. 630.

*Pueblo* peruano, su distribución, I. 44. Cargas que reportaba, 63. Su condicion, 64, 126.

*Puelles*, se une á Gonzalo Pizarro, II. 224, y este le deja en Quito, 259, 274.

*Puentes* colgantes, I. 64, 65, *nota*. Los echa Gasca sobre el Apurímac, II. 374-376.

*Puerto* del Hambre, I. 244, 252.

*Puerto* de Piñac, I. 255.

*Puerto* viejo, I. 368.

*Puná*, (isla de), llega á ella Pizarro, I. 369.

*Punta* de Pasajos, I. 274.

*Punta* Quemada, I. 247.

*Quintana*, su biografía de Balboa, I. 220, *nota*. Su imparcialidad, 562, *nota*.

*Qutpaypam* (batalla de), I. 391.

*Quipucamayus*, I. 62, 128.

*Quipus* ó *quipos*, J. 58, 127. Su uso 128-129. Sus defectos, 131.

Destreza de los Peruanos en su uso, 128; 132. El que hoá se hace de ellos, 229, *nota*.

Quito, elevacion de sus llanuras, I. 6, *nota*. Su conquista por Huayna Capac, 243, *nota*, 377.

Quijos (territorio de), II. 87.

Quizquiz, I. 387. Sus batallas con Almagro, 605. Le matan sus propios soldados, 605.

## R

Rada (Juan de), capitanea la conspiracion contra Pizarro, II. 115. Un dicho suyo, 118. Ayuda al asesinato de Pizarro, 121. Era el principal consejero de Almagro el mozo, 147. Su muerte, 151.

Ramirez Dávalos, (Gil) corregidor del Cuzco, romye una peticion que le presentó Hernandez, II. 603. Este le prende, 606, y le deja en libertad, 606.

Raymi (fiesta del), I. 111.

Raza anglo-sajona; qué fines la llevaron al nuevo mundo, I. 214. Era propia para el continente septentrional, 215.

Raza inca, oscuridad acerca de su origen y en sus anales, I. 10. Sus progresos, 13. Sus cráneos 41.

Realejo, II. 559.

Registros de estadística; los llevaba el Inca, I. 58, 62, 128.

Relaciones de los empleados de las colonias para la corte, II. 197, *nota*, 184, *nota*.

Religion, rentas con que se sostenía en el Perú, I. 51. Pretexto para las guerras, 76. Qué hacían los peruanos con la de las naciones conquistadas, 83, 102. Era base del gobierno del Inca, 95. Idea que los peruanos tenían de Dios, 98. Culto del sol y de la luna, 99, 100. Divinidades inferiores, 101. Templos, 108. Ministros, 109. Festividades, 111. Crueldades cometidas en su nombre, 214. La de los conquistadores, 462, 463, 601, II. 196.

Religiosos, se obliga Pizarro á llevarlos consigo, I. 347.

Rentas del Inca, de sus tierras, I. 51. De los rebaños, 55-56. De las minas, 57.

Repartimientos hechos por Pizarro, I. 635. II. 68. Ordenanzas sobre ellos, 201. Distribucion de ellos que hizo Gasca, 425, 435, 503.

Representaciones teatrales en el Perú, I. 135.

Rescate de Atahualpa, I. 483, 527.

Restos de la arquitectura peruana, I. 30, *nota*, 127, *nota*, 67. De caminos; 67. De acueductos, 143.

Rios (D. Pedro de los) gobernador de Panamá, I. 260. Favorece á Almagro, 277. Manda á Pizarro que vuelva, 290. Ira que le causa su negativa, 298. Se niega á auxiliar á los socios 322.

Robertson, sobre un manuscrito suyo, I. 17, *nota*.

Robo, cómo se castigaba en el Perú, I. 47, *nota*.

Romanos, no eran nacion marítima, I. 207.

Ruinas en las orillas de la Laguna de Titicaca, I. 12, 12, *nota*.

Ruiz (Bartolomé), I. 269. Su viage de reconocimiento, 270. Sus descubrimientos, 274. Se queda con Pizarro 293. Vuelve á Panamá, 296. Acompaña otra vez á Pizarro, 500. Mercedes que le hizo la corona, 347.

## S.

Saavedra (Juan de), corregidor del Cuzco; precauciones que tomaba contra Hernandez, II. 575. Saca á la plaza el estandarte real, 578. Prende á Hernandez, 580. Hace ahorcar á un soldado, 581. Sentencia á muerte á Giron, 581. No halla quien firme la sentencia, 581. Le envia á Lima, 581. V. Hernandez.

Sacerdotes Peruanos, I. 109. Quiénes eran 110. De qué se mantenían, 110, *nota*. Sus obligaciones, 111. V. Religion.

Sacrificios de esposas y criados cuando morían los nobles, 197, 553. En la fiesta del Raymi, 114, 115.

Sacrificios humanos, cuando moría el Inca, I. 34, *nota*. Eran raros en el Perú, 113. Pero los había, 114, *nota*.

Salguero, va á Nicoya, II. 560. Sale en persecucion de Gasca, 562. Llega al campamento de Bermejo, 568.

Salinas (batalla de las), II. 41-47

Sancho, (Pedro), autoridad de peso, I. 585, *nota*, 616, *nota*. Su relacion entera, II. 667.

San Juan, (Rio de), I. 269.

San Lucar, II. 303.

San Mateo, (bahía de), entra en ella Ruiz, I. 271. Llega á ella Pizarro, 279. Desembarca con su gente, 316.

- San Miguel*, origen de su nombre, I. 372, *nota*.  
*Su fundación* por Pizarro, 406.  
*Santa* (puerto de), I. 317.  
*Santa Clara*, (isla de), I. 302.  
*Santa Cruz*, I. 318.  
*Santa Marta*, I. 356, II. 308.  
*Santiago*, (hábito de), concedido á Francisco Pizarro, I. 351; y á Hernando 626.  
*Santiago*, (Río de) límite septentrional de la gobernación de Pizarro, II. 16.  
*Santillan*, pretende el cargo de general del ejército real contra Hernandez Giron, II. 610.  
*Saravia*, oidor, pretende el mismo cargo, II. 610.  
*Saravia*, soldado, su ingenioso arbitrio para enviar una carta, I. 287.  
*Sarmiento*, autoridad respetable, I. 94, *nota*. Noticia crítica de él, 189.  
*Satanás*, creen los cronistas que remedaba los ritos del cristianismo, I. 116, *nota*.  
*Sayri Tupay*, II. 639. vivia en los montes, 640. Le instan los Españoles para que salga de ellos, 642. Precauciones que toma, 642. Envía embajadores al virey, 643. Mercedes que se le hicieron 643. Acepta las proposiciones de los Españoles, 644. Pasa á Lima, 644. Anécdota, 645. Vuelve al Cuzco donde murió, 645. Su descendencia, 645 661, *nota*.  
*Sechura* (descerto de), I. 313.  
*Séneca*, su notable prediccion, I. 207, *nota*.  
*Sepulturas*, I. 97. Tesoros que á veces encerraban, 98, *nota*, 591.  
*Sevilla*, queda casi despoblada, I. 211, *nota*.  
*Sierra*, (Juan), nombrado para tratar con Sayri Tupac, y cómo desempeñó su comision, II. 641, 642.  
*Sistema de gobierno* en el Perú, su refinamiento, I. 42. Adaptado al carácter del pueblo, 66. Reflexiones sobre él, 173. Comparado con el de los Aztecas, 173. Su semejanza con los del Asia oriental, 178, y *nota* 189. Opiniones de los antiguos Españoles sobre él, 184. Comparado con el de los Estados Unidos de América, 186. Sus buenos resultados, 187.

- Sol*, tradicion sobre este astro, I. 7. Su templo en el Cuzco, 16. 10 515. 590. Tierras que le pertenecian, 50. Su culto era el principal, 99, 102. Sus templos, , , , Sus vírgenes, 103, 104, 107, 109: V. *Religion y Templos*.  
*Sora*, bebida embriagante, I. 151, *nota*.  
*Sotelo*, (Cristóbal de) II. 152. Su rivalidad con Alvarado, 152. Quién le asesina, 154.  
*Soto*, (Hernando de) I. 373: Va á Caxas, 418, 421. Lleva una embajada á Atahualpa, 446. Sus ejercicios ecuestres, 451. Era favorable á Atahualpa, 536, 554. Va á Guamachucho, 543: Reconviene á Pizarro, 554. Entra en las sierras, 572. Su batalla con los Indios, 573: Su sepultura, 373, *nota*.  
*Southey*, su epitafio de Pizarro, II. 139, *nota*.  
*Stevenson*, su descripción del río de las Esmeraldas, I. 281, *nota*. De Caxamalca, 444, *nota*.
- T
- Tabaco*, su cultivo, I. 151.  
*Tacamez*, I. 280.  
*Tambo*, palacios de este lugar, I. 32, *nota*.  
*Tambos* ó mesones, I. 28.  
*Tangarala*, colonia fundada allí, I. 406.  
*Telas* que fabricaban los Peruanos I. 161, 273, 343.  
*Templos*, á Pachacamac, I. 99, y *nota*, , , Al trueno y al rayo, 100. Al Arco-iris, 100. Al Sol, 16, 103, 515, 590. A las divinidades inferiores, 108.  
*Ternaux—Dompan*s elegancia de sus traducciones, I. 686.  
*Tesoros* hallados en las sepulturas del Perú, I. 98, y *nota*. Enterrados en el Cuzco, 172, *nota*. V. *Oro*.  
*Tiempo*, cómo lo median los Peruanos, I. 136.  
*Tiraboschi*, I. 137.  
*Titicaca*, (laguna de), I. 7. Ruínas en sus orillas, 10, 12. Centeno acampa en ellas, II. 333.  
*Titicensi*, su memorial, I. 479. *nota*.  
*Toledo*, (Don Francisco de) hijo segundo del conde de Oroadas y virey del Perú, II. 651. Su gobierno, 651, 652. Entra en negociación

ciones con Tupac Amaru, 654. No consigue su objeto y usa de la fuerza, 655. Pasa al Cuzco, 657. Da sentencia de muerte contra el Inca, 658. Su rigor, 658. Presencia el suplicio del Inca, 660. Persigue á su descendencia, 661. Vuelve á España, 662. Le embargan sus bienes, 662. Aspero recibimiento de Felipe II, 662. Imprecion que le causa, 663. Su muerte, 663. Su elogio, 663, *nota*.

*Toparca*, Inca, coronado por Pizarro, I, 566. Su muerte, 579.

*Tornantas* sufridas por los Españoles, I 237, 248, 278, 314.

*Trabajo*, su distribucion y turno en el Perú, I, 60.

*Tradiciones* sobre el origen del imperio peruano, I, 7. Su puerilidad, 66. Sobre un tesoro escondido en el Cuzco, 172, *nota*.

*Traductor* de esta obra, sus notas, I, 61, 200, 260, 268, 272, 373, 446, 596, 518, 531, 532, 595, II, 90, 196, 403, 426, 453, 459, 460, 464, 465, 456, 467, 470, 473, 480, 495, 498, 502, 507, 510, 516, 522. Su Apendice, II, 529. Su traduccion con notas de la Relacion de Pedro Sancho, 667.

*Traicion*, su frecuencia entre los conquistadores, II, 225.

*Treco* compañeros de Pizarro, I, 293, 347.

*Tribunales*: son muy escasas las noticias que hay acerca de las del Perú, I, *nota*, 46, V, *Justicia*.

*Trigo*, llevado por primera vez al Perú, I, 153, *nota*:

*Trinidad*: lo que dió motivo á creer que la conocian los Péruanos, I, 100, *nota*.

*Trueno*, relvmpago y rayo, su nombre en lengua del Perú, I, 100, *nota*. Eran objetos de adoracion en el Perú, 100, 105.

*Trujillo*, patria de Pizarro, I, 225. Quien va á ella, 352.

*Trujillo* del Perú, su fundacion, I, 635. La sitian los peruanos, 657.

*Tumber*, su templo, I, 310. Sus jardines y conventos, 310. Sus vecinos la abandonan y destruyen, 400.

*Tupac Amaru*, último Inca, II, 654. Le proponen los españoles que salga de su retiro, 655. Le declaran la guerra, 655. Se entrega á los españoles, 657. Sentenciado á muerte, 658. Apela, 658. Le llevan al suplicio, 659. Es decapitado, 660.

*Urcos*, II, 15.

*Vaca de Castro*, II, 76. Se embarca para el Perú, 77. Llega á Buena Ventura, 144. Su peligrosa posicion y su atrevimiento, 45. Va á Quito y toma posesion del gobierno, 145. Marcha para el Sur.

159. Toma el mando del ejército, 161. Reconcilia á sus generales, 161. Llega á Lima, 164. Su ejército, 163. Rehusa la ayuda de Gonzalo Pizarro, 165. Negocia con Almagro, 166. Llega hasta Chupas, 168. Habla á sus tropas, 170. Batalla de Chupas, 173. Decide la accion, 178. Su severidad con los vencidos, 182. Cómo vivia en el Cuzco, 183. Hace ajusticiar á Almagro, 184. Cómo se portó con Gonzalo Pizarro, 185. Su prudente conducta, 188. Sus esfuerzos para sosegar la agitacion producida por las ordenanzas, 205. Cartas que le escribió el emperador, 208. Impide una insurreccion en Lima, 212. Cómo recide á Blasco Nuñez, 217. Este sospecha de el y le prende, 236. Vuelve á España, 243. Suer, te que corrió allí, 243, 244.

*Valdivia*, (Pedro de) II, 42. Su valor en las Salinas, 43. Carta que le escribió Gonzalo Pizarro, 324, *nota*. Se une á Gasca, 369. Sus alabanzas de sí propio, 372, *nota*. En el paso del Apurimac, 375. Su carta al emperador, 384, *nota*. Le matan los Araucanos, 421.

*Valdivieso*, (D. Fr. Antonio) obispo de Nicaragua, asesinado por los Contreras, II, 559.

*Valencia*, II, 299.

*Valverde*, [Fr. Vicente de] capellan de Pizarro, I, 470. Su entrevista con Atahualpa, 471, 473, *nota*. Sus esfuerzos para convertir á Challeclhina, 582. Dice misa en la coronacion de Manco, 598. Nombrado obispo del Cuzco, 601. Su carta al emperador, 654, *nota*. Intercede por Almagro, II, 57, *nota*. Y por Picado, 247. Su muerte, 148. Su fanatismo, 149. Sus esfuerzos en favor de los indios, 199, *nota*.

*Vargas*, [Fr. Juan de] I, 360.

*Vargas*, [Sanchez de] se opone al viaje de Orellana, II, 101.

*Vasos* de plata en el templo de la Luna, I, 106, *nota*.

*Vattel*, su opinion sobre el proceso de Atahualpa, I, 547, *nota*.

*Vega*, (García Tello de) una de los asesinos de Grijojosa, II, 597.

*Velasco*, (Don Diego Lopez de Zuñiga y) conde de Nieva y virey del Perú, llega á Lima, II, 649. Su muerte violenta, 649. Oscuridad que rodea á este suceso, 649, 650, y *nota*.

*Velasco*, (Don Luis de) nombrado virey del Perú á falta de Mendoza, II, 584.

*Venta de Cruces*, II, 555, 562.

*Venus*, culto que le daban los peruanos, I, 100.

*Vicuñas*, I, 258.

*Vida futura*, ideas de los peruanos sobre ella, I, 96. Solo contaban con ella las clases distinguidas, 97, *nota*.

*Vilcas*, II, 37.

*Vellac Uma*, sumo sacerdote peruano, I, 634. Atiza la insurrección de sus paisanos, 640.

*Villacuri*, II, 618.

*Viracocha*, divinidad peruana, I, 98. Significado de esta palabra, 99, *nota*.

*Vireyes* de las provincias del imperio peruano, I, 44.

*Virgenes del Sol*, I, 119, *nota*. Sus conventos, 118, 310, 444, 602, Su castidad, 602, *nota*. Ofensas que recibieron, 638, 639, *nota*, II, 194.

## X

*Xaquizaguana*, (valle de) hace alto en el Pizarro, I 580. Esquema do allí Challenguma 582. Lo espje Gonzalo Pizarro para campo de batalla, II, 384. Llega Gasca con su ejército, 387. Batalla de este nombre, 391.

*Xerez*, su equivocacion en el nombre de los Incas, I, 420, *nota*. Errata de la traduccion de Ternana, 503, *nota*.

## Y

*Yacay*, (valle de) residencia favorita de los Incas, I, 31. Batallas con los Peruanos en él, 645, II, 15.

*Yupanqui*, significado de este nombre. I, 8, *nota*. Conquistas de Topa, Inca Yupanqui, 14, su máxima, 125.

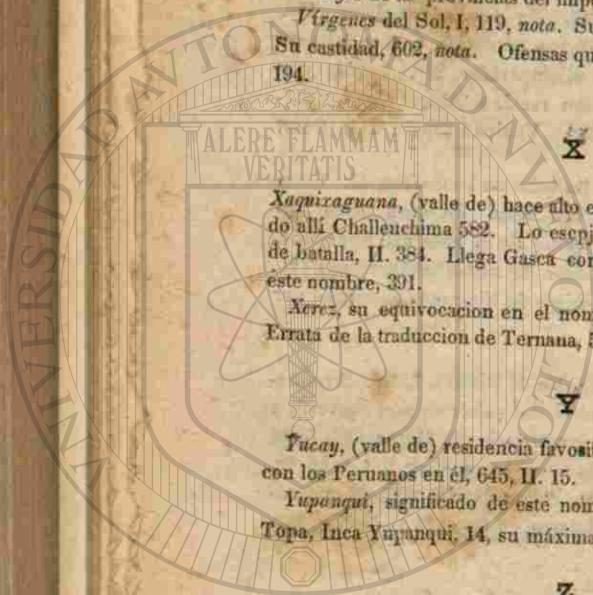
## Z

*Zaràn*, I, 417.

*Zarate*, su vigoroso estilo, II, 175, *nota*. Contador de mercedes, 242, *nota*. Noticia crítica de su obra, 449.

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN



